

Los métodos de investigación reflexológica y psicológicos

Los métodos de investigación reflexológica del hombre han llegado ahora a un punto de inflexión en su desarrollo. La necesidad (y la inevitabilidad) de este viraje se debe, por un lado, a la desproporción que hay entre la inmensa tarea de estudiar la totalidad del comportamiento humano que se planteaba la reflexología y, por otro, a los modestos y escasos medios que para su resolución proporcionaba el experimento clásico de la formación del reflejo condicionado (secretor o motor).

Esa desproporción se pone de manifiesto cada vez con más claridad, a medida, que la reflexología¹ pasa del estudio de las relaciones más elementales del hombre con el medio ambiente (la actividad que responde a las formas y fenómenos más primitivos) a la investigación de complejísimas y variadísimas interacciones, sin las cuales no se puede descifrar el comportamiento humano en sus leyes más importantes.

En ese sentido, más allá de lo elemental y primitivo, a la reflexología sólo le ha quedado la afirmación general escueta, aplicable por igual a todas las formas de comportamiento, de que éstas están constituidas por un sistema de reflejos condicionados. Pero esta afirmación excesivamente general no ha tenido en cuenta ni las particularidades específicas de cada sistema, ni las leyes que rigen la combinación de los reflejos condicionados en el sistema de conducta, ni las complejísimas interacciones y los reflejos de unos sistemas sobre otros, y ni siquiera ha esbozado un camino hacia la solución científica de esas cuestiones. De ahí el carácter declarativo y esquemático de los trabajos reflexológicos allí donde se plantean resolver los problemas del comportamiento del hombre en vertientes más o menos complejas.

La reflexología clásica se mantiene en sus investigaciones dentro de un principio científico universal darwiniano, reduciendo todo al mismo denominador. Y precisamente porque este principio es excesivamente general y universal no brinda a la ciencia un medio directo para juzgar acerca de sus formas particulares e individuales. A fin de cuentas, a la ciencia concreta del comportamiento humano también le resulta imposible limitarse a él, lo mismo que una física concreta no puede limitarse tan sólo al principio de la conservación universal. Se requieren balanzas, aparatos y métodos especiales para conocer el mundo terrenal concreto, material, limitado, sobre la base de un principio general. Igual sucede con la reflexología. Todo induce a la ciencia del comportamiento del hombre a salirse de los límites del experimento clásico y buscar otros medios de conocimiento.

No sólo se ha puesto ya de manifiesto claramente una tendencia a la ampliación de la metodología reflexológica, sino que se perfilan las líneas que debe seguir esta ampliación: una mayor aproximación y, en último término, la fusión definitiva con los procedimientos de investigación establecidos hace mucho en la psicología experimental. Aunque esto parezca paradójico en lo que se refiere a disciplinas tan enfrentadas, y aunque no haya unanimidad entre los propios reflexólogos y valoren de formas muy diversas la psicología experimental, a pesar de todo ello, esta fusión, es decir, la creación de una metodología única de investigación del comportamiento humano y, por consiguiente, de una disciplina científica única, puede considerarse como un hecho que se está produciendo ante nuestros propios ojos.

La breve historia de esta aproximación es la siguiente. Inicialmente, la excitación eléctrica cutánea se realizaba en la planta del pie, con lo que se provocaba un reflejo de defensa en la planta del mismo o en todo él. Posteriormente, V. P. Protopópov² introdujo una importante modificación en el procedimiento: sustituyó el pie por la mano, suponiendo que resultaría mucho más ventajoso elegir la mano como criterio precisamente por ser ésta un aparato de respuesta más elaborado, más adaptado que el pie a las reacciones de orientación a la influencia del medio ambiente. Y apoya con argumentos extraordinariamente convincentes la gran importancia que para la reacción tiene la elección adecuada del aparato de respuesta. Es evidente que si elegimos en un tartamudo o en un sordo sus órganos articulatorios como aparato de respuesta, o aquella extremidad de un perro que corresponda a un centro motor cortical que se le haya extirpado o, en general, un aparato poco y mal adaptado al tipo de reacción que corresponda (como lo es el pie de una persona para los movimientos prensores), avanzaremos muy poco en el estudio de la rapidez, la exactitud y la perfección de la orientación,

¹ «Metódika refleksologicheskogo i psijologicheskogo issliédovania». Este artículo fue escrito basándose en la comunicación que L. S. Vygotski presentó al II Congreso Nacional de Psiconeurología en Leningrado, el 06 de enero de 1924 y fue publicado en la colección «Problemas de la psicología actual» bajo la redacción de K. N. Kornilov. Moscú, 1926.

pese a que se mantengan intactas la función analizadora y combinatoria del sistema nervioso. «En efecto, nuestros experimentos han puesto de manifiesto —dice Protopópov— que la formación de los reflejos condicionados se consigue con más celeridad en las manos, como también se obtiene antes la diferenciación y se mantiene de una manera más consistente» (1923, pág. 22). En este sentido, la metodología de experimentación reflexológica comienza a parecerse notablemente a la psicológica. El sujeto puede colocar con facilidad la mano sobre la mesa y los dedos se ponen en contacto con la placa a través de la cual pasa la corriente eléctrica.

Por consiguiente, si en el estudio de los reflejos del hombre vamos más allá del principio general y nos planteamos el objetivo de estudiar los distintos tipos de reacción que determinan el comportamiento, la elección del órgano que ha de reaccionar será un factor de importancia decisiva. 04

Como dice Protopópov, «el hombre y el animal disponen de numerosos aparatos de respuesta, pero sin duda responden a los excitantes heterogéneo del medio ambiente con aquéllos más desarrollados y mejor adaptados al caso en cuestión» (Ibídem, pág. 18). «El hombre huye de los peligros con los pies, se defiende con las manos, etc. Naturalmente, se puede desarrollar en el pie un reflejo combinado de defensa, pero si lo que tenemos que investigar no es sólo la función combinatoria que realizan por sí mismos los grandes hemisferios (=principio general. —L.V.), sino también establecer el grado de rapidez, exactitud y perfección de la orientación, el aparato de respuesta que se ha de elegir para la observación no será indiferente» (Ibídem).

Pero cuando decimos a hay que decir también b. Protopópov se ve obligado a reconocer que tampoco se puede detener aquí la reforma. «El hombre posee un aparato eferente mucho más desarrollado que la mano en el mismo ámbito motor y con ayuda de él establece una comunicación indudablemente mucho más amplia con el mundo que le rodea: me refiero aquí a los órganos articulatorios. Considero perfectamente posible y conveniente que las investigaciones reflexológicas pasen desde ahora a utilizar la locución como objeto, considerándola como un hecho particular de las condiciones de comunicación que determinan la interrelación del hombre con el medio circundante a través de su esfera motriz» (Ibídem, pág. 22). Que haya que considerar el habla como un sistema de reflejos condicionados es algo que no es necesario repetir, pues para la reflexología esto constituye una verdad casi evidente. Son también evidentes las ventajas que proporcionará a la reflexología la utilización del habla para ampliar y profundizar el círculo de los fenómenos a estudiar.

Por tanto, en lo que se refiere al aparato de respuesta, no existen ya desacuerdos y divergencias con la psicología. I. P. Pávlov señalaba las ventajas que tiene la elección precisamente del reflejo de secreción salival en los perros, a sabiendas de que es la menos arbitraria. Eso era extraordinariamente importante mientras se trataba de descubrir el principio mismo de los reflejos condicionados, de la «salivación psíquica» que se produce al ver la comida. Pero las nuevas tareas exigen también nuevos medios, los avances obligan a cambiar de hoja de ruta.

El segundo y más importante hecho consiste en que la propia metodología de la reflexología tropezó con determinados hechos que cualquier niño conoce perfectamente. El proceso de diferenciación del reflejo en el individuo no se consigue rápidamente. Transcurre mucho tiempo antes de que el reflejo que se ha formado pase de generalizado a diferenciado, es decir, para que el hombre aprenda a reaccionar únicamente al excitante principal y para que la reacción se inhiba ante los ajenos. «Resulta, por tanto (la cursiva es mía. — L.V.), que si se actúa sobre el sujeto con las palabras adecuadas se puede favorecer tanto la inhibición como la excitación de las reacciones condicionadas» (ibídem, pág. 16). Si se le explica a un sujeto que sólo un determinado sonido aparecerá combinado con la corriente eléctrica y los restantes no, la discriminación se producirá de inmediato. Con ayuda de la 05 palabra podemos provocar la inhibición y el reflejo condicionado al excitante principal e incluso puede provocarse el reflejo no condicionado a la corriente: basta decir al sujeto que no aparte la mano.

Por consiguiente, en la metodología del experimento se introduce «la palabra adecuada» para formar la discriminación. Ese mismo medio sirve no sólo para conseguir la inhibición, sino también para despertar la actividad refleja. «Si decimos de palabra al sujeto que aparte la mano a una determinada señal», el efecto no será peor que cuando se aparta la mano al pasar corriente por la placa. Protopópov supone que siempre provocamos la reacción deseada. Es evidente que, desde el punto de vista reflexológico, el hecho de apartar la mano mediante un acuerdo verbal establecido con el sujeto es un reflejo condicionado. Y toda diferencia entre esta reacción condicionada y otra elaborada a partir del reflejo a la corriente se zanja diciendo que en este caso nos hallamos ante un reflejo condicionado secundario, mientras que en el otro se trataba de uno primario. Pero

también reconoce Protopópov que esa circunstancia habla más bien a favor de esta metodología. «Es indudable —dice— que en el futuro la investigación reflexológica sobre el hombre deberá realizarse fundamentalmente con ayuda de reflejos condicionados secundarios» (Ibídem, pág. 22). ¿Y no es en realidad evidente que serán precisamente los reflejos de orden superior los que desempeñen un papel importantísimo, tanto cuantitativa como cualitativamente, en el comportamiento del hombre durante la experimentación y que serán precisamente ellos los que expliquen el comportamiento en su estática y su dinámica? Pero con estas dos suposiciones: 1) la excitación y la limitación (discriminación) de la reacción con ayuda de instrucciones verbales, y 2) la utilización de toda clase de reacciones, incluida la verbal, la de la palabra, entramos de lleno en el campo de la metodología de la psicología experimental.

En el histórico artículo citado, V. P. Protopópov se detiene dos veces en este punto. Dice: «La organización de los experimentos en este caso... es absolutamente idéntica a la que se utiliza hace tiempo en la psicología experimental para investigar la denominada reacción psíquica simple». A continuación se introducen «las más diversas modificaciones en la organización de los experimentos, por ejemplo, cabe utilizar también con fines reflexológicos el denominado experimento asociativo... y, al hacerlo, no sólo tener en cuenta el objeto presente, sino descubrir también las huellas de excitaciones anteriores, incluyendo las inhibidas» (Ibídem).

Pese al elevado juicio que le merecen los experimentos psicológicos, pese a realizar tan decididamente el paso del experimento reflexológico clásico a la riquísima diversidad de la experimentación psicológica, vedada todavía a los fisiólogos, y pese a trazar con suma audacia nuevos caminos y métodos para la reflexología, Protopópov deja en el aire dos puntos extraordinariamente importantes, a cuya fundamentación y defensa está dedicado el presente artículo.

El primero se refiere a la técnica y a los métodos de investigación, y el segundo, a los principios y objetivos de las dos (?) ciencias. Ambos están **06** estrechamente ligados entre sí y con los dos guarda relación un equívoco importante que enturbia el problema. La aceptación de esos dos puntos aún por aclarar viene impuesta tanto por las conclusiones lógicamente inevitables de las tesis reflexológicas ya aceptadas, como por el próximo paso, que se dará pronto, a que conduce la evolución que ha adoptado este método.

¿Qué es lo que falta aún que impide que la metodología experimental fisiológica y la reflexológica coincidan y se fundan definitiva y totalmente? Tal como lo plantea Protopópov, sólo falta una cosa: el interrogatorio del sujeto, su informe verbal sobre el curso de algunos aspectos de los procesos y las reacciones, a los que los experimentadores no pueden acceder de otra forma que a través del testimonio del propio individuo objeto del experimento. Es aquí donde parece estar encerrada la esencia de la discrepancia, una discrepancia que la reflexología no duda en convertir en una cuestión decisiva y de principio.

Ese hecho está relacionado con el segundo punto, el relativo a los objetivos de ambas ciencias. Protopópov no habla ni una sola vez del interrogatorio del sujeto.

V. M. Béjterev ³ (1923) dice repetidamente que desde el punto de vista reflexológico, la investigación subjetiva sólo es admisible cuando se realiza sobre uno mismo. Sin embargo, el interrogatorio del sujeto es necesario precisamente desde el punto de vista de la integridad de la investigación reflexológica. De hecho, el comportamiento del sujeto y la fijación en él de nuevas reacciones reflejas vienen determinados no sólo por las reacciones (manifiestas, totalmente terminadas, aparentes y claramente perceptibles), sino también por los reflejos no manifestados externamente, semi-inhibidos, interrumpidos. Béjterev muestra, tras I. M. Séchenov ⁴, que el pensamiento no es otra cosa que un reflejo inhibido, retenido, un reflejo interrumpido en sus dos terceras partes, concretamente en el pensamiento con palabras, que es el caso más frecuente de reflejo verbal contenido.

Surge la pregunta: ¿por qué admitimos el estudio de los reflejos verbales en su integridad e incluso ciframos en ese campo las máximas expectativas y no tomamos en consideración esos mismos reflejos cuando no se manifiestan externamente pero que sin duda existen objetivamente? Si pronuncio en voz alta para que la oiga el experimentador la palabra «tarde», que me ha surgido por asociación, se considera como una reacción verbal, como un reflejo condicionado. Pero si pronuncio la palabra para mí, sin que se oiga, la pienso, ¿deja por ello de ser un reflejo y se altera su naturaleza? Y, ¿dónde está el límite entre la palabra pronunciada y la no pronunciada? Si se han movido los labios, si yo he emitido un balbuceo, que el experimentador no ha percibido, ¿qué hay que hacer en tal caso? ¿Podrá pedirme que repita en voz alta la palabra o considerará que eso es un método subjetivo, introspección u otras cosas prohibidas? Si eso es factible (y en ello coincidiría casi todo el

mundo), ¿por qué no puede pedirme que diga en voz alta la palabra pronunciada mentalmente —es decir, murmurando sin mover los labios— en la medida en que era y seguirá siendo una reacción motriz, un reflejo condicionado sin el 07 cual no hay pensamiento? Y eso ya es interrogatorio, testimonio verbal y declaración del sujeto respecto a las reacciones no manifiestas, no captadas por el oído del experimentador pero que indudablemente tenían existencia objetiva con anterioridad (y ahí estriba toda la diferencia entre los pensamientos y el lenguaje, ¡sólo en eso!). Tenemos muchos medios de confirmar que existían de hecho con todos los rasgos propios de su realidad material, y, lo que es más importante, ellas mismas se ocuparán de convencernos de su existencia. Se pondrán de manifiesto con tanta fuerza y claridad en el curso ulterior de la reacción que obligarán al experimentador a tenerlas en cuenta o a renunciar en general a estudiar el curso de las reacciones en que están insertas. ¿Y existen muchos de esos procesos de reacciones, de desarrollo de reflejos condicionados en que no se introduzcan reflejos inhibidos (= pensamientos)?

Por tanto, o renunciamos a estudiar el comportamiento de la persona en sus formas más trascendentales o introducimos obligatoriamente en nuestros experimentos el control de esos reflejos no manifiestos. La reflexología está obligada a tener también en cuenta los pensamientos y la totalidad de la psique si quiere comprender el comportamiento. La psique es únicamente un movimiento inhibido, y no sólo lo que objetivamente se puede tocar y que cualquiera puede ver. Lo que se ve solo a través del microscopio, del telescopio o de los rayos X también es objetivo. Y también lo son los reflejos inhibidos.

El propio Bédjterev señala que los resultados de las investigaciones llevadas a cabo por la escuela de Wurtzburgo en el ámbito del «pensamiento puro», en las esferas superiores de la psique, coinciden en esencia con lo que sabemos de los reflejos condicionados. M. B. Krol⁵ dice claramente que los nuevos fenómenos descubiertos por los investigadores de Wurtzburgo en el campo del pensamiento sin imágenes y no verbal no son otra cosa que los reflejos condicionados pavlovianos. ¡Y qué trabajo tan minucioso ha requerido precisamente el análisis de los informes y testimonios verbales de los sujetos sólo para llegar a concluir que el acto mismo del pensamiento escapa a la introspección, que lo encontramos ya, preparado, que no tiene cabida en informes o, lo que es lo mismo, que es un reflejo puro!

Ni que decir tiene, que el papel de estos informes e interrogatorios verbales, y el valor que les concede tanto la investigación reflexológica como la psicológica de carácter científico, no coinciden íntegramente con los que les atribuían los psicólogos subjetivistas. ¿Cómo deben ser considerados pues por los psicólogos objetivistas y cuál es su papel y su importancia en un sistema de experimentación rigurosa y científicamente verificables [verificable]?

Los reflejos no existen aisladamente, ni actúan de una manera dispersa, sino que se estructuran en complejos, en sistemas, en complicados grupos y formaciones que determinan el comportamiento del hombre. Las leyes que rigen la estructuración de los reflejos en complejos, los tipos que adoptan estas formaciones, las variedades y formas de interacción dentro de ellos y de interacción entre la totalidad de los sistemas, todas ellas son cuestiones de 08 primordial importancia dentro de los graves problemas con que se enfrenta la psicología científica del comportamiento. La doctrina de los reflejos sólo está en sus inicios y todavía no se ha investigado en todos esos ámbitos. Pero ya podemos hablar como de un hecho de la indudable interacción entre sistemas aislados de reflejos, de la influencia de unos sistemas en otros e incluso aproximarnos a una explicación de los rasgos, por el momento generales y burdos, que rigen el mecanismo de esa influencia. El mecanismo sería éste: en un reflejo cualquiera, su propia parte reactiva (movimiento, secreción) se convierte en excitante de un nuevo reflejo del mismo sistema o de otro sistema.

Pese a que no he podido encontrar esta formulación en ningún reflexólogo, su veracidad es tan patente que su ausencia sólo se explica porque todos la sobreentienden y la aceptan tácitamente. El perro reacciona al ácido clorhídrico segregando saliva (reflejo), pero la propia saliva constituye un nuevo excitante para el reflejo de la deglución o para expulsarla al exterior. En una asociación libre, en respuesta a la palabra «rosa», que actúa de excitante, pronuncio «capuchina». Se trata de un reflejo, que es a la vez el excitante de la palabra siguiente: «ranúnculo». (Todo esto ocurre dentro de un mismo sistema o de sistemas próximos, que colaboran.) El aullido de un lobo provoca en mí, como excitante, reflejos somáticos y mímicos de temor; el cambio en la respiración, las palpitaciones del corazón, el temblor, la sequedad en la garganta (reflejos) me hacen decir: «Siento miedo». Por consiguiente, un reflejo puede desempeñar un papel de excitante respecto a otro reflejo del mismo sistema o de un sistema diferente y provocarlo también como excitante externo (ajeno). Y en este sentido puede considerarse que la propia relación entre reflejos está sometida a todas las leyes de formación de los reflejos condicionados. De acuerdo con una ley de los reflejos condicionados, un reflejo entra en conexión con otro

convirtiéndose, en determinadas circunstancias, en su excitante condicionado. Esta es la primera ley, evidente y fundamental, de la relación entre los reflejos.

Este mecanismo es el que permite comprender en rasgos muy aproximados y generales el valor (objetivo) que pueden tener para la investigación científica los testimonios verbales de los sujetos en una prueba. Los reflejos no manifestados (habla silenciosa), los reflejos internos, inaccesibles a la percepción directa del observador, a menudo pueden hacerse manifiestos indirectamente, de forma mediada, a través de reflejos accesibles a la observación respecto a los cuales desempeñan el papel de excitantes. A través de la presencia del reflejo completo (la palabra) establecemos la del correspondiente excitante, que en este caso desempeña un doble papel: el de excitante respecto al reflejo completo y el de reflejo respecto al excitante anterior. Sería un suicidio para la ciencia que, dado el enorme papel que desempeña precisamente la psique —esto es, el grupo de reflejos inhibidos— en la estructura de la conducta, renunciara a acceder a ella a través de un camino indirecto: su influencia en otros sistemas de reflejos. (Recordemos la doctrina de Békterev sobre los reflejos internos, externo-internos, etc. Y más 09 si tenemos en cuenta que con frecuencia disponemos de excitantes internos, que no están a la vista; que permanecen ocultos en los procesos somáticos y que, sin embargo, se pueden desvelar a través de los reflejos producidos por ellos. La lógica es en este caso la misma e idéntico el funcionamiento de los pensamientos y su manifestación material).

Interpretado de ese modo, el informe del sujeto no constituye en modo alguno un acto de introspección que viene a echar su gota de acíbar en el barril de la miel de la investigación científica. No se trata de introspección. Ni el sujeto adopta en modo alguno la posición de observador ni ayuda al experimentador a buscar reflejos ocultos. El examen se mantiene hasta el final como objeto del experimento, pero tanto en él como en el propio informe se introducen mediante las preguntas algunas variaciones, transformaciones, se introduce un nuevo excitante (una nueva pregunta), un nuevo reflejo que aporta elementos de juicio sobre las partes no esclarecidas de las anteriores preguntas. Parece como si se sometiera al experimento a un doble objetivo.

Pero también, la propia conciencia o la toma de conciencia de nuestros actos y estados deben ser interpretados como un sistema de mecanismos transmisores de unos reflejos a otros que funcionan correctamente —en cada momento consciente. Cuanto mayor sea el ajuste con que cualquier reflejo interno en calidad de excitante provoque una nueva serie de reflejos procedentes de otros sistemas y se transmita a otros sistemas, más capaces seremos de rendirnos cuenta a nosotros mismos de nuestras sensaciones, de comunicarlas a los demás y de vivirlas (sentirlas, fijarlas en la palabra, etc.). Rendir cuenta significa transferir unos reflejos a otros. Lo inconsciente psíquicamente estriba en que hay unos reflejos que no se transmiten a otros sistemas. Pueden darse grados de conciencia —es decir, interacciones entre sistemas en el seno del mecanismo del reflejo que actúa— de diversidad infinita. La conciencia de las propias sensaciones no significa otra cosa que el hecho de que actúan como objeto (excitante) de otras sensaciones: la conciencia es la sensación de las sensaciones, exactamente igual que las simples sensaciones son la sensación de los objetos. Pero precisamente la capacidad del reflejo (sensación del objeto) de ser un excitante (objeto de sensación) para un nuevo reflejo (nueva sensación) convierte a este mecanismo de conciencia en uno de transmisión de reflejos de un sistema a otro.

Eso equivale más o menos a lo que Békterev denomina reflejos subordinados y no subordinados. En concreto, esta interpretación de la conciencia viene confirmada por los resultados de las investigaciones de la escuela de Wurtzburgo, que establecen entre otras cosas la imposibilidad de observar el propio acto de pensar («no se puede pensar el pensamiento»), porque escapa a la percepción; esto es, no puede actuar como objeto de percepción (excitante) para sí mismo, porque se trata de fenómenos de orden y naturaleza distintos a los de tantos procesos psíquicos que pueden ser observados y percibidos (de la misma manera que pueden actuar como excitantes para otros sistemas). Y, en nuestra opinión, el acto de la conciencia 10 no es un reflejo, como tampoco puede ser un excitante, sino que es un mecanismo de transmisión entre sistemas de reflejos.

Con esta interpretación, que establece una diferencia metodológica radical y de principio entre el informe verbal del sujeto y la introspección, cambia radicalmente, como es obvio, la naturaleza científica de la consigna y del interrogatorio. Lo que hacemos con la consigna no es pedirle al sujeto que se ocupe de una parte de las observaciones, que desdoble su atención y la dirija hacia sus propias vivencias. De ninguna manera. Lo que hace la consigna, en calidad de sistema de excitantes condicionados, es provocar previamente los reflejos de orientación necesarios que determinarán el curso ulterior de la reacción y los reflejos de orientación de los mecanismos transmisores, precisamente de aquellos mecanismos que se pondrán en juego en el curso del experimento. En este caso, la consigna que se dirige a los reflejos secundarios, reflejos de reflejos, no se

diferencia básicamente en nada de la que se refiere a los reflejos primarios. En el primer caso: diga la palabra que acaba usted de pronunciar en su interior. En el segundo: aparte la mano.

Y prosigamos. El mismo interrogatorio no consiste en tirarle de la lengua al sujeto sobre sus vivencias. La cuestión es radicalmente distinta de principio. La persona sometida a prueba no es ya el testigo que declara sobre un crimen que presenció (su antiguo papel), sino que es el propio criminal, y, lo que es más importante, en el momento del crimen. No se trata de un interrogatorio después del experimento; es una parte orgánica, integrante, del mismo, y no se diferencia en nada de aquél, salvo en la utilización de los propios datos en el curso del experimento.

El interrogatorio no es una superestructura del experimento, sino el mismo experimento que aún no ha terminado y que prosigue. De ahí que el interrogatorio se ha de construir no como una charla, un discurso, como el interrogatorio de un fiscal, sino como un sistema de excitantes, en el que se lleve la cuenta exacta de cada sonido y se elijan rigurosamente tan sólo aquellos sistemas de reflejos reflejados, que en el experimento pueden tener ciertamente indudable valor científico y objetivo.

Por eso es por lo que todo el sistema de modificaciones (la sorpresa, el método gradual, etc.) del interrogatorio es de gran importancia. Deben crearse un sistema y una metodología de interrogatorio estrictamente objetivos, como parte de los excitantes introducidos en el experimento. Y es evidente que la introspección no organizada, lo mismo que la mayoría de los testimonios, no pueden tener un valor objetivo. Hay que saber qué es lo que se ha de preguntar. Cuando los vocablos, las definiciones, los términos y los conceptos son vagos no podemos relacionar, a través de un procedimiento objetivamente fiable, el testimonio que el sujeto ofrece del «leve sentimiento de dificultad» con el reflejo-excitante objetivo, provocado por este testimonio. Pero su testimonio: «ante la palabra trueno pensé en relámpago» puede tener un valor completamente objetivo para el establecimiento indirecto del hecho de que a la palabra «trueno» reaccionó con el reflejo no manifestado «relámpago». 11

Por consiguiente, se impone una reforma radical en la utilización del interrogatorio y de las consignas y en el control de los testimonios del sujeto. Yo sostengo que es posible crear en cada caso individual una metodología objetiva que transforme el interrogatorio del sujeto en un experimento científico rigurosamente exacto.

Aquí me gustaría señalar dos aspectos: uno, que limita lo dicho anteriormente, y otro, que amplía su valor.

El sentido limitador de estas afirmaciones es claro de por sí: esta modificación del experimento es aplicable a la persona adulta normal, capaz de comprender y hablar nuestro lenguaje. Pero ni a un recién nacido, ni a un enfermo mental, ni a un criminal que oculta algo, les haremos un interrogatorio. Y no lo haremos precisamente porque el entrelazamiento de un sistema de reflejos (conciencia) y la transmisión de éstos al sistema verbal, o bien no está desarrollada en ellos o está trastornada por la enfermedad, o se ha visto inhibida y retenida por otros complejos de reflejos más potentes. Pero en el caso de un adulto normal que ha consentido voluntariamente en realizar la prueba, el experimento es insustituible.

De hecho, es fácil distinguir en el hombre un grupo de reflejos, cuya denominación correcta sería la de sistema de reflejos de contacto social (A. B. Zalkind)⁶. Se trata de reflejos que reaccionan a excitantes que a su vez son creados por el hombre. La palabra oída es un excitante, la palabra pronunciada es un reflejo que crea ese mismo excitante. Estos reflejos reversibles, que originan una base para la conciencia (entrelazamiento de reflejos), sirven de fundamento a la comunicación social y a la coordinación colectiva del comportamiento, lo que indica, entre otras cosas, el origen social de la conciencia. De toda la masa de excitantes, destaca claramente para mí un grupo: el de los estímulos sociales, que proceden de las personas; y se destacan porque yo mismo puedo reproducir esos excitantes, porque para mí se convierten muy pronto en reversibles y, por consiguiente, en comparación con los restantes, determinan mi comportamiento de forma distinta. Ellos me hacen parecerme, a mí mismo, me identifican conmigo mismo. En el amplio sentido de la palabra, es en el habla donde reside la fuente del comportamiento y de la conciencia. El habla constituye, por un lado, un sistema de reflejos de contacto social y, por otro, el sistema preferente de los reflejos de la conciencia, es decir, que sirven para reflejar la influencia de otros sistemas.

Por eso estriba ahí la raíz de la solución al enigma del «yo» ajeno, del conocimiento de la psique de los demás. El mecanismo de la conciencia de uno mismo (autoconocimiento) y del reconocimiento de los demás es

idéntico: tenemos conciencia de nosotros mismos porque la tenemos de los demás y por el mismo mecanismo, porque nosotros somos con respecto a nosotros lo mismo que los demás respecto a nosotros. Nos reconocemos a nosotros mismos sólo en la medida en que somos otros para nosotros mismos, esto es, por cuanto somos capaces de percibir de nuevo los reflejos propios como excitantes. Entre el mecanismo que me permite repetir en voz alta la palabra pronunciada mentalmente y el de que pueda repetir eso con otra palabra, no hay básicamente diferencia alguna: en ambos casos se trata de un reflejo-excitante reversible. Por eso, es en el contacto social entre el experimentador y el sujeto donde ese contacto se desarrolla con normalidad (una persona adulta, etc.). El sistema de reflejos verbales del sujeto ofrece al experimentador la autenticidad de un hecho científico, siempre y cuando se cumplan todas las condiciones de certeza, necesidad y globalidad que caracterizan a un sistema de reflejos bajo estudio.

El segundo aspecto, que amplifica lo expuesto anteriormente, puede ser expresado sencillamente del siguiente modo. El interrogatorio del sujeto con el fin de estudiar y controlar de un modo totalmente objetivo los reflejos no manifiestos es una parte necesaria en cualquier investigación experimental de una persona normal en estado de vigilia. No hablamos aquí del testimonio introspectivo de sensaciones subjetivas, al que Békterev tenía derecho a conceder un valor únicamente complementario, colateral, auxiliar, sino de una fase objetiva de la experimentación, una fase de verificación de los datos obtenidos en las fases anteriores, de la que casi ningún experimento puede prescindir. En efecto, la psique en general desempeña en los organismos superiores y en el hombre un papel de complejidad refleja creciente y el hecho de no estudiarla significa renunciar al análisis (precisamente a un análisis objetivo y no unilateral, subjetivo al revés) del comportamiento humano. No se ha dado ningún caso de pruebas realizadas con sujetos normales en que el factor de los reflejos inhibidos, de la psique, no haya determinado de una forma u otra el comportamiento del sujeto y haya podido por tanto ser eliminado del fenómeno a estudiar o no ser tenido absolutamente en cuenta. No hay ningún acto de comportamiento durante el experimento en el que, junto al curso de los reflejos que percibe, no se le escapen al sujeto otros que no están al alcance de la vista o del oído. Es decir, que tampoco existe ningún caso en el que podamos renunciar a esta parte del experimento, aunque sólo sea a título de verificación.

Si un sujeto os dice que no ha comprendido la consigna, ¿no tomaréis este reflejo verbal como una prueba inequívoca de que vuestro excitante no ha provocado los reflejos de orientación que necesitáis? Y si preguntáis a esa persona: «¿Ha comprendido usted la consigna?», ¿acaso esa lógica precaución no implica recurrir a la palabra acabada [emitida en su totalidad N.R.E.] como reflectora de reflejos, como testigo de una serie de reflejos inhibidos? Y cuando una reacción se ha demorado mucho, ¿no tendrá el experimentador en cuenta una declaración del sujeto del tipo: «He recordado un asunto desagradable para mí»? Etcétera. En la medida en que se trata de un método imprescindible, podemos encontrar millares de casos en los que no se utiliza científicamente. Y acaso ¿no sería de utilidad dirigirse al sujeto tras una reacción que se ha demorado más de lo que cabía esperar respecto a otras experiencias para preguntarle «¿estaba usted pensando en otras cosas durante el experimento?» para obtener la respuesta: «Sí, he estado pensando todo el tiempo si hoy se me han dado bien todas las cosas». Y no sólo en tan lamentables casos es útil y necesario recurrir al testimonio del sujeto. Para determinar los reflejos de orientación, para tener en cuenta los reflejos ocultos necesarios que hemos provocado nosotros mismos con el fin comprobar que no ha habido reflejos extraños y para otros mil objetivos es necesario recurrir a una metodología de interrogatorio científicamente elaborada, en lugar de utilizar charlas y conversaciones que inevitablemente se filtran en el experimento. Pero es obvio que esta metodología requiere complejísimas modificaciones para cada caso.

Para terminar con esta cuestión y pasar a la segunda, estrechamente relacionada con ella, es curioso señalar que los reflexólogos que han adoptado la metodología de la psicología experimental en su integridad omiten precisamente este aspecto, por considerarlo al parecer superfluo y no ajustado a los principios del método objetivo, etc. En este sentido ofrece gran interés la recopilación «Nuevas ideas en medicina» (1924, núm. 4), en la que hay una serie de artículos que perfilan una línea de desarrollo metodológica en la dirección marcada por V. P. Protopópov, con la particularidad además de excluir el interrogatorio. Eso mismo sucede en la práctica. Cuando la escuela pavloviana pasó a realizar experimentos con seres humanos, reprodujo íntegramente el método psicológico sin recurrir al interrogatorio. ¿No será ésta la explicación de la escasez de conclusiones y la pobreza de resultados de las investigaciones que hemos oído en los informes experimentales presentados en este congreso? ¿Qué pueden añadir a la verificación del principio general —establecido hace ya mucho y de manera más elocuente— de que en el ser humano los reflejos se establecen con mayor rapidez que en el perro? Eso se sabe sin necesidad de recurrir a experimentos. La constatación de lo evidente y la repetición del abecé de lo que se desconoce es indefectiblemente un atributo de todo aquel investigador que no desea modificar radicalmente los métodos de su trabajo.

Me he planteado en este trabajo la tarea de elaborar un esquema estructural de un método científico-objetivo común para la investigación y la experimentación del comportamiento humano y su defensa desde un punto de vista teórico. Pero como ya he dicho, esta cuestión técnica se halla en estrecha relación con otra discrepancia de carácter teórico, sobre la cual insisten los reflexólogos, incluso aquellos que reconocen la unidad de método con los psicólogos. Protopópov se expresa así: «La inclusión en este método [de la reflexología. —Red] de los procedimientos de análisis que se utilizan hace mucho en la psicología experimental... ha sido resultado del desarrollo natural de la propia reflexología y no significa en modo alguno la transformación de esta última en psicología. El paulatino perfeccionamiento del método reflexológico le ha conducido casualmente (la cursiva es mía —L.V.) a esas modalidades de investigación, que sólo presentan semejanzas externas (la cursiva es mía —L.V.) con las que se aplican en psicología. Los fundamentos de principio, el objeto y las tareas de estas dos disciplinas continúan siendo totalmente distintos. Mientras la psicología estudia los procesos psíquicos como vivencias anímicas en su manifestación objetiva»..., 14 etcétera. (1923, págs. 25-26) —lo que sigue a continuación es conocido por todo lector de obras de reflexología.

Creo que no es difícil demostrar que ese acercamiento no es casual y que la similitud de formas de análisis no es sólo externa. En la medida en que la reflexología trata de explicar la totalidad del comportamiento del hombre tiene que utilizar inevitablemente el mismo material que la psicología. La pregunta se plantea así: ¿puede la reflexología hacer caso omiso de la psique y no tenerla en cuenta para nada en tanto que sistema de reflejos inhibidos y entramado de diferentes sistemas? ¿Cabe explicar científicamente el comportamiento del hombre sin recurrir a la psique? ¿Debe la psicología sin alma, la psicología sin metafísica alguna, convertirse en psicología sin psique —en reflexología? Desde el punto de vista biológico, sería absurdo suponer que la psique es totalmente innecesaria para el sistema de la conducta. O aceptamos tan evidente absurdo o negamos la existencia de la psique. Pero de eso no son partidarios los fisiólogos más extremistas: ni Pávlov, ni Békterev.

I. P. Pávlov dice claramente que «nuestros estados subjetivos constituyen una realidad primordial, que rigen nuestra vida cotidiana y condicionan el progreso de la convivencia humana. Pero una cosa es vivir de acuerdo con estados subjetivos y otra analizar sus mecanismos desde un punto de vista verdaderamente científico» (1951). De suerte que hay una realidad primordial que rige nuestra vida cotidiana (y eso es esencial) y, sin embargo, la investigación objetiva de la actividad nerviosa superior —el comportamiento— puede prescindir del control de esa instancia directriz del comportamiento, es decir, de la psique.

Básicamente, dice Pávlov, en la vida sólo nos interesa una cosa: nuestro contenido psíquico. En lo que más ocupado está el hombre es en la conciencia y en los tormentos de ésta. Y el propio Pávlov reconoce que es imposible no prestarles atención (a los fenómenos psíquicos), porque están estrechísimamente unidos a los fenómenos fisiológicos, y determinan el funcionamiento íntegro del órgano. ¿Puede renunciarse tras esto al estudio de la psique? Y el propio Pávlov sitúa muy bien el papel de cada ciencia, cuando dice que la reflexología estudia el fundamento de la actividad nerviosa y la psicología, la superestructura. «Y como lo sencillo, lo elemental, es comprensible sin lo complejo, mientras que es imposible analizar lo último sin lo primero, de ahí que nuestra posición sea mejor, ya que el éxito de nuestras investigaciones no depende en absoluto de otras. Creo que, por el contrario, nuestras investigaciones deben revestir más importancia para la psicología, ya que habrán de constituir posteriormente el principal fundamento del edificio de la psicología» (Ibídem, pág. 105). Cualquier filósofo corroborará que la reflexología es el principio general, el fundamento. Hasta ahora, mientras se estaban construyendo los cimientos, comunes para los animales y el hombre, cuando se trataba de lo simple y elemental, no era necesario contar con lo psíquico. Pero eso es un fenómeno temporal: cuando los veinte años de experiencia con que cuenta la reflexología lleguen a treinta, la 15 situación variará. Yo he partido de la tesis de que la crisis de la metodología comienza en los reflexólogos precisamente cuando pasan de los fundamentos; de lo elemental y lo simple, a una estructura superior, a lo complejo y sutil.

V. M. Békterev (1923) se muestra todavía más decidido, más resuelto o, dicho de otra manera, adopta una postura más inconsecuente y contradictoria intrínsecamente. Sería un gran error considerar, reconocer, que los procesos subjetivos son por naturaleza fenómenos completamente superfluos o colaterales (epifenómenos), ya que sabemos que en ella todo lo superfluo se atrofia y se destruye, mientras que nuestra propia experiencia nos dice que los fenómenos subjetivos alcanzan su máximo desarrollo en los procesos más complejos de actividad correlativa [sootnositelnaia diíatelnost] (pág. 78).

¿Es posible, nos preguntamos, excluir el estudio de aquellos fenómenos que alcanzan su máximo desarrollo en los procesos más complejos de actividad correlativa, en esa ciencia que hace precisamente de esa actividad

correlativa el objeto de su estudio? Pero Békterev no desecha la psicología subjetiva, sino que la deslinda de la reflexología. Porque es evidente para cualquiera que aquí cabe adoptar una de las dos siguientes alternativas: 1) o bien explicar la totalidad de la actividad correlativa sin la psique —hecho que reconoce Békterev—, en cuyo caso, esta última se convierte en un fenómeno colateral, cosa que él mismo niega; 2) o bien esa explicación resulta imposible, en cuyo caso se debe admitir la psicología subjetiva, deslindándola de la ciencia del comportamiento, etc. En lugar de optar por una u otra alternativa, Békterev habla de la mutua relación de ambas ciencias, de su posible acercamiento en el futuro; pero, como aún no ha llegado ese momento, supone que mientras tanto podemos mantenernos en el ámbito de unas relaciones mutuas estrechas entre ambas disciplinas científicas.

Békterev habla aún de la posible e incluso inevitable construcción en el futuro de una reflexología que se ocupe específicamente de estudiar los fenómenos subjetivos. Pero si la psique es inseparable de la actividad correlativa y alcanza su máximo desarrollo precisamente en sus formas superiores, ¿cómo es posible estudiarlas por separado? Eso sólo sería factible si se reconociera que las dos facetas del problema tienen una naturaleza y una esencia diferenciadas, como ha sostenido insistentemente la psicología. Pero Békterev rechaza la teoría del paralelismo y la interacción psicológicas y afirma precisamente la unidad de los procesos psíquicos y nerviosos.

Habla muchas veces de la correlación entre los fenómenos subjetivos (psique) y los objetivos, manteniéndose veladamente siempre en el ámbito del dualismo. Y dualismo es esencialmente el verdadero nombre de la postura adoptada por Pávlov y Békterev. Para este último, la psicología experimental no es aceptable precisamente porque recurre a la introspección para estudiar el mundo interior, la psique. Békterev propone que sus investigaciones sean analizadas sin tener en cuenta los procesos de la conciencia. Y en lo que se refiere a los métodos dice claramente que la reflexología utiliza métodos objetivos rigurosos que le son específicos. Por 16 cierto, que en lo que respecta a los métodos hemos visto que la propia reflexología reconoce que coinciden plenamente con los psicológicos.

En resumen, dos ciencias que tienen el mismo objeto de análisis: el comportamiento del hombre, que utilizan para ello los mismos métodos, continúan, sin embargo, a pesar de todo, siendo dos ciencias distintas². ¿Qué las impide fundirse? Fenómenos subjetivos o psíquicos, repiten a los cuatro vientos los reflexólogos. ¿Y en qué consisten esos fenómenos subjetivos: lo psíquico?

Entre los posibles enfoques sobre esta cuestión —que es decisiva—, la reflexología adopta la posición del más puro idealismo y dualismo, cuya denominación correcta sería la de idealismo a la inversa. Para Pávlov se trata de fenómenos sin causa y que no ocupan lugar; para Békterev carecen de existencia objetiva alguna, ya que sólo pueden ser estudiados dentro de sí mismos. Pero, tanto Békterev como Pávlov saben que estos fenómenos rigen nuestra vida. No obstante, ven en ellos, en lo psíquico, algo distinto —que deberá ser investigado independientemente— de los reflejos, al igual que éstos deberán investigarse por separado de lo psíquico. Estamos, naturalmente, ante un materialismo de pura cepa: renunciar a la psique. Pero sólo es materialismo en un ámbito: el suyo. Fuera de ese ámbito, actúa como idealismo de pura cepa, separando la psique y su estudio del sistema general de conducta del hombre.

La psique no existe fuera del comportamiento, lo mismo que éste no existe sin aquélla, aunque sólo sea porque se trata de lo mismo. En opinión de Békterev, los estados subjetivos, los fenómenos psíquicos, existen en la tensión de la corriente nerviosa, en el reflejo (!noten esto!) de concentración, ligado a la retención de la corriente nerviosa, cuando se establecen nuevos nexos. ¿Qué fenómenos tan misteriosos son éstos? ¿No está claro ya que también ellos sólo son reacciones del organismo, pero reflejadas por otros sistemas de reflejos: el lenguaje, la emoción (reflejo mímico-somático) y otros? E. problema de la conciencia debe ser planteado y resuelto por la psicología en la medida en que se trata de una interacción, un reflejo, una autoexcitación, de diferentes sistemas de reflejos. Es consciente lo que se transmite en calidad de excitante a otros sistemas y produce en ellos una respuesta. La conciencia es el aparato de respuesta.

Es por eso por lo que los fenómenos subjetivos únicamente están a mi alcance, sólo yo los percibo como excitantes de mis propios reflejos. En este sentido tiene mucha razón W. James, que ha mostrado en un

² En el resumen del congreso, publicado en la compilación: «Novedades en reflexología» (1925, núm. 1), en los comentarios, se dice sobre mi informe, refiriéndose a esta idea, que el autor «ha intentado de nuevo borrar los límites entre los enfoques reflexológicos y psicológicos, originando con ello algunos malévolos comentarios sobre la reflexología, que ha caído en contradicciones internas» (pág. 359). En lugar de desmentir esta idea, el ponente alega que «el informante es un psicólogo que trata además de asimilar también el planteamiento reflexológico. Los resultados hablan por sí mismos». ¡Un silencio harto elocuente! Aunque hubiera sido más oportuna y necesaria una formulación exacta de mi error.

brillante ¹⁷ análisis que nada nos obliga a admitir el hecho de la existencia de la conciencia como algo independiente del mundo, a pesar de no negar ni nuestras vivencias ni la conciencia de éstas. Toda la diferencia entre la conciencia y el mundo (entre el reflejo al reflejo y el reflejo al excitante estriba sólo en el contexto de los fenómenos. El mundo está en el ámbito de los excitantes; la conciencia, en el de mis reflejos. Esta ventana es un objeto (el excitante de mis reflejos); la misma ventana, con esas mismas cualidades, es mi sensación (un reflejo transmitido a otros sistemas). La conciencia es sólo el reflejo de los reflejos.

Al afirmar que también la conciencia debe ser interpretada como una reacción del organismo a sus propias reacciones, se ve uno obligado a ser más reflexólogo que el propio Pávlov. Qué se le va a hacer; si se quiere ser consecuente, hay que estar a veces en contra de tal indecisión y ser más papista que el papa y más monárquico que el rey. Los reyes no son siempre buenos monárquicos.

Cuando la reflexología excluye los fenómenos psíquicos del círculo de sus investigaciones como algo que no es competencia suya actúa igual que la psicología idealista, que estudia la psique prescindiendo de todo lo demás, como a un mundo encerrado en sí mismo. A decir verdad, raramente ha excluido la psicología de su ámbito el aspecto objetivo de los procesos psíquicos y no ha solido encerrarse en el círculo de la vida interior, como si ésta fuera una isla deshabitada del espíritu. Los estados subjetivos —aislados del espacio y de sus causas— no existen por sí mismos. Y por lo mismo tampoco puede existir la ciencia que los estudie. Estudiar el comportamiento de la persona sin la psique, como quiere la reflexología, es tan imposible como estudiar la psique sin el comportamiento. No es posible por tanto hacer sitio para dos ciencias distintas. Y no es preciso ser muy perspicaz para darse cuenta de que la psique es esa misma actividad correlativa, que la conciencia es una actividad correlativa dentro del propio organismo, dentro del sistema nervioso: la actividad correlativa del cuerpo humano consigo mismo.

El estado actual de ambas ramas del saber sugiere claramente que la integración de ambas ciencias no sólo es necesaria sino también fructífera. La psicología está viviendo una seria crisis en Occidente y en la URSS. Para James no es sino un montón de materiales en bruto. N. N. Langue compara la situación de la psicología con la de Príamo en las ruinas de Troya (1914, pág. 42). Todo se ha derrumbado, ése es el resultado de la crisis y no sólo en Rusia. Pero también la reflexología ha ido a parar a un callejón sin salida, tras haber levantado los cimientos. Una ciencia no puede prescindir de la otra. Es necesario y urgente elaborar una metodología científica objetiva común, un planteamiento común de los problemas más importantes que cada ciencia por separado no puede ya, no sólo plantear, sino siquiera tratar de resolver. Y si no parece claro que pueda construirse la superestructura salvo que se disponga de cimientos, tampoco los constructores de éstos, una vez ¹⁸ que los han terminado, pueden colocar una sola piedra sin comprobar las directrices y el tipo de edificio que han de levantar.

Hay que hablar claro. Los enigmas de la conciencia, de la psique, no se pueden eludir con subterfugios, ni metodológicos ni teóricos. No se puede dar un rodeo para dejar la conciencia a un lado. James se preguntaba si existía la conciencia y respondía que la respiración sí, de eso estaba seguro, pero en cuanto a la conciencia, lo ponía en duda. Pero este planteamiento de la cuestión es gnoseológico. Psicológicamente la conciencia es un hecho indudable, una realidad primordial y un hecho, ni secundario, ni casual, de enorme importancia. Nadie lo discute. Podremos diferir el problema, pero no eliminarlo por completo. En la nueva psicología las cosas no marcharán bien hasta que nos planteemos audaz y claramente el problema de la psique y de la conciencia y hasta que no lo resolvamos experimentalmente, siguiendo un procedimiento objetivo. En qué etapa surgen los rasgos conscientes de los reflejos, cuál es su significado biológico, son preguntas que hay que plantear, y hay que prepararse para resolverlas experimentalmente. El problema estriba simplemente en plantear correctamente la cuestión y la solución llegará más pronto o más tarde. En un arrebató «energético», Bójterev llega hasta el pampsiquismo, a atribuir dimensión personal a plantas y animales; en otro sitio no se decide a rechazar la hipótesis del alma. La reflexología no abandonará ese estado de primitiva ignorancia sobre la psique mientras se mantenga alejada de ella y continúe encerrada en el estrecho círculo del materialismo fisiológico. Ser materialista en fisiología no es difícil. Pero prueben a serlo en psicología y, si no lo logran, continúen ustedes siendo idealistas.

Últimamente el problema de la introspección y de su papel en la investigación psicológica se ha agudizado extraordinariamente bajo la influencia de dos factores:

Por un lado, la psicología objetiva que, aunque aparentemente haya tendido en un primer momento a rechazar de plano la introspección, considerándola un método subjetivo, últimamente aventura algunos intentos por hallar

un valor objetivo en eso que se denomina introspección. J. Watson, A. Weiss y otros han comenzado a hablar de «conducta verbal» y relacionan la introspección con el funcionamiento de este aspecto verbal de nuestro comportamiento; otros hablan de «conducta interna», de «conducta verbal» manifiesta, etcétera.

Por otro lado, la nueva tendencia de la psicología alemana, la denominada «psicología de la Gestalt» (W. Köhler, K. Koffka, M. Wertheimer y otros), que ha alcanzado en los últimos tres-cuatro años enorme importancia, ha intervenido con una violenta crítica en los dos frentes, acusando tanto a la psicología empírica como al behaviorismo, del mismo pecado: de su incapacidad para estudiar mediante un método único (objetivo o subjetivo) el comportamiento real, vital, del hombre.

Ambos factores complican aún más el problema del valor de la introspección y obligan por tanto a analizar sistemáticamente las formas, esencialmente 19 diferentes, de introspección a las que estas tres partes en discusión se refieren. Trataremos en las siguientes líneas de sistematizar el problema, aunque debemos hacer previamente algunas observaciones de carácter general.

En primer lugar, debemos señalar que la solución al problema ha de darse dentro de la crisis cada vez más patente de la propia psicología empírica; Nada, más falso que pretender que la crisis que parece haber escindido en dos campos la ciencia rusa es tan sólo una crisis local, propia de Rusia. La crisis se extiende hoy por toda la psicología universal. La aparición de una escuela psicológica (la psicología de la Gestalt), surgida en el seno de la psicología empírica, es buena prueba de ello. ¿De qué acusan estos psicólogos a la introspección? Fundamentalmente de que con este método de estudio los fenómenos psíquicos se convierten inevitablemente en subjetivos, porque la introspección, que exige atención analítica, arranca siempre el objeto a observar del nexo en que ha aparecido y lo traslada a un nuevo sistema, «al sistema del sujeto», al «yo» (K. Koffka, 1924). En esas circunstancias, las vivencias se convierten, inevitablemente, en subjetivas. Koffka compara la introspección, capaz únicamente de observar sensaciones claras, con las gafas y la lupa, a cuya ayuda recurrimos cuando no podemos leer una carta. Pero mientras el cristal de aumento no modifica el propio objeto, sino que ayuda a verlo con más claridad, la introspección sí que modifica el objeto a observar. Al comparar pesos, dice Koffka, la descripción psicológica verdadera no deberá ser, según este punto de vista, «este objeto es más pesado que aquél», sino «mi sensación de pesadez se ha intensificado». De este modo lo objetivo se transforma en subjetivo con este método de investigación.

Los nuevos psicólogos reconocen también el heroico fracaso de la escuela de Wurtzburgo y la impotencia de la psicología empírica (experimental). La verdad es que también reconocen la esterilidad del método puramente objetivo y proponen una perspectiva funcional e integral. Para estos psicólogos los procesos conscientes «son únicamente procesos parciales de grandes configuraciones»; por eso, y continuando con su posición, «tras la parte consciente de un gran proceso —es decir, la configuración—, tras los límites de su conciencia», sometemos nuestras tesis a comprobación funcional con hechos objetivos. Los psicólogos que reconocen que la introspección no constituye el método fundamental, principal, de la psicología, se limitan a hablar sólo de aquella introspección real, auténtica, es decir, comprobada a través de consecuencias extraídas funcionalmente de ella y confirmada por los hechos.

Vemos, por consiguiente, que si, por un lado, la reflexología rusa y el behaviorismo norteamericano intentan encontrar una «introspección objetiva», los mejores representantes de la psicología empírica buscan también una «introspección real», fidedigna.

Para responder a la pregunta de en qué consistiría tal cosa es por lo que hay que intentar sistematizar todas las formas de introspección y estudiar cada una de ellas por separado. 20

Podemos distinguir cinco formas principales.

1. La instrucción a la persona sometida a prueba. Eso es, naturalmente, en parte una introspección, ya que presupone la organización consciente, interna, del comportamiento de esa persona. Quien intente evitarla en los experimentos con sujetos humanos cometerá un error, porque sustituirá las consignas manifiestas, y que por tanto se tienen en cuenta, por la autoinstrucción de la persona en cuestión, por la consigna inculcada por las circunstancias del experimento, etc. Es dudoso que actualmente quede alguien que niegue la necesidad de la consigna.

2. Manifestaciones de la persona sometida a prueba, relativas al objeto externo. Por ejemplo, cuando se muestran dos círculos: «éste es azul, aquél, blanco». Este tipo de introspección, que se comprueba sobre todo

recurriendo al cambio funcional de toda una serie de excitantes y declaraciones (no es un círculo azul, sino una serie de círculos azules que se oscurecen y aclaran paulatinamente), también puede resultar fidedigna.

3. Las declaraciones de la persona sometida a prueba sobre sus propias reacciones internas: «me duele, me siento bien», etc. Es una forma menos fidedigna de introspección, aunque resulta accesible a la comprobación objetiva y puede ser admitida.

4. El descubrimiento de una reacción oculta. La persona sometida a prueba dice un número que se le ha ocurrido; cuenta cómo está colocada la lengua dentro de su boca; repite una palabra que ha pensado, etc. Esta es la variedad de descubrimiento indirecto de la reacción, que propugnamos en el presente artículo.

5. Finalmente, la descripción detallada por parte de la persona sometida a prueba de sus estados internos (metodología de Wurtzburgo). Constituye la variedad de introspección menos fidedigna y más inasequible a comprobación. Aquí, a la persona sometida a prueba se la coloca en la situación de observador auxiliar; el observador (*observer*, como dicen los psicólogos ingleses) pasa a ser en este caso el sujeto y no el objeto del experimento; el experimentador se limita al papel de indagador y protocolista. Aquí, en lugar de hechos se ofrecen teorías preparadas.

Tengo la impresión de que el problema del valor científico que cabe atribuir a .a introspección ha de resolverse de forma análoga a como resolvemos la del valor práctico de los testimonios de la víctima y del culpable en la instrucción de un sumario. Son parciales —eso lo sabemos a priori y por eso encierran elementos de falsedad; incluso puede ocurrir que sean totalmente falsos. Por eso es absurdo fiarse de ellos. ¿Pero significa eso que no debemos escucharlos en general durante el proceso y prescindamos de interrogar a los testigos? Eso tampoco sería inteligente. Escuchamos al procesado y a la víctima, verificamos, confrontamos, recurrimos a pruebas materiales, a documentos, huellas, testimonios de testigos (aquí también hay testigos falsos) y de ese modo establecemos el hecho. ²¹

No hay que olvidar que existen muchas ciencias que no pueden estudiar el asunto recurriendo a la observación directa³. Los historiadores y los geólogos restablecen hechos que ya no existen, a través de métodos indirectos y, sin embargo, estudian, en fin de cuentas, hechos que existieron y no huellas y documentos que han quedado y se han conservado. El psicólogo se encuentra con frecuencia en la misma situación que el historiador y el arqueólogo y actúa entonces como el detective que investiga un crimen que no presencié.

³ Compárese Ivanovski [Introducción metodológica a la ciencia y la filosofía] El autor señala cómo algunos psicólogos se oponían a la introducción del inconsciente en psicología, basándose en que no puede ser observado directamente. Los psicólogos objetivistas también estudian los fenómenos de la conciencia recurriendo al método indirecto, del mismo modo que los psicólogos anteriores estudiaban lo inconsciente por sus huellas, sus manifestaciones, sus influencias, etcétera.

Psicología general y experimental

Prólogo al libro de A. F. Lazurski¹

Apartado 1

El libro de A. F. Lazurski ve la luz en una nueva edición cuando tanto la ciencia psicológica rusa como la enseñanza de las disciplinas psicológicas en las escuelas superiores atraviesan un período de crisis aguda. Esta crisis viene condicionada y determinada, por un lado, por los éxitos del pensamiento fisiológico, que con los métodos de las ciencias naturales exactas han alcanzado los sectores más complejos y difíciles de la actividad nerviosa superior, y por otro, por la creciente oposición dentro de la propia ciencia psicológica hacia los sistemas tradicionales de la psicología empírica. A ello se le ha añadido además una tendencia totalmente inevitable y que era de esperar —y que se expande casi por la totalidad del actual frente ruso de la cultura—, a revisar los fundamentos y principios de la psicología a la luz del materialismo dialéctico y a ligar la elaboración de la investigación científica y teórica, así como la enseñanza de esta ciencia, a premisas de carácter filosófico más generales y fundamentales.

Tan complicada situación, tanto teórica como pedagógica, es consecuencia de la crisis y de la reestructuración de la psicología, y hace precisas ciertas aclaraciones previas para cualquier nuevo trabajo que se presente sobre este tema. Esto es también aplicable a aquellos textos que se reeditan.

El curso de Lazurski fue redactado hace quince años, partiendo de las lecciones impartidas a los alumnos de una de las escuelas superiores de Petersburgo y servía de manual de dicho curso en los centros de enseñanza superior. El manual respondía a su objetivo y era completamente satisfactorio. Escrito con extraordinaria sencillez y claridad y redactado de forma que lo ponía al alcance de todos, es acreedor de los méritos que debe reunir todo manual: un contenido plenamente científico del material que incluye una presentación pedagógica y una distribución compendiada y sistemática. Ahora ve la luz la tercera edición del libro que deberá cumplir primordialmente, en nuestra opinión, el mismo objetivo: servir de guía en el curso de psicología de la escuela, ayudando con ello también a los profesores y a los estudiantes a salir de la crisis que en los centros de enseñanza se refleja principalmente y de forma más grave en la ausencia de un libro de texto. **23**

Es precisamente este fin práctico de la nueva edición lo que ha obligado a no limitarse a reproducir el libro tal y como lo había escrito el propio autor, sino a someterlo a cierta redacción crítica, que han realizado para la presente edición los profesores auxiliares del Instituto Pedagógico adjunto a la Universidad estatal número 1 de Moscú V. A. Artiómov 2, N. F. Dobrynin y A. R. Luria, así como quien escribe estas líneas. La tarea resultaba difícil. Por un lado, había que conservar íntegramente el respeto al legado científico y pedagógico de tan notable erudito como era el honorable profesor Lazurski, evitar toda deformación y vulgarización de sus pensamientos, conservar intactos y exactos, dentro de lo posible, el espíritu e incluso la letra de su libro y su forma de expresión, como si se tratase de la entonación y las pausas de su curso. Por otro lado, era necesario poner en manos de los estudiantes un manual del curso de psicología al que iban asistir en 1925, es decir, tener en cuenta e introducir en el libro todas las correcciones que pueden acumularse en los textos destinados a la enseñanza a lo largo de un período de 10-15 años, y que en este caso se habían hecho especialmente necesarias en los años de crisis de la última década.

Este objetivo, como le resultará evidente a cualquiera, no puede alcanzarse en su totalidad. Por eso, el presente intento debe ser considerado necesariamente como una solución de compromiso, capaz de proporcionar un manual temporal de carácter transitorio, pero que no resuelve en modo alguno por completo y de forma definitiva el problema de la creación de un nuevo manual que responda a todas las exigencias que plantea el actual estado de la ciencia. Ese manual de nuevo cuño es cosa del futuro. Como material didáctico temporal, transitorio, puede, en nuestra opinión, ser útil el curso de Lazurski. En favor de ello hablan los fundamentos científicos, completamente sanos en general, que sirvieron de base a su labor pedagógica y científica y sobre los cuales creó su curso.

¹ «Predislovie k knigae A. F. Lazórskogo "Psijologuia obschaia i eksperimentalnaia".. El prólogo al libro de A. F. Lazurski fue escrito en 1924 para la tercera edición de esa obra. (Leningrado, 1925).

«Puede considerarse que uno de los rasgos más característicos de la psicología actual —así se dice al principio del curso— es su transformación paulatina en ciencia exacta, en el sentido de la palabra con que utilizamos este término, refiriéndonos a las ciencias naturales» (1925, pág. 27). En esta «transformación paulatina», nos hallamos ahora ante tan radicales intentos de reforma de nuestra ciencia, que el punto de vista del autor del curso puede parecer fácilmente demasiado moderado y «paulatino», aunque Lazurski era, indudablemente, uno de aquellos psicólogos partidarios de transformar la psicología en una ciencia exacta. Lazurski partía de un punto de vista general sobre la psique de carácter biológico, e interpretaba todos los problemas de la psicología como de carácter biológico. Afirmaba así que todas las funciones psíquicas tienen también su faceta fisiológica, o de otra manera, que en el organismo no existen procesos psíquicos puros (el proceso creador, dice entre otras cosas, es, análogamente a todos los procesos espirituales restantes, un proceso psicofisiológico es decir, que tiene su equivalente correlato fisiológico). También estaba convencido de la total regularidad de la actividad psíquica; por lo que se refiere a su doctrina del carácter integral ²⁴ de la personalidad, afirmaba que nuestra organización psíquica nos ha sido proporcionada como un todo, como una unidad coherente y ordenada. Todo ello coincide en tal grado con los principios fundamentales de la psicología biológica, que hace que el libro sea mucho más que coda una serie de otros cursos universitarios, incluso de los creados no hace mucho. A todo ello hay que añadir una característica relativamente rara en los manuales rusos universitarios, y es que introduce en el curso ejemplos y datos de la psicología experimental. Asimismo destacamos el espíritu ponderado y diáfano, naturalista y realista, que impregna todo el libro.

Estos indiscutibles méritos del manual, sus puntos de contacto con la psicología científica recién surgida, son aspectos que era necesario destacar en primer lugar, subrayar y conseguir que aparecieran en el libro en un primer plano. Pero para ello ha sido necesario introducir con enorme cuidado en el próximo texto algunas modificaciones. En general, los cambios realizados, es decir, la parte técnica del trabajo de redacción llevada a cabo en el libro se reduce a lo siguiente:

Se ha omitido el capítulo XXI (de la segunda edición), «Los sentimientos religiosos». Este capítulo no guarda relación orgánica con el curso, no constituye parte integrante indispensable del sistema del mismo y en el aspecto científico carece de valor serio y original. No es más que una pequeña ramificación dentro del capítulo de la psicología de las sensaciones, en modo alguno obligatoria e internamente innecesaria. Además, casi en ningún otro campo las tesis del autor pueden resultar tan discutibles, ni estar tan poco respaldadas científicamente por el propio análisis psicológico de la fe y de las concepciones religiosas, ni ser tan hipotéticas ni tan poco fidedignas como en este capítulo. Por eso no era en absoluto conveniente conservar en un manual un material discutible y unilateral, que además ha perdido en los últimos años, debido a la transformación cultural general, casi todo su interés. Un capítulo así no puede tener cabida, evidentemente, en un curso universitario actual y, por la misma razón, tampoco tiene sentido que figure en un manual destinado al mismo.

También ha sido suprimida una página del capítulo I —«Objeto y tareas»—, donde el autor, en contra de su punto de vista general, defiende el derecho de la ciencia a introducir hipótesis y afirma que en este sentido el concepto de alma como base de los procesos psíquicos tiene perfecto derecho a existir. Eso nos hace retroceder tanto, incluso en comparación con la psicología empírica, esa psicología sin alma, que constituiría una indudable y violenta disonancia en un curso de psicología científica.

En lo restante, se ha reimpresso íntegramente el texto de la segunda edición, salvo insignificantes omisiones de palabras sueltas, medias frases, observaciones, etc. Estas omisiones se deben en su mayoría a exigencias puramente técnicas y estilísticas, en función de ciertas adiciones introducidas en el texto. Nos considerábamos con derecho a hacerlo, ya que partíamos del convencimiento de que un manual no es una canción, de la que no se puede suprimir una palabra, y que la supresión de un vocablo o su sustitución por ²⁵ otro más oportuno, según las exigencias del contexto, no puede considerarse en modo alguno como una tergiversación. Solo se ha hecho en casos muy contados, donde era completamente necesario e inevitable y donde renunciar a ello habría significado renunciar en absoluto a redactar el texto.

Las correcciones realizadas y las adiciones introducidas van encerradas en corchetes, con lo cual se destacan del mismo y aparecen como adiciones posteriores. Ha habido que recurrir a ello porque el propio carácter del manual no permitía observaciones extensas, llamadas, citas de obras y de otros autores. El manual debía continuar siendo eso, es decir, un libro que ofrezca una exposición coherente de un curso para la enseñanza de una ciencia.

Las adiciones y correcciones han tenido casi siempre en todos los lugares el carácter de correcciones en el tiempo: tareas, de los métodos y del objeto de la psicología, hemos añadido la palabra [empírico.— R. R.], porque, tanto teórica como históricamente las afirmaciones del autor conservan su autenticidad científica sólo con esta corrección; esa corrección se sobreentendía también antes, pero sobraba especificarla, porque, aparte de la psicología empírica, en nuestros cursos para estudiantes no existía otra. Igual carácter tienen, en general, la mayoría de las correcciones. En algunos lugares se ha incluido una palabra para reforzar el sentido, para establecer un nexo con el contexto, con una adición introducida anteriormente. En otros lugares se ha suprimido una palabra que sobraba y que inducía a confusión; en algunos, se ha sustituido por otra, de nuevo para ligar orgánicamente con el contexto general de las adiciones introducidas.

Finalmente, algunas adiciones más extensas, introducidas en ciertos capítulos, que también figuran entre paréntesis, las hemos considerado como el mínimo de datos necesarios que debían ser incluidos en el manual y sin los cuales su utilización resultaría francamente imposible, ya que en tal caso el curso dictado desde la cátedra y el leído en el libro divergirían de forma definitiva e incorregible. En este sentido, ha habido que realizar los añadidos no en forma de simples especificaciones a una u otra tesis, cita u observación superficial, sino que siempre ha sido necesario tener en cuenta a los estudiantes y exponer en dos palabras la esencia de la cuestión. Las adiciones las hemos realizado siempre conservando esa perspectiva histórica y tienen siempre por tanto el carácter de un punto de vista científico posterior. Esto resulta oportuno, sobre todo, porque el propio libro de Lazurski no constituye un sistema psicológico estrictamente cerrado, completo y original. La originalidad de la obra científica de Lazurski se manifiesta en otras esferas de su trabajo, pero no en el estudio del sistema general, de la psicología teórica.

Dada la ausencia de un sistema universalmente reconocido, que ha caracterizado durante las últimas décadas a la psicología empírica, los psicólogos de diferentes corrientes y escuelas creaban casi siempre su forma especial de exponer el curso e interpretaban a su manera los principales 26 principios y categorías psicológicos. Ante tal estado de cosas, el curso de Lazurski no puede caracterizarse más que como un curso combinado, que incluye los sedimentos de diversos sistemas, que une numerosas interpretaciones distintas y esboza una cierta línea media resultante de diferentes corrientes psicológicas. La línea correspondiente al punto de vista del autor, que se ha dejado notar, naturalmente, en la propia elección del material y en la suficientemente clara agrupación del mismo, podría ser denominada probablemente ecléctica. Eso permite pensar que las tesis y datos nuevos que se han introducido no resultarán orgánicamente extraños dentro del sistema de la obra y hallarán su lugar junto con otras líneas del mismo que se entrecruzan.

En este sentido hay que tener en cuenta que, en general, un manual no se debe concebir dogmáticamente; antes bien, debe tener un carácter informativo. En nuestra época, por antipedagógico que parezca, un manual de psicología debe tener, en mayor o menor grado, carácter crítico. Aún no se ha creado un nuevo sistema de psicología científica que, sin apoyarse absolutamente en los anteriores, sea capaz de organizar su propio curso. Los puntos de vista fundamentales de nuestra ciencia vienen aún determinados en gran medida por rasgos puramente negativos. Muchos aspectos de la nueva ciencia se basan todavía en la fuerza de la refutación y la crítica. La psicología como ciencia, utilizando palabras de E. Thorndike, está más próxima al cero que a la perfección. Por otro lado, todavía es muy grande la necesidad de recurrir a la experiencia precedente, constituida con una vieja terminología. Todavía son de uso común, tanto en la lengua cotidiana como científica, conceptos y categorías cotidianos.

Por eso ha sido necesario renunciar desde el principio a la idea de traducir todo el curso al idioma de la nueva psicología o de introducir por lo menos una terminología, una clasificación y un sistema paralelos. Eso habría significado escribir un libro totalmente nuevo, en lugar de redactar la tercera edición de la obra de Lazurski. Por eso ha sido necesario decidirse conscientemente a lanzar el libro que expone el sistema de la psicología empírica empleando los términos de esa psicología, de acuerdo con la clasificación tradicional, etcétera. Pero hemos deseado reforzar en cierto modo todo ello con nuevo material científico y acercarlo algo a la realidad. La segunda tarea ha consistido en proporcionar al libro cierto material esencialmente crítico, en presentar críticamente un nuevo punto de vista.

En líneas generales, el hecho es que Lazurski se sitúa con ambos pies en el terreno de la psicología empírica tradicional y comparte con ella todos los defectos e imperfecciones que obligan a la psicología científica que hoy intenta construirse a enfrentarse a la psicología empírica y oponerse a ella. El descubrir la línea fundamental de divergencia con la suficiente brusquedad y claridad, el presentar el nuevo punto de vista con el

detalle y la suficiente fuerza de convicción en las adiciones, introducidas siempre por motivos circunstanciales y de forma fragmentaria, era totalmente imposible. Por eso hemos considerado conveniente el dedicar a ello el segundo apartado de esta 27 introducción, para, de esta manera, orientar el pensamiento de todo el que utilice el libro de una forma en cierto modo crítica, proporcionándole la vacuna necesaria y situándole en disposición correcta respecto al punto de vista expuesto con suficiente plenitud en el mismo. Por tanto, el segundo apartado está destinado a servir a cualquier lector bien como capítulo introductorio, bien como capítulo complementario del libro.

Somos perfectamente conscientes de que con ello, y sin invadir en absoluto el texto, modificamos el tono principal y el sentido del libro más que con todas las insignificantes omisiones, notas y correcciones realizadas en el texto y mencionadas anteriormente. Al actuar así, hemos supuesto también que el recuerdo más halagüeño de Lazurski sería que su manual, aunque enfocado críticamente, fuera introducido de nuevo en nuestra escuela, para la que fue creado exclusivamente, en lugar de archivarlo definitivamente y más teniendo en cuenta que él era sin duda no sólo un científico, sino un activista y un pedagogo y que no habría repetido ahora textualmente su segunda edición. Eso cabe afirmarlo con certeza, aunque resulte arriesgado adivinar qué posición habría adoptado ahora. Y para la escuela resulta más útil utilizar, aunque sólo sea críticamente, un material válido, que carecer por completo de manual durante todo el tiempo de transición.

Apartado 2

Sería un profundo error considerar que la crisis de la ciencia psicológica tiene su comienzo en los últimos años, con la aparición de corrientes y escuelas que se declaran opuestas a la psicología empírica, y que antes de ello todo se desarrollaba felizmente. La psicología empírica, que sustituyó a la racional o metafísica, realizó dentro de su ámbito una importante reforma. A partir de la afirmación de J. Locke de que la investigación de la esencia del alma era una especulación, la psicología empírica evolucionó, de acuerdo con el espíritu científico general de su época, hasta convertirse en una «psicología sin alma», en una ciencia experimental sobre los fenómenos espirituales o estados de conciencia, estudiados mediante la percepción interna o la introspección. Sin embargo, la psicología no consiguió crear sobre estas bases un sistema universal y necesario similar al de otras ciencias. Su estado general a finales del siglo XIX puede caracterizarse con bastante acierto constatando la existencia de un gran desacuerdo dentro del pensamiento científico que se había escindido en numerosas corrientes aisladas, que defendían su propio sistema e interpretaban y comprendían a su manera las categorías y principios fundamentales de su ciencia. «Se puede decir, sin miedo a exagerar —manifiesta a este respecto N. N. Langue— que la descripción de cualquier proceso psíquico presenta distintas apariencias según se le caracterice y se le apliquen las categorías de diferentes sistemas psicológicos: el de Ebbinghaus o Wundt, Stumpf o Avenarius, Meinong o Binet, James o G. E. Müller» (1914, pág. 43). 28

La profunda crisis que había dividido la psicología empírica tuvo como inevitable consecuencia, por un lado, la ausencia de un sistema científico único, reconocido por todos y, por otro, la inevitabilidad de la aparición de nuevas corrientes psicológicas, que trataban de hallar salida de la crisis, renunciando a las principales premisas de la psicología empírica y adoptando como fundamentos y fuentes de conocimiento otros más sólidos y científicamente más fidedignos.

En realidad, las tesis fundamentales de la psicología empírica están aún tan impregnadas de la herencia de la psicología metafísica y tan estrechamente vinculadas, al idealismo filosófico, y penetrados de subjetivismo, que no constituyen un terreno favorable y cómodo para la creación de un sistema científico único de la psicología como una de las ciencias naturales. El propio concepto de «fenómeno espiritual» encierra toda una serie de elementos que son irreconciliables con dichas ciencias naturales. Se aprecia aquí claramente la herencia de la psicología racional y lo inconcluso de sus reformas. Reconocer los fenómenos espirituales como algo completo y decididamente distinto en cuanto a su naturaleza y entidad de todos los demás que estudia la ciencia y atribuirles unos rasgos y posibilidades que no han sido descubiertos jamás y en ningún lugar del mundo, no significa otra cosa que renunciar a la posibilidad de transformar la psicología en una de las ciencias naturales exactas.

Finalmente, el material de la psicología empírica, cubierto siempre de un tinte subjetivo y extraído en todos los casos del angosto pozo de la conciencia individual, junto con su método principal, que reconoce el carácter esencialmente subjetivo del conocimiento de los fenómenos psíquicos, mantienen tan atada a nuestra ciencia y

limitan tanto sus posibilidades que la condenan con ello a la atomización de la psique, a su fragmentación en numerosos fenómenos, independientes unos de otros, y a la incapacidad de agruparlos. Esta psicología era impotente para responder a las principales cuestiones que toda ciencia debe plantearse. El testimonio subjetivo sobre las propias sensaciones no ha podido nunca dar una justificación a sus explicaciones genéticas y causales, ni proporcionar un análisis riguroso y pormenorizado de su composición, ni ofrecer una constatación indiscutible y objetivamente fidedigna de sus rasgos esenciales.

Estos hechos, que se producían dentro de la propia psicología, hicieron patente la necesidad de adoptar un punto de vista objetivo y, de esta manera, determinar el objetivo, el método y los principios de su estudio para asegurar la posibilidad de construir un sistema científico exacto y riguroso. A pesar de la vaguedad y confusión de este futuro sistema, de la falta de coordinación de pensamiento dentro de las diferentes corrientes de la psicología objetiva, de la frecuente falta de claridad de sus tesis fundamentales y de sus puntos de partida, cabe tratar de esbozar, en sus rasgos esenciales, algunas ideas generales de esta psicología científica, a la luz de las cuales se ve obligado el psicólogo de nuestros días a asimilar y rehacer el material de la psicología anterior. 29

Suele considerarse que el objeto de la psicología científica es el comportamiento del hombre y de los animales, interpretando como comportamiento todos los movimientos que únicamente realizan los seres vivos, a diferencia del reino mineral. Ese movimiento es siempre una reacción del organismo vivo a cualquier excitación, que actúe sobre él desde el medio exterior o bien que surja dentro del propio organismo. La reacción es un concepto biológico general y podemos hablar por igual de reacciones en las plantas, cuando sus tallos tienden hacia la luz, de reacciones en los animales, cuando la polilla, vuela hacia la llama de una bujía o un perro segrega saliva cuando le muestran carne, o de reacciones en el hombre, cuando al oír el timbre de la puerta, la abre. En todos estos casos nos hallamos ante un proceso completamente claro de una reacción completa, que se inicia merced a un excitante, un impulso, un estímulo (la luz, la llama de la bujía, la vista de la carne, el timbre), que se transforma en determinados procesos internos que surgen en el organismo gracias a ese impulso (los procesos químicos bajo la influencia de la luz en las plantas y la polilla; la excitación nerviosa, la percepción, el «recuerdo», el «pensamiento» en el perro y el hombre) y termina, finalmente, con un determinado movimiento de respuesta, una acción, un cambio, un acto en el organismo (la flexión del tallo, el vuelo de la polilla, la secreción de la saliva, el caminar y la apertura de la puerta). Estos tres momentos —la excitación, su transformación en el organismo y la acción de respuesta— son siempre propios de cualquier reacción, tanto en sus casos y formas más elementales, donde todos ellos se manifiestan y pueden identificarse fácilmente a simple vista, como también en aquellos en que, debido a la gran complejidad del proceso o del choque de muchos excitantes y reacciones o de la acción en alguno de los órganos internos de un excitante interior invisible (la contracción de las paredes del intestino, la afluencia de sangre a un determinado órgano), resulta imposible identificar a simple vista esos tres momentos. Sin embargo, un análisis exacto descubriría siempre en esos casos la presencia de las tres partes que integran la reacción.

Con frecuencia, las reacciones adoptan formas tan complejas que exigen un análisis detallado para poner de relieve los tres momentos. A veces, los excitantes están ocultos tan profundamente en los procesos orgánicos internos o se han retrasado tanto respecto al momento de la reacción de respuesta o entran en conexión con combinaciones tan complejas de otros excitantes, que no siempre resulta posible advertirlos e identificarlos a simple vista. A menudo, el movimiento de respuesta a la acción del organismo está tan reprimido, tan condensado, tan encubierto y oculto, que puede pasar fácilmente desapercibido y parecer incluso que no existe. Tales son los cambios que experimentan la respiración y la circulación sanguínea en algunas sensaciones débiles o en pensamientos silenciosos, que van acompañados de un habla interna silenciosa. A partir de los movimientos más rudimentarios de los animales unicelulares, que se manifiestan en la repulsión de los excitantes desfavorables y en la atracción de los favorables, las reacciones se 30 complican y adoptan formas cada vez más elevadas, llegando al comportamiento tan complejamente organizado del hombre.

Este punto de vista sobre el mecanismo principal del comportamiento está totalmente conforme con el esquema biológico fundamental de la vida espiritual que se expone en el presente manual: la percepción de las impresiones externas, su transformación subjetiva y, como resultado de ella, una determinada influencia en el mundo exterior. Esta interpretación concuerda también con otra afirmación general de este curso: que toda sensación espiritual, cualquiera que ésta sea —percepciones o apreciaciones, esfuerzos volitivos o sensaciones—, son ya un proceso o una actividad.

El comportamiento de los animales y del hombre constituye una forma extraordinariamente importante de adaptación biológica del organismo al medio. La adaptación, que es la ley fundamental y universal del desarrollo y de la vida en el organismo, adopta dos formas principales.

La primera produce cambios en la estructura de los animales, en sus órganos, bajo la influencia del medio. La otra, cuya importancia no es menor que la de la primera, consiste en el cambio de comportamiento de los animales sin que se altere la estructura de su cuerpo. Todos conocen la enorme importancia que en la conservación del individuo y de la especie desempeña el instinto, que consiste en movimientos adaptativos muy complejos del animal, sin los cuales la existencia de éste y de su especie sería impensable. De aquí resulta comprensible la utilidad biológica de la psique. Al introducir una extraordinaria complejidad en el comportamiento del hombre, al proporcionarle una enorme flexibilidad, se convierte en un preciosísimo dispositivo biológico, que no tiene igual en el mundo orgánico y al cual debe el hombre su dominio sobre la naturaleza, es decir, las formas superiores de su adaptación. En estas circunstancias, cuando la propia psique es sometida a análisis científicos, revela su naturaleza motriz, su estructura, que coincide totalmente con la de la reacción, revela su valor de dispositivo vital real del organismo, su función específica y de naturaleza análoga a las demás funciones adaptativas. Los más delicados fenómenos de la psique no son más que formas organizadas de comportamiento particularmente complejas, que, por consiguiente, desempeñan la misma función de adaptación que las restantes formas de acomodación de los organismos sin que varíe la organización de éstos.

Ambos procedimientos de adaptación (tanto la modificación de la estructura de los animales como la de su comportamiento sin que varíe la estructura) pueden dividirse, por su parte, en hereditarios y no hereditarios. Los primeros surgen a través de un procedimiento evolutivo muy lento, se desarrollan gracias a la selección natural, se consolidan y transmiten por herencia. Los segundos son formas más rápidas y flexibles de adaptación y tienen su origen en el proceso de la experiencia particular del individuo. Si los primeros permiten adaptarse a los lentos cambios del medio, los segundos responden a variaciones súbitas, rápidas y bruscas. Por eso establecen formas de conexión mucho más diversas y flexibles entre el organismo y el medio. 31

También el comportamiento de los animales y del hombre está integrado por reacciones hereditarias y adquiridas a través de la experiencia individual. Componen las primeras los reflejos, los instintos, y algunas reacciones emocionales y constituyen el capital hereditario, común a todo el género, de dispositivos biológicamente útiles del organismo. Su origen es, en general, el mismo que el de los cambios hereditarios de la estructura del organismo y se explica totalmente por la doctrina de la evolución, genialmente desarrollada por Darwin.

Sólo muy recientemente, gracias a las investigaciones de Pávlov y Bétterev, ha aparecido la doctrina de los reflejos condicionados, que desvela el mecanismo del origen y la producción de las reacciones adquiridas. En esencia esta doctrina se puede resumir así: Si en el animal actúa un excitante que despierta en él una reacción innata (reflejo simple o no condicionado) y simultáneamente (o algo antes) lo hace otro excitante, indiferente, que normalmente no provoca esa reacción, y esta acción conjunta de ambos excitantes, coincidiendo en el tiempo, se repite varias veces, normalmente y a consecuencia de ello el animal comenzará a reaccionar incluso ante un excitante anteriormente indiferente. Por ejemplo, a un perro le dan carne y segrega saliva; se trata de un reflejo simple o no condicionado, de una reacción innata. Si a la vez (o un poco antes) comienza a actuar sobre el perro cualquier otro excitante, como por ejemplo, una luz azul, el tictac de un metrónomo, una presión táctil, etc., después de repetir varias veces la acción conjunta de ambos excitantes, suele hacer acto de presencia en el perro un reflejo condicionado, es decir, comienza a segregar saliva sólo con que se encienda la luz azul o se deje oír el tictac del metrónomo. Por consiguiente, entre la reacción del perro (la secreción de saliva) y el medio se establece un nuevo nexo, que no figuraba en la organización hereditaria de su comportamiento y que se ha creado a consecuencia de ciertas condiciones (coincidencia en el tiempo) a lo largo del proceso de la experiencia individual del perro.

Este mecanismo de formación del reflejo condicionado explica muchísimo del comportamiento del animal. Es uno de los admirables mecanismos de adaptación, extraordinariamente flexible, que permiten al animal establecer formas multifacéticas, complejas y flexibles de interrelación con el medio y proporcionan a su comportamiento un valor exclusivamente biológico. Este mecanismo pone claramente de manifiesto la ley fundamental del comportamiento: las reacciones adquiridas (reflejos condicionados) surgen sobre la base de las hereditarias (no condicionadas) y son, en esencia, las mismas reacciones hereditarias, pero en forma

desarticulada, combinadas de distinta manera, y lo hacen en conexión con elementos totalmente nuevos del medio. Por cierto, que en determinadas circunstancias (suficiente fuerza de excitación, coincidencia en el tiempo con el excitante no condicionado) pueden convertirse en estimulantes de cualquier reacción. En otras palabras, gracias a este mecanismo resulta posible una variedad infinita de nexos y correlaciones del organismo con el medio, gracias a lo cual el comportamiento en todas (?) 32 las formas superiores con que tropezamos en el hombre se convierte en el más perfecto procedimiento de adaptación.

Se pone también de manifiesto que el medio, como sistema de excitantes que actúan en el organismo, constituye un factor decisivo en el establecimiento y la formación de los reflejos condicionados. Es precisamente la organización del medio la que determina las condiciones de las que depende la formación de los nuevos nexos que constituyen el comportamiento del animal. El medio juega con respecto a cada uno de nosotros el papel de laboratorio, en el que a los perros se les educan los reflejos condicionados, y que combinando y uniendo de cierta forma los excitantes (la carne, la luz, el pan o el metrónomo) organiza de diferente manera cada vez el comportamiento del animal. En este sentido, el mecanismo del reflejo condicionado es un puente tendido entre las leyes biológicas de los dispositivos hereditarios establecidos por Darwin y las leyes sociológicas establecidas por K. Marx. Es precisamente este mecanismo el que puede explicar y mostrar cómo el comportamiento hereditario del hombre, que constituye una adquisición biológica general de todo el reino animal, se convierte en su comportamiento social, que surge sobre la base del hereditario, bajo la influencia decisiva del medio social. Sólo este enfoque permite establecer fundamentos biosociales sólidos en el estudio del comportamiento del hombre y considerarlo como un hecho biosocial. Tenía verdadera razón Pávlov cuando decía que esta doctrina debe servir de base a la psicología: a partir de aquélla deberá comenzar esta última.

La doctrina de los reflejos condicionados no ha hecho más que comenzar a ocuparse de este ingente y complejo problema, y se halla aún muy lejos de extraer conclusiones definitivas en casi todos los campos de la investigación. Sin embargo, basándose en los resultados ya obtenidos, se puede considerar establecido que el mecanismo de los reflejos condicionados permite explicar formas de comportamiento extraordinariamente complejas y variadas. Parece por tanto que los reflejos condicionados pueden cerrarse y formarse no sólo mediante la combinación del excitante no condicionado de una reacción hereditaria y uno indiferente, sino también mediante la de un nuevo excitante con el reflejo condicionado establecido anteriormente. Por ejemplo, si al perro se le había formado ya el reflejo salival a la luz azul, al combinar la acción de ésta con un nuevo excitante (el timbre, el tictac) obtenemos después de varias pruebas el reflejo al intervenir únicamente el tictac o el timbre. Este es un reflejo condicionado de segundo orden. Es muy probable que sean posibles superreflejos semejantes de un orden extraordinariamente alto, es decir, que pueda producirse el cierre de tales nexos entre el organismo y elementos concretos del medio, que estén infinitamente lejos de la reacción primaria, innata.

Se ha establecido también que la influencia durante el desarrollo de la reacción de cualquier excitante extraño de suficiente fuerza la inhibe y detiene. Una nueva excitación, incorporada ahora a las dos primeras, ejerce ya una influencia retardante, inhibitoria, en el propio freno, inhibe el freno o desfrena la reacción. Caben casos muy complicados de diferentes combinaciones 33 de varios excitantes, que provocan las más diversas y complicadas reacciones. Por el mismo procedimiento experimental se ha establecido la posibilidad en determinadas circunstancias de educar en los animales los denominados reflejos vestigiales, en los que la reacción de respuesta surge tan sólo cuando el excitante interrumpe su acción o lo hacen los reflejos retenidos (retardados), en los que la parte de respuesta de la reacción se retrasa en el tiempo respecto al comienzo de la excitación. Además, se han vislumbrado leyes extraordinariamente complejas de regulación recíproca de reflejos, de su inhibición o refuerzo mutuos, de su lucha por el órgano de trabajo. Todos estos y otros numerosos hechos; establecidos con la precisión indudable e indiscutible del saber científico exacto, permiten suponer con bastante plausibilidad que el comportamiento de los animales y del hombre, en sus más variadas formas, se compone de reflejos condicionados en diferentes combinaciones. Cualquier acto de comportamiento se conforma según el modelo de un reflejo. Algunos autores (Béjterev y otros) suponen que la propia ciencia del comportamiento debería llamarse reflexología. Los psicólogos, sin embargo, prefieren el término «reacción», ya que tiene un significado biológicamente más amplio. La reacción incluye el comportamiento humano dentro del círculo de conceptos biológicos generales: reaccionan las plantas y los organismos animales más simples. El reflejo es tan sólo un caso particular de reacción, en concreto de la reacción de los animales que poseen sistema nervioso. Presupone necesariamente el concepto de arco reflejo, es decir, del camino nervioso constituido por un nervio centrípeto que lleva la excitación a la célula nerviosa del sistema central, el cual transmite esta reacción a un nervio centrífugo y de este último la excitación abductora al órgano de trabajo. Reflejo es un concepto estrictamente fisiológico.

Además, el estado actual de la doctrina del sistema nervioso convierte en muy verosímil la probabilidad de la reacción que surge, no a través de una excitación nerviosa de los órganos sensitivos, que proporciona un impulso a la aparición de un nuevo proceso en el sistema nervioso central, sino mediante centros espontáneos de excitación, localizados de diferente manera en el cerebro, condicionados por procesos radiactivos producidos por sales de potasio. De acuerdo con P. P. Lázarev 4, es posible suponer la existencia de reacciones de tipo no reflejo (ya que en ellas no existe arco reflejo, al no haber excitante externo), pero que al mismo tiempo poseen el carácter estricto de una reacción completa: nos hallamos aquí en presencia de un excitante (desintegración radioactiva), de procesos dentro del organismo y de una reacción. Finalmente, el término «reacción» goza de gran tradición en la psicología experimental. Por todo ello, los psicólogos actuales empeñados en crear la nueva psicología repiten, no obstante, siguiendo gustosamente a N. N. Langué: «Disponemos de una denominación tradicional para un grupo de fenómenos que, aunque amplio, dista mucho de estar delimitado con exactitud. Esta denominación nos ha sido transmitida desde los tiempos en que no se conocían las severas exigencias científicas actuales. ¿Hay que suprimir el nombre al haberse modificado el objeto de la ciencia? Eso sería 34 pedante y nada práctico. Por tanto, admitamos sin vacilar una `psicología sin alma (referido a la psicología del comportamiento—L.V.). A pesar de todo, su denominación será útil mientras este objeto de estudio no le corresponda a ninguna otra ciencia.»

Además, es necesario señalar que, desde el punto de vista de la psicología del comportamiento, la reflexología representa otro punto de vista, tan inaceptable como el de la psicología empírica. Si esta última estudia la psique sin comportamiento, en su vertiente aislada, abstracta y separada de todo, la primera trata de ignorarla y estudiar el comportamiento prescindiendo de ella. Este materialismo fisiológico unilateral está tan lejos del materialismo dialéctico como lo está el idealismo de la psicología empírica. Limita el estudio del comportamiento humano a su aspecto biológico, ignorando el factor social. Estudia al hombre sólo en lo que afecta a su pertenencia al mundo general de los organismos animales, a su fisiología, ya que se trata de un mamífero. En contra de .a adaptación pasiva de los animales al medio, la experiencia histórica y social, la originalidad de la adaptación laboral activa de .a naturaleza a sí misma permanece inexplicada en esta perspectiva. Además, la propia reflexología reconoce la realidad y la indiscutible existencia de la psique. Bévterev previene contra la consideración de los procesos psíquicos como fenómenos superfluos, accesorios. Pávlov denomina .a psique «primera realidad».

Biológicamente, sería un completo despropósito afirmar la realidad de la psique y admitir al mismo tiempo su inutilidad y la posibilidad de explicar todo el comportamiento sin ella. Este no existe en el hombre sin la psique, como tampoco esta última sin él, ya que la psique y el comportamiento son la misma cosa. Sólo el sistema científico que descubra la importancia biológica de la psique en el comportamiento humano, que señale con exactitud lo que aporta de nuevo a las reacciones del organismo y lo explique como un acto de comportamiento, podrá aspirar al nombre de psicología científica.

Este sistema no ha sido creado aún. Cabe afirmar con certeza que no surgirá ni de las ruinas de la psicología empírica, ni en los laboratorios de los reflexólogos. Llegará como la amplia síntesis biosocial de la doctrina del comportamiento del animal y el hombre social. Esta nueva psicología será una rama de la biología general y al mismo tiempo la base de todas las ciencias sociológicas. Constituirá el núcleo en que se vean aunadas las ciencias de la naturaleza y las del hombre. Por eso estará estrechamente ligada a la filosofía, pero a la filosofía estrictamente científica, que supone una teoría conjunta del saber científico, y no a la filosofía especulativa, predecesora de las generalizaciones científicas.

Hasta el momento se pueden fijar tan sólo los jalones y criterios generales que marcarán la línea de la nueva psicología y con los cuales habrá que tratar la herencia científica de la psicología anterior. Mientras no haya sido creada la nueva terminología, ni elaborada la nueva clasificación estaremos obligados (y no sólo por un año) a utilizar las viejas, subrayando siempre, no 35 obstante, el convencionalismo, tanto de los viejos conceptos como de las viejas divisiones.

A fin de cuentas, y utilizando palabras de Lazurski, en la mayoría de los casos hay que considerar como terminología de la «psicología de la vida cotidiana», el lenguaje de uso general, no científico, popular. No en vano Lazurski consideraba que una de las tareas de su libro consistía en establecer una relación entre las complejas investigaciones experimentales y los «datos de la vida habitual, cotidiana» (1925, pág. 26). También nosotros, por tanto, al fijarnos en esta terminología convencional —voluntad, sensación, representación, etc. —

le atribuiremos el mismo papel que a la terminología de la vida cotidiana. Aplicamos casi con agrado al propio autor sus mismas palabras sobre la terminología de la psicología racional. «En la actualidad... no podemos aceptar ya esta división, sin realizar en ella cambios importantes. Si, yo la he reproducido íntegramente ha sido, en primer lugar, debido a su valor histórico y, segundo, porque en la vida cotidiana con gran frecuencia clasificamos los procesos psíquicos casi del mismo modo. En general, la psicología de las aptitudes (nosotros diremos: psicología empírica, —L.V.) se aproxima bastante a la psicología de la vida cotidiana. Es difícil decir quién influyó en quién en este caso: los filósofos en las personas instruidas o las observaciones cotidianas en los filósofos, pero lo que sí resulta indudable en este caso es una proximidad mutua. Eso siempre ha de tenerse en cuenta al recordar que la rutinaria terminología psicológica cotidiana corresponde con frecuencia, no tanto a los conocimientos científicos actuales sobre la vida espiritual como a teorías de la psicología «racional» (nosotros añadimos: y empírica. —L.V) anterior» (Ibídem, pág. 74).

Para nosotros es indudable que en la nueva psicología todos los conceptos, clasificaciones, terminología, todo el aparato científico de la psicología empírica, serán revisados, reconstruidos y creados de nuevo. Es indudable que mucho de lo que allí ocupa el primer lugar ocupará aquí el último. La nueva psicología considera los instintos y .los impulsos como el núcleo fundamental de la psique y probablemente no los estudiará en la última parte del curso. También evitará el análisis atomístico, disperso, de fragmentos aislados de la psique, en los que se descomponía el comportamiento del individuo en la psicología mosaica. Pero mientras no haya sido creado el nuevo sistema, no nos queda más remedio que aceptar temporalmente, aunque de forma crítica, en la ciencia y en la enseñanza, el antiguo aparato de la ciencia, recordando que éste es el único procedimiento para poder incorporar a la nueva ciencia el indudable valor de las observaciones objetivas, los experimentos exactos acumulados a lo largo de la secular labor de la psicología empírica. Sólo hay que recordar en cada momento la convencionalidad de esta terminología, el nuevo ángulo que han adoptado cada concepto y palabra, el nuevo contenido que incluye. No hay que olvidar ni un minuto que cada vocablo de la psicología empírica es un odre viejo que ha de llenarse con vino nuevo. 37

La conciencia como problema de la psicología del comportamiento ¹

Una araña ejecuta operaciones que asemejan a las manipulaciones del tejedor,
y la construcción de los paneles de las abejas
podría avergonzar a más de un maestro de obras.
Pero hay algo en que el peor maestro de obras
aventaja, desde luego, a la mejor abeja,
y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción,
la proyecta en su cerebro.
Al final del proceso de trabajo, brota un resultado,
que antes de comenzar el proceso
existía ya en la mente del obrero; es decir, un resultado que tenía ya existencia ideal.
El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza,
sino que, al mismo tiempo, realiza en ella su fin,
fin que él sabe que rige como una ley
las modalidades de su actuación
y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad.

K. Marx

Nuestra literatura científica elude insistente e intencionadamente el problema de la naturaleza psicológica de la conciencia, y trata de no darse cuenta de él, como si para la nueva psicología no existiese en absoluto. Como consecuencia de ello, los sistemas de psicología científica a cuya creación asistimos hoy llevan implícitos desde su mismo comienzo una serie de defectos orgánicos. Mencionaremos tan sólo algunos de ellos, que, en nuestra opinión, son los más fundamentales e importantes.

1. Al ignorar el problema de la conciencia, la psicología se está cerrando a sí misma el camino de la investigación de problemas más o menos complejos del comportamiento humano. Se ve obligada a limitarse a explicar los nexos más elementales del ser vivo en el mundo. Es fácil comprobar ³⁹ esta aseveración si echamos una ojeada al índice del libro de V. M. Béjterev «Fundamentos generales de la reflexología del hombre» (1923): «Principio de la conservación de la energía. Principio de la mutabilidad continua. Principio del ritmo. Principio de la adaptación. Principio de la reacción igual a la acción. Principio de la relatividad». En una palabra, principios universales, que abarcan no sólo el comportamiento de los animales y del hombre, sino todo el conjunto del universo, aunque por supuesto no aparece ni una sola ley psicológica que formule los posibles nexos hallados o la interdependencia entre los fenómenos, y que caracterice la originalidad del comportamiento humano que lo diferencia del comportamiento animal.

Por otra parte, el libro que acabamos de mencionar gira alrededor del experimento clásico de formación del reflejo condicionado, una pequeña muestra, de extraordinaria importancia básica, pero que no cubre el espacio universal desde el reflejo condicionado de primer grado hasta el principio de la relatividad. La inadecuación entre el tejido y los cimientos y la ausencia de edificación entre ambos, pone fácilmente de manifiesto lo excesivamente prematuro que resulta aún formular principios universales basados en el material reflexológico y lo simple que resulta extraer las leyes de otras ramas del saber y aplicarlas a la psicología. Además, cuanto más amplio y universal sea el principio que tomemos, más fácil será adaptarlo al hecho que necesitamos. No hay que olvidar, sin embargo, que la amplitud y el contenido del concepto están siempre en relación inversa. Y como la amplitud de los principios universales tiende al infinito, su contenido psicológico disminuye hacia cero con igual rapidez.

Pero éste no es un defecto achacable exclusivamente al curso de Béjterev. Este mismo defecto aparece y se refleja de una u otra forma en cada intento de formular sistemáticamente la doctrina del comportamiento del individuo desde el punto de vista de la mera reflexología.

2. La negación de la conciencia y la tendencia a construir el sistema psicológico sin este concepto —como una «psicología sin conciencia», según expresión de P. P. Blonski (1921, pág. 9) — conduce a que los métodos se vean privados de los medios más fundamentales para investigar esas reacciones no manifiestas ni aparentes a

¹ «Soznanie kak problema psijologii povedenija». Escrito en 1925 y publicado en K. N. Kornilov (Comp.) «Psicología y marxismo». Moscú y Leningrado, 1925.

simple vista, tales como los movimientos internos, el habla interna, las reacciones somáticas, etcétera. Limitarse a estudiar las reacciones que se ven a simple vista resulta estéril e injustificado incluso en lo que se refiere a los problemas más simples del comportamiento humano. Y, sin embargo, el comportamiento del individuo está organizado de forma que son justamente los movimientos internos poco conocidos los que le orientan y dirigen. Cuando formamos el reflejo condicionado salival en el perro, organizamos previamente su comportamiento de un modo determinado, a través de procedimientos externos, ya que de otra forma el experimento no es posible. Lo colocamos en el banco de experimentación, lo sujetamos con correas, etcétera. De la misma manera organizamos previamente el comportamiento del sujeto mediante conocidos movimientos internos ⁴⁰ —a través de consignas, aclaraciones, etcétera. Y estos movimientos internos varían de pronto en el transcurso del experimento, todo el cuadro del comportamiento se alterará bruscamente. Por consiguiente, nos limitamos a hablar de reacciones inhibidas, que sabemos se producen constantemente y de forma ininterrumpida en el organismo y que desempeñan un influyente papel regulador en el comportamiento, ya que éste es consciente. Pero carecemos de medio alguno para investigar estas reacciones internas.

Por decirlo llanamente: el sujeto siempre piensa para sí y eso no deja nunca de influir en su comportamiento. El cambio repentino de pensamiento durante la prueba repercute siempre en el comportamiento de la persona sometida a ella (de repente le viene un pensamiento: «No voy a mirar al aparato»). Pero no sabemos en absoluto cómo tener en cuenta esta influencia.

3. Se borra radicalmente toda diferencia entre el comportamiento del animal y del hombre. La biología se traga a la sociología y la fisiología a la psicología. El estudio del comportamiento del hombre se aborda del mismo modo que el estudio del comportamiento de cualquier mamífero. Y al hacer-lo se ignora lo que añaden de nuevo la conciencia y la psique al comportamiento humano. Recurriré en calidad de ejemplo a dos leyes: la de la extinción (o de inhibición interna) de los reflejos condicionados, establecida por I. P. Pávlov (1923) y la de los dominantes, formulada por A. A. Ujtomski (1923).

La ley de extinción (o de inhibición interna) de los reflejos condicionados establece que la excitación prolongada con un excitante condicionado y no reforzada mediante un excitante incondicionado produce el debilitamiento paulatino y finalmente la extinción total del reflejo condicionado. Pasemos al comportamiento del hombre. En el sujeto restringimos una reacción condicionada a un cierto excitante: «Cuando oiga el timbre pulse el botón de la consola». Repetimos el experimento 40, 50, 100 veces. ¿Hay extinción? Por el contrario, la conexión se refuerza de una vez a otra, de un día a otro. Se produce el cansancio, pero no es eso lo que supone la ley de la extinción. Es evidente que en este caso es imposible trasponer sin más una ley del dominio de la psicología animal al de la psicología del hombre. Es necesaria, por principio, cierta reserva. Pero no sólo la desconocemos, sino que no sabemos tan siquiera dónde buscarla.

La ley del dominante establece la existencia en el sistema nervioso del animal de unos focos de excitación que atraen otros, las excitaciones subdominantes, que en esos momentos van a parar al sistema nervioso. La excitación sexual en los gatos, los actos de deglución y defecación, el reflejo de abrazar en las ranas, todo ello, como muestran las investigaciones, se refuerza mediante cualquier excitante extraño. De aquí se pasa directamente al acto de atención del hombre y se establece que la base fisiológica de este acto está constituida por el dominante. Pero resulta que precisamente la atención está privada de este rasgo característico, es decir, de la capacidad de verse reforzada bajo la acción de cualquier excitante extraño. Por el contrario, todos ellos desvían y debilitan la atención. De nuevo, el paso de ⁴¹ las leyes del dominante, establecidas en el gato y la rana, a las comportamiento humano necesitan una seria corrección. 1

4. Lo más importante es que la exclusión de la conciencia del campo de la psicología científica deja en gran medida intacto el dualismo y espiritualismo de la psicología subjetiva anterior. V. M. Bèjtrev afirma que el sistema reflexológico no contradice la hipótesis «del alma» (1923). Caracteriza los fenómenos subjetivos o conscientes como fenómenos de segundo orden, específicamente internos, que acompañan a los reflejos concatenados. El hecho de admitir la posibilidad o incluso de reconocer como algo inevitable la aparición en el futuro de una ciencia aparte —la reflexología subjetiva—, no hace sino reforzar el dualismo.

La principal premisa de la reflexología, la admisión de la posibilidad de explicar enteramente el comportamiento del hombre sin recurrir a fenómenos subjetivos, es decir, la psicología sin psique, representa la otra cara del dualismo de la psicología subjetiva, con su intento de estudiar una psique pura, abstracta. Mientras allí tenemos la psique sin comportamiento, aquí tenemos el comportamiento sin psique, y allí y aquí, la «psique» y el «comportamiento» se interpretan como dos fenómenos distintos. Precisamente debido a ese dualismo, ni un

solo psicólogo, aunque se trate del más acérrimo espiritualista e idealista, niega el materialismo fisiológico de la reflexología; antes al contrario, cualquier idealismo lo presupone siempre indefectiblemente.

5. Al eliminar la conciencia de la psicología nos encerramos de una manera firme y definitiva en el círculo de lo biológicamente absurdo. Incluso Béhjterev previene del gran error que supone considerar los «procesos subjetivos como totalmente superfluos o secundarios en la naturaleza (epifenómenos), ya que sabemos que en ésta todo lo secundario se atrofia y se destruye, mientras que nuestra propia experiencia nos dice que los fenómenos subjetivos alcanzan su mayor desarrollo en los procesos más complejos de la actividad correlativa» (Ibídem, pág. 78).

Por consiguiente, habrá que convenir que o bien es realmente así, en cuyo caso es imposible estudiar el comportamiento del hombre y las complejas formas de su actividad, independientemente de su psique; o bien no es así, en cuyo caso la psique es un epifenómeno, un fenómeno secundario, ya que todo se explica sin ella, con lo que nos encontramos ante un absurdo psicológico. No cabe una tercera posibilidad.

6. Así planteada la cuestión, se nos cierra para siempre el acceso a la investigación de los problemas más trascendentales, como son la estructura de nuestro comportamiento, de sus componentes y de sus formas. Estamos condenados para siempre a mantener la falsa concepción de que el comportamiento es una suma de reflejos.

El reflejo es un concepto abstracto: metodológicamente tiene gran valor, pero no puede convenirse en el concepto principal de la psicología como ciencia del comportamiento del hombre, porque este comportamiento no ⁴² constituye en modo alguno un saco de cuero lleno de reflejos ni su cerebro es un hotel para los reflejos condicionados que casualmente se alojen en él.

La investigación de las reacciones dominantes en los animales y la de la integración de los reflejos ha demostrado convincentemente que el trabajo de cada órgano, su reflejo, no es algo estático, sino únicamente una función del estado general del organismo. El sistema nervioso funciona como un conjunto —modelo de Ch. Sherrington—, que debe servir de base a la doctrina del comportamiento.

En efecto, la palabra «reflejo», en el sentido en que se utiliza en nuestro país, recuerda mucho la historia de Kannitvershtan, el nombre que oía un pobre extranjero en Holanda como respuesta a sus preguntas: «¿A quién entierran? ¿De quién es esta casa? ¿Quién es el que ha pasado en el coche?», etcétera. Pensaba ingenuamente el pobre extranjero que en aquel país todo lo realizaba Kannitvershtan, cuando en realidad esa palabra significaba que los holandeses con quienes tropezaba no comprendían sus preguntas. El reflejo de meta o el de libertad no parecen sino ejemplos análogos de incomprensión de los fenómenos que se investigan. No parece evidente que no se trata en este caso de un reflejo en el sentido normal, como puede serlo el reflejo salival, sino de un mecanismo de comportamiento estructuralmente distinto. Sólo si reducimos todo a un común denominador podremos decir: esto es un reflejo, como: esto es Kannitvershtan. Pero en ese caso, la propia palabra «reflejo» pierde su sentido.

¿Qué es la sensación? Es un reflejo. ¿Qué son el lenguaje, los gestos, la mímica? También reflejos. ¿Y los instintos, los lapsus, las emociones? Son también reflejos. Todos los fenómenos que ha encontrado la escuela de Wurtzburgo en los procesos mentales superiores, el análisis de los sueños, propuesto por Freud, son igualmente reflejos. Evidentemente, eso es cierto, pero la esterilidad científica de tan desnudas constataciones es de todo punto evidente. Con tal método de análisis la ciencia no sólo no aporta luz y claridad a los problemas a estudiar que permita distinguir y delimitar objetos, formas y fenómenos, sino que, por el contrario, obliga a ver todo en una penumbra en la que todo se entremezcla y donde se borra cualquier límite definido entre los objetos. Esto es un reflejo y esto no lo es, pero ¿quién distingue lo uno de lo otro?

Lo que hay que estudiar no son los reflejos, sino el comportamiento: su mecanismo, composición, estructura. Cuando experimentamos con animales o personas creyendo invariablemente que estamos investigando una reacción o un reflejo, lo que en realidad investigamos siempre es el comportamiento. Lo que sucede es que estamos previamente organizando de manera preestablecida y estandarizada el comportamiento del sujeto para conseguir que prevalezca la reacción o el reflejo: de otro modo, no lo conseguiríamos.

¿Acaso, en los experimentos de I. P. Pávlov, reacciona el perro con el reflejo salival y no con las numerosas y más diversas reacciones motrices, internas y externas, sin que éstas influyan en el proceso reflejo que estamos

observando? ¿Y acaso no es el mismo excitante condicionado utilizado en 43 tales experimentos el que provoca estas otras reacciones (la orientación de las orejas, los ojos, etc.)? ¿Por qué el cierre de la conexión condicionada se produce entre el reflejo salival y el timbre y no de otra manera? O dicho de otro modo, ¿por qué no es la carne la que comienza a provocar los movimientos de orientación de las orejas? ¿Acaso la única reacción manifiesta del sujeto es pulsar el mando del timbre ante una señal? ¿No son también partes esenciales de la reacción la relajación general del cuerpo o el hecho de apoyarse en el respaldo de la silla, de desviar la cabeza, suspirar, etc.?

Valga esto para mostrar lo complicado de cualquier reacción, su dependencia del mecanismo de comportamiento al que está incorporada, la imposibilidad de estudiar una reacción en forma abstracta. Tampoco debemos olvidar, antes de ampliar y magnificar nuestras conclusiones sobre los experimentos clásicos con reflejos condicionados, que la investigación sólo se halla en sus comienzos y ha cubierto un área aún muy limitada, que han sido estudiadas únicamente una o dos clases de reflejos —el salival y el defensivo-motor—, y sólo reflejos condicionados de primero y segundo orden y en una línea biológicamente no ventajosa para el animal (¿por qué ha de segregar saliva como respuesta a señales muy lejanas, a excitantes condicionados de orden superior?). Por eso nos cuidaremos de trasladar directamente a la psicología las leyes reflexológicas. Como afirma certeramente V. A. Vágner 3 (1923), los reflejos constituyen los cimientos, pero partiendo únicamente de ellos no se puede decir todavía nada acerca de lo que se va a construir encima.

Creemos que a tenor de todos estos razonamientos hay que dejar de considerar el comportamiento del hombre como un mecanismo que hemos logrado desvelar totalmente gracias a la llave del reflejo condicionado. Sin una hipótesis de trabajo previa sobre la naturaleza psicológica de la conciencia es imposible revisar críticamente todo el capital científico en este campo, seleccionarlo y cribarlo, trasladarlo a un nuevo idioma, elaborar nuevos conceptos y crear una nueva área de problemas.

La psicología científica no tiene que ignorar los hechos de la conciencia, sino materializarlos, trasladarlos a un idioma objetivo que existe en la realidad y desenmascarar y enterrar para siempre las ficciones, fantasmagorías, etcétera. Sin ello es imposible todo trabajo de enseñanza, de crítica y de investigación.

No es difícil comprender que no hay necesidad de considerar la conciencia, ni biológica, ni fisiológica, ni psicológicamente, como una segunda categoría de fenómenos. Es necesario encontrar para ella, como para todas las otras reacciones del organismo, una interpretación y un lugar adecuados. Esa es la primera exigencia de nuestra hipótesis de trabajo. La segunda sería que la hipótesis deberá explicar sin la menor fisura aquellos problemas fundamentales relacionados con la conciencia: el problema de la conservación de la energía, la introspección, la naturaleza psicológica del conocimiento de otras conciencias, el carácter consciente de las tres principales dimensiones de la psicología 44 empírica (pensamiento, sensaciones y voluntad), el concepto de lo inconsciente, de la evolución de la conciencia, de su identidad y unidad.

En este breve y rápido apunte sólo hemos expuesto unas ideas previas, las más generales y fundamentales, cuya confluencia creemos dará lugar a que surja la hipótesis de trabajo de la conciencia en el comportamiento psicológico.

Apartado 02

Intentemos ahora enfocar el problema desde fuera, es decir, sin partir de la psicología.

En sus formas principales todo el comportamiento del animal consta de dos grupos de reacciones: los reflejos innatos o no condicionados y los adquiridos o condicionados. Además, los reflejos innatos constituyen algo así como el extracto biológico de la experiencia hereditaria colectiva de toda la especie, y los adquiridos surgen sobre la base de esta herencia hereditaria a través del cierre de nuevas conexiones, obtenidas en la experiencia particular del individuo. De modo que todo comportamiento animal puede ser considerado convencionalmente como la experiencia hereditaria más la adquirida, multiplicada por la particular. El origen de la experiencia hereditaria fue aclarado por Darwin; el mecanismo de la multiplicación de esta experiencia por la personal es el mecanismo del reflejo condicionado, establecido por I. P. Pávlov. Mediante esta fórmula se pone punto final, en general, al comportamiento del animal.

Muy distinto es lo que sucede con el hombre. Aquí, para abarcar de una manera completa la totalidad del comportamiento es necesario introducir nuevos componentes en la fórmula. Hace falta, ante todo, señalar lo extraordinariamente amplio de la experiencia heredada por el hombre si la comparamos con la experiencia animal. El hombre no se sirve únicamente de la experiencia heredada físicamente. Toda nuestra vida, el trabajo, el comportamiento, se basan en la amplísima utilización de la experiencia de las generaciones anteriores, es decir, de una experiencia que no se transmite de padres a hijos a través del nacimiento. La llamaremos convencionalmente experiencia histórica.

Junto a ello debe situarse la experiencia social, la de otras personas, que constituye un importante componente del comportamiento del hombre. Dispongo no sólo de las conexiones que se han cerrado en mi experiencia particular entre los reflejos condicionados y elementos aislados del medio, sino también de las numerosas conexiones que han sido establecidas en la experiencia de otras personas. Si conozco el Sahara y Marte, a pesar de no haber salido ni una sola vez de mi país y de no haber mirado jamás a través del telescopio, se debe evidentemente a que esta experiencia tiene su origen en la de otras personas que han ido al Sahara y han mirado por el telescopio. Es igual de evidente que los animales no poseen esta experiencia. La designaremos como componente social de nuestro comportamiento. 45

Finalmente, algo completamente nuevo en el comportamiento del hombre es que su adaptación y el comportamiento relacionado con esta adaptación adquiere formas nuevas respecto a la de los animales. Estos se adaptan pasivamente al medio; el hombre adapta activamente el medio a sí mismo. Es verdad que también entre los animales encontramos formas iniciales de adaptación activa en la actividad instintiva (la construcción de nidos, de guaridas, etcétera.), pero, en primer lugar, en el reino animal estas formas no tienen un valor predominante y fundamental y, en segundo lugar, sus mecanismos de ejecución siguen siendo esencialmente pasivos.

La araña que teje la telaraña y la abeja que construye las celdillas con cera lo harán por la fuerza del instinto, como máquinas, de un modo uniforme y sin manifestar en ello mayor actividad que en las restantes reacciones adaptativas. Otra cosa es el tejedor o el arquitecto. Como dice Marx, ellos construyeron previamente su obra en la cabeza; el resultado obtenido en el proceso laboral existía idealmente antes del comienzo de ese trabajo (véase: K. Marx, F. Engels. Obras, t. 23, pág. 189). Esta explicación de Marx, completamente indiscutible, no significa otra cosa que la obligatoria duplicación de la experiencia en el trabajo humano. En el movimiento de las manos y en las modificaciones del material el trabajo repite lo que antes había sido realizado en la mente del trabajador, con modelos semejantes a esos mismos movimientos y a ese mismo material. Esa experiencia duplicada, que permite al hombre desarrollar formas de adaptación activa, no la posee el animal. Denominaremos convencionalmente esta nueva forma de comportamiento experiencia duplicada.

Ahora el término nuevo en nuestra fórmula de comportamiento del hombre adoptará la siguiente forma: experiencia histórica, experiencia social, experiencia duplicada.

Continúa en pie la cuestión: ¿con qué signos, relacionados entre sí y a la vez con la parte anterior, pueden estar relacionados estos nuevos componentes de la fórmula? El signo de multiplicación de la experiencia hereditaria por la particular es claro para nosotros: significa el mecanismo del reflejo condicionado.

Las siguientes partes de este artículo están dedicadas a la búsqueda de los signos que faltan.

Apartado 03

En el punto anterior hemos tocado las vertientes biológica y social del problema. Ocupémonos ahora, de forma igualmente resumida, de la vertiente fisiológica.

Incluso los experimentos más sencillos con reflejos aislados se enfrentan al problema de la coordinación de estos reflejos o su transformación en comportamiento. Veíamos antes de pasada que cualquier experimento de Pávlov presupone un comportamiento previamente organizado del perro, de forma que en el choque de reflejos se cierre la única conexión necesaria. 46

Pávlov se vio obligado (1950) a formar otros reflejos más complejos en el perro, y más de una vez señala que en el proceso de experimentación surgen choques entre dos diferentes reflejos. Además, los resultados no son

siempre iguales: en un caso se habla de que el reflejo de alimentación se refuerza junto con el de alerta; en otro, de la victoria del primero sobre el último. Ambos reflejos constituyen en realidad algo así como los dos platillos de la balanza, dice Pávlov a este respecto, sin cerrar los ojos ante la singular complejidad del proceso de desarrollo de los reflejos. •Si se tiene en cuenta —dice— que el mencionado reflejo a una excitación externa no sólo está limitado y regulado por otro acto reflejo simultáneo externo, sino también por toda una masa de reflejos internos, así como por la acción de todos los posibles excitantes internos (químicos, térmicos, etc., y ello tanto al nivel de los diferentes sectores del sistema nervioso central como directamente sobre los propios elementos tisulares de trabajo), nos podemos hacer idea de la auténtica complejidad de los fenómenos reflectores de respuesta» (Ibídem, pág. 190).

El principio fundamental de coordinación de los reflejos, como se explica en las investigaciones de Ch. Sherrington, consiste en la lucha que se establece entre distintos grupos de receptores por un campo motor común. «Puesto que las neuronas aferentes al sistema nervioso son muchas más que las eferentes, cada neurona motriz no se halla en conexión reflectora con un sólo receptor, sino con muchos, probablemente con todos. En el organismo se da una continua lucha entre diferentes receptores por el campo motor común, por el dominio de un órgano de trabajo. El resultado de esta lucha depende de causas muy complejas y numerosas. Parece claro, por tanto, que cada reacción, cada reflejo victorioso, se produce tras una lucha, después de un conflicto, en el "punto de colisión"» (Ch. Sherrington, 1912).

El comportamiento es pues un sistema de reacciones triunfantes.

En condiciones normales, dice Sherrington, si se dejan a un lado los problemas de la conciencia, el comportamiento del animal está constituido por transiciones sucesivas del campo motor final hacia un grupo de reflejos o hacia otro. En otras palabras, el comportamiento es una lucha que no se interrumpe ni un minuto. Tenemos base suficiente para suponer que una de las funciones más importantes del cerebro consiste precisamente en establecer la coordinación entre reflejos que provienen de puntos lejanos, de modo que el sistema nervioso está integrado en realidad por la totalidad del individuo.

El mecanismo coordinador del campo motor general sirve de base, en opinión de Sherrington, al importante proceso psíquico de la atención, y gracias a este último principio se va generando en cada momento la unidad de acción, lo que a su vez sirve de base al concepto de personalidad, de modo que la formación del sistema de personalidad resulta así tarea del sistema nervioso, según afirma Sherrington. El reflejo es la reacción integral del organismo. Por eso, en cada músculo, en cada órgano de trabajo, hay que ver «un cheque al portador, que cualquier grupo de receptores puede poseer» (Ibídem, pág. 23). 47

Sherrington explica magníficamente su concepción general sobre el sistema y nervioso con esta comparación: «El sistema de receptores guarda la misma relación con el de las vías eferentes que el orificio superior ancho de un embudo con el de salida. Pero cada receptor guarda relación no sólo con una vía eferente, sino con muchas, quizá con todas; naturalmente, la consistencia de esta conexión puede ser diferente. Por eso, continuando nuestra comparación con el embudo, hay que decir que cada sistema nervioso es un embudo, uno de cuyos orificios es cinco veces más ancho que el otro; dentro de él están los receptores, que también son embudos cuyo orificio ancho está vuelto hacia el extremo de salida del embudo general y lo cubre por completo» (Ibídem, pág. 56).

I. P. Pávlov (1950) compara los grandes hemisferios cerebrales con una central telefónica, donde se produce el cierre de nuevas conexiones temporales; entre los elementos del medio y reacciones concretas. Pero nuestro sistema" nervioso recuerda mucho más que a una central telefónica a las estrechas puertas de un gran edificio, hacia las que se lanza la muchedumbre en un momento de pánico; por las puertas caben sólo unas cuantas personas: las que han logrado cruzarlas felizmente son un reducido número de entre las miles que han fallecido aplastadas. Eso refleja con mayor aproximación el carácter catastrófico de la lucha del proceso dinámico y dialéctico entre el mundo y el hombre y en el interior de éste, que se denomina comportamiento.

Dos premisas, necesarias para plantear con acierto el problema de la conciencia en cuanto mecanismo del comportamiento, se desprenden de estas consideraciones:

1. Parece como si el mundo se vertiera en el orificio ancho del embudo a través de millares de excitantes, inclinaciones, invitaciones; dentro del embudo tiene lugar una lucha y un enfrentamiento ininterrumpidos; todas

las excitaciones salen en número muy reducido por el orificio estrecho, en forma de reacciones de respuesta del organismo. El comportamiento que se ha visto realizado es una parte insignificante de los comportamientos posibles. Cada minuto del hombre está lleno de posibilidades no realizadas. Estas posibilidades no realizadas de nuestro comportamiento, esta diferencia entre los orificios anchos y estrechos del embudo, es una realidad inasequible, al igual que la reacción triunfadora, porque los tres momentos de la reacción que les corresponden están presentes.

Cuando la estructura del campo común final es algo complicada y los reflejos complejos, el comportamiento no realizado puede adoptar las más diversas formas. «En los reflejos complejos, los arcos reflejos se unen a veces a una parte del campo general y luchan unos contra otros con respecto a otra de sus partes» (Ch. Sherrington, 1912, pág. 26). Por consiguiente, la reacción puede quedar realizada a medias o realizarse en alguna, siempre indeterminada, de sus partes.

2. Gracias al complejísimo equilibrio que se establece en el sistema nervioso a través de esta complicada lucha de reflejos, es frecuente que baste con una fuerza insignificante del nuevo excitante para resolver el resultado 48 de la lucha, con lo que, en el complicado sistema de fuerzas en colisión, una insignificante nueva fuerza puede determinar el resultado y el sentido de la resultante. En una gran guerra, la incorporación de un pequeño Estado a una de las partes puede decidir la victoria y la derrota. Eso significa lo fácil que sería suponer cómo reacciones insignificantes de por sí, incluso poco notables, pueden resultar rectoras en función de la coyuntura en el «punto de colisión» en que intervienen.

Apartado 04

La ley más elemental y más importante, la ley general de conexión de los reflejos puede formularse así: los reflejos se enlazan entre sí según las leyes de los reflejos condicionados; es decir, la parte de respuesta de un reflejo (motriz, secretora) puede convenirse en condiciones adecuadas en un excitante condicionado (o inhibidor) de otro reflejo al conectarse con el extremo sensorial de este último. Es posible que toda una serie de conexiones semejantes sean hereditarias y pertenezcan a reflejos no condicionados. El resto de ellas se crea durante el proceso de la experiencia —y no puede por menos de establecerse de forma permanente en el organismo.

I. P. Pávlov llama a este mecanismo reflejo en cadena y lo incluye en la explicación del instinto. En sus experimentos, G. P. Zelionyi⁴ (1923) descubre el mismo mecanismo al investigar los movimientos musculares rítmicos, que también han resultado ser un reflejo en cadena. Por consiguiente, este mecanismo es el que mejor explica las uniones inconsistentes, automáticas, de reflejos. No obstante, si no nos limitamos a un mismo sistema de reflejos, sino que consideramos distintos sistemas y la posibilidad de transmisión de un sistema a otro, nos encontramos con el mecanismo fundamental que objetivamente caracteriza a la conciencia: la capacidad que tiene nuestro cuerpo de constituirse en excitante (a través de sus actos) de sí mismo (y de cara a otros nuevos actos) constituye la base de la conciencia.

Se puede hablar ya de la indudable interacción entre sistemas aislados de reflejos y de la repercusión de unos sistemas en otros. El perro reacciona al ácido clorhídrico segregando saliva (reflejo), pero la propia saliva es un nuevo excitante para el reflejo de la deglución o de la expulsión de la misma. En una asociación libre, a la palabra excitante «rosa» pronuncio «narciso». Se trata de un reflejo, que a su vez resulta un excitante para la siguiente palabra: «alhelí». Esto se produce dentro de un mismo sistema o sistemas cercanos, que colaboran. El aullido del lobo produce en mí como excitante los reflejos somáticos y mínimos de temor, el cambio de respiración, los latidos del corazón, el temblor, la sequedad en la garganta (reflejos) me hacen decir o pensar: «Tengo miedo». Aquí nos encontramos con la transmisión de unos sistemas a otros.

Parece, por tanto, que debemos comprender, ante todo, la propia conciencia o la concienciación por nuestra parte de los actos y estados 49 propios como un sistema de mecanismos transmisores de unos reflejos a otros, que funciona perfectamente en todo momento consciente. Cuanto más acertadamente provoque cada reflejo interno en calidad de excitante toda una serie de reflejos diferentes procedentes de otros sistemas y se transmita a ellos, más consciente será su sensación (se sentirá, se verá reforzada en la palabra, etcétera).

Darse cuenta de algo significa justamente transformar unos reflejos en otros. Lo inconsciente, lo psíquico, implica que los reflejos no se transmiten a otros sistemas. Caben infinitas variedades de grados de conciencia, es decir, de interacción de sistemas incorporados al mecanismo del reflejo que actúa. La conciencia de las

propias sensaciones no significa nada más que su posesión en calidad de objeto (excitante) para otras sensaciones. La conciencia es la vivencia de las vivencias, lo mismo que las simples sensaciones son las sensaciones de los objetos. Precisamente la capacidad del reflejo (la sensación del objeto) de ser un excitante (objeto de la sensación) constituye el mecanismo de transmisión de reflejos de un sistema a otro. Eso es aproximadamente lo que V. M. Békterev denomina reflejos subordinados y no subordinados.

La psicología debe pues plantear y resolver el problema de la conciencia en la perspectiva de considerarla como interacción, reflexión, excitación recíproca de diferentes sistemas de reflejos. Es consciente lo que se transmite a otros sistemas en calidad de excitante y provoca en ellos una respuesta. La conciencia es siempre un eco, un aparato de respuesta. Tres citas de diversos autores pueden servirnos para apoyar esta tesis.

1. Conviene recordar que en las obras de psicología se ha señalado más de una vez que la reacción circular es un mecanismo que devuelve al organismo su propio reflejo con ayuda de las corrientes centrípetas que surgen con tal motivo y que constituye el fundamento de la conciencia (N. N. Langué, 1914). Además, se aduce con frecuencia el valor biológico de la reacción circular: la nueva excitación, enviada por el reflejo, produce una nueva reacción, secundaria que, o bien refuerza y repite la primera o la debilita e inhibe, en función del estado general del organismo: es decir de la valoración que da éste a su propio reflejo. Por consiguiente, la reacción circular no es una simple unión de dos reflejos, sino una unión en que una reacción dirige y regula a otra. Estamos aquí ante un nuevo aspecto en el mecanismo de la conciencia: su papel regulador respecto al comportamiento.

2. Ch. Sherrington distingue los campos exteroceptivos e interoceptivos como campos de la superficie exterior e interior de algunos órganos, en donde se introduce cierta parte del medio exterior. Distinto de ellos, el campo propioceptivo es aquél que a través del propio organismo provoca los cambios que se producen en los músculos, tendones, articulaciones, vasos sanguíneos, etcétera.

«A diferencia de los receptores de los campos extero- e interoceptivos, los del campo propioceptivo son excitados tan sólo de forma secundaria por influencias que provienen del medio exterior. Su excitante lo constituye el estado activo de unos u otros órganos, por ejemplo, la contracción muscular, que a su vez sirve de reacción primaria a la excitación del receptor superficial por parte de factores del medio exterior. Generalmente, los reflejos que se producen gracias a la excitación de los órganos propioceptivos se combinan con reflejos provocados por la excitación de órganos exteroceptivos" (Ch. Sherrington, 1912, pág. 42).

La combinación de reflejos secundarios con reacciones primarias, esa «segunda conexión", puede enlazar, como muestra la investigación, tanto reflejos compatibles como de tipo antagónico. Dicho de otra manera, la reacción secundaria puede reforzar o interrumpir la primitiva. En eso consiste el mecanismo de la conciencia.

3. Finalmente, I. P. Pávlov afirma en una de sus obras que .a reproducción de los fenómenos nerviosos en el mundo subjetivo es muy singular: por decirlo así, una refracción múltiple, por lo que en su conjunto la interpretación psicológica de la actividad nerviosa es altamente convencional y aproximada.

Es poco probable que Pávlov quisiera sobreentender aquí algo más que una simple comparación, pero por nuestra parte estamos dispuestos a interpretar sus palabras en el sentido literal y exacto y afirmar que la conciencia es la «refracción múltiple de reflejos".

Apartado 05

Con esto se resuelve el problema de la psique sin pérdida de energía. La conciencia se reduce por completo a unos mecanismos transmisores de reflejos, que actúan según leyes generales, así es que cabe admitir que en el organismo no hay más procesos que las reacciones.

Se abre también una posibilidad a la resolución del problema de la autoconciencia y la introspección. La percepción interna, la introspección, son posibles únicamente gracias a .a existencia del campo propioceptivo y de los reflejos secundarios relacionados con él. Es siempre como un eco de las reacciones.

Se ven así perfectamente los límites de la introspección, en cuanto percepción de lo que, según expresión de J. Locke, se produce en la propia alma del hombre. Queda aquí clara la accesibilidad de esta prueba a una sola persona, a la que vive su experiencia. Únicamente yo y tan sólo yo puedo observar y percibir mis reacciones secundarias, porque sólo para mí mis reflejos sirven de nuevo excitante al campo propioceptivo. También se explica fácilmente la principal limitación del experimento; por la misma razón que en el caso anterior lo psíquico no se parece a nada que tenga relación con excitantes sui generis, que no se encuentran más que en mi cuerpo. El movimiento de mi brazo, perceptible por el ojo, puede ser igualmente un excitante, tanto para mi ojo como para uno ajeno, pero la conciencia de este movimiento, las excitaciones propioceptivas que surgen y provocan las reacciones secundarias, existen sólo para mí. No tienen nada en 51 común con la primera excitación del ojo. Aquí actúan otros conductos nerviosos, otros mecanismos, otros excitantes completamente distintos.

Ambos hechos guardan una estrecha relación con uno de los problemas más complicados de la metodología psicológica: con el valor de la introspección. La psicología anterior consideraba ésta como la fuente esencial y más importante del conocimiento psicológico. La reflexología la rechaza por completo o la somete al control de los datos objetivos como fuente de datos complementarios (V. M. Bétjerev, 1923).

La interpretación del problema que acabamos de exponer permite comprender en sus líneas generales el valor (objetivo) que puede tener para la investigación científica la respuesta verbal de un sujeto sometido a prueba. Los reflejos no manifiestos (el habla silenciosa), los reflejos internos, inaccesibles a la percepción directa del observador, pueden ser descubiertos con frecuencia indirectamente o de forma mediatizada, a través de reflejos accesibles a la observación, de los que a su vez son excitantes. Por la presencia de un reflejo completo (la palabra) establecemos la del excitante correspondiente, que en el presente caso desempeña un doble papel: primero, de excitante respecto al reflejo completo; en segundo lugar, de reflejo respecto al excitante precedente.

Puesto que la psique, el sistema de reflejos no manifiestos, juega ese papel central y primordial en el sistema del comportamiento, sería un suicidio para la ciencia renunciar a investigarla indirectamente a través de su reflejo en otros sistemas de reflejos. De esta manera tenemos en cuenta los reflejos procedentes de excitantes internos, ocultos para nosotros. De este modo seguimos la misma lógica, el mismo razonamiento y proceso de demostración. Interpretando así la vida psíquica, el informe del sujeto sometido a prueba no es en modo alguno un acto de introspección que aparentemente introduce una cucharada de hiel en el barril de miel de la investigación objetivo-científica. No hay introspección alguna. A la persona sometida a prueba no se la coloca en absoluto en la situación de observador, y por tanto no ayuda al experimentador a observar los reflejos para él ocultos. El sujeto sometido a prueba se mantiene hasta el final —, y en su propio informe— en calidad de objeto del experimento, pero en éste se introducen ciertos cambios y transformaciones a través de un interrogatorio posterior: se introduce un nuevo excitante (el nuevo interrogatorio), un nuevo reflejo, que permite juzgar acerca de las partes del excitante precedente que han quedado sin explicar. En este caso es como si todo el experimento pasase por un doble objetivo.

Es pues preciso que en la metodología de la investigación psicológica se haga pasar el experimento a través de las reacciones secundarias de la conciencia. El comportamiento del hombre y el establecimiento en él de nuevas reacciones condicionadas vienen determinados no solamente por las reacciones complejas, manifiestas y totalmente explícitas, sino también por las no reveladas externamente, que no se pueden ver a simple vista. ¿Por qué se pueden estudiar los reflejos complejos de lenguaje y no se pueden tener en 52 cuenta los pensamientos-reflejos, interrumpidos en sus dos tercios, aunque se trate del mismo tipo, real y cierto de reacción?

Si pronuncio en alta voz, de forma que la oiga el experimentador, la palabra «tarde», que ha venido a la mente en una asociación libre, eso será tenido en cuenta como una reacción verbal, como un reflejo condicionado. Y si la pronuncio silenciosamente, para mí, si la pienso ¿dejará por eso de ser un reflejo y cambiará su naturaleza? Y ¿dónde está el límite entre la palabra pronunciada y no pronunciada? Si se han movido los labios, si lanzo un murmullo que, sin embargo, no oye el experimentador, ¿qué sucederá entonces? ¿Puede pedirme que repita esa palabra en voz alta o se tratará en ese caso de un método subjetivo, sólo admisible para aplicarlo a uno mismo? Si puede (y con esto estarán probablemente casi todos de acuerdo), ¿por qué no pedir que diga en voz alta la palabra pronunciada mentalmente, es decir, sin mover los labios ni emitir un murmullo? Porque siempre ha sido, y lo sigue siendo ahora, una reacción motriz de lenguaje, un reflejo condicionado, sin el cual no existe el pensamiento. Y eso es ya un interrogatorio, una manifestación del sujeto sometido a prueba, su respuesta verbal a las reacciones que, aunque no ha captado el oído del experimentador (ahí estriba la diferencia entre

los pensamientos y el lenguaje) eran, sin duda, objetivamente anteriores. Disponemos de muchos procedimientos para convencernos de que su presencia es real y contamos con todos y cada uno de los rasgos que prueban su existencia. En la elaboración de estos procedimientos radica precisamente una de las más importantes tareas de la metodología psicológica. Uno de los procedimientos elaborados es el psicoanálisis.

Pero lo más importante es que ellos mismos [los reflejos no manifiestos. —R.R.] se preocupan de convencernos de su existencia. Se ponen de manifiesto con tal fuerza y claridad en el ulterior transcurso de la reacción, que obligan al experimentador a tenerlos en cuenta o a renunciar por completo a estudiar el desarrollo de la reacción en que se introducen. ¿Y hay muchos ejemplos de comportamiento en que no se introduzcan reflejos retenidos [zadiérzhannye refleksy]? Por consiguiente, o renunciamos a estudiar el comportamiento del hombre en sus formas más esenciales o introducimos en nuestro experimento el control obligatorio de estos movimientos internos.

Dos ejemplos aclararán esta necesidad. Si recuerdo algo y establezco un nuevo reflejo de lenguaje, ¿es indiferente acaso lo que pienso en ese momento, tanto si repito para mí la palabra dada como si establezco una conexión lógica entre ella y otra? ¿Es que no está claro que en ambos casos los resultados serán sustancialmente distintos?

En la asociación libre, ante la palabra-excitante «trueno» pronuncio «serpiente», pero ya antes se me ocurrió el pensamiento: «relámpago». ¿Es que no está claro que si no lo tengo en cuenta obtendré con toda seguridad una idea falsa, como si la reacción a «trueno» fuera «serpiente» y no relámpago?»

Se sobrentiende que no se trata en este caso de trasladar simplemente la introspección experimental de la psicología tradicional a la nueva. Más bien 53 se tratará de la urgente necesidad de elaborar una nueva metodología para investigar los reflejos inhibidos [zatormozhónye refleksy]. Aquí defendíamos sólo esta necesidad esencial y la posibilidad de satisfacerla.

Para terminar con los problemas de los métodos detengámonos brevemente en la aleccionadora metamorfosis que está viviendo actualmente la metodología de la investigación reflexológica en su aplicación al hombre y a la cual se refería V. P. Protopórov en uno de sus artículos.

Inicialmente, los reflexólogos practicaban la excitación eléctrica cutánea de la planta del pie; después resultó más ventajoso elegir como criterio la reacción de respuesta de un aparato más perfecto, más adaptado a las reacciones orientativas; la mano sustituyó al pie (V. P. Protopórov, 1923, pág. 22). Pero al decir a hay que decir también b. El hombre posee todavía un aparato mucho más perfecto, con ayuda del cual se establece una conexión más amplia con el mundo —los órganos articulatorios: hemos de pasar a las reacciones verbales.

Pero lo más curioso son esos «ciertos casos» con que el investigador se ha tenido que enfrentar durante el proceso de su trabajo: El hecho de que el hombre ha conseguido muy lenta y penosamente la diferenciación del reflejo, y de que, actuando sobre el sujeto con las palabras adecuadas, se pueden favorecer tanto la inhibición como la estimulación de reacciones condicionadas (Ibídem, pág. 16). En otras palabras, los descubrimientos realizados se reducen a que en el caso del hombre puede lograrse un acuerdo con palabras, de modo que a una señal determinada retire la mano y a otra no la retire. A este respecto Protopórov establece dos principios, para nosotros importantes:

1. «Indudablemente, en el futuro las investigaciones reflexológicas en el hombre deberán realizarse en psicología experimental básicamente sirviéndose de reflejos condicionados secundarios» (Ibídem, pág. 22). Eso no significa más que el hecho de que la conciencia irrumpe incluso en las pruebas de los reflexólogos y modifica considerablemente el cuadro del comportamiento. Haz salir la conciencia por la puerta y entrará por la ventana.

2. La inclusión de estos procedimientos de investigación en la metodología reflexológica fusiona por completo esta última con la metodología de investigación de las reacciones, establecida hace tiempo en la psicología experimental. También Protopórov señala este hecho, aunque considera que la coincidencia es casual y sólo externa. Para nosotros está claro que se trata en este caso de una capitulación completa de la metodología puramente reflexológica, cuya utilización ha dado buenos resultados en el caso del comportamiento de los perros.

Creemos importante señalar, siquiera sea en dos palabras, que si contemplamos desde el punto de vista de la hipótesis que hemos expuesto aquí los tres aspectos que la psicología empírica ha diferenciado en la psique (conciencia, sentimiento y voluntad), no nos resultará difícil identificar en el plano de la conciencia esa misma triple naturaleza, lo cual resulta compatible tanto con nuestras hipótesis como con la metodología que se desprende de ellas. 54

1. La teoría de las emociones de W. James (1905) da perfectamente pie a esta interpretación de la conciencia de los sentimientos. James altera el orden de los tres elementos habituales (A - la causa de los sentimientos, B - el propio sentimiento, C - su manifestación corporal) de la siguiente manera: A - C - B. No me detendré a recordar su conocida argumentación. Señalaré tan sólo que en ella se pone perfectamente de manifiesto: a) el carácter reflejo del sentimiento, el sentimiento como sistema de reflejos - A y B; b) el carácter secundario de la conciencia de los sentimientos, cuando su propia reacción sirve de excitante a una reacción nueva, interna - B y C. También puede verse aquí el valor biológico del sentimiento en tanto que reacción evaluadora rápida de todo el organismo a su propio comportamiento, como acto del interés del organismo en la reacción, como organizador interno de todo el comportamiento presente en el momento dado. Señalaré además que la tridimensionalidad de los sentidos propuesta por Wundt se refiere en esencia a ese carácter valorativo de la emoción, a esa especie de repercusión de todo el organismo ante su propia reacción. De ahí el carácter irrepetible, exclusivo, de las emociones en cada caso concreto.

2. Los actos de conocimiento de la psicología empírica también manifiestan su doble naturaleza, ya que transcurren conscientemente. La psicología distingue claramente dos fases en ellos: los actos de conocimiento en sí y la conciencia de los mismos.

Son especialmente curiosos los resultados de refinadísima introspección de la escuela de Wurtzburgo, de ese destilado de «psicología de psicólogos», que podemos encontrar en esta corriente. Una de las conclusiones de estas investigaciones establece la imposibilidad de observar el propio acto del pensamiento, que escapa a la percepción. Aquí, la introspección se agota a sí misma. Nos hallamos en el mismo fondo de la conciencia. La conclusión que se impone de una cierta inconsciencia de los actos del pensamiento es paradójica. Además, los elementos que advertimos, que encontramos en nuestra conciencia, son antes sucedáneos del pensamiento que la esencia del mismo: se trata de toda clase de retazos, jirones, espuma.

Experimentalmente se ha logrado demostrar, dice con este motivo O. Külpe (1916), que no podemos apartar de nosotros nuestro «yo». Es imposible pensar, pensar entregándose por completo a los pensamientos y sumirse en ellos y observarlos al mismo tiempo. No es posible llevar hasta el fin una división tal de la psique. Lo que a su vez significa que no se puede dirigir la conciencia hacia uno mismo y que ésta constituye un fenómeno secundario. No se puede pensar el propio pensamiento, captar el mecanismo específico de la conciencia, precisamente porque no es un reflejo, es decir, no puede ser objeto de vivencia, excitante de un nuevo reflejo, sino que es un mecanismo transmisor entre sistemas de reflejos. Pero en cuanto se ha terminado el pensamiento, es decir, se ha cerrado el reflejo, puede observarse conscientemente: «Primero uno, después otro» —como dice Külpe.

M. B. Krol dice con este motivo en uno de sus artículos (1922) que los nuevos fenómenos descubiertos por las investigaciones realizadas por la 55 escuela de Wurtzburgo en los procesos superiores de la conciencia recuerdan extraordinariamente los reflejos condicionados pavlovianos. La espontaneidad del pensamiento, el hecho de que lo encontremos ya formado, las complejas sensaciones de la actividad, las búsquedas, etc., hablan, naturalmente, de esto. La imposibilidad de observarlo [hablan] en favor de los mecanismos que señalamos aquí.

3. Por último, es precisamente la voluntad la que descubre mejor y da forma más simple esa esencia de la propia conciencia. La presencia previa de representaciones motrices (es decir, de reacciones secundarias al movimiento de órganos) explica de qué se trata. Cualquier movimiento deberá realizarse la primera vez inconscientemente. Después, su kinestesia (es decir, su reacción secundaria) se convierte en la base de su conciencia (H. Münsterberg, 1914; H. Ebbinghaus, 1912). La conciencia de la voluntad es la que proporciona la ilusión de dos aspectos: lo pensé y lo hice. Y aquí, en efecto, nos hallamos en presencia de dos reacciones, sólo que en orden inverso: primero la secundaria y después la principal, la primera. A veces, el proceso se complica y la doctrina del acto volitivo y de su mecanismo, embrollada con los motivos, es decir, por el enfrentamiento de varias reacciones secundarias, concuerda también completamente con los pensamientos des-arrollados anteriormente.

Pero casi lo más importante es que a la luz de estos pensamientos se explica el desarrollo de la conciencia desde el momento de nacer, su procedencia de la experiencia, su carácter secundario y, por consiguiente, su dependencia psicológica respecto del medio. La experiencia determina la conciencia: esta ley puede obtenerse aquí por vez primera, mediante cierta reducción, un significado psicológico exacto y descubrir el propio mecanismo de tal determinabilidad.

Apartado 06

Hay en el hombre un grupo de reflejos fácilmente identificables cuya denominación correcta sería la de reversibles: se trata de reflejos a excitantes que pueden a su vez ser creados por el hombre. La palabra escuchada es un excitante, la pronunciada, un reflejo que crea ese mismo excitante. Aquí, el reflejo es reversible, porque el excitante puede convertirse en reacción y viceversa. Estos reflejos reversibles, que crean la base del comportamiento social, sirven de coordinación colectiva del comportamiento. De entre toda la masa de excitantes, hay un grupo que a mi juicio se destaca con claridad: el de los excitantes sociales, que provienen de las personas. Y se destaca porque yo mismo puedo reconstituir para mí individualmente esos mismos excitantes; porque se convierten para mí muy pronto en reversibles y, por consiguiente, determinan mi comportamiento de un modo diferente a los demás. Me asemejan a otras personas, hacen mis actos idénticos conmigo 56 mismo. En el amplio sentido de la palabra es en el lenguaje donde se halla precisamente la fuente del comportamiento social y de la conciencia.

Es muy importante, aunque sólo sea de pasada, establecer aquí la idea de que si esto es realmente así resulta que el mecanismo del comportamiento social y el de la conciencia es el mismo. El lenguaje es, por un lado, un sistema de «reflejos de contacto social» (A. B. Zalkind, 1924), y por otro, preferentemente un sistema de reflejos de la conciencia, es decir, un aparato de reflejo de otros sistemas.

Aquí es donde está la raíz de la cuestión del «yo» ajeno, del conocimiento de la psique ajena. El mecanismo del conocimiento de uno mismo (autoconciencia) y el del otro es el mismo. Las doctrinas habituales sobre el conocimiento de la psique ajena, o bien asumen su incognoscibilidad (A. I. Vvedinski 5, 1917) o bien tratan de construir un mecanismo verosímil, que es esencialmente el mismo aunque las hipótesis sean distintas, tanto desde la teoría de las sensaciones como desde la de las analogías: conocemos a los demás en la medida que nos conocemos a nosotros mismos; al conocer la cólera ajena reproduzco la propia.

En realidad, sería más correcto decir precisamente lo contrario. Tenemos conciencia de nosotros mismos porque la tenemos de los demás y por el mismo procedimiento por el que conocemos a los demás, porque nosotros mismos con respecto a nosotros mismos somos lo mismo que los demás con respecto a nosotros. Tengo conciencia de mí mismo sólo en la medida que para mí soy otro, es decir, porque puedo percibir otra vez los reflejos propios como nuevos excitantes. Entre el hecho de que yo pueda repetir en alta voz la palabra dicha en silencio y el hecho de que pueda repetir la palabra dicha por otro no hay ninguna diferencia, como tampoco la hay en principio en los mecanismos: uno y otro son un reflejo reversible —un excitante.

Por eso, como consecuencia de la adopción de la hipótesis propuesta se seguirá directamente la socialización de toda la conciencia, de ello se desprende que el reconocimiento, la prioridad temporal y efectiva pertenecen a la vertiente social y a la conciencia. La vertiente individual se construye como derivada y secundaria sobre la base de lo social y según su modelo exacto. De aquí la dualidad de la conciencia: la idea del doble es la más cercana a la idea real de la conciencia. Lo que no deja de tener cierta proximidad a la división de la personalidad en el «yo» y el «ello» que descubre analíticamente S. Freud. El «yo» se comporta respecto a «ello» de modo parecido a un jinete, dice, que debe domar un magnífico caballo, con la única diferencia de que el jinete ha de realizarlo con sus propias fuerzas, mientras que el «yo» debe hacerlo con fuerzas prestadas. Esta comparación se puede continuar. Lo mismo que el jinete, a quien si no quiere separarse del caballo no le queda otro remedio que conducirlo adonde éste quiere ir, también el «yo» transforma por lo común en acción la voluntad del «ello», como si se tratase de la suya propia (S. Freud, 1924b). 57

La educación de la conciencia del lenguaje en los sordomudos y en parte el desarrollo de las reacciones táctiles en los ciegos puede ser una magnífica confirmación de la idea de la identidad de los mecanismos de la conciencia y del contacto social y de que la primera es algo así como el contacto consigo mismo. Por lo común,

el lenguaje no se desarrolla en los sordomudos, estancándose en el estadio de grito reflector, no porque tengan lesionados los centros del lenguaje, sino porque debido a la falta de oído se paraliza la posibilidad de que el reflejo de lenguaje sea reversible. El lenguaje no retorna como excitante al propio hablante. Por eso es inconsciente y asocial. Generalmente, los sordomudos se limitan al idioma convencional de los gestos, que los familiariza con el reducido círculo de la experiencia social de otros sordomudos y desarrolla en ellos la conciencia, gracias a que estos reflejos retornan al propio mudo a través del ojo.

La educación del sordomudo en su vertiente psicológica consiste precisamente en restablecer o compensar el alterado mecanismo de reversibilidad de reflejos. Los sordos aprenden a hablar verificando en los labios del parlante los movimientos que realiza al pronunciar y aprenden a hablar ellos mismos utilizando las excitaciones kinestésicas secundarias que surgen en las reacciones motrices del lenguaje. Lo más admirable es que la conciencia del lenguaje y la experiencia social aparecen a la vez y de forma totalmente paralela. Es como un experimento montado especialmente por la naturaleza, que confirma la tesis fundamental de nuestro artículo. En otro trabajo espero mostrar esto con más claridad y de forma más completa. El sordomudo aprende a tener conciencia de sí mismo y de sus movimientos en la medida en que aprende a tener conciencia de los demás. La identidad de ambos mecanismos es sorprendentemente clara y casi evidente.

Ahora podemos reunir los elementos de la fórmula del comportamiento humano, descrita antes. Evidentemente, la experiencia histórica y la social no constituyen nada psicológicamente distinto, ya que en la realidad no se pueden separar y siempre se presentan juntas. Unámoslas con el signo +. Su mecanismo es absolutamente el mismo que el de la conciencia, como he tratado de demostrar, porque también esta última debe ser considerada como un caso particular de la experiencia social. Por eso, es fácil designarlas con el mismo índice de experiencia duplicada.

Apartado 07

Considero extraordinariamente importante y esencial señalar como resumen de este ensayo la coincidencia de conclusiones que existe entre los pensamientos desarrollados en él y el análisis de la conciencia realizados por W. James. Ideas procedentes de campos totalmente distintos y que se han desarrollado por caminos completamente diferentes han conducido a un mismo punto de vista, señalado ya por James en su análisis especulativo. En ello veo cierta confirmación parcial de mis ideas. Ya en su «Psicología» (1911) decía él que **58** la existencia de estados de conciencia como tales no constituye un hecho plenamente demostrado, sino más bien un prejuicio profundamente arraigado. Precisamente los datos de su brillante introspección le han convencido de ello.

«Cada vez que intento notar en mi pensamiento —dice— la actividad como tal tropiezo infaliblemente con un acto puramente físico, con una impresión cualquiera que proviene de la cabeza, las cejas, la garganta y la nariz». Y en el artículo «¿Existe la conciencia?» (1913), explica que la única diferencia entre la conciencia y el mundo (entre un reflejo al reflejo y un reflejo al excitante) radica tan sólo en el contexto de los fenómenos. En el contexto de los excitantes se trata del mundo, en el de mis reflejos, de la conciencia. Esta es únicamente un reflejo de reflejos.

Por consiguiente, la conciencia como categoría específica, como procedimiento especial de la existencia, no aparece. Resulta ser una complejísima estructura del comportamiento, concretamente la duplicación del mismo, como se dice respecto al trabajo en las palabras que sirven de epígrafe. «En lo que a mí respecta, estoy convencido —dice James— de que en mí la corriente de los pensamientos... es tan sólo una denominación a la ligera de lo que en un examen más minucioso resulta ser en realidad una corriente respiratoria. "Pienso", que según Kant debe acompañar todos mis objetos, no es más que "respiro", que los acompaña en realidad... Los pensamientos... están hechos de la misma materia que las cosas» (1913, pág. 126).

En este ensayo hemos apuntado rápidamente y a vuelapluma tan sólo algunas ideas de carácter previo. Sin embargo, me parece que justamente a partir de aquí deberá iniciarse el estudio de la conciencia. El estado en el que se encuentra nuestra ciencia la mantiene aún muy apartada de la fórmula final de un teorema geométrico que corone el último argumento —como queríamos demostrar. Creemos que en el momento actual sigue siendo

aún importante definir con precisión qué es lo que hay que demostrar para ponernos después a demostrarlo; primero, formular la tarea; después, resolverla².

Para esta formulación de la tarea confiamos en que sirva, dentro de lo posible, el presente ensayo. 59

² El presente artículo se hallaba ya en fase de corrección de pruebas, cuando conocí algunos trabajos relativos a este problema pertenecientes a psicólogos behavioristas. Estos autores plantean y resuelven el problema de la conciencia de forma cercana a las ideas desarrolladas aquí, como un problema de relación entre reacciones (cotéjese con comportamiento verbalizado).

La introspección y el método de la psicología: A modo de introducción

Sobre el artículo de K. Koffka¹

Cuando los compiladores de esta obra seleccionaron el artículo de K. Koffka «La introspección y el método de la psicología», les estaba guiando la consideración de que para construir un sistema psicológico marxista es necesario orientarse correctamente entre las actuales corrientes psicológicas. Hace mucho ya que la ciencia y su desarrollo han salido del estado en que cada país podía elaborar sus problemas por separado, de forma aislada y relativamente independiente. No puede haber mayor error para comprender la actual crisis de la psicología que reducirla a los límites y fronteras del pensamiento científico ruso. Y ése es el modo en que reflejan la cuestión los representantes de nuestra psicología empírica: si les diéramos crédito, en la psicología de Occidente todo permanecería tan inmutable y tranquilo como «la mineralogía, la física y la química», mientras que nosotros los marxistas hemos emprendido nada menos que la reforma de la ciencia. Volvemos a repetir: no se puede presentar el estado real de las cosas bajo un aspecto más falso y tergiversado.

El comienzo de la crisis rusa viene marcado por la orientación hacia el agresivo behaviorismo norteamericano. Al principio, eso era necesario. Hacía falta conquistar posiciones objetivas en psicología y liberarse del cautiverio del subjetivismo espiritualista e idealista. Pero ahora todos ven que la psicología marxista sólo puede seguir hasta un determinado punto el camino elegido por el behaviorismo norteamericano y la reflexología rusa. Surge la necesidad de desmarcarse de los compañeros de viaje y marcarse el propio camino.

Los aliados de ayer en la guerra común contra el subjetivismo y el empirismo se convertirán posiblemente mañana en nuestros enemigos en la lucha por la afirmación de los fundamentos de base de la psicología social del hombre social, por liberar a la psicología del cautiverio biológico y por devolverle el significado de ciencia independiente, y dejar de ser uno de los 61 capítulos de la psicología comparada. En otras palabras, en cuanto pasemos a construir la psicología como ciencia del comportamiento del hombre social y no del mamífero superior, se perfilará claramente la línea de discrepancia con nuestro aliado de ayer.

La lucha se profundiza y pasa a una nueva fase. Es necesario recordar (para dirigirla y calcular cada paso) que no se desarrolla dentro del idílico y pacífico paisaje del empirismo «científico», sino en circunstancias muy tensas y dentro de una agudísima lucha científica en la que participa todo lo que hay de vivo en la psicología. Lo que menos evoca el estado actual de la ciencia psicológica es un paisaje bucólico. «En Shipka todo está tranquilo»¹ sólo para quien no ve nada. Concretamente, en la psicología occidental se ha llevado a cabo una labor crítica tan destructiva, que el empirismo precrítico, ingenuo y feliz que se nos presenta parece algo antediluviano en la ciencia europea.

«El psicólogo de nuestros días se parece a Príamo sentado en las ruinas de Troya —constata N. N. Langue, al hacer el resumen del estado actual de la psicología» (1914, pág. 42). El mismo habla todo el tiempo de la crisis de la psicología como si se tratase de un terremoto, que «destruye en un momento una ciudad de aspecto floreciente» y compara la caída de la psicología asociacionista con la de la alquimia. Realmente, la crisis se inició con la decadencia de la teoría asociacionista; a partir de entonces, la psicología científica dejó de pisar una base firme y comenzó el terremoto. Actualmente asistimos a un extraordinariamente interesante y significativo cambio de dirección de la crisis y de las principales fuerzas en litigio. Si el principio de la crisis europea se caracteriza por la intensificación del momento idealista y subjetivista (E. Husserl, A. Meinong, escuela de Wurtzburgo), hoy día la dirección es justamente la contraria.

Como afirma I. Everguétov (1924), la psicología y su método se están convirtiendo en materialistas en el más estricto sentido de la palabra. Si esto no es exactamente así, no cabe la menor duda de que indica acertadamente la dirección. La psicología tiende a convertirse en materialista, aunque es posible que en ese camino se hunda más de una vez en la ciénaga idealista. La psicología se divide claramente en dos corrientes: una se apoya en el bergsonismo, ahondando y corrigiendo la línea del espiritualismo en psicología, y la otra tiende ostensiblemente hacia la construcción monista y materialista de la psicología biológica.

¹ Escrito en 1926 como introducción a un artículo de K. Koffka, y publicado en K. N. Kornilov (comp.). «Problemas de psicología actual», Moscú, 1926.

Es necesario orientarse con exactitud en la lucha científica que tiene lugar actualmente en la psicología occidental. Tenemos la intención de publicar en ruso los trabajos seminales más importantes que caracterizan cada corriente y ofrecer en una de las próximas selecciones un resumen de las corrientes psicológicas actuales en Occidente². Empezaremos por la corriente más influyente e interesante de todas, por la denominada psicología de la Gestalt, 62 uno de cuyos más destacados representantes es K. Koffka. No vamos a tratar de ofrecer una exposición detallada y una apreciación de esta teoría en el presente comentario: nos limitaremos a hacer algunas breves observaciones sobre ella.

La psicología de la Gestalt (teoría de la imagen, psicología de la forma, psicología estructural, como suele traducirse a otros idiomas) se ha formado a lo largo de los diez últimos años. Hace tiempo que ha rebasado los límites de la investigación experimental de la percepción de la forma que presidió sus inicios y que constituye por el momento su principal contenido psicológico. Trata de convertirse en teoría psicológica general, como dice Koffka en otro artículo. Extrapola sus conclusiones a la psicología comparada y a la psicología del niño, a la psicología social y a todas las ciencias limítrofes, tratando de formular de nuevo sus principios fundamentales. Y es precisamente en calidad de nueva doctrina psicológica como esta nueva teoría se contrapone por un lado a la psicología empírica tradicional (la asociacionista y la de Wurtzburgo) y por otro al behaviorismo. Y precisamente como doctrina psicológica nueva esta teoría es objeto de atención en todos los países: se pueden encontrar artículos sobre ella en revistas francesas, inglesas, norteamericanas, españolas, sin hablar de las alemanas. Ya la propia oposición de la psicología de la Gestalt al empirismo y al behaviorismo puro, el propio intento de hallar un punto de vista unificador para el comportamiento y de elaborar una metodología sintetizadora convierten a esta corriente en un aliado nuestro de extraordinario valor en toda una serie de problemas. Eso no significa que nuestra alianza haya de constituir un firme y duradero bloque de principios: ya en este momento podríamos señalar con precisión toda una serie de puntos en los que divergemos de esta teoría. El lector encontrará en el artículo de Koffka la exposición de los criterios más importantes, tanto críticos como positivos, de esta escuela. Por nuestra parte, señalaremos sus puntos de contacto y de discrepancia con la psicología marxista, dejando para otra ocasión el análisis detallado y la valoración de la misma.

1. Materialismo monista de la nueva teoría. La psique y el comportamiento «interno y externo» (según la terminología de W. Köhler), las reacciones fenoménicas y corporales (Koffka), no constituyen dos esferas distintas y de naturaleza diferente. «Lo interno es externo» (Köhler). La nueva teoría parte de la identidad fundamental de las leyes que construyen los «conjuntos» (Gestalten) en la física, la fisiología, la psique. La nueva teoría admite el principio dialéctico de la transición de la cantidad en calidad, cuando lo utiliza para explicar la diversidad cualitativa de las vivencias (fenómenos). Los procesos conscientes no se declaran ya como el único objeto de la investigación, sino que son interpretados como partes de procesos psicofisiológicos integrales de más envergadura. Aquí, los «fenómenos psíquicos» de la psicología empírica pierden definitivamente su importancia excluyente e independiente. La psique se considera como un «aspecto fenoménico del comportamiento», como parte integrante suya. 63

2. Metodología sintética y funcional de la investigación. Al reconocer la unidad, pero no la identidad de lo interno y externo en el comportamiento, los psicólogos de la nueva escuela renuncian con igual firmeza, tanto a la introspección analizadora, que no puede constituir de por sí un método de la psicología y nunca será su método principal, como al objetivismo puro que alcanza su forma extrema en Watson. Aunque se adhieren por completo a toda una serie de acusaciones que lanza el behaviorismo contra la introspección, consideran erróneo no tener en cuenta en absoluto la faceta «interna» del comportamiento (Koffka). La nueva metodología trata de fundamentar un método subjetivo-objetivo funcional que abarque los puntos de vista descriptivos (descriptivo-introspectivo) 2 y funcional (objetivo-reactológico).

3. Puntos de divergencia. Dentro de nuestra indudable coincidencia con la psicología de la Gestalt, no podemos cerrar los ojos a los puntos de divergencia que existen entre ambos sistemas —y que irán creciendo a medida que se desarrollen las dos corrientes— en mucho de lo que se refiere a la elaboración del objeto y del método de nuestra ciencia. Pero para nosotros eso no le resta ningún valor a la nueva corriente. En absoluto pensamos encontrar en la ciencia occidental un sistema psicológico marxista ya elaborado. Sería casi un milagro que hubiera surgido. Pero estos puntos de divergencia sirven para aguzar el filo de la nueva ciencia. En nuestra lucha contra el empirismo hemos aprendido mucho y en ese sentido nos resulta útil tomar como punto de partida el behaviorismo puro. Probablemente de esta forma podremos realzar algunas de las tesis de la

² Tenía razón Everguétov al titular su resumen «Después del empirismo».

psicología marxista en nuestros debates con la psicología gestaltista y en su crítica. Quizás, la crítica podría desarrollarse en la línea de cuestiones tales como el intento de la nueva teoría de evitar el vitalismo y el mecanicismo; la excesiva asimilación de los problemas de la psique a los procedimientos teóricos y datos de la física actual; la falta de un punto de vista social, la teoría «intuitiva» de la conciencia y muchas y muchas más. Pero no olvidemos que el propio hecho de la aparición en Occidente de una corriente como la psicología de la Gestalt muestra sin la menor duda que las fuerzas motrices objetivas insertas en el desarrollo de la ciencia psicológica actúan en la misma dirección que la reforma marxista de la psicología. Para verlo basta con mirar el principio que se desarrolla en la psicología, no a través de la estrecha mirilla de nuestra discusión con los empiristas, sino a escala de la ciencia universal.

Notas

Shipka es el nombre de un desfiladero de la cadena montañosa central de Bulgaria Stara-Planina, donde el 21126-8-1877 las fuerzas rusas y búlgaras rechazaron con éxito los durísimos ataques del ejército del rajá Solimán en la guerra ruso-turca de aquel año. (N.T.)

2 Para L. S. Vygotski, la psicología descriptiva o descriptivo-introspectiva consiste en el análisis de los fenómenos de la conciencia mediante una autoobservación especialmente organizada (introspección). Hay que distinguir esta corriente de la psicología descriptiva (o «comprensiva») tal y como la interpreta W. Dilthey (N.R.R.)

El método instrumental en psicología¹

1. En el comportamiento del hombre surgen una serie de dispositivos artificiales dirigidos al dominio de los propios procesos psíquicos. Por analogía con la técnica, estos dispositivos pueden recibir con toda justicia la denominación convencional de herramientas o instrumentos psicológicos (técnica interna según la terminología de E. Claparède, *modus operandi*, según R. Thurnwald).

2. Esta analogía, como cualquier otra, no puede llevarse a sus últimas consecuencias hasta la total coincidencia de todos los rasgos de ambos conceptos; por eso, no se puede esperar de antemano que hallemos en éstos dispositivos todos los rasgos de los instrumentos de trabajo.

3. Los instrumentos psicológicos son creaciones artificiales; estructuralmente son dispositivos sociales y no orgánicos o individuales; están dirigidos al dominio de los procesos propios o ajenos, lo mismo que la técnica lo está al dominio de los procesos de la naturaleza.

4. Como ejemplo de instrumentos psicológicos y de sus complejos sistemas pueden servir el lenguaje, las diferentes formas de numeración y cómputo, los dispositivos mnemotécnicos, el simbolismo algebraico, las obras de arte, la escritura, los diagramas, los mapas, los dibujos, todo género de signos convencionales, etcétera.

5. Al estar inserto en el proceso de comportamiento, el instrumento psicológico modifica globalmente la evolución y la estructura de las funciones psíquicas, y sus propiedades determinan la configuración del nuevo acto instrumental del mismo modo que el instrumento técnico modifica el proceso de adaptación natural y determina la forma de las operaciones laborales.

6. Además de actos y procesos de comportamiento naturales hay que distinguir funciones y formas de comportamiento artificiales o instrumentales. Los primeros surgieron y se desarrollaron como mecanismos especiales a lo largo del proceso de la evolución y son comunes al hombre y a los animales superiores; los segundos constituyen un logro posterior de la humanidad, un producto de la evolución histórica y son la forma específica de comportamiento **65** del hombre. En este sentido, T. Ribot llamó natural a la atención involuntaria y artificial a la voluntaria, viendo en ella un producto del desarrollo histórico (cfr. el punto de vista de P. P. Blonski).

7. Los actos artificiales (instrumentales) no deben ser considerados como sobrenaturales o supranaturales, creados según determinadas leyes nuevas, especiales. Los actos artificiales son precisamente esos mismos actos naturales, que pueden ser descompuestos hasta el fin y reducidos a estos últimos, lo mismo que cualquier máquina (o instrumento técnico) puede descomponerse en un sistema de fuerzas y procesos naturales.

Lo artificial es el resultado de una combinación (construcción), y es a lo que tiende la sustitución y el empleo de estos procesos naturales. La relación entre los procesos instrumentales y naturales puede explicarse mediante el siguiente esquema: un triángulo.

En el recuerdo natural se establece una conexión asociativa directa (un reflejo condicionado) A - B entre los dos estímulos A y B. En el recuerdo artificial, mnemotécnico, de esa misma huella a través del instrumento psicológico X (nudo en el pañuelo, esquema mnemónico), en lugar de la conexión directa A - B se establecen dos nuevas conexiones:

Insertar figura

A - X y X - B, cada una de las cuales es un reflejo condicionado, que está determinado por las propiedades del tejido cerebral, lo mismo que la conexión A - B. Lo nuevo, lo artificial, lo instrumental viene dado por el hecho de

¹ Conferencia dictada en 1930 en la Academia de educación comunista N. K. Krúpskaia. Del archivo personal de L. S. Vygotski. Se publica por primera vez.

la sustitución de una conexión A - B por dos: A - X y X - B, que conducen al mismo resultado, pero por otro camino. Lo nuevo es la dirección artificial que imprime el instrumento al proceso natural de cierre de la conexión condicionada, es decir, la utilización activa de las propiedades naturales del tejido cerebral.

8. En este esquema se recoge la esencia del método instrumental y la singularidad que supone este enfoque sobre el comportamiento y su desarrollo respecto a los otros dos métodos científico-naturales de estudio del comportamiento con los que en ningún momento interfiere, y a los que tampoco rebate: Unas veces estudiaremos el comportamiento humano como un complejo sistema de procesos naturales cuyas leyes rectoras pueden ser desveladas, como podría hacerse con la actuación de cualquier máquina en tanto que sistema de procesos físicos y químicos. Otras veces lo estudiaremos desde el punto de vista de la utilización de los procesos psíquicos naturales que le son propios y de las formas que adopta esa utilización, tratando de 66 comprender cómo maneja el hombre las propiedades naturales de su tejido cerebral y cómo controla los procesos que tienen lugar en él.

9. El método instrumental establece un nuevo punto de vista sobre la relación entre el acto de conducta y el fenómeno externo. Dentro de la relación general estímulo-reacción (excitante-reflejo), que plantean los métodos científico-naturales en psicología, el método instrumental distingue dos tipos de relaciones entre el comportamiento y el fenómeno externo: este último, el estímulo, en unos casos puede desempeñar el papel de objeto hacia el cual se dirige el acto de comportamiento para resolver una u otra de las tareas que se le plantean al individuo (recordar, comparar, elegir, valorar, sopesar algo, etc.); mientras que en otros casos puede jugar el papel de medio, con cuya ayuda dirigimos y ejecutamos las operaciones psíquicas necesarias para resolver esas tareas (recuerdo, comparación, elección, etcétera). La naturaleza psicológica de la relación entre el acto de comportamiento y el estímulo externo es esencialmente distinta en ambos casos: el estímulo determina, condiciona y organiza el comportamiento de forma diferente por completo y mediante procedimientos totalmente singulares. En el primer caso, lo correcto sería denominar al estímulo objeto y en el segundo, herramienta psicológica del acto instrumental.

10. La singularidad del acto instrumental, cuyo descubrimiento es la base del método instrumental, estriba en la presencia simultánea en él de estímulos de ambas clases, es decir, del objeto y de la herramienta, cada uno de los cuales desempeña distinto papel cualitativa y funcionalmente. Por consiguiente, en el acto instrumental, entre el objeto y la operación psicológica a él dirigida, surge un nuevo componente intermedio: el instrumento psicológico, que se convierte en el centro o foco estructural, en la medida en que determina funcionalmente todos los procesos que dan lugar al acto instrumental. Cualquier acto de comportamiento se convierte entonces en una operación intelectual.

11. La inclusión del instrumento en el proceso de comportamiento provoca en primer lugar la actividad de toda una serie de funciones nuevas, relacionadas con la utilización del mencionado instrumento y de su manejo. En segundo lugar, suprime y hace innecesaria toda una serie de procesos naturales, cuya labor pasa a ser desempeñada por el instrumento. En tercer lugar, modifica también el curso y las distintas características (intensidad, duración, secuencia, etc.) de todos los procesos psíquicos que forman parte del acto instrumental, sustituyendo unas funciones por otras. Es decir, recrea y reconstruye por completo toda la estructura del comportamiento, de igual modo que el instrumento técnico recrea totalmente el sistema de las operaciones de trabajo. Los procesos psíquicos globalmente considerados (en la medida en que constituyen una compleja unidad estructural y funcional) están orientados a la resolución de una tarea —que viene planteada por el objeto— de acuerdo con la evolución del proceso, que viene dictada por el instrumento. Ha nacido una nueva estructura: el acto-instrumental. 67

12. Si lo consideramos desde el punto de vista de la psicología científica natural, la totalidad de los contenidos del acto instrumental cabe íntegramente dentro de un sistema de estímulos y reacciones. La naturaleza de conjunto del acto instrumental determina la singularidad de su estructura interna, cuyos aspectos más importantes han sido enumerados anteriormente (el estímulo objeto y el estímulo-instrumento, es decir, la recreación y combinación de las reacciones con ayuda del instrumento). En términos de la psicología científico-natural podemos definirlo por sus componentes como una función compleja, globalmente sintética (sistema de reacciones), pero que es al mismo tiempo el fragmento más simple de comportamiento con el que se enfrenta la investigación a la vez que la unidad elemental de comportamiento desde el punto de vista del método instrumental.

13. Una diferencia muy importante entre el instrumento psicológico y el técnico es la orientación del primero hacia la psique y el comportamiento, mientras que el segundo, que se ha introducido también como elemento intermedio entre la actividad del hombre y el objeto externo, está orientado a provocar determinados cambios en el propio objeto. Por el contrario el instrumento psicológico no modifica nada el objeto: es un medio para influir en uno mismo (o en otro) —en la psique, en el comportamiento—, pero no en el objeto. De ahí que en el acto instrumental se refleje la actividad con respecto a uno mismo, no con respecto al objeto.

14. En la singular dirección que adquiere del instrumento psicológico no hay nada que contradiga a la propia naturaleza, ya que en los procesos de actividad y de trabajo, el hombre «se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 23, pág. 188), entendiendo por materia la sustancia y el producto de la propia naturaleza. Cuando el hombre actúa dentro de este proceso sobre la naturaleza exterior y la modifica, también está actuando sobre su propia naturaleza y la está modificando, haciendo que dependa de él el trabajo de sus fuerzas naturales. El subordinar también esta «fuerza de la naturaleza» a sí mismo, es decir, a su propio comportamiento, es la condición necesaria del trabajo. En el acto instrumental el hombre se domina a sí mismo desde fuera, a través de instrumentos psicológicos.

15. Es evidente que uno u otro estímulo no se convierten en instrumentos psicológicos por las propiedades físicas que actúan en el instrumento técnico (dureza del acero, etc.). En el acto instrumental actúan las propiedades psicológicas del fenómeno externo, el estímulo se convierte en instrumento técnico gracias a su utilización como medio de influencia en la psique y el comportamiento. Por eso, todo instrumento es necesariamente un estímulo: si no lo fuera, es decir, si no gozara de la facultad de influir en el comportamiento, no podría ser un instrumento. Pero no todo estímulo es un instrumento.

16. El empleo de un instrumento psicológico eleva y amplifica infinitamente las posibilidades del comportamiento, pues pone al alcance de todo el mundo los resultados de la labor de los genios (compruébese la historia de las matemáticas y otras ciencias).

17. Por su propia esencia, el método instrumental es un método histórico-genético que aporta a la investigación del comportamiento un punto de vista histórico. El comportamiento sólo puede ser entendido como historia del comportamiento (P. P. Blonski). Los principales ámbitos de observación donde se puede aplicar con éxito el método instrumental son: a) el ámbito de la psicología histórico-social y étnica, que estudia el desarrollo histórico del comportamiento y sus distintos grados y formas; b) el ámbito de la investigación de las funciones psíquicas superiores, es decir, las formas superiores de la memoria (véanse las investigaciones mnemotécnicas), la atención, el pensamiento verbal o matemático, etcétera, y c) la psicología infantil y pedagógica. El método instrumental no tiene nada en común (excepto el nombre) con la teoría de la lógica instrumental de J. Dewey y otros pragmatistas.

18. El método instrumental no sólo estudia al niño que se desarrolla, sino al que se educa, hecho al que califica como de crucial diferenciación para la historia del cachorro humano. La educación no puede ser calificada como el desarrollo artificial del niño. La educación es el dominio artificial de los procesos naturales de desarrollo. La educación no sólo influye en unos u otros procesos de desarrollo, sino que reestructura las funciones del comportamiento en toda su amplitud.

19. Si la teoría del talento natural (A. Binet) procura captar el proceso de desarrollo natural del niño, independientemente de la experiencia escolar y de la influencia de la educación, es decir, estudia al niño sin tener en cuenta su nivel de escolarización, la teoría de la aptitud o el talento escolar trata de captar únicamente el proceso de desarrollo escolar, es decir, estudiar al alumno de un determinado curso escolar, independientemente del tipo de niño que sea. El método instrumental estudia el proceso de desarrollo natural y de la educación como un proceso único, y considera que su objetivo es descubrir cómo se reestructuran todas las funciones naturales de un determinado niño en un determinado nivel de educación. El método instrumental trata de ofrecer una interpretación sobre cómo el niño realiza en su proceso educativo lo que la humanidad ha realizado en el transcurso de la larga historia del trabajo, es decir, «pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad... para asimilar de ese modo de forma útil para su propia vida los materiales que la naturaleza le brinda» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 23, págs. 188-189). Si la primera metodología estudia al niño, independientemente de que sea escolar, y la segunda estudia al escolar, independientemente de otras particularidades como niño, la tercera estudia al niño como escolar.

El desarrollo de numerosas funciones psíquicas naturales en la edad infantil (la memoria, la atención) o no se refleja en absoluto en el resultado más o menos evidente de una medición o, si se refleja, es con un alcance tan reducido que no hay modo de justificar la enorme diferencia que existe entre 69 la actividad del niño y la actividad correspondiente del adulto. El niño se arma y se rearma a lo largo de su proceso evolutivo con los más diversos instrumentos; el perteneciente al nivel superior se diferencia además del que pertenece al nivel inferior por el nivel y el tipo de utillaje, de instrumental, es decir, por el grado de dominio del propio comportamiento. Los principales hitos en el desarrollo son el período en el que no hay lenguaje y aquél en el que el lenguaje aparece.

20. La diferencia en los tipos de desarrollo infantil (el talento, la anormalidad) está estrechamente vinculada a las características del desarrollo instrumental. Cualquier tipo de desarrollo infantil viene determinado en gran medida por la incapacidad del niño de utilizar por sí mismo sus propias funciones naturales y de dominar los instrumentos psicológicos.

21. Investigar las características y la estructura del comportamiento del niño exige desvelar sus actos instrumentales y tener en cuenta la reestructuración de las funciones naturales que lo componen. El método instrumental es aquél que procede a investigar el comportamiento y su desarrollo mediante el hallazgo de los instrumentos psicológicos que están implicados y el establecimiento de la estructura de los actos instrumentales.

22. El dominio de un instrumento psicológico y, por mediación suya, de la correspondiente función psíquica natural, eleva a esta última a un nivel superior, aumenta y amplía su actividad y recrea su estructura y su mecanismo. Los procesos psíquicos naturales no se eliminan con ello, sino que entran en combinación con el acto instrumental y dependen funcionalmente en su estructura del instrumento utilizado.

23. El método instrumental proporciona al estudio psicológico del niño tanto los principios como los procedimientos y puede utilizar cualquier metodología, es decir, cualquier procedimiento técnico de investigación: el experimento, la observación, etcétera.

24. Las investigaciones sobre la memoria, el cálculo, la formación de los conceptos en los niños de edad escolar realizados por el autor y a iniciativa suya pueden considerarse como ejemplos de aplicación del método instrumental. 70

Sobre los sistemas psicológicos¹

Lo que voy a exponer a continuación es el fruto de un trabajo en común de experimentación y constituye un intento aún no culminado de interpretar teóricamente lo que ha ido tomando forma a lo largo de una serie de trabajos dirigidos a integrar dos líneas de investigación: la genética y la patológica. Por tanto, podemos considerarlo como un intento básico —y no únicamente formal— de concentrar nuestra atención en aquellos problemas nuevos que han ido surgiendo ante nosotros como fruto de una comparación entre una serie de problemas que hasta ahora sólo se habían estudiado desde el punto de vista del desarrollo funcional y aquellos que se plantean cuando esas funciones se desintegran, seleccionando todos aquellos aspectos de las investigaciones que llevamos a cabo en nuestro laboratorio que puedan tener un valor práctico. Dado que lo que voy a exponer supera por su complejidad el sistema de conceptos con que habíamos operado hasta ahora, quiero comenzar por repetir una explicación que la mayoría de nosotros conocemos. Cuando se nos reprochaba el hecho de que estábamos complicando algunos problemas extraordinariamente sencillos, respondíamos siempre que antes habría de acusársenos de lo contrario: explican de forma excesivamente simple un problema de gran importancia. Y ahora verán ustedes un intento de tratar una serie de fenómenos, que interpretamos como más o menos comprensibles o primitivos, para aproximarnos a una interpretación de su complejidad, que es mayor de la que en principio nos parecía.

Quisiera recordar que este movimiento hacia la interpretación cada vez más compleja de los problemas que estudiamos no es casual, y que está ya contenido en una determinada fase de nuestra investigación. Como ustedes saben, el rasgo central de nuestro enfoque sobre el estudio de las funciones superiores, estriba en que atribuimos a éstas un papel distinto al de las funciones psicológicas primitivas en el desarrollo de la personalidad. Cuando decimos que el hombre es dueño de su comportamiento y que lo dirige, estamos explicando cosas sencillas (como la atención arbitraria o la memoria lógica) a través de otras más complejas, como la personalidad. Se nos [venía] ha reprochando que nos olvidamos del concepto de personalidad y, sin embargo, ⁷¹ éste está presente en todas las explicaciones que hacemos de las funciones psicológicas. De hecho estamos procediendo como es preceptivo en la investigación científica, que, según la magnífica expresión de Goethe, convierte los problemas en postulados, es decir, parte de formular previamente hipótesis que deben ser resueltas y verificadas durante el propio proceso de investigación.

Desearía recordar que por muy primitivo y simple que sea el modo en que hemos interpretado las funciones psicológicas superiores, hemos recurrido, sin embargo, al concepto específico de personalidad de naturaleza más compleja y más integral, respecto al cual hemos intentado explicar funciones relativamente tan simples como la atención involuntaria o la memoria lógica. De aquí resulta claro que, a medida que el trabajo avanzaba, teníamos que llenar esa laguna, justificar la hipótesis, transformarla paulatinamente en un conocimiento comprobado experimentalmente y elegir entre nuestras investigaciones los momentos que llenasen la laguna entre la personalidad (concebida desde el punto de vista genético y que mantiene una relación especial respecto a estas funciones) y el mecanismo relativamente simple que admitíamos en nuestra explicación.

Ya en investigaciones anteriores hemos tropezado con el tema acerca del cual me dispongo a hablar. He denominado así este informe («Sobre los sistemas psicológicos») en razón de las complejas relaciones que surgen entre las funciones concretas que se dan en el proceso de desarrollo y las que se desintegran o experimentan cambios patológicos durante un proceso de alteración.

Al estudiar la evolución del pensamiento y el lenguaje en la edad infantil, hemos visto que el proceso de desarrollo de estas funciones consiste fundamentalmente no en que dentro de cada una de ellas se produzca un cambio, sino en que lo que cambia es el nexo inicial entre ellas, lo cual es característico tanto de la filogénesis en el plano zoológico como del desarrollo del niño en la más temprana edad. Este nexo y esta relación no permanecen iguales durante el desarrollo ulterior del niño. De ahí que una de las ideas centrales en el ámbito de la evolución del pensamiento y el lenguaje es que no existe una fórmula fija que determine la relación entre ambos y que sea válida para todos los niveles de desarrollo y formas de alteración: en cada uno de ellos nos encontramos con cambios en conexiones concretas. A eso precisamente está dedicado mi informe. La idea principal (extraordinariamente sencilla) consiste en que durante el proceso de desarrollo del comportamiento, especialmente en el proceso de su desarrollo histórico, lo que cambia no son tanto las funciones, tal como habíamos considerado anteriormente (ése era nuestro error), ni su estructura, ni su pauta de desarrollo, sino que lo que cambia y se modifica son precisamente las relaciones, es decir, el nexo de las funciones entre sí, de manera que surgen nuevos agrupamientos desconocidos en el nivel anterior. De ahí que cuando se pasa de un nivel a otro, con frecuencia la diferencia esencial no estriba en el ⁷² cambio intrafuncional, sino en los cambios interfuncionales, los cambios en los nexos interfuncionales, de la estructura interfuncional.

¹ Transcripción estenográfica corregida del informe leído el 9 de octubre de 1930 en la Clínica de Enfermedades Mentales de la 1ª. Universidad estatal de Moscú. Del archivo personal de L. S. Vygotski, se publica por primera vez.

Denominaremos sistema psicológico a la aparición de estas nuevas y cambiantes relaciones en las que se sitúan las funciones, dándole el mismo contenido que suele darse a este —por desgracia excesivamente amplio— concepto.

Dos palabras respecto a cómo voy a distribuir el material. Es algo conocido por todos, el hecho de que a menudo el proceso de exposición sigue un camino contrapuesto al de la investigación. Para mí habría resultado más sencillo abordar el material desde una perspectiva teórica y no hacer referencia a las investigaciones llevadas a cabo en el laboratorio. Pero no puedo hacerlo: no tengo aún un punto de vista teórico general que explique este material, y considero equivocado teorizar antes de tiempo. Les expondré a ustedes sencillamente de forma sistemática la escala de hechos conocida, que van de abajo arriba. He de reconocer previamente que todavía no soy capaz de abarcar toda la escala de los hechos a un nivel teórico verdaderamente comprensivo, estableciendo correspondencias lógicas término a término entre los hechos y las relaciones que los unen, yendo de abajo arriba quiero limitarme a mostrar la enorme cantidad de material acumulado que encontramos con frecuencia en otros autores, para ponerla en relación con los problemas para cuya solución este material desempeña un papel primordial: recurriré para ello concretamente al problema de la afasia y al de la esquizofrenia en patología y al de la edad de transición en la psicología genética. Me permitirá ir exponiendo las consideraciones teóricas al mismo tiempo: creo que hoy día es lo único que podemos ofrecer.

Apartado 01

Permítanme comenzar por las funciones más sencillas: las relaciones entre los procesos sensoriales y motores. En la psicología actual, el problema de estas relaciones se plantea de forma totalmente distinta a como se hacía antes. Si para la vieja psicología constituía un problema establecer cuál era el tipo de asociaciones que aparecían entre las funciones, para la psicología moderna el problema se plantea al revés: cómo se ajustan entre sí. Tanto las consideraciones teóricas como la línea experimental muestran que la sensomotricidad constituye un conjunto psicofisiológico único. Este punto de vista es defendido particularmente por los psicólogos gestaltistas (K. Goldstein desde el punto de vista neurológico, W. Köhler, K. Koffka y otros, desde el psicológico). No puedo enumerar todas las alegaciones a favor de este punto de vista. Diré tan sólo que después de estudiar atentamente las investigaciones experimentales dedicadas a esta cuestión vemos hasta qué punto los procesos motores y sensoriales constituyen un todo único. Así, la solución motriz a las tareas en los monos no es más que la continuación dinámica de esos mismos procesos, de esa misma estructura que se cierra en el campo 73 sensorial. Ustedes conocen el convincente intento de Köhler (1930) y otros de demostrar, en contra de la opinión de K. Bühler, que los monos no resuelven la tarea dentro del ámbito intelectual, sino del sensorial, y eso se ve confirmado en los experimentos de E. Jaensch, quien mostró que en los sujetos con imágenes eidéticas el movimiento del instrumento hacia el objetivo tiene lugar en el campo sensorial. Por consiguiente, en la medida en que puede resolverse una tarea íntegramente en él, no se trata de algo estático.

Si se fijan ustedes en este proceso verán que la idea de la unidad sensomotriz se verá confirmada plenamente mientras nos limitemos a sujetos animales o tratemos con niños de temprana edad o con adultos, para quienes estos procesos están más cercanos a los afectivos. Pero cuando vamos más lejos se produce un cambio sorprendente. La unidad de los procesos sensoriomotores, la conexión según la cual el proceso motor constituye una prolongación dinámica de la estructura que se ha cerrado en el campo sensorial, se destruye. La motricidad adquiere así un carácter relativamente independiente con respecto a los procesos sensoriales y estos últimos se aíslan de los impulsos motores directos, surgiendo entre ellos relaciones más complejas. Los experimentos de A. R. Luria con el método motor combinado (1928) nos ofrecen una nueva faceta a la luz de estas consideraciones. Lo más interesante es que cuando el proceso retorna de nuevo a una situación en la que el sujeto está en tensión emocional, se restablece la conexión directa entre los impulsos motores y sensoriales. Mientras que, cuando el hombre no se da cuenta de lo que hace y actúa bajo la influencia de una reacción afectiva, se puede comprobar su estado interno y sus características perceptivas a través de su motricidad, observándose nuevamente el retorno a la estructura característica de estadios tempranos de desarrollo.

Si el experimentador que realiza la prueba con el mono deja a un lado la tarea experimental y se coloca frente al animal, sin fijarse en lo que éste ve, sino únicamente en su acción, entonces será capaz de darse cuenta a través de ella de lo que ve el animal sometido a prueba. Eso es precisamente lo que Luria denomina método motor combinado. Por el tipo de movimiento se puede establecer la curva de las reacciones internas, como es característico en las etapas tempranas de desarrollo. Con mucha frecuencia, en el niño se da una ruptura de la conexión directa entre los procesos motores y sensoriales. De momento (y sin adelantarnos) podemos establecer que los procesos motores y sensoriales, interpretados en el plano psicológico, adquieren una relativa independencia mutua, relativa en el sentido de que ya no existe la unidad, la conexión directa, propia del primer nivel de desarrollo. Por otra parte, los resultados de las investigaciones realizadas sobre las formas inferiores y superiores de la motricidad en gemelos, y que pretenden separar los factores hereditarios de los del desarrollo cultural, llevan a la conclusión de que, desde el punto de vista de la psicología diferencial, lo que caracteriza la motricidad del adulto no es evidentemente su constitución inicial, sino las 74 nuevas conexiones, las nuevas relaciones en que se halla la motricidad respecto a las restantes esferas de la personalidad, a las restantes funciones.

Continuando con esta idea quiero detenerme en la percepción. En el niño ésta adquiere una cierta independencia. A diferencia del animal, el niño puede contemplar la situación durante cierto tiempo y, sabiendo lo que hay que hacer, no actuar de inmediato. No vamos a detenernos en cómo se produce esto último, sino que nos centraremos en qué ocurre con la percepción. Hemos visto que la percepción se desarrolla según el mismo patrón que el pensamiento y la atención arbitraria. ¿Qué es lo que sucede? Como ya hemos dicho, tiene lugar un determinado proceso de «interiorización» de los procedimientos con ayuda de los cuales el niño que percibe un objeto lo compara con otro, etcétera. Mientras que esta línea de investigación nos ha llevado a un callejón sin salida, otras investigaciones han puesto de manifiesto con toda claridad que el desarrollo ulterior de la percepción consiste en establecer una complicada síntesis con otras funciones, concretamente con la del lenguaje. Esta síntesis es tan compleja que, salvo en los casos patológicos, resulta imposible establecer la estructura básica de la percepción. Pondré un ejemplo muy sencillo. Si investigamos la percepción de un cuadro, como ha hecho W. Stern, observaremos que cuando el niño transmite el contenido del mismo nombra objetos aislados y cuando juega a establecer lo que representa este último expresa todo su conjunto, omitiendo detalles aislados. En los experimentos de Kohs, en los que se analiza la percepción en sus manifestaciones más o menos puras, el niño —y sobre todo el sordomudo— construye figuras que se ajustan por completo al modelo, reproduce el dibujo correspondiente, una mancha de color; pero cuando recurrimos al lenguaje para denominar los cubitos, obtenemos al principio una unión incongruente, que carece de estructura: el niño coloca los cubitos uno junto a otro sin integrarlos en una estructura de conjunto.

Para suscitar una percepción clara es necesario que se sitúe al sujeto en determinadas condiciones artificiales, lo que constituye el principal desafío metodológico en las pruebas con adultos. Si en un experimento en el que tenemos que presentar una figura absurda al sujeto, le mostramos no sólo un objeto, sino también una figura geométrica, estaremos añadiendo conocimiento a la percepción (por ejemplo, que se trata de un triángulo). Y para que, como dice Köhler, no se represente uno un objeto, sino «material visual» es necesario presentar una combinación de cosas confusa y absurda —o bien el objeto conocido en una exposición muy breve— para que no quede de él más que la impresión visual. En otras condiciones no podremos retroceder a una percepción directa equivalente.

En la afasia, o en formas profundas de desintegración de las funciones intelectuales, concretamente de la percepción (como ha observado en especial O. Petzel), nos encontramos ante cierto retorno a la separación de la percepción del complejo en que se desarrolla. No puedo decir esto de forma más sencilla y breve, sino indicando que, de hecho, la percepción del hombre actual se ha convertido en una parte del pensamiento en imágenes, porque a la vez que percibo veo qué objeto percibo. El conocimiento del objeto resulta simultáneo a la percepción del mismo, ¡y ustedes saben qué esfuerzos se requieren en el laboratorio para separar uno de otro! Una vez aislada de la motricidad, la percepción no continúa desarrollándose intrafuncionalmente, sino que el desarrollo se da precisamente debido a que la percepción establece nuevas relaciones con otras funciones, entra en complicadas combinaciones con nuevas funciones y comienza a actuar conjuntamente con ellas como un sistema nuevo, que resulta bastante difícil de descomponer y cuya desintegración tan sólo puede observarse en patología.

Si vamos algo más lejos veremos cómo la conexión inicial, característica de la relación entre las funciones, se desintegra y surge una nueva conexión. Este es un fenómeno general, con el que tropezamos a cada paso y del que no nos damos cuenta porque no le prestamos atención. Esto se observa en nuestra práctica experimental más simple. Pondré dos ejemplos.

El primero se refiere a cualquier proceso intencionadamente mediado, como es el caso del recuerdo de palabras con ayuda de imágenes. Aquí encontramos ya un desplazamiento de funciones. El niño que recuerda una serie de palabras con ayuda de imágenes se apoya no sólo en la memoria, sino también en la fantasía, en su habilidad para encontrar la analogía o la diferencia. Por consiguiente, el proceso de recuperación no depende de los factores naturales de la memoria, sino de una serie de funciones nuevas, que intervienen en lugar del recuerdo directo. En el trabajo de A. N. Leontiev (1931) y en el de L. V. Zánkov, se muestra que el desarrollo de los factores generales de la memoria sigue curvas distintas. Nos referimos a la reestructuración de las funciones naturales, a su sustitución y a la aparición de una complicada fusión del pensamiento y la memoria que ha recibido la denominación empírica de memoria lógica.

Hay un hecho notable en los experimentos de Zánkov que atrajo mi atención. Resultó que en la memoria mediada el pensamiento pasa a ocupar un primer plano, y las personas, según sus características genéticas, actúan sobre el recuerdo de una lista de palabras de acuerdo no con las propiedades de la memoria, sino con las de la memoria lógica. Este pensamiento se diferencia profundamente del pensamiento en el sentido estricto de la palabra. Cuando decimos a una persona adulta que recuerde una sucesión de 50 palabras por las imágenes que le ofrecemos, recurre a establecer relaciones mentales entre el signo, la imagen y lo que recuerda. Este pensamiento no se corresponde en absoluto con el pensamiento real del hombre, sino que es arbitrario; a la persona no le interesa si es o no exacto, verosímil o inverosímil lo que recuerda. Ninguno de nosotros cuando recuerda piensa nunca cómo hace para resolver el problema. Todos los criterios fundamentales, las conexiones, los factores característicos del pensamiento como tal, se deforman por completo en el pensamiento orientado hacia el recuerdo. Teóricamente deberíamos haber dicho antes que en el recuerdo cambian todas las funciones del pensamiento. Sería absurdo que nos atuviéramos en este caso a todas las conexiones y estructuras del pensamiento que son necesarias cuando éste sirve para resolver tareas prácticas o teóricas. Repito, la memoria no sólo cambia cuando contrae matrimonio, si se nos permite decirlo así, con el pensamiento, sino que éste, al modificar sus funciones, no es el mismo que conocemos

cuando estudiamos operaciones lógicas. Aquí se alteran todas las conexiones estructurales, todas las relaciones, y en este proceso de sustitución de funciones nos encontramos con la formación del nuevo sistema a. que me he referido antes.

Si subimos un escalón más y prestamos atención a los resultados de otras investigaciones, observaremos una regularidad más en la formación de nuevos sistemas psicológicos. La cuestión de la conexión en el cerebro entre estos nuevos sistemas, su relación con el substrato fisiológico, nos pondrá al corriente e ilustrará el problema central de mi informe de hoy.

Al estudiar los procesos de las funciones superiores en los niños hemos llegado a una conclusión que nos ha sorprendido. Toda forma superior de comportamiento aparece en escena dos veces durante su desarrollo: primero, como forma colectiva del mismo, como forma interpsicológica, como un procedimiento externo de comportamiento. No nos damos cuenta de este hecho porque su cotidianeidad nos ciega. El ejemplo más claro lo constituye el lenguaje. Al principio, es un medio de enlace entre el niño y quienes le rodean pero, en el momento en que el niño comienza a hablar para sí, puede considerarse como .a trasposición de la forma colectiva de comportamiento a la práctica del comportamiento individual.

Según la excelente formulación de un psicólogo, el lenguaje no sólo es un medio de comprender a los demás, sino también de comprenderse a sí mismo.

Si recurrimos a trabajos experimentales actuales, fue J. Piaget el primero en formular y confirmar la tesis de que en los niños de edad preescolar el pensamiento surge no antes de que en su grupo social lo haga la discusión. Antes de ser capaces de discutir y alegar argumentos, los niños carecen de pensamiento alguno. Suprimiré una serie de hechos y aportaré únicamente una conclusión a la que llegan estos autores y que modificaré algo a mi modo. El pensamiento, sobre todo en la edad preescolar, surge como la interiorización de la situación de disputa, como la discusión de ésta dentro de uno mismo. En su investigación sobre el juego infantil, K. Gross (1906) mostró que el papel ejercido por la colectividad infantil en el dominio del comportamiento y en la subordinación de éste a las reglas del juego influye también en el desarrollo de la atención.

Pero he aquí lo que ofrece verdadero interés a nuestros ojos: la conclusión de que, en un principio, toda función superior se hallaba dividida entre dos personas, constituía un proceso psicológico mutuo. Uno tiene lugar en mi cerebro, otro, en el del individuo con quien discuto: «Este sitio es mío». «No, es mío». «Yo lo cogí antes». Aquí, el sistema del pensamiento está dividido entre dos niños. Lo mismo sucede en el diálogo: hablo — ustedes me comprenden. Sólo después comienzo a hablar para mí. El niño en edad 77 preescolar dedica horas enteras al lenguaje consigo mismo. Surgen en él nuevas conexiones, nuevas relaciones entre las funciones, que no figuraban en las conexiones iniciales de sus funciones.

Este hecho juega un papel muy especial, central, en el dominio del propio comportamiento. El estudio de la génesis de estos procesos muestra que cualquier proceso volitivo es inicialmente social, colectivo, interpsicológico. Esto guarda relación con el hecho que el niño domina la atención de otros o, por el contrario, comienza a utilizar consigo mismo los medios y formas de comportamiento que al principio eran colectivos. La madre llama la atención del niño sobre algo: éste, siguiendo sus indicaciones, dirige su atención hacia lo que ella muestra: aquí nos encontramos siempre ante dos funciones separadas. Después, comienza a ser el propio niño quien dirige su atención y desempeña con respecto a sí mismo el papel de madre, surge en él un complicado sistema de funciones, que inicialmente estaban escindidas. Un individuo ordena y otro lo cumple. El individuo se ordena a sí mismo y él mismo lo cumple.

He logrado obtener experimentalmente fenómenos análogos en una niña que estoy observando. Cualquiera de nosotros los conoce de las observaciones cotidianas. El propio niño comienza a ordenarse a sí mismo: «Una, dos, tres», como antes ordenaban los adultos. Y a continuación él mismo cumple su orden. Durante el proceso de desarrollo psicológico surge, por consiguiente, la fusión de determinadas funciones que al principio se hallaban en dos personas. El origen social de las funciones psíquicas superiores constituye un hecho muy importante.

También es digno de señalar que aquellos signos que nos parecen haber jugado tan importante papel en la historia del desarrollo cultural del hombre (como muestra la historia de su evolución) son en origen medios de comunicación, medios de influencia en los demás. Todo signo, si tomamos su origen real, es un medio de comunicación y podríamos decirlo más ampliamente, un medio de conexión de ciertas funciones psíquicas de carácter social. Trasladado a uno mismo, es el propio medio de unión de las funciones en uno mismo, y lograremos demostrar que sin este signo el cerebro y sus conexiones iniciales no podrían convertirse en las complejas relaciones en que lo hacen gracias al lenguaje.

Por consiguiente, los medios para la comunicación social son centrales para formar las complejas conexiones psicológicas que surgen cuando estas funciones se convierten en individuales, en una forma de comportamiento de la propia persona.

Si ascendemos un peldaño más, veremos otro caso interesante de formación de tales conexiones. Podrán observarse por lo común en el niño y con más frecuencia en el proceso de juego (experimentos de N. G. Morózova), en que el niño modifica el significado del objeto. Procuraré explicarlo con un ejemplo filogenético.

Si toman ustedes un libro sobre el hombre primitivo tropezarán con ejemplos del tipo del que vamos a ofrecer. Con frecuencia, la singularidad de 78 la forma de pensar del hombre primitivo no consiste en que no tenga suficientemente desarrolladas las funciones que nosotros poseemos o que le falte alguna de ellas, sino que distribuye, desde nuestro punto de vista, de forma distinta estas funciones. Uno de los ejemplos más impresionantes son las observaciones de L. Lévi-Bruhl (1930) respecto a un cafre, a quien un misionero propuso enviar a su hijo a la escuela de la misión. Para el cafre la situación resulta extraordinariamente complicada y difícil, y no queriendo declinar la oferta de un modo tajante, dice: «Eso lo veré en sueños. Lévi-Bruhl observa con gran acierto que nos hallamos ante una situación en la que cada uno de nosotros habría contestado: «Lo pensaré». En cambio, el cafre dice: «Eso lo veré en sueños». Para él el sueño desempeña la misma función que el pensamiento para nosotros. Conviene detenerse en este ejemplo porque, aparentemente, las leyes de los sueños son esencialmente las mismas para el cafre que para nosotros.

No hay fundamento para suponer que el cerebro humano haya experimentado biológicamente una evolución importante en el transcurso de la historia de la humanidad. Tampoco lo hay para suponer que el del hombre primitivo se diferencie del nuestro y sea un cerebro deficiente, que tiene una estructura biológica distinta de la nuestra. Todas las investigaciones biológicas conducen a la idea de que el hombre más primitivo que conocemos merece biológicamente el título completo de hombre. La evolución biológica del hombre ya había finalizado antes de que comenzase su desarrollo histórico. Y el intento de explicar la diferencia entre nuestra forma de pensar y la del hombre primitivo considerando que éste se halla en otro nivel de desarrollo biológico constituiría una burda confusión entre los conceptos de evolución biológica y desarrollo histórico. Las leyes del sueño son las mismas, pero el papel que desempeña el sueño es totalmente distinto y observamos que no sólo existe esa diferencia entre el cafre y nosotros, sino también entre el romano y nosotros, aunque al enfrentarse a una situación difícil no dijera: «Eso lo veré en sueños», porque se encontraba en otro nivel de desarrollo humano y resolvía las cuestiones, según expresión de Tácito, «con las armas y la razón y no con los sueños, como una mujer», pero también ese romano creía en los sueños; el sueño era para él un signo, un presagio; un romano no comenzaba un asunto si veía un mal sueño relacionado con él; para el romano, el sueño entraba en otra conexión estructural con las restantes funciones.

Y si recurren ustedes a un neurótico de Freud, tendrán una nueva postura ante los sueños. Es muy interesante la observación de uno de los críticos de Freud respecto a que la tendencia de los apetitos sexuales a manifestarse en sueños, propia de un neurótico, sólo es válida para el «aquí y ahora». En el neurótico los sueños sirven a sus apetitos sexuales, pero eso no constituye una ley general. Esa es una cuestión que deberá ser objeto de ulterior investigación.

Si llevan ustedes esto más lejos, verán que los sueños entran en relaciones completamente nuevas con una serie de funciones, y lo mismo puede 79 observarse respecto a toda una serie de otros procesos. Vemos que al principio el pensamiento está, según expresión de Spinoza, al servicio de las emociones, y el individuo que tiene inteligencia es dueño de las emociones.

El ejemplo del sueño del cafre tiene un significado mucho más amplio que el simple caso de un sueño; es aplicable a la construcción de toda una serie de complejos sistemas psicológicos.

Quisiera llamar la atención de ustedes hacia una conclusión importante. Es notable que en el cafre el nuevo sistema de comportamiento surja [surge] de determinados conceptos ideológicos, de lo que Lévi-Bruhl y otros sociólogos y psicólogos franceses denominan conceptos colectivos sobre el sueño. No es el cafre que dio esa respuesta individual quien ha creado ese sistema, sino que su concepto de sueño está integrado en el sistema conceptual de la tribu a la que pertenece. En ellos es característica esa actitud hacia los sueños y así es como resuelven los difíciles problemas de la guerra, la paz, etcétera. Tenemos aquí ante nosotros un ejemplo de mecanismo psicológico cuyo origen viene determinado por un sistema conceptual, por el valor que se dé a tal o cual función. En una serie de interesantes investigaciones norteamericanas dedicadas a los pueblos semiprimitivos, vemos que a medida que se van familiarizando con la civilización europea y recibiendo enseres que utilizan los europeos van interesándose por ellos y apreciando las posibilidades que brindan. Estas investigaciones muestran que al principio los hombres primitivos eran reacios a leer libros. Después de haber recibido algunos sencillos aperos de labranza y ver la relación entre la lectura del libro y la práctica, comenzaron a apreciar de modo distinto las ocupaciones de los hombres blancos.

La valoración del pensamiento y de los sueños no tiene una fuente individual, sino social, pero a nosotros esto nos interesa desde otro ángulo. Vemos cómo aparece aquí un nuevo concepto de los sueños, extraído por el hombre del medio social en que vive, que crea una nueva forma de comportamiento intraindividual en un sistema, al igual que el sueño del cafre.

Hay que señalar, por un lado, la conexión que guardan algunos sistemas nuevos no sólo con signos sociales, sino también con la ideología y el significado que tal o cual función psicológica adquiere en la conciencia de las personas, mientras que, por otro, el proceso

de aparición de nuevas formas de comportamiento a partir de un nuevo contenido es extraído por el hombre de la ideología del medio que le rodea. He aquí dos puntos que necesitamos para ulteriores conclusiones.

Apartado 02

Si damos un paso más hacia adelante en el camino del estudio de los complejos sistemas y relaciones desconocidos en los niveles tempranos de desarrollo y en los que surgen relativamente más tarde, llegaremos a un 80 sistema muy complejo de variación de concepciones y de aparición de otras nuevas, que tienen lugar en los comienzos del desarrollo y en la formación del nuevo individuo en la edad de transición. Hasta ahora, el defecto de nuestras investigaciones ha estribado en que nos limitábamos a la edad infantil temprana y nos interesábamos poco por los adolescentes. Cuando tropecé con la necesidad de estudiar la psicología de la edad de transición desde el punto de vista de nuestras investigaciones, me quedé sorprendido del grado (de...) en este nivel a diferencia de la edad infantil [así en la transcripción estenográfica]. La esencia del desarrollo psicológico no radica aquí en el desarrollo posterior, sino en el cambio de conexiones.

La investigación del pensamiento del adolescente ha constituido una extraordinaria dificultad en la psicología de la edad de transición. En efecto, el adolescente de 14-16 años altera poco su lenguaje, en el sentido de que aparezcan formas esencialmente nuevas, en comparación con las que utiliza un niño de 12 años. Es difícil advertir aquello que podría explicar lo que tiene lugar en el pensamiento del adolescente. Por ejemplo, es difícil que la memoria o la atención nos proporcionen en la edad de transición algo nuevo con respecto a la edad escolar. Pero si se recurre concretamente al material elaborado por A. N. Leontiev (1931) se verá que es característico de la adolescencia el paso de estas funciones hacia dentro. Lo que para el escolar es externo en el ámbito de la memoria lógica, de la atención arbitraria, del pensamiento, se convierte en interno en el adolescente. Las investigaciones confirman que aquí aparece un nuevo rasgo. Vemos que la interiorización se realiza porque estas operaciones externas se integran en una función compleja y en síntesis con toda una serie de procesos internos. Debido a su lógica interna, el proceso no puede seguir siendo externo, su relación con todas las funciones restantes ha variado, se ha formado un nuevo sistema, se ha reforzado y se ha convertido en interno.

Pondré un ejemplo sencillísimo: La memoria y el pensamiento en el período de transición. Dense cuenta ustedes aquí del interesante cambio siguiente (lo simplifiqué algo). Ustedes saben qué papel tan colosal desempeña la memoria en el pensamiento del niño antes de la edad de transición. Para él pensar significa en gran medida apoyarse en la memoria. La investigadora alemana Ch. Bühler se ha dedicado especialmente a estudiar el pensamiento en los niños cuando éstos resuelven tal o cual problema y ha mostrado que para ellos, para quienes la memoria alcanza su máximo desarrollo, pensar significa recordar casos concretos. Ustedes recordarán el clásico ejemplo inmortal de A. Binet, en sus experimentos sobre dos niñas. Cuando pregunta qué es un ómnibus recibe la respuesta: «Ese tranvía de caballos con asientos blandos, montan muchas damas, el cobrador hace "tilín"», etcétera...

Fijense en la edad de transición. Verán que para el adolescente recordar significa pensar. Si antes de la edad de transición el pensamiento del niño se apoyaba en la memoria, y pensar significaba recordar, para el adolescente la 82 memoria se basa fundamentalmente en el pensamiento: recordar es, ante todo, buscar en una determinada secuencia lógica lo que uno necesita. Esta distribución de funciones, este cambio en su relación, que introduce decididamente el papel del pensamiento en todas ellas, y que trae como resultado que este último no sea ya una función entre otras, sino la que distribuye y cambia otros procesos psicológicos, puede observarse en la edad de transición.

Apartado 03

Conservando el mismo orden de exposición y siguiendo desde los sistemas psicológicos inferiores hacia la formación de otros de orden cada vez más alto llegamos a aquéllos que constituyen la clave de todos los procesos de desarrollo y de desintegración, es decir, a la formación de conceptos, de funciones, que por primera vez maduran y se definen en la edad de transición.

Hacer ahora una exposición más o menos integral de la doctrina del desarrollo psicológico del concepto resulta imposible, y he de decir que en la investigación psicológica el concepto se ofrece (y éste es el resultado final de nuestro estudio) como un sistema psicológico, del mismo tipo que aquéllos de los que ya hemos hablado.

Hasta ahora la psicología empírica trataba de establecer como fundamento de las funciones de formación del concepto una u otra función parcial: la abstracción, la atención, la distinción de los rasgos de la memoria, la elaboración de determinadas imágenes. Para ello partía de la concepción lógica de que cualquier función superior tiene su análoga, su representación, en el plano inferior, como es el caso de la memoria y la memoria lógica, de la atención directa y la arbitraria. El concepto era considerado como una imagen modificada, transformada, liberada de todas las partes sobrantes, una especie de concepto pulido. F. Galton comparaba el mecanismo del concepto con una fotografía colectiva, cuando en una placa se retrata toda una serie de personas: los rasgos semejantes sobresalen, los casuales se difuminan entre sí.

Para la lógica formal, el concepto es el conjunto de rasgos que han sido destacados de la serie y resaltados en los momentos en que coinciden. Si tomamos, por ejemplo, los conceptos más simples: Napoleón, francés, europeo, hombre, animal, ser, etcétera, obtendremos una serie de conceptos cada vez más generales, pero cada vez más pobres en lo que se refiere a la cantidad de rasgos concretos. El concepto «Napoleón» es infinitamente rico en cuanto a su contenido concreto, el de «francés» es ya mucho más pobre: no todo lo que se refiere a Napoleón se refiere a un francés, y el concepto de «hombre» es aún más pobre.

La lógica formal consideraba el concepto como un conjunto de rasgos del objeto alejado del grupo, como un conjunto de rasgos generales. De aquí que el concepto surgiera como resultado de la paralización de nuestros conocimientos sobre el objeto. La lógica dialéctica ha mostrado que el concepto no [82](#) es un esquema tan formal, un conjunto de rasgos abstraídos del objeto, que ofrece un conocimiento mucho más rico y completo del mismo.

Toda una serie de investigaciones psicológicas, y entre ellas concretamente las nuestras, nos llevan a un planteamiento totalmente nuevo del problema relativo a la formación del concepto en psicología. La cuestión de cómo éste al hacerse cada vez más amplio, es decir, al referirse a un número cada vez mayor de objetos, no empobrece su contenido, como opina la lógica formal, sino que lo enriquece, es una cuestión que obtiene una respuesta inesperada en las investigaciones y se ve confirmada en el análisis del desarrollo de los conceptos en su perfil genético, en comparación con formas más primitivas de nuestro pensamiento. Las investigaciones han puesto de manifiesto que cuando el sujeto de una prueba resuelve una tarea de formación de nuevos conceptos, la esencia del proceso que tiene lugar consiste en el establecimiento de conexiones; al buscarle otra serie de objetos para ese objeto, busca la conexión entre él y otros. No se relega una serie de rasgos a un segundo plano, como en la fotografía colectiva, sino que, por el contrario, cada intento de resolver la tarea consiste en la formación de conexiones, y nuestro conocimiento sobre el objeto se enriquece debido a que lo estudiamos en conexión con otros objetos.

Pondré un ejemplo. Comparemos la imagen directa de cualquier nueve, como puede ser un naipe con la cifra 9. El nueve de este último es más rico y concreto que nuestro concepto de «9», pero éste encierra toda una serie de apreciaciones que no existen en el de la baraja; «9» no es divisible por cifras pares, sino por 3, es 32, base del cuadrado de 81; ligamos «9» con toda una serie numérica, etcétera. De aquí resulta claro que si en el plano psicológico el proceso de formación del concepto consiste en la apertura de conexiones del objeto en cuestión respecto a otros, en el hallazgo de un conjunto real, en el concepto evolucionado, hallamos todo el conjunto de sus relaciones, su lugar en el mundo, si cabe decirlo así. «9» es un punto determinado en toda la teoría de los números, con la posibilidad de movimientos y de combinaciones infinitas, subordinados siempre a la ley general. Dos puntos llaman nuestra atención. En primer lugar, el concepto no radica en la fotografía colectiva, ni en que se borren los rasgos individuales del objeto, sino en que lo conocemos en sus relaciones, en sus conexiones, y, en segundo lugar, en el concepto el objeto no es una imagen modificada, sino, como muestran las investigaciones psicológicas actuales, la predisposición a toda una serie de apreciaciones. «Cuando me dicen "mamífero" —pregunta uno de los psicólogos—, ¿a qué corresponde eso psicológicamente?». Eso equivale a la posibilidad de desarrollar el pensamiento y, en último término, a una concepción del mundo. Porque encontrar el lugar del mamífero en el reino animal, el lugar de este último en la naturaleza, constituye una verdadera concepción del mundo.

Vemos que el concepto es un sistema de apreciaciones, reducidas a una determinada conexión regular. Cuando operamos con cada concepto aislado, lo esencial consiste en que a la vez lo hacemos con todo un sistema. [83](#)

J. Piaget (1932) daba a niños de 10-12 años tareas consistentes en simultanear dos rasgos: un animal tiene las orejas largas y el rabo corto, o las orejas cortas y el rabo corto. El niño resuelve la tarea centrando su atención únicamente en un rasgo. No puede operar con el concepto como sistema; domina todos los rasgos que integran el concepto, pero por separado; no domina la síntesis en que el concepto actúa como un sistema único. En este sentido, me parece admirable la observación de V. I. Lenin sobre Hegel, cuando dice que el más simple hecho de generalización encierra una convicción acerca del mundo exterior, de lo que aún no tenemos plena conciencia. Cuando realizamos la generalización más simple, no tenemos conciencia de las cosas como si existiesen individualmente, sino en una conexión regular, subordinadas a una determinada ley (Obras completas, t. 29, págs. 160-161). Es imposible exponer ahora este problema, extraordinariamente atractivo y central, en su aplicación a la formación de los conceptos, por su significado, para la psicología actual.

Únicamente en la edad de transición se formaliza definitivamente esta función, y el niño pasa a pensar en conceptos, partiendo de otro sistema de pensamiento, de las conexiones complejas. Nos preguntamos: ¿en qué se distingue el complejo del niño? Ante todo, el sistema del complejo es un sistema de conexiones ordenadas concretas, relacionadas con el objeto, que se apoya fundamentalmente en la memoria. El concepto es un sistema de apreciaciones, que incluye en sí una relación respecto a un sistema mucho más amplio. La edad de transición es la edad de estructuración de la concepción del mundo y de la personalidad, de la aparición de la autoconciencia y de las ideas coherentes sobre el mundo. La base para este hecho es el pensamiento en conceptos, y para nosotros toda la experiencia

del hombre culto actual, el mundo externo, la realidad externa y nuestra realidad interna, están representados en un determinado sistema de conceptos. En el concepto encontramos la unidad de forma y contenido a que nos hemos referido antes.

Pensar a base de conceptos significa poseer un determinado sistema preparado ya, una determinada forma de pensar, que aún no ha predeterminado en absoluto el contenido final a que se haya de llegar. E. Bergson piensa en los conceptos igual que un materialista, tanto uno como otro poseen la misma forma de pensar, aunque llegan a conclusiones diametralmente opuestas.

Es precisamente durante la edad de transición cuando se produce la formación definitiva de todos los sistemas. Eso resultará más claro cuando pasemos a lo que puede constituir en cierto sentido para el psicólogo la clave de la edad de transición: la psicología de la esquizofrenia.

E. Busemann introdujo en la psicología del período de transición una distinción muy interesante. Se refiere a las tres clases de conexiones existentes entre las funciones psicológicas. Las primarias son hereditarias. Nadie negará que entre determinadas funciones existen conexiones que se modifican directamente: así ocurre por ejemplo en el sistema que rige las relaciones entre los mecanismos emocionales y los intelectuales. Otro sistema de conexiones son las que se establecen durante el proceso de encuentro de 84 factores externos e internos, esas conexiones que me impone el medio: sabemos cómo es posible educar al niño en el salvajismo y la crueldad o en el sentimentalismo. Estas son conexiones secundarias. Y finalmente, las conexiones terciarias, que se forman en la edad de transición sobre la base de la autoconciencia y que caracterizan realmente la personalidad en el plano genético y diferencial. Estas conexiones se establecen sobre la base de la autoconciencia. A ellas se refiere el mecanismo del «sueño del café», que hemos señalado anteriormente. El que relacionemos conscientemente una determinada función con otras, de forma que constituyan un sistema único de comportamiento, se produce porque tenemos plena conciencia de nuestro sueño, de nuestra posición ante él.

Busemann ve una diferencia radical entre la psicología del niño y la del adolescente: es característico del primero un plan psicológico único de acción directa; en el segundo lo es la autoconciencia, la actitud hacia uno mismo desde fuera, la reflexión, la capacidad no sólo de pensar, sino también de darse cuenta de la base del pensamiento.

En repetidas ocasiones se han puesto en relación los problemas de la esquizofrenia con los de la edad de transición, como indica la propia denominación de *dementia praecox* Y, aunque en la terminología clínica ha perdido su significado inicial, incluso autores tan actuales como E. Kretschmer en Alemania y P. P. Blonski en la Unión Soviética defienden la idea, basándose en su similitud externa, de que la edad de transición y la esquizofrenia son la clave una de otra, ya que todos los rasgos característicos de la edad de transición se observan también en la esquizofrenia.

Lo que se manifiesta en la edad de transición en forma confusa llega al límite en la patología. Kretschmer (1924) se expresa aún con más audacia: no hay diferencias en el plano psicológico entre un proceso de maduración sexual, que se produzca violentamente, y un proceso esquizofrénico, que transcurra suavemente. Hay en ello cierta parte de verdad en la forma externa, pero a mí me parecen falsos el propio planteamiento del problema y las conclusiones a que llegan los autores. Si estudiamos la psicología de la esquizofrenia, estas conclusiones no se justifican.

En realidad, la esquizofrenia y la edad de transición están en relación inversa. En la primera observamos la desintegración de las funciones que se crean en la edad de transición, y aunque se cruzan en la misma estación van en direcciones contrarias. En la esquizofrenia tropezamos con un misterioso cuadro desde el punto de vista psicológico e incluso ni en los mejores clínicos actuales hallamos explicación al mecanismo de formación de los síntomas; es imposible mostrar cómo surgen. Las discusiones entre los clínicos giran alrededor de qué predomina: la torpeza afectiva o la *diasquisia* que plantea E. Bleuler (lo que ha dado pie al nombre de esquizofrenia). Sin embargo, la esencia de la cuestión estriba en este caso no tanto en los cambios intelectuales y afectivos, como en la alteración de las conexiones existentes. 85

La esquizofrenia brinda una enorme riqueza de datos con relación al tema a que me estoy refiriendo: Procuraré ofrecer lo más importante y mostrar que la amplia diversidad de las formas en que se manifiesta la esquizofrenia proceden de la misma fuente, que tienen en su base un determinado proceso interno, capaz de explicar su mecanismo de funcionamiento. Lo primero que se desintegra en el esquizofrénico es la función de formación de conceptos y sólo después comienzan las rarezas. Los esquizofrénicos se caracterizan por su torpeza afectiva; modifican su actitud hacia la esposa amada, los padres, los hijos. En el otro extremo es clásica la descripción de torpeza y se suele describir por su irascibilidad y por la ausencia de toda clase de impulsos, pese a que, como señala acertadamente Bleuler, se aprecia una vida afectiva extraordinariamente agudizada. Cuando a la esquizofrenia se añade cualquier otro proceso, por ejemplo la arteriosclerosis, el cuadro clínico se altera bruscamente, no se enriquecen las emociones del esquizofrénico, sino que se modifican tan sólo sus manifestaciones principales.

En la torpeza afectiva, cuando la vida emocional se empobrece, todo el pensamiento del esquizofrénico comienza a ser regido únicamente por sus afectos, como señala I. Storch. Se trata del mismo trastorno: un cambio en la correlación entre la vida intelectual y afectiva. La teoría más clara y brillante sobre los cambios patológicos en la vida afectiva ha sido desarrollada por Ch. Blondel. La esencia esta teoría viene a consistir en lo siguiente. Cuando se manifiesta un proceso psicológico alterado (especialmente si no hay imbecilidad), lo que ocurre es ante todo la desintegración de los sistemas complejos conseguidos como resultado de la vida colectiva, la desintegración de aquellos sistemas de más reciente formación. Las ideas y los sentimientos permanecen invariables, pero todos pierden las funciones que desempeñaban en el sistema complejo. Si en el café el sueño adoptaba nuevas relaciones respecto al comportamiento futuro, este sistema se descompondrá y aparecerán trastornos, formas de comportamiento insólitas. En otras palabras, lo primero que salta a la vista en el tratamiento clínico psiquiátrico de las alteraciones psicológicas es la desintegración de aquellos sistemas que, por un lado, se han formado más tarde y que, por otro, son de origen social.

Este hecho es especialmente patente en la esquizofrenia y tanto más enigmático cuanto que desde el punto de vista formal se conservan las funciones psicológicas: no se dan cambios en la memoria, la orientación, la percepción, la atención. La orientación se mantiene y si a un paciente que desvaría le interrogan con habilidad cuando dice que está en palacio verán que sabe perfectamente donde se halla en realidad. Lo que caracteriza la esquizofrenia es la conservación de las funciones en sí mismas y la desintegración del sistema que aparece en ciertas circunstancias. Partiendo de ello, Blondel habla del trastorno afectivo del esquizofrénico.

La forma de pensar, que junto con el sistema de conceptos nos ha sido impuesta por el medio que nos rodea, incluye también nuestros sentimientos. No sentimos simplemente: el sentimiento lo percibimos en forma de celos, cólera, ultraje, ofensa. Si decimos que despreciamos a alguien, el hecho de nombrar los sentimientos hace que éstos varíen, ya que guardan cierta relación con nuestros pensamientos. Con ellos sucede algo parecido a lo que tiene lugar con la memoria, cuando se convierte en parte interna del proceso del pensamiento y comienza a denominarse memoria lógica. Lo mismo que nos resulta imposible separar dónde termina la percepción superficial y dónde comienza la comprensión en cuestión de un objeto determinado (en la percepción están sintetizadas, fundidas, las particularidades estructurales del campo visual y la comprensión), exactamente igual a nivel afectivo nunca experimentamos los celos de manera pura, sino que a la vez somos conscientes de sus conexiones conceptuales.

La teoría fundamental de Spinoza (1911) es la siguiente. El era un determinista y, a diferencia de los estoicos, afirmaba que el hombre tiene poder sobre los afectos, que la razón puede alterar el orden y las conexiones de las emociones y hacer que concuerden con el orden y las conexiones dados en la razón. Spinoza manifestaba una actitud genética correcta. En el proceso del desarrollo ontogenético, las emociones humanas entran en conexión con las normas generales relativas tanto a la autoconciencia de la personalidad como a la conciencia de la realidad. Mi desprecio a otra persona entra en conexión con la valoración de esa persona, con la comprensión de ella. Y esa complicada síntesis es donde transcurre nuestra vida. El desarrollo histórico de los afectos o las emociones consiste fundamentalmente en que se alteran las conexiones iniciales en que se han producido y surgen un nuevo orden y nuevas conexiones.

Hemos dicho que, como expresaba acertadamente Spinoza, el conocimiento de nuestro afecto altera éste, transformándolo de un estado pasivo en otro activo. E. que yo piense cosas que están fuera de mí no altera nada en ellas, mientras que el que yo piense afectos, que los sitúa en otras relaciones con mi intelecto y otras instancias, altera mucho mi vida psíquica. Dicho simplemente, nuestros afectos actúan en un complicado sistema con nuestros conceptos y quien no sepa que los celos de una persona relacionada con los conceptos mahometanos de la fidelidad de la mujer son diferentes de los de otra relacionada con un sistema de conceptos opuestos sobre lo mismo, no comprende que ese sentimiento es histórico, que de hecho se altera en medios ideológicos y psicológicos distintos, a pesar de que en él queda indudablemente cierto radical biológico, en virtud del cual surge esta emoción.

Por consiguiente, las emociones complejas aparecen sólo históricamente y son la combinación de relaciones que surgen a consecuencia de la vida histórica, combinación que tiene lugar en el transcurso del proceso evolutivo de las emociones. Esta idea sirve de base a los postulados acerca de lo que sucede en la desintegración de la conciencia debida a una enfermedad. Son esos sistemas los que se desintegran en ese caso, de ahí la torpeza afectiva del esquizofrénico. Cuando se le dice: «Cómo no te da vergüenza, así se comporta un canalla», permanece completamente frío, para él eso no constituye una enorme ofensa. Sus afectos se han separado y actúan al margen de este sistema. También es propia del esquizofrénico la actitud opuesta: los afectos comienzan a modificar su pensamiento, siendo éste un pensamiento al servicio de intereses y necesidades emocionales.

Para terminar con la esquizofrenia, quiero decir que, así como se forman las funciones en la edad de transición, esas funciones, cuya síntesis hemos observado a lo largo de ella, se desintegran en la esquizofrenia, alterándose los sistemas complejos y retornando los afectos a un estado primitivo inicial y perdiendo su conexión con el pensamiento sin que podamos advertirlo. En cierta medida, volveríamos al estado que existe en los niveles tempranos de desarrollo, cuando resulta muy difícil llegar a cualquier afecto. Ofender a un niño de tierna edad es muy fácil, pero hacerlo indicando que las personas decentes no actúan así, es muy difícil: el camino es totalmente distinto, y eso mismo sucede en la esquizofrenia.

Para resumir todo esto quisiera decir lo siguiente: el estudio de los sistemas y sus funciones resulta aleccionador no sólo en el caso del desarrollo y la construcción de los procesos psíquicos, sino también en el caso de su desintegración. Este estudio explica los interesantísimos procesos de desintegración que observamos en la clínica psiquiátrica y que se presentan sin que desaparezcan bruscamente ciertas funciones, como, por ejemplo, el habla en los afásicos. Eso explica por qué alteraciones tan fuertes puedan producir alteraciones débiles en el cerebro; y explica la paradoja psicológica de que en las afasias y en las alteraciones orgánicas globales del cerebro se observen alteraciones psicológicas insignificantes, mientras que en la esquizofrenia, en la psicosis reactiva, nos encontremos ante un desorden total del comportamiento en comparación con el de una persona adulta. La clave para comprenderlo está en la idea de los sistemas psicológicos, que no surgen directamente de la conexión de funciones, tal y como aparecen en el desarrollo del cerebro, sino de los sistemas a los que nos hemos referido. Y que manifestaciones psicológicas de la esquizofrenia, tales como la torpeza afectiva, la desintegración intelectual, la irritabilidad, encuentran ahí su explicación global, su conexión estructural.

Desearía terminar con lo siguiente. Uno de los tres rasgos cardinales de la esquizofrenia es la alteración caracteriológica, que consiste en la escisión del medio social. El esquizofrénico se vuelve cada vez más introvertido, y su manifestación más extrema es el autismo. Todos los sistemas a que nos hemos referido, que son sistemas de origen social, estriban en la actitud social hacia uno mismo, como hemos dicho antes, y se caracterizan por el traslado de las relaciones colectivas hacia el interior de la personalidad. El esquizofrénico, que ha perdido las relaciones sociales con quienes le rodean, las pierde hacia sí mismo. Como ha dicho muy bien un clínico, sin hacer de ello un principio teórico, el esquizofrénico no sólo deja de comprender a los demás y de hablar con ellos, sino que deja de dirigirse a sí mismo a través del lenguaje. La desintegración de los sistemas de personalidad construidos socialmente es otro rasgo de la desintegración de las relaciones externas, que son relaciones interpsicológicas. **88**

Me detendré tan sólo en dos cuestiones.

La primera se refiere a una conclusión a nuestro juicio muy importante sobre todo lo dicho respecto a los sistemas psicológicos y al cerebro. Debo rechazar las ideas que desarrollan K. Goldstein y A. Gelb respecto a que cualquier función psicológica superior guarda una correlación fisiológica directa tanto con la estructura fisiológica de la función como con su vertiente psicológica. Pero primero expondré sus ideas. Ambos dicen que en los conceptos de los afásicos se altera la función del pensamiento que corresponde a la función fisiológica básica. Aquí Goldstein y Gelb incurren en una seria contradicción consigo mismos, ya que antes afirmaban en el mismo libro que el afásico retorna al sistema de pensamiento característico del hombre primitivo. Si en el afásico se encuentra afectada la función fisiológica y éste retorna al nivel de pensamiento que corresponde al hombre primitivo, debemos decir que este último carece de la función fisiológica básica que existe en nosotros. Es decir, que sin alterarse morfológicamente la estructura del cerebro aparecería también aquí la función básica, que no existe en los niveles primitivos de desarrollo. ¿Dónde disponemos de una base para suponer que hace miles de años se produjera en el cerebro humano tan radical reorganización? También en esto la teoría de Goldstein y Gelb tropieza con una dificultad infranqueable. Pero tiene cierta razón al considerar que cualquier sistema psicológico complejo —tanto el sueño del café como el concepto y la autoconciencia de la personalidad— es, a fin de cuentas, producto de determinada estructura cerebral. No hay nada que esté fuera del cerebro. Todo el problema consiste en qué es lo que corresponde fisiológicamente en el cerebro al pensamiento en conceptos.

Para explicar cómo aparece eso en el cerebro basta admitir que éste encierra condiciones y posibilidades de tal combinación de funciones, de tal síntesis nueva, de tales sistemas nuevos, que, en general, no necesitan haberse producido estructuralmente de antemano, y yo pienso que toda la neurología actual obliga a suponer esto. Cada vez nos damos más cuenta de la manifiesta diversidad y lo inconcluso de las funciones cerebrales. Es mucho más acertado admitir que el cerebro encierra enormes posibilidades para la aparición de nuevos sistemas. Esta es la principal premisa. Resuelve la pregunta que se plantea respecto a los trabajos de Lévi-Bruhl, quien ha sostenido en la última discusión de la sociedad filosófica francesa que el hombre primitivo piensa de manera distinta a nosotros. ¿Significa eso que su cerebro es diferente del nuestro? ¿O es que hay que admitir que debido a la nueva función se ha modificado biológicamente este último o que el espíritu lo utiliza sólo como instrumento y, por consiguiente, un único instrumento tiene muchas utilidades, por lo que es el espíritu lo que se desarrolla y no el cerebro?

En realidad, me parece que la introducción del concepto de sistema psicológico tal como lo hemos expuesto, nos brinda la posibilidad de darnos **89** perfecta idea de las conexiones reales, de las complicadas relaciones reales que existen en este caso.

Esto remite también en cierta medida a uno de los problemas más difíciles: el de la localización de los sistemas psicológicos superiores. Hasta ahora se ha abordado de dos maneras. El primer punto de vista consideraba el cerebro como una masa informe y renunciaba a reconocer que sus distintas partes no tienen el mismo valor y que desempeñan un papel diferente en la construcción de las funciones psicológicas. Evidentemente, este punto de vista es incongruente. Por eso, posteriormente se ha procedido a localizar las funciones en distintos sectores del cerebro, distinguiendo, por ejemplo, el área práxica, etcétera. Las áreas están relacionadas entre sí, y lo que observamos en los procesos psíquicos es la actividad conjunta de áreas aisladas. Esta idea es indudablemente más acertada. Nos hallamos ante una compleja colaboración entre una serie de zonas distintas. El substrato cerebral de los procesos psíquicos no lo

integran sectores aislados, sino complejos sistemas de todo el aparato cerebral. Pero el problema consiste en lo siguiente: si este sistema aparece previamente en la propia estructura de, cerebro, es decir, si lo agotan las conexiones que existen entre sus diferentes partes, hemos de suponer que las conexiones de las que surge el concepto se encontraban ya previamente en la mencionada estructura. Si admitimos también que caben en él otras más complejas que no existían antes, trasladaremos de inmediato este problema a otro plano.

Permítanme aclarar esto mediante un esquema, aunque muy burdo. En la personalidad se unen formas de comportamiento que antes estaban divididas entre dos personas: la orden y la ejecución: antes tenían lugar en dos cerebros, uno de los cuales actuaba sobre el otro, digamos que con ayuda de la palabra. Cuando se unen en un cerebro, tenemos el siguiente cuadro: el punto A en el cerebro no puede alcanzar el punto B a través de una conexión directa, no se halla en conexión natural con él. Las posibles conexiones entre partes aisladas del cerebro se establecen desde fuera, a través del sistema nervioso periférico.

Partiendo de esas ideas podemos comprender una serie de hechos de la patología. Sobre todo, aquellos casos en que una persona con sistemas cerebrales lesionados no es capaz de realizar algo directamente, pero puede hacerlo si se lo dice a sí misma. Ese cuadro clínico es claramente observable en quienes padecen de parkinsonismo. Un parkinsoniano no puede dar un paso; en cambio, cuando se le dice: «De un paso» o se coloca un papel en el suelo, lo dará. Todos conocemos lo bien que caminan por las escaleras y lo mal que lo hacen por un suelo llano. Para conducir al paciente al laboratorio es necesario colocar en el suelo una sede de papeles. Quiere andar, pero no puede influir en su motricidad pues tiene destruido este sistema. ¿Por qué puede andar un parkinsoniano cuando se han colocado papeles en el suelo? Aquí caben dos explicaciones. Una la ha dado I. D. Sapir el enfermo quiere levantar la mano cuando se le ordena, pero ese impulso es insuficiente; cuando ligamos la petición a un impulso más (visual), la levanta. El impulso 90 complementario actúa junto con el principal. El cuadro puede presentarse de otro modo. El sistema que le permite levantar la mano está alterado. Pero él puede ligar un punto del cerebro con otro a través de un signo externo.

Considero que la segunda hipótesis respecto al movimiento de los parkinsonianos es la correcta. Estos establecen la conexión entre uno y otro punto de su cerebro a través de un signo, influyendo en sí mismos desde un terminal periférico, lo cual vendría confirmado por los datos experimentales obtenidos cuando el enfermo se agota. Si la cuestión se redujese tan sólo a que agotamos al enfermo hasta el límite, el efecto del estímulo complementario debería aumentar o, en cualquier caso, ser igual al descenso, a la recuperación, desempeñar el papel de un excitante externo. Alguno de los autores rusos que describieron por primera vez a los parkinsonianos señalaba que lo más importante para el paciente eran los excitantes ruidosos (los tambores, la música), pero las investigaciones posteriores han mostrado que no es así. No quiero decir que lo que ocurra en esos enfermos sea exactamente eso, pero basta con llegar a la conclusión de que es suficiente de momento admitir esta posibilidad, como continuamente se nos sugiere en los procesos de desintegración.

Cualesquiera de los sistemas a que me refiero recorre tres etapas. Primero, la interpsicológica: yo ordeno, usted lo ejecuta; después, la extrapsicológica: comienzo a decirme a mí mismo, y luego la intrapsicológica: dos puntos del cerebro, que son estimulados desde fuera, tienen tendencia a actuar dentro de un sistema único y se transforman en un punto intracortical.

Permítanme detenerme brevemente en el destino ulterior de estos sistemas. Desearía señalar que en el plano psicológico-diferencial ni yo ni ustedes nos distinguimos unos de otros porque yo posea algo más de atención que ustedes; la diferencia caracterológica esencial e importante en la práctica en la vida social de las personas radica en las estructuras, relaciones, conexiones, de que disponemos entre distintos puntos. Quiero decir que lo decisivo no es la memoria o la atención, sino hasta qué punto hace uso el hombre de esa memoria, qué papel desempeña. Hemos visto que los sueños pueden desempeñar un papel central en el café. Para nuestra vida psicológica son parásitos que no juegan ningún papel de importancia. Lo mismo sucede con el pensamiento. ¡Cuántas inteligencias estériles hay que no producen nada!, ¡cuántas inteligencias que piensan, pero que no actúan! Todos recordamos esa situación cuando sabemos cómo hay que actuar y lo hacemos de otra manera. Me gustaría señalar que aquí hay tres planos extraordinariamente importantes. El primero atañe a las clases sociales y psicológicas. Queremos comparar al obrero con el burgués. El hecho no consiste, como pensaba W. Sombart, en que para el burgués lo principal sea la avaricia, en que se haya dado una selección biológica de personas avariciosas para quienes lo fundamental es la mezquindad y la acumulación. Admito que hay muchos obreros más avariciosos que los burgueses. La esencia de la cuestión no consiste en que el papel social se deduzca del carácter sino en que a partir de éste se crean una serie de conexiones caracterológicas. Los rasgos sociales y de clase se forman 91 en el hombre a partir de sistemas interiorizados y que no son otros que los sistemas de relaciones sociales entre personas trasladados a la personalidad. En eso está basada la investigación de los procesos laborales en la orientación profesional: cada profesión exige un determinado sistema de tales conexiones. Para un tranviario, por ejemplo, lo que realmente tiene importancia no es tanto el poseer más atención que un hombre corriente, como el saber utilizarla adecuadamente, lo importante es que la atención ocupe un lugar que en el escritor, por ejemplo, puede no ocupar, etcétera.

Y finalmente, en los rasgos diferenciales y caracterológicos, hay que distinguir fundamentalmente aquellas conexiones caracterológicas primarias, que se dan en una u otra proporción, como por ejemplo la constitución esquizoide o cicloide, de aquellas otras conexiones

que surgen de un modo totalmente distinto y que distinguen a la persona deshonesto de la honrada, a la veraz de la falsa, a la fantasiosa de la diligente. No se trata tanto de que una persona sea menos cuidadosa o más embustera que otra, sino de que ha surgido y se ha desarrollado en la ontogénesis un sistema determinado de conexiones. K. Lewin dice acertadamente que la formación de los sistemas psicológicos coincide con el desarrollo de la personalidad. En los casos más elevados, allí donde nos hallamos en presencia de individualidades humanas que ofrecen el grado máximo de perfección ética y la más hermosa vida espiritual nos encontramos ante un sistema en el que el todo guarda relación con la unidad. Spinoza defiende una teoría (que yo modifiqué ligeramente) según la cual el alma puede conseguir que todas las manifestaciones, todos los estados, se refieran a un mismo fin, pudiendo surgir un sistema con un centro único, la máxima concentración del comportamiento humano. Para Spinoza la idea única es la de Dios o de la naturaleza. Psicológicamente eso no es necesario en absoluto. Pero el hombre puede ciertamente reducir a un sistema no sólo funciones aisladas, sino crear también un centro único para todo el sistema. Spinoza mostró este sistema en el plano filosófico; hay personas, cuya vida es un modelo de subordinación a un fin, que han mostrado en la práctica que eso es posible. A la psicología se le plantea la tarea de mostrar como verdad científica ese tipo de aparición de un sistema único.

Para terminar querría señalar una vez más que he ofrecido una escala de hechos, puede ser que dispersa, pero que, no obstante, va de abajo arriba. He omitido casi por completo toda consideración teórica. Me parece que desde este punto de vista nuestros trabajos son claros y ocupan su lugar. Carezco de la fuerza teórica para unirlo todo. He ofrecido una gama amplísima, pero he planteado un concepto general en calidad de idea que abarque todo. Y hoy hubiera querido aclarar la idea básica que he ido madurando durante varios años, pero que finalmente no me decido a dar por confirmada por los hechos. Nuestra próxima tarea consistirá en poner esa idea en claro de la forma más efectiva y detallada posible. Desearía, basándome en los hechos que he aportado, expresar mi convicción fundamental: que no se trata de que las alteraciones se den exclusivamente en el seno de las funciones, sino que hay alteraciones en las conexiones y en la infinita diversidad de formas de manifestarse éstas; que en una determinada fase de desarrollo aparecen nuevas síntesis, nuevas funciones cruciales, nuevas formas de conexiones, y que debemos interesarnos por los sistemas y por la finalidad de los sistemas. Me parece que sistemas y finalidad son las dos palabras que deben encerrar el alfa y omega de nuestra labor más inmediata. 93

La psique, la conciencia; el inconsciente¹

Las tres palabras que encabezan el título de nuestro ensayo: la psique, la conciencia y el inconsciente representan no sólo tres cuestiones psicológicas centrales y fundamentales, sino que son en mucho mayor grado cuestiones metodológicas, es decir, cuestiones relativas a los principios de estructuración de la propia ciencia psicológica. T. Lipps lo ha expresado muy certeramente en su conocida definición del problema de lo subconsciente, según la cual, lo subconsciente no es tanto una dimensión psicológica como un problema que afecta a la propia psicología como ciencia.

Lo mismo sobreentendía también H. Höffding (1908) cuando afirmaba que la introducción en psicología del concepto de lo inconsciente tiene un significado análogo a la introducción del concepto de energía potencial en física. Es sólo a partir de la introducción de este concepto cuando se hace posible en todo su sentido la psicología como ciencia independiente, capaz de unir y coordinar los hechos de la experiencia en un determinado sistema subordinado a regularidades concretas. Cuando H. Münsterberg se ha ocupado de este mismo problema ha establecido una analogía entre el problema de lo inconsciente en psicología y el de la existencia de conciencia en los animales y afirma que es imposible decidir cuál de las diferentes explicaciones del problema es la correcta si nos basamos únicamente en observaciones. Para él es un problema que es preciso resolver antes de ponernos a estudiar los hechos.

En otras palabras, la cuestión de si poseen o no conciencia los animales no puede resolverse experimentalmente, se trata de una cuestión gnoseológica. Y lo mismo sucede en el caso del inconsciente: ninguna de las vivencias anormales puede servir por sí misma para demostrar que es necesaria una explicación psicológica y no fisiológica. Estamos ante una cuestión filosófica que es preciso resolver teóricamente antes de que podamos ocuparnos de explicar hechos concretos.

Vemos que tanto corrientes psicológicas como sistemas enteros se desarrollan de manera completamente distinta en función de las explicaciones que brindan sobre los tres términos que dan título a este capítulo. Basta recordar como ejemplo el psicoanálisis, construido sobre el concepto de lo inconsciente, y comparar con él la psicología empírica tradicional, que estudia exclusivamente fenómenos conscientes. 95

Basta además recordar la psicología objetiva de I. P. Pávlov y de los behavioristas norteamericanos, que excluyen por completo los fenómenos psíquicos del círculo de sus investigaciones y compararlos con los partidarios de la denominada psicología comprensiva o descriptiva, cuya única tarea consiste en analizar, clasificar y describir los fenómenos de la vida psíquica sin recurrir en absoluto a las cuestiones de la fisiología y el comportamiento. Basta recordar tan sólo todo esto para convencerse de que la cuestión de la psique, consciente e inconsciente, tiene un valor metodológico determinante para cualquier sistema psicológico. El propio destino de nuestra ciencia depende de cómo se resuelva esta cuestión, fundamental para ella.

Para unos dejará de existir por completo, siendo sustituida por la actual fisiología del cerebro o reflexología, para otros se transformará en psicología eidética o fenomenología pura del espíritu; los terceros buscan finalmente los caminos para la consecución de una psicología sintética. Por nuestra parte no enfocaremos esta cuestión desde una vertiente histórica o crítica, no nos dedicaremos a analizar en su totalidad los tipos más importantes de comprensión de todos estos problemas, sino que limitaremos desde el principio nuestra tarea a considerar la importancia de los tres términos en el sistema de la psicología científica objetiva.

Hasta hace muy poco, la posibilidad de la psicología como ciencia independiente se ha hecho depender a su vez del reconocimiento de la psique como esfera independiente de la existencia. Todavía está muy extendida la opinión de que el contenido y objeto de la ciencia psicológica están constituidos por los fenómenos o los procesos psíquicos y que, por consiguiente, la psicología como ciencia independiente tan sólo es posible si

¹ Se desconoce cuando fue escrito el trabajo. Fue publicado por primera vez en la compilación «Elementos de psicología general» (Moscú, 1930).

partimos del presupuesto filosófico-idealista de la independencia y la existencia inicial en el mismo plano de espíritu y materia.

Así es como actúan la mayoría de los sistemas idealistas respecto a la psicología, procurando emanciparla de su natural tendencia a unirse a las ciencias naturales, del «materialismo sutil» (según expresión de W. Dilthey) que penetra en ella desde la filosofía. E. Spranger, uno de los más importantes representantes actuales de la psicología comprensiva o de la psicología como ciencia del espíritu, ha planteado últimamente una exigencia que significa de hecho que la psicología debe elaborarse exclusivamente partiendo del método psicológico. Para Spranger resulta evidente que esto presupone, obligatoriamente, renunciar a cualquier género de explicación fisiológica en psicología y optar por explicar los fenómenos psíquicos partiendo de ellos mismos.

Esa misma idea es esgrimida a veces incluso por los fisiólogos. Así en los comienzos de sus investigaciones sobre la salivación psíquica Pávlov llegó a la conclusión de que el acto psíquico, el deseo ardiente de comer, es, sin duda, un excitante de los centros de los nervios salivales. Como es sabido, posteriormente renunció a este punto de vista y estableció que al estudiar el comportamiento de los animales y en particular la salivación psíquica hay 96 que evitar referirse a toda suerte de actos psíquicos; Expresiones tales como «el deseo ardiente de comer», «el perro recordó», «el perro adivinó», fueron eliminadas por completo de su laboratorio, estableciéndose una multa especial para quienes recurrieran durante el trabajo a este tipo de expresiones psicológicas para explicar tal o cual acto del animal.

En opinión de Pávlov, cuando recurrimos a actos psíquicos estamos escogiendo el camino del pensamiento indeterminista, inmotivado, y nos estamos apartando de la vía rigurosa de la ciencia natural. Por eso, la vía acertada tanto para resolver el problema del comportamiento como para dominar el comportamiento pasa, en su opinión, por una auténtica fisiología del cerebro, que pueda investigar las conexiones nerviosas y las correspondientes conexiones de reflejos, así como las unidades de comportamiento sin suponer que vayan acompañadas, en absoluto, por ningún fenómeno psíquico.

I. P. Pávlov ha demostrado, y en esto estriba su enorme mérito, que se puede interpretar el comportamiento desde un punto de vista fisiológico, sin tratar de entrar en absoluto en el mundo interno del animal, y que este comportamiento puede ser explicado con exactitud científica, e incluso podemos predecir este comportamiento bajo determinadas condiciones, y todo ello sin necesidad de formarnos una idea, siquiera sea vaga y lejana, de las vivencias del animal. Dicho de otro modo, Pávlov ha mostrado que es posible estudiar objetiva-fisiológicamente el comportamiento, al menos del animal, y en principio también posiblemente el de las personas. Es decir, estudiar el comportamiento ignorando la vida psíquica.

Al mismo tiempo, Pávlov, asiéndose a la misma lógica que E. Spranger, da a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, dejando a la fisiología el enfoque objetivo del comportamiento y a la psicología el subjetivo. También para Pávlov lo psicológico y lo psíquico coinciden por completo. Como ha mostrado toda la historia de nuestra ciencia, esta cuestión es completamente insoluble si partimos desde el supuesto filosófico mantenido hasta ahora por la psicología. Se ha creado una situación que parece expresar y resumir sumariamente todo el largo desarrollo de nuestra ciencia.

Tenemos por un lado la completa negación de las posibilidades de estudiar la psique y la decisión de ignorarla, pues su estudio nos pone en el camino del pensamiento inmotivado. Lo que en realidad caracterizaría a la vida psíquica serían sus intervalos, la falta de una percepción permanente y constante de sus elementos, la desaparición y reaparición de estos elementos. De ahí que se vea imposible establecer relaciones causales entre elementos aislados, como resultado de lo cual surge la necesidad de renunciar a la psicología como disciplina científico-natural. «Desde el punto de vista de la psicología —dice Münsterberg—, no se dan conexiones reales ni siquiera entre fenómenos completamente conscientes de la vida psíquica, de modo que tales fenómenos no pueden ser las causas de algo, ni servirle de explicación. Por eso, en la vida interna, tal y como la considera la psicología, no existe una causalidad directa, porque la explicación causal sólo es 97 aplicable a los fenómenos psíquicos, que pueden ser considerados como un complemento de los procesos fisiológicos» (1914, pág. 631).

Por tanto, una de las vías nos conduce a la completa negación de la psique y, por consiguiente, de la psicología. Quedan los otros dos caminos, no menos interesantes, que atestiguan con no menos claridad el callejón sin salida al que el desarrollo histórico ha conducido a nuestra ciencia.

El primero de ellos es la psicología descriptiva, de la que ya hemos hablado. Considera que la psique es una esfera de la realidad totalmente aislada, en la que no actúa ninguna de las leyes de la materia, y constituye el verdadero reino del espíritu. En ese ámbito completamente espiritual son imposibles toda clase de relaciones causales; y dentro de él hay que buscar la comprensión, la aclaración de los significados, el establecimiento de los valores. Dentro de él se pueden describir y dividir las estructuras, clasificarlas y establecerlas. Esta psicología descriptiva se contrapone a la explicativa, eliminando por completo del campo de la ciencia las tareas de la explicación.

A la psicología descriptiva como ciencia del espíritu se le opone la psicología científico-natural. Así, de nuevo la psicología se escinde en dos partes que no guardan relación mutua. En la psicología descriptiva imperan otros procedimientos de conocimiento totalmente diferentes: no se puede recurrir a la inducción para establecer leyes empíricas, sino que predomina el método analítico o fenomenológico, el método de la apreciación sobre el sentido o la intuición, que permite analizar los datos obtenidos directamente de la conciencia.

«En el campo de la conciencia —dice E. Husserl— la diferencia entre el fenómeno y la realidad ha sido destruida» (1911, pág. 25). En él, toda apariencia que parece es realidad. Por eso, este tipo de psicología se parece mucho más a la geometría que cualquier otra ciencia natural, como, por ejemplo, la física: y por eso también esta psicología deberá transformarse en las matemáticas del espíritu con que soñaba Dilthey. Es evidente que en este caso lo psíquico se identifica íntegramente con lo consciente, ya que la intuición presupone la concienciación directa de las vivencias propias. Pero hay todavía un método en psicología, que, como señala E. Spranger, obedece también al principio que él mismo propone, aunque siguiendo el camino inverso: lo psicológico - psicológicamente. Para esta corriente lo psíquico y lo consciente no son sinónimos. El concepto central de la psicología es lo inconsciente, que permite rellenar las lagunas de la vida psíquica, establecer las conexiones causales que faltan, continuar la descripción de los fenómenos psíquicos más allá de la mente pero en los mismos términos, considerando que la causa debe ser homogénea con la consecuencia, o por lo menos estar en la misma línea que ella.

Por tanto, se mantiene la posibilidad de la existencia de la psicología como una ciencia específica. Pero este intento es en gran parte doble, ya que incluye dentro de él dos tendencias esencialmente heterogéneas. Spranger sostiene acertadamente que Freud, principal representante de esta teoría, parte tácitamente del mismo principio que la psicología comprensiva, es 98 decir, de que en el campo 164980 de la psicología el conocimiento debe construirse, siempre que se de forma puramente psicológica. Digresiones prematuras o casuales en el campo de lo anatómico y lo fisiológico, aunque puedan descubrir conexiones psicofísicas a nivel factual, no nos ayudaran en absoluto a comprender nada.

La alternativa de Freud consiste en un intento de continuar interpretando las conexiones y las dependencias de los fenómenos psíquicos en el ámbito de lo inconsciente, y en suponer que tras los fenómenos conscientes se hallan los inconscientes, que los condicionan y que pueden ser reconstruidos mediante el análisis de sus huellas y la interpretación de sus manifestaciones. Pero el propio Spranger hace a Freud un severo reproche: en esa teoría se observa un error teórico curioso. Dice que si bien con Freud se ha superado el materialismo fisiológico, continúa existiendo un materialismo psicológico, una premisa metafísica tácita, consistente en que la presencia de una atracción sexual se explica por sí misma y todas las demás deben interpretarse a partir de ella.

En efecto, la tentativa de crear una psicología con ayuda del concepto de inconsciente tiene en este caso dos vertientes: por un lado, es afín a la psicología idealista, ya que se cumple el precepto de explicar los fenómenos psíquicos a partir de sí mismos, y por otro, Freud se sitúa en el terreno del materialismo al introducir la idea de un fuerte determinismo en todas las manifestaciones psíquicas, cuya base queda reducida al nivel orgánico y biológico, en concreto, al instinto de conservación de la especie.

Tres son pues las vías que se nos ofrecen: renunciar al estudio de la psique (reflexología), «estudiarla» a través de lo psíquico (psicología descriptiva) y conocerla a través de lo inconsciente (Freud). Como veremos, se trata de tres sistemas psicológicos totalmente distintos, que son el resultado de las diferentes maneras de acceder a la comprensión de la psique en cada uno de ellos. Ya hemos dicho que el desarrollo histórico de nuestra ciencia ha conducido este problema a un callejón sin salida, del que no hay otra forma de sustraerse que renunciando al fundamento filosófico de la vieja psicología.

Sólo un enfoque dialéctico del problema nos desvela que en el propio planteamiento, sin excepción, de todos los problemas relacionados con la psique, la conciencia y lo inconsciente, se había cometido un error. En todos los casos estamos ante problemas planteados equivocadamente, de ahí que sean insolubles. La profunda diferencia entre los problemas psíquicos y fisiológicos resulta totalmente insuperable para el pensamiento metafísico, mientras que la irreductibilidad de unos a otros no constituye obstáculo alguno para el pensamiento dialéctico, acostumbrado a analizar los procesos de desarrollo por un lado como procesos continuos y, por otro, como procesos que van acompañados de saltos, de la aparición de nuevas cualidades.

La psicología dialéctica parte ante todo de la unidad de los procesos psíquicos y fisiológicos. Para la psicología dialéctica la psique no es, como expresara Spinoza, algo que yace más allá de la naturaleza, un Estado dentro de otro, sino una parte de la propia naturaleza, ligada directamente a las 99 funciones de la materia altamente organizada de nuestro cerebro. Al igual que el resto de la naturaleza, no ha sido creada, sino que ha surgido en un proceso de desarrollo. Sus formas embrionarias están presentes desde el principio: en la propia célula viva se mantienen las propiedades de cambiar bajo la influencia de acciones externas y de reaccionar a ellas.

En algún lugar, en un determinado nivel de desarrollo de los animales, se produjo un cambio cualitativo en el perfeccionamiento de los procesos cerebrales, que, por un lado, había sido preparado por toda la marcha precedente del desarrollo y, por otro, constituía un salto en su curso, ya que representaba la aparición de una nueva cualidad, que no podía ser reducida mecánicamente a fenómenos más simples. Si aceptamos esta historia natural de la psique comprenderemos también la segunda idea: la psique no debe ser considerada como una serie de procesos especiales que existen en algún sitio en calidad de complementos por encima y aparte de los cerebrales, sino como expresión subjetiva de esos mismos procesos, como una faceta especial, una característica cualitativa especial de las funciones superiores del cerebro.

Mediante la abstracción, el proceso psíquico se separa o sustrae del psicofisiológico, pero es en su seno donde únicamente adquiere significado y sentido. La impotencia de la vieja psicología para resolver el problema psíquico estribaba en gran medida en que debido a su enfoque idealista, lo psíquico se escapaba del proceso global del que es parte integrante, y era considerado como un proceso independiente que existe paralelamente a los procesos fisiológicos y sin relación alguna con ellos.

Por el contrario, el reconocimiento de la unidad de este proceso psicofisiológico nos conduce obligatoriamente a una exigencia metodológica completamente nueva: no debemos estudiar los procesos psíquicos y fisiológicos de forma separada, puesto que desgajados del conjunto se nos hacen totalmente incomprensibles; debemos abordar pues el proceso en su totalidad, lo que implica considerar a la vez los aspectos subjetivos y objetivos.

No obstante, asumir la unidad de lo psíquico y lo físico reconociendo, en primer lugar, que la psique ha surgido en un determinado nivel de desarrollo de la materia orgánica y, en segundo, que los procesos psíquicos constituyen una parte inseparable de conjuntos más complejos, fuera de los cuales no existen y por tanto no pueden ser estudiados, no debe llevarnos a identificar lo psíquico con lo físico.

Esta identificación se ha realizado por dos vías: una de ellas es característica de la corriente de la filosofía idealista reflejada en los trabajos de E. Mach; otra es propia del materialismo mecanicista y de los materialistas franceses del siglo XVIII. El último punto de vista consiste en identificar el proceso psíquico con el fisiológico nervioso reduciendo aquél a este último. Resultado de ello es que el problema de la psique se anula por completo y se borra la diferencia entre el comportamiento psíquico superior y las formas anteriores de adaptación de la psique. El indiscutible testimonio de la experiencia directa se destruye, llegando a una contradicción inevitable e irreconciliable con todos los datos, sin excepción, de la experiencia psíquica. 100

Otra identificación, propia del enfoque de Mach consiste en equiparar la vivencia psíquica —por ejemplo, la sensación—, con el correspondiente objeto real. Como es sabido, en la filosofía de Mach este tipo de identificación lleva al reconocimiento de la existencia de elementos en los que no se puede distinguir lo objetivo de lo subjetivo.

La psicología dialéctica renuncia a una y otra identificación no confunde los procesos psíquicos con los fisiológicos, reconoce lo irreductible de la singularidad cualitativa de la psique y afirma únicamente que los procesos psicológicos son únicos. Llegamos, por consiguiente, al reconocimiento de procesos psicofisiológicos

singulares y únicos, que constituyen las formas superiores de comportamiento del hombre, a los cuales podemos denominar procesos psicológicos, a diferencia de los psíquicos por analogía con los llamados procesos fisiológicos.

Es fácil que se nos pregunte: ¿por qué no llama: con este doble nombre a procesos que son psicofisiológicos por su naturaleza, como ya hemos reconocido? Creemos que la razón principal consiste en que llamarlos psicológicos implica una opción metodológica con la que abordar aquellos procesos que estudia la psicología y con lo cual estamos subrayando la posibilidad y necesidad de un objetivo único e integral de la psicología como ciencia. Junto a esto y sin que coincida con ello puede existir también el estudio psicofisiológico: la fisiología psicológica o la psicología fisiológica, que considera como tarea específica establecer las conexiones y dependencias que existen entre uno y otro género de fenómenos.

De hecho, con frecuencia se comete en nuestra psicología un error importante en relación a este problema. Esa fórmula dialéctica de unidad, pero no de identidad, entre los procesos psíquico y fisiológico, se interpreta a menudo equivocadamente y lleva a contraponer lo psíquico y lo fisiológico, lo que a su vez suscita la idea de que la psicología dialéctica debe estar constituida por el estudio puramente fisiológico de los reflejos condicionados y por el análisis introspectivo, que se unen mecánicamente entre sí. No puede concebirse nada más antidialéctico.

La originalidad de la psicología dialéctica consiste justamente en que intenta determinar de un modo completamente nuevo su objeto de estudio, que no es otro que el proceso integral del comportamiento. Este se caracteriza por contar tanto con componentes psíquicos como fisiológicos, aunque la psicología deba estudiarlos como un proceso único e integral, tratando de ese modo de hallar una salida del callejón en que se había metido. Podríamos recordar aquí la advertencia que hace V. I. Lenin en el libro «Materialismo y empiriocriticismo» (Obr. comp., t. 18, pág. 150) sobre una interpretación errónea de esta fórmula. Afirma Lenin que la contraposición de lo psíquico y lo físico es completamente necesaria, pero dentro de los límites estrictos del planteamiento de las tareas gnoseológicas, y que llevar fuera de dichos límites tal contraposición sería una gran equivocación.

La dificultad metodológica de la psicología consiste precisamente en que su punto de vista es científico-real, ontológico, y por eso en ella sería un **101** error esta contraposición. Así como en el análisis gnoseológico debemos "contraponer rígidamente sensación y objeto, en el psicológico no debemos contraponer el proceso psíquico y el fisiológico.

Intentemos explorar ahora, desde esta perspectiva, si el aceptar esta tesis nos ofrece alguna salida del callejón. Como es sabido, la psicología tradicional no ha encontrado todavía solución a dos problemas: el de la importancia biológica de la psique y el del esclarecimiento de las condiciones en que la actividad cerebral comienza a ser acompañada por fenómenos psicológicos. Personas tan opuestas como el objetivista V. M. Béjterev y el subjetivista K. Bühler reconocen a la par que no sabemos nada de la función biológica de la psique, pero que no cabe admitir que la naturaleza crea dispositivos superfluos y que, como la psique ha surgido en el proceso de la evolución, ha de desempeñar alguna función, aunque hasta ahora ésta nos resulte completamente incomprendible.

Pensamos que la insolubilidad de estos problemas radica en un planteamiento equivocado. Es absurdo arrancar primero una determinada cualidad de un proceso integral e interrogarse después sobre sus funciones como si existiera de por sí, totalmente independiente del proceso integral del cual es una propiedad. Es absurdo, por ejemplo, después de separar del sol su calor atribuirle un significado independiente y preguntar qué significado tiene y qué acción puede ejercer ese calor.

Y sin embargo, así es precisamente como la psicología ha actuado hasta ahora. Ha descubierto la vertiente psíquica de los fenómenos y después ha intentado demostrar que no sirve para nada, que esa vertiente psíquica es incapaz de producir por sí misma el menor cambio en la actividad cerebral. Ya el propio planteamiento de la cuestión encierra la falsa suposición de que los fenómenos psíquicos pueden influir en los cerebrales. Es absurdo preguntar si esta cualidad puede actuar sobre un objeto del que es cualidad.

La propia hipótesis de que entre los procesos psíquicos y cerebrales pueden existir interrelaciones admite de antemano la idea de la psique como una fuerza mecánica especial, que en opinión de unos es capaz de actuar

en los procesos cerebrales y en opinión de otros puede hacerlo tan sólo paralelamente a ellos. Tanto la doctrina del paralelismo como la de la acción recíproca encierran esta falsa premisa. Sólo el concepto monista de la psique permite plantear de forma totalmente distinta la cuestión de su significado biológico.

Repetimos una vez más: si se separa la psique de los procesos de que es parte integrante, no cabe preguntarse para qué sirve, qué papel desempeña en el proceso general de la vida. De hecho, existe un proceso psíquico dentro de una configuración compleja, dentro de un proceso único de comportamiento, y si queremos comprender la función biológica de la psique hay que preguntarse sobre este proceso en su totalidad: ¿qué función cumplen en la adaptación estas formas de comportamiento? O dicho de otra manera, hay que preguntarse sobre el significado biológico no de los procesos psíquicos, sino de los psicológicos, y entonces el insoluble problema de la psique, que, 102 por un lado no puede ser un epifenómeno, un apéndice superfluo, y por otro no puede desplazar un ápice ni un solo átomo del cerebro, habrá sido resuelto.

Como dice Koffka, los procesos psíquicos señalan con antelación las complejas configuraciones psicofisiológicas de los que ellos mismos forman parte. Este punto de vista monista integral consiste precisamente en analizar un fenómeno en su totalidad como una configuración y sus partes como elementos orgánicos de la misma. Por consiguiente, la tarea fundamental de la psicología dialéctica consiste precisamente en descubrir la conexión significativa entre las partes y el todo, en saber considerar el proceso psíquico en conexión orgánica en el marco de un proceso integral más complejo.

En esta línea G. V. Plejánov (1956, t. 1, pág. 75) zanjó el importante debate sobre si los procesos psíquicos pueden influir en los corporales. En todos los casos en que se habla de la influencia de los procesos psíquicos (como el terror, una gran aflicción, impresiones penosas, etcétera) en los corporales, los hechos se transmiten en su mayor parte fielmente, pero la interpretación que se da de los mismos es falsa. Naturalmente, en todos estos casos no son la impresión ni el acto psíquico en sí (el ardiente deseo de comer, como decía Pávlov) los que influyen en los nervios, sino que el proceso fisiológico correspondiente a esa impresión, que constituye con ella un todo, es el que conduce al resultado de que he hemos hablado.

En el mismo sentido A. N. Siévertsov habla de la psique como de la forma superior de adaptación de los animales, refiriéndose en realidad no a los procesos psíquicos, sino a los psicológicos en el sentido que hemos explicado antes.

Es falsa por tanto la idea que presenta la perspectiva tradicional de la acción mecánica de la psique en el cerebro. Los viejos psicólogos la consideran como una segunda fuerza, que existe junto a los procesos cerebrales. Con ello estamos llegando al punto central de nuestro problema.

Como ya hemos indicado anteriormente, Husserl toma como punto de partida la tesis de que en la psique se elimina la diferencia entre fenómeno y existencia: basta con admitir esto para que lleguemos por lógica inevitable a la fenomenología, ya que entonces resulta que en la psique no existe diferencia entre lo que parece y lo que es. Lo que parece —el fenómeno— es precisamente la verdadera esencia. Nos queda tan sólo constatar esta esencia, analizarla, diferenciarla y sistematizarla, pero aquí no tiene nada que hacer la ciencia de carácter empírico.

K. Marx dice en relación a un problema análogo: «... si la esencia de las cosas y su forma de manifestarse coincidiesen directamente, toda ciencia sería superflua» (K. Marx y F. Engels. Obras, t. 25, p. II, p. 384). En efecto, si las cosas fueran directamente lo que parecen, no haría ninguna falta investigación científica. Esas cosas habría que registrarlas, contarlas, pero no investigadas. Análoga situación se crea en la psicología, cuando se niega desde ella la 103 diferencia entre el fenómeno y la realidad. Donde ésta coincide directamente con el fenómeno no hay lugar para la ciencia, sino para la fenomenología.

Desde la interpretación tradicional de la psique resultaba totalmente imposible salir de ese atolladero. Era absurdo plantear siquiera la cuestión de qué distinción hay que hacer en la psique entre fenómeno y existencia. Pero a la vez que hemos variado la perspectiva en el sentido de que los procesos psicológicos han sustituido a los psíquicos, podemos también aplicar en psicología este criterio de L. Feuerbach: ni siquiera en el pensamiento se ha destruido la diferencia entre fenómeno y realidad; también en el pensamiento hay que distinguir entre el pensamiento y el pensamiento del pensamiento.

Si tenemos en cuenta que el objeto de la psicología es el proceso psicofisiológico integral del comportamiento, parece por completo evidente, que no se puede definir éste como un componente exclusivamente psíquico, que además sea interpretado mediante una determinada autopercepción. De hecho, la introspección nos proporciona siempre datos de la autoconciencia que pueden deformar, o que inevitablemente lo hacen, los datos de la conciencia. Estos últimos, por su parte, nunca desvelan completa y directamente las propiedades y tendencias de todo el proceso integral del que forman parte. Las relaciones entre los datos de la autoconciencia y la, conciencia, entre los de ésta y el proceso son idénticos a las relaciones entre el fenómeno y la realidad.

La nueva psicología afirma rotundamente que tampoco en el mundo de la psique coinciden el fenómeno y la realidad. Puede parecernos que hacemos algo por una causa determinada, pero en realidad la causa es otra. Podemos suponer, con todo el convencimiento que nos da la vivencia directa, que gozamos de libertad de voluntad y equivocarnos cruelmente a este respecto. Llegamos con ello a otro problema central de la psicología.

La vieja psicología identifica psique y conciencia. Por consiguiente, todo lo psíquico era a la vez consciente. Por ejemplo, los psicólogos F. Brentano, A. Bain y otros afirmaban que la propia cuestión de la existencia de fenómenos psíquicos inconscientes es ya contradictoria en su definición. La primera y más directa propiedad de lo psíquico es que tenemos conciencia de ello, lo vivimos, y que nos es dado en la experiencia directa interior, y por eso la propia expresión de «psique inconsciente» les parecía a los viejos autores tan absurda como la de «cuadrado redondo» o «agua seca».

Otros autores, por el contrario, hacía tiempo que se habían fijado en tres hechos principales, que les habían obligado a introducir en psicología el concepto de inconsciente.

El primer hecho consistía en que la propia conciencia de los fenómenos tiene distintos grados: unos los vivimos más consciente y claramente, otros, menos. Hay cosas que se hallan casi en el propio límite de la conciencia y que tan pronto entran en su campo como salen de él, hay cosas de las que tenemos una vaga conciencia, hay impresiones vivas, ligadas más o menos estrechamente al sistema real de vivencias, por ejemplo, los sueños. Por consiguiente, afirmaban, el fenómeno no se convierte en menos psíquico por 104 el hecho de que se vuelva menos consciente. A partir de ahí llegaban a la conclusión de que cabe admitir también fenómenos psíquicos inconsistentes.

Otro hecho consiste en que dentro de la propia vida psíquica se manifiesta cierta confrontación de diferentes elementos, la lucha por entrar en el campo de la conciencia, el desplazamiento de unos elementos por otros, la tendencia a la renovación, a veces la repetición importuna, etc., J. Herbart, que reducía la vida psíquica a la complicada mecánica de las representaciones, distinguía también las representaciones enmascaradas o inconscientes, que aparecían como resultado de su desplazamiento del campo de la conciencia clara y continuaban existiendo bajo el umbral de la conciencia como una tendencia a la representación. Ahí se halla, por un lado, en forma embrionaria, la teoría de S. Freud, según la cual lo inconsciente surge del desplazamiento y, por otro lado, la teoría de H. Höfding, para quien lo inconsciente corresponde a la energía potencial en física.

El tercer hecho consiste en lo siguiente. La vida psíquica, como ya se ha dicho, supone una serie de fenómenos excesivamente fragmentarios, que exigen, naturalmente, admitir que continúan existiendo incluso cuando no tenemos ya conciencia de ellos. He visto algo, después, al cabo de algún tiempo lo recuerdo, y surge la pregunta: ¿qué sucedió con la representación de este objeto durante todo el tiempo que no lo recordaba? La psicología no ha puesto nunca en duda que en el cerebro se conserva cierta huella dinámica, pero ¿correspondía el fenómeno potencial a esta huella? Muchos pensaban que sí.

A partir de aquí se plantea una cuestión enormemente compleja, pues desconocemos hasta ahora las condiciones en que la conciencia comienza a acompañar a los procesos cerebrales. Lo mismo que respecto al significado biológico de la psique, en este caso la dificultad del problema radica en su falso planteamiento. No se puede preguntar en qué condiciones comienza el proceso psíquico a acompañar al nervioso, porque, en general, a los procesos nerviosos no les acompañan los psíquicos, sino que éstos forman parte de un proceso integral más complejo, del que también forma parte orgánica el nervioso.

Por ejemplo, V. M. Bétjerev (1926) suponía que sólo cuando la primera corriente, al extenderse por el cerebro, tropieza con un obstáculo o encuentra una dificultad, sólo entonces, comienza a trabajar la conciencia. En realidad, la pregunta ha de hacerse de otra forma: ¿en qué condiciones surgen los complejos procesos

caracterizados por estar presente en ellos la parte psíquica? Por tanto, hay que buscar determinadas condiciones conjuntas en el sistema nervioso y en el comportamiento en las que surgen los procesos psicológicos integrales, y no buscar finalmente el surgimiento de los procesos psíquicos en el seno de los procesos nerviosos.

Quien más se aproxima a eso es Pávlov, cuando compara la conciencia con una mancha luminosa que se mueve por la superficie de los hemisferios cerebrales, de acuerdo con la excitación nerviosa óptima (1951, pág. 248). 105

En la psicología tradicional, la cuestión principal en el problema del inconsciente estribaba en si se había de reconocer lo inconsciente como algo psíquico o como algo fisiológico. Autores como H. Münsterberg, T. Ribot y otros, que no veían otra posibilidad de explicar los fenómenos psíquicos que a través de la fisiología, se manifestaban abiertamente a favor del reconocimiento fisiológico de lo inconsciente.

Así, Münsterberg (1914) afirma que no existe ningún rasgo entre los que se atribuyen a los fenómenos inconscientes en que se pueda uno basar para poderlos incluir entre los psíquicos. En su opinión, ni siquiera en aquellos casos en que los procesos subconscientes muestran una manifiesta utilidad, existen fundamentos para atribuirles una naturaleza psíquica. La actividad cerebral fisiológica, dice, no sólo puede dar resultados francamente razonables, sino que es la única capaz de hacerlo. La actividad psíquica es totalmente incapaz de ello; por eso, Münsterberg llega a la conclusión general de que lo inconsciente es un proceso fisiológico y que esa explicación no deja lugar a teorías místicas, a las que es fácil llegar partiendo del concepto de la vida psíquica subconsciente. Según sus palabras, uno de los no menos importantes méritos de la explicación fisiológica científica consiste precisamente en que sirve de barrera a la penetración de esa pseudofilosofía. Sin embargo, Münsterberg admite que se deba utilizar la terminología psicológica en la investigación de lo inconsciente, con la condición de que los términos sirvan únicamente de etiqueta a procesos fisiológicos nerviosos extremadamente complejos. Münsterberg afirma en concreto que si tuviera que escribir la historia de una mujer en la que se observara un desdoblamiento de conciencia, consideraría todos los procesos subconscientes como fisiológicos, pero para mayor comodidad y claridad los describiría en el idioma de la psicología.

En una cosa tiene indudablemente razón Münsterberg. La explicación fisiológica del subconsciente cierra las puertas a las teorías místicas, mientras que por el contrario el reconocimiento de que lo subconsciente es psíquico lleva de hecho con frecuencia, como en el caso de E. Hartmann, a una teoría mística, que admite la existencia de la personalidad consciente junto a la del segundo «yo», construido según la misma imagen, y que, hablando con propiedad, es la reencarnación de la vieja idea del alma, sólo que en una nueva y más confusa redacción.

Para que nuestro resumen sea completo y se pueda valorar adecuadamente la nueva propuesta de solución, debemos recordar que la vieja psicología dispone aún de un tercer camino para explicar el problema de lo inconsciente, precisamente el elegido por Freud. Ya hemos hablado de la dualidad del mismo. Freud no resuelve la cuestión principal, irresoluble en realidad, de si lo inconsciente es o no psíquico. Dice que al investigar el comportamiento y las vivencias de los enfermos nerviosos tropieza con determinadas lagunas, con conexiones omitidas, olvidos, que lograba restablecer mediante el análisis. 106

Habla Freud de una paciente que realizaba actos obsesivos, cuyo significado era desconocido para ella. El análisis descubrió las premisas de donde se derivaban estos actos inconscientes. Según palabras de Freud, se comportaba exactamente igual que la persona hipnotizada a la que H. Bernheim había sugestionado para que cinco minutos después de haberse despertado abriera un paraguas en la habitación y que cumplimentaba esa sugestión estando despierta, sin ser capaz de explicar el motivo de su acción. Ante semejante estado de cosas, Freud habla de la existencia de procesos espirituales inconscientes. Freud afirma estar dispuesto a renunciar a la hipótesis de su existencia sólo si alguien es capaz de describir esos hechos con mayor rigor científico; hasta entonces continuará insistiendo en esta tesis y se encoge de hombros extrañado, renunciando a comprender, cuando le replican que en el presente caso lo inconsciente no ofrece una explicación realmente científica.

No se comprende cómo este algo irreal ejerce al mismo tiempo una influencia tan claramente real como es un acto obsesivo. El problema merece ser estudiado, puesto que, de entre todas las concepciones del inconsciente la teoría de Freud es una de las más complejas. Como veremos, para Freud lo inconsciente es, por un lado,

algo real, que provoca de hecho un acto obsesivo, no es simplemente una etiqueta o una forma de expresión. Con ello parece estar decididamente en contra de la tesis de Münsterberg, pero, por otro lado, no explica cuál es la naturaleza de ese algo inconsciente.

Somos de la opinión de que en este caso Freud ha creado un concepto difícil de concebir visualmente, algo que también se da con frecuencia en las teorías físicas. La idea del inconsciente, afirma Freud, resulta de hecho tan imposible como lo es el éter ingravido que no produce rozamiento. Es tan inconcebible como el concepto matemático «—1». En mi opinión podemos utilizar tales conceptos; sólo que es necesario comprender que nos referimos a conceptos abstractos, no a hechos.

Pero precisamente es ese el punto débil del psicoanálisis a que se refería E. Spranger. Para Freud lo inconsciente es, por un lado, un procedimiento para describir hechos conocidos, es decir, un sistema de conceptos convencionales; por otro lado, sin embargo, insiste en que lo inconsciente es un hecho que ejerce una influencia tan clara como un acto obsesivo. El propio Freud afirma en otro libro que de buena gana sustituiría todos estos términos psicológicos por otros fisiológicos, pero que la fisiología actual no le permite disponer de los conceptos necesarios.

A nuestro parecer es ese el mismo punto de vista que expresa consecuentemente E. Dale, cuando sostiene que las conexiones psíquicas y los actos o los fenómenos deben explicarse partiendo precisamente de conexiones y actos psíquicos, aunque para ello sea a veces necesario recurrir a hipótesis de una cierta amplitud. Por esta causa, las interpretaciones y analogías fisiológicas pueden tener tan sólo un valor auxiliar o provisionalmente heurístico para las tareas explicativas e hipótesis de la psicología; las teorías e hipótesis psicológicas representan únicamente la continuación mental de la descripción de fenómenos homogéneos en el mismo sistema independiente de la realidad. 107

Por tanto, las tareas de la psicología como ciencia independiente y las exigencias teórico-cognoscitivas le asignan la obligación de combatir los usurpadores intentos de la fisiología, de no desconcertarse por las lagunas e intervalos reales o imaginarios en el cuadro de nuestra vida espiritual consciente y tratar de rellenarlos en los eslabones o modificaciones de lo psíquico, que no son objeto de la conciencia total, directa y permanente, es decir, en los elementos de lo que denomina subconsciente, poco consciente o inconsciente.

Sin embargo en la psicología dialéctica el problema del inconsciente se plantea de una forma totalmente distinta: era natural que la cuestión: ¿es psíquico o fisiológico? se plantease allí donde lo psíquico era considerado como absolutamente desgajado de los procesos psicológicos y de cualquier fenómeno. En el segundo caso el problema de lo inconsciente se resolvía de acuerdo con la línea de Pávlov, en el primero, de acuerdo con la de la psicología comprensiva. Hartmann y Münsterberg son respecto al campo del inconsciente equiparables a Husserl y a Pávlov respecto a la psicología general.

Para nosotros es importante plantear así la pregunta: ¿es psicológico lo inconsciente y puede ser considerado dentro de otros fenómenos homogéneos con un aspecto más en los procesos de comportamiento junto con lo procesos psicológicos a que nos hemos referido anteriormente? También a esta pregunta respondíamos ya más arriba al analizar la psique y sosteníamos que es preciso considerar ésta (la psique) como parte integrante de un proceso complejo que no se limita en absoluto a su vertiente consciente; por eso consideramos que en psicología es completamente lícito hablar de lo psicológicamente consciente e inconsciente: lo inconsciente es potencialmente consciente.

Nos gustaría señalar la diferencia entre este punto de vista y el de Freud. Para éste el concepto de inconsciente es como ya hemos dicho, por un lado, un procedimiento de descripción de los actos y, por otro, algo real, que genera actos directamente. Aquí está justamente el problema. La última pregunta puede plantearse así: admitamos que lo inconsciente es psíquico y goza de todas sus propiedades, aunque no constituya una vivencia consciente. Pero, es que también el fenómeno psíquico consciente puede producir directamente acciones? Porque, como hemos dicho antes, en todos los casos en que a los fenómenos psíquicos se les atribuye una acción, nos referimos a que ésta ha sido realizada por el proceso psicofisiológico integral y no tan sólo por su parte psíquica. Por consiguiente, ya el propio carácter del inconsciente, que consiste en que influye en los procesos conscientes y en el comportamiento, exige que se le reconozca como un fenómeno psicofisiológico.

Otro problema que se nos plantea es que para describir determinados hechos hemos de emplear conceptos que correspondan a la naturaleza de éstos. Para resolverlo, el punto de vista dialéctico sostiene que lo inconsciente no es ni psíquico ni fisiológico, sino psicofisiológico o, dicho más exactamente, psicológico. Esta definición se ajusta a la auténtica naturaleza y a las 108 auténticas características del objeto, ya que consideramos todos los fenómenos de comportamiento como procesos integrales.

Nos gustaría señalar también que ya se había intentado en muchas otras ocasiones salir del atolladero de la psicología tradicional provocado por la incapacidad de ésta para resolver los principales problemas de la psique y la conciencia. Por ejemplo, W. Stern trató de encontrar una salida recurriendo al concepto de funciones psicofísicas y procesos neutrales, es decir, procesos que no eran ni físicos, ni psíquicos, sino que estaban más allá de esa separación.

Pero en la realidad sólo existe lo psíquico y lo físico, y lo neutral puede no quedar más que en una construcción de compromiso. Parece evidente que esta construcción nos aleja definitivamente del auténtico objeto de la psicología, pues éste existe realmente y sólo la psicología dialéctica es capaz de indicar la salida al afirmar que el objeto de la psicología no lo constituye el fenómeno psicológico neutral, sino el fenómeno psicofisiológico integral único, que convencionalmente denominamos fenómeno psicológico.

El intento de Stern y otros parecidos son importantes en el sentido de que desean acabar con el supuesto sustentado por la vieja psicología, de que entre lo psíquico y lo psicológico se puede poner el signo de igualdad, y en que muestran que el objeto de la psicología no lo constituyen los fenómenos psíquicos, sino algo más complejo e integral, en cuya composición lo psíquico sólo interviene como un miembro orgánico, y que podría ser denominado psicológico. Es por su descubrimiento de este hecho por lo que la aproximación de Stern difiere de forma decisiva de todos los demás intentos.

Como conclusión desearíamos señalar que todos los logros, tanto de la psicología subjetiva como de la objetiva, quedan de hecho incorporados en el nuevo planteamiento del problema que ofrece la psicología dialéctica.

Señalemos un primer aspecto: la psicología subjetiva ha descubierto ya toda una serie de propiedades de los fenómenos psíquicos, que sólo en este nuevo planteamiento puede realmente explicarse y valorarse adecuadamente. Así, la vieja psicología señalaba como propiedades diferenciadoras específicas de los fenómenos psíquicos su espontaneidad, el original procedimiento de conocerlos (la introspección) o la actitud, más o menos cercana a la personalidad, al «yo», etcétera. F. Brentano ha planteado como rasgo principal de los fenómenos psíquicos su relación intencional hacia el objeto o el hecho de que mantienen con éste una relación específica característica únicamente de los fenómenos psíquicos, es decir, que representan este objeto o están dirigidos hacia él de una manera singular.

Dejando a un lado como rasgo claramente negativo el rasgo de la espontaneidad, vemos que en el nuevo planteamiento de la cuestión todas las propiedades (como la singular representación del objeto en el fenómeno psíquico, la especial conexión de los fenómenos psíquicos con la personalidad, la accesibilidad, restringida al sujeto, de su observación o de sus vivencias, constituyen importantes características funcionales de estos procesos psicológicos, 109 consideradas específicas de lo psíquico. Todos estos aspectos, que para la vieja psicología eran tan sólo cuestión de dogma, reviven y se convierten en la nueva psicología en tema de investigación.

Tomemos otro aspecto del extremo opuesto de la psicología, pero que muestra con no menos claridad lo mismo. La psicología objetiva ha tratado, a través de la obra de J. Watson (1926), de abordar el problema de lo inconsciente. Este autor distingue el comportamiento verbalizado y el no verbalizado y señala que una parte de los procesos de comportamiento a los que acompañan desde el principio las palabras puede ser provocada o sustituida por procesos verbales. Esa parte está controlada por nosotros, como decía Béhjterev. La otra no es verbal, no guarda relación con las palabras y por lo tanto escapa a nuestro control. El hecho de la conexión del comportamiento con la palabra lo planteó ya en tiempos Freud, quien señalaba como inconscientes precisamente aquellas representaciones ajenas a la palabra.

La estrecha conexión entre la verbalización y la conciencia de tales o cuales procesos ha sido señalada también por algunos críticos de Freud, que se inclinaban a equiparar lo inconsciente con lo asocial y lo asocial

con lo no verbal. Watson ve también en la verbalización la principal diferencia de lo consciente. Afirma categóricamente: todo lo que Freud denomina inconsciente es, en esencia, no verbal. De esta tesis extrae Watson dos conclusiones altamente curiosas. Según la primera, no podemos recordar los acontecimientos más tempranos de la infancia precisamente porque se produjeron cuando nuestro comportamiento no estaba aún verbalizado, y por eso la parte más temprana de nuestra vida será siempre inconsciente para nosotros. La segunda conclusión señala la parte débil del psicoanálisis, que consiste precisamente en que mediante la conversación, es decir, mediante las reacciones verbales, el médico trata de influir en procesos inconscientes, es decir, no verbales.

No queremos decir ahora que estas tesis de Watson sean absolutamente correctas o que deban de servir de punto de partida en el análisis del problema de lo inconsciente, únicamente deseamos señalar que el germen positivo encerrado en esta conexión entre lo inconsciente y lo no verbal (que señalan también otros autores) sólo puede verse culminado y desarrollado sobre la base de la psicología dialéctica.

Notas

Siévertsov, Alexiái Nikoláevich (1866-1936). Biólogo soviético. En su trabajo «Evolución v psique» (1922) analiza los procedimientos de adaptación del organismo al medio mediante cambios en el comportamiento de los animales sin que se altere su organización. Los mecanismos individuales del comportamiento, al alcanzar su grado máximo de desarrollo en el hombre, aseguran su adaptación a cualesquiera condiciones de existencia y dan lugar a la creación del llamado medio artificial —el medio de la cultura y la civilización. (N.R.R.)

Desarrollo de la memoria¹

Prefacio al libro de A. N. Leontiev

La actual psicología científica sufre en su misma base metodológica una profundísima crisis, que ha venido incubándose a lo largo de todo su desarrollo histórico. Es una crisis que repercute en todas y cada una de las investigaciones psicológicas, tan plenamente y con tanta fuerza, que indiscutiblemente ha de llevar al comienzo de una nueva época en esta ciencia e implica la imposibilidad de que pueda seguir desarrollándose en sus viejos cauces. Cualquiera que sea la futura psicología, no podrá ser en ningún caso una nueva continuación directa de la antigua. Por eso, la crisis significa un punto de viraje en la historia de su evolución, y su dificultad radica en que se presentan entrelazados en una caprichosa y complicada madeja tanto rasgos de la psicología pasada como de la futura, de modo que la tarea de desenmarañarla presenta muchas veces enormes dificultades y reclama una investigación histórica, metodológica y crítica dedicada específicamente a este problema.

Como ya hemos dicho, la crisis adopta un carácter tan universal que no hay problema de cierta importancia en la psicología que no se haya visto afectado por ella. Es evidente que cada tópico de la psicología científica la vive a su manera. Cada problema se expresa de una manera específica y halla una determinada interpretación en función del carácter del problema investigado y de los cambios históricos por los que ha pasado. Pese a ello, la naturaleza metodológica de la crisis continúa, de hecho, siendo la misma, al margen de la amplia variedad de sus manifestaciones, de toda la riqueza que muestra en su refracción cuando pasa a través de los diferentes prismas de los distintos problemas investigados. De ahí que sólo a la luz de la crisis que abarca el problema en su totalidad, los puntos de partida, el método y el planteamiento de la cuestión, puede comprenderse y abordarse metodológicamente no sólo el intento de definir en general las bases y el sistema de los conocimientos psicológicos, sino también cada investigación concreta dedicada a una u otro problema psicológico específico.

No constituye una excepción a esta regla el problema a que está dedicada la investigación de A. N. Leontiev, a la que sirven de introducción estas 111 líneas. De hecho, la memoria es un problema psicológico de tal calibre que en él aparecen con mayor precisión y claridad los principales rasgos de la crisis.

Como es sabido, el contenido fundamental de la crisis psicológica lo constituye la lucha entre dos tendencias irreconciliables y radicalmente diferentes, que a lo largo de la evolución de la psicología, y entrelazadas de diferentes formas, han servido de base a la ciencia psicológica. En la actualidad, los representantes más lúcidos de la psicología son ya hoy bastante conscientes de estas tendencias, y han comprendido también en su mayoría que no es posible ningún compromiso entre ellas. Un reducido número de audaces pensadores comienza a darse cuenta de que ha la psicología le espera en el camino de su desarrollo un viraje decisivo, relacionado con la renuncia radical a las dos tendencias que hasta ahora han dirigido su evolución y determinado su contenido.

Esta crisis se expresa fundamentalmente en el supuesto, falso, de dos psicologías: la científico-natural, causal, explicativa, y la teleológica, descriptiva, como dos disciplinas teóricas no relacionadas entre sí y totalmente independientes una de otra.

Esta misma lucha entre tendencias tan irreconciliables ha determinado asimismo, en lo fundamental, el destino de las investigaciones sobre la memoria en psicología. De acuerdo con la acertada observación de H. Münsterberg, la psicología teleológica raramente se manifiesta de una forma realmente pura y consecuente. La mayoría de las veces aparece mezclada exteriormente y de alguna manera, con elementos de la psicología causal. En ese caso, refleja, por ejemplo, los procesos de la memoria como causales y los sensitivos y volitivos como intencionales, un desplazamiento éste que se sigue fácilmente de la influencia de las concepciones ingenuas de la vida cotidiana.

¹ Escrito y publicado en 1931 (Moscú, Leningrado).

Y en efecto, por lo común, los procesos de la memoria en psicología eran tratados desde el punto de vista de la psicología científico-natural, causal. La valiosa idea expuesta por E. Hering de que la memoria es la propiedad general de la materia organizada y una serie de investigaciones que se desarrollaron bajo el influjo de este pensamiento están en el origen de la corriente materialista espontánea en la doctrina de la memoria —dentro de la doble corriente mixta de la psicología empírica. No es extraño, por tanto, que el punto de vista fisiológico extremo en psicología, que había encontrado su máxima expresión en la corriente asociacionista y que había dado lugar a la aparición de la psicología de la conducta y a la reflexología, convirtiera el problema de la memoria en su tema preferido y central.

Pero como sucede repetidamente en la historia del saber, la propia existencia de este punto de vista condujo obligatoriamente a que en el otro polo comenzaran a acumularse sobre la memoria ideas de carácter totalmente opuesto. Las especiales regularidades psicológicas de la memoria, las formas y procedimientos de su funcionamiento, específicamente humanos, no podían obtener, evidentemente, una explicación razonablemente satisfactoria en un 112 planteamiento enteramente analítico del problema, que veía el objetivo final de la investigación en la reducción de las formas superiores de la memoria a sus formas inferiores, primarias, embrionarias, a su base orgánica general y a la disolución de la totalidad del problema en una concepción vaga, indeterminado, difusa, que se hallaba casi en los límites de la metafísica, del «mnemo» como la capacidad universal de la materia.

Por consiguiente, el materialismo metafísico condujo obligatoriamente a que en el polo opuesto, siguiendo este camino de forma consecuente, apareciera una metafísica idealista.

Esta concepción idealista de la memoria superior encontró su más alta expresión en el conocido trabajo de E. Bergson «Materia y memoria», en el que esta condicionalidad mutua entre los puntos de vista mecanicista e idealista se manifiesta con la mayor claridad. Cuando Bergson analiza la memoria motriz, que sirve de base a la formación de la costumbre, parte de la imposibilidad de subordinar la actividad de la memoria humana en su conjunto a las regularidades de este tipo de memoria. De las leyes de la costumbre no se pueden deducir y explicar las funciones del recuerdo: ese es el nervio oculto, pero central, de toda la teoría, su premisa fundamental, su única base real, sobre la cual se mantiene y junto con la cual cae. De aquí su doctrina de las dos memorias: la del cerebro y la del espíritu.

En esta teoría —uno de cuyos principales argumentos es el criterio mecanicista consecuente sobre la memoria orgánica— el dualismo, característico de toda su psicología y de la de la memoria en particular, adquiere una fundamentación metafísica. Para Bergson, como buen behaviorista consecuente, el cerebro es simplemente un aparato para la conexión entre los impulsos internos y los movimientos del cuerpo. En nuestra opinión, dice, el cerebro no es más que una especie de central telefónica, cuyo papel es el de dar una comunicación u obligar a esperar. El desarrollo del sistema nervioso consiste únicamente en que los puntos del espacio, que se ponen en conexión con los mecanismos motores, se hacen cada vez más numerosos, lejanos y complicados. Pero el papel esencial del sistema nervioso a todo lo largo de su evolución sigue siendo el mismo. No adquiere cualitativamente nuevas funciones, y el cerebro, ese órgano fundamental del pensamiento humano, no se distingue esencialmente en nada, según Bergson, de la médula espinal. Entre las denominadas facultades perceptivas del cerebro y las funciones reflectoras de la médula espinal, la única diferencia, dice, consiste en el grado y no en la esencia.

De aquí que Bergson distinga, naturalmente, dos teorías de la memoria. Para una, es tan sólo una función del cerebro, y la diferencia entre percepción y recuerdo es únicamente de intensidad; para la otra, la memoria es algo distinto de una función del cerebro, y la percepción y el recuerdo se distinguen no sólo cuantitativa, sino cualitativamente. El propio Bergson es partidario de la segunda teoría. Para él, la memoria es algo distinto de una función del cerebro. Es algo «absolutamente independiente de la materia». «Con la memoria entramos en realidad en el campo del espíritu», así formula 113 su idea fundamental. El cerebro es simplemente un instrumento que permite que se revele esta actividad puramente espiritual. Todos los hechos y todas las analogías hablan, desde su punto de vista, a favor de la teoría que considera el cerebro como algo más que un intermediario entre las sensaciones y los movimientos.

Vemos, por tanto, que el enfoque dualista, dominante en la psicología, halla su mejor expresión en la doctrina de las dos memorias, y vemos a continuación cómo este dualismo conduce irremisiblemente, lo mismo desde

arriba que desde abajo, a la concepción idealista de la memoria, a la teoría de Bergson de la memoria del espíritu, absolutamente independiente de la materia, o a la teoría de la memoria genética y universal, a la teoría mnemónica de Semon.

Cuando, uno estudia las investigaciones psicológicas de la memoria orientadas en ese sentido, comienza a parecerle que estos trabajos pertenecen a una época de la investigación científica, hace tiempo pasada, en la que el método histórico era ajeno a todas las ciencias y en la que A. Comte ya percibía el papel privilegiado que podía jugar la sociología con el recurso de este método. Porque el método histórico del pensamiento y la investigación entrará en la psicología más tarde que en todas las demás ciencias.

A partir de los tiempos de Comte, la situación varía radicalmente. No sólo la biología, sino la astronomía, la geología y toda la ciencia natural en general habían asimilado el método histórico de pensar, a excepción únicamente de la psicología. En su tiempo, Hegel consideraba la historia como privilegio del espíritu y negaba este privilegio a la naturaleza. Sólo el espíritu tiene historia, mientras que en la naturaleza todas las formas son simultáneas. Pero hoy la situación es inversa. Hace tiempo que la ciencia de la naturaleza ha asimilado la verdad de que todas las formas no son simultáneas en la naturaleza y sólo pueden ser comprendidas desde la perspectiva de su desarrollo histórico. Sólo los psicólogos marcan en su ciencia una excepción suponiendo que la psicología se ocupa de fenómenos eternos e invariables, independientemente de que esas propiedades eternas e invariables procedan de la materia o del espíritu. El enfoque metafísico de los fenómenos psicológicos se mantiene en uno u otro caso con igual fuerza.

Esta idea antihistórica encontró su máxima expresión en la conocida tesis de la psicología transcultural asociacionista, que sostiene que las leyes del espíritu humano son las mismas siempre y en cualquier lugar. Por extraño que parezca, la psicología no ha asimilado aún la idea de la evolución, pese a que dedica áreas enteras a estudiar justamente el problema de la evolución. Esta contradicción interna se refleja en que son precisamente los psicólogos que estudian la evolución los que la plantean como problema metafísico.

Son conocidas las enormes dificultades que plantea para la psicología de la memoria el problema de su desarrollo en la edad infantil. Ha habido psicólogos que, basándose en hechos irrefutables, afirmaban que en la infancia la memoria se desarrolla igual que todas las demás funciones. Otros, apoyándose en hechos igual de irrefutables, afirmaban que a medida que el 114 niño avanza en su desarrollo su memoria se debilita y disminuye. Otros aún trataban de conciliar ambas tesis, y sostenían que en la primera mitad de la infancia la memoria se desarrolla y en la segunda disminuye.

Esta situación no es característica sólo de la psicología infantil. También lo es de la psicopatología, que tampoco ha podido comprender las pautas propias del proceso de desintegración de la memoria y también cabe decir lo mismo de la psicología animal. Para todas estas ciencias la evolución de la memoria no significaba otra cosa que un incremento puramente cuantitativo de la función, invariable siempre en sí misma.

Podríamos generalizar todas estas insuficiencias diciendo que lo que ha representado una enorme dificultad para la psicología de la memoria ha sido el estudio de la memoria en su movimiento, la tarea de captar las distintas formas de este movimiento. La investigación psicológica se encuentra así con dificultades insuperables.

Es costumbre hoy quejarse de las deficiencias de la psicología y de su desastrosa situación. Muchos piensan que la psicología como ciencia aún no ha comenzado y que comenzará tan sólo en un futuro más o menos lejano. Los prólogos a las investigaciones psicológicas se escriben en tono menor: Príamo, en las ruinas de Troya, por recordar la imagen de N. N. Langue, que no encontró mejor comparación para la psicología actual, imagen que deambula por las páginas de los libros de psicología.

Los pensadores serios, como, por ejemplo, el académico Pávlov, están dispuestos a admitir como dificultades inevitables inherentes a la propia ciencia, las que aparecen en tal o cual profesor alemán al confeccionar el programa de un curso universitario de psicología. Antes de la guerra, en 1913, dice, se planteó en Alemania la cuestión de separar en las universidades la psicología de la filosofía, es decir, de organizar dos cátedras, en lugar de una sola, como había hasta entonces. W. Wundt se manifestó enemigo de semejante separación, basándose, por cierto, en que en psicología no se puede confeccionar un programa obligatorio común, ya que

cada profesor tiene su propia psicología especial. ¿No está claro, concluye el académico Pávlov, que la psicología no ha alcanzado aún el grado de ciencia exacta?

Pero tales argumentos resuelven en sencillas operaciones y sobre un programa de dos líneas el problema de una ciencia, el problema de siglos pasados y venideros.

Para disgusto de los llorones, sin embargo, la psicología no piensa morir. Por el contrario, trata de tomar conciencia de su propio plan de investigaciones, de crear su propia metodología, y mientras pesimistas como Möbius, declaran «la desesperanza de cualquier psicología» como argumento fundamental en favor de la metafísica, otros intentan superar esta última con ayuda de la psicología científica.

El primer punto de partida de las nuevas investigaciones es la idea del desarrollo: no explicar el desarrollo de la memoria partiendo de sus propiedades, sino deducir éstas partiendo de su desarrollo. Esa es la tarea **115** fundamental de la nueva investigación, en la que también se inscribe el trabajo de A. N. Leontiev.

Su deseo de basarse en el enfoque histórico de la memoria conduce al autor a unir métodos de investigación metafísicamente divididos hasta ahora en la psicología. Le interesan tanto el desarrollo como la desintegración, el análisis genético y el patológico, le interesan también, tanto una memoria extraordinaria como la de un medio idiota. Y esta unión no es casual. Se desprende como necesidad lógica del principal punto de partida de toda la investigación, que no es otra que el intento de estudiar la memoria partiendo de su evolución histórica.

La distinción empírica de las funciones superiores de la memoria no es nueva. Se la debemos a la psicología experimental, que ha logrado diferenciar empíricamente funciones tales como la atención arbitraria y la memoria lógica, aunque dándole una explicación metafísica. En la investigación que aquí presentamos se realiza un intento de establecer como base del estudio de las funciones superiores de la atención y la memoria —en todo lo que se diferencian de las elementales y en su unidad y conexión con ellas— la especificidad de su proceso de desarrollo, al cual deben su aparición. Mostrar experimentalmente el devenir de la denominada memoria lógica y la denominada memoria arbitraria, descubrir su psicogénesis, seguir su destino ulterior y comprender los fenómenos principales de la memoria y la atención en la perspectiva de su desarrollo: esa es la tarea de esta investigación.

En ese sentido, el trabajo metodológico de Leontiev viene determinado por nuestra idea básica y central: la idea del desarrollo histórico del comportamiento del hombre, la teoría histórica de las funciones psicológicas superiores. El origen y la evolución de las funciones psicológicas del hombre, y en particular de las funciones superiores de la memoria, es, desde el punto de vista de esta teoría, la clave para comprender su naturaleza, su composición, su estructura, su forma de actuar y al mismo tiempo la clave de todo el problema de la psicología del hombre, que intenta descubrir de una manera adecuada el contenido verdaderamente humano de esta psicología.

Y junto a la introducción del punto de vista histórico en psicología, salta con ella a primer plano la interpretación especialmente psicológica de los fenómenos estudiados y de las regularidades que los rigen. Esta investigación parte del convencimiento de que existen regularidades psicológicas especiales, conexiones, relaciones y dependencias, que es necesario estudiar como tales, es decir psicológicamente.

Podríamos repetir la tesis planteada por uno de los más destacados representantes de la psicología idealista actual: la psicología psicologice, introduciendo en ella, no obstante, un contenido esencialmente distinto. Para la psicología idealista, la exigencia de estudiar psicológicamente lo psicológico significa ante todo la de estudiar por separado la psique como reino independiente del espíritu, sin la menor relación con la base material de la existencia humana. Para el autor que defiende la tesis idealista, ésta significa, en esencia: lo psíquico es totalmente independiente. Pero formalmente, **116** este principio, que exige estudiar desde un punto de vista psicológico las regularidades psicológicas, es profundamente acertado. Justamente en el libro de A. N. Leontiev lo que se intenta es, alterando el contenido esencial de esta exigencia, desarrollar de forma consecuente el punto de vista psicológico en el tema a estudiar.

De ahí que el trabajo planteé también una serie de tesis de carácter práctico e inmediato. No en vano, otro aspecto del problema del desarrollo de la memoria ha sido siempre el de la educabilidad de la memoria, y hay que decir claramente que el planteamiento metafísico de la cuestión en lo que respecta a la psicología de la

memoria ha dado siempre lugar a que la pedagogía de la memoria careciese de fundamentación psicológica. Sólo un nuevo punto de vista, que trata de descubrir la naturaleza psicológica de la memoria enfocada desde la perspectiva de su evolución, puede llevarnos por primera vez a una pedagogía de la memoria construida de forma verdaderamente científica, a la fundamentación psicológica de su educación.

En todos estos aspectos el trabajo de Leontiev constituye un primer paso en la investigación de la memoria desde un nuevo punto de vista y, como cualquier primer intento, no abarca, naturalmente, todo el problema en su conjunto y no puede pretender resolverlo más o menos en su totalidad. Pero este primer paso ha sido dado en una dirección completamente nueva y extraordinariamente importante, cuyo punto final puede definirse con pocas y sencillas palabras, desgraciadamente extrañas hasta ahora para la mayoría de las investigaciones psicológicas en este campo: la memoria del hombre. 117

El problema de la conciencia¹

I. Introducción

Pese a que la psicología se ha definido a sí misma como la ciencia de la conciencia, su conocimiento de ésta era casi nulo.

Planteamiento del problema en la vieja psicología. T. Lipps, por ejemplo, sostenía que el «inconsciente es un problema propio de la psicología». El problema de la conciencia se planteó fuera de la psicología y antes de ella.

La psicología descriptiva sostiene que, a diferencia del objeto de las ciencias naturales, el fenómeno y la existencia coinciden en psicología; de ahí que esta última sea una ciencia conceptual. Pero como en la experiencia de conciencia sólo accedemos a un fragmento de ella, el estudio de la conciencia en su conjunto resulta imposible para el investigador.

Conocemos toda una serie de leyes formales de la conciencia: su continuidad, su relativa claridad, su unidad, su identidad, el flujo de la conciencia.

Doctrina de la conciencia en la psicología clasista. Se dan dos concepciones principales sobre la conciencia:

1ª. Concepción. La conciencia se estudia como algo que está fuera de las funciones psíquicas, como cierto espacio psíquico Jaspers, por ejemplo: la conciencia es un escenario, en el que se desarrolla un drama; en psicopatología distinguimos, de acuerdo con ello, dos casos principales: o se altera el acto o la propia escena). Por consiguiente, según esta representación la conciencia (como cualquier espacio) carece de toda característica cualitativa. De aquí que la ciencia de la conciencia actúe como la ciencia de las relaciones ideales (geometría —E. Husserl, «geometría del espíritu»— W. Dilthey).

2ª. Concepción. La idea es la de una cierta cualidad general, propia de los procesos psicológicos. Por eso, esta cualidad puede ser sacada del paréntesis, puede no ser tenida en cuenta. También en esta representación la conciencia actúa como algo carente de calidad, que está fuera, que es invariable, que no se desarrolla. 119

«La esterilidad de la psicología dependía de que el problema de la conciencia no se estudiaba».

Problema esencial. [La conciencia era considerada bien como un sistema de funciones o bien como un sistema de fenómenos (C. Stumpf).]

¹ «Problema soznania». Este capítulo recoge apuntes de los comentarios de Vygotski en una reunión de trabajo. La primera publicación de este material aparece en el libro "Psicología de la gramática. (Moscú, 1968). A la publicación se le antepone un prólogo y una introducción de A. N. Leontiev, que conviene consultar antes de leer este capítulo y que se incluyen como nota al final y que plantea algunas interrogaciones sobre el material procedente de los seminarios de la última etapa de Vygotski.

(Problema de los puntos orientativos [en la historia de la psicología].

[En la cuestión de las relaciones de la conciencia con las funciones psicológicas existían dos puntos de vista principales]:

1. Sistemas funcionales. Prototipo—psicología de las facultades. Representación del organismo espiritual, dotado de actividades.
2. Psicología de la experiencia de conciencia: que estudia la imagen, sin estudiar el espejo (especialmente claro en la psicología asociativa y paradójicamente en la Gestalt). Segunda (psicología de la experiencia de conciencia: a) nunca ha sido consecuente ni podía serlo; b) ha trasladado siempre las leyes de una función a todas las demás, etc.

[Preguntas que surgen con relación a esto]:

1. Relación de la actividad con la experiencia de conciencia (problema del sentido).
2. Relación entre las funciones. Partiendo de una función, ¿se pueden explicar todas las demás? (Problema del sistema).
3. Relación de la función con el fenómeno (problema de la intencionalidad).

¿Cómo comprendía la psicología las relaciones entre distintas actividades de la conciencia? (Este problema carecía de importancia, pero para nosotros —es fundamental). A esta pregunta respondía la psicología con tres postulados:

1. Todas las actividades de la conciencia actúan juntas.
2. La conexión entre las actividades de la conciencia no modifica nada importante en las propias actividades, ya que éstas están conectadas no por necesidad, sino como lo dado directamente a un individuo («tienen un dueño»; W. James - carta a Stumpf).
3. Esta conexión se adopta como postulado y no como problema (La conexión de la función es invariable).

II. Nuestra hipótesis fundamental presentada desde fuera

Nuestro problema. La conexión entre las actividades de la conciencia no es permanente. Y esto tiene importancia respecto a cada una de las actividades. Esta conexión hay que convertirla en el problema de la investigación.

Observación. Nuestra posición es contraria a la psicología gestáltica, que «Ha hecho del problema un postulado» ha supuesto de antemano que toda actividad es estructural; [para nosotros es característico lo contrario: el postulado lo convertimos en el problema]. 120

La conexión de las actividades es el punto central en el estudio de cualquier sistema.

Explicación. El problema de la conexión debe contraponerse desde el principio al enfoque atomista. La conciencia es desde el mismo comienzo algo integral —eso es lo que postulamos. La conciencia determina el destino del sistema, como el organismo a las funciones. Hay que tomar el cambio de la conciencia en su conjunto como explicación de cualquier cambio interfuncional.

III. La hipótesis “desde dentro”, es decir, desde el punto de vista de nuestros trabajos

(Introducción: importancia del signo: su sentido social). En los primeros trabajos ignorábamos que el significado es propio del signo. («Pero hay un tiempo para recoger las piedras y otro para desparramarlas» (Eclesiastés).) Partíamos del principio de la constancia del significado, y para ello despejábamos éste, lo sacábamos del paréntesis. Pero ya en las primeras investigaciones el problema del significado estaba implícito. Si antes nuestra tarea era mostrar lo común entre el «nudo» 3 y la memoria lógica, ahora consiste en mostrar la diferencia que existe entre ellos.

De nuestros trabajos se desprende que el signo modifica las relaciones interfuncionales.

IV. La hipótesis “desde abajo”

Psicología de los animales.

Después de W. Köhler comienza una nueva época en la psicología animal...

Concepción de V. A. Vágner: 1) desarrollo según líneas puras y mixtas; 2)... (pág. 38); 3) según líneas puras —desarrollo mutacional; 4) según mixtas —adaptativo; 5)... (págs. 69-70)4.

¿Es semejante al del hombre el comportamiento de los monos antropoides? ¿Ha aplicado Köhler acertadamente el criterio de racionalidad? Acción integral cerrada de acuerdo con la estructura del campo también en la golondrina... La limitación de acción del mono radica en la coherencia de la misma. Para él las cosas carecen de valor constante. Para el mono el palo no se convierte en instrumento, pues carece de valor instrumental. El mono se limita a «completar» el triángulo. Lo mismo le sucede a Gibier con los perros.

Conclusiones a extraer. Tres niveles. La actividad refleja condicionada es la que estimula el instinto. La actividad de los monos también es instintiva, pero sólo una variación intelectual del instinto, es decir, un nuevo mecanismo de la misma actividad. El intelecto de los monos es resultado de una 121 evolución según líneas puras; el intelecto no ha reestructurado aún su conciencia.

[Apología por parte de Köhler de O. Selz. Köhler señala en la nueva edición que Selz «ha sido el único que ha interpretado correctamente mis experimentos (págs. 675-677)]

En Koffka: «Profunda afinidad» entre el comportamiento de los monos y el intelecto del hombre; pero también existe una limitación: en los monos el instinto es el que estimula la acción y sólo el procedimiento es razonable. Son acciones no volitivas. Ya que la voluntad es la libertad de la situación (el deportista se detiene al ver que, a pesar de todo, no ganará la competición).

El hombre quiere un palo, el mono un fruto. (El mono no quiere un instrumento. No lo prepara para el futuro. Para él es una manera de satisfacer un deseo instintivo).

Instrumento. El instrumento exige distraerse de la situación. El empleo del instrumento exige una estimulación, una motivación diferente. El instrumento guarda conexión con el significado (del objeto).

(Köhler) (Köhler ha presentado su trabajo en polémica con E. Thorndike).

Conclusiones

1. En el mundo animal, la aparición de nuevas funciones guarda conexión con el cambio en el cerebro (según la fórmula de Edinger); en el hombre esto no es así. (Paralelismo entre el desarrollo psicológico y morfológico en el mundo de la zoología, en cualquier caso cuando se produce por líneas puras.)
2. En el mundo animal, la evolución es por líneas puras. La evolución adaptativa sigue ya el principio sistémico. (El hombre no puede ser distinto por un solo aspecto (intelecto, voluntad), sino que cambia esencialmente su acercamiento a la realidad.)
3. El intelecto de los monos de Köhler está en el reino de los instintos. Dos aspectos distintivos suyos: a) el intelecto no reestructura el sistema de comportamiento, b) no existe el instrumento, el instrumento carece de significado, no existe tampoco el significado de objeto. La estimulación sigue siendo instintiva («El instrumento exige abstracción»).

K. Buytendijk. El animal no se destaca de la situación, no tiene conciencia de ella.

El animal se diferencia del hombre por una distinta organización de la conciencia. «La conciencia distingue al hombre del animal».

W. James (pág. 314):

En el animal	En el hombre
	Isolat abstract
Construct	
recept	concept
inflient 122	

(Psicología de la Gestalt) (Nuestra diferencia respecto a la psicología estructural: la psicología estructural es una psicología naturalista, igual que reflexología. El significado y la estructura se identifican con frecuencia esta psicología.)

V. “En el interior”

1. Análisis semiótico en el sentido estricto

Toda palabra tiene significado; ¿qué es el significado de la palabra?

—El significado no coincide con el significado lógico (lo desprovisto sentido tiene significado).

¿Qué es lo característico de nuestro planteamiento de la cuestión?

—El habla ha sido considerada como la vestidura del pensamiento (escuela de Wurtzburgo) o como un hábito (behaviorismo). Y cuando se ha estudiado los significados se ha hecho, bien: a) desde el punto de vista asociativo, es decir, que el significado ha actuado como recordatorio de cosa, o bien b) desde el punto de vista de lo que nos sucede (fenomenológicamente) cuando percibimos el significado de las palabras (H. Watt).

[El habla no es importante para el pensamiento —Wurtzburgo; el habla es igual al pensamiento— behavioristas.]

Posición invariable en todos los autores: el significado de todas las palabras es invariable, no evoluciona.

La variación de las palabras se estudiaba:

En lingüística —como el movimiento de la palabra; carácter general, carácter abstracto, es un significado lingüístico, no psicológico;

En psicología (F. Polan); el significado permanece estancado, sólo varía sentido. El sentido de la palabra se refiere a procesos psicológicos despertado por la palabra en cuestión. Y en este caso no hay evolución, movimiento,) que el principio de construcción del sentido continúa siendo el mismo. Polan amplía el concepto de «sentido».

En psicolingüística y psicología se ha considerado el cambio de significado en función del contexto (sentido figurado, irónico, etc.).

En todas estas teorías (+W. Stern) la evolución del significado sólo se da como etapa inicial y en ella termina este proceso.

(Stern: el niño descubre la función nominativa. Eso se mantiene como principio constante de la relación entre el signo y el significado. Para Stern la evolución se reduce a la ampliación del vocabulario, al desarrollo de la gramática, la sintaxis y a la ampliación o contracción del significado. Pero el principio sigue siendo el mismo).

«Siempre se ha analizado el lenguaje partiendo de la afirmación de que el significado es constante, es decir, que la relación entre el pensamiento y la palabra permanece constante».

123

«El significado es el camino del pensamiento a la palabra». (El significado no es la suma de todas las operaciones psicológicas que están detrás de la palabra. El significado es algo más definido: es la estructura interna de la operación del signo. Eso es lo que se halla entre el pensamiento y la palabra. El significado no es igual a la palabra, ni es igual al pensamiento. Esta no identidad puede apreciarse en la no coincidencia de las líneas de evolución.)

2. Del habla externa a la interna

A. Habla externa

¿Qué significa descubrir el significado?

En el lenguaje debemos distinguir los aspectos semiótico y fásico; los liga la relación de unidad y no de identidad. La palabra no es simplemente el sustituto de la cosa. Por ejemplo, los experimentos de Ingenieros 6 con los «significados presénciales».

Demostración. La primera palabra es una palabra física, la semiótica, en cambio, es una oración.

La evolución es así: la fásica, de la palabra aislada a la oración, a la oración subordinada; la semiótica, de la oración al nombre. Es decir «el desarrollo del aspecto semiótico del habla no evoluciona paralelamente (no coincide) con el fásico.. [El desarrollo del aspecto fásico del habla se anticipa al semiótico].

«La lógica y la gramática no coinciden».

Tanto en el pensamiento como en el habla, el sujeto y predicado psicológico y el gramatical no coinciden. (Desde la «Gramática del espíritu» se pensaba que el aspecto fásico es el sello del espíritu en el habla.) Existen dos sintactizaciones: la semántica y la fásica. A. Gelb: gramática del pensar y del habla.

«La gramática del habla no coincide con la del pensamiento».

[¿Qué cambios nos ofrece el material psicopatológico? a) una persona puede hablar torpemente...; b) el propio sujeto que habla no sabe lo que quiere decir; c) estorban los límites del idioma (divergencia consciente, comprendida); d) competencia gramatical].

[Ejemplo de F. M. Dostoievski («Diario de un escritor»)].

Por consiguiente: existe una falta de coincidencia entre los aspectos semiótico y fásico del habla.

Notas de la intervención de L. S. Vygotski con motivo del informe de A. R. Luria

[La insuficiencia de L. Lévi-Bruhl consiste en que toma el habla como algo constante. Eso le conduce a paradojas. Basta darse cuenta de que sus 124 ideas sobre el significado y sus combinaciones (sintaxis) son distintas a las nuestras para que desaparezcan todos los absurdos. Lo mismo puede decirse en relación con la investigación de la afasia, donde no se distingue el fonema y el significado].

(Antes hemos realizado un análisis en el plano del comportamiento y no en el de la conciencia, de aquí lo abstracto de las conclusiones. Para nosotros lo principal es (ahora) el movimiento del sentido. Por ejemplo, la semejanza en la estructura externa de las operaciones de signos en los afásicos, esquizofrénicos, débiles mentales, primitivos. Pero el análisis semiótico descubre que interiormente su estructura tiene significados distintos (problema de la afasia semiótica).)

El significado no es igual al pensamiento expresado en la palabra.

En el habla no coinciden sus aspectos semiótico y fásico: así, el desarrollo del habla va fásicamente de la palabra a la frase, semióticamente, en cambio, el niño comienza por la frase. [Compárese la fusión de las palabras en la frase en los semianalfabetos].

Lo lógico y lo sintáctico tampoco coinciden. Ejemplo: «El reloj se ha caído» —sintácticamente aquí «reloj» es el sujeto, «caído»— el predicado. Pero cuando se dice eso en respuesta a la pregunta: «¿Qué ha pasado?»; «¿Qué se ha caído?», lógicamente aquí, se ha caído es el sujeto, reloj —e. predicado (o sea, lo nuevo). Otro ejemplo: «Mi hermano ha leído este libro» —el acento lógico puede recaer en cualquier palabra.

[Habla carente de juicio en los microcefálicos, etc.]

El pensamiento que quiere expresar una persona no sólo no coincide con el aspecto fásico del habla, sino tampoco con el semiótico. Ejemplo: el pensamiento «No tengo la culpa» puede ser expresado en los sentidos: «Quería quitar el polvo»; «No he tocado las cosas»; «El reloj se ha caído solo», etc. El propio «No tengo la culpa» tampoco expresa en absoluto un pensamiento (¿no es igual a él?); esta misma frase tiene su sintaxis semiótica.

El pensamiento es una nube, desde la que el habla se desprende en gotas.

El pensamiento está estructurado de otro modo que su expresión a través del habla. El pensamiento no se puede expresar directamente en la palabra.

(K. S. Stanislavski: tras el texto está el subtexto). Toda expresión tiene una segunda intención. Todo discurso es una alegoría. [¿En qué consiste esta segunda intención? En uno de los relatos de G. Uspienski, un despabilado campesino dice: «Nosotros carecemos de lengua»].

Pero el pensamiento no es algo acabado, listo para ser expresado. El pensamiento se precipita, realiza cierta función, cierto trabajo. Este trabajo del pensamiento es la transición desde las sensaciones de la tarea —a través de la construcción del significado— al desarrollo del propio pensamiento.

[Semióticamente «el reloj se ha caído» se refiere al pensamiento correspondiente, lo mismo que la conexión semántica en el recuerdo mediado se refiere a lo que se recuerda].

El pensamiento no sólo se expresa en la palabra sino que se realiza en ella. 125

El pensamiento es un proceso interno mediado. (Es el camino de un deseo vago hacía la expresión mediada a través del significado, mejor dicho, no hacia la expresión, sino hacia el perfeccionamiento del pensamiento en la palabra.)

El habla interna existe ya desde el mismo principio (?).

No hay en general signo sin significado. La formación de palabras es la función principal del signo. Hay significado allí donde hay signo. Esa es la faceta interna del signo. Pero en la conciencia hay también algo que no tiene significado.

El trabajo de Wurtzburgo consistía en el intento de introducirse en el pensamiento. La tarea de la psicología no estriba sólo en estudiar estas ideas internas, sino convertirlas en mediadas, es decir, estudiar cómo actúan estas ideas internas, cómo se realiza el pensamiento en la palabra. (Es erróneo pensar (como hacían los seguidores de la escuela de Wurtzburgo) que la tarea de la psicología se reduce a investigar estas nubes que no se han convertido en lluvia.)

B. Habla interna

En el habla interna la falta de coincidencia entre los aspectos semánticos y fásico es aún más acusada.

¿Qué es el habla interna?

- 1) El habla menos el signo (es decir, la que precede a la fonación). (Hay que distinguir entre el habla no pronunciada y el habla interna (aquí se equivocan J. Jackson y H. Head).)
- 2) La pronunciación mental de las palabras (memoria verbal —J. Charcot). Aquí la doctrina sobre los tipos de habla interna mantiene una coincidencia con los tipos de las representaciones (memoria). Es como una preparación del habla externa.
- 3) Interpretación actual (nuestra) del habla interna.

El lenguaje interno se forma de un modo totalmente diferente al externo. En él existe otra relación entre los momentos fásicos y semióticos.

El habla interna es abstracta en dos aspectos: a) es abstracta con respecto a toda el habla sonora, es decir, reproduce sólo sus rasgos fonéticos semantizados (por ejemplo: tres rrr en la palabra rrrevolución...), y b) es agramática; en ella cualquier palabra es predicativa. La

gramática no es otra que la semiótica del habla externa: en la interna los significados se enlazan entre sí de otro modo que en la externa; en el habla interna la fusión se efectúa de acuerdo con un tipo de aglutinación.

[La aglutinación de las palabras es posible precisamente gracias a la aglutinación interna). (Las locuciones idiomáticas alcanzan la máxima difusión en el habla interna.) 126

Influencia del sentido: la palabra se restringe y se enriquece en el contexto; La palabra incluye el sentido de los contextos = aglutinación. La palabra siguiente incluye la anterior.

«El habla interna se construye de forma predicativa».

[Las dificultades de la traducción dependen del complicado camino de la transición de un plano a otro:

Pensamiento → significado → habla externa → fásica].

Habla escrita. [Dificultades del habla escrita: carece de entonación, de interlocutor. Representa una simbolización de símbolos; en ella es más difícil la motivación.

El habla escrita se halla en otra relación con respecto al habla interna, surge después que ésta y es la más gramatizada. Pero está más cerca del habla interna que de la externa; se asocia a los significados, esquivando el habla externa].

Resumen: en el habla interna tropezamos con una nueva forma de habla, donde todo es distinto.

C. Pensamiento

El pensamiento también tiene una existencia independiente, que no coincide con los significados.

Hay que encontrar una determinada construcción de significados para expresar el pensamiento. [Texto y subtexto].

Explicación. Esto se puede explicar en el ejemplo de la amnesia. Cabe olvidar:

- a) el motivo, la intención;
- b) ¿qué precisamente? (¿el pensamiento?);
- c) el significado a través del cual yo quería expresar;
- d) la palabra.

«El pensamiento se realiza en la palabra». Dificultad de llevarlo a cabo.

(Imposibilidad de expresar el pensamiento directamente. Grados de amnesia - grados de actuación mediada (transición) del pensamiento a la palabra-grados de actuación mediada del pensamiento a través del significado.) Comprensión. La verdadera comprensión consiste en penetrar los motivos del interlocutor.

El sentido de las palabras cambia también con el motivo. Por consiguiente, la explicación final está en la motivación; esto resulta especialmente claro en la edad infantil. (Investigación de D. Katz sobre las manifestaciones infantiles. Trabajo de Stolz (psicólogo - lingüista - censor de correspondencia en tiempo de guerra); análisis de cartas de prisioneros sobre el hambre.)

Conclusiones de esta parte

El significado de la palabra no es igual a una cosa sencilla dada una vez para siempre (contra Polan). 127

El significado de la palabra es siempre una generalización; tras la palabra hay siempre un proceso de generalización - el significado surge donde hay generalización. ¡Desarrollo del significado = desarrollo de la generalización!

Los principios de generalización pueden cambiar. «En el desarrollo varía la estructura de la generalización» (se desarrolla, se estratifica, el proceso se realiza de otra forma).

[El proceso de realización del pensamiento en el significado es un fenómeno complicado, que fluye desde el interior, «desde los motivos hacia el habla» (?)].

«En el significado se da siempre una realidad generalizada» (L. S.).

VI. A lo ancho y a lo largo

[Principales cuestiones]: 1) el significado de la palabra crece en la conciencia; ¿qué importancia tiene esto para la propia conciencia?; 2) ¿a causa de qué y cómo varía el significado?

[Primeras respuestas]: 1) la palabra, al crecer en la conciencia, modifica todas las relaciones y todos los procesos; 2) el propio significado de la palabra evoluciona en función del cambio de la conciencia.

Papel del significado en la vida de la conciencia

«Decir = exponer una teoría».

«El mundo de los objetos surge allí donde lo hace el mundo de las denominaciones» (L. S. - J. S. Mill).

«La constancia y el carácter categorial de lo relacionado con el objeto es el significado de éste». [Lenin sobre el hecho de destacarse uno mismo del mundo]. (Este significado, esta relación con el objeto, están ya dados en la percepción.)

«Cualquier percepción nuestra tiene un significado. Cualquier absurdo lo percibimos (como razonable), atribuyéndole significado.

El significado del objeto no es el de la palabra. «Un objeto tiene significado» - quiere decir que forma parte de la comunicación.

Conocer el significado - conocer lo singular como universal.

«Gracias a haber sido denominados, es decir, generalizados, los procesos de la conciencia del hombre tienen su significado. (Eso no en el mismo sentido que respecto a la palabra. - L. S.).

Significado - es propio del signo.

Sentido - es lo que forma parte del significado (resultado del significado), pero no ha sido fijado por el signo. 128

Formación del sentido - resultado, producto del significado. El sentido es más amplio que el significado.

Conciencia - 1) conocimiento asociativo; 2) conciencia (social).

[Las primeras preguntas de los niños nunca son preguntas sobre la denominación; son preguntas sobre el sentido del objeto]. (Lo consciente no es simplemente estructural (a diferencia de la teoría de la Gestalt).)

La conciencia en su conjunto tiene estructura semántica. Juzgamos la conciencia en función de la estructura semántica de la conciencia, ya que el sentido, la estructura de la conciencia - es la actitud hacia el mundo externo.

En la conciencia surgen conexiones semánticas (la vergüenza, el orgullo - la jerarquía... El sueño del café, Masha Bolkónskaia 8 reza, cuando otro piensa...).

La actividad formativa del sentido conduce a una determinada estructura semántica de la propia conciencia.

Por consiguiente, el habla era examinada equivocadamente no sólo con relación al pensamiento. El habla produce cambios en la conciencia. «El habla es un correlato de la conciencia, no del pensamiento».

«El pensamiento no es una puerta a través de la cual penetra el habla en la conciencia» (L. S.). El habla es la señal del contacto directo entre conciencias. La relación entre habla y conciencia - es un problema psicofísico. (Y al mismo tiempo traspasa los límites de la conciencia.)

Las primeras comunicaciones del niño, al igual que la praxis temprana, no son intelectuales. (Nadie ha demostrado que la primera comunicación sea intelectual.) El niño en general no habla sólo cuando piensa.

«Con su aparición, el habla modifica por principio la conciencia».

¿Qué es lo que mueve los significados, qué determina su desarrollo? «La cooperación entre conciencias». El proceso de ajenización de la conciencia.

La escisión es inherente a la conciencia. La fusión es inherente a la conciencia. (Son necesarias a la conciencia.)

¿Cómo surge la generalización? ¿Cómo varía la estructura de la conciencia? O bien: el hombre recurre al signo, y éste engendra al significado, bien el significado deviene conciencia. No es esto último lo que ocurre.

Las relaciones interfuncionales determinan el significado = la conciencia, la actividad de la conciencia. «La estructura del significado viene determinada por la estructura de la conciencia como sistema. La conciencia está estructurada como sistema. Los sistemas estables - caracterizan la conciencia.

Conclusión

«El análisis semiótico es el único método adecuado para estudiar la estructura del sistema y contenido de la conciencia». Lo mismo que el método estructural es el adecuado para investigar la conciencia animal. 129

Nuestro planteamiento en psicología: de la psicología superficial - a la conciencia de que el fenómeno no es igual a la realidad. Pero tampoco nos oponemos a la psicología de profundidad. Nuestra psicología - es una psicología de cumbres (no determina la «profundidad», sino la «cumbre» de la personalidad).

El camino hacia los movimientos ocultos como tendencia de la ciencia actual (la química hacia la estructura del átomo, la fisiología de la digestión hacia las vitaminas, etc.). En psicología se intentó antes comprender la memoria lógica como si se tratase de hacer un nudo, ahora se la interpreta como el recuerdo del sentido. La psicología de la profundidad afirma que las cosas son lo que eran. Lo inconsciente no evoluciona - eso es un descubrimiento extraordinario. Los sueños resplandecen con luz refleja, a semejanza de la Luna.

Eso se desprende de cómo interpretamos la evolución. ¿Cómo transformación de lo que ha sido dado desde un principio? ¿Cómo nueva formación? ¡Entonces, lo más importante será lo último!

«En el principio fue el acto (y no el acto fue al principio), y al final surge la palabra, y eso es lo más importante» (L. S.). ¿Cuál es el significado de lo que hemos dicho? «A mí me basta con esta conciencia», es decir, ahora me conformo con que el problema haya sido planteado.

Anexo

Sobre la labor preparatoria de las tesis para el debate de 1933-34

Notas de la intervención de L. S. Vygotski el 5 y el 9-12-33

El hecho central de nuestra psicología es el hecho de la acción mediada.

Comunicación y generalización. La faceta interna de la acción mediada se descubre en la doble función del signo: 1) comunicación y 2) generalización. Porque: toda comunicación exige generalización.

Cabe la comunicación inmediata, pero la mediada es la comunicación por signos; ahí, la generalización es indispensable («Toda palabra (habla) ya generalizada») (V. I. Lenin. Obras completas, t. 29, pág. 246).

Hecho: en el niño, comunicación y generalización no coinciden: por eso, la comunicación es inmediata.

Punto central - signo indicador. El gesto - es un signo que puede significar todo.

Ley: según la forma de comunicación será también la generalización. «La comunicación y la generalización guardan entre sí una relación interna».

Las personas se comunican entre sí mediante significados sólo en la medida en que estos significados evolucionen.

Aquí el esquema no es: persona-cosa (Stern), ni persona-persona (Piaget). Sino: persona-cosa-persona. 130

Generalización. ¿Qué es la generalización?

La generalización es la desconexión de las estructuras tangibles y la conexión en las del pensamiento, en las del sentido.

El significado y el sistema de funciones guardan conexión entre sí.

El significado no se refiere al pensamiento, sino a toda la conciencia.

Notas:

Notas

1 Prólogo de A. N. Leontiev a la publicación de «El problema de la conciencia» en *Psicología de la Gramática*:

Las notas sobre el informe de L. S. Vygotski se editan de acuerdo con los cuadernos manuscritos que se conservan en el archivo personal de A. N. Leontiev. En ellos, el texto principal está escrito en las páginas de la derecha (impares) y las interpolaciones y anexos, realizados en particular por A. V. Zaporózhets, en las páginas de la izquierda (pares). Todas las notas (excepto algunas, claramente posteriores, que no hemos tenido en cuenta y que sólo son una recopilación de lo expuesto por Vygotski en una formulación más moderna) están hechas con pluma.

Evidentemente, en nuestra publicación hemos utilizado en primer lugar el texto fundamental. Lo complementan las correspondientes interpolaciones de las páginas pares del cuaderno, que van encerradas en paréntesis angulares (). No hemos efectuado cortes en el texto. Siguiendo el original, en la parte central de las notas hemos incorporado una nota de la intervención de L. S. Vygotski con motivo del informe de A. R. Luria, que respondía, de acuerdo con el tema, al correspondiente apartado del informe «El problema de la conciencia».

Todo lo que A. N. Leontiev ha destacado en el manuscrito lo hemos conservado.

Todos los paréntesis redondos y cuadrados pertenecen al original. Los pasajes entrecomillados corresponden a citas directas del lenguaje oral de L. S. Vygotski. En el fragmento publicado correspondiente a las notas de las intervenciones de L. S. Vygotski sobre las tesis de la discusión de 1933-1934, hemos seguido los mismos principios de presentación, con la única diferencia de que la interpolación hecha también con tinta por el propio A. N. Leontiev va entre paréntesis angulares.

Introducción al «Problema de la conciencia», de A. N. Leontiev (op. cit.):

A finales de los años 20, alrededor de L. S. Vygotski se reúne un reducido grupo de jóvenes psicólogos, que comienza a trabajar bajo su dirección. Paralelamente a las discusiones de cuestiones científicas, que se llevaban a cabo de forma sistemática en las reuniones de las cátedras y en el laboratorio, donde se realizaban entonces investigaciones, L. S. Vygotski convocaba a veces para charlar informalmente a sus colaboradores más cercanos y discípulos, en reuniones que nosotros denominábamos seminarios internos. El objetivo era llevar a cabo reflexiones teóricas sobre el camino recorrido, discutir los problemas que eran causa de polémicas y establecer el plan de trabajo futuro. En general, esos seminarios internos se desarrollaban en forma de un intercambio libre de opiniones sobre las cuestiones que habían surgido; en algunos casos se leían y discutían informes detallados, preparados especialmente para ellos. Ni en el primero ni en el segundo de los casos se levantaban actas. Por eso, tan sólo algunas de las intervenciones de L. S. Vygotski se han conservado en las notas personales de los participantes.

Las notas sobre el informe de L. S. Vygotski que publicamos se remontan al momento en que surgió la necesidad interna de efectuar la recapitulación de las investigaciones de los procesos psíquicos superiores, analizando su estructura interna desde la perspectiva de la doctrina de la conciencia del hombre. Este informe, escrito por mí muy extractado, en forma de tesis, se basaba en el resumen de numerosas investigaciones realizadas con la participación y bajo la dirección de L. S. Vygotski. Por eso, mi exposición duró mucho tiempo,

más de siete horas, 131 con dos aproximadamente de descanso para almorzar, y a su discusión se dedicó un día más.

Si mal no recuerdo, en esa conferencia interna participaron, además de A. N. Leontiev y A. R. Luria, L. I. Bozhovich, A. V. Zaporózhets, R. Ye. Liévina, N. G. Morózova y L. S. Slávina.

Los apuntes tomados sobre la intervención de L. S. Vygotski en el seminario interno en que se analizaron las tesis que se preparaban para la discusión abierta sobre los trabajos de

Vygotski y su escuela exigen ciertas explicaciones. Se esperaba que la discusión se celebrara en 1933 o 1934, pero no se realizó en vida de L. S. Vygotski. Quedó también sin set minar la labor preparatoria realizada de cara a esa discusión. Estos fragmentos de apuntes que publicamos cubren, de entre todos los problemas abordados en esa labor preparatoria, tan sólo los que Vygotski abordó en su informe sobre el problema de la conciencia. (A. N. Leontiev)

2 La desaparición, justamente en los años que cubren la preparación de estas «Obras Escogidas», de los discípulos más próximos a Vygotski, plantea serios problemas sobre el proceso de creación y pensamiento del psicólogo ruso, especialmente sobre su trabajo y sus preocupaciones en su última etapa. La nota de Leontiev parece levantar más interrogantes de los que resuelve. ¿Qué otros problemas se abordaron en esta serie de seminarios? ¿Existen, como en el caso de este «problema de la conciencia», apuntes tomados por alguno de los presentes sobre la intervención de Lev Semiónovich? ¿Conservaba A. N. Leontiev todos o parte sólo de esos apuntes? ¿Cuál habría sido en ese caso su destino? En este mismo caso de «El problema de la conciencia. La intervención de Vygotski como continuación al informe leído por Leontiev, ¿fue tomada por el propio Leontiev o por otro discípulo? En ese caso, ¿fue Zaporózhets, que, al corregir los apuntes, se corrige más tarde de hecho a sí mismo, o fue otro y quién? (N.R.E.)

3 Vygotski se refiere a una de las tres funciones vestigiales o superiores primitivas que analiza en su estudio de las funciones superiores (Tomo III de las Obras Escogidas), que es justamente la de los nudos o muescas en los pueblos primitivos, en el marco del triángulo de la mediación. (N.R.E.) 132

La psicología y la teoría de la localización de las funciones psíquicas¹

A favor de la legitimidad y fecundidad de un enfoque psicológico del problema de la localización de las funciones psíquicas habla el hecho de que las concepciones psicológicas que han prevalecido en cada época han hecho llegar siempre su influencia al problema de la localización: (.a la psicología asociacionista corresponde la doctrina atomista de la localización; a la psicología estructural, la tendencia de los científicos actuales a la interpretación integradora de la localización. El problema de la localización es en esencia el de la relación entre las unidades estructurales y las funcionales en la actividad cerebral. Por eso, mantener una u otra concepción sobre la localización no es ni mucho menos irrelevante para establecer cuál es el auténtico carácter de la localización.

Las teorías actuales más avanzadas sobre la localización han logrado superar los principales defectos de la doctrina clásica, pero, con todo, no han logrado resolver satisfactoriamente el problema de la localización de las funciones psíquicas, fundamentalmente a causa de las insuficiencias del análisis psicológico-estructural de las funciones a localizar que han aplicado. No podemos explotar todas las posibilidades que encierra el gran avance que se ha producido dentro de la doctrina de la localización, y que se debe a los logros de la histología, la citoarquitectura del cerebro y la medicina práctica, porque carecemos de un sistema de análisis psicológico suficientemente complejo y poderoso. Donde más se deja notar esta carencia es en el problema de la localización de las zonas del cerebro específicamente humanas. Aunque la mayoría de los investigadores actuales concuerdan en la imperfección del punto de vista contrario a las localizaciones específicas y la insuficiencia de la fórmula «el cerebro como un conjunto», el análisis funcional de que se sirven, basado en los principios de la psicología estructural, ha resultado tan impotente para llevar a la doctrina de la localización más allá de las limitaciones de esa posición, como valioso y fecundo fue en su momento para resolver la primera etapa crítica del trabajo que se planteaban las nuevas teorías (superar la doctrina atomista). 133

La psicología estructural en que se basan las teorías actuales, no permite, por su propia esencia, ir más allá de reconocer a cada centro cerebral dos funciones: una específica, relacionada con una clase determinada de actividad de la conciencia y otra no específica, relacionada con cualquier otra actividad de la misma (la doctrina de K. Goldstein sobre la figura y el fondo y la de K. Lashley sobre las funciones específica y no específica de la corteza óptica). Esta doctrina reagrupa, de hecho, la vieja doctrina clásica sobre la estricta correspondencia entre las unidades estructurales y funcionales, sobre la especialización de sectores aislados para determinadas funciones limitadas (doctrina sobre la función específica de los centros) y la nueva concepción, de tendencia deslocalizadora, que niega esa correspondencia y esa especialización funcional de sectores aislados y que parte de la fórmula «el cerebro como conjunto» (doctrina sobre la función no específica de los centros, función en la que todos estos centros desempeñan un papel equivalente).

Estas doctrinas, por consiguiente, no se elevan por encima de las dos posiciones extremas existentes en la teoría de la localización, sino que las unen mecánicamente, incorporando así todos los defectos de la vieja y nueva doctrina: la localización estricta y la antilocalización. Y esto se refleja con especial fuerza en el problema de la localización de las funciones psíquicas superiores, ligadas a sectores específicamente humanos del cerebro (lóbulos frontales y parietales). En esta cuestión, el peso de los hechos obliga a los investigadores a salirse de los límites de la concepción de la psicología estructural e introducir nuevos conceptos fisiológicos (doctrina del pensamiento categorial de Goldstein, doctrina de la función simbólica de H. Head, doctrina de la categorización de la percepción de O. Petzel y otras).

Sin embargo, esos mismos investigadores reducen de nuevo estos conceptos psicológicos a las funciones principales y elementales («función principal del cerebro» en Goldstein, estructuración en Petzel) o los transforman en entes metafísicos existentes desde los tiempos más remotos (Head). Por tanto, girando dentro del círculo vicioso de la psicología estructural, la doctrina de la localización de las funciones específicamente humanas oscila entre los polos del naturalismo y espiritualismo extremos.

¹ Comunicación presentada en el I Congreso de Psiconeurología de Ucrania (junio, 1934). Publicadas en el libro «Actas del I Congreso de Ucrania de Neuropatólogos y Psiquiatras», Járkov, 1934.

Creemos que el sistema de análisis psicológico adecuado para desarrollar una teoría debe partir de la teoría histórica de las funciones psíquicas superiores, que a su vez se apoya en una teoría que responde a la organización sistémica y al significado de la conciencia en el hombre. Esta doctrina atribuye un significado primordial a: a) la variabilidad de las conexiones y relaciones interfuncionales; b) la formación de sistemas dinámicos complejos, integrantes de toda una serie de funciones elementales, y c) la reflexión generalizada de la realidad en la conciencia. Estos tres aspectos constituyen, en la perspectiva teórica que defendemos, el conjunto de características esenciales y fundamentales de la conciencia humana y son la expresión de la ley según la cual los saltos dialécticos no son únicamente la transición de la materia inanimada a la sensación, sino también la de ésta al pensamiento. Utilizada por nosotros durante varios años como hipótesis de [134](#) trabajo, esta teoría nos ha conducido en la investigación de una serie de problemas de psicología clínica a tres tesis fundamentales, relativas al problema de la localización y que podemos tomar como hipótesis de trabajo, que parecen explicar bien los hechos clínicos conocidos sobre este problema y permiten además plantear una adecuada investigación experimental.

La primera de nuestras conclusiones se refiere a la función del conjunto y de cada una de las partes en la actividad del cerebro. El análisis de los trastornos afásicos, agnósticos y apráxicos nos obliga a reconocer que en las doctrinas de Goldstein y Lashley no se logra realmente resolver el problema de las funciones del conjunto y de las partes. El supuesto de una función doble (específica y no específica) para cada centro es incapaz de explicar adecuadamente la complejidad de los hechos obtenidos en los experimentos sobre los trastornos que citábamos arriba. La investigación nos obliga pues a llegar a una solución en cierto sentido contraria. En primer lugar, nos muestra que una función específica no está ligada nunca a la actividad de un centro determinado y que es siempre producto de la actividad integrada de diversos centros, rigurosamente diferenciados y relacionados jerárquicamente entre sí. En segundo lugar, nuestra investigación pone de manifiesto que tampoco la función global del cerebro, que sirve para crear el fondo, se sigue de la actividad conjunta, indivisible y funcionalmente homogénea de cada uno de los centros, sino que es producto de la actividad integrada de las funciones correspondientes a áreas específicas del cerebro separadas, diferenciadas y unidas de nuevo entre sí jerárquicamente, que no participan directamente en la formación de figuras. En la actividad cerebral, por consiguiente, ni la función global es una función simple, homogénea, indivisa, ejecutada de manera global, en uno de los casos por el cerebro funcionalmente homogéneo, ni la función parcial implica un centro especializado, asimismo homogéneo. Tanto en la función global como en la parcial se dan la división y la unidad, la actividad integradora de los centros y su diferenciación funcional. Diferenciación e integración no sólo no se excluyen una a otra, sino que presuponen, por el contrario, su acción mutua y caminan en cierto modo en paralelo. Y lo más importante de todo es que para diferentes funciones hay que presuponer también una estructura igualmente distinta de las relaciones intercentrales. Podemos en cualquier caso, considerar establecido que las relaciones entre el conjunto y las partes se representan en dos modalidades esencialmente distintas: cuando en la actividad cerebral la figura la representan las funciones psíquicas superiores y el fondo, las inferiores; y cuando, por el contrario, la figura la representan las funciones inferiores y el fondo, las superiores. Desde esta perspectiva que hemos expuesto de las relaciones intercentrales en las diferentes formas de actividad de la conciencia, podemos llegar a explicaciones muy hipotéticas ante fenómenos tales como el desarrollo automatizado y desautomatizado de un proceso determinado o la realización de una misma función a distinto nivel, etcétera. A partir de las investigaciones experimentales que nos han [135](#) suministrado la base empírica para las generalizaciones que hemos expuesto, hemos llegado a las dos tesis siguientes:

1. En una lesión focal (afasia, agnosia, apraxia) todas las restantes funciones no relacionadas directamente con el sector lesionado se sienten afectadas de forma específica y no manifiestan nunca una disminución uniforme, como cabría esperar según la teoría de la equivalencia de los sectores frontales del cerebro respecto a su función no específica.
2. Una misma función que no guarde relación con el sector lesionado, se ve afectada también de forma totalmente específica cuando varía la localización de la lesión y no muestra igual disminución o trastorno cuando varía la localización del foco, como cabría esperar, de acuerdo con la teoría de la equivalencia de los diferentes áreas del cerebro que participan en la formación del fondo.

Ambas tesis nos obligan a concluir que la función del conjunto está organizada y estructurada como una actividad integrada, que tiene por base relaciones intercentrales dinámicas diferenciadas de forma compleja y conectadas jerárquicamente.

Otra serie de investigaciones experimentales nos ha permitido a su vez establecer las tesis siguientes:

1. Una función compleja determinada (el lenguaje) se verá afectada en el caso de lesión de un área determinada, y estará relacionada siempre globalmente en todas sus partes, aunque no uniformemente, con

un aspecto parcial de esa función (sensorial, motora, mnémica). Esto indica que el normal funcionamiento de este complicado sistema psicológico no está garantizado únicamente por el conjunto de todas las funciones de las áreas especializadas, sino por un único sistema de centros, que participa en la formación de cualquiera de los aspectos parciales de la función en cuestión.

2. Cualquier función compleja, no relacionada directamente con el sector lesionado, se ve afectada de forma completamente específica no sólo en cuanto a la reducción del fondo, sino como figura, cuando la lesión afecta funcionalmente al área a la que esté estrechamente conectada tal función. Eso vuelve a indicar que el funcionamiento normal de cualquier sistema complejo depende de la actividad integral de un determinado sistema de centros, sistema compuesto no sólo por centros directamente conectados a uno u otro aspecto del sistema psicológico en cuestión.

Estas dos tesis nos fuerzan a concluir que tanto la función de una parte concreta como la del conjunto están estructuradas como una actividad integrada, basada en complicadas relaciones intercentrales.

No cabe duda de que cabe apuntar al análisis localizacionista-estructural el haber desvelado y sometido a investigación estas complejas relaciones jerárquicas intercentrales. Sin embargo, los mejores investigadores que trabajan se han limitado hasta ahora a aplicar estos conceptos funcionales, tanto a la actividad de los centros superiores como a la de los inferiores y sin distinguir en ellos ninguna organización jerárquica. De hecho interpretan las alteraciones funcionales de los centros superiores (por ejemplo, el área óptica ancha de O. 136 Petzel) desde la óptica de la psicología de las funciones de los centros inferiores (área óptica estrecha). Pero los principios básicos de la psicología estructural de la que parten estos investigadores, no permiten reflejar adecuadamente la complejidad y jerarquización de estas relaciones interesaciales, y no pueden por tanto superar los límites de un análisis en términos puramente descriptivos (más primitivo/más complejo, más corto/más largo). Por eso se ven obligados a reducir las funciones específicas de los centros superiores a las de los inferiores (la inhibición y la liberación) e ignorar las novedades que en la actividad del cerebro introducen cada una de las funciones de estos centros superiores, a los que atribuyen la capacidad de inhibir y sensibilizar la actividad de los centros inferiores, pero no la de crear e incorporar a la actividad del cerebro nada esencialmente nuevo. Nuestras investigaciones nos llevan a suponer lo contrario: es decir que la función específica de cada sistema intercentral concreto consiste en primer lugar en proporcionar una forma totalmente nueva y productiva de actividad consciente, que no se limita a inhibir y estimular los centros inferiores. El principal aspecto en la función específica de cada centro superior es el nuevo *modus operandi* de la conciencia.

La segunda conclusión general a la que hemos llegado a partir de nuestras investigaciones experimentales se refiere a la cuestión de la correlación entre las unidades funcionales y estructurales que se dan en los trastornos del desarrollo infantil provocados por alguna deficiencia cerebral o por la desintegración de determinados sistemas psicológicos como resultado de determinada lesión en un cerebro adulto y que nos permite suponer una localización análoga a la que se daría en el niño. El estudio de la sintomatología que acompaña al desarrollo psíquico deficiente en las diferentes patologías cerebrales, comparado con el de las alteraciones y trastornos patológicos que se siguen a la lesión en una localización análoga de un cerebro adulto, nos lleva a la conclusión de que es posible observar un cuadro sintomático análogo en el niño y el adulto cuando la localización de las lesiones es distinta y, por el contrario, lesiones con la misma localización en el niño y en el adulto pueden dar lugar a cuadros sintomáticos completamente diferentes.

Como conclusión relevante podemos afirmar que las profundas diferencias que observamos en cuanto a las consecuencias de las mismas lesiones según éstas se produzcan como proceso de desarrollo de deterioro podrían explicarse mediante esta ley general: en los trastornos de desarrollo provocados por una patología cerebral, siendo iguales las restantes circunstancias, resulta funcionalmente más afectado el centro superior más próximo al sector lesionado y relativamente menos al centro inferior más próximo a él, del que sin embargo depende funcionalmente. Mientras que en la involución se observa la relación contraria: en las lesiones de cualquier centro, siendo iguales las restantes circunstancias, resulta más afectado el centro inferior dependiente del más próximo al sector lesionado y relativamente menos, el superior más próximo a él, del que depende funcionalmente. 137

Encontramos la confirmación real de esta ley en todos los casos de afasias y agnosias infantiles congénitas o tempranas y en los de trastornos que se observan en niños y adultos como secuelas de encefalitis epidémicas, así como en los casos de oligofrenias con diferentes localizaciones de la patología.

Lo que explica esta regularidad de los efectos es que las relaciones complejas entre los diferentes sistemas cerebrales son producto del desarrollo, de modo que tanto en la evolución del cerebro como en el funcionamiento del cerebro adulto debe observarse una diferente dependencia mutua de los centros. Los

centros inferiores, que en la historia del cerebro son condición previa para el desarrollo de las funciones de los centros superiores (que dependen por tanto evolutivamente de los inferiores) debido a la ley de la transmisión de las funciones hacia arriba, dejan de ser independientes en el cerebro desarrollado y adulto y quedan subordinadas a instancias que dependen sin embargo para ejercer su actividad de los centros superiores. El desarrollo va de abajo arriba, la decadencia de arriba abajo.

Tenemos una confirmación empírica complementaria de esta tesis en las observaciones acumuladas sobre los mecanismos compensatorios o sustitutivos e indirectos que se producen en el desarrollo. Estas observaciones muestran que en un cerebro adulto con un defecto determinado son los centros superiores los que con frecuencia se hacen cargo de la función compensatoria mientras que en un cerebro en proceso de desarrollo los que se hacen cargo son los centros inferiores respecto al sector afectado. Gracias a esta ley, el estudio comparativo del desarrollo y del deterioro se convierte en una de las vías más fructíferas para la investigación del problema de la localización en general y, en particular, el problema de la localización cronogenética.

La última de nuestras tres tesis teóricas generales a que dan pie nuestra investigación experimental se refiere a las características específicas de la localización de las funciones en las áreas cerebrales específicamente humanas. La investigación de afasias, agnosias y apraxias nos lleva a la conclusión de que en la localización de estos trastornos desempeñan un importante papel las alteraciones de las conexiones extracerebrales en la actividad del sistema de centros que asegura el funcionamiento correcto de las formas superiores del lenguaje, el conocimiento y la actuación. Esta conclusión se soporta empíricamente en las observaciones sobre la historia del desarrollo de las formas superiores de actividad de la conciencia, que nos muestran que inicialmente todas estas funciones actúan en estrecha conexión con la actividad externa y sólo posteriormente parecen interiorizarse, transformándose en actividad interna. La investigación de las funciones compensatorias que aparecen en estos trastornos muestra también que la objetivación de la función alterada, su desplazamiento hacia fuera y su transformación en una actividad externa es uno de los principales mecanismos de compensación de las alteraciones.

El sistema de análisis psicológico que aquí proponemos y que hemos utilizado en las investigaciones sobre el problema de la localización a que 138 hacemos referencia, supone a nuestro parecer un cambio radical en el método experimental psicológico. Un cambio que podemos sintetizar en dos aspectos principales:

1. Sustituir el análisis que descompone el complejo conjunto psicológico en sus elementos integrantes (y que en ese proceso de descomposición del conjunto en sus elementos pierde aquellas propiedades globales propias del conjunto que trataba de explicar), por otra forma de análisis en que se descomponga el conjunto completo en unidades que no puedan ser ya objeto de ulterior descomposición, pero que sigan conservando en su forma más simple las propiedades inherentes al conjunto.
2. Sustituir el análisis estructural y funcional, incapaz de abarcar la actividad en su conjunto, por el análisis interfuncional o por sistemas, basado en el análisis de las conexiones y relaciones interfuncionales, determinantes de cada una de las formas de actividad dadas.

El empleo de este método en la investigación psicológica clínica permite: a) explicar, partiendo de un solo principio, los síntomas positivos y negativos; b) unificar en una estructura regular todos los síntomas, incluso aquellos que mantienen relaciones más lejanas; y, c) establecer la vía que lleva desde alteraciones focales determinadas al cambio concreto que se produce en el sujeto como entidad global y en su modo de vida.

Todos los fundamentos teóricos nos llevan a suponer que el problema de la localización no puede resolverse de forma idéntica en los animales y en el hombre. Por eso, trasponer directamente los datos desde la experimentación con animales en que se realiza la extirpación de determinadas áreas del cerebro, al campo del análisis clínico y al problema de la localización en el hombre (K. Lashley) no puede sino llevar a graves errores. La teoría de la evolución de las facultades psíquicas en el reino animal según líneas puras y mixtas, que se va imponiendo cada vez más en la psicología comparada actual, nos hace inclinarnos hacia la idea de que las unidades estructurales y funcionales en la actividad cerebral específicas del hombre, difícilmente pueden darse en el reino animal y de que el cerebro humano dispone, en comparación con los animales, de un principio localizador, gracias al cual ha llegado a convertirse en el órgano de la conciencia humana. 139

Segunda Parte

Vías de desarrollo del conocimiento psicológico

Principios de enseñanza basados en la psicología¹

Prólogo a la versión rusa del libro de E. Thorndike

Apartado 01

El amplio giro en la manera de enfocar y concebir la esencia, el objeto y los métodos de la ciencia psicológica que ha tenido lugar de manera ostensible en Rusia, no podría de ningún modo pasar desapercibido y no dejar huella en el conjunto del ámbito de la psicología aplicada, particularmente en la psicología pedagógica. Si en el campo de los conocimientos teóricos se está produciendo una transformación radical de las viejas concepciones e ideas y una reestructuración fundamental de conceptos y métodos, en las disciplinas aplicadas, en tanto que ramificaciones del tronco general, son también inevitables los mismos procesos, sutiles, pero fructíferos, de destrucción y reconstrucción de la totalidad del sistema científico. Podrán retrasarse, pero no dejarán de producirse.

Sin duda, ese inevitable retraso afectará también a la revisión crítica del conjunto del patrimonio científico de la psicología pedagógica, patrimonio que está indisolublemente ligado a la psicología tradicional y a la actual, a la empírica y a la experimental. Por eso ahora, cuando aún no se ha llevado a cabo esta revisión, reviste más importancia contar con libros adecuados que puedan ser utilizados en este período revolucionario de transición, en el que todo lo anterior está irremediablemente cuestionado y ya no se puede utilizar, pero en el que aún no ha sido creado lo nuevo capaz de sustituirlo. Los giros fructíferos y beneficiosos que acompañan a las crisis científicas llevan consigo casi siempre otra dolorosa y penosa crisis en la enseñanza y el estudio de esa ciencia. No obstante, renunciar a la psicología a la hora de elaborar un sistema educativo significaría renunciar a toda posibilidad de explicar y de fundamentar científicamente el propio proceso educativo, la propia práctica del trabajo pedagógico. Significaría, entre otras cosas, construir el corpus técnico de la educación social y de la escuela del trabajo sobre bases exclusivamente ideológicas. Significaría prescindir de los cimientos a la hora de construir la educación y prescindir de un eslabón de conexión entre las múltiples y abigarradas disciplinas metodológicas y pedagógicas. Dicho de 143 manera escueta y sencilla: renunciar a la psicología significa renunciar a la pedagogía científica. Ante esta disyuntiva, nos vemos obligados a optar por la línea de mayor resistencia.

Todo esto, que está completamente justificado por sí mismo, reviste además una especial importancia si tenemos en cuenta que la reestructuración de las ideas psicológicas que se está produciendo actualmente implica, como consecuencia inmediata, un giro radical en los enfoques científicos sobre la esencia del proceso educativo. Puede decirse que, por primera vez, la ciencia permite desvelar la verdadera naturaleza de la educación, que por primera vez el educador encuentra una base para hablar del significado exacto de la tarea educativa y de las leyes científicas que la rigen, en lugar de hablar sobre conjeturas y metáforas.

El problema educativo, como aclararemos más adelante, ocupa un lugar central en la nueva manera de enfocar la psique del hombre.

De ahí que la nueva psicología sea un fundamento para la educación en mucha mayor medida que lo era la psicología tradicional, como tendremos ocasión de demostrar en páginas sucesivas. El nuevo sistema no tendrá que esforzarse por extraer de sus leyes las derivaciones pedagógicas ni adaptar sus tesis a la aplicación práctica en la escuela, porque la solución al problema pedagógico está contenida en su mismo núcleo teórico, y la educación es la primera palabra que menciona. Por consiguiente, la propia relación entre psicología y pedagogía cambiará considerablemente, sobre todo porque aumentará la importancia que cada una tiene para la otra y se desarrollarán por tanto los lazos y el apoyo mutuo entre ambas ciencias.

El libro de E. Thorndike, al que estas páginas deberán servir de prólogo, va al encuentro de la necesidad que tienen la escuela y los maestros «de a pie» de un manual de psicología pedagógica que de respuestas a las necesidades de trabajo inmediatas durante estos momentos de transición. Puede ocurrir fácilmente que dentro de unos años este libro sea sustituido por otra obra más perfecta en ruso y pierda su carácter excepcional. Pero lo que podemos asegurar es que cuenta con todos los elementos necesarios para que durante los próximos años sirva a nuestros maestros como manual básico y guía psicopedagógica: el libro del período transitorio. Le confiere ese

¹ Publicado en Moscú en 1926 (The principles of teaching based on Psychology, 1906).

derecho, en primer lugar, el enfoque teórico en psicología que adopta el autor para interpretar los problemas generales y particulares planteados en la obra. Este enfoque puede definirse como un fiel modelo de lo que es una concepción objetiva y desarrollada de manera consecuente de la psique y del comportamiento del hombre, a lo que se añade una manera global de exponer y analizar los contenidos igualmente objetiva a lo largo de la obra.

E. Thorndike es uno de los más notables psicólogos experimentales de la actualidad. Es, con toda probabilidad, el fundador de la psicología del comportamiento, del llamado behaviorismo norteamericano, y de la psicología objetiva en general. Es curioso señalar que su nombre es mencionado por el académico I. P. Pávlov en el prefacio a la publicación «20 años de experimentos en el estudio de la actividad nerviosa superior (comportamiento) de los 144 animales» como el del primero de los creadores de la nueva psicología. Dice en él: «Debo reconocer que el honor de ser el primero en adoptar el nuevo camino debe serle conferido a Edward L. Thorndike (*Animal Intelligence: An Experimental Study of the Associative Processes in Animals*, 1898), que se ha anticipado en dos o tres años a nuestro experimento y cuyo libro debe ser considerado clásico, tanto por su concepción de la grandiosa tarea que se nos plantea como por la exactitud de los resultados obtenidos» (1950, pág. 18).

Este dato expresa por sí solo con claridad diáfana el hecho de que el enfoque teórico de Thorndike coincide plenamente con los planteamientos iniciales de los nuevos sistemas psicológicos que están surgiendo ante nosotros. Y basta con hojear su libro para convencerse de que comparte de lleno la idea clave de la nueva psicología: considerar la psique y el comportamiento humanos como un sistema de reacciones del organismo a los excitantes externos enviados por el medio ambiente y por los excitantes internos que surgen en el propio organismo. El comportamiento es para Thorndike un sistema de reacciones; la psique no es otra cosa que formas de comportamiento especiales muy complejas, esto es, en último término, las propias reacciones.

Naturalmente, el hecho de que el autor utilice un enfoque que interpreta decididamente todas las facetas de la psique del niño como una reacción de su comportamiento a determinados estímulos y que reduzca todo el proceso educativo a la modificación de reacciones innatas y a la creación de reacciones adquiridas durante el proceso de acumulación de experiencia supone una garantía de que el material experimental utilizado en cada capítulo no ofrece ninguna duda acerca de su fiabilidad científica, dejando a un lado el análisis especulativo de las vivencias espirituales subjetivas, de los sistemas de clasificación escolásticos.

Si a eso le añadimos el que la característica más notable quizá del libro de Thorndike es la orientación a la práctica que se trasluce claramente en la construcción de cada frase y en el desarrollo de cada pensamiento, su valor resulta incuestionable. Todo el contenido del libro está concebido en función de la práctica, para ser útil a la escuela y al maestro. La gran riqueza del material práctico que se ofrece, tanto para realizar ejercicios, como para ser discutido y analizado, permite profundizar en el contenido de cada capítulo no sólo desde un punto de vista teórico, sino desde el más plausible de la verificación directa. Cuando Thorndike expone los fundamentos pedagógicos derivados de la psicología, está siendo un representante modélico de la aplicación de los principios de su teoría a la enseñanza: tener en cuenta los principios didácticos de la materia y pulsar aquellos resortes de la psicología del lector que ponen en marcha sus mecanismos de asimilación. Exige del lector un planteamiento activo y una referencia directa a su práctica personal, a la que continuamente se está remitiendo el libro.

Todas esas características hacen de esta obra, a nuestro juicio, un manual fundamental a corto plazo para educadores y maestros, tanto para analizar la 145 labor pedagógica como para profundizar en el conocimiento de los fundamentos del trabajo educativo, siendo el tratado que más se acerca a la interpretación correcta de esta cuestión. Basta recordar la profunda insatisfacción que nos dejan casi todos los manuales existentes en ruso sobre esta materia, para que el valor del presente libro nos resulte especialmente apreciable.

De hecho, tanto los cursos de psicopedagogía que se imparten en los centros de enseñanza superior, como los manuales que defienden enfoques tradicionales, constituyen una ayuda muy pequeña para formar un concepto científico de la educación. Nos ceñiremos al problema esencial que afecta a estos textos, sin entrar en cuestiones de detalle. No explican el crucial problema de la propia naturaleza psicológica del desarrollo, el origen y evolución de la psique y de la personalidad del niño, dejando sin explicar los mecanismos que mueven esa evolución y que son la esencia del trabajo educativo. La psicología tradicional no localiza ni aclara esos mecanismos, bien silenciándolos, bien refiriéndose a ellos en términos tan crípticos que no explican nada y detrás de los cuales no se trasluce nada.

Pero ese no es un defecto exclusivo de los manuales rusos, sino un fallo estructural inherente al propio sistema psicológico que sirve de base a la elaboración de los cursos habituales. La psicología escolar tradicional estudia la psique en su estática y no en su dinámica, en sus formas estancadas y cristalizadas y no en el proceso de su origen, formación, y desarrollo. La propia idea del desarrollo brilla por su ausencia en casi todos los cursos más populares. Lo que describe y analiza, se clasifica y categoriza, es una conciencia ya terminada con todos sus atributos y componentes, como si hubiera existido durante siglos tal y como nos la descubre la introspección.

Al mismo tiempo, la psique infantil suele reconstruirse mediante el simple procedimiento de suprimir todas aquellas manifestaciones y particularidades de la psique adulta que se supone no pueden estar presentes en los niveles de edad estudiados. El resultado que se obtiene a partir de ese procedimiento es lo que queda establecido como la psique del niño de tal o cual edad. En sus etapas y manifestaciones previas, la ciencia carecía de los recursos conceptuales para evitar ese camino clara y evidentemente falso. No tenía otras alternativas porque sus raíces y el origen de su identidad parten de la introspección en el adulto. No le quedaba pues otro camino que descender en sentido inverso la escalera hacia la edad infantil y, mediante secuencia invertida, recurrir a procedimientos de sustracción, describiendo y definiendo continuamente la psique del niño a través de sus carencias, a través de lo que no tiene, recurriendo siempre a conceptos y términos negativos.

Esta es una formulación exagerada, pero no deformada, de la vieja psicología. Por cierto, más adelante tendremos ocasión de contraponer brevemente, pero de forma ostensible ambos puntos de vista. Diremos tan sólo que la psicología tradicional no podía en modo alguno detectar el único enfoque correcto posible, el de avanzar desde el niño hasta el adulto para 146 estudiar la psique, porque estaba constreñida por su propia esencia a constatar infructuosamente rasgos aislados e incompletos de la psique del niño, porque desconocía el secreto de las leyes científicas universales del desarrollo psíquico y de la esencia de la educación.

El camino que adopta la nueva psicología —y que es también el de Thorndike— es el opuesto. De ahí que no incurra en los defectos de los cursos académicos al uso, trasladándonos de la psicología descriptiva y fragmentada a un sistema científico explicativo y generalizador de conocimientos sobre el comportamiento del hombre, sobre los mecanismos que rigen el desarrollo y la dirección de ese comportamiento y sobre la orientación educativa de los procesos de evolución, formación y crecimiento de la conducta.

A pesar de todo, el libro adolece de defectos bastante considerables. El principal consiste en la discrepancia conceptual entre la parte pedagógica y la parte psicológica: a veces el autor no llega a conclusiones pedagógicas fundamentales que le dictarían inexorablemente sus argumentos psicológicos. El nuevo concepto de psique no le obliga, al parecer, a nuevas formulaciones sobre la educación. Si se me permite, diré que si en psicología se le puede considerar como un bolchevique, en teoría de la educación sigue siendo un cadete 1. Compagina perfectamente su extremo radicalismo en un campo con su liberalismo en el campo colindante que depende de él.

En su conjunto, el fundamento psicológico del libro se asienta en una práctica pedagógica ajena al sistema escolar. La escuela sigue siendo para el autor preferentemente un instrumento para desarrollar el intelecto; no critica la enseñanza sino tímidamente y únicamente introduce el trabajo práctico como método auxiliar (trabajo manual, oficios, etc.) y en una mínima proporción. La divergencia entre ambas líneas se hace especialmente patente en los capítulos en que el autor aborda la educación moral, ante la cual reconoce la casi total impotencia de la escuela. «El alimento del alma con ideas nobles, buenos ejemplos en la familia y la escuela, etc. constituye el tipo de razonamiento que imprime a su precisa y sesuda prosa científica cuando se refiere a la moral. Es en ese punto donde la psicología se mide y se corta por el patrón de la escuela del aprendizaje de inspiración norteamericana y no por el de la escuela del trabajo.

Ese es el motivo por el que apenas se tiene en cuenta el peso social en la educación. El maestro continúa siendo la instancia suprema, el motor principal del proceso pedagógico, la fuente de luz y enseñanza. La educación va dirigida del maestro al alumno, manteniendo un carácter profundamente individualista: recuerda, según la expresión de un autor, un duelo pedagógico entre el maestro y el discípulo. No obstante, precisamente la teoría psicológica que defiende Thorndike encierra enormes posibilidades para construir una pedagogía social y permitiría lograr un nivel y profundidad de desarrollo de la disciplina hasta ahora impensables.

El autor expone y explica los objetivos de la educación y de la escuela, al margen por completo de la pedagogía emergente en la actualidad y la 147 ideología que rige en la escuela ha encontrado un lugar en el libro, si bien en forma contenida. Todo ello se aleja decididamente de nuestra pedagogía y conserva claras huellas del sistema norteamericano oficial. «Los ideales de la actividad, el honor, el deber, el amor y la obediencia» son los ideales de ese sistema, utilizando las propias palabras de Thorndike.

El propio título del libro, «Principios de enseñanza, basados en la psicología», expresa y da la medida exacta del grado de divergencia entre el libro de Thorndike y la pedagogía soviética que más adelante esbozaremos brevemente. En la medida en que esta obra se dirige a un sistema escolar que da prioridad a la instrucción y al aprendizaje, limita y silencia los aspectos propiamente pedagógicos, minimizando los problemas con frecuencia —como ya cabe esperar a partir del título— y deformando los objetivos básicos de la educación, al presentarlos bajo una falsa apariencia.

Otro rasgo negativo de la obra sobre el que conviene incidir es la ausencia de toda teoría biológica y socio-psicológica que permita establecer generalizaciones sobre el comportamiento, constituido por reacciones innatas y adquiridas. Todas las ideas acertadas y valiosas que aparecen en la obra se refieren siempre a casos particulares, nunca se formulan conjuntamente ni se expresan de principio a fin. De ahí la visible incoherencia y fragmentación de ciertas observaciones sobre las reacciones y sus leyes evolutivas; de ahí también

la falta de claridad en la exposición científica de los fundamentos que rigen la clasificación, en la terminología empleada y los demás métodos.

El segundo defecto del libro no es estructural, por el contrario, todas y cada una de sus partes y sus distintas tesis presentan una coherencia interna, todas están trabadas por una teoría psicológica general, cada capítulo tiene el mismo fundamento que los restantes. Pero podríamos decir que esta teoría básica general, aunque esté presente en cada página, no lo está de forma evidente, es imperceptible y poco manifiesta; puede pasar desapercibida incluso para un lector atento. Hay que descubrirla.

El libro está escrito de forma que cada capítulo presupone el conocimiento de determinados fundamentos teóricos. En la versión original, el autor antepone a cada capítulo una referencia a los correspondientes párrafos de su libro «Elementos de psicología» (1920)*, necesarios para esa preparación teórica, y en el prólogo dice que la obra «exige de quienes la quieran estudiar conocimientos de psicología elemental, sobre todo de psicología dinámica». Las referencias que figuran bajo el título «a modo de preparación» persiguen ese fin. Se remiten al citado libro del autor, que viene a servir de introducción a la presente obra, aunque cualquier curso corriente de psicología que valore en su justa medida las actividades paralelas puede proporcionar la preparación necesaria. Se dice claramente que los «Principios de la enseñanza...» están estructurados a partir de esa introducción teórica que se supone como condición previa obligada para el estudio del libro. Por tanto, está deliberadamente diseñado en el marco de otro curso distinto. 148

Dejando a un lado determinadas deficiencias de menor importancia, la valoración crítica del libro se reduce a las dos observaciones anteriormente señaladas. Sin embargo, es evidente que ambos defectos son tan capitales como los méritos. Esta introducción tiene por objeto, si no intentar suprimirlos, suavizar al menos su aspereza y restarles la importancia central que se les concede, para lo cual hemos incluido en el texto del libro dos correcciones críticas desde nuestra posición teórica en psicología y pedagogía, al objeto de proporcionarle un fundamento pedagógico-social y biopsicológico. Hemos optado por el camino que nos parecía más fácil y razonable, incluyendo estas necesarias enmiendas en forma de prólogo crítico al libro, así como dos breves opúsculos de introducción a los capítulos en los que se exponen de modo conciso y resumido las formulaciones y esquemas en psicología y pedagogía necesarios para la asimilación crítica del manual. Hemos renunciado también a polemizar con el autor con notas al pie porque habría que hacerlo con agotadora frecuencia y porque el propio objetivo de la obra excluye la posibilidad de semejante polémica. Eso vale también para los anexos. Tampoco hemos querido inmiscuirnos en el propio texto, a través de la traducción, ni modificar radicalmente partes enteras, porque significaría restarle integridad y anular su esencia científica, lo que podría conducir fácilmente no a mejorar, sino a empeorar la cuestión.

Para ello, nos hemos visto obligados a detenernos en observaciones previas, encaminadas a orientar críticamente al lector en la parte pedagógica y a proporcionarle un punto de vista crítico general en la parte psicológica. Ambos opúsculos persiguen únicamente esta función auxiliar. En caso de que el lector no tenga acceso a las publicaciones pertinentes, puede, en nuestra opinión, utilizar con éxito ambos opúsculos como capítulos de introducción al libro.

Queremos señalar una vez más que, si en lo que se refiere a la parte pedagógica y a los opúsculos mantenemos un punto de vista crítico con respecto al autor (derivado, no obstante, de su propia teoría), las premisas científicas que formulamos a continuación respecto a la parte psicológica, basándonos en publicaciones rusas, no constituyen en forma alguna un apéndice artificioso ajeno al sistema conceptual desarrollado en el libro, sino que se limitan a descubrir y a explicitar el sistema subyacente, quizá no con palabras y términos próximos al estilo del autor, sino con conceptos y principios científicos que coinciden íntegramente con él. La observación del académico Pávlov, que hemos citado anteriormente, puede ser el mejor testimonio de ello.

Apartado 02

En el sentir popular, comúnmente compartido, la psique se encuadra en una categoría de fenómenos muy especial y se la considera como algo diferente del resto del mundo, como algo supramaterial y no físico. Cuando 149 nos referimos a la memoria, a la voluntad o a los pensamientos, habitualmente se da por sobreentendido que se trata de fenómenos especiales que no pueden compararse con nada, de algo distinto a todo lo que sucede en el mundo.

En este sentido, tanto el punto de vista popular como la terminología empleada coinciden por completo con las afirmaciones científicas de la psicología tradicional, que considera como una de sus premisas fundamentales la distinción radical entre lo psíquico y lo físico. Naturalmente, esa concepción dejaba sin respuesta los problemas principales que atañen al origen, evolución y función de la psique humana.

A ese enfoque sobre el alma y el cuerpo, que afirma la dualidad de la naturaleza humana, la existencia de partes característicamente diferenciadas que no se pueden agrupar bajo un principio único, y la existencia independiente de entes y fenómenos espirituales se la conoce bajo la denominación de dualismo y espiritualismo. Y la obligada conclusión de esa teoría es que es imposible explicar las

particularidades de la psique. Estudiar un hecho aislado por completo del mundo restante, desprovisto de la interrelación que hay entre los fenómenos, significa condenar a priori al objeto de estudio a permanecer inexplicado. Explicar científicamente algo no significa otra cosa que descubrir su conexión con otros fenómenos e integrar el nuevo conocimiento en la trama y en el sistema de lo que ya se conoce, lo cual constituye un modo de proceder completamente opuesto al que sostiene el enfoque tradicional. De ahí la manifiesta esterilidad, tanto teórica como práctica, de la ciencia psicológica en la resolución de los problemas esenciales: pese a que el viejo modelo todavía permite relacionar y explicar hechos aislados, ese modo de interpretar los hechos cierra a perpetuidad el acceso a los conceptos generales.

Aparte de la esterilidad estrictamente de método, la psicología tradicional tiene un defecto: la realidad no justifica en modo alguno ese concepto de la psique —como cualquiera puede apreciar—. Por el contrario, cualquier hecho y cualquier acontecimiento confirman abiertamente la tesis opuesta: la psique, y todos sus delicados y complejos mecanismos, está inserta en el sistema general de comportamiento humano, cada una de sus manifestaciones está totalmente impregnada de esa mutua relación. No permanece aislada ni separada del resto del mundo y de los procesos del organismo ni una milésima de segundo, que es el tiempo neto que calculan los psicólogos para los procesos psíquicos. Quien sustente en sus investigaciones lo contrario estará estudiando una configuración irreal de la propia inteligencia, quimeras en lugar de hechos, constructos terminológicos en lugar de hechos reales auténticos.

Por eso, tal como reconoce un observador muy competente en una revisión de teorías científicas, la psicología tradicional carece de un «sistema reconocido por todos». El psicólogo de nuestros días —dice el mencionado investigador— se asemeja a Príamo sentado en las ruinas de Troya (N. N. Langué, 1914, pág. 42). El mismo denomina la crisis actual de la **150** psicología empírica como la crisis de los propios fundamentos de la ciencia, comparándola con un terremoto. Basta recordar por ejemplo, afirma, el hundimiento de la alquimia, a pesar del gran número de experimentos exactos realizados por los viejos alquimistas, o también los cambios radicales en la historia de la medicina. Es muy importante señalar que esta crisis se ha manifestado abiertamente mucho antes de que se produjera la discusión científica entre los partidarios de la psicología objetiva y de la psicología subjetiva que se está desarrollando actualmente en Rusia. Ya W. James dijo de la psicología tradicional que era un montón de material en bruto en el siguiente razonamiento: «¿Qué es la psicología en los momentos actuales? Un montón de material empírico en bruto, una considerable discrepancia de opiniones, una serie de débiles intentos de realizar categorizaciones y generalizaciones empíricas puramente descriptivas, el prejuicio profundamente enraizado de que dominamos, aparentemente, los estados de conciencia y de que nuestro cerebro condiciona su existencia, pero ni una sola ley, en el sentido en que se utiliza este término en el campo de los fenómenos físicos, ni una sola tesis de la que se puedan extraer conclusiones por el camino de la deducción» (1911, pág. 407).

Es evidente que la impotencia de la ciencia psicológica en el plano general se hacía mucho más patente en el plano aplicado de la pedagogía. Ya hemos señalado antes cómo los problemas de la dinámica interna del desarrollo y de los cambios fruto de la educación le resultaban ajenos y estaban por encima de sus posibilidades. Además, sus conclusiones prácticas adolecían siempre de un empirismo aproximativo y burdo, eran generalizaciones en bruto a partir de un experimento inicial. Reducía mecánicamente la personalidad del niño y la totalidad del proceso educativo a una serie de funciones psicológicas concretas (facultades, fenómenos), separadas entre sí por una muralla china y aisladas de los restantes procesos vitales que tienen lugar en el organismo del niño por infranqueables trincheras. Y este mosaico psicológico, esta teoría del desarrollo fragmentaria construida a base de retazos, se ajustaba perfectamente a ese otro mosaico pedagógico, que secciona el proceso integral del niño en crecimiento en trozos, en cosas, en facultades.

La nueva psicología parte de la idea de la indisoluble ligazón que une a la psique con los restantes procesos vitales del organismo, buscando el sentido, el significado y las leyes de desarrollo psíquico precisamente en la integración de la psique en el conjunto de las demás funciones vitales del organismo. El principio explicativo fundamental básico que se pone en juego en este caso es la fundamentación biológica de la psique. La psique es concebida como una función más del organismo que comparte con las demás funciones una característica más importante y básica: al igual que las otras funciones del organismo, es una adaptación biológica al medio útil y vital. No es difícil establecer el significado biológico general de la psique y el lugar que ocupa entre las restantes formas de adaptación con ayuda de los esquemas de clasificación de las principales formas de adaptación, tomados del libro del académico A. N. Siévertsov «La evolución y la psique» (1922). **151**

La clasificación de las formas e adaptación del organismo al medio es muy sencilla: en primer lugar, están las formas hereditarias y las no hereditarias, adquiridas en el curso de la experiencia individual; en segundo lugar, unas y otras pueden suponer cambios en la estructura del organismo, como por ejemplo la modificación de algún órgano, o bien pueden manifestarse en cambios de conducta que no suponen ninguna variación estructural en el organismo. Es bien sabido por todos que, debido a la evolución, la estructura de casi todos los órganos de los animales se han adaptado a las condiciones ambientales más cruciales para su existencia. Darwin explicó cómo el mecanismo de estos dispositivos hereditarios, al que denominó selección natural, queda fijado a través de la transmisión hereditaria de aquellos rasgos adaptativos útiles para la vida.

Pero el cambio hereditario de los órganos es un proceso muy lento, que responde a las también lentas variaciones del medio. Los organismos disponen, además, de un procedimiento mucho más rápido y flexible de adaptación a las variaciones del medio: el cambio funcional del órgano, que tiene lugar como resultado de la experiencia individual de cada ser. En esos casos se trata de una adaptación rápida mediante cambios insignificantes de los órganos que se siguen de un entrenamiento intensivo. Este otro grupo de adaptaciones da lugar a cambios en la conducta de los animales que no llevan implícitas variaciones en la organización estructural.

Los reflejos (la tos, los reflejos protectores como el cierre de los párpados, la brusca retirada de una parte del cuerpo, etc.), al igual que los instintos, son el primer grupo de adaptaciones que constituyen el capital biológico acumulado por toda clase de experiencias y pertenecen enteramente al primer grupo de cambios hereditarios en la estructura del organismo: son también útiles (instinto constructor de las hormigas, las aves, las abejas, etc.), están también adaptados a las condiciones del medio, varían también lentamente y siguen el mismo camino evolutivo de selección natural o de mutación.

El segundo grupo de adaptaciones mediante cambios de comportamiento sin alteraciones de organización está integrado por las denominadas conductas de tipo inteligente que constituyen el ámbito de la psique en sentido lato. Surgen en el transcurso de la experiencia individual y abarcan el conjunto de aquellos movimientos, formas de comportamiento y actos del animal que persiguen el mismo objetivo de adaptación al medio y de mantenimiento de la vida. Por consiguiente, la estructura general de las cuatro formas más importantes de adaptación biológica adopta la siguiente configuración:

I. Adaptaciones hereditarias a cambios muy lentos del medio:

- 1) cambios hereditarios en la estructura de los animales;
- 2) cambios hereditarios de comportamiento sin alteraciones de la estructura (reflejos e instintos).

II. Adaptaciones no hereditarias a cambios relativamente rápidos del medio: 1) cambios funcionales estructurales de los animales; 152
2) cambios de comportamiento de tipo inteligente (psíquico) de los animales.

Este esquema permite aclarar fácilmente la naturaleza de la psique y su posición entre otras formas de adaptación biológica: el comportamiento es el mecanismo más flexible, variado y complejo, que proporciona a las reacciones de adaptación su enorme diversidad y una sutileza sin precedentes. A él le debe precisamente el hombre el dominio de la naturaleza y las formas superiores de adaptación activa de esa naturaleza a sus propias necesidades, en contraposición a la adaptación pasiva de los animales al medio.

El comportamiento del animal y del hombre está compuesto de reacciones. La reacción es el mecanismo básico por el cual se rige la organización de todas las conductas, desde las formas más simples de las reacciones de los infusorios hasta los más complejos actos y modos de actuar del hombre. Reacción es un concepto amplio de carácter biológico general. Podemos hablar de reacciones en las plantas, cuando tienden hacia la luz; de reacciones en los animales, cuando la polilla vuela hacia la llama de la bujía o cuando el perro segrega saliva a la vista de la carne; de reacciones en el hombre cuando, tras escuchar los elementos de un problema efectúa una serie de cálculos para resolverlo. En los tres casos aparecen claramente los tres componentes básicos de toda reacción.

La reacción es una respuesta del organismo, un acto de adaptación de éste a tal o cual elemento del medio que actúa sobre él. Por eso, el principal aspecto de toda reacción supone, obligatoriamente, la percepción por parte del organismo de esa influencia del medio, de cualquier excitación que actúe sobre el organismo bien desde fuera bien desde el interior del propio organismo. La luz para las plantas, la llama de la bujía para la polilla, la visión de la carne para el perro, los elementos del problema para el hombre, también actuarán en nuestro ejemplo de excitantes, de puntos de partida y estimulantes de reacciones. A ese primer aspecto le sigue invariablemente el segundo: los procesos internos en el organismo provocados por la excitación obtenida estimulan el acto de respuesta de este último. Es, por así decirlo, la transformación de la excitación dentro del organismo. En nuestro ejemplo se tratará de los procesos químicos que surgen en la planta bajo la acción de la luz y en el organismo de la polilla bajo la de la llama, el recuerdo de la comida en el perro, los pensamientos en el hombre. Finalmente, el tercer componente de la reacción es el producto de los procesos internos: el propio acto de respuesta del organismo, el movimiento de adaptación, la secreción, etc. Es la flexión del tallo en la planta, el vuelo de la polilla, la secreción de la saliva en el perro, los cálculos realizados en el papel por el hombre.

Cualquier reacción consta obligatoriamente de esos tres componentes. Pero a veces uno de ellos, o incluso todos, adoptan formas tan complicadas y sutiles que resulta imposible descubrirlos a simple vista. Un análisis científico exacto descubrirá infaliblemente siempre la presencia de los tres. Alguna vez, la excitación actúa en una unión tan compleja de los más 153 diferentes elementos del medio y el organismo que resulta difícil disociarlos y señalar su acción con exactitud. A veces, el acto de respuesta adopta formas tan desfiguradas, tan reducidas e imperceptibles, que a simple vista parece que no existe. En tales casos, son necesarios procedimientos especiales para detectarlo y observarlo. Así sucede, por ejemplo, con el lenguaje interno, el denominado pensamiento silencioso, cuando las reacciones motrices del lenguaje están inhibidas, no se manifiestan y transcurren en forma de movimientos internos casi imperceptibles o de variaciones del pulso, de la respiración o de otras reacciones somáticas, y que constituyen la base de las emociones.

Finalmente, los procesos internos menos estudiados, a los que nos hemos referido como el segundo componente de la reacción, adoptan con mucha frecuencia una especial complejidad. En tales casos se produce a veces tal separación entre el momento de la excitación y la respuesta a ella, que resulta difícil relacionar una y otra sin recurrir a un complicadísimo análisis específico. Y todavía es más frecuente el caso de una interacción tan compleja de procesos internos provocados simultáneamente por gran número de excitantes heterogéneos, de una lucha y un enfrentamiento tan grande de estímulos, aliados unas veces y hostiles otras, que el proceso de la reacción adquiere un carácter extraordinariamente complejo y no siempre previsible de antemano. Pero en cualquier momento y condición y por muy complejo que sea el comportamiento del hombre, éste se rige y estructura en base a reacciones.

Este mecanismo explica por igual las formas de comportamiento hereditarias y las adquiridas. El grupo de reacciones hereditarias está compuesto por reflejos, que habitualmente se definen como diversas reacciones funcionales orgánicas e instintivas que constituyen formas de reacción más complejas del comportamiento global del organismo. Unos y otros son hereditarios, uniformes, extremadamente rígidos y en conjunto útiles, y por su significado y origen biológicos son idénticos a las transformaciones heredadas de la estructura del organismo, habiendo surgido también por la selección natural.

Mucho más complicada pareció durante largo tiempo la cuestión relativa al origen de las formas de comportamiento no heredadas. Podemos afirmar que sólo en las últimas décadas y gracias a los trabajos experimentales de la escuela fisiológica rusa (experimentos de Pávlov y Békterev) y a las investigaciones de la psicología del comportamiento norteamericana (Thorndike y otros) el problema ha encontrado la solución científica definitiva. El núcleo de esta solución, que está muy cerca de la explicación darwinista en su explicación del origen de la experiencia individual, se puede resumir en lo que sigue.

Se ha logrado establecer experimentalmente de forma irrefutable el hecho de que las reacciones innatas del animal y del hombre no son invariables, permanentes ni indestructibles. La conexión que hay en toda reacción innata entre un elemento cualquiera del medio y el acto de respuesta del organismo puede variar en determinadas circunstancias. Esto es, se puede formar una **154** nueva conexión entre ese mismo acto del organismo y un nuevo elemento del medio.

Así, si damos carne al perro, éste segregará saliva. Ese es un reflejo simple o no condicionado, una reacción innata. Si a la vez que le damos la carne (o algo antes) influimos además sobre el perro con un excitante extraño, como por ejemplo un timbre, al cabo de haber hecho coincidir en varias ocasiones la acción conjunta de ambos excitantes, el perro comenzará a segregarse saliva al oír el timbre, aunque no le hayamos dado carne ni le hayamos enseñado. En el perro se ha establecido una nueva conexión, que no le viene dada al animal por la experiencia heredada, entre el acto anterior y el nuevo elemento del medio (el timbre). El perro ha aprendido a reaccionar al timbre como nunca lo hubiera hecho antes en una situación normal. Esta nueva reacción (secreción de saliva en respuesta al timbre) puede ser denominada reflejo condicionado, ya que ha surgido en la experiencia individual, precisamente cuando se ha producido la acción combinada simultánea del nuevo excitante con el anterior.

Experimentos similares han conseguido establecer que se pueden formar y fijar nuevas condiciones de conexión entre cualquier elemento del medio y cualquier reacción del organismo. Con otras palabras, cualquier fenómeno, cualquier objeto, pueden convertirse en determinadas circunstancias en estímulos de cualquier reacción, de cualquier movimiento y acto. Con ello, se pone de manifiesto la enorme relevancia biológica de este tipo de nuevas conexiones del organismo con el medio: los reflejos condicionados. La aparición de tales conexiones supone una infinita variedad de respuestas del organismo a diferentes combinaciones de los elementos del medio, una tremenda complejidad de las posibles reacciones entre el organismo y el medio y una extraordinaria flexibilidad de los movimientos de adaptación del organismo.

Esta importancia crece aún más si añadimos otra particularidad de los reflejos condicionados. Se trata de que pueden establecerse nuevas conexiones combinando no sólo un reflejo no condicionado con un excitante neutro, sino también combinando un reflejo condicionado con un nuevo excitante. Con otras palabras, se pueden provocar y fijar nuevas conexiones no sólo sobre la base de reflejos innatos, sino de reflejos condicionados. Si hemos conseguido en el perro un reflejo condicionado al timbre, bastará ahora combinar la acción de este último con cualquier nuevo excitante, como rascar al perro, para que al cabo de cierto tiempo se forme en él un nuevo reflejo. Ahora segregará saliva con sólo rascarle. Es un reflejo condicionado de segundo grado o de segundo orden, ya que ha sido creado sobre la base de un reflejo condicionado.

Caben también superreflejos de orden superior: un reflejo condicionado de tercer grado, inducido sobre la base del de segundo grado, etc. Todos los datos permiten suponer que el límite de formación de estos superreflejos, si es que existe, está muy lejano y que por tanto son posibles grados extraordinariamente altos de reflejos condicionados, es decir, extraordinariamente **155** alejados de la base inicial y de la concepción innatista de la relación entre el organismo y el medio. Esta circunstancia permitió a los animales superiores desarrollar de tal forma las reacciones preventivas, adaptarse a tan lejanas señales y a precursores de futuras excitaciones, que este tipo de

comportamiento pasó a desempeñar un enorme papel en la conservación del individuo. En concreto, estos superreflejos permitieron al hombre desarrollar el conjunto de formas complejas de actividad mental y de actividad laboral.

La investigación experimental ha desvelado que el carácter de la conexión tampoco es algo rigurosamente uniforme. Pueden darse los denominados reflejos de huella, en los que el acto respondiente se manifiesta después de haberse interrumpido la acción del excitante condicionado, o los reflejos retardados, en los que la reacción de respuesta parece retardarse, retrasarse temporalmente, con respecto al excitante y aparece al cabo de un intervalo de tiempo de haber comenzado a actuar éste. También puede haber una diferenciación muy compleja del excitante en cuanto a fuerza, calidad y ritmo, de modo que el organismo lleva a cabo antes de reaccionar una complejísima actividad de análisis, en la que parece que descompusiese la realidad en sus más sutiles elementos y fuera capaz de plasmar con extraordinaria sutileza las conexiones de sus reacciones con unos u otros elementos del medio.

Finalmente, el comportamiento del animal se ve enormemente complicado por la interacción de algunos reflejos y excitantes. Si durante la reacción refleja comienza a actuar un determinado excitante extraño lo suficientemente potente, inhibirá el curso de la reacción, deteniendo su acción. Si a la acción de este excitante incorporamos una tercera nueva excitación, ésta ejercerá una acción inhibitoria en la segunda y en la acción refrenadora de ésta, produciendo la desinhibición de la reacción. Caben relaciones muy complejas de inhibición total y parcial, diferentes relaciones mutuas entre grupos de reflejos que actúen simultáneamente.

Estos y otros muchos datos que se han obtenido mediante procedimientos científicamente válidos respaldan una explicación del proceso evolutivo del comportamiento del hombre en los siguientes términos. El comportamiento debe ser considerado un conjunto de reacciones de los más diferentes tipos, enormemente diversas y complicadas. Al mismo tiempo, el comportamiento se sustenta sobre las reacciones innatas (reflejos, instintos y reacciones emocionales), que son como el capital hereditario que tienen los mecanismos biológicos racionales, adquiridos en el curso de la prolongadísima experiencia de la especie. Sobre la base de esas reacciones innatas surge y se edifica la nueva planta de la experiencia personal, los reflejos condicionados, que son básicamente las mismas reacciones innatas, pero descompuestas y reajustadas y que han establecido nuevas y multiformes conexiones con el mundo circundante. El reflejo condicionado es precisamente el nombre que recibe el mecanismo de adaptación de la experiencia biológica hereditaria de la especie a las condiciones de vida individuales de cada uno de los seres que integran la especie, transformándola en experiencia propia. 156

Por consiguiente, el comportamiento del hombre se nos revela no sólo como un sistema estático de reacciones ya elaboradas, sino como un proceso ininterrumpido de aparición de nuevas conexiones, de establecimiento de nuevas relaciones de dependencias, de elaboración de nuevos superreflejos y al mismo tiempo de interrupción y destrucción de las conexiones anteriores, de desaparición de reacciones previas. Y, lo que es más importante, como una lucha entre el mundo y el hombre que no cesa ni un segundo y que exige ajustes instantáneos, una complejísima estrategia por parte del organismo y una pugna entre muchas y diversas reacciones dentro de él por la preponderancia, por el dominio de los órganos de trabajo, ejecutivos. En una palabra, el comportamiento del hombre se desvela en toda su complejidad real, en su potente significado, como un proceso dinámico y dialéctico de lucha entre el hombre y el mundo y dentro del propio hombre. Ese es el primer fruto inicial de la nueva psicología.

Apartado 03

Del sucinto y superficial esbozo que acabamos de hacer sobre la composición de nuestro comportamiento se desprende ya claramente el carácter socialmente condicionado de las reacciones humanas. Hemos visto, de hecho, que las ciencias naturales experimentales han establecido el mecanismo de formación de la experiencia individual, del comportamiento mismo. Como consecuencia, éste (en tanto que sistema de reacciones condicionadas) se origina ineludiblemente a partir de reacciones innatas o no condicionadas, debido a determinadas circunstancias que regulan y rigen por completo el proceso de su creación.

¿En qué se basan estas condiciones? No es difícil ver que se basan en la organización del medio: la experiencia propia se forma y organiza como copia de la organización de los diferentes elementos en el medio. En esencia, todos los experimentos de Pávlov se limitaban únicamente a la conocida organización experimental del medio en que está situado el perro, y sus principales preocupaciones estaban orientadas precisamente a la posibilidad de organizar perfectamente el medio, realizando diferentes combinaciones de elementos con el máximo rigor. Tampoco es difícil comprender que el medio, como fuente de todos los excitantes que actúan sobre el organismo, desempeña con respecto a cada uno de nosotros el mismo papel que el laboratorio pavloviano con relación a los perros que sometía a experimentación. Allí, la combinación artificial de elementos conocidos (carne, timbre) daba lugar a nuevos reflejos condicionados, sólo que bajo influencias muchísimo más complejas. El medio (concretamente el medio social en el caso del hombre, porque para el hombre de hoy incluso el medio natural sólo puede ser parte del medio social y no puede haber nexo alguno fuera de las relaciones sociales) lleva implícito en sí, en su organización, las condiciones que conforman toda nuestra experiencia. 157

Por tanto, todo el proceso de adaptación de la experiencia heredada a las condiciones de vida individuales viene completamente determinada por el medio social. Porque, en último término, la experiencia heredada también está determinada y condicionada por

influencias más antiguas del medio y porque, en último término, también el hombre debe asimismo su origen y estructura al medio. Toda la conducta del hombre (compuesta de las reacciones no condicionadas que proporciona la experiencia hereditaria, y que se ven multiplicadas por las nuevas conexiones condicionadas que surgen en la propia experiencia) consiste en el medio multiplicado por el medio. Es decir, lo social al cuadrado.

De aquí se desprende una primera e importantísima conclusión. Todo el proceso educativo -tiene una estricta explicación psicológica. No podemos concebir ya al niño recién nacido como una *tabula rasa*, como una hoja de papel en blanco, en la que la educación puede escribir todo cuanto quiera. Tampoco hablaremos imprecisamente de la influencia de la herencia y la educación como de la suma mecánica de dos grupos de reacciones. Representaremos todo el proceso en las líneas que siguen.

El niño recién nacido dispone ya en el instante de su nacimiento de todos los órganos de trabajo en funcionamiento y es heredero de un enorme capital patrimonial de reacciones de adaptación, no condicionadas. Todos los movimientos que haya podido ejecutar alguna vez el hombre cuando fueron escritos los libros de Shakespeare, realizadas las campañas de Napoleón, descubierta América por Colón, no encierran ni un solo movimiento del que no goce el niño en la cuna. La única diferencia estriba en la organización y la coordinación.

¿Cómo surge el comportamiento lógico e inteligente del hombre a partir del caos de los movimientos no coordinados del niño? Surge, según se puede juzgar por los datos actuales de la ciencia, debido a la acción planificada, sistemática, y autodirectiva a la que el niño se incorpora. Sus reacciones condicionadas se forman y organizan bajo la influencia predeterminante de los elementos del medio.

No hay que cerrar los ojos, evidentemente, al papel que desempeña el organismo del niño en la constitución y desarrollo de la propia experiencia. Pero en primer lugar, si lo interpretamos de una manera amplia, el propio organismo es una parte del medio (en el sentido de la influencia que ejerce sobre sí mismo). El organismo desempeña con respecto a sí mismo el papel de medio. En segundo lugar, la organización biológica del organismo está condicionada y determinada, en último término, por las influencias anteriores del medio. Finalmente, funciones biológicas fundamentales del organismo, como el crecimiento, la formación de las partes del cuerpo y de los órganos, sus funciones fisiológicas, etc. (tal y como nos ha sido desvelado, por ejemplo, por el estudio de la secreción interna), resultan estar estrechamente ligadas a otras funciones del organismo y al comportamiento, ese mecanismo de estrechísimo contacto con el medio. Todo ello permite hablar del organismo únicamente en términos de su interacción con el medio. 158

Pero si contraponemos estrictamente los procesos internos del organismo a los que tienen lugar fuera de él y tratamos de establecer qué es lo que hay que atribuir a unos y a otros en esa intervención, veremos también entonces que su propia esencia está condicionada por el medio. Por eso, un psicólogo definirá con facilidad la educación como un proceso de acumulación y elaboración de reacciones condicionadas, de adaptación de las formas de comportamiento heredadas a las condiciones del medio, de cierre de nuevas conexiones entre el organismo y el medio, es decir, un proceso condicionado en cada punto del recorrido.

Y ese rasgo ha sido siempre una constante en la educación, en todas las épocas, independientemente de su denominación y cualquiera que fuera su ideología: toda educación ha sido siempre una función del régimen social. Toda educación ha sido siempre esencialmente social, en el sentido de que, al fin y al cabo, el factor decisivo para el establecimiento de nuevas reacciones en el niño venía dado por las condiciones que tenían su origen en el medio o, más ampliamente, las interrelaciones entre el organismo y el medio.

En los antiguos liceos, los seminarios, los colegios de señoritas, no eran los maestros, las preceptoras, ni los celadores quienes en último término educaban, sino el medio social establecido en cada uno de estos centros de enseñanza. En consecuencia, va desapareciendo la idea tradicional del maestro como el motor principal y casi único del proceso educativo. El niño ha dejado de ser el recipiente vacío que el maestro llena con el vino o el agua de sus lecciones. El maestro ha dejado de ser la bomba que trasiega los conocimientos a los educandos. En líneas generales, el maestro habrá dejado además de influir directamente en los alumnos, de ejercer una acción educadora directa en tanto en cuanto no actúe como parte del medio.

Y la enorme importancia, excesivamente grande, del maestro en la escuela estaba condicionada precisamente por el hecho de ser el motor principal, la parte fundamental del medio educativo. Debido a ello olvidaba sus obligaciones directas. Desde un punto de vista científico, el maestro es sólo el organizador del medio educativo social, el regulador y controlador de la interacción de ese medio con cada alumno. Aquí hay que aclarar algo.

La labor del maestro, como cualquier otro trabajo humano, tiene un doble carácter. Lo más sencillo es mostrarlo con un ejemplo. Comparemos un cochero japonés —un rickshaw, que se unce a un cochecito y transporta de este modo a los viajeros por las calles de la ciudad— con el conductor de un tranvía. El primero desempeña un doble papel: por un lado, está sustituyendo al caballo o a la fuerza del vapor o de la electricidad, está siendo una determinada fuente de energía física que aplica a su sencillo cochecito, está siendo parte de ese simple mecanismo de transporte; por otro lado, está ejerciendo, aunque a escala reducida un papel completamente diferente: el

de organizador de esta poca complicada producción, jefe de este dispositivo, su administrador. Ejecuta una parte del trabajo que sólo puede realizar un hombre: pone en movimiento y detiene el coche, evita los 159 obstáculos, baja las varas, etc. Esa dualidad también se conserva en el trabajo del conductor de un tranvía: él es también fuente de energía física, una simple parte de la máquina, cuando mueve con la manecilla el freno o el motor o los desplaza a un lado u otro con su fuerza física. Pero está mucho más claro su otro papel: el de organizador y administrador de esa máquina, el de soberano de la corriente, las ruedas y el vagón.

Sin embargo, estos dos elementos, que obligatoriamente están presentes en todo trabajo humano, han cambiado su posición relativa. En el rickshaw, predomina el trabajo físico; el cansancio proviene precisamente de reemplazar al caballo. Con todo, el hombre puede prescindir del caballo, pero éste no puede de ninguna manera prescindir del hombre: es decir, aunque el papel de rickshaw en su vertiente de organizador y administrador de la máquina es casi nulo, sigue teniendo, sin embargo, cierta importancia. La relación en el caso del conductor es inversa: el consumo de energía física está casi reducido a cero, pero el segundo aspecto, el del manejo de la máquina, es más complejo.

Esta comparación muestra con gran claridad en qué sentido se realiza y va dirigido el desarrollo de la técnica. A medida que la cultura y la técnica se desarrollan, el trabajo humano pasa de rickshaw a conductor, superando con mucho el caso extremo de nuestro ejemplo. Y, paralelamente a ello, el trabajo humano alcanza formas cada vez más elevadas. La servidumbre de la máquina, el papel de esclavo, de apéndice, de engranaje suyo se pierde en el pasado histórico, aumentando el poder del hombre sobre la naturaleza y la productividad de su trabajo. La comparación del conductor del tranvía con el rickshaw lo demuestra de forma convincente.

La labor pedagógica, aunque carece de los perfeccionamientos técnicos que han permitido al rickshaw convertirse en conductor, ofrece, no obstante, esas dos facetas. Siempre ha educado el medio. El maestro era invitado a veces como parte complementaria de ese medio (ayos, maestros particulares). Así marchaban las cosas en todos los colegios. El maestro tenía la obligación de organizar el medio y a veces ese papel lo desempeñaban en su lugar personas especialmente designadas, en cuyo caso ese papel en la organización del medio se reducía al mínimo. Eso ocurría en los liceos clásicos rusos, donde el maestro aparecía en las clases, explicaba, contaba, preguntaba. Intervenia en calidad de una parte del medio. Podían sustituirle (y ahora lo hacen con éxito) los libros, las láminas, las excursiones, etc.

Y se puede decir exagerando algo, que toda la reforma de la actual pedagogía gira alrededor de este tema: cómo lograr que el papel del maestro se aproxime lo más posible a cero, de modo que, en lugar de desempeñar el papel de motor y elemento del engranaje pedagógico, a semejanza del rickshaw, pase a basarse todo en su papel de organizador del medio social. El plan Dalton, el método laboral, la enseñanza activa, etcétera, persiguen precisamente ese objetivo. De total conformidad con ese punto de vista, Thorndike reduce también el papel del maestro al de regulador de los estímulos de las reacciones del niño. Pero, en contra del punto de vista 160 planteado aquí, limita en lo fundamental el proceso educativo al maestro, Aunque psicológicamente enfoca de forma completamente correcta la cuestión relativa a que el papel de educadores lo desempeñan nuestros propios movimientos, que el alumno se educa a sí mismo, determinando sus reacciones, no extrae la inevitable conclusión pedagógica de la necesidad de una reforma radical de la escuela y de la labor del maestro.

Instrucción sería la denominación del papel del maestro, que le equiparada más con el papel de rickshaw que con el de conductor. Y en todo el libro de E. Thorndike el maestro sigue siendo el instructor, es decir, un rickshaw perfeccionado, que acarrea el proceso educativo, en lugar de desempeñar la tarea de organizarlo y dirigirlo.

En relación directa con eso, está también el hecho de que los objetivos principales de la educación desempeñan para nosotros un papel mucho mayor que para Thorndike. El maestro debe conocerlos bien y no limitarse a las imprecisas fórmulas que expresa el autor.

«Incrementar la suma de felicidad y reducir la de sufrimientos de los seres humanos que viven y que pueden venir al mundo» es una fórmula que el maestro no puede satisfacer. Necesita saber con exactitud cómo debe llevarse a cabo para orientar toda la educación en esa dirección. Pero estas palabras, igual que los «ideales de la actividad, el honor, el deber, el amor y la obediencia», son naturalmente ideales medio hipócritas, medio sinceros de la sociedad burguesa. Con ellos no se puede, evidentemente, pertrechar al maestro.

El propio Thorndike habla de los instintos como de otras reacciones innatas del niño, pero si es imposible transformar el río Niágara en el lago Erie y retenerlo en él se [pueden] construir nuevos canales y obligarle a hacer girar las ruedas de las fábricas al servicio del hombre. Esta es la fórmula exacta de la educación. Y para eso es completamente necesario que el maestro sepa de forma concreta y rigurosa hacia qué canales debe desviar las tendencias naturales del niño, qué ruedas deben hacer girar a qué mecanismo.

E. Thorndike habla muy acertadamente de la unilateralidad de la escuela, que educa sólo una facultad: saber operar con representaciones, y en su opinión, el propio maestro, la persona que piensa así, no es con mucho todo para la escuela. El autor sabe

que el alumno se educa a sí mismo. A fin de cuentas, a los alumnos los educa lo que realizan ellos mismos y no lo que reciben; los alumnos se modifican únicamente a través de su propia iniciativa. A pesar de ello, esta idea no se lleva a sus últimas consecuencias.

Teniendo en cuenta la extraordinaria complejidad del comportamiento humano, Thorndike subestima fundamentalmente el papel del maestro como organizador del medio social. Como se ha dicho anteriormente, hay que representarse el proceso educativo como un complicadísimo proceso de lucha en el interior del organismo. Ya se han atisbado algunas de las leyes y mecanismos de esta lucha.

En ella, mueren toda una serie de excitantes; lo que se hace es el resultado del triunfo después de una lucha. Por consiguiente, la tarea de 161 organizar el medio social adquiere formas especialmente sutiles y complejas. No podemos decir: «Denme absolutamente todas las reacciones naturales del niño, absolutamente todas las influencias que ejerce el medio en él y yo les predeciré con exactitud matemática su comportamiento». Hay que introducir una enmienda en el cada vez más complejo problema de la lucha interna de reflejos. Y organizar y llevar a cabo esa lucha es cosa del maestro; asegurar el tiempo de las reacciones es cosa suya.

Por eso es por lo que hemos de estar de acuerdo con el autor cuando dice que los problemas de que trata su libro no son los que al uso se resuelven bajo el título: «Principios de la educación». La cuestión de cómo alcanzar mejor los cambios que persigue la educación se dilucidan bajo los títulos: «Principios de enseñanza» o «Métodos de enseñanza» o «Teoría y práctica de la enseñanza» o «Psicología pedagógica». El presente libro trata de responder a las últimas preguntas, se ocupa más de fundamentar científicamente el arte de la enseñanza que de delinear los objetivos generales de la escuela o determinar los resultados generales de tal o cual disciplina. Aquí no estamos analizando el qué y el por qué, sino el cómo.

No nos queda más que aceptar en este libro su cómo y modificar por completo su por qué y su qué. Este «cómo» ha de interpretarse de forma muy práctica. Thorndike dice acertadamente que la naturaleza de la educación la crea el cambio. Este cambio puede orientarse en sentidos diferentes, podemos plantearnos distintos fines educativos. «Pero en esencia la tarea es siempre la misma: me proporcionan determinados niños, en los que se deben realizar determinados cambios. ¿Cómo debo actuar?».

Hacemos la salvedad de que no hemos introducido variación alguna en el texto del autor.

Notas

Los cadetes constituían el partido constitucional-demócrata, denominado también «partido de la libertad popular», principal partido de la burguesía monárquico-liberal en Rusia durante 164980 los años 1905-1917, que durante la Revolución de Octubre de 1917 y después de ella adoptó posiciones abiertamente contrarrevolucionarias, siendo finalmente prohibido por el gobierno soviético. (N. T.). 162

Ensayo sobre el desarrollo espiritual del niño

Introducción a la versión rusa del libro de, K. Bühler

Apartado 01

El libro de K. Bühler «Ensayo sobre el desarrollo espiritual del niño», que ofrecemos a la atención del lector en su versión rusa, combina dos cualidades, que es raro ver reunidas en una misma obra: el verdadero valor científico y la sencillez y concisión de su exposición. Eso hace que sea igualmente interesante y accesible tanto para los pedagogos que estudian psicología infantil como para los psicólogos especializados. Del libro, saturado de contenido y lacónico de forma, destacaríamos su carácter exhaustivo, la amplitud sistemática con que abarca todos los aspectos del desarrollo psicológico del niño, la riqueza de los datos que incluye, las teorías e hipótesis que aporta. Podemos decir, en general, que es el mejor de los libros actuales sobre la psicología del niño, de los libros destinados a un amplio círculo de lectores y ante todo a los educadores y a los padres. Es eso lo que nos ha inducido a traducir tan interesante «Ensayo».

K. Bühler es uno de los más notables psicólogos alemanes actuales, psicólogo investigador y pensador. Escribe todos sus trabajos —no sólo los más importantes, sino también los más modestos, como este «Ensayo»—, partiendo de una amplísima base científica. El intento de basar la psicología infantil en un fundamento biológico, la tendencia a situar en primer plano la interpretación integral de los procesos psicológicos, tan característica de la psicología moderna, y el estricto y consecuente mantenimiento de la idea del desarrollo como el principio explicativo fundamental constituyen los principales determinantes de la base teóricos del «Ensayo».

Al igual que toda la psicología moderna, las concepciones teóricas y de principio de Bühler han evolucionado seriamente a lo largo de las últimas décadas y de forma tan compleja y profunda que sólo pueden ser valoradas e interpretadas con acierto a la luz del desarrollo de la ciencia psicológica durante los últimos tiempos. Bühler comenzó su actividad científica como miembro de la denominada escuela de Wurtzburgo de O. Külpe, que declaró la introspección profunda como la única fuente del conocimiento psicológico. 163

En la actualidad, en el libro «Desarrollo espiritual del niño», al que está muy próximo el presente «Ensayo» y sobre todo en «La crisis de la psicología», Bühler se muestra partidario de una amplísima síntesis de todos los rasgos esenciales de la investigación psicológica moderna, síntesis que incluye estructuralmente la psicología subjetiva y objetiva, la psicología de las vivencias y la del comportamiento, la psicología de lo inconsciente y la estructural, la científico-natural y la psicología como ciencia del espíritu. En esta síntesis ve Bühler la confirmación de la unidad de la psicología como ciencia y el destino histórico de ésta. En buena parte, esta síntesis se sustenta sobre un fundamento teleológico, que no ha llegado a superar. La tendencia a sintetizar las corrientes más dispares y con frecuencia irreconciliables del pensamiento psicológico y a analizar toda una serie de problemas bajo un prisma teleológico conduce a veces al autor a matrimoniar eclécticamente las doctrinas y puntos de vista teóricos más heterogéneos, a constreñir los hechos y embutirlos en esquemas comunes. Es verdad que esto se deja notar muy poco en el «Ensayo». En cambio, salta mucho más a la vista otro rasgo negativo del trabajo: la no diferenciación de los factores biológicos y sociales en la evolución psicológica del niño.

En el «Ensayo», al igual que en otro gran trabajo dedicado al estudio del desarrollo espiritual del niño, K. Bühler comparte también, con casi toda la psicología infantil moderna, el concepto unilateral y erróneo del desarrollo psicológico del niño como un proceso único y además biológico por su naturaleza. La confusión y la falta de diferenciación entre lo natural y lo cultural, lo natural y

lo histórico, lo biológico y lo social en el desarrollo psicológico del niño, conduce inevitablemente a una comprensión e interpretación de los hechos esencialmente erróneas.

No es de extrañar que el desarrollo del lenguaje y del dibujo, la formación de conceptos y el pensamiento sean considerados como procesos que no se distinguen esencialmente de otros como el desarrollo de los rudimentos de la actividad intelectual en el reino animal. No en vano Bühler, entusiasmado por la semejanza entre el empleo de instrumentos primitivos por parte de los monos antropoides (chimpancés) y los niños humanos, denomina edad antropoide la época en que aparecen en el niño las formas primarias de pensamiento. Este hecho basta por sí solo para poner al descubierto con total claridad la tendencia fundamental de Bühler: reducir a un común denominador los hechos del desarrollo biológico y sociocultural e ignorar la especificidad básica de la evolución del niño humano.

Si W. Köhler plantea en su conocido trabajo, en el que se basa en gran medida el presente «Ensayo», la tarea de descubrir los actos inteligentes de los chimpancés, de descubrir su carácter antropoide, Bühler se rige en el estudio del intelecto infantil por la tendencia opuesta: trata de descubrir el carácter «antropoide» en la conducta del niño de edad temprana. Para él, el curso de la evolución del niño humano no es más que un escalón intermedio en la escala biológica. Para él, todo el camino de la evolución del mono hasta el hombre adulto culto es un ascenso por una escala biológica única. Bühler 164 desconoce la transición que se da en todo desarrollo psicológico entre dos tipos de evolución: la evolución biológica y la evolución histórica o, por lo menos, no la considera como un cambio básico. No establece la distinción que se da en la ontogénesis entre la línea de desarrollo biológico y la de formación sociocultural de la personalidad del niño: para él ambas líneas se funden en una.

De aquí se desprende la sobreestimación de las leyes internas del desarrollo en perjuicio de la influencia formadora del medio social. El medio, como factor principal de desarrollo de las funciones intelectuales superiores, queda en todo momento relegado al último plano del «Ensayo». La historia de la evolución de las formas superiores de comportamiento del niño se diferencia esencialmente de la historia general del desarrollo de los procesos biológicos elementales. La historia de la formación de los conceptos no se diferencia en nada básicamente de la historia del desarrollo de cualquier función elemental directamente unida a la evolución orgánica del niño.

La naturaleza no da saltos, el desarrollo se produce siempre paulatinamente; así es como formula el propio Bühler este punto de vista antidualéctico. La tendencia a suavizar los saltos en nombre del carácter gradual del desarrollo le deja ciego para apreciar el salto real de la biología a la historia que se produce en el desarrollo humano, en ese proceso que el propio Bühler denomina devenir del hombre.

Esta tendencia a analizar el desarrollo de las formas superiores de comportamiento (que en el plano filogenético son producto de la evolución histórica de la humanidad y tienen en la ontogénesis una historia y una vía de desarrollo específicas) en el mismo plano que el desarrollo de las funciones elementales, conduce a dos tristes consecuencias. En primer lugar, eso le lleva a presentar lo que es propio y específico del niño de una época y un medio social determinados como un eslabón absoluto, universal, necesario, del desarrollo. Además de la «edad del chimpancé», Bühler diferencia como etapa especial en la evolución del niño la edad de los cuentos (y más concreta y exactamente, la edad de Stiopka-rastriopka) [1], la edad de Robinson. Al contemplar al niño y sus cuentos a través de la lupa del análisis psicológico, Bühler eleva la «edad de los cuentos» a una determinada categoría natural, a una determinada fase biológica del desarrollo. Esa regularidad, fruto de una evolución histórica condicionada por la evolución social y por la dinámica de clases es elevada así al rango de ley eterna de la naturaleza.

En segundo lugar, debido también a esa postura de partida, nos encontramos ante una profunda deformación global del enfoque evolutivo en la psicología infantil, no sólo porque se mezclen por principio los criterios biológicos y sociales a la hora de determinar las fases y épocas del desarrollo del

niño, sino también por la propia distribución real de todo el proceso de desarrollo en las diferentes edades.

No es casual que Bühler llegue a la conclusión de que el principal interés de la psicología infantil debe concentrarse siempre alrededor de los primeros años de la vida del niño. A los ojos de este investigador, la psicología infantil **165** es la psicología de la infancia temprana; cuando maduran las funciones psicológicas básicas y fundamentales. El autor del «Ensayo» supone que, al poco de nacer, en el camino de su desarrollo, el niño da grandes pasos y son precisamente esos primeros pasos (los únicos posibles y los únicos al alcance de la psicología infantil moderna a que se adhiere Bühler) los que debe estudiar el psicólogo, lo mismo que para el estudio del desarrollo del cuerpo únicamente se estudian embriones.

Esta comparación que Bühler ofrece en su extenso libro sobre el desarrollo espiritual del niño refleja con asombrosa fidelidad el estado real de las cosas en la psicología infantil. Todos los razonamientos sobre el significado principal de los primeros pasos de la evolución psicológica y la defensa a ultranza de la tesis de que la psicología del niño es por su propia naturaleza la psicología de la edad infantil y de la infancia temprana concuerdan perfectamente con lo que hemos dicho anteriormente. Debido a la naturaleza de su orientación, la psicología infantil contemporánea, en la que se inscribe Bühler, se ve limitada al estudio del desarrollo embrionario de las funciones superiores, —la embriología del espíritu humano—, considerándolo como su único objeto de estudio, aún admitiendo sus límites metodológicos. Y ciertamente solo se estudian embriones.

Pero la comparación con la embriología no sólo es objetivamente exacta, al mismo tiempo es una comparación traidora: Señala el punto débil de la psicología infantil, muestra su talón de Aquiles, delatando la sobriedad y la limitación autoimpuesta de las que la psicología pretende hacer virtud.

Y de hecho lo único que surge ante nosotros, en el "Ensayo", es precisamente la "embriología del alma humana". Todas las edades son relegadas a la infancia temprana y la primera infancia, cualquier función se estudia únicamente en ese nivel evolutivo. La edad infantil se nos muestra reducida a la zona biológicamente limítrofe entre el modo de pensar del chimpancé y del hombre. En ello radican la fuerza y la debilidad de la concepción psicológica global de Bühler, y en eso mismo radican la fuerza y la debilidad de su "Ensayo".

Si anteponemos todas estas observaciones a la versión rusa del libro de Bühler, es únicamente porque nos guía el deseo de ofrecer al estudioso un firme punto de apoyo que le sirva para asimilar críticamente el valioso material contenido en este "Ensayo sobre el desarrollo espiritual del niño" y para reflexionar consecuentemente sobre sus tesis y fundamentos.

Apartado 02

Lo novedoso del "Ensayo", si lo comparamos con el extenso libro anterior dedicado al mismo problema, es el intento de poner de relieve con una mayor claridad los fundamentos biológicos de la psicología infantil y de construir de acuerdo con ello una teoría general de desarrollo infantil, como explica el propio Bühler en el prefacio. Probablemente no resultaría fácil **166** encontrar otro ejemplo de ensayo que exponga en forma asequible para un amplio círculo de lectores no especializados, el contenido esencial de un extenso y capital trabajo sobre psicología infantil y que incluya al mismo tiempo un intento de construir la teoría general de la evolución del niño.

Esta combinación en forma de ensayo de una investigación teórica y básica de altura con la exposición sencilla y clara de los fundamentos más esenciales de la psicología infantil constituye una excepción poco frecuente en las publicaciones de carácter científico. Por lo general, estos dos aspectos no se encuentran en un mismo libro: rara vez se combina la construcción de las teorías generales con la exposición de los elementos esenciales de esa misma rama científica, siendo habitual que ambas tareas aparezcan divididas entre distintos autores. Su combinación en un

mismo autor y en un solo libro imprime al libro en su conjunto un profundo y característico sello con dos rasgos fundamentales.

Por un lado, gracias a esa combinación, la exposición de los fundamentos de la psicología alcanza cotas insospechadas. Ante los ojos del lector, adquieren nueva vida los fundamentos del pensamiento teórico, verificados, sometidos a crítica y agrupados en un nuevo sistema. Todo ello confiere realmente una nueva dimensión a muchas verdades evidentes, profundamente arraigadas hace tiempo, iluminándolas, podríamos decir, con nueva luz. Cada una de estas verdades, desplazada de su lugar habitual e incorporado a un sistema distinto, se convierte en problema.

El libro, aunque dedicado en esencia íntegramente a verdades científicas que suelen llamarse de Perogrullo, está cuajado de un rico contenido teórico. En él se trata de examinar viejas verdades desde un nuevo plano y ofrecerlas bajo una nueva luz exigiendo del lector no sólo que asimile, sino que piense de forma activa y crítica. El autor no se limita a la mera comunicación, sino que forma ante el lector un sistema teórico con el tejido de sus conclusiones y exige de él la discusión, la crítica, el seguimiento de la totalidad del proceso global de razonamiento.

Ahí radica el segundo rasgo que confiere al libro ese doble carácter. Al mismo tiempo que consigue hacer renacer verdades elementales desplazándolas de lugares de gran profundidad, el libro introduce muchas cuestiones discutibles, contradictorias, verdaderamente problemáticas e incluso erróneas en el análisis objetivo de un material fáctico en sí mismo indiscutible, pero enfocado a veces bajo la luz oscilante, falsa de un pensamiento teórico que no ha logrado liberarse hasta el final de elementos precientíficos, metafísicos e idealistas.

Esta circunstancia es la que nos ha llevado a considerar necesario anteponer al "Ensayo sobre el desarrollo espiritual del niño" un rápido análisis crítico de algunos de los principales puntos teóricos de que parte Bühler. El único objetivo de ese análisis consiste en introducir determinadas rectificaciones en la construcción teórica que sirve de base al "Ensayo" y señalar al juicio crítico del lector las líneas fundamentales a seguir para superar en el libro aquello que no merece asimilación.

167

¿Qué es lo que debe ser superado críticamente en el libro de Bühler? En páginas anteriores, en el apartado 1, hemos tratado de esbozar en términos muy generales y a través de una serie de ejemplos concretos, los principales aspectos del libro a los que dirigir fundamentalmente nuestra crítica. Hemos visto que los méritos y los deméritos, los más y los menos del conjunto del "Ensayo" parten de una raíz metodológica común. De ahí que el trabajo de localizar y diferenciar esos "más y menos" no pueda realizarse de un modo mecánico, censurando tal o cual parte de la obra. Es necesario esclarecer su compleja trama.

Siguiendo las tendencias de la psicología infantil actual, Bühler parte de una negación del planteamiento atomístico del desarrollo infantil y busca una concepción integral de la psicología infantil. Considero, dice, que lo más importante ahora es que intentemos nuevamente comprender, como lo hizo hace cien años Pestalozzi, el sentido del conjunto. Si logramos penetrar las funciones biológicas de la psique y el ritmo interno de su desarrollo, la causa de Pestalozzi renacerá en nuestro tiempo.

Con ello está todo dicho. No cabe expresar de forma más completa y sucinta, de modo más enjundioso y lacónico, la esencia de la idea básica de Bühler: al investigador se le plantea la tarea de comprender el desarrollo psicológico del niño como un todo. Más adelante presenta esa evolución como una función biológica de la psique, con un ritmo interno de desarrollo. Repitamos una vez más: las funciones biológicas de la psique y el ritmo interno de su desarrollo son presentados como la totalidad de la psicología infantil. Esa solución tan sencilla del problema del todo en la psicología infantil la consigue Bühler a costa de eliminar total y absolutamente de su campo de atención las funciones sociales de la psique y el ritmo socialmente condicionado de su desarrollo.

Evidentemente, lo criticable no es el intento en sí de resaltar las bases biológicas de la psicología del niño, sino el intento de presentar esas bases biológicas como una unidad cuyo significado aflora en su desarrollo espiritual. El propio intento de Bühler de basar la psicología infantil en un fundamento biológico confirma el enorme progreso realizado por el autor, paralelo al seguido por la propia psicología, desde una concepción metafísica subjetivo-idealista de la psique que predominaba en los trabajos de la escuela de Wurtzburgo, hasta una concepción científico-natural, biológica, y en consecuencia materialista espontánea. Naturalmente, la psicología infantil científica no puede construirse de otra forma que sobre la base de un fundamento biológico firme.

La idea del desarrollo, que impregna el libro de la primera página a la última; la aspiración global del autor a buscar en el desarrollo estructural de la corteza cerebral la causa de los importantes y prototípicos avances de la vida espiritual del niño y el consiguiente intento de estudiar el desarrollo psicológico del niño en el marco de conjunto de su desarrollo biológico, son las tres ideas que constituyen lo más valioso de la teoría de Bühler y las tres 168 se desprenden de las bases biológicas de la psicología infantil, que el autor considera de suma importancia.

Pero el intento de limitar la totalidad del contenido de la psicología infantil a las funciones biológicas de la psique, de reducir el desarrollo psicológico global del niño a estas funciones, sólo significa para el psicólogo caer prisionero de la biología. Tal intento conduce inevitablemente a extender la interpretación biológica en psicología fuera de sus límites metodológicos legítimos y da lugar a una serie de profundos errores teóricos, de entre los cuales hemos destacado algunos importantes en el apartado 1.

Apartado 03

Si intentamos reducir estos errores a su común denominador metodológico, unificarlos y extraer del paréntesis lo que es general a todos, encontraremos como raíces comunes dos líneas principales de consideraciones teóricas, igualmente falsas, que están internamente relacionadas pero que van en distinta dirección. La primera es la psicologización de la biología, la segunda, la biologización de la psicología. Ambas líneas constituyen por igual conclusiones completamente legítimas de premisas radicalmente falsas, que unen con el signo de igualdad las dos partes de la ecuación metodológica fundamental de Bühler: el "sentido unitario" de la psicología infantil y "las funciones biológicas de la psique".

Empecemos por analizar la primera línea. Por raro y paradójico que pueda parecer a primera vista, el intento de biologizar por completo la psicología inevitablemente conduce de hecho a lo contrario: a la psicologización de la biología. Esto es así porque —refirámonos a un caso concreto—, considerar la formación de los conceptos a la luz de las funciones biológicas de la psique no sólo significa tergiversar la naturaleza psicológica de ese proceso de formación, equiparándolo esencialmente a "descubrimientos prácticos" o a otras formas de actividad intelectual de los chimpancés, sino también deformar la naturaleza de las funciones biológicas, atribuyéndoles algo que no contienen, elevándolas a un rango superior y suponiendo —¡aunque sólo sea suponiendo!— que encierran algo más que simples procesos orgánicos, vitales.

A su vez, eso significa abrir las puertas al vitalismo y al mismo tiempo preguntar, respondiendo positivamente de antemano: ¿las funciones biológicas, en cuyo seno debe incluirse también a la psicología humana en su totalidad, no encierran ya en sí mismas un principio psicológico o psicoide, es decir, análogo al psíquico? Dicho de otra forma, ¿cómo situar la aparición del pensamiento dentro del conjunto de funciones y procesos biológicos?

K. Bühler, pese a la rigurosidad y prudencia que caracterizan su línea de razonamiento biologicista y que se ponen de manifiesto a cada paso en este "Ensayo" cuando trata cuestiones como el carácter consciente del instinto, los procesos de la conciencia en el niño o el desarrollo del cerebro y del 169 pensamiento —que resuelve, por cierto, dentro del espíritu del vitalismo— se ve obligado

a reconocer como teóricamente admisible la concepción vitalista de H. Drisch, guía espiritual del vitalismo actual. En opinión de Bühler, es perfectamente posible que los fenómenos más generales de la vida orgánica (crecimiento, multiplicación, regeneración) exijan admitir la existencia en todos los seres vivos de un factor psicoide natural, y para ello se remite a Drisch.

No cabe demostración más clara y convincente de que el intento de reducir la totalidad del desarrollo espiritual del niño a factores biológicos, naturales, elementales, conduce de hecho a admitir, con los vitalistas, que el alma es un factor natural elemental. Esa es la estructura del trabajo de Drisch al que se remite Bühler.

La otra cara de este enfoque es lo que hemos denominado anteriormente la segunda línea y a la que hemos considerado como la biologización de la psicología.

No es casual que Bühler desarrolle la idea de extrapolar directamente las formas experimentales de la psicología animal a la psicología infantil y que considere a este método como el método de investigación experimental preferente durante los primeros años de la vida del niño, estableciendo una serie de reservas respecto a las modificaciones técnicas que deben introducirse, pero sin señalar ni una sola diferencia esencial en la manera de enfocar la investigación sobre el comportamiento que manifiesta el niño y el que manifiesta el animal en situaciones experimentales idénticas.

Tampoco es casual que, en la medida en que Bühler acepta, junto con H. Rickert, W. Dilthey y otros autores, el hecho de que ni ahora ni quizá nunca se pueda llegar a interpretar la personalidad como el producto medible de las funciones que han contribuido a su formación (o, lo que es lo mismo, admitiendo de hecho la idea metafísica de la personalidad), sea incapaz de hallar en el plano de la investigación de la personalidad nada esencialmente diferente a los tres niveles de desarrollo psíquico que se producen en el reino animal.

Resulta sorprendente que, a la vez que se supone fácticamente que la personalidad es incognoscible, el investigador dé por hecho que en el plano del conocimiento científico no pueda encontrarse nada en ella que supere los límites de esas formas básicas del comportamiento animal. El hecho de que el núcleo de la teoría de Bühler de los tres niveles en el desarrollo del comportamiento incluya por igual el comportamiento del hombre y el comportamiento del animal en todas sus facetas, constituye un punto esencial para el conjunto de su sistema. ¿No equivale eso a admitir que en la evolución del hombre y del niño no ha surgido nada básicamente nuevo, que no ha habido ningún avance en la conducta del hombre que le sea específico y le diferencie y que esa evolución está plenamente dentro de los límites de la evolución biológica del comportamiento?

Como ya hemos dicho, es natural que en el desarrollo del niño se anteponga lo elemental, lo básico, lo biológicamente primario, en perjuicio 170 de lo superior, lo específicamente humano; histórica y socialmente, en la psicología del hombre. ¿Es que no suena magistralmente la afirmación de Bühler de que las habitaciones de los niños, los asilos para deficientes mentales y las escuelas especiales son los lugares en donde mejor se puede estudiar la estructura del espíritu humano y las líneas fundamentales de su desarrollo?

Una tendencia a la que ya nos referíamos en el primer apartado se filtra por doquier: derivar directamente de las raíces biológicas la totalidad de las funciones y formas psicológicas, conferir un valor absoluto a lo primitivo, lo primario, lo básico, dar un significado universal a los estudios embrionarios del desarrollo.

Apartado 04

Pero lo que nos hemos propuesto es un trabajo de delimitación y de análisis. ¿Qué habría de malo aparentemente en el hecho de considerar lo primario como lo básico? De hecho, lo primario es en

realidad lo básico. Las funciones inferiores, elementales, primitivas constituyen lo básico y las superiores son algo así como lo derivado, lo secundario, incluso lo terciario.

Todo eso es así. Y como la idea de Bühler consiste precisamente en eso, tiene indudablemente razón. Pero, tras esa idea acertada, el análisis descubre otra cosa. Quien no se conforme con eso y trate de reducir la totalidad del desarrollo a su base primaria estará otorgando a ésta un valor absoluto. Estará ignorando la dialéctica objetiva del desarrollo, que estriba en un proceso de aparición sucesiva de formaciones nuevas sobre la base primaria original y que cualitativamente no pueden reducirse a ella; estará ignorando también que el método dialéctico del conocimiento científico es el único procedimiento adecuado para descubrir la dialéctica objetiva del desarrollo.

Pero, como ya hemos dicho, la antidialéctica constituye el defecto principal de todo el sistema de Bühler. Ahí radican todos sus errores.

«La naturaleza no da saltos, el desarrollo se produce siempre paulatinamente»; Bühler formula esa regla antidialéctica precisamente en relación con el problema del comportamiento de los animales y del hombre. El salto de la biología a la historia no existe para él y, por consiguiente, tampoco existe el salto de la evolución biológica del comportamiento a la histórica, que es un salto fundamental cuando se pasa de la psicología animal a la psicología humana. Al igual que toda la psicología del niño europea, la teoría de Bühler trata de soslayar lo social en el problema del hombre. Esa es la idea central, el nudo de todas sus líneas teóricas: la interpretación antidialéctica del desarrollo psicológico.

Tanto en la interpretación de la filogénesis como en la de la ontogénesis, esta postura induce a errores, entre los cuales el más grave consiste en confundir todas las formas y los tipos de desarrollo, identificándolos, de hecho, mecánicamente. Especialmente en el caso de la filogénesis y la ontogénesis, el desarrollo de la humanidad y del niño. 171

K. Bühler está convencido de que la historia de la humanidad primitiva no es más que la historia del desarrollo espiritual de nuestros niños. Pero a continuación equipara la historia de la humanidad primitiva a la evolución biológica, que conduce a la aparición del hombre. En la escala biológica, dice Bühler, no conocemos escalones intermedios entre el pensamiento del chimpancé y del hombre, pero los podemos descubrir a lo largo de la evolución de los niños y eso permitirá mostrar cómo se lleva a cabo esta transición.

Bühler no diferencia dos tipos esencialmente distintos de evolución que se dan en la filogénesis: la línea de la evolución biológica y la línea de evolución histórica del comportamiento, y tampoco identifica en la ontogénesis la existencia de ambas líneas como dos tipos diferentes de desarrollo. A continuación sitúa en el mismo plano la filogénesis y el desarrollo del niño, arguyendo que en este último se manifiestan determinadas leyes fundamentales del progreso espiritual, que son totalmente independientes de las influencias externas, es decir, válidas tanto para explicar el desarrollo del hombre en épocas prehistóricas como para explicar el desarrollo en la infancia.

Es evidente que, al no tener en cuenta las influencias externas, del medio, las leyes actuales sobre el desarrollo del hombre no permiten diferenciar entre las formas inferiores y las formas superiores de conducta y pensamiento, entre los factores de desarrollo biológicos y sociales que son propios, específicos de un niño de una determinada época o clase social, y las leyes universales de desarrollo biológico. Según nuestro autor, la tarea del investigador deberá consistir en encontrar la esencia pura de estas leyes básicas y eternas de desarrollo, independientes de influencias externas, liberadas de todos los rasgos concretos e históricos para llegar a abstraer, a partir de la confusa imagen concreta de un niño, los rasgos básicos del niño universal.

A partir de esta idea básica, se abordan incorrectamente diversas cuestiones. Hemos hablado ya del problema de las funciones intelectuales superiores, que el autor incluye en el mismo plano biológico. Una consecuencia típica de esta clase de aproximaciones es el intento de encontrar en

la evolución estructural de la corteza cerebral el origen inmediato de determinadas avances en la vida psíquica del niño normal, como por ejemplo el desarrollo de la formación de conceptos.

En lugar de admitir que es en el desarrollo estructural de la corteza cerebral donde se dan las condiciones necesarias, se crean las posibilidades y se forman las premisas biológicas para el desarrollo de las funciones de formación de conceptos —esa forma superior del pensamiento históricamente establecida y socialmente condicionada—, el autor se limita a considerar que el origen histórico de todas las formas superiores de comportamiento radica en cambios estructurales de la corteza.

Podríamos mencionar también la teoría puramente naturalista del juego infantil que desarrolla Bühler, siguiendo los pasos del camino trazado por K. Groos, cuando sostiene que ya en el juego de los animales está presente la posterior evolución que seguirán las diversas facultades. Y ése va a ser un 172 condicionante para su interpretación sobre el nexo entre el juego del niño y el juego de los animales: no se trata más que de una ejercitación para el desarrollo de una determinada facultad. Ni más ni menos.

No vamos a extendernos en la enumeración detallada de todos aquellos problemas concretos que se han visto afectados de una u otra forma por los defectos metodológicos de todo el sistema de Bühler. Únicamente vamos a detenernos para terminar en uno de los más ilustrativos de todo el libro: el problema de la herencia de las propiedades psíquicas, tal como lo interpreta Bühler.

Apartado 05

Al analizar el problema de la herencia de las propiedades psíquicas, Bühler aporta los resultados de una investigación con cien criminales natos. Desde el punto de vista del autor, los resultados muestran que hay personas que manifiestan desde su juventud una arraigada tendencia al vagabundeo y al robo y que se convierten en el curso de su vida en habituales inquilinos de cárceles y reformatorios. Son víctimas de una herencia fatídica, que se transmite de generación en generación con la misma regularidad que cualquier rasgo físico simple y que es recesiva con respecto a las inclinaciones normales. Pero hay que hacer la salvedad de que tales inclinaciones sólo llevan a los hombres a cárceles y reformatorios con la frecuencia que exigen las reglas mendelianas.

Así pues, según Bühler, las inclinaciones hereditarias, que se transmiten de padres a hijos con la regularidad que exigen las leyes de G. Mendel, como ocurre con cualquier rasgo físico simple, son las que están en el origen de la criminalidad. Por monstruosa que sea semejante afirmación, por evidente que resulte que el autor, siguiendo al pie de la letra la vieja y falsa teoría de la «criminalidad innata», reduzca a «herencia fatídica» la permanencia de padres e hijos en cárceles, ignorando los factores socioeconómicos de la criminalidad, merece la pena detenerse en este ejemplo y analizar cómo son posibles, más aún, inevitables tales conclusiones, a partir de determinadas premisas teóricas.

Tenemos ante nosotros un ejemplo sorprendente de cómo pueden ser ciertos en sí mismos los hechos que sirven de fundamento a una determinada conclusión y cómo pueden, sin embargo, llevar a resultados totalmente falsos, si su interpretación está regida por concepciones teóricas erróneas.

En sí mismos, los hechos establecidos en las investigaciones de Bühler son ciertos. ¿En qué consisten? En que existe una alta correlación entre la permanencia en cárceles de padres e hijos. Bühler, por ejemplo, investigó el destino de niños cuyos padres habían permanecido un largo período en la cárcel. De treinta niños del mencionado grupo, veintiocho también habían ido a parar a la cárcel. Esos son los hechos. Lo que dicen es que hay una relación entre la permanencia en la cárcel del padre y del hijo. Sólo eso. Ni una palabra más. 173

A continuación comienza la interpretación y la explicación de los hechos. ¿Cuál es esta relación? Bühler afirma que se trata de una relación hereditaria, que las inclinaciones hacia la criminalidad se heredan de acuerdo con las leyes de Mendel, lo mismo que cualquier rasgo físico. En este caso actúa igual que F. Galton en la conocida investigación del carácter hereditario de los genios y en otras muchas, cayendo con él en un error tan ingenuo como frecuente en la teoría de la herencia y que ya se ha convertido en un lugar común.

Las investigaciones de Bühler, al igual que muchas otras similares, conducen a resultados totalmente erróneos, debido a que se utiliza la analogía de rasgos entre padres e hijos como único fundamento para justificar la herencia, sin posteriores análisis. K. Pearson define la herencia como la correlación entre el grado de parentesco y el grado de parecido. Esta misma definición, a modo de silenciosa premisa, fundamenta a la investigación de Bühler.

En la bibliografía rusa, P. Blonski ha criticado este error tan difundido. La definición de Pearson, tácito presupuesto de donde parten todos los que repiten una y otra vez este error, condena irremisiblemente lo que se denomina en lógica *circulus vitiosus*: los investigadores describen un círculo vicioso en su razonamiento, al partir de lo que en esencia tratan de demostrar. Bühler, por ejemplo, presupone de antemano que si hubiera relación entre la permanencia de padres e hijos en la cárcel, esa relación sería hereditaria. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que hay que demostrar.

En realidad, ¿es que toda similitud en cualquier rasgo entre padres e hijos es signo indefectible de transmisión del mencionado rasgo de los primeros a los segundos a través de la herencia? La definición de Pearson es excesivamente amplia y por ello errónea. Incluye no sólo la herencia biológica, sino también lo que Blonski denomina herencia social de las condiciones vitales y existenciales, que no se rige por las leyes de Mendel, sino por las leyes de la vida social.

«La herencia», dice Blonski, «no es un simple fenómeno biológico: debemos distinguir entre herencia cromosómica [2] y herencia de condiciones de vida y de posición social. Sobre la base de esa herencia social, de clase, es como se forman los árboles genealógicos. En una sociedad clasista de alto rendimiento y rica, que goce de gran bienestar material y en la que estas dinastías sean muy prolíficas, aumentan las posibilidades de que surja un gran número de talentos. Por otro lado, la labor dura permanente, el trabajo físico y la miseria no ofrecen posibilidad alguna de que entre las masas trabajadoras se manifieste el genio hereditario» (1925).

Lo que dice Blonski del «carácter hereditario del genio» a propósito de las investigaciones de Galton es también aplicable palabra por palabra a la herencia de las inclinaciones que según Bühler llevan a la cárcel y a la investigación de Peters sobre la herencia de las facultades mentales que refiere Bühler. Peters, compara las notas escolares de niños, padres y abuelos y establece el hecho de la transmisión hereditaria de las facultades mentales a partir de los datos de éxito escolar en la familia, ignorando la circunstancia 174 de que éstos son el resultado de numerosos factores y en primer lugar de factores sociales. Peters, considera la aptitud para el éxito escolar como un rasgo que se transmite según las leyes de Mendel.

Es fácil ver que todas estas investigaciones confunden la herencia en el sentido estricto del término con la herencia social, con la herencia de las condiciones de vida; en efecto, la semejanza entre padres e hijos, la semejanza de sus destinos, viene naturalmente explicada, no sólo por la transmisión directa de las propiedades hereditarias, sino también por la transmisión de las condiciones de vida.

Un niño cuyos padres hayan sufrido prolongado encarcelamiento tiene, evidentemente, muchas posibilidades de repetir su destino, no sólo porque los delitos de los padres sirven con frecuencia de ejemplo educativo para los hijos y no sólo porque el propio hecho de la permanencia de los primeros en prisión condena a un niño normal al vagabundeo, sino sobre todo porque las mismas causas sociales que empujaron a los padres a delinquir suelen también continuar actuando en la

segunda generación, determinando igualmente el destino de los hijos como en tiempos determinaron el de los padres. ¿Es que la miseria, la falta de trabajo, el vagabundeo y otros muchos bien estudiados factores de la delincuencia no actúan sobre los hijos de forma igualmente irrefutable que en los padres?

Con la misma certeza, las condiciones sociales (el bienestar, el elevado nivel cultural de la vida casera, el ocio, etcétera), que habían asegurado en tiempos a los abuelos y los padres buenas notas durante su permanencia en la escuela, deberán en su conjunto asegurar a los hijos de tales padres iguales buenas notas.

Sólo en base a la más burda mezcolanza de la herencia biológica y social son posibles semejantes equivocaciones científicas, como las tesis anteriormente citadas de Bühler sobre la herencia de las «inclinaciones carcelarias», las de Peters sobre el carácter hereditario de las inclinaciones hacia las buenas notas en la escuela y las de Galton sobre las inclinaciones hereditarias hacia los cargos ministeriales, judiciales y hacia las profesiones científicas. En lugar de analizar los factores socioeconómicos que condicionan la delincuencia, este fenómeno puramente social —producto de la desigualdad social y la explotación— se presenta como rasgo biológico hereditario, que se transmite de progenitores a descendientes con igual regularidad que un determinado color de los ojos.

Nos hemos detenido tan pormenorizadamente en el análisis del problema de la herencia tal como lo interpreta Bühler, no porque ocupe el lugar central dentro de su sistema de pensamiento, sino porque es típico de sus errores metodológicos y muestra cómo y de qué forma las falsas premisas de principio conducen a conclusiones teóricas erróneas. De hecho, Bühler no se plantea como objetivo analizar los fundamentos metodológicos del problema de la herencia en psicología, ni establecer qué es, en general, lo que se hereda de las formas de comportamiento, ni ver cuál es la relación entre las inclinaciones hereditarias y el desarrollo de las complejas funciones psicológicas superiores a las formas de comportamiento. Y sin ese análisis, imperceptiblemente para el propio autor, autor, su concepción biológica fundamental comienza a determinar todo el curso de sus razonamientos. En este problema, al igual que en todos los demás, lo social de nuevo se presenta como biológico, y a esto se le otorga un protagonismo absoluto y universal en todo el drama del desarrollo espiritual del niño, en palabras del propio Bühler, que no advierte en este drama otros personajes que los factores biológicos.

Con esto podemos poner punto final a nuestro ensayo crítico. Hemos comenzado por señalar que el principal error metodológico en el conjunto de la teoría de Bühler consiste en no distinguir los factores sociales de los factores biológicos en el desarrollo psicológico del niño, y concluimos nuestro análisis crítico de su obra en el mismo punto. Evidentemente, éste es el alfa y el omega de su «Ensayo».

Notas

[1] Estebanillo, el desaliñado. Título de una colección de cuentos humorísticos y edificantes para los niños, muy difundida en el siglo XIX, y nombre del héroe de uno de los cuentos. (N. T.)

[2] En el texto se dice literalmente «cromatina» 176

Investigaciones sobre la inteligencia de los monos antropomorfos¹

Prólogo a la edición rusa del libro de W. Köhler

Apartado 01

El desarrollo de las ideas y concepciones científicas se produce de forma dialéctica. Durante el proceso de desarrollo del conocimiento científico, se suceden puntos de vista opuestos sobre el mismo objeto de estudio y, con frecuencia, una nueva teoría no es continuación directa de la precedente, sino su negación dialéctica. La nueva teoría conserva aquellos logros de la teoría precedente que han resistido la verificación histórica, pero en su formulación y en sus conclusiones trata de superar las limitaciones de éstos y abarcar nuevas y más profundas capas de fenómenos.

Las concepciones sobre el intelecto de los animales se han desarrollado también de forma dialéctica. Podemos señalar y analizar claramente las tres etapas que ha recorrido últimamente esta disciplina en su evolución.

La primera corresponde a las teorías antropomórficas que, equivocadas por la semejanza externa que en determinados casos existe entre el comportamiento de los animales y del hombre, atribuían a los primeros concepciones, pensamientos e intenciones propios de este último, les transferían la forma de actuar del hombre y suponían que, en situaciones análogas, el animal obtenía los mismos resultados que el hombre mediante las mismas operaciones y procesos psicológicos. En aquella etapa se atribuían a los animales las formas más complejas del pensamiento humano.

La reacción contra este enfoque dio lugar a la investigación científica objetiva del comportamiento animal, que, mediante observaciones y experimentos meticulosos, consiguió demostrar que una gran parte de las operaciones que la teoría precedente tendía a considerar como acciones inteligentes no eran más que formas de actividad instintivas e innatas, mientras que la otra parte — las formas de comportamiento aparentemente inteligentes— deben su aparición a un proceso de ensayos y errores al azar. 177

E. Thorndike —padre de la psicología objetiva—, en sus investigaciones sobre el intelecto de las animales, logró demostrar experimentalmente que éstos, actuando según el procedimiento de ensayos y errores al azar, elaboran formas complejas de comportamiento que, en apariencia, son similares a las que se dan en el hombre, pero que, en su esencia, son profundamente distintas. En los experimentos de Thorndike, los animales abrían pestillos y cerraduras relativamente complicadas, manejaban mecanismos de diferente grado de dificultad, pero todo eso ocurría sin que hubiera una mínima comprensión de la situación o del mecanismo, gracias exclusivamente a un proceso de autoadiestramiento. Los experimentos de Thorndike abrieron una nueva era en la psicología animal. El propio Thorndike expuso magníficamente esta nueva corriente y su contraposición al enfoque anterior en el estudio del intelecto de los animales.

Según sus propias palabras, hasta ese momento todo el mundo estaba dispuesto a hablar de la inteligencia de los animales, pero nadie hacía referencia a su estupidez. El objetivo principal de la nueva corriente era demostrar que, cuando está frente a una situación similar a aquélla en la que un hombre «reflexiona», lo que exhibe el animal es «estupidez», un comportamiento irracional, que en esencia nada tiene que ver con el comportamiento reflexivo del hombre. Por consiguiente, para explicar ese comportamiento no hay ninguna necesidad de atribuir inteligencia a los animales.

¹ El artículo, escrito como prólogo al libro de W. Köhler, fue editado en ruso en 1930. [1]

Esa es la conclusión principal de estas investigaciones, que han marcado, como ya hemos dicho, toda una época en la ciencia que nos ocupa.

A este respecto, W. Köhler dice, con razón, que el estudio del intelecto se ha visto dominado hasta hace muy poco por estas tendencias negativas, de acuerdo con las cuales los investigadores intentaban demostrar que el comportamiento de los animales era irracional, «no semejante al del hombre», y mecánico.

Las investigaciones de Köhler, junto con otra serie de investigaciones en este campo, representan una nueva etapa, la tercera, en el desarrollo del problema. Köhler se plantea exactamente la misma pregunta que Thorndike, y quiere investigar si en los animales superiores, en los monos antropomorfos, hay inteligencia, en el sentido estricto de la palabra; es decir, si en ellos se da ese tipo de comportamiento que desde hace mucho tiempo es considerado como un rasgo distintivo y específico del hombre. Pero Köhler trata de resolver este problema de otra forma, utilizando métodos y planteándose objetivos teóricos distintos de los de Thorndike.

El indudable mérito histórico de Thorndike consiste en haber logrado terminar de una vez para siempre con las tendencias antropomórficas en el estudio del comportamiento de los animales, y haber sentado las bases de los métodos científico-naturales objetivos en la psicología animal. La ciencia natural mecanicista ha obtenido su máximo triunfo con estas investigaciones. No obstante, una vez acabada esta tarea, en la que se ha puesto de manifiesto el mecanismo de formación de los hábitos, el propio curso de desarrollo de la ciencia ha planteado a los investigadores una nueva tarea, 178 que ya se perfilaba- esencia en los trabajos de Thorndike. Como consecuencia de sus investigaciones, se estableció una profunda separación entre el comportamiento de los animales y el del hombre. Según las investigaciones de Thorndike, en el comportamiento de los animales no era posible encontrar el menor signo de inteligencia, de manera que precisamente desde la perspectiva de las ciencias naturales resultaba imposible comprender cómo había surgido la inteligencia humana y qué nexos genéticos mantiene con el comportamiento de los animales. El comportamiento racional del hombre y el irracional de los animales quedaban completamente separados por un abismo, y esta separación ponía de relieve no sólo la impotencia del enfoque mecanicista para explicar el origen de las formas superiores del comportamiento humano, sino también la existencia de un conflicto de principio en la psicología genética.

Ciertamente, en este punto a la psicología se le ofrecían dos alternativas: o apartarse de la teoría evolucionista renunciando totalmente al intento de estudiar genéticamente el pensamiento —es decir, adoptar un punto de vista metafísico en la teoría de la inteligencia— o soslayar el problema del pensamiento en lugar de resolverlo, al eliminar la cuestión misma intentando demostrar que también el comportamiento del hombre —incluido su pensamiento— puede reducirse por completo a los procesos mecánicos de elaboración de hábitos, que en esencia no se diferenciarían en nada de estos mismos procesos tal y como se dan en las gallinas, los gatos o los perros. El primer camino lleva a una concepción idealista del pensamiento (escuela de Wurtzburgo); el segundo, al behaviorismo puro.

W. Köhler señala con razón que el mismo Thorndike, en sus primeras investigaciones, parte del reconocimiento tácito de que existe un comportamiento de tipo inteligente, con independencia de cómo se definan sus características y de cuáles sean los criterios que se adopten para diferenciarlo de otras formas de comportamiento.

La psicología asociacionista, al igual que la psicología de Thorndike, parte precisamente de la tesis de que los procesos que a un observador ingenuo le parecen inteligentes pueden reducirse al funcionamiento de un simple mecanismo asociativo. En palabras de Köhler, Thorndike, representante radical de esta corriente, llega a la siguiente conclusión como principal resultado de sus investigaciones con perros y gatos: no hay nada en el comportamiento de estos animales que presente el menor atisbo de inteligencia. Una persona sólo formula de esta manera sus conclusiones, continúa Köhler, cuando considera que hay otro tipo de comportamiento que es

inteligente, y cuando sabe que esa contraposición se da en la observación directa (probablemente del hombre), aunque luego en la teoría trate de negarla.

Es evidente que, en relación con el problema que nos ocupa, hay una especie animal de una importancia realmente excepcional: los monos antropomorfos, nuestros parientes más próximos en la escala evolutiva, que ocupan un lugar especial entre los restantes animales. Las investigaciones 179 sobre esta cuestión deben arrojar luz sobre el origen de la inteligencia humana.

Es precisamente su proximidad al hombre, según señala Köhler, el motivo principal que despierta intuitivamente nuestro interés por la investigación del intelecto de los monos antropomorfos. Los estudios precedentes han mostrado que, en lo que se refiere a la química del cuerpo, que se refleja en las propiedades de la sangre, y a la estructura de su cerebro, los monos antropomorfos están más próximos al hombre que a las especies inferiores de monos. Surge, pues, de forma espontánea la cuestión de si no sería posible establecer también mediante investigaciones específicas el grado de parentesco que existe entre el hombre y el mono en el campo del comportamiento.

Lo más importante y decisivo de los trabajos de Köhler, el resultado fundamental que ha obtenido, es el hecho de haber verificado científicamente la idea intuitiva de que los monos antropomorfos no sólo están más próximos al hombre que a las especies inferiores de monos en lo que respecta a determinados rasgos morfológicos y fisiológicos, sino que también en el ámbito psicológico son sus parientes más cercanos. De esta manera, las investigaciones de Köhler proporcionan por vez primera en psicología una fundamentación objetiva del darwinismo en su punto más crítico, importante y difícil. Sus trabajos añaden a los datos de la anatomía y fisiología comparados los de la psicología comparada, completando con ellos el eslabón que faltaba anteriormente en la cadena evolutiva.

Cabe decir sin exagerar que gracias a estas investigaciones se ha conseguido por vez primera fundamentar y confirmar de forma exacta y objetiva la teoría evolucionista en el campo del desarrollo del comportamiento superior del hombre. Al mismo tiempo, estos estudios han superado también aquella separación teórica entre el comportamiento del hombre y de los animales originada por los trabajos de Thorndike, tendiendo un puente a través del abismo que separaba el comportamiento racional del irracional. Han mostrado —desde el punto de vista del darwinismo— la indudable verdad de que los rudimentos del intelecto, de la actividad racional del hombre, existen ya en el reino animal.

Es verdad que no hay ninguna necesidad teórica para esperar que los monos antropomorfos manifiesten rasgos de comportamiento análogos a los del hombre.

Últimamente, como señala con razón V. A. Vágner, se ha puesto en duda la idea de que el hombre procede de los monos antropomorfos. Existen razones fundadas para suponer que nuestros antepasados debieron de ser una especie extinguida de animales, a partir de la cual se desarrolló el hombre en línea evolutiva directa.

Kloach demuestra mediante una serie de argumentos sumamente convincentes que los monos antropomorfos no son más que una rama que se separó del antepasado del hombre. En la lucha por la supervivencia, los monos antropomorfos tuvieron que «sacrificar» —para adaptarse a determinadas condiciones de vida— aquellos elementos de su organización 180 que abrieron paso a formas más importantes de evolución progresiva y que condujeron al hombre. En palabras de Kloach, una reducción más pronunciada del tamaño del dedo pulgar impidió a estas ramas secundarias seguir el camino ascendente. Desde este punto de vista, los monos antropomorfos son vías muertas desviadas del carril principal seguido por la evolución progresiva.

Por consiguiente, sería un enorme error considerar a los monos antropomorfos como nuestros antepasados directos y esperar poder encontrar en ellos los rudimentos de todas las formas de comportamiento propias del hombre. Con toda probabilidad, el antepasado común nuestro y de los

monos antropomorfos ha desaparecido, y, como señala acertadamente Kloach, estos últimos son tan sólo una ramificación de esa especie inicial.

Por tanto, lo que cabe esperar de entrada es que no vamos a encontrar una herencia genética directa entre el chimpancé y el hombre, que muchos rasgos del chimpancé —incluso en comparación con nuestro antepasado común— se habrán visto reducidos y muchos se habrán visto desviados de la línea fundamental de desarrollo. Por eso, no se puede tomar una decisión a priori, y sólo una investigación experimental puede dar una respuesta fidedigna a la cuestión que nos interesa.

W. Köhler se enfrenta a este problema con toda la exactitud del experimento científico. Transforma la conjetura teórica en un hecho establecido experimentalmente. En efecto, aún aceptando la exactitud de la argumentación de Kloach, no podemos dejar de considerar la enorme probabilidad teórica de que, dada la considerable semejanza que existe entre el hombre y el chimpancé tanto en la bioquímica de su sangre como en la estructura de su cerebro, podamos encontrar en estos monos rudimentos de formas de actividad específicamente humanas. Vemos, por consiguiente, que estas investigaciones no sólo abordan cuestiones derivadas de un intuitivo interés por los monos antropomorfos, sino que también afectan a problemas mucho más fundamentales de la teoría evolutiva.

W. Köhler ha conseguido demostrar que los monos antropomorfos exhiben un comportamiento inteligente del mismo tipo que aquel que se considera como una característica específica del hombre. Es decir, Köhler ha demostrado que los monos superiores son capaces de inventar y utilizar instrumentos. El empleo de instrumentos —que se considera como la base del trabajo del hombre— determina, como se sabe, la profunda singularidad que presenta la adaptación de éste a la naturaleza, singularidad que le distingue de otros animales.

Sabemos que, según la teoría del materialismo histórico, el empleo de instrumentos es el punto de partida responsable de la singularidad del desarrollo histórico del hombre, que le diferencia del desarrollo zoológico de sus antecesores. Sin embargo, el descubrimiento de Köhler de que los monos antropomorfos son capaces de inventar y utilizar instrumentos no sólo no es un hecho inesperado para el materialismo histórico, sino que ya había sido anticipado y previsto teóricamente. 181

K. Marx dice lo siguiente sobre este particular: «El uso y la fabricación de medios de trabajo, aunque ya esté presente en germen en ciertas especies de animales, es una característica propia del proceso de trabajo humano, y esa es la razón por la que Franklin define al hombre como “a toolmaking animal”, es decir, como un animal que fabrica instrumentos» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 23, págs. 190-191). Estas palabras apuntan no sólo al hecho de que los instrumentos son el momento de inflexión en el desarrollo del hombre, sino que además sugieren que los rudimentos de la utilización de instrumentos se pueden encontrar ya en ciertos animales.

«Tan pronto como el hombre se convierte en un animal que fabrica instrumentos —dice G. V. Plejánov—, entra en una nueva fase de desarrollo: termina su evolución zoológica y comienza el curso histórico de su vida» (1956, t. 2, pág. 153). «Está claro como el día —dice más adelante Plejánov— que el empleo de instrumentos, por imperfectos que sean, presupone un desarrollo enorme de las facultades mentales. Llovió mucho antes de que nuestros antepasados antropopitecinos alcanzaran semejante grado de desarrollo del `espíritu`. ¿Cómo lo lograron? Para ello hemos de acudir no a la historia, sino a la zoología... Sea como fuere, la zoología nos proporciona la imagen de un homo (el hombre) que posee ya la capacidad de inventar y utilizar los instrumentos más primitivos» (Ibídem).

Vemos, por tanto, con toda claridad que la capacidad de inventar y utilizar instrumentos es una condición para el desarrollo histórico del hombre y que surge ya en el periodo zoológico de evolución de nuestros antepasados. A este respecto, es muy importante precisar que Plejánov, al hablar del empleo de instrumentos como algo característico de nuestros antepasados, no se refiere al empleo instintivo de los mismos, propio de algunos animales inferiores (como, por ejemplo, la

construcción de nidos por las aves o la de presas por los castores), sino a la invención de instrumentos basada en un elevado grado de desarrollo de las facultades mentales.

Los estudios experimentales de Köhler no constituyen una confirmación empírica directa de esta conjetura teórica, puesto que, al pasar del análisis teórico a la investigación experimental con los monos, debemos realizar una corrección, de la que ya hemos hablado anteriormente. No debemos olvidar ni por un instante que los monos antropoides que ha estudiado Köhler y nuestros antepasados antropopitecinos a los que se refiere Plejánov no son los mismos organismos. Sin embargo, una vez hecha esta corrección, no podemos rechazar la idea de que indudablemente entre unos y otros existe un parentesco genético muy cercano.

W. Köhler ha observado en sus experimentos y en los juegos naturales espontáneos de los animales una amplia utilización de instrumentos por parte de éstos, que indudablemente está genéticamente relacionada con ese prerrequisito para el desarrollo histórico del hombre al que se refiere Plejánov.

W. Köhler describe utilidades muy diversas de palos, cajones y otros objetos en calidad de instrumentos, mediante los cuales el chimpancé actúa **182** sobre las cosas que le rodean, así como ejemplos de fabricación primitiva de instrumentos. Por ejemplo, el chimpancé une dos o tres palos, colocando el extremo de uno en el orificio de otro para obtener un instrumento más largo, o rompe una rama para utilizarla como un palo, o desarma una estera de limpiarse los zapatos, que hay en la estación de antropoides con el fin de sacar las varillas de hierro con que está construida, o extrae del suelo una piedra medio enterrada en él, etcétera.

Pero, como ha mostrado Köhler, para los monos sólo el palo es un instrumento preferido y universal, al que daban las más variadas utilidades. En ese palo, como instrumento universal, los historiadores de la cultura y los psicólogos verán sin la menor dificultad el prototipo de nuestros más diversos instrumentos. El chimpancé utiliza el palo como pértiga para saltar, y también lo emplea como caña de pescar o como cucharilla, aplastando las hormigas que se han subido a él, y luego lamiéndolas. El palo es también la palanca con que abre la tapa del depósito de agua. El chimpancé cava la tierra empleando el palo como una pala. Utilizando el palo como un arma, se amenazan unos a otros. También se sirve del palo para apartar una lagartija o un ratón de su cuerpo, para tocar un alambre cargado de electricidad, etcétera.

En todas estas diferentes maneras de utilización de instrumentos nos hallamos en presencia de verdaderos rudimentos, indicios embrionarios o premisas psicológicas a partir de las cuales se ha desarrollado la actividad laboral del hombre. Engels, atribuyendo al trabajo un papel decisivo en el proceso de humanización del mono, dice que «el trabajo hizo al hombre» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 20, pág. 486). Por eso, Engels intenta analizar minuciosamente las condiciones que pudieron dar lugar a la aparición de la actividad laboral. Engels hace hincapié en la diferenciación de las funciones de las manos y los pies. «Con esto se dio —afirma— el paso decisivo para la transición del mono al hombre» (Ibidem).

En completo acuerdo con Darwin, que afirmaba también que «el hombre nunca hubiera logrado ocupar su situación dominante en el mundo sin el empleo de las manos —esos instrumentos que poseen la sorprendente propiedad de someterse dócilmente a su voluntad—», Engels cree que el paso decisivo fue la liberación de la mano de las funciones de desplazamiento. También en completo acuerdo con Darwin, supone que nuestro antecesor fue «un género de monos antropoides excepcionalmente desarrollados (Ibidem)».

En los trabajos de Köhler tenemos una demostración experimental de que el paso al empleo de instrumentos ya se había preparado de hecho durante el período de desarrollo zoológico de nuestros antepasados.

Puede parecer que en lo que acabamos de decir existe una contradicción interna. ¡No hay, asimismo, una contradicción entre los datos obtenidos por Köhler y lo que cabría esperar según la

teoría del materialismo histórico? En efecto, hemos dicho que Marx considera que la utilización de instrumentos es un rasgo característico del trabajo humano, y que en su definición se [183](#)

Puede parecer que en lo que acabamos de decir existe una contradicción interna. ¿No hay, asimismo, una contradicción entre los datos obtenidos por Köhler y lo que cabría esperar según la teoría del materialismo histórico? En efecto, hemos dicho que Marx considera que la utilización de instrumentos es un rasgo característico del trabajo humano, y que en su definición se [183](#) puede prescindir de los rudimentos de utilización de instrumentos que se dan en los animales. ¿No resulta lo que acabamos de decir acerca del nivel relativamente alto de desarrollo del empleo de instrumentos en el mono, y de su semejanza con el uso de instrumentos en el hombre, contradictorio con la afirmación de que el uso de instrumentos es un rasgo específico de este último?

Comienza el documento LSV_01_04

Como se sabe, Darwin era contrario a la opinión según la cual sólo el hombre es capaz de emplear instrumentos. Según él, muchos mamíferos manifiestan en estado embrionario esa misma capacidad. Así, el chimpancé utiliza piedras para romper la cáscara de ciertos frutos, y los elefantes rompen ramas de los árboles y se abanican con ellas para espantar a las moscas.

No cabe duda de que Darwin tiene toda la razón desde su propio punto de vista —dice Plejánov, refiriéndose a las consideraciones de éste—, es decir, en el sentido de que en la tan cacareada «naturaleza humana» no hay un solo rasgo que no pueda encontrarse en una u otra especie animal, por lo que definitivamente no hay el menor fundamento para considerar al hombre como un ser aparte, asignándole un «reino especial». Pero no hay que olvidar que las diferencias cuantitativas pueden convenirse en cualitativas. Lo que en una especie animal existe en embrión puede convertirse en un rasgo diferenciador de otra especie. Esto es especialmente cierto en el caso de la utilización de instrumentos. El elefante rompe ramas y se sirve de ellas para espantar a las moscas. Eso es interesante e instructivo. Pero no cabe duda de que en la historia evolutiva de la especie «elefante» el empleo de ramas para espantar moscas no ha desempeñado ningún papel esencial: los elefantes no han llegado a ser elefantes porque sus más o menos elefantoides antepasados se abanicaran con ramas. En cambio, no es eso lo que sucede con el hombre.

«La existencia de los salvajes australianos depende totalmente de su bumerang, lo mismo que la de la Inglaterra contemporánea depende de sus máquinas. Si al australiano le quitáramos el bumerang y le convirtiéramos en labrador, se vería obligado a variar por completo su forma de vida, sus costumbres, su forma de pensar, su 'naturaleza'» (1956, t. 1, pág. 609).

Hemos señalado ya que la utilización de instrumentos en los monos, según los estudios y observaciones de Köhler, no responde a la forma instintiva de que habla Plejánov. En efecto, el mismo Plejánov afirma que en el límite del mundo animal y humano este otro tipo de utilización de instrumentos, que él llama invención de instrumentos y que exige y presupone la existencia de un alto grado de desarrollo de las facultades mentales.

F. Engels también señala que «el proceso del trabajo surge tan sólo con la fabricación de instrumentos» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 20, pág. 491). Por consiguiente, hay que esperar a que el empleo de instrumentos alcance primero un grado de desarrollo relativamente alto en el reino animal para que resulte posible la transición a la actividad laboral del hombre. Pero, al mismo tiempo, lo que dice Plejánov acerca de la diferencia cualitativa entre [184](#) el empleo de instrumentos por parte del hombre y de los animales resulta totalmente aplicable también a los monos de Köhler.

Pondremos un ejemplo sencillo que demuestra perfectamente que en la adaptación biológica de los monos superiores los instrumentos desempeñan todavía un papel muy poco importante. Ya hemos dicho anteriormente que los monos utilizan los palos como armas, pero la mayoría de las veces sólo emplean este instrumento en «juegos bélicos». Un mono coge un palo, se aproxima amenazador a otro y le «pincha». Su adversario también se arma de un palo, y ya tenemos ante

nosotros un juego «bélico» entre chimpancés. Pero si, señala Köhler, se produce una equivocación y el juego se transforma en una pelea seria, los monos tiran inmediatamente las armas al suelo y se atacan recurriendo a las manos, los pies y los dientes. El ritmo permite diferenciar el juego de la pelea seria. Si el mono agita un palo lenta y torpemente es que juega; pero cuando la cosa se pone seria, el chimpancé se lanza como un relámpago contra su adversario y éste no tiene tiempo de hacerse con un palo.

V. A. Vágner extrae de aquí una conclusión general, que no nos parece muy acertada. Dice: «Hay que tener mucho cuidado para no atribuir a facultades racionales lo que en gran medida hay que achacar a los instintos: usar una puerta para coger una cesta colgada del techo, una cuerda, etcétera. Suponer que estos animales poseen la capacidad de construir silogismos no tiene mayor fundamento que suponer que poseen la capacidad de utilizar un palo como instrumento, cuando los hechos demuestran que un chimpancé que tiene en sus manos un palo y que dispone, por tanto, de un arma, cuando se enfrenta a un adversario, en lugar de utilizarlo lo tira y recurre a las manos, los pies y los dientes» (1923).

En nuestra opinión, los hechos descritos por Köhler tienen una importancia verdaderamente crucial para valorar en su justa medida el uso de instrumentos por parte de los monos. Las observaciones de Köhler demuestran que esa utilización no se ha convertido aún en un rasgo característico del chimpancé y que no desempeña en la adaptación del animal un papel importante. La participación de los instrumentos en la lucha del chimpancé por la existencia es casi nula. Pero nosotros sostenemos que el hecho de que en un momento de excitación afectiva, como, por ejemplo, durante una pelea, el chimpancé arroje el arma al suelo no nos permite llegar a la conclusión de que carezca de la habilidad de utilizar el palo como un instrumento. Lo que caracteriza al estadio de desarrollo alcanzado por el chimpancé puede resumirse diciendo que está capacitado para inventar y utilizar inteligentemente instrumentos, pero que esa capacidad no ha llegado a convertirse aún en base de su adaptación biológica.

Por eso, W. Köhler tiene razón al señalar no sólo los factores que ponen de manifiesto la semejanza entre el chimpancé y el hombre, sino también las profundas diferencias que existen entre ambos, y los límites que separan incluso al mono más desarrollado del hombre más primitivo. En opinión de Köhler, la falta de habla, esa importantísima herramienta auxiliar del **185** pensamiento, y una limitación fundamental en el material más importante del intelecto, lo que se conoce con el nombre de «representaciones», son los factores que explicarían por qué no aparece en el chimpancé ni siquiera el menor rastro de desarrollo cultural. La vida del chimpancé transcurre dentro de unos límites muy estrechos en lo que se refiere al pasado y el futuro. El tiempo en que vive es, en este aspecto, extremadamente limitado y todo su comportamiento se encuentra en dependencia casi directa de la situación concreta dada.

W. Köhler se plantea el problema de hasta qué punto el comportamiento del chimpancé está dirigido hacia el futuro. La solución de este problema le parece importante por las siguientes razones. Gran número de observaciones muy diversas sobre los antropoides ponen de manifiesto fenómenos que por lo general sólo se presentan en seres que poseen una cultura, aunque ésta sea sumamente primitiva. Pero si los chimpancés no poseen nada que merezca el nombre de cultura, surge el problema de cuál es la causa de su limitación a este respecto. Hasta el hombre más primitivo prepara su palo de cavar, aunque no vaya a ponerse a cavar inmediatamente y no estén presentes las condiciones externas necesarias para el empleo del instrumento. El hecho mismo de preparar el instrumento para el futuro guarda relación, en opinión de Köhler, con la aparición de la cultura. Por lo demás, Köhler se limita sólo a plantear el problema y no se preocupa de resolverlo.

Nosotros creemos que la falta de desarrollo cultural, que desde el punto de vista psicológico constituye el factor más importante de la diferenciación entre el chimpancé y el hombre, depende de la ausencia en el comportamiento del primero de cualquier hecho comparable, aunque sea remotamente, al lenguaje humano, y, en sentido más amplio, de la utilización de signos.

Köhler afirma que, observando a los chimpancés, se puede constatar que poseen un lenguaje que en ciertos aspectos se encuentra sumamente próximo al lenguaje humano. Por ejemplo, su «lenguaje» posee gran cantidad de elementos fonéticos semejantes a los sonidos del habla humana. De ahí deduce Köhler que la ausencia de ésta en los monos superiores no puede explicarse por causas periféricas, como la existencia de defectos o imperfecciones del aparato fonador y articulario.

Pero los sonidos que los chimpancés emiten son siempre una expresión de su estado emocional, tienen siempre un significado meramente subjetivo y nunca designan nada objetivo, nunca se utilizan en calidad de signo que señale algo externo con respecto al animal. Las observaciones de Köhler sobre los juegos de los chimpancés han puesto de manifiesto que, aunque éstos «dibujaban» con arcilla coloreada, nunca se observó en ellos nada que pudiera parecerse siquiera lejanamente a un signo.

También otros investigadores, como R. Yerkes, han podido constatar la ausencia en estos animales de un lenguaje análogo al del hombre. Sin embargo, la psicología del hombre primitivo pone de manifiesto que el desarrollo cultural del psiquismo humano está ligado al empleo de signos. Y, aparentemente, el desarrollo cultural de nuestros antepasados antropopitecinos se **186** hizo posible solo a partir del momento en que, sobre la base del desarrollo del trabajo, apareció el lenguaje articulado. La ausencia de este último es la que «explica» la falta de rudimentos de desarrollo cultural en los chimpancés.

En lo que respecta al segundo factor a que se refiere Köhler, la limitación a la hora de operar en situaciones no visibles o con representaciones, nosotros creemos que también guarda una estrecha relación con la ausencia de habla o signos en general, puesto que es precisamente el lenguaje el medio más importante mediante el cual el hombre empieza a actuar en situaciones no inmediatamente perceptibles.

Pero, en esencia, ni la falta de lenguaje ni la limitación de la experiencia vital al tiempo presente explican el problema que plantea Köhler, ya que a su vez esas carencias necesitan ser explicadas. La falta de lenguaje no puede considerarse como la causa de la falta de desarrollo cultural en los monos antropoides, porque el lenguaje mismo forma parte de este fenómeno general. La verdadera causa es la diferencia en el tipo de adaptación. El trabajo, como señala Engels, desempeñó un papel decisivo en el proceso de transformación del mono en hombre. «El trabajo hizo al hombre» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 20, pág. 486)... y al lenguaje humano, y la cultura humana, y el pensamiento humano, y la proyección humana de la vida en el tiempo.

Apartado 02

En el mismo plano, en que Köhler resuelve la tarea que se plantea de forma puramente experimental, surge ante nosotros en toda su magnitud el problema del intelecto per se como una forma específica de comportamiento, que en el chimpancé puede ser estudiada en su expresión más pura y manifiesta. En efecto, en las condiciones adecuadas, el comportamiento de estos animales constituye a este respecto un objeto de estudio privilegiado, que permite investigar la «cultura pura» del intelecto. En él podemos ver en proceso de formación y en su forma original las reacciones que en el hombre adulto aparecen ya estereotipadas y automatizadas.

Al investigador le corresponde la tarea de demostrar que los chimpancés son capaces no sólo de utilizar instrumentos instintivamente, sino de construirlos y hacer un uso inteligente de ellos. De aquí se deriva la importancia tan fundamental que adquiere la capacidad de usar instrumentos para el estudio del intelecto.

W. Köhler dice que, antes de plantearse la cuestión de si los antropoides se comportan de forma inteligente, es necesario ponerse de acuerdo en cómo podemos distinguir en general las reacciones inteligentes de las de otra clase. Köhler presupone que esta diferenciación nos resulta conocida por la observación cotidiana del hombre. Como ya hemos dicho, Köhler afirma que la

admisión tácita de esa diferenciación está incluso en la base de la teoría asociativa y de la teoría de Thorndike. 187

E. Thorndike y sus seguidores niegan la existencia de comportamiento inteligente en los animales y los asociacionistas tratan de reducir las acciones inteligentes a asociaciones. Este hecho demuestra por sí solo que tanto unos como otros parten de posiciones análogas a la de Köhler: es decir, parten de una diferenciación directa, intuitiva, entre acciones ciegas, mecánicas, basadas en ensayos al azar, y acciones inteligentes, basadas en la comprensión de la situación. Por eso, dice Köhler que inicia y termina su investigación teórica sin adoptar una postura positiva o negativa con respecto a la psicología asociacionista. El punto de partida de su estudio es el mismo que el de Thorndike. Su objetivo no es investigar en los antropoides «algo que se encuentra totalmente definido de antemano»; antes de ello, es necesario resolver la cuestión general de si el comportamiento de los monos superiores pertenece o no a ese tipo que conocemos de forma aproximada por nuestra propia experiencia y que denominamos «inteligente». De esta manera, actuamos de acuerdo con la lógica misma del conocimiento científico, puesto que en el comienzo de las ciencias experimentales no es posible hacer definiciones claras y exactas. Únicamente en el curso de un prolongado proceso de desarrollo y con investigaciones fructíferas pueden establecerse definiciones tan precisas.

Por consiguiente, Köhler no desarrolló en su libro una teoría de la conducta inteligente. Sólo aborda las cuestiones teóricas desde un punto de vista negativo, intentando demostrar que los datos empíricos obtenidos por él no pueden ser explicados por la teoría del azar y que, por tanto, el tipo de conductas exhibidas por los chimpancés es esencialmente distinto de los ensayos y errores realizados al azar. Köhler ni siquiera ofrece una respuesta hipotética a la cuestión de cuál puede ser el mecanismo psicológico de estas reacciones inteligentes, cuáles pueden ser las modificaciones del arco reflejo que se producen en los animales. Köhler limita deliberadamente su tarea a establecer la presencia de determinado tipo de reacciones y a buscar unos criterios objetivos lo más precisos posible para ese tipo de reacciones.

Acabamos de decir que Köhler no parte al comienzo de su trabajo de una definición precisa de comportamiento inteligente. Trataremos de aclarar, sin embargo, a qué se refiere Köhler cuando habla de comportamiento inteligente. Este tipo de comportamiento no adolece de una indefinición absoluta. La experiencia nos muestra, dice Köhler, que cuando el hombre o el animal consiguen un objetivo por una vía directa, propia de su organización, no hablamos de comportamiento inteligente. Más bien, la impresión de inteligencia surge cuando las circunstancias obstaculizan la vía directa hacia el objetivo dejando abierto un modo indirecto de actuar, y el hombre o el animal dan un rodeo acorde con la situación. Según Köhler, esta concepción es la que sirve de base a casi todos los estudios que han abordado ese mismo problema, independientemente de si lo resolvían con una respuesta afirmativa o negativa.

De la misma forma general, expone Köhler el principio de investigación que utiliza. En sus experimentos, se crea una situación en la que la vía 188 directa hacia el objetivo se encuentra obstaculizada, pero existe una vía indirecta para alcanzarlo. Se pone al animal en esa situación, que, en la medida de lo posible, deberá ser totalmente clara y visible. El experimento ha de revelarnos en qué medida es capaz el animal de recurrir a un rodeo. La siguiente complicación consiste en la introducción de instrumentos en la situación experimental. El rodeo hacia el objetivo no se consigue a través de los movimientos del cuerpo del propio animal, sino mediante otros objetos, que actúan en este caso en calidad de instrumentos. Hay que decir que, desde este punto de vista, la inclusión de instrumentos en el proceso del comportamiento modifica de forma radical su carácter, confiriéndole el carácter de rodeo.

W. Köhler señala que el criterio objetivo más importante que permite diferenciar el uso inteligente de instrumentos de una actividad instintiva y de los ensayos al azar es el hecho de que la estructura objetiva de la operación misma de utilización del instrumento se corresponda con la estructura de la situación objetiva. Más adelante señala, acertadamente, que el instinto existe para el cuerpo del animal, para la inervación de sus miembros, pero no para el palo que sostiene en su

mano. Por eso podríamos considerar instintivos los movimientos orientados hacia el objetivo que el animal ejecuta con su propio cuerpo, pero no los movimientos complejos que realiza con un instrumento. Así, siempre que los movimientos de los órganos se ven sustituidos por los movimientos de un instrumento convirtiéndose en movimientos «mediados», nos hallamos en presencia de una operación inteligente del animal. Además de éste, hay un segundo criterio fundamental de comportamiento inteligente, que es justamente la utilización de instrumentos. La utilización adecuada de un instrumento en correspondencia con la estructura de la situación constituye un índice objetivo de la existencia de una reacción inteligente en el animal, ya que la utilización de instrumentos presupone la comprensión de las propiedades objetivas de las cosas. Y finalmente, para Köhler, un tercer y último criterio es el carácter estructural (integrado, configuracional) del conjunto de la operación llevada a cabo por el animal.

Por «estructura» la nueva psicología entiende procesos globales que presentan una serie de propiedades que no pueden deducirse aditivamente de las propiedades de sus partes, y que se distinguen como totalidades por una serie de regularidades. La diferencia objetiva más evidente entre una operación inteligente del chimpancé y otra que tiene su origen en un autoadiestramiento según el método de los ensayos al azar consiste en que la operación que realiza el chimpancé no está formada por elementos independientes, partes aisladas, que habrían aparecido anteriormente de forma desordenada entre otros muchos movimientos que no guardarían ninguna relación con la situación externa, y de entre los cuales se seleccionarían por su eficacia las reacciones apropiadas, las cuales, a su vez, gracias a su frecuente repetición, acabarían por juntarse en una reacción única encadenada. Lo que caracteriza a una reacción inteligente (operación) es precisamente el hecho de que no **189** está formada por la suma de partes aisladas, sino que surge de una sola vez como una totalidad de la que dependen las propiedades y el valor funcional de sus partes aisladas.

W. Köhler nos ha proporcionado una brillante demostración experimental del carácter integrado y total de las reacciones inteligentes de los chimpancés. Köhler ha mostrado cómo una acción aislada que forma parte de la operación del animal, considerada en sí misma, por separado, carece de sentido e, incluso, a veces se aparta del objetivo, mientras que en combinación con las demás, y sólo en combinación con las demás, cobra sentido. Este tipo de acción total, afirma Köhler, es el único medio posible de resolver el problema en la situación dada. Y esta característica es la que Köhler considera como criterio para identificar un rodeo genuino, es decir, una genuina operación inteligente. Al animal se le plantea una situación tal que para conseguir el fruto que se encuentra ante él tiene que realizar un movimiento de rodeo: por ejemplo, no puede atraerlo hacia sí directamente, sino que primero tiene que empujarlo, alejándolo de sí, para hacerlo llegar al otro extremo de la caja en cuyo interior se encuentra, de manera que, después de ir al otro lado de ésta, el chimpancé pueda cogerlo con la mano. Es absolutamente evidente que en un caso como éste, el conjunto total contiene partes que en cierto sentido se contraponen. Esa unidad dialéctica de las partes de un proceso unitario constituye el verdadero criterio para distinguir una reacción inteligente.

Esta reacción global y unitaria surge directamente de la influencia sobre el animal de la estructura de la situación, y la racionalidad de la reacción se comprueba viendo hasta qué punto la estructura de la operación realizada por el animal se corresponde con la estructura objetiva de la situación.

W. Köhler recurre, por tanto, a una forma puramente objetiva de estudiar la inteligencia. Köhler dice con toda claridad que, al hacer hincapié en el carácter integrado y total de las operaciones del animal, no estamos diciendo nada sobre su conciencia: simplemente nos estamos refiriendo a su comportamiento. La diferenciación entre operaciones inteligentes y no inteligentes nos remite exclusivamente, según sus palabras, a la fenomenología elemental del comportamiento de los chimpancés.

Cuando W. Köhler combate las tendencias mecanicistas de la psicología científico-natural, está intentando demostrar que, cuando pasamos a considerar formas de comportamiento superiores,

podemos verificar en los animales con toda objetividad la diferencia cualitativa que existe entre esta nueva fase en el desarrollo del comportamiento y el puro autoadiestramiento.

Las investigaciones de Köhler han dado lugar a gran número de publicaciones, en las que se analizan críticamente tanto las tesis generales del autor como la interpretación de aspectos concretos de su trabajo. Ninguno de los críticos cuestiona la parte objetiva de los trabajos de Köhler, pero muchos se apartan de él en la interpretación de sus experimentos. Vamos a detenernos en aquellos puntos de vista críticos más típicos y fundamentales que nos 190 servirán de ayuda para valorar y comprender en su justa medida las tesis que plantea Köhler.

La primera crítica de que fue objeto Köhler provenía de los psicólogos subjetivistas. Por ejemplo, según P. Lindworsky el mono no puede manifestar un comportamiento inteligente por dos razones: en primer lugar, los monos, a diferencia del hombre, muestran un estancamiento en su desarrollo mental durante miles de años; en segundo lugar, la inteligencia es para el mencionado autor equivalente a la comprensión de relaciones, y las operaciones de los monos no pueden basarse en ese tipo de comprensión. Esta crítica se caracteriza fundamentalmente por que, en su interpretación del comportamiento de los chimpancés, recurre a un principio metodológico totalmente distinto al de Köhler. Lindworsky se mantiene dentro del viejo punto de vista subjetivista y mecanicista. Para la mencionada crítica, los criterios objetivos y estructurales no son convincentes. Según Köhler, el criterio de inteligencia consiste en que las cosas se manejen de acuerdo con sus propiedades estructurales, pero Lindworsky considera que, si asumiéramos ese planteamiento, también deberíamos atribuir a la inteligencia actos instintivos.

K. Koffka, otro destacado representante de la psicología estructural, al analizar esta opinión, señala acertadamente que en los actos puramente instintivos, como han mostrado numerosas observaciones y experimentos (H. Volkelt y otros), podemos constatar que, cada vez que la situación se desvía del tipo normal, se produce un comportamiento sumamente inadecuado respecto a propiedades estructurales de importancia esencial.

Pero el aspecto más importante y básico de la crítica de Lindworsky consiste en que éste descompone las operaciones inteligentes de los chimpancés en partes, y se pregunta en qué parte de la operación interviene la inteligencia. La propia formulación de esta pregunta constituye una negación radical del planteamiento del problema efectuado por Köhler, ya que para él la inteligencia no «interviene» en un momento aislado de la operación, sino que es la totalidad de la operación con su estructura la que se acomoda a la estructura externa de la situación y la que, por consiguiente, es inteligente. Köhler suponía que las partes aisladas de la operación carecen de sentido por sí mismas y que sólo adquieren un sentido relativo dentro de la estructura de la acción en su conjunto.

Si aceptamos los criterios de la psicología subjetiva empirista en los que se apoya esta crítica, nos veremos obligados a atribuir a la inteligencia, a priori e independientemente del resultado de cualquier investigación, sólo aquellas propiedades que el análisis introspectivo descubre en el pensamiento del hombre. Así, K. Bühler, partiendo de la base de que, según todos los indicios objetivos, la conducta de los monos en los experimentos de Köhler no permite vislumbrar una actividad inteligente en sus operaciones, ve en ellas la acción aleatoria, es decir, ciega e irracional, de un mecanismo asociativo. 191

Para Bühler, como para otros psicólogos subjetivistas, la inteligencia está indisolublemente ligada a la capacidad de emitir juicios, a la sensación de la certeza. Según él, hay que demostrar que los chimpancés son capaces de hacer juicios. Sin embargo, al mismo tiempo, Bühler acepta por completo la interpretación objetiva de Köhler, que con su teoría intenta demostrar que son las relaciones de las cosas las que determinan el comportamiento de los monos. Bühler es de la opinión de que eso es perfectamente demostrable, y considera este hecho como un importante punto de partida del pensamiento. Por consiguiente, la discusión se centra en qué se entiende por inteligencia y no en cómo se interpretan los experimentos.

Bühler introduce una serie de hipótesis para explicar el comportamiento de los monos, cuyos rasgos básicos intentaré exponer de forma resumida. Este autor supone que el principio de efectuar un rodeo y el principio de alcanzar un fruto una rama o arrancarla para después atraerla hacia sí le vienen dados al animal por la naturaleza, lo mismo que le han sido proporcionados otros mecanismos instintivos que hasta ahora no somos capaces de explicar caso por caso, pero que debemos reconocer como realidades.

Por tanto, después de atribuir —no sin fundamentos suficientes— parte del éxito de los chimpancés al instinto y al autoadiestramiento a lo largo de su vida precedente, Bühler supone a continuación, ya de forma totalmente arbitraria, que el animal es capaz de «intuir» o «presentir» la situación final y partir de ella. Bühler pretende explicar el comportamiento de los chimpancés a través de un juego de representaciones. Un animal arborícola, dice, debe conocer bien la relación entre una rama y un fruto. Cuando el animal permanece enjaulado en un recinto, en cuyo exterior hay un fruto sin rama y en cuyo interior hay una rama sin fruto, el factor psicológico fundamental que interviene es que el animal, por así decir, se los representa unidos; el resto es evidente. Lo mismo puede decirse respecto al cajón. Cuando un mono en el bosque ve un fruto en lo alto de un árbol, es completamente natural que se fije en el tronco por el que ha de trepar para alcanzar el fruto. En el recinto no hay ningún árbol, pero en su campo visual hay un cajón: su acto espiritual estriba en situar en su imaginación el cajón en el lugar que le corresponde. Pensado y hecho, puesto que el chimpancé en otras situaciones se dedica con frecuencia a mover cajones jugando por el recinto.

Vemos que Bühler, a diferencia de Köhler, es partidario de reducir el mecanismo de acción de los chimpancés a un juego automático de representaciones. En nuestra opinión esta explicación no tiene base alguna en los datos objetivos obtenidos por Köhler, porque en sus investigaciones no hay nada que sugiera que en realidad el mono resuelve primero la tarea mediante representaciones, pero lo más importante es que, como dice K. Koffka, Bühler atribuye a los chimpancés una actividad representacional sumamente compleja que, a juzgar precisamente por los experimentos de Köhler, resulta sumamente improbable. De hecho, ¿dónde están los fundamentos objetivos ¹⁹² que permitirían atribuir al animal, como hace Bühler, la facultad de ponerse en la situación final y partir con su mirada del objetivo?

Por el contrario, como hemos observado en páginas anteriores, Köhler ha demostrado que un rasgo característico del intelecto de los chimpancés es precisamente las representaciones: por regla general, estos animales optan por una forma ciega de actuar tan pronto como la situación visible se vuelve relativamente ambigua y confusa desde el punto de vista óptico. Es precisamente la incapacidad del chimpancé para dirigir sus actos mediante representaciones, es decir mediante estímulos no visibles o que han dejado de estar presentes, lo que distingue todo su comportamiento. Köhler ha logrado demostrar experimentalmente que la menor complicación o confusión en la situación externa da lugar a que el chimpancé renuncie a resolver tareas que por sí mismas estarían a su alcance sin demasiado esfuerzo.

Pero la demostración definitiva de que los actos de los chimpancés no son un simple juego de representaciones puede verse en uno de los experimentos de Köhler. En efecto, como supone Bühler, el mono utilizará el palo en calidad de instrumento sólo porque mediante una representación «vuelve» a la rama de la que cuelga el fruto, entonces una rama de verdad que brotara de un árbol siempre tendría que convertirse con más facilidad y rapidez en instrumento. Sin embargo, el experimento demuestra lo contrario: al mono le resulta sumamente difícil la tarea de romper una rama viva del árbol y convertirla en instrumento; es una tarea más difícil que utilizar un palo que se encuentra ya listo para su uso.

Vemos, por tanto, que este experimento no habla en favor de la conjetura de Bühler y, junto con Koffka, creemos que la operación del chimpancé —unir el palo y el fruto— no tiene lugar en el ámbito de las representaciones o de un proceso psicofisiológico análogo, sino en el campo visual, y que esta operación no constituye la reproducción de una «experiencia» anterior, sino que implica el establecimiento de una nueva conexión estructural. Una importante demostración práctica de

esto son unos experimentos análogos de Jaensch (1927) con niños eidéticos. Estos experimentos han puesto de manifiesto que la aproximación del instrumento al objeto, el establecimiento de una conexión puramente óptica entre ellos, se produce en el campo visual del eidético.

Pero en la crítica de Bühler hay puntualizaciones que nos parecen sumamente justificadas e importantes, y que no sólo no desmienten las tesis de Köhler, sino que las refuerzan y arrojan nueva luz sobre ellas. Bühler reconoce que los actos de los chimpancés tienen el carácter de actos objetivamente inteligentes, pero en lo que respecta a su perfección y a su pureza metódica —añade— esta conducta natural va a la zaga de otras muchas. Comparemos siquiera las inestables construcciones con cajas que realizan los monos con las celdillas de las abejas y con las telas de araña. La rapidez y seguridad con que trabajan las arañas y las abejas para conseguir su objetivo, en cuanto se dan todas las circunstancias que las impulsan a ello, son muy superiores a los inseguros y vacilantes movimientos de los monos. 193

Nosotros vemos en este hecho precisamente una demostración de que no estamos ante un acto instintivo del mono, sino ante un acto nuevo o, como dice Bühler, «un invento, en el sentido técnico de esta palabra». Pero, de las críticas de Bühler, lo que más valor tiene es que invitan a subrayar no sólo lo que distingue el comportamiento de los chimpancés de los actos instintivos y los hábitos, sino a señalar también lo que lo aproxima a ellos.

Por eso, si bien no es posible reducir los actos del chimpancé al instinto, a una rememoración directa de su vida natural, o a un hábito formado con anterioridad, sin embargo, nos parece que se ha señalado muy acertadamente el hecho de que en el comportamiento de los monos en situaciones nuevas desempeña un papel importante su experiencia previa, así como que existe una notable coincidencia entre las situaciones que se presentan en su vida natural en los bosques y las que se crean en los experimentos.

K. Bühler muestra con gran detalle y —en nuestra opinión— de forma plenamente convincente que tanto lo que el mono es capaz de realizar en los experimentos como lo que no, es igualmente explicable por las condiciones de su vida natural en el bosque. Por eso es por lo que considera que el prototipo de utilización del palo puede encontrarse en el acto de coger un fruto mediante una rama, y el hecho de subir hacia lo alto por medio de cajas está relacionado con el de trepar por los trucos de los árboles, en tanto que la incapacidad de los chimpancés para apartar obstáculos se explica por el hecho de que un animal trepador, en el bosque, normalmente evitará con un rodeo un obstáculo que se interponga en su camino. Rara vez tendrá motivo para apartarlo; de ahí que a los monos todas las tareas con obstáculos les resulten muy difíciles. Al hombre le parece muy sencillo quitar un cajón que está junto a la reja y ocupar el lugar desde el que se puede alcanzar un fruto, mientras que muchos chimpancés se esfuerzan durante gran cantidad de horas probando distintos procedimientos alternativos, hasta que por fin adivinan lo que hay que hacer. Por eso, tiene razón Bühler al decir que en las acciones de los chimpancés no salta a la vista ninguna ruptura con el pasado. Un pequeño progreso en la vida de sus representaciones, un juego algo más libre de sus asociaciones es a lo que podría deberse el que los chimpancés sean superiores a los perros. Todo consistiría en utilizar adecuadamente lo que uno tiene. En eso estribaría cualquier novedad.

No se puede negar razón a la idea de Bühler de que en el intelecto de los chimpancés no existe ruptura con la actividad precedente y que al igual que sucede con el pensamiento humano, las operaciones inteligentes se asientan necesariamente sobre un sistema de hábitos previos, que se utilizan en una combinación nueva; sin embargo, los hábitos que participan en una operación intelectual y que forman parte de ella constituyen una «categoría anulada» en esta forma superior de comportamiento. Ahora bien, Bühler comete un nuevo error al suponer que la naturaleza no da saltos: el desarrollo tiene lugar precisamente gracias a los saltos, y los cambios cuantitativos a los que se refiere cuando compara al perro y al chimpancé se transforman en cualitativos: un tipo de comportamiento es sustituido por otro. La superación de 194 los errores cometidos por las ciencias naturales mecanicistas estriba en reconocer este principio dialéctico de transición de la cantidad a la cualidad.

Al evaluar el comportamiento de los chimpancés en los experimentos de Köhler, V. A. Vágner llega a la conclusión de que, si se tienen en cuenta los momentos, inicial y final, en ellos parece evidente la existencia de una comprensión del objetivo. Pero, si tenemos en cuenta los detalles de las acciones que se llevan a cabo entre estos momentos, tal y como los describe el propio Köhler, la existencia de la capacidad de comprender el objetivo comienza a hacerse más dudosa. Los intentos que efectúan los monos, los errores que cometen, su incapacidad para colocar un cajón sobre otro, etcétera, son prueba de la falta de inteligencia en sus actos.

Al igual que Bühler, V. A. Vágner considera posible reducir los actos de los chimpancés a instintos, «porque, ante sus ojos, todos esos objetos no se diferencian en nada de los que utilizan cuando están en libertad: para nosotros, una puerta y un tocón, un cable y una rama, una liana y una cuerda son cosas diferentes, pero para los monos constituyen objetos idénticos en tanto que son medios para resolver una tarea». Basta que aceptemos esto para que lleguemos con toda naturalidad a la conclusión de que Thorndike tenía razón cuando no encontraba en los monos (¡inferiores!) más que acciones de un mecanismo asociativo. En lo que respecta a las facultades mentales —reconoce este autor— los monos ocupan un lugar superior y, sin embargo, no son nada en comparación con el hombre, ya que muestran una total incapacidad de pensar, aunque sólo sea de forma elemental.

Al analizar el experimento relativo a la fabricación de instrumentos, Vágner dice: «¿Es eso así?» Ciertamente, el hecho ha sido transcrito con exactitud, pero es indudable que su verdadero significado puede hallarse oculto tras los fallos de los centenares o, quizá, millares de acciones carentes de sentido, que realizan los monos en su intento de conseguir los frutos». Al señalar el empleo de instrumentos inadecuados por parte de estos animales, afirma que difícilmente se puede estar de acuerdo con Köhler cuando concluye que el chimpancé pone de manifiesto facultades inteligentes de un tipo totalmente análogo a las que caracterizan al ser humano. En opinión de Vágner, el científico se acerca mucho más a la verdad cuando dice que la carencia de representaciones de objetos y fenómenos y la ausencia del don del habla establecen una abrupta separación entre los monos antropomorfos y las razas humanas más inferiores.

Creemos que Vágner comete aquí dos equivocaciones. En primer lugar, como ha señalado Köhler, los propios errores de los monos («errores positivos») hablan con frecuencia en favor del reconocimiento de su inteligencia y no en contra de ello. En segundo lugar, el hecho de que junto con las acciones inteligentes encontremos en los monos un gran número de actos absurdos, lo mismo que en el hombre, no dice nada en contra de que tengamos que hacer una distinción general entre un tipo de comportamiento y el otro. 195

Pero lo principal, lo más importante, es que Vágner pasa por alto el criterio fundamental planteado por Köhler, es decir, el carácter estructural de la operación en sí y su correspondencia con la estructura externa de la situación. En efecto Vágner no refuta ni lo uno ni lo otro, ni tampoco que ambos factores puedan deducirse a partir de actos instintivos.

Igualmente, V. M. Borovski no ve ninguna razón para incluir las operaciones de los chimpancés en una categoría de comportamiento especial y atribuir inteligencia a estos animales. Este autor prefiere pensar que no existe diferencia alguna entre el comportamiento de los monos y el de las ratas. Dice que, si bien el mono no realiza ensayos visibles (no alarga las manos), sí «ensayaría» en cambio, con algunos músculos; al igual que las ratas, el mono efectúa tentativas incompletas; estima la distancia basándose en su experiencia anterior; «experimenta» con algo, y sólo después de eso, surge la «solución repentina», y en la medida en que no sabemos con exactitud cómo ha surgido esa solución y desconocemos su historia y su mecanismo, de momento no tenemos posibilidad de descifrar los diferentes «Einsicht» 2 e «ideaciones». Estas etiquetas pueden servirnos tan sólo como señales de un problema que aún está por resolver, cuando no de un pseudo-problema.

Lo mismo que otros autores, Borovski, yendo más lejos que Köhler, trata de demostrar que el mono resuelve la tarea mediante tanteos y ensayos internos. A esto cabe decir que el propio Köhler deja totalmente sin resolver la cuestión de si se puede o no se puede reducir la operación de los chimpancés a la actuación de un mecanismo asociativo. Ya hemos comentado antes esta opinión de Köhler. En otro lugar la expone aún con mayor claridad.

Rechazar el principio del azar como explicación del comportamiento de los chimpancés no significa aún que se adopte tal o cual posición respecto a la teoría asociacionista en general, cuyos partidarios reconocen la diferencia que puede establecerse objetivamente entre el comportamiento inteligente y el no inteligente. Toda la cuestión estriba en si partiendo del principio de la asociación, esta teoría puede explicar la estructura de las operaciones de los chimpancés y su correspondencia con la estructura de la situación. Del principio de la asociación hay que deducir, según Köhler, cómo surge la comprensión de la relación intrínseca y esencial que existe entre dos cosas o, de un modo más general, la comprensión de la estructura de la situación; hay que explicar cómo surge la conexión entre los actos del animal a partir de las propiedades de las cosas mismas y no mediante la unión al azar de reacciones instintivas.

De esta manera, permanece sin resolver la cuestión de si se puede o no reducir los actos de los chimpancés a asociaciones de movimientos, es decir, a la formación de hábitos. Más aún, el propio Köhler y otros psicólogos de la misma corriente han señalado que también en los instintos de los animales y en sus hábitos debemos reconocer la existencia de actos estructurales, es decir, integrados globalmente. 196

Köhler ha mostrado que los monos, así como otros animales, llevan a cabo actos estructurales durante un proceso de adiestramiento, y que, incluso en los experimentos de Thorndike, no todo el comportamiento de los animales carecía por completo de inteligencia; por el contrario, sus animales hacían una tajante diferenciación entre aquellos casos en que la solución no tenía un nexo razonable con la situación y aquellos en que ese nexo sí existía. Por consiguiente parece que también Köhler suprime esa separación tajante entre la inteligencia y otras formas inferiores de actividad. Koffka señala con toda la razón que, a diferencia de Bühler, la psicología estructural considera el instinto, los hábitos y la inteligencia, no como aparatos distintos o como mecanismos completamente separados unos de otros, sino como formaciones estructurales relacionadas internamente entre sí, que pueden transformarse una en otra. Los psicólogos de esta corriente son partidarios, por tanto, de borrar la tajante separación entre los diferentes grados de desarrollo del comportamiento, y aceptan que ya durante la formación de los hábitos y durante la actividad de los instintos existen rudimentos de actividad que no es mecánica, sino estructural.

El principio de la estructura cumple en los trabajos de estos psicólogos una doble finalidad metodológica, y en esto radica su verdadera importancia dialéctica. Por un lado, este principio unifica todos los grados o niveles de desarrollo del comportamiento, destruyendo la separación a que se refiere Bühler, y mostrando que hay continuidad en el desarrollo de lo superior a partir de lo inferior y que las propiedades estructurales ya están presentes en los instintos y los hábitos. Por otro lado, este principio permite establecer una profunda y básica distinción cualitativa entre los distintos niveles destacando todo lo nuevo que aporta cada etapa al desarrollo del comportamiento y que la distingue de la precedente.

De acuerdo con la interpretación de Koffka, el intelecto, el adiestramiento y el instinto descansan sobre funciones estructurales que operan de modo diferente, y no sobre aparatos diferentes que pueden conectarse en caso de necesidad, como supone Bühler.

Apartado 03

Los límites de nuestro ensayo no incluyen el análisis y la crítica más o menos detallada de la psicología estructural y la teoría gestaltista, a la que pertenece la investigación de Köhler. No obstante, consideramos que para valorar correctamente las investigaciones de Köhler, e incluso para entenderlas de forma adecuada, es completamente imprescindible detenerse brevemente en

el fundamento filosófico de las mismas. Y no sólo porque únicamente cuando llevamos las ideas hasta su límite lógico y las estructuramos filosóficamente es cuando éstas descubren su verdadera faz, sino fundamentalmente porque tanto históricamente como por su propia esencia la cuestión misma planteada por Köhler —la cuestión de la inteligencia— inevitablemente 197 aparece ligada estrechamente a problemas filosóficos. Se puede afirmar categóricamente, sin temor a errar ni a exagerar, que no hay una cuestión psicológica tan crítica y central por su trascendencia metodológica en todo el sistema de la psicología como el problema de la inteligencia. (Aquí vamos a limitarnos tan sólo a analizar cuestiones relacionadas con los experimentos de Köhler, es decir, cuestiones relativas a la psicología animal, sin abordar la psicología estructural y a teoría de la Gestalt en su conjunto).

No hace mucho, Külpe resumía la situación de las investigaciones experimentales en el campo de los procesos del pensamiento afirmando que «Nos hallamos de nuevo en el camino de las ideas». El intento de la escuela de Wurtzburgo de dar un paso hacia delante superando la teoría asociacionista, el intento de demostrar las particularidades de los procesos mentales y su irreductibilidad a la asociación han significado, en realidad, un paso hacia atrás: una vuelta a Platón. Eso por un lado. Por otro, el asociacionismo de H. Ebbinghaus y T. Ribot o el behaviorismo de J. Watson conducían a la supresión del problema mismo del intelecto, disolviendo el pensamiento en procesos de tipo más elemental. En los últimos años esta tendencia psicológica ha respondido a la afirmación de O. Külpe por boca de Watson, diciendo que, en esencia, el pensamiento no se diferencia en nada del juego del tenis o de la natación.

El libro de Köhler ocupa en esta cuestión una posición completamente nueva, profundamente distinta, tanto respecto a la escuela de Wurtzburgo como respecto al behaviorismo puro. Köhler combate en dos frentes, contraponiendo sus investigaciones a los intentos, por un lado, de borrar las diferencias entre el pensamiento y los hábitos motores ordinarios y, por otro, de presentar el pensamiento como un acto puramente espiritual, un *actus purus*, que no tendría nada en común con formas más elementales de comportamiento y que nos devolvería a las ideas platónicas. Es esta lucha en dos frentes en lo que consiste la novedad de la manera en que Köhler plantea el problema del intelecto.

Podría parecer fácilmente, juzgando por las apariencias, que caemos en franca contradicción con lo que hemos dicho anteriormente. Antes afirmábamos que el libro de Köhler no contenía ninguna teoría de la inteligencia y que sólo figuraba en él la descripción objetiva y el análisis de los datos experimentales obtenidos por el autor. Es fácil sacar a partir de aquí la conclusión de que las investigaciones de Köhler no ofrecen oportunidades para hacer generalizaciones filosóficas, y que el intento de captar y analizar críticamente la base filosófica sobre la que se asientan está condenado de antemano al fracaso, en la medida en que de esa manera estaríamos intentando ir más allá de una teoría psicológica del pensamiento que ni siquiera existe; pero no es así. El sistema de hechos que presenta Köhler es, al mismo tiempo, el sistema de ideas con cuya ayuda estos hechos han sido obtenidos y a la luz de las cuales han sido interpretados y explicados. Y es precisamente la falta de una teoría del pensamiento más o menos desarrollada en Köhler lo que hace necesario que nos detengamos en las bases filosóficas 198 de sus trabajos. Si las ideas y premisas filosóficas que sirven de base a la investigación han sido presentadas sin desarrollar, tanto más importante resultará para interpretar y valorar adecuadamente su libro que intentemos desarrollarlas.

Es evidente que, a este respecto, está totalmente fuera de lugar la precipitación, el intento de anticipar, aunque sólo fuera en sus rasgos generales, la teoría del pensamiento que aún no ha desarrollado Köhler. Pero para entender correctamente los hechos presentados por él es necesario examinar los puntos de vista filosóficos que han servido de base para la recogida, análisis y sistematización de estos datos.

Recordemos que el concepto de inteligencia de Köhler se diferencia radicalmente del concepto al que han llegado Külpe y sus colaboradores como resultado de sus investigaciones. Ellos han

analizado el intelecto desde arriba: estudiando las formas más desarrolladas, elevadas y complejas del pensamiento abstracto humano.

W. Köhler trata de analizar el intelecto desde abajo, a partir de sus raíces, de sus gérmenes primarios, tal y como se manifiesta en el mono antropoide. No sólo aborda su investigación desde el otro extremo, sino que su propia concepción de la inteligencia se contrapone esencialmente a la concepción que ha servido de base a las investigaciones experimentales precedentes sobre el pensamiento.

En la facultad del pensamiento, según Külpe, hallaron los sabios de la antigüedad el rasgo diferenciador de la naturaleza humana. En el pensamiento vieron, primero, el padre de la Iglesia San Agustín y, después Descartes, la única base firme sobre la que podía asentarse la existencia del individuo que duda. Ahora bien, nosotros no nos limitamos a decir: «pienso, luego existo», sino que decimos también: «el mundo existe tal y como lo establecemos y determinamos nosotros».

El pensamiento humano es para estos psicólogos la característica distintiva de la naturaleza del hombre, y es además la propiedad que determina y establece la existencia del mundo. Para Köhler en cambio, la cuestión primordial, lo que de verdad importa, es, ante todo, la demostración proporcionada por él mismo de que el chimpancé manifiesta un comportamiento inteligente del mismo tipo que el del hombre, que el tipo de comportamiento inteligente que se da en el hombre puede encontrarse sin duda alguna en los monos antropomorfos, y que en la evolución biológica el pensamiento no es una propiedad característica de la naturaleza humana, sino que, como sucede con cualquier otro aspecto de ésta, se ha desarrollado a partir de formas más primitivas que se encuentran en los animales. A través de los monos antropoides la naturaleza humana se aproxima a la animal, no sólo por los rasgos morfológicos y fisiológicos, sino también por esa forma de comportamiento que se consideraba específicamente humana. Hemos visto anteriormente cómo el empleo de instrumentos, que siempre había sido considerado un rasgo distintivo de la actividad humana, ha sido demostrado experimentalmente por Köhler en los monos antropoides. 199

Pero al mismo tiempo, Köhler no sólo sitúa el desarrollo de la inteligencia al mismo nivel que el de otras propiedades y funciones de los animales y del hombre, sino que plantea además un criterio de actividad intelectual completamente opuesto al anterior. Para él, el comportamiento inteligente que se pone de manifiesto en la utilización de instrumentos es ante todo una forma particular de actuar sobre el mundo circundante, un procedimiento que está determinado en todos sus puntos por las propiedades objetivas de los objetos sobre los que actuamos y de los instrumentos de los que hacemos uso. Para Köhler, el intelecto no es aquel pensamiento que determinaba y establecía la existencia del mundo, sino una capacidad que se guía a sí misma por las relaciones objetivas esenciales de las cosas, que descubre las propiedades estructurales de la situación externa y permite que se actúe de acuerdo con la estructura objetiva de las cosas.

Recordemos que, tal y como la describe Köhler en su libro, la actividad intelectual de los monos de hecho se limita exclusivamente al empleo de instrumentos. En el plano teórico el autor se plantea cuál es el criterio objetivo de la mencionada actividad. Según él, sólo nos parece indefectiblemente inteligente el comportamiento de los animales que, como un proceso íntegro y cerrado, se corresponde con la configuración de la situación externa, con la estructura general del campo. Por eso, según Köhler, es este rasgo —la aparición de la solución como una totalidad en concordancia con la estructura del campo— el que puede adoptarse como criterio de inteligencia.

Vemos pues que, en contraposición con la tesis idealista de que la existencia depende del pensamiento, puesta claramente de manifiesto en las conclusiones de Külpe, Köhler plantea un punto de vista opuesto, basado en que el pensamiento- depende de cosas objetivas que existen fuera de nosotros y actúan sobre nosotros. Al mismo tiempo, el pensamiento no pierde para Köhler su especificidad, ya que le atribuye de forma exclusiva la facultad de descubrir y tomar en consideración las relaciones estructurales objetivas, así como la de orientar las acciones sobre las cosas en función de las relaciones percibidas. Las operaciones mentales de los chimpancés, que, según señala el propio Köhler, recuerdan en sus rasgos más generales lo que O. Selz logró

establecer respecto a la actividad mental del hombre, no consisten al fin y al cabo más que en actos estructurales, cuya inteligencia estriba en su correspondencia con la estructura de la situación objetiva. Es precisamente esto lo que diferencia radicalmente las operaciones intelectuales del chimpancé del proceso de ensayos y errores aleatorios mediante el cual pueden establecerse en los animales hábitos relativamente complejos.

W. Köhler lucha contra el intento de Thorndike y otros psicólogos norteamericanos de reducir todo el comportamiento de los animales exclusivamente al proceso de ensayo y error. Muestra con rigor experimental los factores objetivos que distinguen una solución auténtica de la tarea de una solución casual. No repetiremos aquí los argumentos de Köhler y menos aún añadiremos nada nuevo a ellos. Únicamente queremos señalar que, si bien Köhler no ofrece siquiera los rudimentos de una teoría «positiva» que 200 explique el comportamiento inteligente de los monos, sí aporta, sin embargo; un exhaustivo análisis «negativo» de los hechos que demuestra que el comportamiento de los monos observado por él es algo esencialmente distinto del proceso de ensayo y error.

En el apartado anterior nos hemos detenido en valorar y sopesar detalladamente los argumentos de Köhler y los de sus críticos. Ahora nos interesa conocer cuál es el sustrato filosófico de esta «tesis negativa», sustrato que Köhler reconoce explícitamente. Según él, al rechazar el principio del azar para explicar la aparición de las soluciones de los monos, entra en aparente conflicto con las ciencias naturales. Pero, en su opinión, este conflicto sólo es aparente y superficial, porque la teoría del azar, capaz de explicar científica y detalladamente hechos que se producen en otras situaciones, resulta en este caso incoherente precisamente desde el punto de vista de las ciencias naturales. En este caso, Köhler diferencia taxativamente su teoría y puntos de vista de los enfoques desarrollados con anterioridad, por otros autores que se asemejan al suyo por su carácter crítico hacia la teoría del azar.

Según él, la negación de la teoría del azar aparece ya en E. Hartmann, a quien le parece imposible admitir que las aves puedan encontrar al azar el camino hacia sus nidos, deduciendo de ello que es su inconsciente el que lo hace posible. Bergson considera sumamente improbable que los elementos del ojo puedan haberse organizado al azar y, por eso, obliga a su «impulso vital» a realizar el milagro. A los neovitalistas y los psicovitalistas no les satisface el azar darwiniano y hallan en la materia viva fuerzas orientadas hacia objetivos con idénticas características que el pensamiento humano, pero que, sin embargo, no se experimentan conscientemente. Según las propias palabras de Köhler, la única relación que su libro tiene con las mencionadas teorías es que tanto en estas como en aquél se rechaza la teoría del azar.

Aunque muchos suponen que el rechazo de esa teoría conduce obligatoriamente a adoptar alguna de las doctrinas que hemos mencionado, Köhler afirma que, para el investigador naturalista, no existe en absoluto esa disyuntiva entre el azar y los agentes suprasensibles. Esta disyuntiva se basa en el equívoco fundamental de que, aparentemente, todos los procesos fuera de la materia orgánica están subordinados a las leyes del azar. Köhler considera incoherente, precisamente desde el punto de vista de la física, éste planteamiento de «o bien una cosa, o bien la otra», en un terreno donde existen en realidad otras posibilidades. De esta manera, Köhler aborda un importantísimo aspecto teórico de la psicología estructural: su intento de superar los dos callejones sin salida, fundamentales de las ciencias naturales actuales, las concepciones mecanicistas y las vitalistas. M. Wertheimer ha sido el primero en señalar desde el punto de vista de la teoría estructural que ambas concepciones son incongruentes.

En su deseo de explicar los procesos nerviosos que tienen lugar en el cerebro a la luz de la nueva teoría, Wertheimer llega al convencimiento de 201 que estos procesos deben ser considerados, no como a suma de excitaciones aisladas, sino como estructuras globales integradas. En su opinión, no hay ninguna necesidad teórica de admitir, como hacen los vitalistas, que junto a las excitaciones aisladas y por encima de ellas existen procesos centrales especiales, específicos. Más bien hay que admitir que cualquier proceso fisiológico del cerebro constituye un todo único que no está

formado simplemente mediante la suma de excitaciones procedentes de centros aislados, sino que posee todas las características de una estructura a las que nos hemos referido antes.

Por consiguiente, el concepto de estructura —es decir, un todo que posee como tal, propiedades específicas que no pueden reducirse a las propiedades de sus partes aisladas— ayuda a la nueva psicología, a superar las teorías mecanicistas y vitalista. A diferencia de C. Ehrenfels y otros psicólogos, que consideran la estructura como una característica de los procesos psíquicos superiores, como algo que aporta la conciencia a los elementos a partir de los cuales se construye la percepción de las totalidades, la nueva psicología parte del principio de que estas totalidades, que llamamos «estructura» no sólo no son un privilegio de los procesos conscientes superiores, sino que tampoco son en absoluto una propiedad exclusiva de la psique.

Si observamos atentamente, dice Koffka, encontraremos esos procesos por doquier en la naturaleza. Por tanto, nos vemos obligados a aceptar la existencia de esas totalidades en el sistema nervioso y a considerar como tales totalidades los procesos psicofísicos, siempre que haya razones para adoptar tal punto de vista. Y razones hay muchas. Hemos de aceptar que los procesos conscientes no son más que procesos parciales que forman parte de totalidades mayores cuya existencia testimonian evidenciando que los procesos fisiológicos son también totalidades integradas como los procesos psíquicos.

Vemos, por tanto, que la psicología estructural se aproxima a una resolución monista del problema psicofísico, admitiendo como principio la configuración estructural no sólo de los procesos psíquicos, sino también de los procesos fisiológicos del cerebro. Los procesos nerviosos, dice Koffka, que corresponden a fenómenos tales como el ritmo, la melodía o la percepción de figuras, deben poseer las propiedades esenciales de estos fenómenos, es decir, su carácter primordialmente estructural.

Para demostrar la existencia de estructuras en el ámbito de los procesos no psicológicos, Köhler decidió investigar si era posible que en el mundo de los fenómenos físicos existiera eso que llamamos «estructura». En un trabajo específico, Köhler trata de demostrar que en el ámbito de los fenómenos físicos existe ese tipo de procesos totales e integrados que podemos denominar con pleno derecho «estructurales», en el sentido en que esta palabra se utiliza en psicología. Las particularidades y propiedades características de dichas totalidades no pueden deducirse de la suma de las propiedades y rasgos de sus partes.

A primera vista, podría parecer que cualquier combinación química constituye un ejemplo de estructura de este tipo de carácter no psicológico; 202 por ejemplo, las combinaciones químicas complejas poseen en cualquier caso propiedades que no son específicas de ninguno de los elementos que las integran. Pero una demostración tan simple no resulta, hablando con rigor, convincente, porque, como dice Köhler, si utilizamos esta analogía, resulta que, por un lado, en las combinaciones químicas no podemos descubrir muchas de las estructuras psicológicas más importantes (la dependencia funcional de las partes respecto al todo) y, por otro, cabe esperar que, gracias a los éxitos futuros de la fisicoquímica, estas propiedades sean reducidas a propiedades físicas primarias. Por eso, para determinar las posibilidades teóricas que existen para considerar los procesos que tienen lugar en el sistema nervioso central como procesos estructurales, Köhler se plantea la tarea de analizar si en el campo de los fenómenos físicos pueden darse las estructuras. Como hemos dicho, contesta afirmativamente a esta pregunta.

En conexión con estas investigaciones, para Köhler cambia radicalmente el planteamiento tradicional del problema psicofísico. Basta tan sólo con admitir, junto con la nueva psicología, que los procesos fisiológicos del cerebro presentan las mismas estructuras que los psíquicos, para que el abismo que durante toda la historia de la psicología existía entre lo psíquico y lo físico desaparezca por completo y surja en su lugar una interpretación monista de los procesos psicofísicos.

«Habitualmente se supone», dice Köhler, «que ni siquiera de las más exactas observaciones y conocimientos físicos relativos a los procesos cerebrales podremos extraer nada que nos ayude a explicar las experiencias correspondientes. Yo sostengo lo contrario. En teoría, es perfectamente concebible que se pueda efectuar una observación del cerebro que descubra procesos físicos cuya estructura y, por consiguiente, cuyas propiedades esenciales, sean análogas a las que el sujeto experimenta fenoménicamente. Pero en la práctica esta posibilidad apenas nos resulta concebible, no sólo por causas técnicas en el sentido corriente de la palabra, sino ante todo debido a otra dificultad: la diferencia existente entre el espacio geométrico-anatómico del cerebro y su espacio funcional.»

Uno de los argumentos tradicionales más importantes contra la admisión de correlatos físicos del pensamiento (y de los procesos psíquicos superiores en general) es, en palabras de Köhler, la tesis de que en el mundo físico no existen ni pueden existir «unidades con divisiones específicas». En la medida en que esta última objeción desaparece al tener que admitir la existencia de «estructuras físicas», es fácil comprender, afirma Köhler, la importancia que deberá tener en el futuro la teoría estructural para la psicología de los procesos superiores, especialmente la psicología del pensamiento.

En el libro dedicado a la crisis de la psicología actual, K. Bühler señala el parentesco entre la psicología estructural y el «antiguo spinozismo». Esta observación es totalmente acertada. En efecto, la psicología estructural renuncia al dualismo tradicional de la psicología empírica, según la cual los procesos psíquicos no son «cosas naturales», según la expresión de Spinoza, 203 que siguen las leyes generales de la naturaleza, sino «cosas que están más allá de sus límites». Es fácil darse cuenta de que en la base de esta concepción monista hay una interpretación filosófica de lo psíquico y lo físico muy próxima a la doctrina de Spinoza, y con cuyas raíces guarda en cualquier caso relación.

Notas

[1] La traducción de la obra de Köhler fue efectuada por L. V. Zánkov y I. M. Soloviov y supervisada por el propio Vygotski, que fue el principal responsable de que la obra fuese vertida al ruso [Editorial de la Academia Comunista, 1930]. La traducción corresponde a la segunda edición alemana del libro de Köhler, publicada en 1921, con el título de *Intelligenzprüfungen an Menschenaffen*, literalmente «Pruebas de Inteligencia aplicadas a Monos Antropoides». El libro había sido previamente traducido al inglés con el título de *The Mentality of Apes*, «La Mentalidad de los Monos», que es con el que la mayoría de la gente lo conoce. La traducción española, publicada en Editorial Debate, adopta el título de *Experimentos sobre la Inteligencia de los Chimpancés*. Tanto la versión inglesa como la española están también realizadas sobre la segunda edición alemana, pero, a diferencia de la edición rusa, incluyen un amplio apéndice titulado *Sobre la Psicología del Chimpancé*. (Köhler, 1921b), con observaciones misceláneas de Köhler sobre la conducta de estos animales. El prólogo escrito por Vygotsky sólo se refiere, por consiguiente, a una parte del texto de la edición española (págs. 39-289). [N. R. E.: J. C. G.]

El problema del desarrollo en la psicología estructural, Estudio crítico¹

El objetivo que nos hemos marcado con este estudio es analizar el problema del desarrollo en la psicología estructural. Nuestra tarea estriba en diferenciar lo que de verdadero y falso hay en esta teoría, para lo cual seguiremos una vía que ya hemos recorrido en repetidas ocasiones: basar nuestra argumentación en lo que hay de verdad en esta teoría y servirnos de ella para descubrir los puntos falsos que la ensombrecen, ya que de acuerdo con el pensamiento de Spinoza, la verdad se ilumina a sí misma e ilumina los errores.

Analizaremos el problema del desarrollo tal y como se expone en el libro de K. Koffka, a cuya edición en ruso debe servir este estudio de introducción crítica.

Analizar críticamente un libro como el de Koffka, que representa todo un hito en el desarrollo del conocimiento científico en este campo y que encierra en sí una enorme cantidad de hechos, generalizaciones y leyes, implica penetrar en la coherencia interna de las ideas que lo integran, en la propia esencia de su concepción. Supone también contrastar la teoría con la realidad que ésta refleja: de ahí que este análisis no pueda consistir sino en una crítica partiendo de la realidad.

Este tipo de crítica es posible siempre y cuando se tenga una idea, aunque sólo sea general, de la naturaleza de los fenómenos de la realidad reflejados en la teoría que es objeto de estudio. Un punto esencial de este tipo de análisis lo constituye el experimento crítico, que traslada la crítica al campo de los hechos y somete a juicio aquellos puntos centrales de controversia que separan a dos sistemas teóricos. Desafortunadamente, no atañe a nuestra empresa actual la exposición detallada de experimentos críticos. Tan sólo podremos referirnos a ellos de paso, en relación con el análisis teórico del problema. El material empírico fundamental en que nos basaremos —y que representa los elementos de la realidad que la teoría refleja— deberá ser el material empírico recogido en el libro analizado. 205

Analizar críticamente el libro de Koffka escribir otro sobre e mismo tema, por lo que un estudio como éste no puede ser sino un resumen de lo que sería ese hipotético libro.

El libro de Koffka es uno de los pocos textos sobre psicología infantil que está escrito desde el punto de vista de un único presupuesto teórico. En este caso, se parte del principio de la estructura o de la forma (Gestalt), que tuvo su origen en la psicología general. El libro que nos ocupa no es más que un intento de analizar todos los hechos fundamentales de la psicología infantil desde ese punto de vista.

El principal objetivo de esta obra es en el fondo la lucha contra dos callejones sin salida del pensamiento científico, a los que se han visto abocadas numerosas teorías científicas actuales. Es indudable, dice Koffka, que ante la disyuntiva de la explicación mecanicista o psicovitalista nos encontramos entre el Escila del vitalismo, que nos obliga a renunciar a nuestros principios científicos, y el Caribdis del mecanicismo, con su carencia de vida.

Precisamente el objetivo fundamental, aún no culminado, que ha presidido la creación y el desarrollo de la psicología estructural en general y del presente libro en particular estriba en la superación del mecanicismo y del vitalismo. En ese sentido, esta obra constituye el punto álgido de la psicología europea, y en función de ella (es decir, basándose en ella pero negándola al mismo tiempo) podremos extraer puntos de partida que nos sirvan para desarrollar nuestra propia concepción sobre la psicología infantil. Por eso, nuestro estudio crítico debe seguir en lo fundamental el camino elegido por el autor del presente libro. Nuestro objetivo es comprobar en qué medida el nuevo principio explicativo que introduce Koffka en la psicología infantil permite realmente superar en ésta las concepciones mecanicistas y vitalistas del desarrollo.

No vamos a analizar, por supuesto, el libro capítulo por capítulo, sino que extraeremos dos principios fundamentales en los que basaremos el análisis crítico. El propio Koffka dice que sólo tenía un camino para abordar con éxito el objetivo de su trabajo: exponer críticamente unos principios del desarrollo psíquico y analizar los hechos particulares desde la perspectiva de esos principios. En esencia, eso es lo que tendremos que hacer nosotros: analizar los principios generales que sirven de base a este trabajo a la luz de su relación con los hechos que esos principios explican cuando son puestos en juego.

Los dos principios fundamentales que constituirán nuestro objetivo más inmediato son el principio de la estructura y el principio del desarrollo y los analizaremos en tres aspectos básicos. En primer lugar, analizaremos el concepto de estructura, principio central de la obra, basándonos en los hechos más relacionados en él, esto es, desde el punto de vista de la correspondencia que hay entre el principio teórico y el material empírico que sirvió originalmente para formular y demostrar ese principio. Pasaremos después a analizar

¹ «Problema razvitia v strukturoi psijologii». Este trabajo de L. S. Vygotski fue publicado como prólogo a la versión rusa del libro de K. Koffka «Fundamentos del desarrollo psíquico» (Moscú, Leningrado, 1934).

la aplicación de este principio a hechos pertenecientes al 206 ámbito de la psicología infantil, y comprobaremos su adecuación a ellos. Una vez sometida a prueba la relación entre el principio teórico y los hechos desde esos dos ángulos diferentes, contaremos con los elementos necesarios para poder sopesar críticamente el conjunto de la teoría del desarrollo psicológico del niño tal y como se concibe desde este principio explicativo.

Apartado 02

Empezaremos, por tanto, por estudiar el principio fundamental de la psicología estructural a la luz de los hechos que le son más próximos. Según Koffka, la psicología infantil no ha creado un principio explicativo propio y, por eso, se ve obligada a utilizar por analogía principios originarios de la psicología general y la psicología comparada. No existe un principio psicológico del desarrollo, afirma, que sea específico de la psicología infantil. Antes de que ésta los emplease, estos principios habían surgido ya en la psicología general o en la de los animales.

Eso nos obliga, siguiendo al autor, a comenzar por analizar un principio psicológico que tiene un valor más amplio y general, no restringido a la esfera de la psicología infantil. La base de todo el trabajo de Koffka consiste precisamente en la aplicación de este principio general, que se ha originado en la psicología general y comparada, a los hechos del desarrollo psicológico del niño.

Por eso, si queremos, como ya hemos dicho, hacer que el criterio fundamental de nuestro análisis crítico sea la confrontación de hechos y principios, considerando los hechos a la luz de los principios y contrastando los principios con los hechos, debemos comenzar por los hechos a la luz de los cuales surgió inicialmente dicha teoría. Esperamos desvelar aquí la resistencia interna de los hechos a los principios universales propuestos para su explicación, resistencia enmascarada y reprimida por la aplicación armoniosa y consecuente de un determinado sistema. El análisis crítico de cualquier obra representa casi siempre, en el más amplio sentido, una especie de lucha ideológica entre diferentes puntos de vista básicos.

En este sentido, el presente libro facilita la tarea del análisis crítico, ya que, a diferencia de otras muchas exposiciones sistemáticas de la psicología infantil, basa su estructura en una investigación teórica. Lo que caracteriza a una exposición científica, dice Koffka, no es la simple comunicación de conocimientos. Debe mostrar directamente la dependencia entre estos conocimientos y la ciencia, revelar su dinámica, la investigación en acción. Por consiguiente, también deben exponerse los principios que a la postre resulten falsos y estériles. Para el lector debe estar claro por qué estos principios carecen de fundamento, en qué consiste su punto débil y en qué sentido hay que modificar la explicación. Mediante la discusión de diferentes opiniones, el lector podrá entender el curso evolutivo de la psicología como ciencia. Toda ciencia crece luchando activamente en defensa de sus tesis fundamentales, y el objetivo de este libro es incorporarse a esa lucha. 207

Leyendo este libro, el lector podrá convencerse fácilmente de que todo él está penetrado de un espíritu de lucha contra teorías opuestas y que, por tanto, utilizar un enfoque crítico para llegar a entender y asimilar su contenido no sólo no contradice el espíritu de la obra, sino que responde - directamente a su naturaleza interna. Sin embargo, la lucha teórica en el seno de un determinado campo científico sólo es fértil cuando se plantea sobre la base de la fuerza de los hechos. En nuestro estudio intentaremos basarnos ante todo en la fuerza de los hechos con que opera el propio autor del libro.

Partimos de la tesis de que desentrañar la cuestión teórica de la aplicación del principio estructural a la construcción de la psicología infantil significa desentrañar también una de las cuestiones más complicadas y esenciales de la psicología teórica actual, y mantener al mismo tiempo en vigor todo lo que de verdadero y fértil encierra este principio.

Podremos comprender mejor el significado de este principio fundamental si tenemos en cuenta la historia de su aparición. El principio estructural surgió inicialmente como una reacción contra las tendencias atomistas y mecanicistas que imperaban en la vieja psicología, según las cuales los procesos psicológicos eran considerados como un conjunto de elementos de la vida psíquica individuales e independientes entre sí que se unían a través de una conexión asociativa. La principal dificultad con que tropezaba ese tipo de teorías era la imposibilidad de explicar adecuadamente cómo pueden surgir en la vida psíquica, mediante una ligazón asociativa casual de elementos heterogéneos independientes, sensaciones conscientes integrales, procesos de comportamiento racionales, orientados hacia un objetivo determinado, tan característicos de nuestra conciencia.

Como observa uno de sus críticos, la nueva teoría empezó transformando, según palabras de Goethe, el problema en postulado. Convirtió en su hipó-tesis principal la idea de que los procesos psíquicos constituyen desde sus comienzos configuraciones cerradas, organizadas, integrales, con significado interno y que determinan el significado y el peso específico de las partes que las componen. Esos procesos integrales han obtenido en la nueva psicología la denominación de estructuras o formas (Gestalten), contrapuestos desde el principio al conglomerado azaroso de átomos psíquicos unidos por simple adición.

No vamos a detenernos en la evolución del concepto de estructura en la psicología general. Nos ocupa ahora la interpretación de este principio desde el punto de vista del problema del desarrollo. Como hemos dicho, inicialmente este principio se aplicó al problema del desarrollo, pero no en el campo de la psicología infantil, sino en el de la psicología animal.

El primer problema con que nos enfrentamos al plantearnos la cuestión del desarrollo es el de la creación de nuevas formas de comportamiento. Creemos que está plenamente justificado que Koffka considere éste como un problema central, ya que desarrollo significa ante todo aparición de algo nuevo. Y de la respuesta que cada teoría dé a la pregunta de cómo surgen 208 nuevas formas dependerá la resolución del propio problema del desarrollo desde las distintas ópticas.

La pregunta sobre el origen de nuevas formas de comportamiento surge por primera vez en las teorías del adiestramiento animal, donde se pone de relieve el hecho de que esas nuevas formas aparecen en el curso de la vida individual del animal. En este caso, el modo en que esas formas se manifiestan es verificable experimentalmente: de ahí que, durante mucho tiempo, las preguntas esenciales relacionadas con este problema hayan sido siempre contestadas desde la teoría del condicionamiento animal. Koffka comienza su estudio del desarrollo partiendo precisamente de esas premisas.

Pero en este caso, y debido a la modificación del principio psicológico rector de la investigación, la psicología estructural se plantea la pregunta de forma distinta a como venía planteada de origen. En efecto, el problema del adiestramiento se planteaba habitualmente desde el punto de vista del empirismo puro y, por tanto, como un problema de aprendizaje, entrenamiento, recordación...: en una palabra, como un problema de memoria. Lo que encontramos novedoso en el planteamiento de la cuestión que hace Koffka es que desplaza el centro de gravedad del problema del adiestramiento, trasladándolo de la memoria a la aparición de los denominados actos nuevos primarios.

Arguye que el problema del adiestramiento no puede formularse con la pregunta: ¿en qué depende un acto de los anteriores? ¿Cuál es en realidad el problema de la memoria? El problema del adiestramiento debe preguntarse fundamentalmente: ¿cómo se originan estas nuevas formas iniciales de actividad?

Así pues, ya desde el principio de su análisis Koffka se plantea la pregunta sobre el origen de los nuevos actos, independientemente del problema de su recordación, fijación y reproducción. Al hacerlo, Koffka desarrolla su propia teoría, por oposición a las otras dos con las que nos topamos en psicología al discutir esta cuestión: en primer lugar, la teoría del ensayo y error, que halla su máxima expresión en los trabajos de Thorndike, y en segundo lugar, la de los tres niveles, desarrollada por K. Bühler. Para refutar estas teorías, Koffka se basa fundamentalmente en el material empírico obtenido en el proceso de experimentación de Köhler con monos antropomorfos. Pero además, Koffka recurre a otro material: el material empírico del propio Thorndike al que somete a un análisis crítico.

Es imposible interpretar correctamente el problema del desarrollo en la psicología estructural sin explicar el contexto ideológico que le otorga sentido. Por ello, vamos a exponer brevemente las dos teorías de cuya contraposición parte la nueva psicología.

Según la teoría del ensayo y error, la formación de cualquier acto nuevo se rige por el principio de los actos azarosos. De todos ellos, se selecciona una determinada combinación de movimientos, concomitante con la resolución exitosa de una tarea, que es la que posteriormente queda fijada. Pero este 209 principio, dice Koffka, no desata el nudo, sino que lo corta. Según él, no existe un acto inicial, en el sentido de acto nuevo.

Lo que es más: desde el punto de vista de esta teoría, sólo existen formas innatas de actividad; por lo que respecta a los actos nuevos que surgen a lo largo del desarrollo individual, no son más que combinaciones de reacciones innatas, surgidas al azar, mediante ensayo y error.

K. Koffka analiza paso a paso los hechos concretos que han dado lugar a la aparición de tan discutible principio y llega a una conclusión plenamente convincente: la inconsistencia de la teoría del ensayo y error. Señala que, en los experimentos del propio Thorndike, el animal no sólo se halla en una situación de conjunto especial, sino que, gracias al adiestramiento, en esta situación se da desde el principio una desarticulación, lo que hace que aparezca un punto central respecto al cual los demás elementos de la situación adquieren un valor subordinado.

El conjunto de la situación no constituye para el animal algo borroso y absurdo. Para el animal, dice Koffka, la situación viene a significar la posición desde la que debo llegar al alimento que está fuera. De alguna manera, el animal está relacionando sus actos con la comida que está en el exterior. Por consiguiente, la teoría del adiestramiento carente por completo de sentido es infundada.

Si nos fijamos atentamente, paso a paso, como hace Koffka, en el desarrollo del experimento que explica Thorndike, no podemos por menos de estar de acuerdo con que, en el proceso de la actividad (liberarse de la jaula), los elementos aislados de la situación adquieren para el animal un significado determinado, con lo cual obtenemos algo totalmente nuevo para nuestro análisis. Podríamos decir que, en general, en los experimentos de Thorndike el adiestramiento conduce, como dice Koffka, a nuevas formaciones en el campo sensorial. El animal resuelve determinadas tareas y, por tanto, su actividad no es objeto de ensayos y errores azarosos.

K. Koffka se remite a los experimentos de J. Adams, que llega a la conclusión de que no cabe considerar el adiestramiento como la desconexión paulatina de movimientos inútiles. Se remite a E. Tolman, que resume en las siguientes palabras su rica experiencia en el adiestramiento de animales: «Cualquier proceso de adiestramiento es un proceso de resolución de un problema» (K. Koffka, 1934, pág. 117).

Por consiguiente, Koffka también llega a la conclusión de que en los experimentos de Thorndike los hechos están en serio desacuerdo con la explicación teórica a que se recurre para interpretarlos. Los hechos muestran que los animales se comportan inteligentemente al resolver determinada tarea, delimitando la situación que perciben y ligando sus movimientos al objetivo que se halla fuera de los límites de la jaula. La teoría explica sus actos como un conjunto de reacciones ciegas y sin sentido, que se fijan o se desechan de forma puramente mecánica, gracias al éxito o al fracaso externo y, por tanto, dan lugar a la aparición de la suma de combinaciones de una 210 serie de reacciones, no sólo no relacionadas internamente entre sí, sino que no tienen nada en común con la situación de donde proceden.

La importancia que otorga Koffka a los actos en los experimentos de Thorndike puede apreciarse por su empeño en analizarlos comparativamente con los experimentos de Roodger con seres humanos.

Roodger coloca también al hombre en situaciones incomprensibles para éste. Los resultados que expone Koffka de estas investigaciones se reducen al planteamiento de una tesis general. El experimento, en el que los hombres tienen que adoptar una resolución, se asemeja con gran frecuencia en estos casos al comportamiento del animal en las pruebas de Thorndike. Por tanto, Koffka plantea como primer argumento contra la teoría del ensayo y error su disconformidad con los hechos en que basó su origen.

Pero el argumento principal que arguye Koffka contra esta teoría radica en las famosas investigaciones de W. Köhler con monos antropomorfos, en las que, como es sabido, se establece categóricamente la existencia en estos animales de actos inteligentes, tales como el empleo de instrumentos para conseguir un objetivo o los movimientos de rodeo dirigidos a un objetivo. No vamos a extendernos en la exposición de estos experimentos, tan magistralmente expuestos en el libro de Koffka. Diremos tan sólo que para él constituyen el argumento central y básico para refutar la teoría del ensayo y error.

Podríamos formular el nuevo principio afirmando que los animales resuelven de verdad las nuevas tareas que se les plantean. A nuestro modo de ver, lo esencial de la solución de la tarea no estriba en que los movimientos posibles de cada sujeto formen parte de una nueva combinación, sino en una nueva estructuración de todo el campo. Lo esencial de este último principio estriba en que, según los experimentos de Köhler, en los animales se produce un acto cerrado, orientado hacia un fin determinado, que responde a la estructura del campo percibido.

Este acto es diametralmente opuesto a la combinación casual de reacciones, fruto de ensayos y errores ciegos. Koffka llega así a un punto de vista sobre el adiestramiento totalmente distinto al que se desprende de la teoría de Thorndike. El adiestramiento, dice, no es nunca absolutamente específico. Cuando el organismo domina una determinada tarea, no sólo puede aprender a resolver una similar que se le presente de nuevo, sino que ese aprendizaje le capacita para resolver también otro tipo de tareas a las que antes no podía enfrentarse, porque en determinados casos nuevos procesos se ven facilitados por otros procesos similares; en otros casos, los nuevos procesos posibilitan la creación de nuevas condiciones². 211

Así pues, el adiestramiento es en realidad desarrollo y no simple adquisición de formas de comportamiento aisladas. Al autor sólo le parece congruente una teoría que sea capaz de explicar por qué, de la infinita cantidad de relaciones que encierra una situación, un sujeto repara en las más importantes, que son precisamente aquellas que determinan el comportamiento.

Podríamos decir: la conciencia de la estructura de un campo surge alrededor de una meta. La solución no consiste en otra cosa que en la formación de esa estructura. A nosotros no se nos plantea ese problema, porque hay relaciones que no crean conciencia de estructuras. Koffka arguye que si excluimos el sentido y consideramos que es el azar lo que conforma ciegamente el mecanismo de las asociaciones, habría que explicar por qué no captamos solo las relaciones con sentido y no las conexiones sin sentido.

Por consiguiente, Koffka llega a la conclusión de que es la formación de las nuevas estructuras lo que constituye la esencia de la aparición de los actos primarios. Lo notable de su teoría es que él aplica el principio estructural no sólo a los actos inteligentes de los monos antropomorfos, sino también a los actos de los animales inferiores de los experimentos de Thorndike. Por tanto, Koffka ve en las estructuras un principio primario, original y esencialmente primitivo de organización del comportamiento. Sería erróneo pensar que este principio es propio tan sólo de las formas superiores o intelectuales de actividad. También está presente en las formas más elementales y primitivas del desarrollo. Esta línea de razonamiento, dice el autor, corrobora nuestra interpretación de la naturaleza primitiva de las funciones estructurales. Y si éstas son realmente tan primitivas deberían manifestarse en el comportamiento primitivo que denominamos instintivo. Vemos así cómo el rechazo de la teoría del ensayo y error lleva a Koffka a la conclusión de que el principio estructural es aplicable por igual tanto a los actos inteligentes superiores de los monos antropomorfos como al adiestramiento de los mamíferos inferiores de los experimentos de Thorndike, como a las reacciones instintivas de las arañas y las abejas.

² En lo esencial, Koffka se mantiene íntegramente en las posiciones de Thorndike, tratando al igual que él de articular una teoría del desarrollo del niño en base a los datos y leyes del adiestramiento animal. Aunque dentro de estas posiciones intente con evidente éxito modificar la idea subyacente en estas leyes, continúa aplicando el camino metodológico de la psicología animal a la psicología infantil. Ni siquiera se plantea hasta qué punto es posible aplicar la palabra «adiestramiento» conservando la unidad de significado cuando nos referimos los animales y cuando nos referimos al niño.

De ahí que Koffka encuentre en el principio estructural un principio general que le permite englobar en un único principio interpretativo tanto las reacciones más primitivas del animal (instintivas) como aquéllas nuevas que surgen durante el proceso de adiestramiento y la actividad inteligente. Como vemos, este principio estriba en la contraposición de un proceso racional, cerrado, orientado hacia una determinada meta a la combinación casual de elementos-reacciones aislados.

Pero apreciaremos mejor el pleno significado de este principio si podemos contrastarlo a la luz de un enfoque teórico contrapuesto: la teoría de los tres niveles [de K. Bühler, R. E.], según la cual el desarrollo del comportamiento recorre tres niveles principales. [212](#)

Koffka explica esta teoría en los siguientes términos: el nivel superior del intelecto, que es la capacidad de realizar descubrimientos, es precedido por el nivel del adiestramiento, de la memoria puramente asociativa y, por último, por el instinto, que es el nivel inferior. El instinto y el adiestramiento tienen sus ventajas y sus inconvenientes. Las ventajas del instinto son la seguridad y la perfección con que actúa ya desde la primera vez, instantáneamente, y la ventaja del adiestramiento consiste en su capacidad de adaptación en circunstancias concretas. Por contra, los aspectos negativos son la rigidez del instinto y, en el caso del adiestramiento, la inercia y el hecho de que adiestrar exige mucho tiempo. En el nivel de la inteligencia se unen las ventajas de los dos niveles inferiores.

Si la teoría de Thorndike estaba encaminada a demostrar la aleatoriedad e irracionalidad en la aparición de nuevos actos en los animales, la de K. Bühler plantea demasiadas exigencias a la actividad intelectual, separándola en exceso de los niveles inferiores y adjudicándole sólo a ella los atributos de racionalidad y estructuralidad cerrados. Bühler parte del principio de que la razón presupone un juicio y que va acompañada de una sensación de seguridad de la que carecen los chimpancés.

Por tanto, si la teoría del ensayo y error trata de explicar la aparición de nuevos actos en los animales desde el principio mecanicista de la unión aleatoria de reacciones heterogéneas elementales, la teoría de los tres niveles trata de explicar el desarrollo como una serie de escalones a los que no une una relación intrínseca, que no pueden ser incluidos en un principio único. «¿Cuáles son estas tres formas de comportamiento?» —pregunta Koffka. «Cabe considerar que todas ellas son completamente distintas y que por tanto el desarrollo consiste sólo en que se unen entre sí de un modo no explicado» (1934, pág. 144).

La crítica de Koffka sobre esta teoría va dirigida en primer lugar hacia la afirmación de Bühler de que la razón presupone obligatoriamente el juicio. Si bien ese tipo de limitación de los actos afectaría a lo que en el hombre adulto se denomina lo consciente, en las formas más simples de comportamiento inteligente la presencia de este rasgo no es obligatoria. En segundo lugar, Koffka trata de eliminar las diferencias más acusadas entre los distintos niveles en el desarrollo de la actividad de los animales. Según él, el instinto se transforma imperceptiblemente en adiestramiento, por lo que hay una estrecha relación entre la teoría del adiestramiento asociativo y la del instinto. Asimismo trata de suprimir las diferencias entre el adiestramiento y la inteligencia, como hemos visto anteriormente.

Lo que intenta Koffka no es aceptar estos tres rasgos como totalmente heterogéneos, sino hallar una cierta dependencia entre ellos. El lector atento, dice, habrá podido advertir que para nosotros hay un determinado principio que desempeña un papel protagonista y que puede aplicarse por igual a la explicación del instinto, del adiestramiento y de la razón: el principio de la estructuralidad. En todas nuestras argumentaciones tratamos de utilizar el propio fenómeno, su carácter cerrado interno y su orientación como el [213](#) principio fundamental en cualquier explicación, pero es en la actividad inteligente donde el principio estructural se manifiesta con mayor claridad. De ahí que para explicar las formas inferiores nos sirvamos de un principio capaz de explicar las formas superiores, en contraposición a lo que hasta ahora se venía haciendo, y que consiste en admitir la posibilidad de aplicar a las formas superiores de comportamiento el mismo principio válido para explicar el comportamiento primitivo. La inteligencia, el adiestramiento y el instinto se basan, en opinión de Koffka, en funciones estructurales que se han formado de modo diferente, en distintas condiciones y con un desarrollo diferente. Pero no son aparatos diferentes que se conectan en caso de necesidad, como supone Bühler (K. Koffka, 1934, pág. 145).

Llegamos, por tanto, a una conclusión extraordinariamente importante, y que consiste en que el principio de la estructuralidad resulta aplicable por igual a la gama de fenómenos psíquicos del mundo animal, comenzando por los animales inferiores y terminando por los superiores. En cierto sentido, Koffka realiza el camino contrario al establecido por los investigadores precedentes. Si Thorndike intenta explicar desde fuera las formas de actividad inteligentes del animal reduciéndolas a las reacciones inferiores, innatas, Koffka, en cambio, trata de seguir el camino contrario, de arriba abajo, aplicando el principio de la estructuralidad que se ha encontrado en los actos inteligentes de los animales superiores a la explicación de los actos sin sentido de los animales en el adiestramiento e incluso a la explicación de los instintos.

Koffka realiza así una generalización de una gran envergadura y de un enorme alcance, puesto que abarca la totalidad de las formas de actividad psíquica, desde las inferiores hasta las superiores. Pero esta generalización no se limita exclusivamente al campo del adiestramiento: llega también a los fenómenos fisiológicos que sirven de base a cualquier clase de actividad psíquica. Koffka se remite a la hipótesis de M. Wertheimer sobre la estructuralidad de los fenómenos fisiológicos y al trabajo de Lashley, quien ha propuesto una teoría dinámica sobre los procesos fisiológicos, que también se manifiestan en forma de fenómenos estructurales.

Koffka ve en este intento de trasladar también el principio de la estructuralidad a los procesos fisiológicos que sirven de base a la actividad psíquica, el medio de salvación del psicovitalismo, e intenta buscar en las estructuras fisiológicas del sistema nervioso la explicación de las estructuras psicológicas.

Basándose en ello afirma que instinto, adiestramiento e intelecto no son tres principios totalmente distintos, sino que en todos ellos encontramos el mismo principio bajo una formulación diferente. La transición de un nivel a otro resulta por ello inestable e impredecible y es imposible determinar dónde comienza el comportamiento inteligente en todo el sentido de la palabra. No podemos decir, manifiesta, que el intelecto comienza donde termina el instinto, porque sería exagerar unilateralmente la rigidez de los actos instintivos. Manifiesta más adelante que «incluso podríamos aplicar 214 nuestros criterios de inteligencia al comportamiento instintivo de los insectos, del mismo modo que lo aplicamos al comportamiento del hombre».

Por último, debemos señalar que la nueva psicología traslada el principio de la estructuralidad no sólo a los fenómenos fisiológicos que sirven de base a la actividad psíquica, sino también a todos los procesos y fenómenos biológicos en su totalidad y, lo que es más, a las estructuras físicas. Koffka se remite en este punto a la conocida investigación teórica de Köhler, donde éste se proponía demostrar que en el mundo de los fenómenos físicos nos hallamos en presencia de sistemas físicos que poseen rasgos estructurales distintivos y que constituyen procesos integrales cerrados en los que cada una de las partes está determinada por el conjunto al que pertenece.

Para terminar de exponer la teoría de Koffka, nos resta referirnos a sus propias consideraciones sobre el lugar que esta teoría ocupa con respecto a las otras dos. Si comparamos, dice, la teoría mecanicista del desarrollo psíquico con la de los tres niveles de Bühler, podríamos llamar unitaria a la primera y pluralista a la segunda. ¿Cómo denominaríamos nuestra teoría? Es pluralista, porque reconoce un número ilimitado de estructuras y múltiples formas de cambios estructurales. Pero no lo es desde el momento en que considera limitado el número de facultades fijas, como los reflejos y los instintos, la capacidad de adiestramiento y el intelecto. Es unitaria, no en el sentido de atribuir todo el proceso al mecanismo de las conexiones nerviosas o asociaciones, sino porque busca en las leyes estructurales más generales, la explicación definitiva al desarrollo, concluye Koffka (ibídem, pág. 150).

Podemos pasar ahora a analizar críticamente la teoría recién expuesta. Señalemos de antemano que esa crítica se basa totalmente en los hechos y generalizaciones que expone el propio Koffka. Comenzaremos por ello.

Apartado 03

Nuestro análisis crítico va a girar en torno al problema crucial de evaluar y explicar el verdadero significado, la verdadera naturaleza psicológica de los hechos en que se basa la teoría de Koffka.

Creemos que esos hechos confirman plenamente los argumentos refutadores implícitos en la teoría de Koffka, destruyendo convincentemente la teoría mecanicista del ensayo y el error y la semivitalista de los tres niveles y poniendo al descubierto la inconsistencia tanto de una como de otra. Pero al mismo tiempo, si ambas se analizan con cuidado y se comparan con un círculo más amplio de fenómenos, a la luz de los cuales adquieren su verdadero valor, se pone claramente de manifiesto que el núcleo explicativo que utiliza -el autor encierra elementos falsos junto con otros verdaderos. Básicamente, la esencia de la teoría de Koffka, que hemos expuesto anteriormente, se cifra en la conclusión fundamental a que llega Köhler como resultado de sus investigaciones. Éste formula esa conclusión bajo una tesis general en la que se afirma que en los chimpancés encontramos un comportamiento inteligente del mismo tipo que el que aparece en el hombre. Los 215 actos inteligentes de aquéllos no siempre ofrecen una semejanza externa con los del hombre, pero si se establecieran condiciones de investigación similares, podríamos provocar en el chimpancé el mismo tipo de comportamiento.

El citado antropoide se destaca del reino animal y se aproxima al hombre no sólo por sus rasgos morfológicos y fisiológicos en el sentido estricto de la palabra, sino porque también manifiesta formas de comportamiento específicamente humanas. Hasta ahora conocemos muy poco de sus vecinos situados en escalones inferiores de la escala evolutiva, pero lo poco que sabemos, así como los datos que ofrece este libro, no excluyen la posibilidad de que en nuestro ámbito de investigación, los antropoides estén más cerca del hombre en cuanto a inteligencia que de muchas especies inferiores de monos, tal y como pensaba Köhler (1930, págs. 103-104).

Con esta tesis, la totalidad de la teoría de Koffka cae de su propio peso. Por eso, la primera pregunta a la que debemos responder es hasta qué punto esta tesis es autónoma a la luz de las investigaciones llevadas a cabo después de Köhler, hasta qué punto hay analogía entre el comportamiento del mono y el comportamiento del hombre, y hasta qué punto la inteligencia de los chimpancés está más cerca del hombre que de especies inferiores de monos.

De esta tesis parte Koffka, como ya se ha dicho, para elaborar el conjunto de su teoría. Como veremos más adelante, Koffka trata de extrapolar este principio (formulado a partir de las citadas investigaciones y cuya expresión más concreta se encuentra en los actos inteligentes de los chimpancés) por un lado, hacia abajo, explicando el adiestramiento y el instinto de los animales y, por otro, hacia arriba, explicando el desarrollo del niño. ¿Es legítimo extrapolar así ese principio? Eso dependerá tan sólo del grado de cercanías y afinidad entre la naturaleza psicológica de los hechos que han servido para llegar a este principio y la de los hechos a los que se trata de extrapolar.

No sería descabellado afirmar que está surgiendo ante nuestros ojos una nueva época en la psicología actual, que está pasando casi desapercibida para los más notables representantes de la psicología, y que podría ser definida como la época «después de Köhler». La relación en que nos encontramos respecto a los trabajos de Köhler es la misma que tienen sus investigaciones respecto a los trabajos de E. Thorndike: esto es, una negación dialéctica de la teoría köhleriana, dejando de lado sus tesis.

Esta época se está conformando en base a dos tendencias que se desprenden directamente de los trabajos de Köhler, y que él mismo había detectado en forma incipiente, pese a lo cual él considera que no han alterado la esencia de la cuestión y que constituyen más bien momento colaterales y secundarios respecto al núcleo central del conjunto del problema. A su juicio, estas dos tendencias, de las que hablaremos más adelante, no podían hacer vacilar la tesis fundamental, según la cual la inteligencia de los chimpancés presenta rasgos idénticos a los del hombre y en ella aparecen actos específicamente humanos. 216

La primera de estas tendencias consiste en el intento de extrapolar hacia abajo los resultados positivos de los trabajos de Köhler. La segunda trata de extrapolarlos hacia arriba.

La tesis de Köhler de que, en contra de la suposición de Thorndike, los animales no actúan de manera mecánica y ciega, sino de una forma inteligente y estructural, similar a la del hombre, constituía un claro intento de cerrar, al menos en parte, el abismo abierto por Thorndike entre el hombre y el animal.

Esta tesis se ha difundido principalmente por dos vías. Por un lado, algunos investigadores se han dedicado a dirigir las tesis de Köhler en la vía descendente, aplicándolas a los animales inferiores y hallando en éstos el mismo acto estructural inteligente. En una serie de trabajos similares se demuestra que el criterio planteado por Köhler para los actos inteligentes y que ha encontrado su manifestación más clara en los actos de los monos no es, en esencia, un criterio específico de la inteligencia.

Como ya hemos dicho, Koffka considera que este mismo criterio puede aplicarse también a los actos instintivos, y el suponer que el instinto, el adiestramiento y el intelecto no constituyen tres principios radicalmente distintos, sino tres formas diferentes en que se manifiesta el mismo principio constituyen un golpe esencialmente mortal para el principio descubierto por Köhler. La aparición de la solución como un todo, en el contexto de la estructura del campo, dice Köhler, puede adoptarse como criterio de inteligencia. Aplicando este criterio al adiestramiento, como ha hecho Koffka, o a los actos instintivos de los animales, como han hecho otros investigadores, los adeptos de Köhler le han hecho a éste un flaco servicio.

Desarrollando el hilo de las ideas de Köhler según una lectura superficial, sus seguidores han mostrado que los actos instintivos y aprendidos están subordinados al mismo criterio que los actos inteligentes. Por consiguiente, el criterio elegido no es propiamente un criterio específico de la inteligencia. Todos los comportamientos de los animales han demostrado ser igualmente inteligentes y estructurales.

En sus manifestaciones extremas, este movimiento ha llevado al restablecimiento del postulado de los animales pensantes, y a intentar demostrar que en el perro existe la facultad de aprender el lenguaje humano.

Por tanto, el extrapolar ilimitadamente hacia abajo, en los actos de los animales, la idea de la racionalidad generalizada y de la estructuralidad ha conducido a que estos rasgos hayan dejado de distinguir siquiera mínimamente el comportamiento inteligente como tal. En el crepúsculo de esta estructuralidad general, todos los gatos han resultado pardos y los actos instintivos de la abeja equiparados a los actos inteligentes del chimpancé. En unos y otros opera el mismo principio universal bajo distintas manifestaciones. A pesar de haber señalado con razón la conexión entre las tres etapas de desarrollo de la psique, esta teoría ha resultado impotente para descubrir la diferencia entre ellas. No es difícil comprender que, en su formulación extrema, esta tendencia ha conducido precisamente a aquello que trataba de evitar Koffka: 217 el psicovitalismo encubierto, haciéndonos retroceder a la tesis de los animales que piensan y razonan.

La segunda tendencia, que han seguido otros investigadores, ha ido humanizando cada vez más a los animales superiores, acercando cada vez más al mono y al hombre, como ha hecho, por ejemplo, R. Yerkes, que razonaba aproximadamente de la siguiente forma: ya que está al alcance del mono el empleo de instrumentos ¿por qué tendría que fracasar el intento de inculcarle el lenguaje humano?

Por consiguiente, la tesis de Köhler sobre el carácter antropomorfo de los actos de los chimpancés ha dado lugar en posteriores desarrollos de esta idea a la pretensión, por un lado, de demostrar también el carácter antropomorfo de los propios actos instintivos primitivos de los animales, subordinándolos al mismo principio que la inteligencia y, por otro, a la pretensión de borrar definitivamente los límites que separan a los antropoides superiores del hombre.

Lo que en realidad está sucediendo es que estas derivaciones directas de los trabajos de Köhler llevan hasta el fin, hasta el límite de sus consecuencias lógicas, la tesis fundamental del creador de la teoría sobre la inteligencia y estructuralidad del comportamiento de los animales. Este principio ha sido aplicado hasta en los más mínimos detalles, eliminando todos los componentes de irracionalidad y

aleatoriedad que procedían del campo de la psicología animal y descubriendo la racionalidad de la situación y la estructuralidad en cualquier acto de comportamiento.

El resultado de ambas tendencias —que en un principio, y es importante señalarlo, sólo han tratado de defender, fortalecer y profundizar la idea de Köhler, sin sospechar en modo alguno que conducían a todo lo contrario— ha sido, de hecho, como ya hemos dicho, la negación de la doctrina a que deben su origen. La evolución última de estas tendencias ha llevado, pese a seguir aparentemente un camino lógico directo, a una zigzag histórico análogo a los zigzag que ya hemos observado (y de lo que hemos tratado en otro lugar) en el paso de los antropomorfistas a Thorndike y de éste a Köhler.

Lo más significativo consiste en que si se analizara hasta sus últimas consecuencias el hecho objetivo descubierto por Köhler, se desvelaría la importancia de ese hecho y se pondría de manifiesto que, tras la aparente semejanza entre las operaciones de los monos y el empleo humano de instrumentos, se oculta una diferencia básica y es que la inteligencia del mono, aunque presenta rasgos externos similares a los que se dan en los actos humanos, su naturaleza y características genéricas no son en absoluto idénticas a la humana.

Koffka aporta con su trabajo una argumentación fundamental a favor de esta tesis y, aunque no aparezca explícitamente en esta obra, es precisamente ese principio, como ya hemos dicho, el que le sirve de base para construir toda su teoría. Pero, como también es fácil de demostrar, el desarrollo de sus razonamientos corta la rama en que se mantiene toda su teoría. El argumento 218 central, el quid de toda la cuestión, la conclusión fundamental que se extrae del conjunto de sus reflexiones, estriba en que, puesto que también el acto instintivo es útil, racional y cerrado en su estructura, el criterio de inteligencia expuesto por Köhler resulta también adecuado para los actos instintivos. Así pues, el surgimiento de la solución de la tarea como un todo, acorde con la estructura de campo, resulta ser un criterio aplicable no tanto al acto racional específicamente humano como al acto instintivo más primitivo del animal.

El criterio de inteligencia que propone Köhler resulta, por tanto, francamente erróneo. El acto estructural no es aún inteligente, también puede ser instintivo, como ha mostrado Koffka. Por consiguiente, este rasgo no es válido para explicar las diferencias entre inteligencias como tales. Este criterio se adecua plenamente a cualquier acto instintivo, como por ejemplo a la construcción de un nido de golondrinas. Como muestra acertadamente Koffka, también en este caso la solución de la tarea instintiva surge como un todo, de acuerdo con la estructura del campo.

Y si eso es así, la duda puede hacernos pensar que tampoco los actos que los monos antropomorfos ejecutan en los experimentos de Köhler van más allá de los actos estrictamente instintivos y que por su naturaleza psicológica están mucho más cerca de los actos instintivos de los animales que de los actos inteligentes del hombre, aunque, repetimos, su apariencia nos recuerden extraordinariamente la utilización de instrumentos en su sentido genuino.

El propio Koffka se plantea el mismo problema en otro trabajo y, siguiendo la argumentación que expone en este libro, lo resuelve en la misma línea que nosotros, es decir, en contra de la conclusión fundamental de Köhler; sin embargo, no sospecha que al mismo tiempo [esté] socavando las raíces de su propia teoría. Cuando analiza los actos inteligentes de los chimpancés, Koffka se hace la siguiente pregunta: ¿cómo podemos explicar la aparición de estos actos inteligentes?

Los experimentos de Köhler estaban pensados para que el fruto estuviera en un lugar inasequible al animal y éste tratara de apoderarse de él; por decirlo con nuestras palabras, el chimpancé está aquí y el fruto visible está allí, es decir, que surge una situación en que se altera el equilibrio, un sistema inestable que induce al animal a restablecer su equilibrio. Pero el hecho de que el fruto incite al animal a actuar aún no implica en absoluto un acto inteligente.

Hemos visto anteriormente que ésa es una característica del instinto, que crea en el organismo un conjunto de condiciones concretas que alteran el equilibrio. Por tanto, debemos calificar la aparición de estos actos como instintiva, como calificaríamos de instintivo a todo el proceso que se desarrollaría si el fruto pudiera ser obtenido por el camino directo. La diferencia entre los actos instintivos y los actos inteligentes no consiste obligatoriamente en la presencia de situaciones que alteren el equilibrio, sino en la manera en que se restablece el equilibrio. 219

Lo cual nos lleva a otro extremo que habitualmente se contrapone al acto instintivo: el acto volitivo. ¿Es cada acto instintivo (y seudoinstintivo; automático) un acto volitivo? ¿Tiene sentido llamar volitivos a los actos de los chimpancés? Planteo esta pregunta ante todo para mostrar lo precavido que hay que ser a la hora de aplicar en psicología vocablos corrientes.

¿Qué es lo que quiere el animal? Naturalmente, conseguir el fruto; pero este deseo no surge en base a una decisión volitiva, sino instintiva. Naturalmente, no intenta conseguir el palo. Decir que el animal quiere conseguir el palo como medio, a la vez que trata de conseguir el fruto como meta, sería una interpretación intelectualista: no obstante, el palo le lleva sencillamente a la satisfacción de su deseo, porque antes de comprender cómo utilizar el palo no puede intentar conseguir el fruto de ninguna manera. Por consiguiente, hay actos que no son ni instintivos ni volitivos, sino típicamente inteligentes.

Apartado 04

Lo que dice Koffka en estas líneas resulta más que suficiente para advertir el enorme abismo que hay entre los actos puramente instintivos de los monos y el proceso inteligente y volitivo que supone la utilización de instrumentos. Como hemos visto anteriormente, Koffka intenta incluir en un único principio los procesos instintivos y los procesos inteligentes, con lo que la diferencia básica entre unos y otros desaparece. El acto instintivo del chimpancé se asemeja extraordinariamente en su apariencia formal al empleo de un instrumento, pese a lo cual se nos presenta como comportamiento inteligente de idéntica naturaleza que el humano algo que no tiene nada en común con O.

Nadie mejor que el propio Köhler ha expresado esta diferencia entre la actividad del animal y del hombre. En uno de sus trabajos posteriores se detiene a preguntar por qué la utilización de instrumentos por parte del mono no va acompañada de los más mínimos rudimentos de cultura. Köhler cifra en parte la respuesta a esta pregunta en el hecho de que hasta el hombre más primitivo prepara un palo para cavar, aún cuando no vaya a cavar inmediatamente, aún cuando no haya condiciones objetivas más o menos claras para el empleo del instrumento. Esta circunstancia guarda, en opinión de Köhler, indudable relación con el comienzo de la cultura.

Es evidente que el principio estructural resulta por sí mismo insuficiente si queremos utilizarlo como denominador común para agrupar procesos tan esencialmente distintos como sólo pueden serlo los procesos psíquicos del animal y los procesos psíquicos del hombre. La independencia respecto al impulso instintivo que se manifiesta en el hombre más primitivo cuando se sirve de instrumentos y su autonomía respecto a la situación visual inmediata, son características diametralmente opuestas a lo que son los rasgos esenciales en las operaciones de los chimpancés.

El instrumento sigue siendo para el hombre un instrumento, independientemente de si se halla o no en una situación que exija su utilización. En 220 el caso del animal, el objeto pierde su valor funcional fuera de la situación y se deja de percibir como instrumento un palo que no esté en el mismo campo visual que la meta. El cajón (y en eso el propio Koffka se detiene detalladamente) en que otro mono está sentado deja ya de servir de instrumento para conseguir la meta, y en la nueva situación el animal comienza a percibirlo como un cajón para tumbarse.

Así pues, el instrumento no emerge a los ojos del animal de una situación visual, sino que constituye una parte dependiente de una estructura más general y modifica su significado en función de la situación de la que forma parte. Por ello, un objeto que ofrezca una semejanza visual con el palo, como una paja, puede servirle fácilmente al mono de ilusorio instrumento. Todos los hechos analizados tan detalladamente por Koffka en el presente libro apuntan a esa contraposición entre los actos instintivos de los monos y la más primitiva utilización de instrumentos por el hombre.

En general, todas las investigaciones posteriores han extrapolado de tal manera todos aquellos rasgos diferenciadores entre el comportamiento del chimpancé y el del hombre, que según el propio Köhler, han modificado también el significado de su afirmación fundamental. Köhler ya señalaba que los monos no comprenden la concatenación mecánica; que en una situación dada sólo pueden dirigir su comportamiento en el seno del campo visual; que el contenido de sus representaciones no puede constituir un rasgo decisivo en unos actos cuya vida no llega ni siquiera al futuro más próximo.

Las investigaciones ulteriores han mostrado que no estamos ante diferencias de grado, sino de rasgos tan fundamentales y básicos que transforman la diferencia cuantitativa señalada por Köhler en una diferencia cualitativa esencial en la naturaleza de uno y otros procesos. Algunos estudios vigentes encuadrados en la tendencia a extrapolar el principio köhleriano en sentido descendente — mediante la comparación de las operaciones inteligentes del chimpancé y procesos más simples en animales inferiores— han permitido establecer la presencia de ese principio en los actos inferiores, minando la confianza en que este principio pueda servir como criterio objetivo de inteligencia. El propio Koffka señala que este principio ya es aplicable al comportamiento que los animales exhiben en los experimentos de Thorndike durante el adiestramiento.

Como ya hemos visto, los principales argumentos que arguye Koffka a favor de la teoría de los tres niveles, que separa radicalmente instinto e inteligencia, consisten en que el principio estructural es aplicable por igual a los actos instintivos y a los actos inteligentes, lo cual le hace renunciar a establecer una clara diferenciación esencial entre las estructuras intelectivas y las instintivas. El principio köhleriano se diluye, por tanto, en el conjunto de los actos estructurales.

Esta fusión de las reacciones instintivas e intelectuales bajo el manto común del principio estructural aparece claramente manifiesta en las palabras de Koffka citadas anteriormente, en las que se establece inequívocamente que los actos de los chimpancés no pueden adscribirse en modo alguno al tipo de 221 actos volitivos, y que por la manera en que aparecen no están en absoluto por encima de los actos instintivos. La actitud que manifiesta el animal cuando actúa frente a una situación es idéntica a la que puede observarse en las golondrinas cuando construyen su nido. El instrumento no supone un cambio esencial en esa actitud.

Como hemos visto en la referencia de Köhler [sobre las características del uso de instrumentos por el hombre, R. E.] anteriormente citado, el instrumento exige una manera de plantearse una situación futura. Exige cierta independencia del papel que juega el instrumento en la situación actual o, lo que es lo mismo, de la estructura percibida en el momento presente: exige una generalización. Ese instrumento es tal instrumento sólo cuando se aplica en una serie de situaciones distintas visualmente. Exige, finalmente, que el hombre subordine sus operaciones a un plan previsto de antemano.

No entra en nuestro cometido llevar a cabo un examen más o menos de-tallado de la psicología del uso de instrumentos. Creemos que lo que acabamos de mencionar es suficiente para apreciar las diferencias radicales y estructurales que hay entre la organización psicológica del verdadero uso de instrumentos y las operaciones de los chimpancés.

Como ya hemos señalado anteriormente, la tendencia opuesta —la de acercar el mono al hombre— ha conducido también a resultados negativos. En una serie de experimentos se ha demostrado que la presencia en los chimpancés de rudimentos de una inteligencia similar a la humana no solo resulta totalmente insuficiente a la hora de intentar inculcar en estos animales un lenguaje parecido al del hombre, sino a la hora de intentar despertar en ellos una actividad que se aproxime a la del hombre.

Por consiguiente, los resultados obtenidos en estas investigaciones tanto en sentido positivo como en el negativo han llevado a la negación dialéctica de los principios de Köhler sobre la identidad entre la inteligencia de los monos y la del hombre.

El empeño de llevar la tesis köhleriana hasta sus límites lógicos ha servido para revelar que lo que Köhler consideraba como punto fuerte del intelecto de los monos, es decir, su racionalidad estructural global, la presencia de un sentido de situación en las operaciones, ha resultado ser un punto débil. Según la opinión vertida por Köhler en otro trabajo, son esclavos de su campo visual. Lo que distingue al hombre del animal, de acuerdo con la acertada observación de K. Lewin, es el libre albedrío, componente totalmente necesario en el auténtico uso de instrumentos.

Como ha podido observar Köhler repetidas veces, entre sus monos había animales incapaces de modificar la organización sensorial del esfuerzo volitivo en cuestión. Son esclavos de su campo sensorial en mucha mayor medida que el hombre. En realidad, como muestra el libro de Koffka, todo el comportamiento de los monos demuestra que los animales se hallan en dependencia servil de la estructura del campo visual, manifestando tan sólo aquellas intenciones que les provocan tales o cuales momentos estructurales de la propia situación. [222](#)

Como dice Lewin, lo que resulta destacable es el propio hecho de que el hombre posea la singular libertad de crear intenciones frente a cualquier actividad, aunque ésta sea absurda. Esa libertad, que es característica de las personas enculturizadas y está mucho menos presente en niños y en primates, es un rasgo diferenciador entre el hombre y el animal más cercano a él mucho más evidente que un mayor nivel de inteligencia.

Es fácil advertir que todos los autores citados —Köhler, al referirse a que los animales son esclavos del campo visual; Koffka, al señalar la naturaleza instintiva, y no volitiva, de las operaciones de los chimpancés; Lewin, al destacar la libertad intencional como el rasgo diferenciador más sobresaliente entre el hombre y el animal— están recogiendo un mismo hecho esencial. Todos ellos conocen este hecho perfectamente, pero no han valorado suficientemente sus implicaciones conceptuales, en la medida en que conocerlo no les lleva a la evidente conclusión de que es imposible poder plantear esa distinción básica entre las operaciones del hombre y las del animal si las sometemos a un principio único. Investigaciones posteriores, como por ejemplo las de H. Meerson y A. Guillaume, han puesto de manifiesto que, si bien cabe hablar de semejanza entre las operaciones del chimpancé y las del hombre, eso solo es aplicable no en el caso de personas sanas, normales, sino en el caso de aquellas cuyo cerebro está enfermo y padecen afasia, es decir, que han perdido el lenguaje y todas las características propias de la inteligencia con él relacionadas. Al caracterizar el comportamiento de estos enfermos, A. Gelb llama la atención sobre el hecho de que, junto con el lenguaje, pierden muy frecuentemente la actitud de libertad ante una situación, la posibilidad de generar intencionalidad que es propia del hombre, resultando tan esclavos de su campo sensorial como los chimpancés de las investigaciones de Köhler.

Según la magnífica expresión de Gelb, sólo el hombre puede realizar algo absurdo, es decir, algo que no se desprenda directamente de la situación que percibe y que sea irrelevante desde el punto de vista de una situación actual dada, como por ejemplo la preparación de un palo para cavar cuando no se dan ni condiciones objetivas para utilizar el instrumento ni condiciones subjetivas en forma de hambre. Pero las investigaciones han revelado lo contrario respecto a los animales: el chimpancé no abstrae el instrumento de la situación global concreta, no le confiere el rango de herramienta, por lo que la racionalidad del comportamiento del chimpancé, aparte del propio término, no tiene nada en común con el comportamiento racional del hombre más primitivo cuando se sirve realmente de los instrumentos.

Sólo eso nos hace comprensible el extraordinario hecho que el propio Köhler también advierte: el intelecto antropoide, que se ha convertido en patrimonio de los chimpancés, no introduce ninguna variación en la estructura de la conciencia de los monos. En términos de la psicología animal, ha sido producto de la evolución según una línea pura, pero no mixta (V. A. Vágner, 1923), lo cual significa que indudablemente se trata de una formación reciente, pero que no ha reestructurado la totalidad del sistema de la [223](#) conciencia y de la actitud hacia la realidad características de los animales. En otras palabras, en los experimentos de Köhler nos hallamos ante operaciones intelectivas que se producen en un sistema instintivo de conciencia.

Como conclusión principal y fundamental, que constituye el quid de la cuestión, podríamos decir que, si nos mantenemos íntegramente dentro de los límites del principio estructural como tal, sin introducir criterios complementarios que permitan distinguir lo superior de lo inferior, los rasgos fundamentales de las operaciones intelectivas de los chimpancés —que Koffka considera como la

base objetiva para aplicar su único principio explicativo a toda la psicología infantil— no se diferencian básicamente el nada de cualquier reacción instintiva.

En este sentido, podemos dirigir contra los estructuralistas su propia arma. Basándonos en el principio de la dependencia de las partes respecto a todo, podríamos decir que la naturaleza del intelecto, que pertenece a otra estructura de la conciencia, no puede ser otra que la de un intelecto que surge como sistema completamente nuevo, como es la conciencia humana.

Ese acercamiento parcial a una zona restringida de la actividad, independientemente del conjunto, contradice esencial y radicalmente el principio estructural en que se basa el propio Koffka. En realidad, cualquier acto instintivo tiene sentido desde un punto de vista estructural dentro de un: situación dada, pero no lo tiene fuera de sus límites. El mono —y eso hay que considerarlo plenamente demostrado— actúa de forma inteligente exclusivamente dentro de los límites del campo y de su estructura. Fuera de él actúa ciegamente. Por tanto, la verdadera argumentación del principio estructural se halla íntegramente dentro del reino del instinto.

No en vano Koffka aduce eso mismo con pleno fundamento como argumento principal contra la teoría de los tres niveles de K. Bühler. No obstante, sería erróneo pensar que estar en contra de este principio supone retornar a la teoría de Bühler. Koffka tiene toda la razón cuando demuestra que ésta es producto de un profundo equivoco. Los tres niveles están esencialmente incluidos en uno, en concreto dentro del instinto. Porque en el caso del reflejo condicionado, que según Bühler sería un representante del segundo nivel, se trataría del mismo instinto, pero individualizado, adaptado a condiciones especiales. El carácter mismo de la actividad continúa estando tan íntimamente condicionado como en el reflejo incondicionado. Como ya hemos visto, eso puede aplicarse también por entero al comportamiento de los monos, comportamiento que, al igual que el reflejo condicionado, constituye algo nuevo por la estructura del mecanismo de ejecución y por las condiciones en que aparece, aunque en conjunto se mantenga íntegramente en el plano de la conciencia instintiva.

El propio intento de Bühler de abarcar la totalidad del desarrollo de los animales y del hombre con su teoría de los tres niveles resulta tan poco convincente como el intento de los estructuralistas de eliminar la barrera conceptual de principio entre instinto e intelecto³.
224

Nos encontramos por tanto con que el producto superior del desarrollo animal, es decir, el intelecto del chimpancé, no es idéntico ni estructural ni tipológicamente al del hombre. Esa es una nueva conclusión no poco importante. No obstante, es suficiente para obligarnos a revisar radicalmente la legitimidad de aplicar el principio estructural de Koffka a la explicación del desarrollo psicológico del niño. Si el producto superior del desarrollo animal no es asimilable al humano habrá que llegar a la conclusión de que también el desarrollo que origina su aparición es por principio distinto al que sirve de base al perfeccionamiento del intelecto humano.

Esto ya es de por sí suficiente para reconocer que toda psicología naturalista que considere la conciencia humana exclusivamente como producto de la naturaleza y no de la historia e intente con ello abarcar bajo un solo concepto la totalidad de la estructura de la psicología de los animales y del hombre carecerá siempre de fundamento ante los hechos. Se tratará forzosamente de metafísica y no de dialéctica.

Es sabido que el trabajo de Köhler está polémicamente enfrentado a los criterios mecanicistas de Thorndike imperantes anteriormente. En esta parte, su obra conserva toda su importancia básica. Köhler ha demostrado que los chimpancés no son autómatas, que actúan comprendiendo, que las operaciones inteligentes de los animales no surgen casualmente por ensayo o error ni como un conglomerado mecánico de elementos aislados. Se trata de una conquista firme de la psicología teórica a la que no se puede renunciar cuando se intenta resolver cualquier problema del desarrollo.

Por eso, si consideramos sus postulados desde ese punto de vista, es decir, desde abajo, por comparación con los actos ciegos e irracionales de los animales, conservan toda su fuerza. Pero si lo hacemos desde otro, desde arriba, si los comparamos con la verdadera utilización de instrumentos por el hombre, si nos hacemos la pregunta de si las características del intelecto de los chimpancés se encuentran más cerca del hombre o de los monos inferiores, tendremos que dar una respuesta totalmente contraria a la que hallamos en Köhler.

La diferencia que puede haber entre los actos del mono en los experimentos de Köhler y el comportamiento de los animales en los de Thorndike, es decir, la diferencia entre los actos conscientes y los actos ciegos de los animales, tiene mucha menor importancia teórica que la diferencia entre las operaciones de los chimpancés y el uso verdadero de instrumentos. Esas operaciones presentan unas características diferenciales mayores respecto al empleo de instrumentos por el hombre en un sentido lato que respecto a la actividad instintiva y refleja condicionada de los animales. Precisamente por eso, tiene razón Koffka cuando, a diferencia de la teoría de los tres niveles, señala la afinidad interna que rige en esos tres niveles de la psique animal. 225

³ Las teorías de Koffka y de Bühler no son tan radicalmente contrapuestas como aquéllas las hace parecer. Más bien representan dos variantes de un mismo esquema, que trata de abarcar todo el desarrollo psíquico de los animales y del hombre en un principio único. En este sentido, las posiciones de los autores coinciden. Ya hemos señalado que eso es también lo que une la teoría de Koffka con la de Thorndike.

Por tanto, consideremos que el intelecto de los chimpancés es más un producto del comportamiento en el reino animal, que un escalón inferior del pensamiento humano. Más bien el último y definitivo eslabón de la evolución animal, que el más confuso comienzo de la historia de la conciencia humana.

Como ya hemos dicho, cuando se presentan en el hombre una serie de enfermedades de la corteza cerebral, fundamentalmente de sus zonas específicamente humanas, observamos un comportamiento en cierta medida análogo al de los monos. Estamos dispuestos a insistir en que sólo aquí es legítimo y admisible el paralelismo entre el comportamiento del chimpancé y del hombre, sólo aquí (y sólo en cuanto a rasgos aislados) encontramos una analogía real y no imaginaria, una identidad real de dos procesos intelectuales.

Cuando vemos que un enfermo afectado por esa clase de dolencias es capaz de echar en un vaso agua de una jarra si quiere beber, pero que en otra situación es incapaz de realizar arbitrariamente la misma operación nos encontramos de hecho ante una situación análoga a la que vemos en el mono cuando deja de reconocer en el cajón sobre el que descansa otro animal la misma cosa, el mismo instrumento que él ha utilizado en otra ocasión de forma aparentemente análoga a la del hombre.

Reiteramos, pues, que las operaciones de los animales mediante el denominado empleo de instrumentos se halla en mucha más cercana vecindad y parentesco con la construcción de un nido por las golondrinas que con el más primitivo empleo de instrumentos por el hombre.

Por eso nos detenemos con tanto detalle en la crítica del principio básico de Koffka, porque sólo la crítica del principio fundamental de toda su teoría puede constituir la crítica fundamental de su teoría sobre la psicología infantil.

Apartado 05

En estas páginas hemos llegado a la más crucial y esencial frontera, aquella donde comienzan los problemas específicamente humanos de la psicología y los problemas del desarrollo psicológico del niño: aquella que en su conjunto distingue al hombre del animal, tanto en la estructura global de la conciencia como en la actitud hacia la realidad, frente a analogías parciales en tal o cual función.

Hemos desvelado por tanto la tesis fundamental de nuestro análisis crítico. El defecto principal subyacente en toda la teoría de Koffka estriba en su intento de reducir los principales fenómenos de la evolución psíquica del niño a las tesis dominantes en la psicología de los animales. Trata de situar al mismo nivel el desarrollo psicológico del animal y el del niño, pretendiendo incluir bajo el mismo principio al animal y al hombre.

Naturalmente, en ese intento tropieza con la encarnizada resistencia de los hechos. Examinaremos tan sólo dos ejemplos fundamentales junto a una serie de hechos diferentes conseguidos en experimentos con animales que ponen de relieve esta resistencia de los hechos a ser categorizados. [226](#)

Comenzaremos por la inteligencia práctica. Desde nuestro punto de vista, es sorprendente la circunstancia de que las operaciones intelectivas que establece Köhler en los animales no sean susceptibles de desarrollo. Como dice Koffka, Köhler valora muy poco en este caso las posibilidades de desarrollo.

En otro lugar, Koffka se expresa con más claridad, comparando el comportamiento de los niños y el de los animales en operaciones que exigen inteligencia práctica. Se detiene en los datos obtenidos por Alpert, que demostraba que estas facultades se desarrollan rápidamente durante los primeros años de vida humana, mientras que los monos apenas progresan en este sentido, a pesar de una ejercitación continuada.

También nos encontramos en una situación similar a la hora de estudiar el problema de la imitación. Y de nuevo parte Koffka de la analogía cuando se plantea la imitación en los animales y en el niño subordinando ambas a leyes estructurales. Considera este autor que no hay diferencias esenciales entre las formas inferiores y superiores de imitación y añade que el problema de la imitación se ha convertido para él en un problema estructural general similar al problema del origen de la estructura del movimiento a partir de la estructura de la percepción.

No obstante, cuando analizamos el papel de la imitación en, el desarrollo volvemos a tropezar con la misma diferencia que hemos señalado anterior-mente. Köhler escribe que, incluso en los chimpancés, la imitación no se observa sino muy raramente y siempre en aquellos casos en los que tanto la situación que se les plantea como la solución se acercan a aquellas en que el animal actúa espontáneamente.

Por consiguiente, el animal, incluso el más inteligente, sólo es capaz de imitar lo que está en mayor o menor grado cerca de sus propias posibilidades. Por el contrario, para el niño la imitación constituye fundamentalmente el camino para adquirir aquellas actividades que están muy lejos de sus propias posibilidades, el medio para adquirir funciones como el lenguaje y las funciones psicológicas superiores. En este sentido, dice Koffka, la imitación es un potente factor de desarrollo.

Aún limitándonos a los dos ejemplos señalados, podemos formular con claridad la pregunta esencial cuya respuesta buscaremos inútilmente en el trabajo de Koffka: si es verdad que podemos entender la inteligencia práctica y la imitación del niño recurriendo a las mismas leyes que rigen la actuación de estas dos funciones en los chimpancés, ¿cómo explicar que ambas funciones desempeñen en la evolución del niño un papel tan diferente al que se da en el comportamiento de los monos? En efecto, es desde el punto de vista evolutivo desde donde se ve claro que hay más diferencias que semejanzas. De ahí que el principio estructural resulte a nuestros ojos insuficiente para explicar lo que constituye el núcleo central de todo el problema, y que es precisamente el desarrollo.

No nos detendremos en más ejemplos, que abundan en las páginas de los libros y evidencian lo que ya hemos expresado anteriormente en términos [227](#) generales. El lector encontrará con facilidad no pocos lugares que le muestren, con mucha mayor claridad de lo que puede hacerse en una rápida introducción, lo íntimamente ligados que están los actos de los chimpancés a la motivación instintiva y al afecto, su nula independencia de la acción, directa, lo limitados que están los animales en su percepción del instrumento como objeto y en su actitud hacia él; lo esclavos que son de la situación que ven.

A la luz de lo dicho anteriormente, el lector será incapaz de seguir sin extrañeza la línea argumental de Koffka, que gira todo el tiempo en torno a una idea: la idea de igualdad, de identidad esencial entre el comportamiento del animal y del hombre. Basta con observar los rasgos característicos de la correspondencia entre las operaciones de los chimpancés y la situación física objetiva para encontrar todavía más pruebas fehacientes que corroboran nuestra idea de que no es legítimo extrapolar el principio estructural a la totalidad del desarrollo psicológico del niño.

Nos queda una última consideración antes de terminar de exponer nuestro pensamiento. Como hemos señalado antes, el pathos de toda la psicología estructural lo constituye la idea del carácter inteligente de los procesos psíquicos, frente a la aleatoriedad mecánica, ciega que se les atribuía en anteriores teorías. Pero, después de lo dicho anteriormente, difícilmente pueden quedar dudas respecto a que la nueva psicología considera que esta inteligencia es básicamente idéntica en los animales y el hombre. Todo ello nos obliga a situar ahí el fallo principal del principio estructural.

Nos queda aún por demostrar que la inteligencia a que se refiere Koffka respecto a los actos de los animales y la inteligencia a que nos referimos en la evolución psicológica del niño, aunque son —una y otra— fenómenos estructurales, constituyen dos categorías distintas de inteligencia por su naturaleza psicológica.

Nadie discutirá la idea básica de que el estudio del desarrollo psíquico deberá desvelar la aparición del acercamiento comprensivo a la realidad, es decir, el origen de la sensación consciente, pero el quid de la cuestión estriba en ver si la comprensión, característica de la conciencia humana, es igual o diferente de la del animal.

K. Koffka afirma que un rasgo esencial de aquellas operaciones en las que él considera sin duda objetivamente asentado el principio estructural es el surgimiento de la percepción consciente de la situación. Manifiesta que un acto tendrá carácter racional si el significado de la situación es percibido de forma consciente. De igual modo, la transferencia —es decir, la aplicación correcta de un procedimiento que se ha aprendido en determinadas condiciones a otras nuevas situaciones, modificadas— constituye siempre una transferencia consciente que presupone comprensión. Una vez asimilado un significado, se extiende a todos los demás objetos que tienen propiedades comunes con el objeto en cuestión. Por consiguiente, dice, la transferencia es una aplicación consciente del principio estructural. [228](#)

Esta idea de la comprensión está tan omnipresente en todos los análisis y descripciones de Koffka que ocupa sin duda un lugar preminente en su teoría. No obstante, la comprensión de la situación que encontramos en el comportamiento del animal y del niño es en ambos casos básicamente distinta.

Nos permitiremos ilustrar esto mediante un solo ejemplo. Koffka se refiere a unos experimentos con niños en que éstos daban soluciones erróneas, experimentos que pueden constituir ejemplos de implicaciones más amplias que las que les atribuye el autor. Así, en una de las pruebas, el niño era incapaz de resolver una tarea que exigía la utilización de un palo. La explicación de esto es sencilla: el niño tenía un palo que había venido utilizando a modo de caballo hasta que eso le fue rigurosamente prohibido. El palo que aparecía en la situación experimental era muy parecido al que había utilizado anteriormente para jugar, por lo cual el niño le confirió el mismo carácter de prohibido y no pudo recurrir a él en la solución de la tarea.

Un fenómeno análogo fue observado por T. Hart en unos experimentos realizados en una habitación, donde unos cajones estaban situados delante de una serie de sillas. Casi todos los niños sin excepción fueron incapaces de resolver la tarea, debido a que se les había prohibido rigurosamente subirse a las sillas. Cuando se repitió el mismo experimento en el campo de juego, se obtuvieron resultados positivos.

Este ejemplo muestra con claridad a qué queremos referirnos. Evidentemente, el palo que ha adquirido el significado de algo prohibido o el acto de subirse a la silla, tampoco permitido, es muy diferente al cajón que el chimpancé no reconoce como soporte para alcanzar el fruto, porque hay otro animal tumbado en él. Está claro que en estos experimentos los objetos han adquirido para los niños un significado que rebasa los límites del campo visual.

La dificultad de utilizar la silla como soporte o el palo como instrumento no estriba en que el niño haya dejado de percibir esos objetos en esa situación respecto a la utilidad para alcanzar el objetivo. La causa hay que atribuirla a que en realidad los objetos han adquirido un significado para el niño, en este caso el de la silla o palo con los que no se debe jugar: en otras palabras, para el niño hay reglas sociales implicadas en la solución de la tarea. Creemos que estos ejemplos, nos ofrecen situaciones, que no son, en modo alguno excepción a la regla general que rige el comportamiento del niño en circunstancias similares.

Nosotros también nos hemos encontrado repetidas veces ante situaciones parecidas en nuestros experimentos cuando al comenzar a resolver una tarea el niño, sorprendentemente, no utiliza objetos que se encuentran ostensiblemente dentro de su campo de visión. Resulta evidente que el niño está admitiendo sin decir una palabra que en esa situación debe actuar de acuerdo con una regla predeterminada, porque basta con que se le autorice a utilizar la silla o el palo para que resuelva la tarea de inmediato. Estos experimentos ponen de relieve hasta qué punto para el niño la situación visible forma parte **229** por así decirlo de un campo semasiológico más complejo dentro del cual las cosas sólo pueden actuar entre sí según determinadas relaciones.

Vemos en estos casos destacados ejemplos de algo que aparece claramente en todos los restantes experimentos con niños, entre cuyos resultados cabe destacar uno muy importante: cuando un niño resuelve una tarea saltan a primer plano las leyes del campo semasiológico, es decir, las referentes a cómo percibe el niño la situación y su posición en ella⁴. Aquí entra en juego algo que será objeto de nuestro análisis en uno de los capítulos siguientes, concretamente el problema del lenguaje y el pensamiento.

Como dice Koffka, quizá la mayoría de los problemas remiten a esta cuestión, porque resulta muy difícil responder a la pregunta de cómo se libera el hombre de la percepción directa a través del pensamiento y llega con ello a dominar el mundo. Esa liberación de la percepción directa mediante el pensamiento —sobre la base de la práctica— es el resultado más importante que deriva del análisis de los experimentos con niños. Y, como nuestros propios experimentos han puesto de relieve, la palabra desempeña el papel más determinante en esta cuestión. El propio Koffka hace referencia al hecho de que en determinado período de la evolución infantil la palabra pierde su conexión con el deseo y los afectos para pasar a establecerla con los objetos.

Como muestran los experimentos, la palabra libera al niño de la servil dependencia de la situación observada por Köhler en los animales. Libera los actos del niño. Además, al conferir sentido y generalizar los elementos visibles de la situación, la palabra hace emerger el carácter instrumental del objeto, carácter que permanece invariable sea cual sea la estructura de la que forme parte el objeto.

El hecho de que el niño acostumbre a hablar consigo mismo mientras resuelve una tarea no es nada nuevo: muchos investigadores lo han observado también antes que nosotros. No hay apenas protocolos publicados hasta ahora sobre investigaciones similares en que no se confirme este hecho. Pero la inmensa mayoría de los investigadores lo pasa por alto, sin comprender la importancia de su valor, sin observar que la palabra y el significado relacionado con ella sitúan al niño en una posición radicalmente nueva frente a la situación, alterando radicalmente el acto de la percepción y creando la posibilidad del libre albedrío, al que se refiere K. Lewin como el rasgo diferenciador más importante entre el hombre y el animal⁵.

No vamos a detenernos detalladamente en estos experimentos, a los que nos hemos referido en otro lugar. Diremos tan sólo que pretender considerar **230** el lenguaje que acompaña a las acciones manipulativas del niño como una simple yuxtaposición a su actividad contradice el principio estructural que plantea el propio Koffka. Considerar que el hecho de que en la actividad del niño ante determinadas situaciones aparezca el lenguaje y con él el campo semántico es un hecho que deja invariable la estructura de la propia operación, significa adoptar un punto de vista antiestructural y entrar en franca contradicción con aquello en que se basa el propio autor.

Por consiguiente, a partir de sus propias ideas, Koffka debería reconocer que las operaciones del niño son esencialmente distintas de aquellas operaciones del animal aparentemente análogas.

Apartado 06

Podemos ya concluir nuestro análisis del primer principio que sirve de base al libro de Koffka y hacer un resumen de los resultados obtenidos. Tras lo anteriormente dicho, no cabe duda de que la teoría de Koffka constituye un intento extraordinariamente audaz y ambicioso de reducir las formas superiores de actividad en el niño humano a las inferiores que se observan en los animales.

No resulta tampoco difícil concluir que esa reducción de cualquier forma superior de racionalidad de los actos y la percepción humanos a la racionalidad de los actos instintivos de los animales supone de hecho un precio muy elevado que el autor se ve obligado a pagar para superar el vitalismo. Lo supera cediendo ante el mecanicismo, ya que no sólo son mecanicistas las teorías que reducen el comportamiento del hombre al funcionamiento de las máquinas, sino también las que lo reducen a la actividad de los animales. En eso estriba la radical divergencia entre nuestra manera de interpretar el mecanicismo y la de Koffka.

⁴ Nos referimos fundamentalmente a una pregunta planteada por el propio Köhler: hasta qué punto se podría definir a un chimpancé por su actitud ante una situación y por su comportamiento mediante instrumentos no disponibles ni presentes sino «sólo imaginables», mediante representaciones, es decir de todo aquello que tiene mayor significado en el pensamiento humano. A eso es a lo que denominamos convencionalmente campo de la razón, por analogía con el campo visual de Köhler.

⁵ En este sentido, es representativo el trabajo de Lipmann u. Bogen «Naive Physik», 1926, dedicado a investigar la inteligencia práctica del niño.

Como se desprende fácilmente del informe que Koffka (1932) dedicó a este problema, el peligro fundamental del mecanicismo estriba únicamente según él en que reduce lo vivo, lo consciente a algo muerto, automático, inorgánico. Interpreta el mecanicismo en el sentido literal de la palabra, como reducción a lo mecánico y piensa por tanto que para superar la reducción basta con que la naturaleza muerta no se interprete desde una perspectiva del principio de un mecanicismo, sino de los sistemas físicos, como hace Köhler en sus investigaciones; o lo que es lo mismo, admitir en la propia naturaleza inorgánica la presencia de procesos estructurales de conjunto que determinan el papel y el significado de los elementos que los componen.

Pero superar el vitalismo, que intenta reducir el comportamiento del hombre a las regularidades que se observan en el de los animales, sólo supone quedarse a mitad de camino. Por supuesto, eso ya está por encima del intento de Thorndike de interpretar de forma puramente automática la 231 actividad relacionada con los procesos superiores, pero, sigue tratándose de puro mecanicismo en el sentido estricto de la palabra.

Por consiguiente, si el intento de incluir el comportamiento de los animales en un principio estructural único lleva a Koffka a superar el vitalismo a costa de ceder ante el mecanicismo y le hace detenerse a la mitad de camino, también le conducirá al resultado contrario, justamente a superar el mecanicismo haciendo concesiones al vitalismo, lo que de nuevo le obliga a detenerse a medio camino entre el mecanicismo y el vitalismo. Esta postura —a mitad de camino entre los callejones sin salida del pensamiento científico actual— es lo más característico de la psicología estructural contemporánea y, más en concreto, del libro de Koffka.

Reafirmados en esa posición intermedia, los psicólogos estructuralistas se consideran a sí mismos equidistantes del mecanicismo y del vitalismo. En realidad, se están moviendo íntegramente por la senda que les marcan estas dos posiciones e incluyen en sus teorías, sin darse cuenta, algo de los polos extremos de los que tratan de despegarse. De hecho, el intento de Koffka de aplicar a la actividad instintiva el principio estructural con su concepto de inteligencia conduce irremisiblemente a que los instintos se intelectualicen; o, lo que es lo mismo, que lo más importante no surge en el desarrollo, sino que viene dado de partida._

La estructura resulta un fenómeno inicial, que está presente desde el comienzo en todo desarrollo. A continuación, todo transcurre de acuerdo con una pauta lógica, mediante sucesivas multiplicaciones de las estructuras. No en vano, Koffka obvia otro problema cuando estudia los instintos; su irracionalidad, su ceguera, su inconsciencia. Y al admitir la inteligencia como fenómeno inicial, anterior al propio proceso de desarrollo, se facilita extraordinariamente a sí mismo el trabajo más difícil de todos los que les han planteado jamás a los psicólogos investigadores —el de explicar el origen y la aparición de la inteligencia.

En realidad, si todo fuera inteligente, se desvanecería la frontera entre lo inteligente y lo irracional como si todo fuera irracional. Todo se reduce, como en Thorndike, a una categorización de signo positivo o negativo. Allí, más o menos irracional, aquí, más o menos inteligente. No se establece distinción entre el desarrollo infantil y la evolución del animal. Según su propia expresión, Koffka trata de fundir uno y otro, o lo que es lo mismo, de identificar el problema central de la psicología comparativa y el problema central de la psicología infantil.

Afirma que, para que la explicación de la evolución psicológica del niño tenga una base amplia, es necesario incluir en la argumentación otras ramas de la psicología comparativa. Y, puesto que ambos objetivos guardan una estrecha relación entre sí, trata de fundirlos en uno solo, creando una «Gestalt» homogénea y no limitándose a ofrecer una exposición fragmentaria de todos los problemas paralelos. Pero en eso consiste precisamente el talón de Aquiles de todo el trabajo. El intento de unir la evolución del niño y el desarrollo animal, de crear una estructura única, indivisa, en la que uno y 232 otro se incorporen como partes no independientes, significa crear el más primitivo (utilizando palabras del propio Koffka) «Gestalt», que es propio de las fases tempranas, primitivas de desarrollo del conocimiento científico, como argumenta perfectamente el autor en el libro que analizamos.

Lo que dice Koffka a propósito de su caracterización de las primeras estructuras de la conciencia infantil, es también totalmente aplicable en el plano teórico a su propia estructuración simplista del desarrollo infantil y animal. Subraya que las estructuras que percibimos por vez primera son también las construidas de forma más sencilla, que se trata de situaciones muy simples. Determinada cualidad sobre un fondo uniforme. Con estas mismas palabras podríamos resumir también nuestra impresión acerca de la estructura ofrecida en la teoría de Koffka: una determinada cualidad sobre un fondo uniforme. Esta cualidad es la estructuralidad, la comprensión aún indiferenciada, indivisa.

Nos hallamos, por tanto, ante una teoría naturalista consecuente de la evolución psicológica del niño, que aúna deliberadamente lo animal y lo humano ignorando la naturaleza histórica de la conciencia humana, una teoría en la que los problemas específicamente humanos aparecen sólo en calidad de material empírico y no como fundamento explicativo de la propia teoría. No es de extrañar pues que esos problemas específicamente humanos que plantea la evolución psicológica del niño, cuando se manifiestan a través del lenguaje de los hechos, ofrezcan una encarnizada resistencia al intento naturalista de interpretarlos y traten de romper la envoltura de ese único e indiferenciado Gestalt.

Por eso, cuando Koffka recuerda la admirable expresión de W. Köhler de que el comportamiento racional y las facultades intelectivas se oponen per se a las explicaciones mentalistas, que el mentalismo nunca resulta tan infundado como en el dominio de los problemas de la inteligencia, aduce justamente argumentos en contra de sí mismo, ya que es precisamente él quien intenta explicar

mentalístamente —es decir, partiendo de la naturaleza de las operaciones intelectivas de los chimpancés— el principio fundamental del desarrollo. Pero ¿qué otra cosa significa el mentalismo, sino un intento de considerar el desarrollo como una analogía de la operación intelectual?

Es verdad que Koffka trata de quitar hierro a semejante afirmación, al diluir, como hemos visto, los procesos intelectivos en la actividad instintiva. Pero con ello obtiene un resultado aún peor, ya que lo que hace de hecho es explicar también las formas más primitivas de comportamiento desde el mismo punto de vista.

El conjunto de la teoría de Koffka infringe un principio decisivo, al que su autor confiere el rango de fundamento. Es sabido que este principio consiste en reconocer la primacía del todo sobre las partes. Mantenerse fiel a ese principio supone reconocer que, puesto que la estructura global, la totalidad del sistema de la conciencia del hombre difiere de la estructura global de la conciencia del animal, resulta imposible identificar un elemento parcial cualquiera de una y otra estructura (operación intelectual), ya que el significado de ese elemento sólo podrá ser aclarado a la luz de todo el conjunto de que forma parte.

Así pues, el propio principio de la estructuralidad señala el principal error en toda la argumentación teórica de Koffka. Lo acertado de su teoría ilustra sus errores.

La conclusión a que nos ha llevado el análisis de la teoría de Koffka realizado en páginas anteriores nos conduce inesperadamente a resultados paradójicos. Recordemos que el propio autor caracteriza el camino de su investigación como de arriba abajo, distinto del habitual camino de abajo arriba. Koffka explica esta vía como un intento de recurrir a los principios hallados en las formas superiores de conducta para explicar las inferiores, en contraposición a la vía tradicional consistente en aplicar los principios hallados en las formas inferiores para explicar las superiores.

No obstante, también el camino seguido por Koffka resulta ser de abajo arriba, puesto que trata de ilustrar desde abajo la evolución psicológica del niño a través del principio que ha encontrado en el comportamiento de los animales.

La tesis de Koffka sobre la utilización del principio estructural para explicar la totalidad del rico contenido de la psicología infantil recuerda mucho una situación análoga descrita con gran ocurrencia por W. James cuando llegó por primera vez a formular el famoso principio de la naturaleza limitada de las emociones. Hasta tal punto creyó que el principio era importante, tan válido para resolver todos los problemas, y que constituía la llave para abrir todas las cerraduras, que relegó a un segundo plano el análisis real de los fenómenos para cuya explicación había sido creado ese principio.

W. James dice, refiriéndose a su principio, que si poseemos una oca que pone huevos de oro, describir por separado cada uno de los huevos que ha puesto no es de una importancia primordial. Su principio aparecía ante sus ojos como la gallina que ponía los huevos de oro. No es extraño por tanto que relegase a un segundo plano el análisis de emociones aisladas. Sin embargo, fue precisamente la estructura de los hechos con los que su teoría fue puesta a prueba más tarde, la que mostró lo erróneo de sus hipótesis iniciales.

En cierto sentido, eso mismo también puede aplicarse al principio estructural, que ha sido también considerado como la gallina de los huevos de oro, y en el que la descripción y el análisis de cada uno de los huevos se conceptúan como algo secundario. No es de extrañar en este caso que la explicación de los más diversos hechos de la psicología infantil resulte asombrosamente parecida a dos huevos procedentes de la misma gallina.

K. Koffka establece que ya el punto de partida de la evolución psíquica infantil es estructural. En el niño están ya presentes percepciones racionales. El mundo ya aparece «gestaltizado» en cierta medida en la forma en que se lo representa el más pequeño de los niños. De ahí que la estructuralidad aparezca ya en el mismo comienzo de la evolución infantil. 234

Naturalmente, surge la pregunta: ¿en qué se diferencia la estructuración posterior del mundo de la temprana? En este libro se ofrece con todo detalle una descripción real de esas estructuras más complejas que aparecen en el proceso evolutivo del niño. Pero, a pesar de nuestros deseos, no encontramos en él respuesta a la pregunta de cuál es la diferencia explicativa y no sólo empírica entre esas estructuras que surgen durante el proceso evolutivo del niño y las que vienen dadas de partida. Antes bien, se tiene la impresión de que para el autor la diferencia es exclusivamente empírica y no conceptual. La gallina que pone desde el primer momento huevos de oro permanece invariable a lo largo de toda la evolución infantil. En eso estriba el núcleo de toda la discusión. Si se adopta este enfoque, hay que estar de acuerdo con que en el proceso de la evolución infantil no surge nada nuevo, nada que no figurase ya en la psicología del chimpancé o en la conciencia del niño.

No obstante, la resistencia que ofrecen los hechos de los que hemos hablado todo el tiempo se deja notar sobre todo cuando pasamos del ámbito de los hechos de la psicología animal al del contenido real de la psicología infantil.

Apartado 07

En este apartado queremos someter a análisis crítico el principio estructural desde la perspectiva de su correspondencia con los hechos de la psicología infantil, de modo que podamos establecer qué parte del resultado obtenido de aplicar este principio se basa en la simple analogía y qué parte ha sido demostrada y, sobre todo, cuál es el valor explicativo de estas analogías y de estas demostraciones. Lo que Koffka denomina «el niño y su mundo» constituye el tema principal de este capítulo, y nuestro análisis se centrará en una serie de problemas como la enseñanza conceptual, el pensamiento y el lenguaje y el juego.

Comenzaremos por un caso concreto, que, sin embargo, tiene para nosotros un valor general y puede servir, por tanto, de introducción a todo el análisis posterior. Además, está directamente relacionado con el final del capítulo precedente. Al discutir el problema del desarrollo de la memoria, Koffka afirma, entre otras cosas, que el niño en un principio adopta una actitud pasiva ante sus recuerdos y que sólo paulatinamente comienza a adueñarse de ellos, comienza a retornar espontáneamente a determinados acontecimientos. En otro lugar, al referirse a la relación entre las estructuras y el intelecto, señala que la función de este último es justamente la formación de estructuras cada vez más perfectas y más comprensivas y que las otras estructuras no surgen, por consiguiente, allí donde lo hacen las estructuras racionales, sino que residen fundamentalmente en otros centros.

Estos dos ejemplos encierran problemas de enorme importancia teórica. Nos referimos, al afirmar esto, a que lo más importante para la historia de la evolución de la memoria infantil es precisamente la transición desde el recuerdo 235 pasivo al dominio voluntario y autónomo del recuerdo. Y evidentemente, no es un momento concreto, casual y accesorio el que determina esta transición, sino todo lo que hay de específicamente humano en el desarrollo de la memoria del niño, que se concentra, como en un foco, en este problema de la transición de la memoria pasiva a la activa, ya que esta transición representa un cambio en el propio principio de organización de esta función, de esta actividad, ligada a la reproducción del pasado en la conciencia.

Nos preguntamos ¿en qué medida el principio estructural de racionalidad general basta para explicar esta aparición de voluntariedad en la vida psíquica del niño?

Del mismo modo, cuando se nos dice que las otras estructuras no surgen donde lo hacen las estructuras racionales, se nos plantea naturalmente la pregunta: ¿qué es lo que distingue las estructuras racionales de las irracionales? Preguntamos: ¿es que la aparición de estructuras racionales no introduce nada básicamente nuevo en comparación con la aparición y el perfeccionamiento de las estructuras irracionales? Con otras palabras: cuestionamos la validez y fundamentación del principio de la estructuralidad para explicar no sólo los problemas de la espontaneidad, sino también los de la racionalidad en la vida privada del niño⁶.

Que no se trata aquí de ejemplos casuales, sino de algo con importancia esencial puede apreciarse en un tercer ejemplo, elegido al azar, que nos revela que sea cual sea el aspecto de la evolución psicológica del niño de que nos ocupamos, tropezaremos inevitablemente con las mismas preguntas. Koffka somete a discusión el desarrollo del concepto de número en el niño, considerando que «el número es el modelo más perfecto de nuestro pensamiento» (1934, pág. 220).

Parece que en el análisis del modelo más perfecto de nuestro pensamiento, la atención del investigador debería centrarse en los rasgos específicos que distinguen el pensamiento como tal. Las características de nuestro pensamiento, dice Koffka, es que podemos realizar nuestras operaciones mentales con cualquier material, independientemente de las relaciones naturales de los objetos. En otros niveles de desarrollo, la cuestión es otra: los propios objetos determinan los procesos mentales posibles para ellos. Y a continuación, todo el capítulo está dedicado a estos «otros niveles de desarrollo».

Sin embargo, tampoco este capítulo está dedicado a lo que convierte el número en el modelo más perfecto de nuestro pensamiento, sino a lo que el número representa desde un punto de vista negativo en los niveles tempranos de desarrollo, desde el punto de vista de su carencia de los rasgos más importantes del pensamiento humano. 236

Apartado 08

Creemos que en los tres ejemplos anteriores ha quedado patente lo que constituye la característica más común y predominante en el problema que estamos analizando. El principio estructural muestra su validez a la hora de explicar los puntos de partida, los momentos iniciales del desarrollo. Así, por ejemplo, nos muestra lo que es el número antes de convertirse en el modelo perfecto de pensamiento. Elude sin embargo mostrar cómo, a partir de esta primitiva estructura, se convierte el número en un concepto abstracto que servirá de prototipo para todos los conceptos abstractos. El principio estructural deja fuera de su explicación ese proceso posterior, y al llegar a él, el carácter explicativo que se mantenía al principio cede el lugar a la simple descripción factual de una determinada secuencia, a la constatación de los hechos.

Con igual exactitud y perfección explica el principio estructural las fuentes del desarrollo de la memoria, pero deja también sin explicar cómo pasan esas primitivas estructuras de la memoria a operar de forma activa con los recuerdos. Al llegar ahí el discurso se limita, una vez más, a constatar simplemente la sustitución de la recordación pasiva por la activa.

⁶ Se trata en esencia del problema general de las funciones psíquicas superiores en la psicología estructural: la voluntariedad y la racionalidad son únicamente algunos rasgos aislados, característicos de estas formas superiores de actividad psicológica.

Y eso ocurre también en el caso de las estructuras irracionales y racionales. Para el principio estructural, la transformación de unas en otras continúa siendo un enigma insoluble.

Este modo de proceder hace que se establezca una relación muy curiosa entre el principio explicativo y el material empírico a que se aplica. El modo de explicación (de abajo arriba) adoptado, lleva necesariamente al autor a ilustrar de forma adecuada y convincente los estadios tempranos, iniciales, prehistóricos de la evolución infantil. Pero el curso mismo de la evolución en activo —lo que equivale a decir el proceso de negación de esos estadios iniciales y su transformación en estadios del pensamiento desarrollado— queda sin explicar.

Y esto no es casual. Todos estos datos en su conjunto se apoyan en un único punto, sin cuya explicación ha de resultar imposible lograr resultados adecuados. Ese punto atañe al problema del significado. Como ya hemos visto, la psicología estructural inicia el camino histórico partiendo del problema de la racionalidad. Pero tras este problema ve tan sólo la racionalidad primitiva, remota, que caracterizaría tanto a las formas instintivas como a las intelectuales, tanto a las inferiores como a las superiores, a las animales y a las humanas, a las históricas y a las prehistóricas, de la vida psicológica. Sirviéndose del mismo principio hallado en, el comportamiento semiinstintivo del mono, la psicología estructural pasa a explicar los procesos de desarrollo del lenguaje y el pensamiento en el niño. Y así, ante el problema de la aparición del lenguaje, Koffka reproduce la conocida tesis de W. Stern: el comienzo del desarrollo del lenguaje racional está marcado por el extraordinario descubrimiento logrado por el niño de que cada cosa tiene su nombre. Acepta también Koffka la analogía que establece K Bühler entre [237](#) este «extraordinario descubrimiento en la vida del niño» y el empleo de instrumentos por parte del mono y afirma siguiendo también a Bühler, que la palabra forma parte de la estructura de la cosa, lo mismo que para el chimpancé el palo forma parte de la situación de consecución del fruto.

Con el mismo detalle explica también Koffka la primera generalización del niño, que se manifiesta en que aplica la palabra que ha conseguido aprender a nuevos y nuevos objetos. ¿Cómo se han de interpretar estas transposiciones? —pregunta. Bühler compara legítimamente estas transposiciones observadas en el niño durante el período de la denominación a las que realiza, por ejemplo, el chimpancé cuando utiliza como palo las alas de un sombrero, indicando así en qué dirección hay que orientar la búsqueda de la explicación a este problema.

Si esta analogía entre el aprendizaje del lenguaje y el empleo del palo por el mono fuera legítima, nada podría decirse contra toda la ulterior teoría de Koffka. Pero al analizarla de cerca vemos que es absolutamente falsa y a partir de ella se tergiversan toda una serie de problemas relacionados con ella. Estriba su falsedad en que se ignora en este caso lo más importante de la palabra: su aspecto psicológico, que es el que determina su naturaleza psicológica. Se ignora, precisamente, el significado de la palabra, sin el cual ésta deja de ser palabra.

Es verdad que Koffka, al aplicar el principio estructural para explicar el origen del lenguaje en la edad infantil, señala el carácter racional de estas primeras operaciones del niño en el manejo del lenguaje. Pero pone el signo de igualdad entre el significado que adquiere el palo en la situación inmediata del mono y el significado de la palabra. Y eso nos parece totalmente irregular.

Porque debemos el significado de la palabra a que con su ayuda se hace posible por vez primera el pensamiento abstracto y el uso de conceptos. La palabra posibilita la actividad específicamente humana, que es imposible en el mono y cuya esencia consiste en que el hombre comienza a organizar su conducta, no en función de la percepción directa de ésta, ni dependiendo de la estructura del campo visual, sino sólo a través del pensamiento.

Koffka no ha percibido en este problema el salto dialéctico que realiza el desarrollo cuando pasa de las sensaciones al pensamiento. No es pues casual que el problema del pensamiento en su totalidad esté menos estudiado en la psicología estructural y que se base casi totalmente en una analogía formal con las estructuras visuales. No podemos sino coincidir con la opinión que defiende con especial energía E. Brunswik, para quien el problema más difícil que se le plantea a la psicología estructural es precisamente el del significado. Esta psicología diluye el problema del significado específico de la palabra dentro del problema general de la racionalidad inespecífica de todo el comportamiento. De ahí que, lógicamente, no se tenga en cuenta la diferencia, tan clara y evidente, entre la conducta limitada del mono y la libre del hombre que piensa.

Repetimos una vez más que lo paradójico de la cuestión consiste en que Koffka no pasa por alto los hechos y que aunque contempla toda aquella [238](#) variedad de fenómenos que no tienen cabida del marco de la explicación estructural, opta sin embargo, en todos los casos por no dar una importancia sustancial a este estado de hechos, y debido a ello, los propios hechos desaparecen del eje de su explicación y su análisis del desarrollo queda limitado a una simple explicación factual de la situación.

Los experimentos de Michotte han hecho ver que la percepción estructural resulta más pobre per se que la percepción racional de cualquier conjunto inmediato. Los experimentos de Sander han puesto de manifiesto que cuando las partes de una imagen óptica cualquiera van creciendo paulatinamente y alcanzan de pronto el nivel semántico mínimo, comienzan a ser percibidas como partes de un conjunto que tiene determinado significado. Los experimentos de Ch. Bühler han mostrado que en la percepción del niño, la estructura y el significado proceden de dos raíces totalmente distintas.

Es verdad que Koffka no considera estos experimentos que acabamos de citar suficientemente consistentes. No obstante, los hechos revelan, como dice Bühler, que todos los niños que habían sido capaces de comprender el significado del dibujo dominaban sin excepción la función nominativa del lenguaje y que, entre todos ellos, tan sólo uno, que comprendía ya el lenguaje, no había señalado todavía el dibujo. De aquí se desprende, dice el autor, que el sentido de la palabra y la estructura se desarrollan a partir de dos raíces completamente distintas. Los recientes experimentos de Helzer y Wigemeyer han mostrado también que sólo cuando el niño domina la función significativa del lenguaje surge en él la percepción del sentido del dibujo.

No podemos por menos de manifestar nuestro acuerdo con Brunswik en que los significados pueden determinar en alto grado los procesos estructurales y entrelazarse tan estrechamente con ellos, que se transforman finalmente en parte orgánicas de una percepción racional única. Aquí, dice Brunswik con gran acierto, las posibilidades explicativas de la teoría estructural tropiezan con su propio techo.

Nos parece significativo que, en uno de sus recientes trabajos el propio Köhler establezca una distinción tan estricta entre objetivo y significado. Köhler considera que este último surge empíricamente, dejando de momento abierta la cuestión de si en este proceso de aparición de los significados intervienen o no los principios funcionales de la teoría estructural y cómo actúan en él. Este planteamiento extremadamente prudente de la cuestión deja, en esencia, sin resolver el problema principal de la historia del desarrollo de los conceptos, del pensamiento abstracto, de la abstracción, es decir, de los procesos centrales en todo el desarrollo psicológico del niño. También es cierto que consideramos más prudente un planteamiento así del problema que recurrir sin más a una analogía que reduce los procesos del pensamiento abstracto a las mismas estructuras que conocemos al nivel del pensamiento visual. Esta última solución al problema no explica de forma satisfactoria el hecho de que, procesos estructurales básicamente iguales en los monos y en el hombre, conducen de hecho a diferentes formas básicas de acercamiento a la realidad, señaladas por el propio Köhler, y que son hasta tal punto importantes que se las ha relacionado directamente con la posibilidad misma de desarrollo cultural, es decir, del desarrollo específicamente humano de la psique.

Nos detendremos aún un poco más en este problema del significado, pues constituye la clave de los problemas que trataremos después.

Como ya hemos visto, Koffka diluye el problema del significado en la estructuralidad y racionalidad general de todo el proceso psíquico. En realidad (el significado Red) es un elemento que forma parte de la estructura y, por tanto, no puede ser separado del cuerpo general de los procesos constituidos estructuralmente.

Köhler aborda directamente este problema en su último trabajo sistemático. En él parte del acertado principio de que en la experiencia directa operamos siempre sobre una percepción consciente. Como dice acertadamente, cuando afirmamos que vemos ante nosotros un libro, cabe objetar que nadie puede ver un libro, por lo que propone diferenciar rigurosamente la sensación y la percepción. Según sus palabras, no podemos ver el libro, porque esta palabra implica el conocimiento de una determinada clase de objetos en la que se incluye aquél a que nos referimos. Para Köhler, la tarea del psicólogo estriba en deslindar tal significado del material directamente percibido. Hablando en términos generales, los procesos sensoriales como tales no pueden presentarnos ningún objeto. Un objeto no puede emerger sin que la experiencia sensorial se integre directamente con el significado.

Nuestra opinión es que, a lo largo de todo su análisis de este problema (análisis que sigue una línea idealista), sólo en una cosa tiene Köhler indudable razón, y debemos reconocerlo de entrada. Tiene razón en discrepar de la teoría que trata de presentar el significado como algo primario respecto a la organización sensorial de las estructuras que se perciben. Köhler demuestra de modo plenamente convincente que los significados no constituyen tal momento primario, sino que surgen, en el proceso de desarrollo individual, mucho después; que la percepción estructural es una formación primaria, independiente y más primitiva que el significado. En eso, Köhler tiene absoluta razón.

Por otra parte, no es difícil mostrar en qué consisten sus errores principales. Incluso aunque careciésemos del significado de los objetos que percibimos, afirma Köhler, continuaríamos percibiéndolos como determinadas unidades organizadas y aisladas. Cuando veo un objeto verde, puedo decir inmediatamente el nombre de dicho color. Después podré enterarme de que ese color se utiliza para la señalización del tráfico ferroviario y como símbolo de la esperanza. Pero no me sería lícito explicar el color verde, en sí, mediante esos significados. El color verde existe independientemente de su origen y sólo más tarde adquiere determinadas propiedades secundarias, que se le incorporan. Todas las unidades sensoriales organizadas existen anteriormente a los significados. Esta es precisamente la concepción que defiende la psicología estructural.

Pero basta recordar los experimentos del propio Köhler sobre la percepción de matices del color gris, que Koffka realizaría a su vez con animales amaestrados, para comprobar que la propia percepción no es en absoluto totalmente independiente del significado. Más bien parecería que sólo cuando éste hace acto de presencia comienza el niño a percibir la cualidad absoluta del color percibiéndolo con independencia de su fondo. Por consiguiente, la fusión de los significados con las estructuras sensoriales a que se refiere Köhler, no puede dejar de modificar también la propia organización sensorial de los objetos que uno percibe.

Para Köhler es evidente que nuestro conocimiento del manejo práctico de las cosas no determina la existencia de éstas como entidades independientes. Pero basta tan sólo recordar sus propios experimentos, en que el mono deja de reconocer el cajón en una

situación distinta, para concluir que tal existencia independiente de las cosas resulta imposible fuera de un determinado significado de estas cosas como objetos. Gracias precisamente a la aparición de la estructura semántica surge la constancia del objeto que diferencia tan ostensiblemente la actitud del animal y la del hombre ante la realidad.

Al adoptar este punto de vista, el propio Köhler se ve obligado a entrar en franca contradicción con el principio estructural cuando señala que la existencia independiente de las estructuras sensoriales no depende del significado. Lo mismo que en física, dice, donde la molécula puede ser distinguida como unidad funcional, determinadas unidades están dinámicamente aisladas en el campo sensorial.

Como sabemos, la psicología estructural comenzó intentando rebatir la teoría del atomismo en psicología. Evidentemente, si lo hizo fué tan sólo para colocar a la molécula en el lugar del átomo, ya que, de adoptar el punto de vista de Köhler, sería necesario admitir que la realidad que se percibe consta de una serie de moléculas independientes, que no dependen de su significado.

En otro lugar, Köhler dice claramente que si las formas existen desde los tiempos más remotos, es muy plausible que adquieran significado. El conjunto, con todas sus propiedades formales, viene dado de antemano, y en este caso parece como si el significado formara parte de él. Por consiguiente, el significado no encierra nada nuevo. No aporta consigo nada que no estuviera contenido en la forma primitiva en cuestión. Después de esto no es de extrañar que Köhler considere en lo fundamental el origen de los significados como un proceso de reproducción, es decir, como un proceso esencialmente educativo.

Resulta curioso que la psicología estructural haya comenzado criticando los experimentos con sílabas desprovistas de sentido para llegar al final a la teoría de una percepción desprovista de sentido. Comenzó combatiendo el asociacionismo, para terminar con el triunfo de este principio, ya que trata de explicar con ayuda del principio de la asociación todo lo específicamente humano de la vida psíquica. Hay que tener en cuenta que el propio Köhler reconoce que es precisamente la existencia del significado lo que distingue la [241](#) percepción del hombre de la del animal. Si debe su origen a procesos asociativos, éstos constituirán indudablemente la base de todas las formas de actividad específicamente humanas. El significado simplemente se recuerda, se repite, se reproduce asociativamente.

El propio Köhler traiciona aquí el principio estructural y retorna de lleno a la teoría del significado que al principio combatía. Así están las cosas, dice, cuando las enfocamos desde un punto de vista teórico. Pero en realidad, nuestras percepciones y significados están indisolublemente unidos. Por consiguiente, el principio y la realidad divergen. La psicología estructural adquiere un carácter analítico abstracto, que nos aleja de las sensaciones directas, vitales, ingenuas y racionales, con las que nos enfrentamos realmente en la experiencia directa.

Mientras tanto, el propio Köhler sabe que en la persona adulta normal nada puede librarse de esta unión con el significado. Sabe también qué es lo que encierra realmente la fórmula idealista de I. Kries —claramente idealista—, que afirma que los significados transforman las sensaciones en cosas, que, por tanto, la aparición de la conciencia del objeto guarda relación directa con los significados. Sabe también que el significado, al estar relacionado con la situación inmediata, parece hallarse localizado en el campo visual. Y al mismo tiempo, adopta la misma posición que Koffka, es decir, que al demostrar el carácter primario, inicial y primitivo de la estructura en comparación con los significados, supone con ello que confirma su supremacía, su carácter predominante sobre él.

Pero el problema hay que plantearlo totalmente al revés. Por ser justamente la estructura algo primitivo y original, no puede constituir un punto determinante en la explicación de las formas de actividad específicamente humanas. Cuando Köhler dice que cualquier percepción visual se organiza en determinada estructura, tiene toda la razón. Cita como ejemplo la estructura de las constelaciones. Pero creemos que este ejemplo habla en contra suya. Casiopea podría servir de ejemplo de esta estructura. Sin embargo, el cielo para el astrónomo, que ve directamente lo que percibe con los significados, y el cielo para quien desconoce la astronomía constituyen, desde luego, estructuras de orden totalmente distinto.

Ya que nos hemos ocupado aquí de una cuestión crucial, no podemos por menos de exponer un punto de vista general relativo a la historia del desarrollo de la percepción infantil, al objeto de contraponerlo al de Koffka. Consideramos que como mejor podemos expresar este punto de vista es con ayuda de una simple comparación. Comparemos cómo perciben diferentes individuos un tablero de ajedrez con las fichas colocadas en él: el que no sabe jugar al ajedrez, el que acaba de comenzar a jugar y dos ajedrecistas, uno normal y otro notable. Se puede decir con seguridad que estos cuatro individuos ven el tablero de ajedrez de un modo completamente distinto. El que no sabe jugar percibirá la estructura de las figuras desde el punto de vista de sus rasgos externos. Su valor, la disposición de unas respecto a otras y la relación entre ellas desaparecerán por completo de su campo de vista. [242](#)

Ese mismo tablero se le presentará como una estructura totalmente distinta al individuo que conoce el significado de las figuras y sus movimientos. Para él, unas partes del tablero constituirán el fondo y otras destacarán como figuras. De modo diferente lo verá el jugador normal y todavía de manera aún más distinta el ajedrecista notable.

Algo semejante tiene también lugar en el proceso de desarrollo de las percepciones del niño. El significado da lugar a la aparición de un cuadro racional del mundo. Y con la misma exactitud con que uno de los ajedrecistas estudiados por Bizé le comunicó que percibía

la torre como una fuerza recta y el alfil como una oblicua, el niño comienza a percibir las cosas sólo en tanto en cuanto las comprende, introduciendo elementos del pensamiento en sus percepciones directas.

Comparando esto con lo que leemos en el libro de Koffka respecto a las percepciones, no podemos dejar de percibir con qué fuerza intenta éste defender el punto de vista opuesto, puramente naturalista, sobre la historia del desarrollo de la percepción infantil. Desde su perspectiva, dicha historia constituye para él una secuencia perfecta, que comienza con la percepción de los colores y termina con las categorías mediante las que percibimos y nos damos cuenta de la realidad.

Estudiaremos tan sólo los dos puntos extremos para darnos una idea de la vía seguida por Koffka y localizar en qué punto se desvía ésta de los hechos.

Aunque K. Koffka ha manifestado su oposición a los experimentos de E. Peters sobre el papel determinante que desempeña la aparición del concepto de color en la estructura de la percepción de los colores se ha visto obligado no obstante, en la última edición, a volver a tratar esta cuestión y a revisarla. Sobre la base de sus experimentos, Peters, plantea una pregunta indudablemente correcta y muestra que el desarrollo de la percepción de los colores en los niños de más edad, no se reduce simplemente a la evolución de funciones sensitivas innatas o de su substrato morfológico. Según sus palabras, este desarrollo se fundamenta en la formación en el nivel sensorial de los denominados procesos psicológicos superiores de percepción, reproducción, pensamiento. La percepción apenas está determinada sólo por la sensación sensitiva. El conocimiento del nombre del color pesa con mayor fuerza que los componentes sensoriales. Denominaciones iguales obligan al niño a incluir colores diferentes en una misma categoría.

K. Koffka que, como ya hemos dicho, estaba inicialmente en contra de esta teoría del desarrollo perceptivo-verbal de la percepción de los colores, reconoce que Peters pone efectivamente de manifiesto la influencia de la denominación en la percepción y en la comparación de los colores, pero apostilla que no debemos tomar como percepción y como comparación tales o cuales procesos de orden superior que vienen a unirse a los sensitivos inferiores, que permanecen invariables, sino sólo a los procesos estructurales, que son los que de hecho determinan la cualidad de las partes que los integran y de sus sensaciones. 243

Comienza el documento LSV TOM 01 01

Pero tras la aparición del trabajo de A. Gelb y K. Goldstein sobre la amnesia a los nombres de los colores, Koffka considera insuficiente esta interpretación suya, que acabamos de exponer, de los experimentos de Peters. Según Gelb y Goldstein, el lenguaje influye de modo específico en la percepción, influencia que estos autores tipifican como comportamiento categorial. En este comportamiento categorial, un color por ejemplo, al liberarse de sus vínculos concretos inmediatos, se percibe únicamente como representante de una determinada categoría de colores, por ejemplo, de lo rojo, lo amarillo, lo azul, etc. No se trata aquí de la simple unión del color y el nombre.

Sólo en algunas partes del libro —como la que acabamos de citar— hace K. Koffka la concesión de reconocer la influencia específica del lenguaje en la percepción. En realidad, cuando admite que el lenguaje surge como un tipo especial de estructura junto con otras estructuras, sin modificar nada los procesos de la propia percepción, se está manteniendo continuamente en el terreno de la ausencia de estructuralidad. Así, es partidario —con K. Bühler— de aceptar que la constancia estructural de la percepción forma un paralelismo con nuestros conceptos. Por consiguiente, se sitúa dentro del punto de vista de que la constancia del objeto, de la que, como hemos visto, carecen los animales, y la constancia de percepción de las formas, que sí poseen estos últimos, pueden básicamente equipararse.

Al analizar las categorías que emergen en la percepción y en el pensamiento (la relación con el objeto, la cualidad, la acción), Koffka llega a la conclusión de que estas categorías también emergen como estructuras simples que no se diferencian básicamente nada de las estructuras primitivas. Sin embargo, nuestros experimentos han mostrado que los estadios de percepción del dibujo por el niño varían notablemente según éste se sirva del lenguaje para transmitir el contenido del dibujo o bien exprese de manera dramatizada lo que el dibujo representa. Mientras que en el primer caso aparecen claros síntomas del estadio de la relación con el objeto, como sugiere la enumeración que hace el niño de los objetos independientes representados en el dibujo, en el segundo se transmite el contenido en su conjunto, es decir, el niño descubre el acontecimiento reflejado en él. Creemos que este hecho no puede dejar de considerarse como una demostración directa de la influencia específica del habla en la percepción, influencia que, según todas las evidencias, se refleja también en el desarrollo histórico del dibujo infantil a que se refiere el propio Koffka.

Es más, si ya Ch. Bühler muestra que el niño percibe de manera distinta una estructura natural y un dibujo que comprende, H. Volkelt consigue mostrar además que el niño también pinta de manera totalmente distinta una forma carente de sentido y un objeto que comprende, y representa este último esquemáticamente, traspasando al dibujo el contenido de las palabras. Entre la cosa representada y la propia representación se intercala una palabra que soporta un determinado significado propio del objeto. En cambio, cuando se trata de una forma carente de sentido, captada o percibida 244 directamente, el niño recurre a un procedimiento totalmente distinto con el que trata así de transmitir su sensación directa.

Creemos que todos estos hechos, analizados conjuntamente, no son casuales. Por utilizar las palabras de Gelb, revelan que, mientras que en el animal existe tan sólo la sensación (Umwelt), en el hombre surge la imagen del mundo (Welt). La historia de esta aparición

de la imagen del mundo tiene su origen en la praxis humana y en los significados y conceptos que surgen en ella, libres de la percepción directa del objeto.

Por eso, la correcta percepción del problema del significado determina a su vez cualquier solución ulterior. Como la zoopsicología actual pone de manifiesto, para los animales no existe realmente el mundo. Las excitaciones del medio que les rodea constituyen un sólido muro que les separa del mundo y que les encierra, como si dijéramos, entre las paredes de su propia casa, que les ocultan así el resto del mundo que permanece extraño. Radicalmente distinto es lo que ocurre en el niño.

Como afirma acertadamente Koffka, la primera denominación constituye ya para el niño una propiedad de la cosa nombrada. Pero es difícil que la aparición de esta nueva propiedad del objeto pueda dejar invariable la propia estructura del objeto tal y como existía antes de que surgiese esa nueva propiedad. La primera denominación encierra ya un proceso totalmente nuevo, el de generalización y, como sabemos, la más simple generalización implica el zigzaguante proceso de la abstracción, un alejamiento de la realidad, una «cierta partícula de fantasía» (V. I. Lenin, Obras completas, t. 29, pág. 330).

W. James dice con razón que una de las diferencias psicológicas entre el hombre y el animal es la falta de imaginación de éste. El animal permanece esclavizado para siempre por la rutina —afirma James—, encadenado por una forma de pensar que casi no se eleva por encima de los hechos concretos. Si el ser humano más prosaico pudiera trasladarse al alma de un perro, se horrorizaría de la total ausencia de imaginación allí reinante. Los pensamientos que este ser traería a su mente lo serían no en función de la analogía, sino por motivos secundarios, por razones de simple contigüidad. La puesta del sol no le habría recordado la muerte de los héroes, sino la hora de cenar. Por eso es por lo que el hombre es el único animal capaz de especulaciones metafísicas. Para admirarse de por qué el universo es como es, hay que tener idea de que podría ser distinto. El animal —para el que es inconcebible reducir la realidad a la posibilidad y abstraer en la imaginación el hecho real a partir de sus consecuencias fácticas habituales— jamás podrá formar en su mente ese concepto. El animal acepta el mundo sencillamente como algo dado y nunca adopta ante él una actitud de extrañeza, concluye James. No otra cosa que este experimento mental que propone James de trasladarse al alma de un perro, es lo que Koffka lleva a cabo a nivel teórico cuando aplica el principio hallado por él en el comportamiento de los monos a toda la evolución del niño. No es de extrañar, por tanto, que la propia esencia de la enseñanza conceptual, que, según sus palabras, consiste en nuestra liberación [245](#) del poder directo de la realidad, y que pone en nuestras manos el poder sobre esa realidad, contradiga la tesis fundamental del propio Koffka.

Apartado 09

Superar el carácter unilateral del punto de vista estructural no supone en nuestro caso retroceder a la concatenación sin estructuras, atomística, caótica de elementos aislados. El principio estructural se mantiene para nosotros como una enorme conquista, como un avance indiscutible del pensamiento teórico, y cuando criticamos su aplicación a la explicación del desarrollo infantil, no sugerimos con ello que la verdad esté en el principio opuesto, de cuya negación parte Koffka. No hemos de retroceder hacia el principio carente de estructura, sino avanzar a partir del principio estructural basándonos en él.

No es que el principio estructural sea erróneo cuando se aplica a los hechos de la evolución infantil, sino que es insuficiente y limitado, ya que descubre en ella únicamente lo que no es específico del hombre, lo que es común a éste y al animal. El principal error metodológico en la aplicación de este principio a la psicología infantil no está por tanto en que sea erróneo, sino en que es excesivamente universal y por tanto insuficiente, para desvelar las características diferenciales y específicas de la evolución específicamente humana.

Como repetidas veces hemos tratado de mostrar, siempre que el autor se siente impotente, entra en contradicción con la aplicación consecuente de sus propias tesis. La propia esencia del principio estructural nos obliga a admitir que las nuevas estructuras que surgen en el proceso de evolución del niño no flotan en la superficie de las formaciones primitivas, ancestrales, existentes antes de la evolución, y tampoco están ni mezcladas con ellas ni son independientes de ellas.

Observamos en la aplicación del principio estructural una contradicción de enormes consecuencias, puesto que tal aplicación no intenta otra cosa que buscar un nuevo principio, no fuera de la estructuralidad, sino dentro de ésta. En efecto, si tanto la percepción de la gallina como las acciones del matemático, que constituyen un ejemplo perfecto del pensamiento humano, son igualmente estructurales, es evidente que el propio principio, en cuanto que no nos permite extraer estas diferencias, resulta insuficientemente discriminativo, insuficientemente dinámico para poner en evidencia las nuevas formaciones que van emergiendo a todo lo largo del proceso de la evolución.

Ya hemos dicho también que el principio estructural se muestra igualmente inactivo a lo largo de toda la evolución infantil. La tarea de nuestro análisis crítico no consiste en rechazarlo o sustituirlo por uno opuesto, sino en rechazar su aplicación universal y poco discriminativa. Su carácter no específico y antihistórico se debe precisamente a que se aplica por igual al instinto y al pensamiento matemático. Hay que buscar lo que sitúa a la [246](#) evolución psicológica del niño por encima del principio estructural. Hay que remitirse a la psicología del desarrollo histórico de las funciones psicológicas superiores específicas del hombre.

Y de cara a esta tarea, será justamente lo que de verdad hay en el principio estructural aquello que deberá ayudarnos, una vez más, a superar sus errores.

Apartado 10

Sólo nos resta establecer algunas conclusiones generales y articular de manera conjunta las observaciones hechas hasta aquí. Para ello recurriremos a examinar las definiciones generales del problema del desarrollo que encontraremos en Koffka.

Como puede deducirse de lo expuesto hasta ahora, el defecto metodológico fundamental en la resolución de este problema estriba en la insatisfactoria respuesta que el principio estructural de Koffka da a la pregunta principal con que iniciábamos nuestro análisis crítico.

Recordemos que Koffka comienza preguntándose cómo pueden surgir formaciones nuevas a lo largo de la evolución psicológica. Ésta es, en efecto la piedra angular de cualquier teoría que intente explicar el desarrollo. Y el resultado más importante de nuestro análisis es la tesis de que, desde la perspectiva adoptada por el autor, resultan imposibles precisamente las formaciones nuevas. Hemos intentado demostrar —y no creemos que sea necesario desarrollar otra vez la argumentación— que la utilización del principio estructural significa reducir la psicología infantil y animal a un denominador común, borrando las fronteras entre lo histórico y lo biológico, y supone esencialmente, por tanto, renunciar a detectar estas nuevas formaciones.

Si la estructura está ya en la conciencia del niño desde sus orígenes, si todos los hechos que van surgiendo a lo largo de la evolución son tan sólo nuevas variaciones puntuales del supuesto estructural original, quiere decirse que a lo largo de esa evolución no aparece esencialmente nada nuevo y que desde el mismo comienzo el principio estructural da lugar a estructuras distintas tan sólo por su apariencia fáctica, pero idénticas en cuanto a su naturaleza psicológica.

¿Cómo plantea entonces Koffka el problema del desarrollo?

Como el lector habrá podido observar fácilmente, Koffka distingue dos formas fundamentales en el desarrollo, diferenciando el desarrollo como maduración y el desarrollo como adiestramiento. Es verdad que se detiene repetidas veces en la influencia mutua y la interdependencia existente entre ambos factores. Sin embargo, esta relación mutua entre maduración y adiestramiento aparece en Koffka únicamente como una constatación empírica de la situación de las cosas, sin que encontremos en ningún lugar un [247](#) planteamiento teórico sobre la interpretación de estos dos factores en el proceso general de desarrollo a lo largo de la evolución del niño.

En realidad y de acuerdo con esas premisas asistimos a una dicotomización del proceso general de desarrollo lo que, traducido a términos teóricos, significa que Koffka mantiene un enfoque dualista de la evolución infantil. En esta influencia recíproca de la maduración y el adiestramiento ninguno predomina, ninguno es rector ni determinante. Ambos procesos participan por igual y ostentan los mismos derechos en la historia de la aparición de la conciencia infantil. Es cierto que Koffka señala repetidas veces, al nivel empírico, que siempre tienen más importancia las formaciones procedentes del adiestramiento. Pero, como otras veces, esta descripción empírica de los hechos no alcanza a transformarse en una interpretación teórica de ellos.

Que el principio de la maduración es central en la teoría naturalista del desarrollo infantil no creemos que exija demostración. Por eso, nos ocuparemos del segundo aspecto de la cuestión, es decir, del problema de la instrucción. Merece señalarse que, pese a haber dedicado su libro a los maestros, Koffka analiza la instrucción tan sólo en los estadios tempranos de la evolución infantil, es decir, tal como ésta se da antes de la escuela. Repetidas veces afirma Koffka que sólo podremos establecer la importancia del desarrollo cuando nos ocupemos de él en sus manifestaciones más primitivas. Pero ese intento de explicar lo superior partiendo de lo primitivo no es otra cosa que el camino de abajo arriba al que nos referíamos anteriormente como uno de los defectos centrales de toda la teoría de Koffka.

Según palabras del autor, en el libro «se trata fundamentalmente del niño en la edad preescolar». Aunque puede parecer a primera vista poco interesante para el maestro, Koffka pretende demostrar que el problema del desarrollo del cual se va a ocupar el maestro en la escuela, surge en la psique del hombre ya al comienzo de su vida, y se plantea investigar detalladamente ese comienzo. Si apoyándose en los principales hechos se consiguiera explicar científicamente en qué consiste el proceso de instrucción de niños muy pequeños, el maestro podría aplicar este conocimiento a la interpretación y organización del proceso de la enseñanza en edades posteriores. «En muchos casos, recurrir a las formas más primitivas y analizar sus formas iniciales nos permitirá determinar más fácilmente los aspectos esenciales de la instrucción» (1934, págs. 3-4).

El hecho de que Koffka se plantee la tarea de analizar el comienzo del desarrollo en sus formas más primitivas no es casual. Hemos visto que según la propia naturaleza metodológica de su principio explicativo sólo el comienzo del desarrollo, sólo sus momentos iniciales pueden ser presentados de forma adecuada a la luz de su idea principal. Por ello, tampoco es casual que la psicología estructural no haya elaborado hasta ahora una teoría del pensamiento (y difícilmente podrá hacerlo sin modificar radicalmente sus directrices principales). Como tampoco es casual que el mejor capítulo de todo el trabajo de Koffka sea el dedicado a la conciencia del niño. Sólo ahí consigue [248](#) el principio estructural su mayor victoria y triunfa por encima de sus éxitos teóricos.

Estamos muy lejos de pretender negar la importancia de los estadios iniciales de desarrollo. Nos inclinamos, por el contrario, a considerar que la importancia primordial del trabajo de Koffka estriba en que borra la exagerada separación que se suele dar entre la enseñanza escolar y la instrucción que tiene lugar en la edad preescolar. Tampoco podemos dejar de ver además que la concepción de Koffka respecto a la conexión entre la instrucción y el desarrollo plantea de una manera nueva —revolucionaria— la propia concepción del desarrollo.

De hecho, ya hemos comentado más arriba la confrontación entre las tesis de la psicología estructural y las de E. Thorndike en el terreno de la psicología animal. Para comprender acertadamente la importancia del trabajo de Koffka y sus defectos es necesario trasladar ahora esa confrontación al plano de la psicología pedagógica para que podamos establecer las novedades que ha aportado la psicología estructural.

Es sabido que Thorndike, como desarrollo lógico de las ideas que servían de base a sus experimentos con animales, llegó a una teoría de la instrucción completamente definida, teoría que el libro de Koffka desmonta decididamente, liberándonos con ello del dominio de ideas falsas y preconcebidas. El tema central de este debate es la vieja cuestión de las «disciplinas formales». Thorndike afirma que la manera en que las respuestas específicas en que los alumnos se adiestran diariamente se transfieren al desarrollo general de las habilidades mentales, depende del valor educativo totalizado de las asignaturas enseñadas o, resumiendo, el problema se reduce a las disciplinas formales. ¿Hasta qué punto, por ejemplo, pregunta Thorndike, el hábito de realizar cálculos precisos puede influir en el acto de pesar y medir, en la facultad de contar anécdotas, en la apreciación del carácter de los amigos? ¿Hasta qué punto la costumbre de demostrar de forma racional un teorema geométrico, en lugar de resolverlo por intuición o de aprenderse de memoria, puede influir en la capacidad de adoptar una actitud lógica y consecuente en las argumentaciones políticas o de orientarse en la elección de religión o, incluso, en la solución acertada del problema de si hay que casarse o no?

Ya la forma anecdótica de tal planteamiento de la pregunta pone de manifiesto con toda claridad la solución negativa que da Thorndike al problema. Frente a la respuesta habitual que consiste en reconocer que la adquisición parcial de cada forma específica de desarrollo perfecciona directa y uniformemente la capacidad general, Thorndike da una respuesta totalmente contraria. Señala que las capacidades mentales se desarrollan únicamente en la medida en que son sometidas a una instrucción específica en una determinada materia. Refiriéndose a una serie de experimentos realizados sobre las funciones más elementales y primitivas, Thorndike muestra que la especialización de las facultades es aún mayor de lo que parece en un examen superficial. Considera que el adiestramiento ejerce una acción específica y que sólo puede influir en el desarrollo general en la medida en que en el [249](#) proceso intervengan elementos idénticos, material idéntico y en que la propia operación tenga carácter idéntico.

Thorndike se opone a la creencia de que sean las propias materias de la enseñanza las que desarrollan, mediante un proceso enigmático, el hecho general de la conciencia. Cada tarea aporta su granito de arena al resultado general. La inteligencia y el carácter no se fortalecen mediante una ligera y delicada metamorfosis cualquiera, sino a través de la elaboración de ideas y de actos parciales determinados, bajo la influencia de la ley del hábito. No existe otro procedimiento de aprender a autodominarse como reprimirse hoy, mañana y todos los días en cualquier conflicto por insignificante que sea. Nadie se vuelve sincero más que diciendo la verdad, ni concienzudo más que cumpliendo cada una de las obligaciones contraídas. El valor de la inteligencia disciplinada y de la voluntad radica en vigilar constantemente la formación del hábito.

Según el pensamiento de Thorndike, el hábito impera en todos nosotros. Desarrollar la conciencia significa desarrollar multitud de facultades específicas parciales, independientes unas de otras, formar multitud de costumbres parciales, ya que la actividad de cada facultad depende del material con que ésta opera. El perfeccionamiento de una de las funciones de la conciencia o de un aspecto de su actividad puede influir en el desarrollo de otra sólo en la medida en que existan elementos comunes a una u otra función o actividad.

La teoría de Koffka nos libera de este punto de vista mecanicista sobre los procesos de la instrucción, y pone de manifiesto que la instrucción no es jamás específica, que la formación de una estructura en cualquier ámbito facilita también e inevitablemente el desarrollo de las funciones estructurales en otras áreas. Pese a ello, Koffka respalda por completo la tesis de Thorndike, de que el desarrollo es instrucción. La única diferencia entre ambos en este punto está en que mientras Thorndike limita la instrucción a la formación del hábito, Koffka la limita a la formación de la estructura.

Pero la tesis de que los procesos de instrucción mantienen en general una relación distinta a cualquiera de estas dos, y mucho más complicada, con los del desarrollo, la idea de que éste tiene carácter interno, de que se trata de un proceso único en el que se funden las influencias de la maduración y de la instrucción, la convicción de que este proceso dispone de leyes internas con su propia dinámica, éstas son ideas que están tan lejos de una como de otra teoría.

No es extraño, por tanto, que, al hablar de instrucción, Koffka evite todas las cuestiones relacionadas con la emergencia de las propiedades específicamente humanas de la conciencia. El hecho de liberarnos de la realidad, dice, es un logro específico de nuestra cultura, ya que a nuestro pensamiento le resulta posible y está a su alcance liberarse de la realidad.

Pero el esfuerzo del principio estructural no se dirige a mostrarnos esa vía de superación de la percepción inmediata de la realidad, sino simplemente 250 a mostrar el camino que permita ver la dependencia que existe entre cada uno de nuestros pasos y las visuales en que se percibe la realidad,

Apartado 11

Hay dos problemas que nos pueden servir de modelo para valorar adecuadamente las tesis de Koffka. El primero es el del juego y el segundo, relacionado con él, el del mundo peculiar en que vive el niño.

El juego es la piedra de toque de la teoría estructural, porque lo que caracteriza precisamente al juego es que en él se da el inicio del comportamiento conceptual o guiado por las ideas. La actividad del niño durante el juego transcurre fuera de la percepción directa, es una situación imaginaria. En este sentido, a Koffka le asiste toda la razón cuando exige que se revise la teoría de K. Groos respecto al significado del juego y cuando señala que ni en el animal ni en el niño pequeño existe el juego en el sentido estricto del término. Su intuición psicológica le permite ver aquí correctamente los hechos y la auténtica distancia entre ellos. Pero, una vez más, cuando Koffka rechaza la teoría de Groos, lo hace sin fundamentar este rechazo con consideraciones teóricas. No niega la teoría de Groos por su carácter naturalista, sino que la trata de sustituir por otra igualmente naturalista.

No es raro, por tanto, que Koffka llegue, en fin de cuentas, a extrañas e inesperadas conclusiones, que contradicen claramente sus posiciones iniciales. Koffka también rechaza acertadamente la tesis de J. Piaget sobre el carácter místico de las explicaciones infantiles y pone de manifiesto la tendencia del niño a la explicación naturalista, directamente relacionada con su realismo. Argumenta Koffka acertadamente que el egocentrismo infantil tiene carácter funcional y no fenoménico. Pero al mismo tiempo —y en franca contradicción con lo anterior— establece que la tesis de L. Levy-Bruhl sobre el carácter místico de la percepción primitiva puede ser atribuido también a las percepciones del niño y se inclina por creer que también los sentimientos religiosos resultan intrínsecamente próximos a la estructura del mundo infantil.

Hay algo que el niño adopta del adulto y que está a la vez interiormente cercano al mundo infantil: se refiere Koffka a la religión.

Es sabido que la tesis fundamental de Koffka consiste en que para el niño existen dos mundos, el de los adultos y el propiamente suyo. Lo que el niño adopta del mundo de los adultos debe guardar una afinidad interna con su propio mundo. La religión y las sensaciones relacionadas con ella son precisamente los elementos del mundo de los mayores que adopta el niño en el suyo.

Koffka trata de trasladar esta misma teoría al juego infantil, en su explicación del comportamiento del niño con los juguetes. El hecho de que el niño sea capaz de jugar con un trozo de madera, dirigiéndose a él como a un objeto dotado de vida para pasar al cabo de cierto tiempo, cuando se 251 le interrumpe o se distrae, a romperlo o tirarlo al fuego, tiene su explicación para Koffka en que ese trozo de madera tiene el carácter de objeto animado, mientras que en el mundo de los adultos es un simple trozo de madera. Los dos diferentes modos de comportarse con un mismo objeto se deben a que éste forma parte de dos estructuras distintas.

Es difícil concebir una simplificación mayor de los hechos que la que Koffka ofrece en esta teoría del juego infantil. En realidad, la propia esencia del juego estriba en la creación de una situación imaginaria, esto es, de un determinado campo semántico que altera todo el comportamiento del niño, obligándole a definirse en sus actos y su proceder a través de una situación exclusivamente imaginaria, únicamente posible, pero no visible. El contenido de esas situaciones imaginarias siempre indica claramente su procedencia del mundo de los adultos.

Ya una vez hemos tenido ocasión de detenernos con todo detalle en esta tesis de los dos mundos —el infantil y el de los adultos— y en la teoría, que de ella se desprende, de la existencia de dos almas coexistiendo simultáneamente en la conciencia del niño. Nos limitaremos pues ahora a considerar lo que esta teoría de Koffka implica de cara a su concepción general del desarrollo.

Nuestra impresión es que, desde esa concepción, el proceso de evolución del niño no representa para Koffka sino un simple desplazamiento mecánico del mundo infantil por parte del de los adultos. Y esta interpretación lleva irremediablemente a la conclusión de que el niño llega al mundo de los adultos siendo hostil a él, tras haberse formado en su propio mundo y que las estructuras del mundo de los adultos desplazan sencillamente a las infantiles y pasan a sustituirlas. El desarrollo se convierte así para Koffka en un proceso de desplazamiento y sustitución, un proceso que nos es bien conocido a través de la teoría de Piaget.

Apartado 12

Como consecuencia de todos estos supuestos a los que hemos ido pasando revista, el carácter de la evolución infantil ha ido adquiriendo en Koffka rasgos extraordinariamente peculiares, en los que debemos detenernos en nuestra conclusión.

En primer lugar, el niño cuenta con estructuras de dimensiones muy limitadas. Koffka piensa que comprenderemos mucho mejor el juego desde un punto de vista psicológico si consideramos los actos del niño desde la perspectiva de la magnitud de la estructura de los fenómenos implicados. Se establece así un período inicial en el que el niño no puede crear en general grandes estructuras temporales capaces de superar el ámbito de la acción directa.

Por consiguiente, según afirma Koffka, todos los conjuntos de actos aislados son independientes entre sí, gozan de los mismos derechos y tienen 252 igual valor. Sin embargo, el niño comienza paulatinamente a crear también estructuras temporales, aunque lo característico entonces es que estas diferentes estructuras se mantienen aisladas, sin ejercer especial influencia unas en otras. La relativa independencia de las diferentes estructuras entre sí no sólo se da en esos dos grandes conjuntos del mundo infantil y el mundo de los adultos, sino que es también válida para dominios específicos dentro de cada uno de ellos.

Basta con ofrecer esta descripción para ver hasta qué punto atribuye Koffka al proceso de la evolución infantil una carencia de estructuración. Al principio hay estructuras-moléculas aisladas, independientes entre sí, que existen unas junto a otras. El desarrollo consiste en la alteración en las dimensiones o el tamaño de estas estructuras. Por consiguiente, al comienzo del desarrollo infantil se da también un caos de moléculas desordenadas, de cuya unión surgirá más tarde la actitud integral o estructural hacia la realidad.

Esto es realmente asombroso. Anteriormente hemos visto cómo W. Köhler zanja el atomismo sustituyendo al átomo por una molécula independiente y aislada. Y ese proceso se repite aquí. La idea de Koffka es que los dos momentos determinantes que caracterizan el proceso de desarrollo del niño vienen dados por el estado de fragmentación de las estructuras iniciales y por el incremento de las dimensiones de estas estructuras. Pero con ello lo único que se dice es que, en lugar de los actos elementales independientes de que se ocupaba Thorndike, lo que tenemos es la aparición de complejos de sensaciones o estructuras más complicadas. Es decir, lo que cambia o se amplía es la unidad, de modo que el lugar del átomo pasa a ocuparlo la molécula, pero el proceso del desarrollo es el mismo.

Y de nuevo nos encontramos con que Koffka entra en contradicción con el principio estructural y lo traiciona cuando sostiene que los procesos de desarrollo presentan esencialmente un aspecto no estructurado. Porque, si es cierto y ha sido demostrado de forma irrevocable que todo surge y crece a partir de la estructura, ¿cómo crece? Resulta que mediante el aumento de las dimensiones de estas estructuras y mediante la superación de la fragmentación inicialmente existente. Como ya habíamos dicho antes, el mayor triunfo de la psicología estructural se sitúa en el punto inicial del desarrollo. El comienzo del desarrollo se impone así sobre la trayectoria posterior, y con ello las formas superiores del desarrollo continúan siendo un libro cerrado para esta psicología.

Por eso no deberá extrañarnos la principal conclusión de nuestro análisis.

Hemos visto que Koffka consigue superar el mecanicismo introduciendo el principio mentalista. Supera así el mecanicismo haciendo concesiones al vitalismo, al reconocer que la estructura se remonta a los propios orígenes. Pero el vitalismo representa concesiones al mecanicismo, ya que, como hemos podido observar, mecanicismo no sólo es reducir el hombre a la máquina, sino también reducir el hombre al animal. En nombre de Belcebú expulsa al diablo y en nombre de éste expulsa a Belcebú. 253

En la concepción de Koffka, el desarrollo no actúa como proceso autónomo, sino como sustitución y desplazamiento; no actúa como proceso único, sino como un proceso doble, constituido por la maduración y la instrucción. Incluso la instrucción que provoca el desarrollo es explicada de modo puramente intelectualista. Si para los empíricos la instrucción consiste en la reordenación y la formación de hábitos, para Koffka, como se cansa de repetir, significa la resolución de un problema, un acto intelectual. Para él, en el acto intelectual de los chimpancés está la clave de toda instrucción y desarrollo humano. Koffka considera como desarrollo la resolución de tareas, como una especie de operaciones mentales. Nos hallamos pues ante un puro intelectualismo, que Koffka trata de desintelectualizar, al considerar que ese mismo principio también se encuentra en relaciones preintelectuales, primitivas, instintivas.

Pero si, como hemos intentado hacer anteriormente, desenmarañamos este intelectualismo oculto, vemos que nos lleva a que con la luz del intelecto se ilumina el instinto y con la llave del instinto se abre el intelecto: difícilmente podrá haber duda de que nos hallamos ante una teoría que es ala psicovitalista y mecanicista.

Como ya decíamos más arriba, K. Koffka, que conocía bien lo infundado de una y otra teoría, adopta un punto intermedio, a mitad de camino entre ellas, pensando librarse de ambas. Pero como hemos visto, la incongruencia entre las estructuras contradice en fin de cuentas la armonía de todo el libro, según la cual la esencia del desarrollo psicológico se concebiría, no como la unión de elementos aislados, sino como la formación y el perfeccionamiento de las estructuras.

Hemos visto que la fragmentación de las estructuras está presente en el comienzo del desarrollo y que estas estructuras-moléculas se unen en una estructura común. Esta concepción del desarrollo se reduce, en fin de cuentas, a la interpretación de éste como la modificación, la realización y la combinación de estructuras innatas. La estructura se remonta a los orígenes más remotos y su movimiento es explicado por Koffka como el aumento de la precisión, la duración, la división de, las estructuras, es decir, que encierra el desarrollo en la categoría de «más y menos».

Por eso, nuestro análisis nos lleva a la conclusión de que a la pregunta de si es válida la estructura como principio general del desarrollo psicológico sólo se le puede dar una respuesta negativa. Aunque nos basemos en el principio estructural debemos sin embargo superar su carácter negativo: hay que mostrar que, en la medida en que realmente demuestra, sus demostraciones abarcan tan sólo lo no específico, lo relegado a lo largo del desarrollo a un segundo plano, lo prehistórico en el niño humano. Allí donde Koffka trata de ilustrar mediante el principio estructural la marcha del desarrollo infantil, recurre a analogías formales, reduciendo todo al

denominador común de la estructuralidad y esclareciendo únicamente, en último término y según reconoce él mismo, tan sólo el comienzo del desarrollo. 254

Por eso, lo que es preciso estudiar es la emergencia y el desarrollo de las propiedades superiores de la conciencia, las que son específicas del hombre, la racionalidad de la conciencia humana en primer término; una racionalidad que surge junto con la palabra y el concepto, o gracias y a través de la palabra y el concepto. En otras palabras, hace falta una concepción histórica de la psicología infantil.

Pero no es difícil ver que por ese camino no podremos dejar de pasar por la psicología estructural, aunque en ella esté ausente el desarrollo como tal: ya que en el libro de Koffka toda la descripción de la evolución infantil nos muestra que, según el dicho francés, cuanto más cambia todo, más fiel permanece a sí mismo, es decir, que continúa siendo la misma estructura que existía al principio. Mas a pesar de ello, el principio estructural resulta históricamente más progresivo que los conceptos que ha venido a sustituir acumulados a lo largo del desarrollo de nuestra ciencia. Por eso, en esta vía que abre la concepción histórica de la psicología infantil, el principio estructural hay que negarlo dialécticamente, lo que significa, al mismo tiempo, conservarlo y superarlo.

Debemos intentar resolver de manera original el problema de la conciencia racional humana, que sólo en el hombre coincide con la racionalidad con que comienza y termina la psicología estructural, de la misma manera que, según expresión de Spinoza, la constelación del Can (sólo de nombre: R. R.) recuerda al perro, animal ladrador. 255

El significado histórico de la crisis de la psicología. Una investigación metodológica

«Istoricheskkii smysl psijologuicheskeskogo krízisa» 1927

Lev Semiónovich Vygotsky

La piedra que rechazaron los constructores, ésa vino a ser piedra angular...

Apartado 1

Últimamente, cada vez suenan con más frecuencia voces que plantean el problema de la psicología general como un problema de primerísima importancia. Estos planteamientos, y eso es lo más notable, no parten de los filósofos (para quienes eso se ha convertido en una costumbre profesional) ni de los psicólogos teóricos, sino de los psicológicos prácticos, que estudian aspectos concretos de la psicología aplicada, y de los psiquiatras y psicotécnicos, representantes de la parte más puntual y precisa de nuestra ciencia. Es evidente que nos encontramos ante una encrucijada, tanto en lo que se refiere al desarrollo de la investigación como a la acumulación de material experimental, la sistematización de los conocimientos y la formación de principios y leyes fundamentales. Continuar avanzando en línea recta, seguir realizando el mismo trabajo, dedicarse a acumular material paulatinamente, resulta estéril o incluso imposible. Para seguir adelante hay que marcarse un camino.

De esta crisis metodológica, de la evidente necesidad de dirección que muestran una serie de disciplinas particulares —en un determinado nivel de conocimientos— de coordinar críticamente datos heterogéneos, de sistematizar leyes dispersas, de interpretar y comprobar los resultados, de depurar métodos y conceptos, de establecer principios fundamentales, en una palabra, 259 de darle coherencia al conocimiento, de todo eso es de donde surge la ciencia general.

Por eso, el concepto de psicología general no coincide en absoluto con ese otro concepto básico, central para una serie de disciplinas específicas, cual es el de psicología teórica. Esta última (que conforma esencialmente la psicología del hombre adulto normal), debería ser considerada como una de las disciplinas particulares, junto con la psicología animal y la psicopatología. El que hasta ahora haya desempeñado, y continúe haciéndolo en parte, ese papel de factor generalizador, y formador hasta cierto punto de la estructura y el sistema de las disciplinas concretas, a las que proporciona los conceptos fundamentales, y a las que conforma según su propia estructura, tiene explicación en la historia- del desarrollo de la ciencia, pero no es debido a una necesidad lógica. Si bien la psicología del hombre normal ha jugado un papel rector, ello no se desprende de la propia naturaleza de la ciencia, sino que ha dependido de condiciones externas: bastará que éstas, varíen para que la psicología del hombre normal pierda ese papel rector. En aquellos sistemas psicológicos que cultivan el concepto de inconsciente, el papel de esa disciplina rectora, cuyos conceptos principales sirven de puntos de partida a las ciencias afines, es desempeñado por la psicopatología. Tales son, por ejemplo, los sistemas de S. Freud, A. Adler y E. Kretschmer.

Para este último, ese papel determinante de la psicopatología no guarda ya relación con el concepto central de inconsciente, como sucede en Freud y Adler. Es decir: ya no se plantea que la psicopatología sea primordial porque estudia el objeto fundamental (el inconsciente), sino que se recurre a un criterio esencialmente metodológico según el cual la esencia y la naturaleza de los fenómenos a estudiar se revelan en la forma más pura en sus manifestaciones extremas, patológicas. Por consiguiente, hay que ir de la patología a la normalidad, explicar y comprender al hombre normal a partir de la patología y no a la inversa, como se venía haciendo hasta ahora. La clave de la psicología está en la patología; y no porque esta última haya desvelado y estudiado antes las raíces de la psique, sino porque ésta es la naturaleza interna de los hechos que a su vez condiciona la naturaleza del conocimiento científico sobre esos hechos. Si para la psicología tradicional cualquier persona con una psicopatología es, como objeto de estudio, una persona en mayor o menor grado normal y debe ser definida con respecto a la normalidad, para los nuevos sistemas cualquier persona normal es más o menos patológica y debe por tanto ser interpretada como una variante de tal o cual tipo patológico. Dicho simplemente, unos sistemas consideran a la persona normal como prototipo y al individuo patológico como una variedad o variante de ese prototipo; otros, por el contrario, toman como modelo el fenómeno patológico y consideran lo normal como una variedad suya. ¿Y quién podría decir cómo va a resolver este debate la psicología general futura?

Aparte de estas dos alternativas (una que adopta como patrón al hombre normal y otra que adopta el patológico), y que responden a criterios en parte 260 empíricos y en parte conceptuales, hay otros sistemas que se basan en la psicología animal. Es el caso, por ejemplo, de la mayoría de los cursos norteamericanos de comportamiento y de los rusos de reflexología, que desarrollan todo su sistema partiendo del concepto de reflejo condicionado, al que toman como principio central. Además de conceder un papel protagonista a la psicología animal empírica en la elaboración de los conceptos fundamentales, una serie de autores la presentan como la disciplina general a la que deberían referirse otras disciplinas. Arguyen que, puesto que la psicología animal ha sido la que ha dado lugar a la ciencia del comportamiento y ha constituido el punto de partida del análisis objetivo de lo psíquico, y puesto que esa ciencia es estrictamente una ciencia biológica, a ella le corresponde elaborar los conceptos fundamentales de la ciencia y proporcionárselos a otras disciplinas psicológicas.

Ese es, por ejemplo, el punto de vista de I. P. Pavlov. En su opinión, lo que hacen los psicólogos no puede reflejarse en la psicología animal, pero lo que hacen los psicólogos comparados determina en gran parte la tarea de los psicólogos; éstos construyen la superestructura y aquéllos establecen los fundamentos (1950). De hecho, la fuente de donde extraemos las categorías principales para analizar y explicar el comportamiento, la instancia a la que recurrimos para comprobar nuestros resultados, el modelo que nos sirve para perfeccionar nuestros métodos es la psicología animal.

Nos encontramos de nuevo ante una inversión en los papeles que la psicología tradicional había adjudicado a las diversas disciplinas. El punto de referencia era el hombre y de él se partía para dar cuenta del psiquismo animal; interpretando sus manifestaciones por analogía con nosotros mismos. Y no siempre podría reducirse la cuestión, ni mucho menos, a un burdo antropomorfismo: con frecuencia había fundamentos metodológicos serios que aconsejaban seguir esa vía en la investigación: la psicología subjetiva no podía funcionar de otra manera. Veía en la psicología del hombre la clave de la psicología de los animales y en las formas superiores la clave de la interpretación de las inferiores. El investigador no siempre ha de seguir el mismo camino seguido por la naturaleza, con frecuencia es más ventajoso el camino inverso.

Es a ese concepto de método «inverso» al que apuntaba Marx cuando afirmaba que la «anatomía del hombre era la clave de la anatomía del mono» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 46, parte I, pág. 42). «Sólo podremos comprender las conjeturas sobre la existencia de una conciencia elevada en las especies inferiores si ya previamente sabemos en qué consiste lo más elevado». De ahí que la economía burguesa nos ofrezca, la clave de la economía antigua, etc. Pero no en el sentido en que lo interpretan los economistas, que borran todas las diferencias históricas y ven todas las formas de la sociedad como formas burguesas. Podemos comprender el obrok o los diezmos, si conocemos los mecanismos del arrendamiento agrario, pero no se los puede identificar con este último» (Ibidem). 261

Comprender el obrok a partir de la renta y la forma feudal a partir de la burguesa: es exactamente el mismo procedimiento metodológico mediante el cual comprendemos y definimos el pensamiento y los rudimentos del lenguaje en los animales, a partir del pensamiento evolucionado y del lenguaje del hombre. Sólo podemos comprender cabalmente una determinada etapa en el proceso de desarrollo —o incluso el propio proceso— si conocemos el resultado al cual se dirige ese desarrollo, la forma final que adopta y la manera en que lo hace. Únicamente se trata, por supuesto, de transferir en un plano metodológico categorías y conceptos fundamentales de lo superior a lo inferior y no de extrapolar sin más observaciones y generalizaciones empíricas. Por ejemplo, los conceptos de clase social y de lucha de clases se manifiestan con toda nitidez cuando se analiza el sistema capitalista, pero son también la clave de todas las formas precapitalistas de la sociedad, aunque las clases sociales sean distintas, y no se den las mismas formas de lucha. Es decir, se trata de diferentes estadios concretos en el desarrollo de la categoría «clase social». Pero todas esas características, que permiten diferenciar las formas históricas de épocas anteriores de las formas capitalistas, no solo no se borran, sino que, por el contrario, únicamente resultan accesibles cuando se analizan a partir de categorías y conceptos obtenidos del análisis de otra formación superior.

«La sociedad burguesa —aclara Marx— es la organización histórica de producción más desarrollada y multiforme. Por eso, el análisis de los tipos de relaciones que se dan en su seno y la interpretación de su estructura nos brindan a la vez la posibilidad de analizar la estructura y las relaciones sociales de todas las formas de sociedad desaparecidas, cuyos despojos y elementos sirvieron para construirla. Algunos restos aún no superados de esos despojos y elementos continúan arrastrando su existencia dentro de la sociedad burguesa, y lo que en formas precedentes de sociedad únicamente existía como indicio se desarrolló en ella hasta alcanzar su pleno valor, etcétera» (Ibidem). El camino resulta más fácil de comprender cuando se conoce su final; éste es además el que da sentido a cada etapa particular.

Ese es uno de los posibles caminos metodológicos, y hay una serie de ciencias en las que está suficientemente justificado. ¿Es aplicable a la psicología? Pavlov, partiendo precisamente de un punto de vista metodológico, niega el camino del hombre hacia el animal; no se trata de que los fenómenos humanos sean esencialmente diferentes de los animales, sino que no pueden aplicarse a los animales las categorías y conceptos psicológicos humanos. Sería estéril —desde un punto de vista cognoscitivo— hacerlo. Por eso, Pavlov defiende el camino contrario: el de lo animal a lo humano, por considerarlo como el camino de investigación más directo y el que repite el seguido por la naturaleza. Según sus palabras, «si partimos de conceptos psicológicos, que no tienen lugar en el espacio real, no podemos penetrar en el mecanismo del comportamiento de los animales, en el mecanismo de estas relaciones» (1950, pág. 207). 262

Por consiguiente, la cuestión no está en los hechos, sino en los conceptos, es decir, en la forma de imaginarse estos hechos. «Nuestros hechos los imaginamos en forma de espacio y tiempo; para nosotros se trata de hechos totalmente científico-naturales; por el contrario, los hechos psíquicos se conciben únicamente en forma temporal» dice (Ibidem, pág. 104). Pavlov establece explícitamente que no sólo se trata de emanciparse de los conceptos psicológicos, sino de elaborar una nueva psicología con ayuda de los conceptos dotados de una referencia espacial; esta nueva psicología demuestra que su planteamiento no es únicamente aplicable a determinado grupo de hechos, sino que es un planteamiento de principios conceptuales y por tanto no se limita a reclamar independencia para su campo de investigación, sino que puede extender su influencia a todas las esferas del conocimiento psicológico apoyándose en este nuevo tipo de conceptos que se desarrollan en el espacio.

En su opinión, la ciencia trasladará antes o después al psiquismo humano los datos objetivos «guiándose por la similitud o la identidad de las manifestaciones externas» y explicará objetivamente la naturaleza y el mecanismo de la conciencia (Ibidem, pág. 23). Su

camino va de lo simple a lo complejo, del animal al hombre. «Lo simple, lo elemental —dice— se comprende sin lo complejo, mientras que aclarar lo complejo sin lo elemental es imposible». A partir de estos datos se constituirá la base del conocimiento psicológico» (Ibidem, pág. 105). Y en el prólogo del libro en el que expone los 20 años de experiencia en el estudio del comportamiento animal, Pavlov declara que «está profunda, irrevocable y firmemente convencido de que así, siguiendo en lo fundamental este camino» se conseguirá «conocer el mecanismo y las leyes de la naturaleza humana» (Ibidem, pág. 17).

He aquí una nueva controversia entre el estudio de los animales y la psicología del hombre. La situación es, de hecho, muy semejante a la controversia entre la psicopatología y la psicología del hombre normal. ¿Qué disciplina debe regir, unir, elaborar los conceptos fundamentales, los principios y los métodos, comprobar y sistematizar los datos de todos los demás dominios? Si antes la psicología tradicional consideraba al animal como un antepasado más o menos lejano del hombre, ahora en cambio la reflexología se inclina a considerar al hombre como «un animal bípedo, sin plumas», con las palabras de Platón. Antes, se definía y describía la psique del animal con conceptos y términos extraídos de las investigaciones del hombre, ahora, el comportamiento de los animales nos proporciona «la clave para comprender el comportamiento del hombre», y lo que llamamos «comportamiento humano» se interpreta únicamente como derivado del hecho de que un cierto animal camina erguido y por eso habla, y de que dispone de manos con el dedo pulgar oponible.

Podemos preguntarnos de nuevo: ¿quién, aparte de la futura psicología general, resolverá esta controversia entre el hombre y el animal en psicología, controversia de cuya solución depende ni más ni menos que el destino futuro de nuestra ciencia? 263

Apartado 2

A partir del análisis de los tres tipos de sistemas psicológicos de que nos hemos ocupado, se desprende hasta qué punto ha madurado la necesidad de una psicología general y hemos perfilado en parte los límites y el contenido aproximado de este concepto. A partir de ahora, nos mantendremos en esa vía para nuestro análisis: partiremos de una serie de hechos, aunque sólo se trate de hechos de carácter muy general y abstracto (como tal o cual sistema psicológico y su modelo, las tendencias y el destino de diferentes teorías, estos o aquellos métodos de conocimiento, categorizaciones científicas y esquemas, etc.). No los trataremos desde el punto de vista de la lógica abstracta, puramente filosófica, sino como determinados hechos de la historia de la ciencia. Es decir, como acontecimientos concretos, históricamente vivos. Nos referiremos a los sistemas teniendo en cuenta sus tendencias, las oposiciones entre unos y otros, sus condicionamientos reales y su esencia teórico-cognoscitiva, es decir, su correspondencia con la realidad, a cuyo conocimiento están destinados. Es a través del análisis de la realidad científica y no mediante razonamientos abstractos como pretendemos obtener una idea clara de la esencia de la psicología individual y social —en tanto que aspectos de una misma ciencia— y del destino histórico de ambas. Y del mismo modo que el político extrae sus reglas de actuación del análisis de los acontecimientos nosotros extraeremos de ese análisis nuestras reglas para organizar la investigación metodológica, que se basa en el estudio histórico de las formas concretas que ha ido adoptando la ciencia y en el análisis teórico de estas formas para llegar a principios generalizadores, comprobados y válidos. En nuestra opinión, ahí debe estar el germen de esa psicología general, concepto que trataremos de aclarar en este capítulo.

Lo primero que podemos establecer a través de este análisis son los límites entre la psicología general y la psicología teórica del hombre normal. Hemos visto que ésta no tiene por qué identificarse con la psicología general, sino que, para algunos sistemas, es más bien una disciplina particular, siendo otra rama la que pasa a tener ese carácter general; hemos visto que el papel de la psicología general pueden desempeñarlo (y de hecho lo hacen) la psicopatología y la teoría del comportamiento animal. A. I. Vvedinski suponía que a la psicología general «sería mucho más acertado llamarla psicología básica, porque esa parte constituye la base de toda la psicología (1917, pág. 5). H. Höffding, que suponía que es posible hacer psicología «mediante numerosos procedimientos y métodos», que afirmaba que «no existe una psicología, sino muchas», y que no veía la necesidad de unidad, tendía a considerar a la psicología subjetiva como «la base, alrededor de la cual, como alrededor de un centro, deben agruparse las riquezas de otras fuentes de conocimiento» (1980, pág. 30). En efecto, sería más oportuno en este caso hablar de una psicología básica o central en lugar de hablar de una psicología general. Pero hace falta no poco dogmatismo académico y no poca 264 ingenuidad presuntuosa para no ver que surgen otros sistemas con una base y un centro totalmente distintos y que, en esos otros sistemas, lo que los psicólogos académicos consideran «lo básico» se desplaza a la periferia por la propia naturaleza de las cosas. Toda una serie de sistemas han considerado que la psicología subjetiva era básica o central, cosa tan comprensible en su momento como lo es ahora el que haya perdido su importancia. Terminológicamente sería más correcto hablar de psicología teórica, diferenciándola de la psicología aplicada, como hace E. Münsterberg (1922). Todo lo referente al hombre normal y adulto constituiría una rama especial, junto con la psicología infantil, la psicología animal y la psicopatología.

La psicología teórica, señala L. Binsvanger, no es ni la psicología general ni una parte de ella, sino que es un objeto de la psicología general. Esta última se plantea preguntas tales como si es posible, en general, la psicología teórica, y qué estructura y utilidad tienen sus conceptos. La psicología teórica no se puede identificar con la psicología general, puesto que lo que ésta se plantea precisamente como problema fundamental no es el problema de la creación de teorías en psicología (1922, pág. 5).

Hay un segundo punto que nuestro análisis nos permite establecer con certeza: el propio hecho de que la psicología teórica, y posteriormente otras disciplinas, hayan desempeñado el papel de ciencia general está condicionado, por un lado, por la ausencia de una psicología general y, por otro, por la gran necesidad que hay de ella y de que sean desempeñadas sus funciones para hacer posible la investigación científica. La psicología está embarazada de una disciplina general, pero aún no la ha dado a luz.

Lo tercero que podemos deducir de nuestro análisis es la distinción entre dos fases en el desarrollo de cualquier ciencia general, de cualquier disciplina general, como muestra la historia de la ciencia y de la metodología. En la primera fase de desarrollo, la disciplina general se distingue de la especial sólo por un rasgo puramente cualitativo. Esa diferencia, como dice acertadamente Binsvanger, se da en la mayoría de las ciencias. Así, distinguimos la botánica general y la especial, la biología y la fisiología, la patología y la psiquiatría, etc. Para la disciplina general el objeto de estudio es lo general, lo que es propio de todos los objetos de la ciencia en cuestión. La disciplina particular se ocupa en cambio de lo que es propio de grupos o incluso de individuos dentro de una misma categoría de objetos. En este sentido, se concedía el nombre de especial a la disciplina que ahora llamamos diferencial; Y en ese mismo sentido, a esa rama de la psicología se la denominaba «individual». La parte general de la botánica o de la zoología estudia lo que hay de común a todas las plantas o a todos los animales; la psicología, lo que es propio de todos los hombres. Para ello, se abstraigo de la diversidad de los fenómenos en cuestión el concepto de uno u otro rasgo común, propio de todos o de la mayoría de ellos y ese rasgo, que se había despojado de la diversidad real de los rasgos concretos se convirtió en objeto de estudio de la disciplina general. Por eso se consideró que lo distintivo de esa disciplina 265 y su objetivo consistía en presentar científicamente hechos que son comunes al mayor número de fenómenos particulares de la rama en cuestión (L. Binsvanger, 1922, pág. 3).

Este estadio de búsqueda en el que se intenta definir un concepto abstracto y común para todas las disciplinas psicológicas (en el que se constituye el objeto de todas ellas y en el que se determina lo que hay que destacar del caos de los fenómenos aislados, y lo que tiene valor cognoscitivo para la psicología de entre todos los fenómenos), es un estadio que aparece muy claramente en nuestro análisis. Nos permite calibrar qué significado pueden tener estas búsquedas para nuestra ciencia en el momento histórico actual de su desarrollo, cuál es el concepto que buscamos como objeto de la psicología y cuál es la respuesta que buscamos a la pregunta de qué es lo que estudia la psicología.

Todo fenómeno concreto es absolutamente infinito e inagotable si consideramos por separado cada uno de sus rasgos. En todos los fenómenos hay que buscar siempre lo que los convierte en objeto científico. Eso es precisamente lo que distingue la observación de un eclipse de sol por parte de un astrónomo de la observación de este fenómeno a título de simple curiosidad. En la primera observación se destacará del fenómeno aquello que lo convierte en un hecho astronómico; en la segunda, sólo se observarán aquellos rasgos que por azar llaman la atención.

¿Qué es lo que tienen en común todos los fenómenos que estudia la psicología, qué es lo que convierte en hechos psíquicos a los fenómenos más diversos —desde la secreción de la saliva en los perros hasta el placer de la tragedia—, qué tienen en común los desvaríos de un loco y los rigurosísimos cálculos de un matemático? La psicología tradicional responde: lo que tienen en común es que todos ellos son fenómenos psíquicos, que no se desarrollan en el espacio y sólo son accesibles a la percepción del sujeto que los vive. La reflexología responde: lo que tienen en común es que todos estos fenómenos son hechos de comportamiento, procesos correlativos de actividad, reflejos, actos de respuesta del organismo. Los psicoanalistas dicen: lo que hay de común a todos estos hechos, lo más primario, lo que los une y constituye su base es el inconsciente. Por tanto, estas tres respuestas establecen tres significados distintos de la psicología general, a la que definen como la ciencia 1) de lo psíquico y de sus propiedades, o 2) del comportamiento, o 3) del inconsciente.

De aquí se desprende la importancia de la concepción general para delimitar el objeto de la ciencia. Cualquier hecho, expresado consecutivamente desde la concepción de cada uno de estos tres sistemas, adoptará tres formas totalmente distintas; mejor dicho, tendremos tres hechos distintos. Y a medida que la ciencia avance, a medida que se acumulen los hechos, obtendremos sucesivamente tres generalizaciones distintas, tres clasificaciones distintas, tres sistemas distintos, tres ciencias distintas, que se hallarán tanto más lejos del hecho común que las unía y tanto más lejos unas de otras, 266 cuanto mayor sea el éxito con que se desarrollen. Al poco de su aparición, estas ciencias se verán obligadas a seleccionar distintos hechos y la propia selección de los hechos determinará en lo sucesivo el desarrollo de la ciencia. K. Koffka ha sido el primero en exponer la idea de que, de seguir las cosas así, la psicología introspectiva y la psicología del comportamiento pasarán a constituir dos ciencias diferentes. El camino de una está tan lejos del de la otra, que «es imposible decir con seguridad si conducirán realmente a un mismo objetivo» (K. Koffka, 1926, pág. 179).

También Pavlov y Békterev comparten esencialmente la misma opinión; para ellos es plausible la idea de la existencia paralela de dos ciencias: la psicología y la reflexología, que estudian lo mismo, pero desde distintas perspectivas. «No niego la psicología como conocimiento del mundo interior del hombre», dice Pavlov a este respecto (1950, pág. 125). Para Békterev, la reflexología no se contraponen a la psicología subjetiva ni excluye en lo más mínimo a esta última, sino que delimita una esfera particular de la investigación, es decir: crea una ciencia paralela nueva. Él mismo habla de las estrechas relaciones entre ambas disciplinas científicas e incluso de una «reflexología subjetiva», que surgirá inevitablemente en el futuro (1923). Por cierto, hay que decir que tanto Pavlov como Békterev niegan de hecho la psicología y confían en abarcar íntegramente toda la rama del saber acerca del hombre valiéndose del método objetivo, lo que equivale a admitir que sólo puede haber una ciencia, aunque de palabra reconozcan dos. Así es como el concepto general predetermina el contenido de la ciencia.

Actualmente, el psicoanálisis, el behaviorismo y la psicología subjetiva operan no sólo con diferentes conceptos, sino también con diferentes hechos. Hechos tan indudables, tan realísimos, tan comunes a todos, como el complejo de Edipo de los psicoanalistas, sencillamente no existen para otros psicólogos; para muchos se trata de la más loca fantasía. A W. Stern, que en general adopta una actitud benevolente hacia el psicoanálisis, las interpretaciones psicoanalíticas, tan habituales en la escuela de Freud y tan indudables para los psicoanalistas como la medición de la temperatura en un hospital, y los hechos cuya existencia afirman, le recuerdan la quiromancia y la astrología del siglo XVI. Para Pavlov, la afirmación de que el perro recordó la alimentación al oír el timbre no es más

que una fantasía. Del mismo modo, los introspeccionistas consideran que en los actos de pensamiento no existen los movimientos musculares que afirman los conductistas.

Pero el concepto esencial que actúa de soporte en la ciencia, lo que podríamos denominar la abstracción primaria, no sólo está determinando el contenido de las disciplinas particulares, sino también su carácter integrador. Y por tanto la forma de explicar los hechos, el principio explicativo esencial de la ciencia.

Y, así como en las disciplinas particulares se da una tendencia a transformarse en ciencia general y a extender su influencia a las ramas cercanas, la ciencia general surge de la necesidad de unir ramas heterogéneas del saber. Cuando disciplinas análogas acumulan suficiente cantidad de material en 267 dominios relativamente lejanos entre sí, surge la necesidad de unificar el material heterogéneo, de establecer y determinar la relación entre los diferentes dominios y entre cada uno de ellos y la totalidad del saber científico. ¿Cómo poner en relación el material de la patología, la psicología animal, la psicología social? Hemos visto que el substrato de la unidad viene dado fundamentalmente por la abstracción primaria. Pero la unión de material heterogéneo —como sostiene la psicología de la Gestalt— no puede lograrse mediante la simple aposición de la conjunción «y», mediante la simple unión o adición de las partes, de modo que cada una de ellas conserve el equilibrio y la independencia. La unidad se consigue mediante la subordinación y el dominio, mediante la renuncia de las disciplinas particulares a la soberanía en favor de una ciencia general. Dentro del nuevo conjunto no se produce la coexistencia de disciplinas sino un sistema jerárquico, dotado de un centro principal y otros secundarios, como el sistema solar. De suerte que la unidad es lo que determina el papel, el sentido y el significado de cada dominio aislado: esto es, no sólo determina el contenido de la ciencia, sino también la forma explicativa a adoptar, el principio de generalización que con el tiempo, a medida que evoluciona la ciencia, se convertirá en su principio explicativo.

Aceptar la psique, el inconsciente, o el comportamiento como conceptos primigenios no sólo significa reunir tres categorías distintas de hechos, sino también ofrecer tres diferentes formas de explicar esos hechos.

La tendencia a generalizar e integrar los conocimientos se transforma así en una tendencia a explicarlos, y el carácter de integración del concepto generalizador lo transforma en principio explicativo, porque explicar significa establecer una conexión entre varios hechos o varios grupos de hechos, explicar es referir una serie de fenómenos a otra, explicar significa para la ciencia definir en términos de causas. Mientras la integración tenga lugar en el seno de una disciplina, la explicación se llevará a cabo mediante la conexión causal de fenómenos que están dentro de un mismo dominio. Pero en cuanto elevamos nuestras generalizaciones por encima de disciplinas particulares, unificamos hechos de diferentes dominios, esto es, establecemos generalizaciones de segundo grado, debemos buscar de inmediato una explicación de grado superior, es decir, la conexión de todos los ámbitos del conocimiento en cuestión con hechos que están fuera de ellos. De esta manera, cuando buscamos un principio explicativo nos salimos de los límites de la ciencia particular y nos vemos obligados a situar esos fenómenos en un contexto más amplio.

Hay pues una tendencia a establecer un principio explicativo unitario y a que éste actúe desde fuera de los límites en que ha nacido la ciencia, convirtiéndose de ese modo en un principio explicativo, no ya de las categorías de la realidad a las que se refería en un principio, sino del sistema global de la realidad, y no sólo de la ciencia en que surgió, sino del sistema científico en su totalidad. Esta tendencia estaría en el origen de la rivalidad interdisciplinaria por conseguir la supremacía. El hecho de que exista un 268 concepto generalizador y, al igual que se da una pugna entre las disciplinas por conseguir ese concepto generalizador, también se dará irremisiblemente una pugna por hacerse con el principio. En efecto: la reflexología no sólo plantea el concepto de comportamiento, sino también el principio del reflejo condicionado, es decir, la explicación del comportamiento en base a la experiencia externa al animal. Y resulta difícil decir cuál de estas dos ideas es más importante para esta corriente teórica. Si desechamos el principio de los reflejos condicionados, nos quedamos sólo con el comportamiento. Es decir, con un sistema de movimientos y de formas de actuar que tienen su explicación en la conciencia, materia de la que se ocupa hace mucho la psicología subjetiva. Si desechamos el concepto y nos quedamos sólo con el principio, tendremos una psicología asociacionista sensualista. De una y otra nos ocuparemos más adelante. De momento lo importante es establecer que tanto la generalización del concepto como el principio generalizador crean la ciencia general, pero sólo si uno y otro van unidos, si se dan a la vez. Del mismo modo, la psicopatología no sólo ofrece el concepto generalizador del inconsciente, sino que lo interpreta de forma explicativa con arreglo al principio de la sexualidad. Para el psicoanálisis generalizar las disciplinas psicológicas e integrarlas sobre la base del concepto del inconsciente supone explicar totalmente —a partir de la sexualidad— el mundo que estudia la psicología.

Ambas tendencias —la tendencia a la integración y a la generalización— aparecen todavía unidas y resulta difícil distinguirlas: la segunda no se manifiesta con la suficiente claridad y, a veces, incluso puede estar presente. Cuando coincide con la primera, ello se debe una vez más, a factores históricos y no a una necesidad lógica. Pero cuando se da una confrontación entre disciplinas por la supremacía, esa tendencia a la generalización suele aparecer en otra serie de hechos, pudiéndolo hacer —y eso es importante— limpiamente, esto es, independientemente de la primera tendencia. En ambos casos, puede decirse que ambas tendencias se manifiestan en su forma más pura.

Así, en la psicología tradicional, el concepto de lo psíquico puede estar presente en muchas explicaciones, si bien no en cualquiera: asociacionismo, psicología del acto, teoría de las facultades, etc. Esto es, la relación que hay entre la generalización y la integración es estrecha, pero no ineludible. Un concepto admite una serie de explicaciones y viceversa. Más aún, en los sistemas de la psicología del inconsciente, este concepto fundamental no se interpreta obligatoriamente como sexualidad. En A. Adler y K. Jung, la explicación básica viene dada por otros principios. Por consiguiente, en la confrontación disciplinaria se dará necesaria y lógicamente esa primera tendencia del saber hacia la interacción pero la segunda tendencia no siempre se manifestará como una necesidad lógica, sino que

aparecerá en función de los condicionamientos históricos. De ahí que resulte más fácil analizarla en su apariencia más pura en la confrontación de principios y escuelas dentro de una misma disciplina. 269

Apartado 3

Podemos pues afirmar que cualquier descubrimiento más o menos importante en cualquier rama, cualquier descubrimiento que se salga de los límites de ese dominio parcial tenderá a transformarse en un principio explicativo de todos los fenómenos psicológicos y obligará a la psicología a salir de sus propios límites, llevándola a dominios más amplios del saber. Esta tendencia se ha manifestado en las últimas décadas con una regularidad y constancia tan extraordinaria, y con tal uniformidad en las más diversas ramas, que es posible realizar predicciones sobre el proceso de evolución de tal o cual concepto o descubrimiento, de tal o cual idea. A su vez esa repetición regular que se da en la evolución de las más diversas ideas demuestra de forma evidente (con una evidencia que rara vez se presenta al historiador de la ciencia y al metodólogo) la necesidad objetiva que subyace al desarrollo de la ciencia, una necesidad que podremos descubrir si enfocamos los hechos de la ciencia desde un punto de vista también científico. Lo cual plantea la posibilidad de una metodología científica sobre una base histórica.

La regularidad en el cambio y el desarrollo de las ideas, la aparición y la muerte de los conceptos, incluso el cambio de categorizaciones, etc., todo ello puede explicarse científicamente si relacionamos la ciencia en cuestión: 1) con el substrato sociocultural de la época, 2) con las leyes y condiciones generales del conocimiento científico, 3) con las exigencias objetivas que plantea al conocimiento científico la naturaleza de los fenómenos objeto de estudio en el estadio actual de la investigación. Es decir, en último término, con las exigencias de la realidad objetiva que estudia la ciencia en cuestión. Porque el conocimiento científico deberá adaptarse a las particularidades de los hechos que se estudian, deberá estructurarse de acuerdo con sus exigencias. Y por eso, en la variación del hecho científico cabe descubrir siempre la participación de los hechos objetivos que estudia esa ciencia. Trataremos de tener en cuenta en nuestro análisis los tres puntos de vista.

Podemos expresar esquemáticamente el destino general y la línea de desarrollo de esas ideas explicativas del siguiente modo: en primer lugar, se da un descubrimiento real cualquiera más o menos importante, cualquier descubrimiento que modifique la idea habitual sobre todo un ámbito de fenómenos de referencia y que incluso rebase los límites de ese grupo parcial de fenómenos donde ha sido observado y formulado.

Le sigue el estadio de propagación de la influencia de esas mismas ideas a los dominios colindantes o, por así decirlo, la expansión de la idea a un mayor número de hechos de los que originalmente abarcaba. Todo ello da lugar a una modificación de la propia idea (o su aplicación): aparece una formulación de ésta más abstracta y la conexión con los hechos a los que debe su origen se va debilitando, aunque esa conexión actúe como garantía de la autenticidad de la nueva idea, en la medida en que ésta comienza su 270 marcha conquistadora, y eso es muy importante en tanto que descubrimiento científicamente comprobado.

En su tercer estadio de desarrollo, la idea, que ha impregnado ya en mayor o menor grado la disciplina en cuyo seno surgió inicialmente, se ha visto por ello parcialmente modificada y ha modificado a su vez la configuración estructural y el alcance de la disciplina. Desgajada ya de los hechos a los que debe su origen, la idea, que existía en forma de principio formulado más o menos abstractamente, pasa al nivel de la confrontación por el dominio en el seno de la disciplina, es decir, a la fase de integración. Eso suele ocurrir porque la idea, como principio explicativo, ha conseguido adueñarse de toda la disciplina, es decir, se ha adaptado al concepto y el concepto que servía de base a la disciplina se ha adaptado en parte a ella y ésta ahora actúa de acuerdo con él. Y en nuestro análisis hemos tropezado precisamente con ese estadio mixto de existencia de la idea, cuando ambas tendencias se apoyan mutuamente. Continuando su expansión a lomos de la tendencia a la integración, la idea se transfiere fácilmente a las disciplinas colindantes, sin dejar ella misma de modificarse, dilatándose a medida que incorpora nuevos hechos y modificando a su vez las ramas en las que penetra. El destino de la idea está unido por completo en esta etapa al de la disciplina que representa y que pugna por el dominio.

En el cuarto estadio, la idea vuelve a desprenderse del concepto inicial, puesto que el propio hecho de emprender una conquista (aunque esa conquista sea sólo un proyecto, defendido por una escuela o por la totalidad del ámbito del conocimiento psicológico, por todas las disciplinas) impulsa el desarrollo de la idea. La idea continuará siendo un principio explicativo en la medida en que rebase los límites del concepto principal; porque, como hemos visto, explicar significa salir de los propios límites en busca de causas externas. Si la idea coincidiese por completo con el concepto principal, ya no explicaría nada. Pero puesto que el concepto principal no puede lógicamente continuar desarrollándose (si fuera así se estaría negando a sí mismo, ya que su sentido estriba en definir una rama del conocimiento psicológico: de ahí que su propia esencia le impida salirse de sus límites) deberá producirse nuevamente la separación del concepto y de la explicación. Además, la propia integración presupone lógicamente (como hemos mostrado más arriba) el establecimiento de conexiones con una esfera más amplia de conocimientos, la salida de los propios límites, y eso es lo que hace la idea cuando se separa del concepto. Unas veces actúa de enlace entre la psicología y numerosas ramas externas a ella, como la biología, la fisicoquímica o la mecánica, en tanto que el concepto principal la hace apartarse de ellas. Las funciones de estos aliados, que actúan temporalmente juntos, han vuelto a cambiar. Otras veces la idea se incorpora abiertamente a este o aquel sistema filosófico, extendiéndose, modificándose y modificando los más remotos ámbitos de la realidad, la totalidad del universo, formulándose como un principio universal o incluso como una ideología. 271

Ese descubrimiento, hinchado hasta convertirse en ideología, como la rana que se convirtió en buey, alcanza el más peligroso estadio de desarrollo, el quinto: estalla fácilmente, como una pompa de jabón; en todo caso, entra en el estadio de lucha y negación en que se encuentra ahora por doquier. Es verdad que ya antes, en los estadios precedentes, había tenido lugar una lucha contra la idea. Pero

entonces se trataba de la reacción normal al movimiento de ésta, la resistencia de cada rama aislada a sus tendencias conquistadoras. La fuerza inicial que había engendrado su descubrimiento la protegía de la verdadera lucha por la existencia, como la madre protege a sus crías. Sólo ahora, tras haberse separado por completo de los hechos que la han originado, tras haber sido desarrollada hasta los límites lógicos, llevada hasta las últimas conclusiones y generalizada todo lo que es posible, es cuando la idea descubre finalmente lo que en realidad es y se manifiesta con su verdadero rostro. Por extraño que parezca, precisamente cuando ha sido llevada hasta su forma filosófica, cuando parece velada por numerosas capas y se halla muy lejos de sus raíces directas y de las causas sociales que la engendraron, sólo ahora descubre qué quiere, qué es, de qué tendencias sociales procede, a qué intereses de clase sirve. Tan sólo después de haberse desarrollado hasta convertirse en una ideología o hasta conseguir conexión con ella, la idea parcial, de hecho científico que era, se convierte de nuevo en un hecho de la vida social: es decir, retorna al seno de donde surgió. Sólo al convertirse de nuevo en una parte de la vida social, pone de manifiesto su naturaleza social, que vivía, naturalmente, todo el tiempo en ella, pero que permanecía oculta bajo la máscara del acto cognoscitivo y en calidad de tal figuraba.

Pues bien, en este estadio, el destino de la idea se determina aproximadamente así. A la nueva idea, como al nuevo gentilhomme, le señalan su origen burgués, es decir: su origen real. La limitan a las ramas de donde procede; la obligan a retroceder en su desarrollo; la reconocen como descubrimiento parcial, pero la rechazan como ideología; y ahora se establecen nuevos procedimientos para considerada a ella y a los hechos relacionados con ella como un descubrimiento parcial. Dicho de diferente manera, otras ideologías, que representan otras tendencias y fuerzas sociales, reconquistan la idea e incluso su campo inicial, elaboran su punto de vista sobre ella y entonces la idea o bien muere o continúa existiendo, incluida más o menos estrechamente en tal o cual ideología de entre una serie de ideologías, compartiendo su destino y realizando sus funciones, pero deja de existir como idea revolucionadora de la ciencia; es una idea que se ha retirado del servicio y que ha obtenido en su departamento el grado de general.

¿Por qué deja de existir la idea como tal? Porque en el campo de la ideología rige la ley, descubierta por Engels, de la concentración de ideas alrededor de dos polos —el idealismo y el materialismo—, que corresponden a los dos polos de la vida social, a las dos principales clases que luchan. La naturaleza social de las ideas se manifiesta con mucha más facilidad en un hecho filosófico que como hecho científico: acaba su papel de agente 272 ideológico oculto disfrazado de hecho científico, y queda desenmascarada, comenzando entonces a participar como un sumando más en la lucha de clases de las ideas. Aquí, en calidad de pequeño sumando de una enorme adición, se hunde como una gota de agua en el océano y deja de existir por sí misma.

Apartado 4

Este es el camino que recorre en psicología cualquier descubrimiento que tienda a convertirse en un principio explicativo. La misma aparición de tales ideas se explica por la existencia de una necesidad científica (arraigada, al fin y al cabo, en la naturaleza de los fenómenos que se estudian) y por la forma en que se manifiesta esa necesidad en una determinada etapa del conocimiento: en otras palabras, por la naturaleza de la ciencia y, en último término, por la naturaleza de la realidad psíquica que estudia esa ciencia. Pero lo único que la historia de la ciencia puede explicar es por qué ha surgido la necesidad de nuevas ideas en un determinado estadio del desarrollo y por qué ese nacimiento resultaba imposible cien años antes. Qué descubrimientos concretos se desarrollan en el seno de una ideología y cuáles no; qué ideas destacan, qué camino recorren, qué destino alcanzan, todo ello depende de factores externos a la historia de la ciencia y que la determinan.

Cabría una comparación al respecto con la doctrina del arte de G. V. Plejánov. La naturaleza ha dotado al hombre de una necesidad estética que posibilita que éste tenga ideas estéticas, gustos y sensaciones. Pero establecer con exactitud qué gustos, ideas y sensaciones va a tener el hombre social en cuestión en una determinada época histórica, no es directamente deducible de la naturaleza del hombre. Esta respuesta sólo nos la puede dar una interpretación materialista de la historia (G. V. Plejánov, 1922). Pero este razonamiento no es, en puridad, el fruto de una comparación o de una metáfora, sino que responde punto por punto a una ley general que Plejánov aplicó parcialmente a los problemas del arte. En realidad, la interpretación científica no es sino una forma más de actividad del hombre social entre otras actividades. Por consiguiente, el conocimiento científico, considerado como conocimiento de la naturaleza y no como ideología, constituye un tipo de trabajo y como todo trabajo es, ante todo, un proceso entre el hombre y la naturaleza. Y en ese proceso, el propio hombre se enfrenta a la naturaleza en tanto que fuerza surgida de su seno. Se trata pues de un proceso condicionado tanto por las propiedades de la naturaleza transformada como por las propiedades de la fuerza transformadora de la naturaleza: es decir, condicionado en este caso por la naturaleza de los fenómenos psíquicos y por las condiciones cognoscitivas del hombre (G. V. Plejánov, 1922 a). De ahí que los fenómenos psíquicos, en tanto que fenómenos naturales (es decir, sin modificar), no puedan explicar el desarrollo, el movimiento, los cambios en la historia de la ciencia. Esta es una verdad evidente. No obstante, en 273 cualquier estadio de desarrollo es posible aislar, diferenciar y abstraer las exigencias que plantea la propia naturaleza sobre los fenómenos que se deben estudiar en el nivel actual de conocimiento de que se dispone. Nivel que evidentemente no está determinado por la naturaleza de los fenómenos, sino por la historia del hombre. Precisamente porque en nuestro actual nivel de conocimientos, las propiedades naturales de los fenómenos psíquicos constituyen una categoría puramente histórica (ya que esas propiedades varían durante el proceso de conocimiento, y la suma de determinadas propiedades es una magnitud puramente histórica) cabe considerarlas como la causa o como una de las causas del desarrollo histórico de la ciencia.

Como ejemplo del patrón evolutivo que siguen en psicología las ideas generales que acabamos de describir, vamos a analizar el destino de cuatro conjuntos de ideas que han influido en las últimas décadas. Para ello, vamos a interesarnos únicamente por el hecho que hace posible la aparición de estas ideas y no por las ideas en sí, esto es, por aquel hecho que tiene sus raíces en la historia de la ciencia y no fuera de ella. No entraremos a analizar por qué precisamente estas ideas y su historia, y no otras, son importantes como síntoma, como indicador del estado que vive la historia de la ciencia. No nos interesa ahora la pregunta histórica, sino la metodológica: ¿hasta qué punto han sido descubiertos y en qué medida son conocidos los hechos psíquicos y qué cambios

serían exigibles en la estructura de la ciencia para poder avanzar en el conocimiento sobre la base de lo ya conocido? El destino de los cuatro conjuntos de ideas permitirá poner al descubierto el contenido y la magnitud de las necesidades de la ciencia en el momento actual. La historia de la ciencia es importante por cuanto determina el grado de conocimiento de los hechos psíquicos.

Los cuatro conjuntos de ideas a que nos referimos son las del psicoanálisis, de la reflexología, de la psicología de la Gestalt y el personalismo.

Las ideas del psicoanálisis nacieron de descubrimientos específicos en el campo de la neurosis; se estableció inequívocamente el hecho de que toda una serie de fenómenos psíquicos están determinados por el inconsciente y el hecho de que la sexualidad se oculta en una serie de actividades y bajo formas que con anterioridad no se consideraban eróticas. Paulatinamente, este descubrimiento concreto, respaldado por el éxito de su aplicación terapéutica y con la autoridad que ello le confería (es decir, sancionado por la veracidad de su práctica) se traspasó a una serie de campos adyacentes, como la psicología de la vida cotidiana o la psicología infantil, además de adueñarse de la totalidad de los enfoques teóricos sobre la neurosis. En la confrontación disciplinar, esta idea se impuso sobre las más lejanas ramas de la psicología; sosteniéndose que con ella se podría estudiar la psicología del arte o la psicología de los pueblos. Pero el psicoanálisis estaba rebasando con ello los límites de la psicología: la sexualidad se transformaba en el principio metafísico de una serie de ideas metafísicas, el psicoanálisis se transformaba en ideología, la psicología se transformaba en metapsicología. El psicoanálisis dispone de su propia teoría del conocimiento y de su propia metafísica, 274 de su sociología y de su matemática. El comunismo y el tótem, la Iglesia y la obra de Dostoievski, el ocultismo y la publicidad, el mito y los inventos de Leonardo de Vinci no son sino sexo disfrazado y enmascarado.

Parecido ha sido el camino seguido por la idea del reflejo condicionado. Todos saben que surgió del estudio de la salivación psíquica en los perros. Pero resulta que se extendió también a otros fenómenos y conquistó la psicología animal. El sistema de Békterev, por su parte, ha puesto todo su empeño en aproximarse y adherirse a todos los campos de la psicología para acabar sometiéndolos. Todo sueño, pensamiento, trabajo o creación, resultan ser un reflejo. La psicología colectiva del arte, la psicotecnia y la paidología, la psicopatología e incluso la psicología subjetiva acaban sometidas. Y ahora la reflexología sólo se codea con principios y leyes universales, con la esencia de la mecánica. Igual que el psicoanálisis se transforma en metapsicología a través de la biología, la reflexología se transforma a través de esta última en ideología energética. El sumario de un curso de reflexología es el catálogo universal de las leyes del universo. Y de nuevo, lo mismo que en el psicoanálisis, resulta que en el mundo todo es reflejo. Anna Karenina y la cleptomanía, la lucha de clases y el paisaje, el idioma y los sueños también son reflejos (V. M. Békterev, 1921, 1923).

La psicología de la Gestalt surge inicialmente de investigaciones psicológicas concretas sobre los procesos de percepción de la forma y ahí es donde recibe su bautismo práctico: ha superado la prueba de la verdad. Pero al haber nacido en la misma época que el psicoanálisis y la reflexología, realiza el mismo camino que ellos con sorprendente uniformidad. Entra en la psicología animal y resulta que el pensamiento de los monos es también un proceso gestáltico; en el caso de la psicología del arte y de la psicología de los pueblos resulta que el concepto prehistórico del mundo y la creación del arte también son Gestalten, la psicología infantil y la psicopatología también entran a formar parte de la Gestalt, al igual el desarrollo del niño y las enfermedades psíquicas. Transformada finalmente en ideología, la psicología de la Gestalt descubre las Gestalten en la física y la química, en la fisiología y la biología, y la Gestalt, apergaminada hasta llegar a convertirse en una fórmula lógica, aparece en el fundamento del mundo; al crear el mundo, dijo Dios: «que sea Gestalt y todo se convirtió en Gestalt (M. Wertheimer, 1925; W. Köhler, 1917, 1920; K. Koffka, 1925).

El personalismo, por último, surge inicialmente de las investigaciones de la psicología diferencial. El principio de la personalidad, de tan extraordinario valor para la medición en psicología o para los enfoques aptitudinales, etc., se expandió en primer lugar a lo ancho de la psicología para rebasar después sus límites. En el concepto de individualidad, bajo la forma de personalismo crítico, cabía incluir no sólo al hombre, sino también a los animales y a las Plantas. Un solo paso más, que ya se ha dado en la historia del psicoanálisis y de la reflexología, y todo el mundo se convertiría en personalidad. La filosofía, que había comenzado contraponiendo la individualidad a las cosas, arrebatándola del dominio de éstas, terminó reconociendo que todas las 275 cosas eran individualidades. Resultó que las cosas no existían en absoluto. La cosa es únicamente una parte de la individualidad: da igual la pierna del hombre que la pata de la silla; pero como esta parte consta a su vez de partes, etc., hasta el infinito, resulta que la pierna o la pata vuelve a ser una individualidad respecto a sus partes y una parte tan sólo con relación al conjunto. El sistema solar y las hormigas, el tranviario de Hindenburg, la mesa y la pantera son igualmente individualidades (W. Stern, 1924).

Estos destinos, tan semejantes como cuatro gotas de la misma lluvia, arrastran las ideas por el mismo camino. El volumen del concepto aumenta y tiende hacia el infinito, y, de acuerdo con la conocida ley de la lógica, su contenido tiende con idéntica celeridad hacia cero. Cada una de estas ideas es, en el lugar que le corresponde, extraordinariamente rica en cuanto a su contenido, está llena de significado y sentido, está plena de valor y es fructífera. Pero cuando las ideas se elevan al rango de leyes universales valen lo mismo unas que otras, son absolutamente iguales entre sí, es decir, simples y redondos ceros; la individualidad de Stern es para Békterev un complejo de reflejos, para Wertheimer una Gestalt y para Freud sexualidad.

Y en el quinto estadio de desarrollo, todas estas ideas se enfrentan a la misma crítica, que puede reducirse a una sola fórmula. Al psicoanálisis se le dice: el principio de la sexualidad inconsciente es insustituible para explicar las neurosis histéricas, pero no arroja ninguna luz sobre la estructura del mundo ni sobre el desarrollo de la historia. A la reflexología le dicen: no se puede cometer un error lógico. El reflejo constituye tan sólo uno de los capítulos de la psicología, no impregna su totalidad ni, naturalmente, la totalidad del mundo (V. A. Vagner, 1923; L. S. Vygotski, 1925 a). A los psicólogos de la Gestalt se les dice: han hallado ustedes un principio muy valioso en su campo; pero si el pensamiento no supone otra cosa que momentos de unidad e integridad o, lo que es lo mismo, sólo

encierra una fórmula gestáltica, y si esa fórmula expresa la esencia de cualquier proceso orgánico e incluso físico, el cuadro del mundo resultaría evidentemente de una perfección y sencillez asombrosas: la electricidad, la fuerza de la gravedad y el pensamiento humano se reducirían a un denominador común. No se pueden meter pensamiento y actitud en un mismo cajón de estructuras que no demuestren primero que su puesto está en el mismo recipiente que las funciones estructurales. El nuevo factor funciona en un campo muy amplio, pero limitado: como principio universal no resiste a la crítica. Y, aunque gracias al modo de pensar de algunos audaces teóricos, haya imperado la ley de lograr «todo o nada» en los intentos explicativos, los investigadores prudentes se ven obligados, actuando de contrapeso, a tomar en consideración la tozudez de los hechos. Porque tratar de explicar todo equivale a no explicar nada.

Esta tendencia que cualquier idea nueva en psicología tiene a convertirse en ley universal ¿no significaría que la psicología deba basarse en realidad en leyes universales, que todas estas ideas estén esperando que llegue la idea-maestra y ponga en su lugar cada idea particular y le indique cuál es su significado? 276 La regularidad del camino que con sorprendente constancia recorren las ideas más diversas está poniendo naturalmente de manifiesto que este camino está predeterminado por la necesidad objetiva de un principio explicativo, y precisamente porque este principio hace falta y no existe es por lo que algunos principios parciales ocupan su puesto. La psicología se ha dado cuenta de que para ella es cuestión de vida o muerte hallar un principio explicativo general y se aferra a cualquier idea, aunque sea falsa.

Spinoza, en su «Tratado de depuración del intelecto» describe así ese estado de conciencia: «Es el caso del enfermo que padece una dolencia mortal y prevé el irremediable fin si no se toma un remedio contra ella, por lo que se ve obligado a buscarlo con todas sus fuerzas, aunque el remedio sea dudoso, porque todas sus esperanzas están cifradas en él (1924, pág. 63).

Apartado 5

A lo largo de la evolución de los descubrimientos parciales sobre los principios generales, hemos podido observar cómo se manifestaba en su forma pura una tendencia a la explicación, que se había perfilado ya en la pugna por el predominio que se da entre disciplinas. Pero hemos llegado ya con ello a la segunda fase de la evolución de la ciencia general, a la que nos hemos referido de pasada más arriba. En la primera fase, determinada por la tendencia a la generalización, la ciencia general se diferencia de las ciencias particulares por su estructura interna. Como veremos, no todas las ciencias recorren ambas fases en su desarrollo; en la mayoría de ellas la disciplina general sólo se da en la primera fase. Veremos claramente la causa cuando formulemos con exactitud su diferencia cualitativa con la segunda fase.

Hemos visto ya cómo el principio explicativo nos obliga a salir de los límites de una ciencia determinada para interpretar la totalidad del saber como una categoría particular que existe entre toda una serie de categorías, esto es, nos lleva a los últimos y más generales principios, que son esencialmente principios filosóficos. En este sentido, la ciencia general es la filosofía de las disciplinas particulares.

En ese sentido dice L. Binsvanger que la ciencia general estudia los fundamentos y los problemas de todo un sector de la realidad, como, por ejemplo, la biología general (1922, pág. 3). Es curioso que el libro que dio origen a la biología general se llamara «Filosofía de la zoología» (U. B. Lamarck). Cuanto más lejos llega la investigación general, continúa Binsvanger, mayor es el sector que abarca y más abstracto y lejano de la realidad directamente percibida resulta el objeto de esa investigación. En lugar de plantas, animales o personas, el objeto del que se ocupa la ciencia es la manifestación de la vida, fuerza y materia, como en física, en lugar de los cuerpos y sus cambios. A cualquier ciencia le llega antes o después el momento en que debe tener conciencia de sí misma como de un conjunto, comprender sus métodos y trasladar la atención de los actos y los fenómenos a los conceptos que utiliza. Pero desde ese momento la ciencia general pasa 277 a distinguirse de la particular, no porque tenga un ámbito más amplio, mayor contenido, sino porque está organizada cualitativamente de otra forma. No estudia ya los mismos objetos que la ciencia particular, sino que analiza sus conceptos; se convierte en una investigación crítica, en el sentido en que E. Kant empleó esta expresión. El análisis crítico no es ya en absoluto un análisis biológico o físico, sino que se centra en los conceptos de la biología y de la física. Binsvanger define, por tanto, la psicología general como la interpretación crítica de los principales conceptos de la psicología, lo que en dos palabras puede resumirse como la «crítica de la psicología». Es una rama de la metodología general, esto es, una parte de la lógica, cuya tarea consiste en estudiar cómo se aplican las diferentes formas y normas lógicas en distintas ciencias en función de la naturaleza real, formal y material que presente el objeto, en función del modo de abordar el conocimiento de los problemas (1922, págs. 3-5).

Pero este razonamiento, aunque basado en premisas lógico-formales, resulta veraz sólo a medias. Es verdad que la ciencia general es la doctrina de los fundamentos últimos, de los principios y problemas generales de la rama del saber en cuestión y que por consiguiente su objeto, su forma de análisis, sus criterios, son diferentes a los de las disciplinas particulares. Pero no es verdad que sea únicamente una parte de la lógica, una disciplina lógica. No es cierto que la biología general haya dejado de ser una disciplina biológica, o que la psicología general haya dejado de ser psicología y se hayan convertido ambas en lógicas, ni que sean sólo crítica en el sentido kantiano, que trabajaba únicamente con conceptos. Si nos atenemos a la naturaleza interna del saber científico, eso es falso tanto desde su punto de vista histórico, como fáctico.

Es erróneo históricamente, es decir, no responde a la situación real de los hechos en ninguna de las ciencias. No existe ninguna ciencia general con la forma descrita por Binsvanger. Incluso la biología general tal y como existe en realidad (la biología cuyos fundamentos fueron establecidos por Lamarck y Darwin en sus trabajos), la biología que es hasta ahora el código del conocimiento real de la materia viva no es, evidentemente, una parte de la lógica, sino una ciencia natural, aunque de alto nivel. No se ocupa por supuesto de objetos vivos y concretos, de plantas o animales, sino de abstracciones tales como el organismo, la evolución de las especies, la selección natural, la vida. Pero lo que estudia con ayuda de estas abstracciones es, al fin y al cabo, la misma realidad que

la zoología y la botánica. Sería equivocado afirmar que estudia conceptos y no la realidad reflejada en ellos, igual que lo sería decir que un ingeniero que estudia el plano de una máquina lo que hace es estudiar el plano y no la máquina o que un anatomista que estudia con un atlas anatómico, lo que estudia son los dibujos y no el esqueleto humano. Porque también los conceptos son sólo dibujos, fotografías, esquemas de la realidad, y al estudiarlos estudiamos modelos de esta última lo mismo que mediante un plano o un mapa geográfico estudiamos un país o una ciudad extraña. 278

El propio Binsvanger se ve obligado a reconocer, respecto a ciencias tan desarrolladas como la física y la química, que se ha creado, entre los polos crítico y empírico, un amplio campo de investigación que conocemos bajo la denominación de física (o química) teórica o general. La psicología científico-natural teórica señala el psicólogo suizo, se comporta también de un modo similar cuando intenta actuar según los parámetros de la física. Por muy abstractamente que formule la física teórica el objeto de su estudio, por ejemplo, la «disciplina de las dependencias causales entre los fenómenos de la naturaleza», estudia hechos reales. La física general analiza el propio concepto de fenómeno físico, de conexión física causal, pero no las leyes y teorías particulares sobre cuya base pudieran ser explicados los fenómenos reales como físicamente causales: antes bien, la propia explicación física constituye un objeto de investigación de la física general (L. Binsvanger, 1922, págs. 4-5).

Como vemos, el propio Binsvanger reconoce que su concepción de la ciencia general difiere precisamente en este punto de la concepción actual que se da en una serie de ciencias. Lo que las distingue no es el mayor o menor grado de abstracción de los conceptos o el que éstos estén más o menos alejados de los hechos reales o empíricos, ni las dependencias causales que establecen como objeto general de una ciencia, sino que se diferencian en su objetivo final: la física general se orienta, en último término, hacia hechos reales que quiere explicar con ayuda de conceptos abstractos. Idealmente, la ciencia general no se orienta hacia los hechos reales sino a los propios conceptos, y no tiene nada que ver con los hechos reales.

Lo cierto es que, cuando surgen oposiciones entre teoría e historia, cuando existen, como en este caso, divergencias entre la idea y el hecho, la discusión se resuelve siempre en un sentido o en otro. Pero en las investigaciones sobre los principios, los argumentos sobre los hechos resultan, a veces, inoportunos. Aquí, ante la crítica que señala la disconformidad existente entre ideas y hechos puede responderse con razón y con sentido: peor para los hechos. En este caso, peor para las ciencias, si éstas se hallan en la fase de desarrollo en que no han alcanzado aún el grado de ciencia general. El que la ciencia general no exista todavía en ese sentido, no quiere decir que no vaya a existir, que no deba existir, que no sea posible ni necesario iniciarla. Por eso, el problema ha de estudiarse desde sus raíces lógicas; sólo entonces será posible explicarse también el significado histórico de la divergencia entre la ciencia natural y su idea abstracta.

De hecho, es importante establecer dos tesis.

1. Todo concepto científico-natural, por muy alto que sea su grado de abstracción respecto al hecho empírico, encierra siempre una concentración, un sedimento de la realidad concreta y real de cuyo conocimiento científico ha surgido, aunque sólo sea en una solución muy débil. Es decir, a cualquier concepto, aunque se trate del más abstracto —del último le corresponde cierto grado de realidad, representada en el concepto en forma abstracta, Segregada de la realidad; incluso conceptos puramente ficticios, no ya científico-naturales, 279 sino matemáticos, son a fin de cuentas una repercusión, un reflejo de relaciones reales entre cosas y procesos reales, aunque no procedan de un conocimiento experimental, real, sino que hayan surgido a priori, siguiendo el camino deductivo, de operaciones especulativas lógicas. Incluso un concepto tan abstracto como la serie numérica, incluso una ficción tan patente como el cero (es decir, la idea de la ausencia de cualquier magnitud) son, como mostró Engels, plenamente cualitativos. Es decir, son en última instancia reales, son correspondencias muy lejanas y abstractas de las relaciones reales entre las cosas. La realidad existe incluso dentro de las abstracciones imaginarias de las matemáticas. «16 no es solamente la suma de 16 unidades, sino que es también el cuadrado de 4 y la cuarta potencia de 2... Solamente los números pares son divisibles por 2... Para 3 rige la regla de la suma de las cifras... Para 7 rige una regla especial» (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 20, pág. 573). «El cero anula cualquier otro número por el que se multiplique; y, al combinarse con otro número como divisor o como dividendo convierte a este número, en el primer caso, en infinitamente grande y en el segundo, en infinitamente pequeño...» (Ibidem, pág. 576). Sobre todos estos conceptos de las matemáticas cabría decir lo que dice Engels del cero, empleando palabras de Hegel: «La nada de un algo es una determinada nada» (Ibidem, pág. 577), es decir, una nada real, a fin de cuentas. Pero, ¿no serán quizás estas cualidades, propiedades o determinaciones de los conceptos como tales, que no guardan la menor relación con la realidad?

F. Engels considera claramente errónea la opinión de que las matemáticas tratan de creaciones puramente libres y de productos del espíritu humano que carecen de toda correspondencia en el mundo objetivo. Lo cierto es precisamente lo contrario. En la naturaleza encontramos prototipos de todas estas cantidades imaginarias. La molécula posee propiedades respecto a la masa correspondiente, idénticas a las que posee la diferencial matemática con respecto a su variable. «La naturaleza opera con estas diferenciales, con las moléculas, exactamente del mismo modo y con arreglo a las mismas leyes que las matemáticas con sus diferenciales abstractas» (Ibidem, pág. 583). En matemáticas olvidamos todas estas analogías y por eso sus abstracciones se convierten en algo enigmático. Siempre podemos hallar «relaciones reales, de las que está tomada... la relación matemática e incluso casos naturales análogos al modo matemático en que actúa esta relación» (Ibidem, pág. 586). Prototipos del infinito matemático y otros conceptos figuran en el mundo real. «El infinito matemático está tomado, aunque sea de un modo inconsciente, de la realidad, razón por la cual sólo puede comprenderse partiendo de la realidad y no de sí mismo, de la abstracción matemática» (Ibidem).

Si esto es verdad respecto a la abstracción matemática (es decir, respecto a la máxima abstracción posible) lo será de manera aún más evidente cuando lo aplicamos a las abstracciones reales de las ciencias naturales: éstas han de ser explicadas, naturalmente, partiendo tan sólo de la realidad de que han sido tomadas y no partiendo de ellas mismas, de las propias abstracciones. 280

2. La segunda tesis que es necesario establecer para realizar un análisis de principio del problema de la ciencia general es opuesta a la primera. Si aquella afirmaba que en la más alta abstracción científica hay un elemento de realidad, ésta, como teorema contrario, establece que todo hecho científico-natural aislado, por empírico y poco maduro que sea, encierra ya una abstracción primaria. El hecho real y el hecho científico se distinguen precisamente uno de otro en que el último constituye el hecho real reconocido en determinado sistema, es decir, una abstracción de ciertos rasgos de la inagotable suma de signos del hecho natural. El material de la ciencia no lo constituye el material natural sin madurar, sino el material lógicamente elaborado que se destaca de acuerdo con un determinado signo. Los cuerpos físicos, el movimiento, la sustancia, son abstracciones. El propio acto de denominar un hecho mediante la palabra supone superponerle un concepto, el de destacar en él una de sus facetas significa interpretarlo asimilándolo a la categoría de los fenómenos reconocida anteriormente por la experiencia. Cualquier palabra es ya una teoría, como observaron hace tiempo los lingüistas y mostró perfectamente A. A. Potébnia.

Todo lo que se describe como hecho es ya teoría, dice Münsterberg, recordando las palabras de Goethe, al fundamentar la necesidad de la metodología (1922). Cuando nos tropezamos con lo que denominamos vaca y decimos: «esto es una vaca», al acto de percibir unimos el de pensar, incluyendo la mencionada percepción en un concepto general; el niño, al nombrar por primera vez las cosas, realiza auténticos descubrimientos. Lo que uno ve no es, en realidad, una vaca. Las vacas no se ven. Lo que se ve es algo grande, negro, que se mueve, muge, etc.; y se comprende que es una vaca, y ese acto es un acto de clasificación, de inclusión de un fenómeno aislado dentro de la categoría de fenómenos análogos, de sistematización de la experiencia, etc. Así, la propia lengua encierra los fundamentos y las posibilidades de la cognición científica del hecho. La palabra es el germen de la ciencia, y en este sentido cabe decir que en el comienzo de la ciencia estaba la palabra.

¿Quién ha visto, quién ha percibido hechos empíricos, como el calor oculto en la formación del vapor? En ningún proceso real podemos percibirlo directamente, pero podemos deducir obligatoriamente ese hecho, y deducir significa operar con conceptos.

Un buen ejemplo de la existencia de abstracciones y de participación del pensamiento en todo hecho científico lo hallamos en Engels. Las hormigas tienen ojos distintos de los nuestros; ven rayos químicos invisibles para nosotros. Eso es un hecho. ¿Cómo ha sido establecido? ¿Cómo podemos saber que «las hormigas ven cosas para nosotros invisibles»? Lo basamos, naturalmente, en las percepciones de nuestros ojos, pero también en la actividad de nuestro pensamiento. Por consiguiente, el establecimiento de un hecho científico es ya producto del pensamiento, es decir del concepto. «Claro está que jamás llegaremos a saber cómo ven los rayos químicos las 281 hormigas. Y a quien eso le torture, no vemos qué remedio podemos ofrecerle» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 20, pág. 555)¹.

He aquí el mejor ejemplo de falta de coincidencia entre el hecho real y el científico. En este caso, la discrepancia se manifiesta con especial claridad, pero en cualquier hecho se presenta en mayor o menor medida. No hemos visto jamás los rayos químicos ni hemos percibido las sensaciones de las hormigas; es decir: como hecho real de la experiencia directa, la visión de los rayos químicos por parte de las hormigas no existe para nosotros. Pero para la existencia colectiva de la humanidad sí existe como hecho científico. ¿Qué decir entonces del hecho de la rotación de la Tierra alrededor del Sol? Se trata en este caso de un hecho real, que para llegar a ser un hecho científico ha tenido que invertir el curso natural del pensamiento del hombre, a pesar de que la rotación de la Tierra alrededor del Sol haya sido estudiada mediante las observaciones de la rotación del Sol alrededor de la Tierra.

Ahora disponemos de todo lo necesario para resolver el problema y podemos dirigirnos directamente hacia nuestro objetivo. Si la base de cualquier concepto científico la constituyen los hechos y, a su vez, la de los hechos científicos radica en los conceptos, de aquí se desprende inevitablemente que, en cuanto a su objeto de análisis, la diferencia entre las ciencias generales y las empíricas es puramente cuantitativa y no conceptual: se trata de diferentes grados y no de diferentes naturalezas de un fenómeno. Las ciencias generales no se ocupan de objetos reales, sino de abstracciones; no estudian las plantas y los animales, sino la vida: su objetivo son los conceptos científicos. Pero la vida es también parte de la realidad, y estos conceptos tienen prototipos en la realidad. Las ciencias particulares tienen como objetos hechos reales con existencia efectiva: no estudian la vida en general, sino clases y grupos reales de plantas y animales. Pero también las plantas y los animales, y el abedul y el tigre, e incluso este abedul y este tigre son ya conceptos. El hecho y el concepto constituyen el objeto de unas y otras disciplinas, pero sólo en diferente grado, en diferente proporción. Por consiguiente, la física general no deja de ser una disciplina física y no se convierte en parte de la lógica por el hecho de que se ocupe de los conceptos físicos más abstractos; incluso en ellos se reconoce, a fin de cuentas, un determinado fragmento de, la realidad.

Pero puede que la naturaleza de los objetivos de la disciplina general y de la particular sea en realidad la misma, puede que las distinga sólo la proporción de la relación entre el concepto y el hecho y que la diferencia de principio que permite incluir a una de ellas en la lógica y a la otra en la física 282 radique en la dirección, en el objetivo, en el punto de vista de ambos análisis, en el distinto papel, por decirlo así, que desempeñan los mismos elementos en ambos casos. ¿No podríamos decir que tanto el concepto como el hecho participan en la formación del objeto de una y otra ciencia, pero en un caso —en el de la ciencia empírica— recurrimos a los

¹ Señalemos a propósito que en este ejemplo psicológico se puede ver cómo no coinciden en psicología el hecho científico y el de la experiencia directa. Resulta que es posible estudiar cómo ven las hormigas e incluso cómo ven cosas invisibles para nosotros y no saber que cosas son éstas para las hormigas. Es decir, cabe establecer hechos psíquicos sin partir en modo alguno de la experiencia interna, en otras palabras, sin un origen subjetivo. Engels no considera que esto sea importante para el hecho científico: a quien eso le torture, dice, no vemos qué remedio podemos ofrecerle.

conceptos para conocer los hechos y en el segundo —en la ciencia general— utilizamos los hechos para conocer los propios conceptos? En el primer caso, el concepto no es un objeto, un fin, un objetivo de conocimiento. Los conceptos son instrumentos de la ciencia, medios, procedimientos auxiliares, pero el fin de ésta, su objeto, son los hechos; como resultado del conocimiento aumenta el número de hechos que conocemos y no el de conceptos; éstos, en cambio, como todos los instrumentos de trabajo, se desgastan con el uso, se deterioran, necesitan ser revisados y, con frecuencia, sustituidos. En el segundo caso, por el contrario, estudiamos los propios conceptos como tales, su relación con los hechos es tan sólo un medio, un procedimiento, un método, la comprobación de su utilidad. Como resultado de ello no conocemos nuevos hechos, pero adquirimos o bien nuevos conceptos o nuevos conocimientos acerca de los conceptos. Porque se puede mirar dos veces una gota de agua con un microscopio y se tratará de dos procesos totalmente distintos, a pesar de que la gota y el microscopio sean los mismos; la primera vez, por medio del microscopio estudiamos la composición de la gota de agua; la segunda vez, mediante el examen de la gota de agua, comprobamos la propia validez del microscopio, ¿no es así?

Pero la dificultad del problema consiste precisamente en que esto no es así. Es verdad que, en la ciencia particular, utilizamos los conceptos como instrumentos para conocer los hechos. Pero, a medida que los utilizamos, los comprobamos, los estudiamos, los dominamos, los modificamos, eliminamos los conceptos inútiles y creamos otros nuevos. Ya en el primer estadio de elaboración científica del material empírico, el empleo de conceptos implica una crítica a los propios conceptos desde la perspectiva de los hechos y permite que unos conceptos sean comparados con otros y que algunos sean modificados. Valgan como ejemplo los dos hechos científicos que acabamos de mencionar, que no pertenecen en absoluto a la ciencia general: la rotación de la Tierra alrededor del Sol y la visión de las hormigas. ¡Cuánta labor Crítica sobre nuestras percepciones y, por tanto, cuántos conceptos relacionados con ellas, cuántos análisis directos de los conceptos (visión - no visión, movimiento aparente), cuánta creación de nuevos conceptos, cuántas conexiones nuevas entre los conceptos, cuántos tipos de conceptos de visión, de luz, de movimiento, etc. han sido necesarios para establecer estos hechos! Finalmente, ¿acaso no sucede que la propia selección de los hechos que queremos conocer se produce en función de un análisis conceptual y no sólo de hechos? Porque si los conceptos, en su calidad de instrumentos, estuviesen destinados de antemano a determinados hechos de la experiencia, sobraría, toda ciencia: miles y miles de funcionarios registradores o estadistas contadores se habrían dedicado a distribuir todo el Universo en fichas, columnas, 283 secciones. El concepto científico se distingue del registro en el acto de la elección del concepto necesario, es decir, en el análisis del hecho y el análisis del concepto.

Toda palabra es una teoría; la denominación del objeto es el concepto que se le aplica. Es verdad que con ayuda de las palabras queremos interpretar los objetos. Pero es que cada denominación, cada utilización de la palabra, de ese embrión de la ciencia, constituye una crítica de la palabra, un desgaste de su imagen, una ampliación de su significado. Los lingüistas han demostrado con toda claridad cómo varían las palabras con el uso; de lo contrario, la lengua no se renovarían jamás, las palabras no morirían, no nacerían, no envejecerían.

Finalmente, cualquier descubrimiento en la ciencia, cualquier paso adelante en la ciencia empírica, es siempre al mismo tiempo un acto de crítica del concepto. I. P. Pavlov ha descubierto el hecho en los reflejos condicionados; pero, ¿es que no ha creado al mismo tiempo un nuevo concepto; es que antes se daba el nombre de reflejo a un movimiento aprendido, resultado del adiestramiento? No podía ser de otra forma: si la ciencia sólo descubriera hechos, sin ampliar con ello los límites de los conceptos, no descubriría nada nuevo; permanecería estancada, se limitaría a encontrar una y otra vez nuevos ejemplares de los mismos conceptos. Todo nuevo grano de un hecho es ya una ampliación del concepto. Toda nueva relación descubierta entre dos hechos exige inmediatamente la crítica de los dos conceptos correspondientes y el establecimiento de nuevas relaciones entre ellos. El reflejo condicionado es el descubrimiento de un nuevo hecho con ayuda de un viejo concepto. Hemos sabido que el salivismo psíquico surge directamente del reflejo, mejor dicho, que es el mismo reflejo, pero que actúa en otras condiciones. Pero al mismo tiempo es el descubrimiento de un nuevo concepto con ayuda de un antiguo hecho: con ayuda del hecho conocido de todos de que «la boca se me hace agua al ver la comida, hemos obtenido un concepto totalmente nuevo del reflejo. Nuestra idea de él ha modificado diametralmente; antes, el reflejo era sinónimo de un hecho prepsíquico, inconsciente, invariable. Ahora en los reflejos se agrupa toda la psique, el reflejo ha resultado ser el mecanismo más flexible, etc. ¿Cómo hubiera sido posible eso, de haber estudiado Pavlov únicamente el hecho de la salivación y no el concepto de reflejo? En esencia es lo mismo, pero expresado de dos formas distintas, ya que en todo descubrimiento científico, el conocimiento del hecho es, en la misma medida, el conocimiento del concepto. El análisis científico de los hechos se diferencia precisamente del registro de los mismos en que implica la acumulación de conceptos, implica la interrelación de conceptos y hechos, resaltando los primeros.

Finalmente, en las ciencias particulares es donde nacen todos los conceptos que estudia la ciencia general. Porque no es en la lógica donde nacen las ciencias naturales, no es ella la que les suministra conceptos preparados de antemano. ¿Cómo cabe admitir entonces que 284 la labor de creación de conceptos más y más abstractos se produzca de forma totalmente inconsciente? ¿Cómo es posible la existencia de teorías, leyes, hipótesis alternativas sin la crítica de conceptos? ¿Cómo se puede crear en general una teoría o lanzar una hipótesis, es decir, algo que rebase los límites de los hechos, sin trabajar en los conceptos?

¿Podría suceder entonces que en las ciencias particulares el análisis de los conceptos se haga de pasada, junto con otras cosas, a medida que se van estudiando los hechos, y que la ciencia general estudie exclusivamente conceptos? Eso también sería erróneo. Hemos visto que los conceptos abstractos con que opera la ciencia general encierran un núcleo real. Se plantea entonces la siguiente pregunta: ¿qué hace la ciencia con ese núcleo: prescinde de él, lo olvida, se oculta tras la inexpugnable fortaleza de la abstracción, como las materias puras, y no recurre a ese núcleo ni en el proceso de análisis, ni en su resultado, como si el núcleo real no existiera en absoluto? Basta estudiar el tipo de análisis que se utiliza en la ciencia general y su resultado final para ver que eso no es así. ¿Es que los conceptos se analizan a través de la pura deducción, del hallazgo de relaciones lógicas entre ellos y no a través de una nueva

inducción, de un nuevo análisis, del establecimiento de nuevas relaciones, en una palabra, a través del trabajo sobre el contenido real de esos conceptos? Porque no desarrollamos nuestro pensamiento a partir de premisas parciales, como en matemáticas, sino que inducimos, creamos nuevas abstracciones. Así actúa la biología general y la física general. Ninguna ciencia general puede actuar de otro modo, dado que la fórmula lógica «A es B» se sustituye por definiciones, es decir, por A y B reales: la masa, el movimiento, el cuerpo, el organismo. Y como resultado del análisis que realiza la ciencia general no obtenemos, como es lógico, nuevas fórmulas de interrelación de conceptos, sino nuevos hechos: conocemos, por ejemplo, la evolución o la herencia o la inercia. ¿Cómo conocemos el concepto de evolución, qué camino seguimos para alcanzarlo? Comparando hechos tales como los datos que provienen de la anatomía comparada, de la fisiología, de la botánica y de la zoología, de la embriología y de la fototecnia y la zootecnia, etc. Es decir, actuamos igual que en las ciencias particulares, con hechos individuales; y basándonos en el nuevo estudio de hechos originados en distintas ciencias, establecemos otros nuevos. Durante todo el proceso de análisis y como resultado de él, operamos con hechos.

Por consiguiente, las diferencias que se dan en cuanto a objetivos, dirección y formación de los conceptos y los hechos entre las ciencias generales y las particulares vuelven a ser solamente diferencias cuantitativas, diferencias de grado y no de naturaleza. Diferencias que no son ni absolutas ni de principios.

Pasemos finalmente a definir positivamente lo que es la ciencia general. Podría parecer que, si las diferencias entre ciencias generales y particulares, en lo que respecta a su objeto y formas de análisis, son sólo relativas y no absolutas, cuantitativas y no de principio, careceríamos de fundamentos para delimitar las ciencias desde un punto de vista teórico. Podría parecer que no **285** existe ciencia general alguna, sino sólo ciencias particulares. Pero eso no es cierto, por supuesto. La cantidad en este caso se transforma en cualidad y establece el origen de una ciencia cualitativa distinta, pero no la excluye de la familia de las ciencias en cuestión ni la traspasa a la lógica. Que la base de cualquier concepto científico esté fundamentada en un hecho no significa que en todo concepto científico el hecho esté representado del mismo modo. En el concepto matemático de infinito, la realidad se nos presenta de un modo totalmente distinto a como lo está en el concepto del reflejo condicionado. En los conceptos de orden superior con que opera la ciencia general, la realidad aparece representada de un modo distinto a como la representa la ciencia empírica. Y ese procedimiento, ese tipo, esa forma de presentación de la realidad por las diferentes ciencias es lo que determina la estructura de las disciplinas.

Pero esa diferencia en el modo de presentar la realidad, es decir, de estructurar los conceptos, tampoco debe interpretarse como absoluta. Entre la ciencia empírica y la general existen muchos grados de transición: ni una sola ciencia digna de ese nombre, dice Binsvanger, puede «limitarse a la simple acumulación de conceptos, tenderá más bien a transformar sistemáticamente todo concepto en regla, las reglas en leyes, las leyes en teorías» (1922, pág. 4). A medida que se acumula saber científico dentro de la propia ciencia, se elaboran ininterrumpidamente conceptos, métodos y teorías. Es decir, la transición de un polo al otro —del hecho al concepto— que se produce hace que desaparezca el abismo lógico, el abismo infranqueable entre la ciencia general y la particular. Este proceso es el que origina la independencia real y la necesidad de la ciencia general. Al igual que la propia disciplina particular realiza en su interior todo ese trabajo de elaborar los hechos, convirtiéndolos en leyes y éstas, a través de las teorías, en hipótesis, la ciencia general lleva a cabo ese mismo trabajo para una serie de ciencias particulares, siguiendo idéntico procedimiento y con iguales fines.

Este razonamiento es absolutamente análogo al que sigue Spinoza cuando habla del método. Recurriendo a una comparación del ámbito industrial, el proceso metodológico, equivaldría, por su naturaleza, a la elaboración de medios de producción. Pero en la industria, la elaboración de medios de producción no constituye un proceso inicial especial, sino una parte del proceso general de producción y depende de los mismos procesos e instrumentos de producción que el resto de la producción.

«Ante todo hemos de admitir —razona Spinoza— que no llevemos el análisis en este caso hasta el infinito; en otras palabras, para hallar el mejor método de análisis de la verdad no nos hace falta otro método con que analizar el método de análisis de la verdad, y para analizar el segundo método no necesitamos un tercer método, y así hasta el infinito; porque siguiendo ese camino jamás conseguiríamos conocer la verdad, ni en general ningún concepto. Cuando nos referimos a los métodos de conocimiento, se nos plantea un problema similar al que se plantea con los instrumentos materiales de trabajo, y es posible seguir un razonamiento análogo: en efecto, **286** para forjar el hierro hace falta un martillo; para disponer de él hace falta que esté hecho; para ello hay que tener martillos y otros instrumentos; para tener estos instrumentos serían necesarios otros, y así hasta el infinito. Alguien podría intentar demostrar estérilmente, basándose en esto, que los hombres no tienen la menor posibilidad de forjar el hierro. No obstante, igual que al principio los hombres fueron capaces de crear cosas sencillas con ayuda de instrumentos innatos (aunque a costa de enorme trabajo y de un modo muy imperfecto), y después realizaron algo más difícil, ya con menos trabajo y con mayor perfección, y así (pasando de forma paulatina de las creaciones más primitivas a los instrumentos de trabajo, y de los instrumentos a las siguientes creaciones y a los siguientes instrumentos) consiguieron instrumentos más complejos y eficaces que exigen un gasto de trabajo insignificante, de igual modo también el intelecto, mediante su fuerza innata crea instrumentos intelectuales, y con ayuda de ellos adquiere nuevas fuerzas para nuevas creaciones intelectuales. Mediante estas últimas, elabora investigaciones, y así va avanzando poco a poco hasta alcanzar el punto culminante de la sabiduría» (1914, págs. 81-84).

Incluso la corriente metodológica, cuyo representante es Binsvanger, no puede por menos de reconocer que la producción de instrumentos y la creación no son dos procesos independientes en la ciencia, sino dos facetas de un mismo proceso, que van mano a mano. Siguiendo a H. Rickert, Binsvanger define toda la ciencia como la elaboración de un material. Y por eso se plantea dos problemas en relación con cada ciencia: el problema del material y el de su elaboración. Sin embargo, no es posible establecer una distinción tajante entre el material de una ciencia y su elaboración, porque el propio concepto de objeto de cualquier ciencia empírica implica un alto grado de elaboración. Binsvanger establece una diferencia entre el material bruto, el objeto real, y el objeto científico;

este último es creado por la ciencia mediante conceptos procedentes del objeto real (Binsvanger, 1922, págs. 7-8). Si planteamos un tercer círculo de problemas —sobre la relación entre el material y la elaboración, es decir, entre el objeto y el método de la ciencia—, también aquí la discusión puede girar únicamente alrededor de qué es lo que define a qué: el método al objeto o al revés. Unos, como K. Stumpf, suponen que la única diferencia en los métodos radica en la diferencia entre los objetos. Otros, como Rickert, son de la opinión que distintos objetos, tanto físicos como psíquicos, exigen el mismo método (Ibidem, págs. 21-22). Pero, como podemos ver, tampoco hay aquí fundamentos que permitan delimitar entre la ciencia general y la particular.

Lo único que demuestra todo esto es que es imposible definir de forma absoluta el concepto de ciencia general, sólo cabe hacerlo en relación a la ciencia particular. No se diferencia de esta última ni por el objeto, ni por el método, ni por el fin, ni por el resultado de sus análisis. En relación con toda una serie de ciencias particulares, que estudian desde el mismo punto de vista ámbitos contiguos de la realidad, la ciencia general realiza el mismo trabajo, empleando el mismo procedimiento y con el mismo fin que cada una de las ciencias particulares. Hemos visto que ninguna ciencia se limita simplemente a acumular material, sino que lo somete a un tratamiento multiforme y multigradual, que permite agrupar y generalizar ese material, creando teorías e hipótesis, que ayudan a interpretar con mayor amplitud la realidad y que la ilustran con hechos particulares aislados. La ciencia general continúa la tarea de las ciencias particulares. Cuando el material ha alcanzado el grado máximo de generalización posible en la ciencia particular en cuestión, la última generalización sólo puede tener lugar fuera de sus límites, mediante comparaciones con una serie de ciencias próximas. Eso es lo que hace la ciencia general. Su única diferencia con las ciencias particulares consiste en que realiza el trabajo sobre la base del realizado por una serie de ciencias. Si efectuase ese mismo trabajo únicamente con respecto a una ciencia, jamás se hubiera convertido en una disciplina independiente y hubiera continuado siendo una parte de esa misma ciencia. Por eso se puede definir la ciencia general como la ciencia que recibe el material de una serie de ciencias particulares y lleva a cabo una ulterior elaboración y generalización del mismo, imposible dentro de cada disciplina por separado.

Por eso, la relación entre la ciencia general y la ciencia particular es la misma que la que existe entre la teoría de esta ciencia particular y una serie de leyes particulares suyas. Es decir, se trata de una diferencia en función del grado de generalización de los fenómenos a estudiar. La ciencia general surge de la necesidad de continuar la labor de las ciencias particulares allí donde terminan estas últimas. La relación entre la ciencia general y las teorías, leyes, hipótesis y métodos de las ciencias particulares es la misma que la que existe entre éstas y los hechos de la realidad que estudian. La biología recibe material procedente de distintas ciencias y lo elabora igual que lo hace con el suyo cada ciencia particular. La única diferencia consiste en que la biología comienza allí donde terminan la embriología, la zoología, la anatomía, etc. La biología reúne un material tomado de diferentes ciencias, lo mismo que cada una de esas ciencias reúne distintos materiales.

Este punto de vista explica tanto la estructura lógica de la ciencia general como su estructura real y su papel histórico. Si aceptáramos la opinión opuesta de que la ciencia general es parte de la lógica, resultaría inexplicable, en primer lugar, por qué son precisamente las disciplinas muy desarrolladas las que han logrado crear y elaborar hasta los más mínimos detalles sus métodos, sus conceptos básicos y sus teorías, las que dan lugar a ciencias generales. Deberían ser las disciplinas nuevas y jóvenes, las que comienzan, las que más necesitaran adoptar los conceptos y los métodos de otras ciencias. En segundo lugar, ¿por qué es un grupo de disciplinas próximas el que se integra en la biología general y no se constituye en ciencia general cada una de las ciencias —la botánica, la zoología, la antropología— por separado? ¿Es que no se puede definir una lógica de la zoología o de la botánica, por separado, lo mismo que existe una lógica del álgebra? De hecho, tales disciplinas aisladas pueden existir y existen, pero no por eso se convierten en ciencias generales, lo mismo que la metodología de la botánica no se convierte en biología.

L. Binsvanger parte, lo mismo que toda su corriente, de una concepción idealista del saber científico, es decir, de premisas idealistas de carácter gnoseológico y de una concepción lógico-formal de las ciencias. Para él, los conceptos están separados de los objetos reales por un abismo infranqueable. El saber tiene sus leyes, su naturaleza y su apriorismo. Conduce a una realidad conocida. Por eso, para Binsvanger, resulta posible estudiar esos apriorismos, esas leyes, esos conocimientos aislados, independientemente de lo que se conoce con ellos. Según él, es posible aplicar la crítica de la razón científica en biología, psicología, física, lo mismo que para Kant era posible la crítica de la razón pura. Binsvanger está dispuesto a admitir que los métodos de conocimiento determinan la realidad, lo mismo que para Kant la razón dictaba leyes a la naturaleza. Para él, las relaciones entre las ciencias no están determinadas por su desarrollo histórico ni por las exigencias de la experiencia científica (es decir, por las exigencias de la propia realidad que se conoce a través de la ciencia), sino por la estructura lógico-formal de los conceptos.

Este enfoque no sería concebible desde otra perspectiva filosófica, puesto que renunciaríamos a esas premisas lógico-formales y gnoseológicas y eso supondría la caída inmediata de esa concepción de la ciencia general. Basta con que adoptemos la perspectiva realista-objetiva —esto es, materialista en gnoseología y dialéctica en lógica— en el análisis teórico del conocimiento científico, para que dicha teoría resulte inviable. Este nuevo enfoque nos lleva a que la realidad determina nuestra experiencia; que la realidad determina el objeto de la ciencia y su método, y que es totalmente imposible estudiar los conceptos de cualquier ciencia prescindiendo de las realidades representadas por esos conceptos.

F. Engels señala repetidas veces que para la lógica dialéctica la metodología de la ciencia es el reflejo de la metodología de la realidad. «La clasificación de las ciencias —dice—, cada una de las cuales analiza una forma especial de devenir o una serie de formas de devenir coherentes y que se transforman las unas en las otras, es, por tanto, la clasificación, la ordenación en su sucesión inherente de estas mismas formas de devenir, y en ello reside su importancia» (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 20, págs. 564-565). ¿Cabe decirlo con mayor claridad? Cuando clasificamos las ciencias, establecemos la jerarquía de la propia realidad. «La dialéctica subjetiva, el pensamiento dialéctico no es sino el reflejo del devenir a través de contradicciones...» (Ibidem, pág. 526). Aquí aparece

claramente la exigencia de tener en cuenta la dialéctica objetiva de la naturaleza a la hora de investigar la dialéctica subjetiva en tal o cual ciencia, es decir, el pensamiento dialéctico. Naturalmente, eso no significa en modo alguno que cerremos los ojos a las condiciones subjetivas de ese pensamiento. El propio Engels, que estableció la correspondencia entre la realidad y el Pensamiento en matemática, dice que «todas las leyes numéricas dependen del sistema adoptado y se hallan condicionadas por él. Así, en los sistemas 289 base dos y base tres, dos por dos no es igual a cuatro, sino a cien o a once» (Ibíd., pág. 574). Podemos dar un paso más y decir que las presuposiciones subjetivas de que parte el proceso de conocimiento se manifiestan siempre en nuestro modo de expresar las leyes de la naturaleza y de relacionar diferentes conceptos; han de ser tenidas en cuenta, pero siempre como reflejo de la dialéctica objetiva.

Por consiguiente, a la crítica gnoseológica y a la lógica formal, como fundamentos de la psicología general, se ha de contraponer la dialéctica, que «se concibe como la ciencia de las leyes más generales de todo devenir. Esto significa que sus leyes deben regir tanto el devenir de la naturaleza y la historia humana como el que se da en el campo del pensamiento» (Ibíd., pág. 582). Quiere esto decir que la dialéctica de la psicología (así es como podemos denominar brevemente la psicología general, en contra de la definición de Binsvanger de «crítica de la psicología») es la ciencia de las formas más generales del devenir tal y como se manifiesta en el comportamiento y en los procesos de conocimiento, esto es, al igual que la dialéctica de la ciencia natural es, al mismo tiempo, la dialéctica de la naturaleza, la dialéctica de la psicología es, a la vez, la dialéctica del hombre como objeto de la psicología.

Engels considera incluso que la clasificación puramente lógica de los juicios de Hegel se basa no sólo en el pensamiento, sino también en las leyes de la naturaleza. Ese es precisamente el rasgo que él considera distinto de la lógica dialéctica. «... Lo que en Hegel se nos muestra como un desarrollo de la forma discursiva del juicio como tal, responde al desarrollo de nuestros conocimientos teóricos sobre la naturaleza del devenir en general, conocimientos que descansan sobre una base empírica. Lo que demuestra, en efecto, que las leyes del pensamiento y las leyes naturales coinciden necesariamente entre sí cuando se las conoce de un modo certero» (Ibíd., págs. 539-540). Estas palabras encierran la clave de la psicología general como parte de la dialéctica: esta correspondencia entre pensamiento y realidad que se da en la ciencia constituye a la vez el objeto y el criterio fundamental e incluso el método de la psicología general, es decir, su principio general.

Apartado 6

La psicología general guarda con las disciplinas particulares la misma relación que el álgebra con la aritmética. Esta opera con cantidades determinadas, concretas; aquélla estudia todas las formas generales posibles de relaciones entre las cualidades; por consiguiente, cada operación aritmética puede ser considerada como un caso particular de fórmula algebraica. De aquí se desprende evidentemente que para cada disciplina particular y para cada una de sus leyes no le es indiferente qué caso particular de qué fórmula general es. Lo que diferencia a la ciencia general y le atribuye su papel protagonista no dimana del hecho de que esté por encima de las ciencias, o 290 de que se base en la lógica, esto es, en los últimos fundamentos del conocimiento científico, sino del hecho de que está bajo las ciencias particulares, de que parte de las propias ciencias y éstas delegan en la ciencia general su sanción de verdad. La ciencia general surge, por tanto, de la situación prevalente que ocupa respecto a las ciencias particulares: resume su soberanía, es su portadora. Si representásemos gráficamente en forma de un círculo el sistema de conocimientos que abarcan todas las disciplinas psicológicas, la ciencia general sería el centro de la circunferencia.

Supongamos ahora que tenemos varios centros distintos, como en el caso de la discusión entre disciplinas especiales que pretenden ser el centro, o de la pretensión de diferentes ideas de ser el principio explicativo central. Es evidente que les corresponderán distintas circunferencias; como cada nuevo centro será al mismo tiempo un punto periférico de la antigua circunferencia, obtendremos, por consiguiente, varias circunferencias que se cortan entre sí. Esa nueva distribución de cada circunferencia representaría gráficamente en nuestro ejemplo un sector particular de conocimiento de los que se ocupa la psicología desde su propio centro, es decir, en cuanto disciplina general.

Quien adopte el punto de vista de la disciplina general o, lo que es lo mismo, se plantee los hechos de las disciplinas generales no en un plano de igualdad, sino como material científico, y se pregunte cómo abordan esas disciplinas los hechos de la realidad, sustituirá inmediatamente el punto de vista de la crítica por el del análisis. La crítica se halla en el mismo plano que lo criticado y se desarrolla íntegramente en el seno de una disciplina concreta. Su objetivo es exclusivamente crítico y no positivo: sólo le interesa si tal o cual teoría es verdadera o no y en qué grado; valora y juzga, pero no analiza. A crítica a B, pero ambos ocupan igual posición respecto a los hechos. La cuestión varía cuando A comienza a adoptar respecto a B la misma posición que éste respecto a los hechos, es decir, no criticar a B, sino analizarlo. El análisis pertenece ya a la ciencia general; sus tareas no son críticas, sino positivas; no le interesa valorar tal o cual doctrina, sino conocer algo nuevo sobre los hechos que ofrece la doctrina. Entonces, cuando la ciencia utiliza la crítica como método, tanto el proceso [la investigación. —R. R.] como el resultado de ese proceso se diferenciarán radicalmente de la discusión crítica. Al fin y al cabo, la crítica formula opiniones, aunque se trate de opiniones sólidas y seriamente fundamentadas, mientras que el análisis general establece leyes y hechos objetivos.

Sólo quien eleve su análisis desde el plano de la discusión crítica de tal o cual sistema hasta la altura de la investigación básica, con ayuda de los métodos de la ciencia general, descubrirá el verdadero significado de la crisis de la psicología y percibirá la estructura subyacente en la actual confrontación de ideas y posiciones, una confrontación condicionada por el propio desarrollo de la ciencia y por la naturaleza de la realidad a estudiar en la fase de su conocimiento. En lugar del caos de opiniones heterogéneas, de la abigarrada discrepancia de opiniones, se le ofrecerá un cuadro armonioso sobre los criterios fundamentales que rigen el desarrollo científico. Se le mostrará el 291 sistema de tendencias objetivas que necesariamente se han de dar en la tarea histórica del desarrollo de la ciencia y que actúan, con la fuerza de un muelle de acero, a pesar de investigaciones y teóricos. En lugar de discutir y valorar

críticamente a tal o cual autor, en lugar de tacharle de inconsciente y contradictorio, se dedicará al análisis positivo de las exigencias que plantean las tendencias objetivas de la ciencia. Logrará así hacerse con un mapa del esqueleto de la ciencia general en cuanto sistema de leyes, principios y hechos determinados, en lugar de un conjunto de opiniones sobre opiniones.

Sólo un investigador así captará con fidelidad y precisión el significado de la catástrofe que se está produciendo y obtendrá una idea clara del papel que juega cada teoría y escuela, del lugar que ocupa y del significado que tiene. En vez de recurrir al impresionismo y a la subjetividad, inevitables en toda crítica, se guiará por la certeza científica y por la veracidad. Desaparecerán para él (y ése será el primer resultado del nuevo punto de vista) las diferencias individuales. Comprenderá el papel de individuo en la historia; comprenderá que no se pueden explicar las pretensiones de universalismo de la reflexología partiendo de errores y opiniones personales, de particularidades, de la ignorancia de sus creadores, lo mismo que no puede explicarse la revolución francesa basándose en la corrupción de los reyes y de la corte. Podrá analizar en qué medida el desarrollo de la ciencia depende de la buena o mala voluntad de sus artífices, qué es lo que se puede explicar en función de esa voluntad y lo que, por el contrario, debe ser explicado más allá de ella, en base a las tendencias objetivas que actúan a pesar de esos artífices. Es evidente que el carácter universal que adopta en Béhjterev la perspectiva reflexológica viene determinado tanto por las peculiaridades de una creación personal como por su bagaje científico. Pero también para Pavlov, con una mentalidad y una experiencia científica distintas, la reflexología constituye la «última ciencia», la «omnipotente ciencia natural, que proporcionará la «verdadera, completa y total felicidad humana» (1950, pág. 17). El mismo camino recorren de forma distinta el behaviorismo y la psicología de la Gestalt. Está claro que lo que hay que estudiar, en lugar del mosaico de la buena y mala voluntad de los investigadores, es la unidad de los procesos de regeneración del tejido científico en psicología, que está condicionando la voluntad de todos los investigadores.

Apartado 7

Podemos desvelar el significado exacto de la dependencia entre cada operación psicológica y la ley general, tomando como ejemplo cualquier problema que haya rebasado los límites de la disciplina particular que lo ha planteado.

Cuando T. Lipps, al hablar del subconsciente dice que no es tanto una cuestión psicológica como una cuestión de la psicología, se está refiriendo a que el subconsciente es un problema de la psicología general (1914). Con ello [292](#) sólo quería significar que la cuestión del subconsciente no se resolvería como resultado de tal o cual análisis parcial, sino de una investigación básica con los métodos de la ciencia general. Es decir, comparando amplísimos datos de los más diversos sectores de la ciencia: relacionando el problema con algunas de las premisas fundamentales del conocimiento científico, por un lado, y con algunos de los resultados más generalizados de todas las ciencias, por otro; encontrando el lugar, de este concepto dentro del sistema de los conceptos fundamentales de la psicología; realizando un análisis dialéctico esencial sobre la naturaleza del concepto y de las cualidades de la realidad que éste ha abstraído. Este análisis precede lógicamente a cualquier análisis concreto sobre aspectos parciales de la vida subconsciente y determina la manera en que deben plantearse los propios análisis.

Como muy bien dijo Münsterberg: «Al fin y al cabo, vale más obtener una respuesta provisional y relativamente exacta a una pregunta correctamente planteada, que contestar con la exactitud de una décima a una pregunta planteada de forma equivocada» (1922, pág. 6). En la creación y la investigación científica, el planteamiento correcto de una pregunta no es un acto menos importante que la elaboración de la respuesta adecuada, y exige mucha más responsabilidad. La inmensa mayoría de las investigaciones psicológicas modernas anota con sumo cuidado y exactitud la última fracción decimal de la respuesta a una pregunta planteada erróneamente de raíz.

El tipo y cobertura de los materiales que estudiemos variarán en función de que aceptemos, junto con Münsterberg, que el subconsciente es simplemente fisiológico y no psicológico; o que convengamos con otros en considerar los fenómenos temporalmente ausentes de la conciencia como subconscientes (como toda una masa de recuerdos, conocimientos y hábitos, potencialmente conscientes) o de que llamemos subconscientes a los fenómenos que no han alcanzado el umbral de la conciencia, que son mínimamente conscientes, periféricos en el campo de la conciencia, automáticos e irreconocibles; o de que hallemos en la base del desplazamiento subconsciente, junto con Freud, una tendencia de carácter sexual o en nuestro segundo yo, una personalidad especial; o que finalmente demos a todos estos fenómenos el nombre de in-, sub- o superconscientes o admitamos las tres denominaciones, al igual que Stern. Todo ello hará variar seriamente el tipo, la cobertura, la composición y las propiedades del material a estudiar. La pregunta presupone en parte la respuesta.

Los intentos eclécticos de conjugar elementos heterogéneos, de distinta naturaleza y de distintos orígenes científicos, carecen de ese carácter sistemático, de esa sensación de estilo, de esa conexión entre nexos que proporciona el sometimiento de las tesis particulares a una sola idea que ocupa un lugar central en el sistema del que forma parte. Tales son, por ejemplo, las síntesis del behaviorismo y la psicología freudiana en las publicaciones norteamericanas; el freudismo sin Freud de los sistemas de A. Adler y K. Jung; el freudismo reflexológico de Béhjterev y A. B. Zalkind y finalmente, los intentos de unir la psicología freudiana y el marxismo (A. K. Luria, 1925; B. D. Fridman, [293](#) 1925). ¡Cuántos ejemplos sólo en el campo del subconsciente! Todos estos planteamientos toman la cola de un sistema y la adaptan a la cabeza de otro, intercalando entretanto el tronco de un tercero. No es que tan monstruosas combinaciones sean erróneas, todas ellas son verídicas hasta la última fracción decimal, pero la pregunta a que tratan de responder está planteada equivocadamente. Se puede multiplicar el número de habitantes de Paraguay por el de verstas que hay de la Tierra al Sol y dividir el producto obtenido por la duración media de la vida del elefante y realizar impecablemente toda la operación, sin equivocarse en una sola cifra, y aun así el número obtenido puede conducir a error a quien quiera saber cuál es la renta nacional de Paraguay. Eso es lo que hacen los eclécticos: responden a la pregunta planteada por la filosofía marxista con lo que les sugiere la metapsicología freudiana.

Para mostrar la arbitrariedad de estos intentos, nos detendremos en tres tipos de casos de unión de una pregunta de un tipo con una respuesta de otro. No pretendemos, ni mucho menos, agotar toda la gama de intentos eclécticos con estos tres ejemplos.

El primer intento de asimilar a una escuela cualquiera los productos científicos de otra consiste en trasladar directamente las leyes, los hechos, las teorías, las ideas, etc. En apoderarse de un sector más o menos amplio ocupado por otros investigadores, en anexionarse un territorio ajeno. Tal política de anexión directa la suele vivir todo sistema científico nuevo que extienda su influencia a disciplinas cercanas y pretenda ocupar un papel rector en la ciencia general. Su propio material resulta excesivamente reducido y este mismo sistema absorbe y subordina cuerpos extraños, modificándolos ligeramente y rellenando así el vacío de sus extensos límites. Generalmente, lo que resulta es un conglomerado de teorías científicas y hechos embutidos con horrible arbitrariedad dentro de los límites de la idea que los une.

Así es el sistema de la reflexología de V. M. Bétjerev. Para él, todo vale, incluso la teoría de A. I. Vvedinski sobre la incognoscibilidad del yo ajeno (es decir, la expresión extrema del solipsismo y del idealismo en psicología), bastándole con que esta teoría confirme más o menos su tesis particular de la necesidad del método objetivo. El que, dentro del conjunto general de todo el sistema, esa idea de la incognoscibilidad represente una profunda brecha que socava los fundamentos del enfoque realista de la personalidad no le importa al autor (señalemos, por cierto, que Vvedinski apoya su teoría en los trabajos de... Pavlov, sin darse cuenta de que al llamar en su ayuda al sistema de la psicología objetiva está recurriendo a su enterrador). Pero para el metodólogo resulta profundamente significativo que antípodas como «Vvedinski-Pavlov» y «Bétjerev-Vvedinski» no sólo se desmientan entre sí, sino que presupongan necesariamente la existencia de ambos y vean en la coincidencia de sus conclusiones el testimonio de la «firmeza de esas conclusiones». Para el tercero [es decir, para el metodólogo -R. R.] esta claro que no se trata de una coincidencia de conclusiones obtenidas de forma [294](#) totalmente independiente por representantes de diferentes especialidades (por ejemplo, del filósofo Vvedinski y el fisiólogo Pavlov), sino de la coincidencia de los puntos de vista de partida, que tienen su origen en las premisas filosóficas del idealismo dualista. Esta «coincidencia» viene predeterminada desde el mismo principio: Bétjerev acepta a Vvedinski; si uno tiene razón, también la tendrá el otro.

El principio de la relatividad de A. Einstein y los principios de la mecánica newtoniana, incompatibles de por sí, se avienen perfectamente en el sistema ecléctico. La «Reflexología colectiva» de Bétjerev reúne el catálogo positivo de las leyes universales. En este sentido, la metodología del sistema se caracteriza por un pensamiento volátil e impulsivo, por una inercia de ideas que, a través de una comunicación directa, saltándose todos los trámites intermedios, nos lleva a la ley de la relación proporcional entre la velocidad del movimiento y la fuerza motriz, establecida en mecánica, al hecho de la participación de los Estados Unidos de América en la Gran Guerra europea y viceversa, del experimento de cierto doctor Schwarzmann sobre los límites de la frecuencia de las excitaciones cutáneas, que permiten la formación del reflejo concatenado, a la «ley universal de la relatividad, que se manifiesta por doquier y que alcanzó su culminación definitiva en la relación entre los astros y los planetas en las brillantes investigaciones de Einstein» (V. M. Bétjerev, 1923, pág. 344).

No hace falta decir que la anexión de áreas psicológicas es igual de terminante y audaz. Las investigaciones de los procesos mentales superiores realizadas por la escuela de Wurtzburgo, así como los resultados de los estudios de otros representantes de la psicología subjetiva «se pueden coordinar con el esquema de los reflejos cerebrales o combinatorios» (Ibidem, pág. 387). No hay necesidad de señalar que sólo con esta frase se borran todas las premisas esenciales del sistema propio: ya que si todo puede coordinarse con el esquema del reflejo y todo «está completamente de acuerdo» con la reflexología, incluso lo descubierto por la psicología subjetiva, ¿por qué ir contra esa psicología? Los descubrimientos realizados en Wurtzburgo se han obtenido con un método que, en opinión de Bétjerev, no conducen a la verdad; y, sin embargo, están completamente de acuerdo con la verdad objetiva. ¿Cómo puede ser esto?

Con la misma despreocupación se procede a la anexión del territorio del psicoanálisis. Para ello basta con declarar que «la doctrina de los complejos de K. Jung se corresponde completamente con los datos de la reflexología. Pero en un párrafo anterior hemos señalado que esta doctrina se basa en un análisis subjetivo, que rechaza Bétjerev. No importa: nos hallamos en un mundo de una armonía preestablecida, de una maravillosa correspondencia, de una admirable coincidencia de doctrinas basadas en análisis falsos y datos procedentes de las ciencias exactas; más precisamente, nos encontramos en un mundo de «revoluciones terminológicas», según expresión de P. P. Blonski (1925 a, pág. 226). [295](#)

Toda nuestra época ecléctica está llena de estas coincidencias. Por ejemplo, A. B. Zalkind anexiona esos mismos sectores del psicoanálisis y de la doctrina de los complejos en nombre de los sectores dominantes. Resulta que la escuela psicoanalítica ha desarrollado el mismo concepto de dominancia, sólo que «con otras expresiones y con otros métodos», con plena independencia de la escuela reflexológica. «La corriente de los complejos» de los psicoanalíticos, «la orientación estratégica» de los adlerianos son los mismos dominantes, pero en formulaciones fisiológicas generales. La anexión, la trasposición mecánica de fragmentos de un sistema ajeno al propio, parece producirse en este caso, como en todos los casos siempre, de manera milagrosa y como evidencia de verdad. Semejante coincidencia teórica y práctica «casi milagrosa» de dos doctrinas que operan con un material manifiestamente distinto y que emplean métodos totalmente diferentes constituye una prueba convincente de lo acertado del camino fundamental que sigue la actual reflexología.²

² Es curioso que Bétjerev vea esa coincidencia subjetiva del concepto de dominancia y con relación a un sector totalmente distinto: cuando describe la escuela de Jung y de Freud orientación de los complejos, encuentra también, naturalmente, plena coincidencia con los datos que ofrece la reflexología, pero no con el dominante. A éste le corresponden, en cambio, los fenómenos descritos por la escuela de Wurtzburgo, o sea que «participa en los procesos de la lógica» individualmente y correlaciona con el concepto de tendencia determinante, bien a la atención, según A. A. Ujtomski) es la mejor prueba de la vacuación, la inutilidad, la esterilidad y la arbitrariedad de estas coincidencias.

Recordemos que para Vvedienski su coincidencia con Pavlov era también una prueba de la veracidad de sus tesis. Más aún: esta coincidencia muestra, como señala repetidas veces Bèjtèrev, que se puede llegar a una verdad coincidente a través de métodos completamente distintos. En realidad, lo que prueba la coincidencia es tan sólo la carencia metodológica de principios y el eclecticismo del sistema en que se establece la coincidencia. Un refrán oriental dice que quien toma un pañuelo ajeno toma el olor ajeno; quien toma de los psicoanalíticos la doctrina de los complejos de Jung, la catarsis de Freud, la orientación estratégica de Adler, toma también una buena dosis del olor de esos sistemas, es decir, del espíritu filosófico de sus autores.

Si este primer procedimiento de importación de ideas ajenas de una escuela a otra recuerda la anexión de un territorio ajeno, el segundo procedimiento de asociación de ideas ajenas se asemeja a un tratado de alianza entre dos países, mediante el cual ninguno de los dos pierde su independencia, pero acuerdan actuar conjuntamente, partiendo de la comunidad de intereses. Este procedimiento es al que se suele recurrir cuando se quieren asociar el marxismo y la psicología freudiana. En este caso se utiliza el método que por analogía con la geometría podríamos denominar «método de superposición lógica de conceptos». Define al sistema marxista como monista, materialista, dialéctico, etc. Después se establece el monismo, el materialismo, etc. del sistema freudiano; al superponer los conceptos, éstos coinciden, y se 296 declaran unidos los sistemas. Mediante un procedimiento elemental se eliminan contradicciones burdas, bruscas, que saltan a la vista, excluyéndolas simplemente del sistema, se las considera exageradas, etc. Así es como se desexualiza el freudismo, porque el pansexualismo no concuerda en modo alguno con la filosofía de Marx. «Bueno», nos dicen, «admitamos el freudismo sin los postulados de la sexualidad». Pero ocurre que esos postulados precisamente constituyen el nervio, el alma, el centro de todo el sistema. ¿Cabe aceptar un sistema sin su centro? Porque la psicología freudiana sin el postulado de la naturaleza sexual del inconsciente es lo mismo que el cristianismo sin Cristo o el budismo con Alá.

Sería, naturalmente, un milagro histórico que en Occidente hubiera surgido y se hubiera creado un sistema acabado de filosofía marxista sobre raíces filosóficas totalmente distintas y una situación cultural completamente diferente. Eso habría significado que la filosofía no determina en absoluto el desarrollo de la ciencia. Fijémonos si no: parten de Schopenhauer para crear la psicología marxista, lo cual equivale a la misma total esterilidad del intento de unir psicología freudiana y marxismo, al igual que el éxito de la coincidencia bejtèreviana significaría la bancarrota del método objetivo: si los datos del análisis subjetivo coinciden íntegramente con los del objetivo, habría que preguntarse por qué es peor el análisis subjetivo. Si Freud pensaba sin saberlo en otros sistemas filosóficos y aún adhiriéndose conscientemente a ellos creó la doctrina marxista de la psique, ¿en nombre de qué, cabe preguntarse, hay que infringir tan fructífero error: si en Freud no hay que modificar nada, en opinión de estos autores, para qué unir el psicoanálisis con el marxismo? Al hilo de esta argumentación surge una curiosa pregunta: ¿cómo es posible que la evolución lógica de un sistema que coincide por completo con el marxismo, le lleve a considerar que lo fundamental es la idea de la sexualidad, siendo que el carácter fundamental de esa idea es claramente irreconciliable con el marxismo? ¿Es que un método no es responsable en alguna medida de las conclusiones conseguidas con su ayuda? ¿Cómo es posible que un método veraz, que crea un sistema veraz, basado en premisas veraces, haya llevado a sus autores a una teoría falsa, a una idea central falsa? Hay que poseer una gran dosis de despreocupación metodológica para no ver estos problemas, que surgen inevitablemente en todo intento mecánico de desplazar el centro de cualquier sistema científico: en este caso, desde la doctrina de Schopenhauer sobre la voluntad como base del mundo a la doctrina de Marx sobre el desarrollo dialéctico de la materia.

Pero aún nos espera lo peor. Estos intentos llevan a cerrar los ojos a hechos contradictorios, conducen a no prestar atención a áreas amplísimas, a principios capitales, introducen monstruosas tergiversaciones en los dos sistemas que se trata de unir. Obliga a realizar en ambas transformaciones como las que lleva a cabo el álgebra para demostrar la identidad de dos expresiones. Pero transformar el aspecto de los sistemas, operando con magnitudes absolutamente disímiles a las algebraicas, conduce siempre de hecho a deformar la esencia de los propios sistemas. 297

Por ejemplo, en el artículo de A. R. Luria se presenta el psicoanálisis como el «sistema de psicología monista», cuya metodología «coincide con la metodología del marxismo» (1925, pág. 55). Para demostrarlo, se operan transformaciones verdaderamente ingenuas en ambos sistemas, como resultado de las cuales acaban «coincidiendo». Veamos brevemente estas transformaciones. Ante todo, en el artículo se incluye al marxismo en la metodología general de la época (junto con Darwin, Kant, Pavlov, Einstein, todos los cuales establecen el fundamento metodológico de la época). El papel y la importancia de cada uno de los mencionados autores son, claro está, profundamente distintos por principio. Y el papel del materialismo dialéctico es absolutamente diferente por su propia naturaleza. No conocer eso implicaría, en general, excluir mecánicamente el método sumativo de los «grandes logros científicos». Basta con reducir a un común denominador todos estos nombres y el marxismo para que no resulte difícil la adhesión a este último de cualquier «gran logro científico», porque ésa es precisamente la premisa; porque es precisamente en ella y no en la conclusión donde se encierra la «coincidencia» que se busca. La «metodología fundamental de la época» está integrada por la suma de los descubrimientos de Pavlov, Einstein, etc.; el marxismo es uno de los descubrimientos que forman parte del «grupo de principios obligatorios para todas las ciencias conexas». Ahí, es decir, en la primera página se podrían dar por terminados todos los razonamientos: basta con citar juntos a Einstein y Freud (porque también éste representa un «gran logro científico») y participa, por tanto, en el «fundamento metodológico general de la época». ¡Pero cuánta confianza carente de espíritu crítico hay que tener en los nombres científicos para extraer de la suma de apellidos famosos la metodología de una época!

No existe una única metodología fundamental de una época; lo que hay en realidad son conjuntos de principios metodológicos en litigio, profundamente hostiles, que se excluyen unos a otros, y cada teoría —la de Pavlov, la de Einstein, etc.— tiene sus valores metodológicos. Sacar del paréntesis la metodología general de la época y diluir en ella el marxismo significa transformar no sólo la apariencia, sino también la esencia del marxismo.

Pero esas transformaciones también las experimenta inevitablemente la psicología freudiana. Al propio Freud le habría extrañado mucho haberse enterado de que el psicoanálisis es un sistema de la psicología monista y que él «continúa metodológicamente... el materialismo histórico» (B. D. Fridman, 1925, pág. 159). Evidentemente, ninguna revista psicoanalítica publicaría artículos de Luria o de Fridman. Y eso es muy importante. Porque nos hallamos ante una situación rarísima: Freud y su escuela no se declaran en ningún sitio ni monistas, ni materialistas, ni dialécticos, ni continuadores del materialismo histórico. En cambio, a ellos les declaran: «ustedes son esto, la otro y lo de más allá; ustedes mismos no saben qué son». No es que la situación sea imposible, podría darse, pero exige aclarar con precisión las bases metodológicas de la doctrina, establecer cómo la conciben y cómo la han desarrollado sus autores, y después desmentir con claridad los fundamentos 298 de la misma e indicar de qué bases se ha servido el psicoanálisis para desarrollar un sistema de metodología ajena a sus autores. En lugar de ello, sin un solo análisis de los conceptos principales de Freud, sin sopesar e iluminar críticamente sus premisas y puntos de partida, sin ilustrar críticamente la génesis de sus ideas, incluso sin una simple información de cómo concibe de hecho Freud los fundamentos filosóficos de su sistema, se afirma mediante la acumulación lógico-formal de hechos la identidad de los dos sistemas.

Pero ¿puede ser verídica esta característica lógico-formal de ambos sistemas? Hemos visto ya cómo se extrae del marxismo su aportación a la metodología general de la época, en la que todo se reduce, de forma ejemplar e ingenua, a un común denominador: al ser Einstein y Pavlov y Marx ciencia, han de tener un fundamento común. Pero en esto aún se desfigura más la psicología freudiana. No me refiero yo al hecho de desposeerla de la idea central, siguiendo un procedimiento mecánico, como hace A. B. Zalkind (1924), que silencia esa idea en su artículo (lo cual es también curioso). Pero veamos el supuesto monismo del psicoanálisis, con el que Freud no habría estado de acuerdo. ¿Dónde, en qué palabras, con qué motivo se pasó al terreno del monismo filosófico a que se refiere el artículo? ¿Es que toda reducción de un cierto grupo de hechos a la unidad empírica es monismo? Al contrario, Freud reconoce siempre lo psíquico, es decir, lo inconsciente como una fuerza especial, que, no puede reducirse a ninguna otra. Además, ¿por qué ese monismo «materialista» en el sentido filosófico? El materialismo médico (que reconoce la influencia de órganos aislados, etc. en las formaciones psíquicas) está todavía muy lejos del filosófico. Juega fundamentalmente un papel gnoseológico en la filosofía marxista, y Freud se mantiene en lo gnoseológico en el terreno de la filosofía idealista. Es un hecho (no sólo no desmentido, sino ni siquiera analizado por los autores de la «coincidencia») que la doctrina de Freud sobre el papel primario de las pasiones ciegas, papel que se refleja de forma inconsciente y desvirtuado en la conciencia, se remonta directamente a la metafísica idealista de la voluntad y a las representaciones de Schopenhauer. En sus conclusiones más extremas, el propio Freud señala que se halla en el puerto de Schopenhauer. Pero también en sus premisas fundamentales, así como en las líneas determinantes de su sistema, está ligado a la filosofía del gran pesimista, como puede ponerlo de manifiesto el análisis más simple.

Y también en sus trabajos «prácticos» el psicoanálisis muestra sus tendencias profundamente estáticas y no dinámicas, conservadoras, antidialécticas y antihistóricas. Reduce los procesos psíquicos superiores —individuales y colectivos— directamente a raíces que han evolucionado poco, primitivas, en esencia prehistóricas, prehumanas, sin dejar espacio a la historia. La obra de F. M. Dostoievski se analiza del mismo modo que los tótems y tabúes de las tribus primitivas; la Iglesia cristiana, el comunismo, la horda primaria, todo ello procede en el psicoanálisis de una misma fuente. Que tales tendencias se hallan en el psicoanálisis lo testimonian todos los trabajos de 299 esta escuela que tratan de los problemas de la cultura, la sociología, la historia. Comprobamos por tanto que no sigue, sino que niega, la metodología del marxismo. Pero de eso, ni una palabra.

Por último, y en tercer lugar, todos los conceptos principales del sistema psicológico de Freud se remontan a T. Lipps. Los conceptos de «inconsciente, de «energía psíquica ligada a determinadas representaciones», de las pulsiones como base de la psique, de la lucha de las pulsiones y de las transferencias, de la naturaleza afectiva de la conciencia, etc. Con otras palabras, las raíces psicológicas de Freud se adentran en las capas espiritualistas de la psicología de Lipps. ¿Cómo cabe no tener esto en cuenta para nada al hablar de la metodología de Freud?

Por consiguiente, vemos de dónde surge Freud y hacia dónde se dirige su sistema: de Schopenhauer y Lipps a Kohlnay y la psicología de las masas. Hace falta ser monstruosamente tolerante para silenciar la metapsicología, la psicología social,³ la teoría de la sexualidad de Freud, cuando se explica el sistema del psicoanálisis. Ese modo de exponer el sistema llevaría a que una persona que no conociera a Freud obtuviera una idea equivocada de él. El propio Freud habría sido el primero en protestar contra la denominación de «sistema». En su opinión, uno de los mayores méritos del psicoanálisis y de su autor consiste en que éste elude conscientemente el carácter del sistema (1925). Él mismo Freud rechaza el «monismo» del psicoanálisis: no insiste en reconocer el carácter exclusivo y original de los hechos descubiertos por él; no trata en absoluto de «ofrecer una teoría exhaustiva de la vida espiritual del hombre». Se limita a exigir la aplicación de su tesis para completar y corregir nuestros conocimientos obtenidos por cualquier medio (Ibídem). En otro lugar dice que el psicoanálisis se caracteriza por su técnica y no por su contenido. También manifiesta que la teoría psicológica es sólo temporal y que será sustituida por una teoría orgánica.

Todo esto puede conducir fácilmente a error. Puede parecer que el psicoanálisis carece, en efecto, de sistema y que sus datos pueden utilizarse para corregir y ampliar cualquier sistema de conocimientos adquirido por cualquier otro medio. Pero eso es profundamente erróneo. De lo que carece el psicoanálisis es de una teoría-sistema apriorista; como sucede con Pavlov, Freud ha descubierto demasiado para crear un sistema abstracto. Pero lo mismo que el héroe de Moliere que, sin sospecharlo, hablaba toda su vida en prosa, Freud, como investigador, creaba un sistema: al introducir un nuevo vocablo, al relacionar un término con otro, al

³ Es curioso señalar que no sólo los críticos de Freud crean en su nombre una nueva psicología social, sino que también los reflexólogos (A. B. Zalkind) rechazan los intentos que hace la reflexología de «penetrar» en el campo de los fenómenos sociales, de explicarlos a través de ella, así como algunas de sus pretensiones filosóficas generales y también el método de investigación de «en alguna parte» (A. B. Zalkind, 1924).

describir un nuevo hecho, al extraer una nueva conclusión iba creando paso a paso un sistema. Lo que sucede es que la estructura de su sistema es muy específica, muy oscura y complicada, y que resulta muy difícil orientarse en ella. Es mucho más fácil 300 hacerlo en los sistemas metodológicos conscientes, precisos, libres de contra-dicciones, que tienen plena conciencia de sus maestros, que han sido unificados y estructurados lógicamente; es mucho más difícil valorar con acierto y descubrir la verdadera naturaleza de las metodologías inconscientes, que se forman espontánea, contradictoriamente, bajo las más diversas influencias, a las que pertenece precisamente el psicoanálisis. Por eso, éste exige un análisis metodológico particularmente escrupuloso y crítico y no la ingenua superposición de los rasgos de dos sistemas distintos.

«Para una persona no versada en los problemas científico-metodológicos —dice V. N. Ivanovski—, el método es el mismo para todas las ciencias» (1923, pág. 249). Y la ciencia que más ha sufrido esta falta de comprensión del problema ha sido la psicología. Siempre la adscribían o bien a la biología o a la sociología. No ha sido frecuente que se valorasen sus leyes y teorías mediante el criterio de la propia metodología psicológica, es decir, partiendo de un interés hacia el pensamiento científico psicológico como tal, de su teoría y su metodología, de sus fuentes, formas y fundamentos. Es por eso por lo que en nuestra crítica de sistemas ajenos, en la valoración de su veracidad, carecemos de lo fundamental: de la comprensión de su fundamento metodológico, que es el único que puede llevar a la valoración correcta del conocimiento en lo que respecta a su carácter demostrable e indudable (V. N. Ivanovski, 1923). Y según esta regla, dudar de todo, no creer nada a pie juntillas, exigir a toda tesis sus fundamentos y sus fuentes del conocimiento es la primera regla de la metodología de la ciencia. Así nos protegemos de un error todavía mayor: no ya considerar iguales los métodos de todas las ciencias, sino creer que la estructura de todas las ciencias es la misma.

«La mente sin experiencia se representa, por así decirlo, cada ciencia en un plano: dado que la ciencia constituye un conocimiento fidedigno, indudable, en ella todo debe ser fehaciente: todo su contenido debe obtenerse y demostrarse mediante un mismo método, que proporciona un conocimiento fidedigno. No es esto lo que sucede en realidad: en toda ciencia nos encontramos, sin duda alguna, con hechos aislados comprobados (y grupos de hechos análogos), con tesis y leyes generales establecidas de forma incontrovertible, pero también con suposiciones, hipótesis, que unas veces tiene carácter temporal y provisional, y otras, en cambio, señalan los últimos límites de nuestros conocimientos (en una determinada época, por lo menos); nos encontramos con conclusiones más o menos indudables de tesis establecidas de forma inmovible; con estructuras que amplían los límites de nuestros conocimientos o que tienen el significado de «ficciones» introducidas conscientemente; con analogías, generalizaciones aproximadas, etc. La ciencia tiene una estructura variada, y la comprensión de este hecho tiene un significado importantísimo para la cultura científica del individuo. Cada tesis científica particular posee su grado de autenticidad propio, inherente tan sólo a ella y dependiente del procedimiento y grado de su fundamentación metodológica, y la ciencia —enfocada metodológicamente— no constituye 301 una superficie homogénea continua, sino un mosaico de tesis de diferente grado de autenticidad (ibidem, pág. 250).

Por eso, el segundo procedimiento de fusión de los sistemas comete dos errores principales: 1) la combinación del método de todas las ciencias (Einstein, Pavlov, A. Comte, Marx) y 2) la reunión de toda la heterogénea estructura del sistema científico en un plano, en «una superficie homogénea continua. La limitación de la personalidad al dinero; de la honestidad, el tesón y otras mil cosas distintas a la erótica anal (A. K. Luria, 1925) aún no significa monismo; y la confusión de esta tesis, en cuanto a su naturaleza y grado de autenticidad, con los principios del marxismo es un enorme error. El principio que se desprende de esta tesis, la idea general que está tras ella, su importancia metodológica, el método de análisis que se le prescribe, son profundamente conservadores: lo mismo que el presidiario está encadenado a la galera, en el psicoanálisis el carácter lo está a la erótica infantil, la vida humana está predeterminada en lo más esencial por los conflictos infantiles, toda ella consiste en eliminar el complejo de Edipo, etc., la cultura y la vida de la humanidad se aproximan nuevamente a la vida primitiva. Es precisamente esa capacidad de separar los hechos de sus significados visibles y próximos la condición primera y necesaria del análisis. No quiero decir de ninguna manera que en el psicoanálisis todo contradiga el marxismo. No es éste el problema que aquí me preocupa. Lo que me preocupa es destacar cómo se deben unir dos sistemas de ideas (metodológicamente), y cómo no se deben unir (sin espíritu crítico).

En el enfoque no crítico cada cual ve lo que quiere y no lo que es: un marxista encuentra en el psicoanálisis el monismo, el materialismo o la dialéctica que no aparecen en él; un fisiólogo, como A. K. Luria, supone que el «psicoanálisis es un sistema psicológico solamente de nombre; en realidad, es objetivo, fisiológico» (1922, pág. 69). Y el metodólogo Binsvanger parece que es el único que en su trabajo dedicado a Freud señala que, a su juicio, es lo psicológico, es decir, lo antifisiológico, lo que constituye el principal mérito de Freud en psiquiatría. «Pero —añade— ese conocimiento no se conoce aún a sí mismo, esto es, carece de la comprensión de sus conceptos principales, de su logos» (1922, pág. 5).

Por eso resulta especialmente difícil estudiar el conocimiento que aún no ha tomado conciencia de sí mismo y de su logos. Lo cual no significa naturalmente en modo alguno que los marxistas no deban estudiar el inconsciente por el mero hecho de que las concepciones principales de Freud contradigan el materialismo dialéctico. Por el contrario, precisamente porque el psicoanálisis estudia su objeto a base de medios impropios, es necesario conquistarlo para el marxismo, estudiarlo empleando los medios de la verdadera metodología. De otro modo, si en el psicoanálisis todo coincidiera con el marxismo, no habría que cambiar nada en 41 y los psicólogos podrían desarrollarlo precisamente como psicoanalistas y no como marxistas. Y para llevar a cabo ese estudio, hay que observar ante todo la naturaleza metodológica de cada idea, de cada tesis. En estas condiciones, las ideas más 302 metapsicológicas pueden ser interesantes y aleccionadoras; por ejemplo, la doctrina de Freud sobre el impulso hacia la muerte.

En el prefacio que he escrito para la traducción del libro de Freud sobre este tema, he intentado demostrar que, por muy poco convincentes que sean sus conformaciones reales (neurosis traumáticas y repetición de sensaciones desagradables en el juego infantil), por muy paradójica y contradictoria que resulte su comparación con las ideas biológicas universalmente admitidas, por muy clara que sea la coincidencia de sus conclusiones con la filosofía del nirvana, el concepto con el que opera Freud, el concepto de impulso hacia la muerte, responde a la necesidad de la biología actual de dominar la idea de la muerte, al igual que las matemáticas tuvieron necesidad en tiempos del concepto del número negativo. Planteo la tesis de que el concepto de vida en biología ha alcanzado una gran claridad. La ciencia lo ha asimilado y sabe cómo operar con él, cómo analizar e interpretar lo viviente, pero el concepto de muerte no se ha logrado dominar. En el lugar de ese concepto se entreabre un hueco, un lugar vacío. La muerte se interpreta únicamente como una contraposición contradictoria de la vida, como la ausencia de vida, en suma, como el no ser. Pero la muerte es un hecho que tiene también su significado positivo, es un aspecto particular del ser, y no sólo del no ser; es un cierto algo y no la completa nada. Y ese significado positivo de la muerte es desconocido por la biología. En realidad, la muerte es la ley universal de lo viviente; es imposible concebir que este fenómeno no represente nada en el organismo, es decir, en los procesos de la vida. Resulta difícil creer que la muerte carezca de significado o que sólo tenga un significado negativo.

Engels manifiesta una opinión análoga a ésta. Se refiere a la idea de Hegel de que no puede haber ninguna fisiología científica que no considere la muerte como elemento esencial de la vida y que no comprenda que la negación de la vida está incluida de hecho en la propia vida, de modo que la vida se concibe siempre con referencia a su resultado necesario, la muerte, contenida siempre en ella en estado germinal. A eso se reduce precisamente la concepción dialéctica de la vida: «Vivir es morir» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 20, pág. 611).

Es precisamente esa idea la defendida por mí en el mencionado prefacio al libro de Freud: la necesidad de asimilar el concepto de la muerte a los principios de la biología y de designar —aunque de momento con la «x» algebraica o el paradójico «impulso de muerte» ese registro desconocido aún, pero que indudablemente existe, con que la tendencia hacia la muerte está representada en el organismo. Con ello no quiero decir que la solución dada por Freud a este problema sea un camino real en la ciencia ni una vía para todos. Es más bien una senda alpina sobre los precipicios para quienes no padecen vértigo. Creo que la ciencia también tiene necesidad de semejantes libros: libros que no descubran verdades, sino que enseñen a buscar la verdad, aunque no la hayan encontrado. Allí decía claramente que la importancia del libro no depende de la comprobación real de su autenticidad: en esencia, plantea la cuestión correctamente. Y para plantear tales cuestiones [303](#) hace falta mayor creatividad que para llevar a cabo una observación ordinaria en cualquier ciencia, de acuerdo con el modelo establecido (L. S. Vygotski, A. R. Luria, 1925).

Uno de los críticos de este libro ha manifestado una profunda incompreensión del problema metodológico implicado en esa apreciación, una completa confianza en los rasgos externos de las ideas, un temor exento de espíritu crítico ante la fisiología del pesimismo y ha decidido de golpe que «Schopenhauer significa pesimismo». No ha comprendido que existen problemas a los que no se puede llegar volando, sin cojear, y que en esos casos no es un pecado cojear, como dice francamente Freud. Quien vea en ello sólo una cojera está ciego metodológicamente. En efecto, no es difícil decir que Hegel era idealista, eso lo gritan los gorriones desde los tejados. Lo genial estriba en ver en el sistema de Hegel un idealismo que pendía sobre la cabeza del materialismo. Es decir, separar la verdad metodológica (la dialéctica) de la falsedad real, ver que Hegel iba hacia la verdad cojeando.

Este no es más que un ejemplo aislado del camino adecuado para asimilar las ideas científicas: es necesario elevarse por encima de su contenido real y poner a prueba su significado esencial. Pero para ello hace falta tener un punto de apoyo fuera de esas ideas. Cuando uno se mantiene con ambos pies en el terreno de las propias ideas, cuando trabaja con conceptos elaborados a partir de ellas, le es imposible situarse fuera. Para referirse críticamente a un sistema ajeno hace falta ante todo disponer de un sistema de principios propio. Juzgar a Freud a la luz de principios extraídos del propio Freud significa justificarlo de antemano. Y este procedimiento de asimilar ideas ajenas constituye el tercer tipo de integración de ideas del que pasamos a ocuparnos ahora.

Emplearemos de nuevo un ejemplo aislado para facilitar el descubrimiento y la exposición de ese nuevo planteamiento metodológico. En el laboratorio de Pavlov se planteó el problema de transformar experimentalmente excitantes vestigiales y reflejos condicionados vestigiales en excitantes condicionados efectivos. Para ello había que «eliminar la inhibición» conseguida mediante el reflejo vestigial. ¿Cómo hacerlo? Para lograr ese objetivo, Yu. P. Frolov recurrió a un procedimiento que guardaba analogía con determinados procedimientos de la escuela de Freud. Mediante la destrucción de los complejos inhibidores estables reconstruía precisamente la situación en la que estos complejos se habían formado anteriormente. Y el experimento resultó. Considero que el procedimiento metodológico utilizado básicamente constituye un modelo correcto para plantear tanto el tema de Freud como, en general, todas las tesis ajenas. Trataremos de describir este procedimiento.

En primer lugar, en este caso el problema surgió en el curso de investigaciones propias sobre la naturaleza de la inhibición interna. Por tanto, la tarea había sido planteada, formulada y comprendida a la luz de principios propios y asimismo se emplearon los conceptos de la escuela pavloviana en el planteamiento teórico del trabajo experimental y en la delimitación de su importancia. Sabemos qué es un reflejo vestigial y [304](#) también sabemos qué es un reflejo efectivo; transformar uno en otro significa eliminar la inhibición, y así sucesivamente, es decir, todo el mecanismo del proceso está concebido en categorías completamente determinadas y homogéneas. La analogía con la catarsis tenía tan sólo un valor heurístico; acortó el camino de la propia búsqueda y condujo rápidamente al objetivo. Pero fue adoptado tan sólo como una suposición, una suposición que se verificó inmediatamente a través del experimento. Y, después de haber resuelto su propia tarea, el autor llegó a la tercera y última conclusión: los fenómenos descritos por Freud pueden comprobarse experimentalmente en animales y ser analizados ulteriormente utilizando el método de los reflejos salivales condicionados.

Comprobar las tesis de Freud mediante las ideas de Pavlov no es en absoluto lo mismo que hacerlo a través de las propias ideas. Ahora bien, la demostración de, esa posibilidad no se ha establecido analíticamente, sino a través de la experimentación. Lo fundamental consiste en que cuando el autor tropezó en el curso de sus propias investigaciones con fenómenos análogos a los descritos por la escuela de Freud, en ningún momento se trasladó a un territorio ajeno, sino que consiguió hacer avanzar su investigación sirviéndose de ellos. Su descubrimiento tiene un sentido, un valor, un lugar, un significado dentro del sistema de Pavlov y no en el sistema de Freud.

Los círculos de ambos sistemas coinciden en un punto de intersección: allí se tocan, y ese punto es del dominio de ambos. Pero su origen, su significado y su valor vienen determinados por su posición en el primer sistema. Con esta investigación se ha llegado a un nuevo descubrimiento, se ha establecido un nuevo hecho, se ha estudiado un nuevo aspecto y todo ello dentro de la doctrina de los reflejos condicionados y no dentro del psicoanálisis. ¡De ese modo, desaparece cualquier coincidencia «casi milagrosa»!

Para ilustrar el abismo que puede haber entre dos maneras de proceder, basta con que nos detengamos a ver cómo realiza Békterev una elaboración reflexológica de la idea de la catarsis, basándose en el descubrimiento de una coincidencia verbal. La relación entre los dos sistemas se cifra fundamentalmente en la catarsis: el menoscabado «efecto del impulso mímico-somático inhibido». ¿Acaso ese efecto no constituye una descarga de aquél reflejo que, al ser reprimido, oprime la personalidad y la «constríñe», convirtiéndola en enferma? Acaso esa descarga en forma de reflejo de la catarsis no permite resolver de forma natural el estado mórbido? «¿Es que la pena llorada no constituye una descarga del reflejo reprimido?» (V. M. Békterev, 1923, Pág. 380).

Cada palabra de este texto es una perla: «Impulso mímico-somático», ¿que cabe más exacto y más claro? Para evitar el lenguaje de la psicología subjetiva Békterev no desdeña el idioma vulgar, pese a lo cual la terminología de Freud no puede aparecer con mayor claridad. ¿Cómo es el que el reflejo reprimido, al «oprimir» la personalidad la constreñía? ¿Por qué la pena llorada es una descarga del reflejo reprimido? ¿qué hacer si la persona llora en el mismo momento en que experimenta su pena? Termina afirmando 305 también que el pensamiento es un reflejo inhibido y que la concentración, ligada a la retención de la corriente nerviosa, está acompañada de fenómenos conscientes: ¡Oh, inhibición salvadora! ¡En una página permite explicar los fenómenos conscientes y en la siguiente los inconscientes!

Todo lo anterior demuestra claramente que cuando se habla del inconsciente hay que distinguir entre el problema metodológico y el empírico, es decir, entre la cuestión psicológica y la de la propia psicología. Establecer la distinción con que empezábamos este apartado. La unión acrítica de lo uno y lo otro conduce a una burda deformación de toda la cuestión. El simposio sobre el inconsciente (1912) muestra que la solución de los fundamentos del problema rebasa los límites de la psicología empírica y está inevitablemente relacionada con convicciones filosóficas generales. Cuando aceptamos, como F. Brentano, que no existe el inconsciente, o con Münsterberg, que es simplemente fisiológico, o con Schubert-Soldern, que es una categoría gnoseológicamente necesaria, o con Freud, que es sexual, nuestros argumentos y conclusiones traspasan los límites de la investigación empírica.

Entre los autores rusos, E. Dalié matiza los movimientos gnoseológicos que impulsan a la elaboración del concepto de inconsciente. En su opinión, en la base de este concepto se encuentra el intento de defender la independencia de la psicología como ciencia explicativa contra la usurpación de los métodos y principios fisiológicos: la exigencia de que lo psíquico se explique a partir de lo psíquico y no de lo fisiológico, de que la psicología se mantenga dentro de sí misma, dentro de sus propios límites, en el análisis y la descripción de los hechos, aunque ello exija penetrar en la senda de las hipótesis amplias. Dalié señala que las estructuras o hipótesis psicológicas son tan sólo una prolongación mental de fenómenos homogéneos dentro de un mismo sistema independiente de la realidad. Las tareas de la psicología y sus exigencias teórico-cognoscitivas le prescriben luchar, con ayuda del inconsciente, contra los intentos usurpadores de la fisiología. La vida psíquica transcurre con intervalos, está llena de lagunas. ¿Qué sucede con la conciencia durante el sueño, con los recuerdos que no reconocemos aquí y ahora? Si queremos explicar lo psíquico a partir de lo psíquico sin recurrir a otro ámbito de fenómenos sin trasladarnos a la fisiología, si queremos rellenar los intervalos, las lagunas, las omisiones en la vida de la psique, hemos de suponer que esos fenómenos continúan existiendo de una forma especial: como algo que es, al mismo tiempo, inconsciente y psíquico. Esta interpretación de lo inconsciente como conjetura necesaria y continuación y complemento hipotético de la experiencia psíquica es también desarrollada por W. Stern (1924).

E. Dalié distingue dos aspectos en el problema: el real y el hipotético o metodológico. Este último determina el valor cognoscitivo o metodológico que tiene para la psicología la categoría de lo inconsciente. La tarea consiste en aclarar el significado y el ámbito de fenómenos que ese concepto endere para la psicología como ciencia explicativa. Siguiendo a Jerusalem, el autor piensa que se trata ante todo de una categoría o de un proceso de pensamiento del que no puede prescindirse para explicar la vida espiritual y 306 que hace referencia a un ámbito especial de fenómenos. Dalié dice acertadamente que el inconsciente es un concepto creado a partir de los datos indudables de la experiencia psíquica, de una experiencia que exige necesariamente completarse con la hipótesis del inconsciente. De aquí la complejísima naturaleza de todas las tesis que operan con este concepto: en cada tesis hace falta distinguir lo que procede de los datos de la experiencia psíquica irrefutable y lo que proviene de la necesidad hipotética y cuál es el grado de autenticidad de una y otra. En los trabajos críticos que hemos examinado más arriba los dos aspectos del problema se mezclan: la hipótesis y el hecho, el principio y la observación empírica, la ficción y la ley, la estructura y la generalización, todo aparece entremezclado formando una verdadera maraña.

En estos trabajos críticos la cuestión principal queda sin tocar: Lients y Luria aseguran a Freud que el psicoanálisis es un sistema fisiológico; pero el propio Freud es enemigo de la concepción fisiológica del inconsciente. Dalié tiene toda la razón al decir que esta

cuestión de la naturaleza psicológica o fisiológica del inconsciente es la fase primera y más importante de todo el problema. Antes de describir y clasificar psicológicamente el problema del subconsciente, debemos saber si estamos operando en este caso con algo fisiológico o psíquico, hace falta demostrar que el inconsciente es, en general, una realidad psíquica. En suma, para resolver psicológicamente el problema del inconsciente es preciso plantearlo como problema de la propia psicología.

Apartado 8

La necesidad de estudiar los fundamentos de los conceptos de la ciencia general (esa especie de álgebra de las ciencias particulares) y su papel en la organización de las disciplinas particulares se manifiesta con más claridad aún cuando la psicología toma prestados conceptos de otras ciencias. En este caso nos encontramos, al parecer, en mejores condiciones para traspasar los resultados de una ciencia al sistema de otra, porque el grado de autenticidad, de claridad y de fundamentación de las tesis o leyes prestadas suele ser mucho más elevado que el que tienen las tesis y leyes psicológicas. Por ejemplo, introducimos en el sistema psicológico de explicación una ley establecida en fisiología o en embriología, un principio biológico, una hipótesis anatómica, un ejemplo etnológico, una clasificación histórica, etc. Las tesis y construcciones de estas ciencias muy desarrolladas, que parten de principios bien fundamentados, suelen estar analizadas metodológicamente con mucha mayor exactitud que las tesis de las escuelas psicológicas, que se sirven de conceptos creados recientemente, poco sistematizados, para estudiar dominios totalmente nuevos (esto sucede, por ejemplo, en la escuela de Freud, que aún no ha tomado conciencia de sí misma). En este caso, tornamos prestado un producto más elaborado, operamos con magnitudes más determinadas, más exactas y más claras; los peligros de error disminuyen, la probabilidad de éxito aumenta. 307

Por otro lado, como la aportación procede en este caso de otras ciencias, el material resulta más extraño, más heterogéneo desde el punto de vista metodológico, y las condiciones de su asimilación se hacen más difíciles. La facilidad o dificultad que ofrecen las condiciones de los datos en comparación con las que hemos examinado más arriba nos lleva a establecer un proceso necesario de diversificación en el análisis teórico que sustituya a la diferenciación real que ofrece la experimentación.

Detengámonos en un hecho que parece muy paradójico a primera vista y que, por eso mismo, resulta muy cómodo para el análisis. La reflexología, que establece en todas las esferas esas coincidencias tan milagrosas entre sus datos y los del análisis subjetivo y que quiere construir su sistema basándose en las ciencias naturales exactas, se ve sorprendentemente obligada a protestar precisamente contra la transposición de las leyes de las ciencias naturales a la psicología.

Cuando N. M. Schelovánov investiga los métodos de la reflexología genética, rechaza (con absoluto e inesperado fundamento) que su escuela deba imitar a las ciencias naturales trasladando a la psicología subjetiva aquellos métodos que han proporcionado enormes resultados en las primeras, pero que son poco útiles para estudiar la psicología subjetiva Herbart y G. Fechner trasladan mecánicamente el análisis matemático a la psicología y W. Wundt el experimento fisiológico. W. Preyer plantea el problema de la psicogénesis por analogía con la biología y después, S. Hall y otros adoptan en biología el principio de Müller-Haeckel y lo aplican incontroladamente no sólo como principio metodológico, sino como principio explicativo del desarrollo espiritual del niño. No es que estemos, dice el autor, en contra de la aplicación de métodos probados y fecundos. Pero sucede que su utilización sólo es posible cuando el problema se plantea acertadamente y cuando el método responde a la naturaleza del objeto a estudiar. De otro modo se obtiene la ilusión de que se trata de algo científico (un ejemplo característico de ello lo constituye la reflexología rusa). El velo de las ciencias naturales, con el que según expresión de I. Petzoldt se cubre la más retrógrada metafísica, no ha salvado ni a Herbart, ni a Wundt: ni las fórmulas matemáticas, ni los aparatos exactos han salvado del fracaso al problema mal planteado.

Recordemos a Münsterberg y sus observaciones sobre el último dígito decimal, extraído como respuesta a una pregunta falsa. En biología, la ley genética -explica el autor— constituye la generalización teórica de una serie de hechos, y su aplicación en psicología es el resultado de una especulación superficial, basada exclusivamente en la analogía de hechos de distintos ámbitos. (¿No es así como la reflexología —sin llevar a cabo su propia investigación—, mediante una especulación análoga, toma de vivos y muertos de Einstein y de Freud, modelos preparados para sus estructuras?). Ese principio explicativo se convierte en el punto final de toda una cadena de errores cuando se aplica en psicología, no en calidad de hipótesis de trabajo, 308 sino como un principio teórico establecido, terminado, fundamentado científicamente por hechos pertenecientes a otra esfera de conocimientos.

No vamos a entrar, como entra el defensor de esta opinión, a examinar la cuestión a fondo. Hay abundante literatura, incluida la rusa. Lo que nos interesa es ilustrar cómo muchas cuestiones planteadas equivocadamente por la psicología adquieren apariencia científica gracias a préstamos procedentes de las ciencias naturales. Como resultado de su análisis metodológico, N. M. Schelovánov llega a la conclusión de que el método genético resulta básicamente inviable en la psicología empírica y que, por ello, no modifica la relación entre la psicología y la biología. Pero, ¿por qué en psicología infantil se ha planteado equivocadamente el problema del desarrollo y ha conducido a una pérdida de trabajo colosal e inútil? Schelovánov piensa que la psicología de la infancia no puede ofrecer nada nuevo aparte de lo que ofrece la psicología general. Sin embargo, la psicología general no existe como sistema único, y sus contradicciones teóricas hacen imposible la psicología infantil. De forma enmascarada e imperceptible para el propio investigador, las premisas teóricas predeterminan por completo el procedimiento de tratamiento de los hechos empíricos. Predeterminan la interpretación de los hechos recogidos en las observaciones en función de la teoría sostenida por tal o cual autor. Esa es la mejor refutación al empirismo imaginario de las ciencias naturales. De ahí que resulte imposible trasladar los hechos de una teoría a otra: cabría pensar que un hecho siempre es un hecho, que un mismo objeto —el niño— y un mismo método —la observación objetiva— sólo permitirían

trasponer los hechos de la psicología a la reflexología si se partiera de diferentes objetivos y distintas premisas de partida. El autor sólo se equivoca en dos tesis.

Su primer error consiste en pensar que la psicología infantil ha conseguido resultados positivos cuando se ha servido de principios de biología general y no de principios psicológicos, como ocurre a su juicio en la teoría del juego desarrollada por K. Gross, cuando en realidad, constituye uno de los mejores ejemplos de lo que es un estudio puramente psicológico sin recurrir a préstamos. Un estudio comparativo y objetivo metodológicamente irreprochable y transparente, internamente coherente desde la recogida y descripción de los hechos hasta las últimas generalizaciones teóricas. Gross ha proporcionado una teoría del juego a la biología. Ha creado la teoría con un método psicológico, y no la ha tomado de la biología; ha resuelto su problema no a la luz de la biología sino planteándose también tareas psicológicas generales. De hecho, lo que ocurre es precisamente lo contrario de lo que Schelovánov mantiene: la psicología infantil ha conseguido resultados teóricos valiosos precisamente cuando no ha recurrido a préstamos, sino que ha seguido su propio camino. El mismo Gross se manifiesta en todo momento contra los préstamos. S. Hall, recurriendo a préstamos tomados de E. Haeckel, ha desarrollado ideas psicológicas basadas en absurdos análisis forzados, mientras que Gross, siguiendo su propio camino, ha desarrollado ideas útiles para la propia biología, ideas no menos útiles que la ley de Haeckel. Recordemos también la teoría del lenguaje de Stern, la teoría del pensamiento infantil de Bühler y Koffka, la teoría de los niveles de Bühler, la del adiestramiento de Thorndike: todas son psicologías del más puro estilo. Schelovánov llega a una conclusión errónea: el papel de la psicología de la infancia no se limita, ni mucho menos, a la acumulación de datos reales y a una clasificación previa, es decir, a una labor preparatoria. Pero precisamente a eso es a lo que inevitablemente se puede y debe ver reducido el papel de los principios lógicos desarrollados por Schelovánov junto con Békterev. Porque la nueva disciplina reflexológica carece de ideas sobre la infancia, de una concepción del desarrollo, de objetivos de investigación: es decir, desconoce el problema del comportamiento y de la personalidad infantil y sólo dispone del principio de la observación objetiva, que en el fondo sólo es una buena regla técnica; sin embargo, con ese arma nadie ha descubierto una gran verdad.

El segundo error del autor guarda relación con el primero. Schelovánov no comprende el valor positivo de la psicología y subestima su papel porque parte de la idea metodológica (bastante infantil) de que, al parecer, sólo se puede estudiar aquello que nos proporciona la experiencia directa. Toda su teoría «metodológica» se basa en un silogismo: 1) la psicología estudia la conciencia; 2) la experiencia directa nos ofrece la conciencia del adulto («el estudio empírico del desarrollo filogenético y ontogenético de la conciencia es imposible»); 3) por consiguiente, la psicología infantil no es posible.

Sin embargo, constituye un grave error pensar que la ciencia sólo puede estudiar lo que nos brinda la experiencia directa. ¿Cómo estudia el psicólogo el inconsciente, cómo investiga el historiador y el geólogo el pasado, el físico-óptico los rayos invisibles, el filólogo las lenguas clásicas? Los estudios basados en el análisis de huellas de influencias, en métodos de interpretación y reconstrucción, en la crítica y en la indagación del significado han sido tan útiles como los basados en el método de la observación «empírica» directa. V. N. Ivanovski lo ha explicado muy bien al hablar de la metodología de las ciencias, poniendo precisamente el ejemplo de la psicología. La experiencia directa juega un papel menor incluso en las ciencias experimentales. M. Planck dice: la unificación de todo el sistema de la física teórica se consigue gracias a su liberación de los aspectos antropomórficos y, en particular, de las percepciones sensoriales específicas. En la doctrina de la luz y en general de la energía radiante, señala Planck, la física opera con métodos en los que «el ojo humano no interviene apenas, actúa sólo como un aparato ocasional (verdad es que de gran sensibilidad), ya que capta rayos dentro de una reducida zona del espectro, que casi no alcanza la amplitud de una octava.

Para el resto del espectro intervienen, en lugar del ojo, otros aparatos de percepción y de medida, como por ejemplo el detector de ondas, el termoelemento, el barómetro, el radiómetro, la placa fotográfica, la cámara de ionización. Por tanto, la separación entre el concepto físico principal y la percepción sensorial específica se ha producido en óptica lo mismo que en mecánica, donde el concepto de fuerza ha perdido hace ya mucho tiempo su nexo inicial con las sensaciones musculares» (1911, págs. 8, 112-113). 310

Por consiguiente, la física estudia precisamente aquello que el ojo no ve; porque si estamos de acuerdo, junto con el autor (N. M. Schelovánov. —Red.) y con Stern, en que la infancia es para nosotros un paraíso perdido, y a los adultos nos resulta .ya imposible penetrar por completo en las propiedades específicas y en la estructura del alma infantil (porque no se nos brinda en las sensaciones directas), es necesario reconocer también que los rayos que no están al alcance directo de nuestros ojos son otro paraíso perdido para siempre, que la inquisición española es un infierno perdido para siempre, etc. Pero ahí está el «quid» de la cuestión: que el conocimiento científico y la percepción directa no coinciden en absoluto. No podemos vivir las impresiones infantiles, del mismo modo que no podemos ver la revolución francesa y, sin embargo, el niño que vive su paraíso con toda naturalidad y el contemporáneo que ha visto con sus ojos los episodios más importantes de la revolución están, a pesar de ello, más lejos que nosotros del conocimiento científico de estos hechos. No sólo las ciencias de la cultura, sino también las de la naturaleza construyen sus conceptos independientemente de la experiencia directa; recordemos las palabras de Engels sobre las hormigas y sobre los límites de nuestro ojo.

¿Cómo se comportan las ciencias en el estudio de lo que no se nos brinda directamente? En general, reconstruyen, elaboran su objeto de estudio recurriendo al método de explicar o interpretar sus huellas o influencias, es decir, recurriendo a elementos que les proporcionan una experiencia directa. Así, el historiador interpreta huellas —documentos, memorias, periódicos, etc.— y, sin embargo, la historia es precisamente la ciencia del pasado, reconstruido según sus huellas. No es la ciencia de las huellas del pasado, sino del pasado mismo. No es la ciencia de los documentos de una revolución, sino de la revolución misma. Lo mismo sucede con la psicología infantil: ¿es que la infancia, el alma infantil no están a nuestro alcance, no dejan huellas, no se manifiestan hacia el exterior, no se descubren? La cuestión estriba únicamente en cómo, con qué método interpretar esas huellas: ¿pueden interpretarse esas

huellas por analogía con la experiencia adulta? La cuestión consiste, por tanto, en hallar una interpretación correcta y no en renunciar en absoluto a interpretarlas. Los historiadores saben de más de una construcción errónea, basada en documentos veraces, pero en falsas interpretaciones. ¿Qué conclusión sacamos de todo ello? ¿Acaso que la historia es un «paraíso perdido para siempre»? La misma lógica que llama paraíso perdido a la psicología infantil obliga a llamárselo a la historia. Y si el historiador o el geólogo o el físico pensaran como el reflexólogo, dirían: como el pasado de la humanidad y de la Tierra (como el alma infantil) no están directamente a nuestro alcance y sólo está directamente a nuestro alcance el presente (como la conciencia del adulto), tendemos a interpretar erróneamente el pasado por analogía con el presente o como un «pequeño presente» (el niño es un adulto pequeño), y por consiguiente la historia y la geología son subjetivas, son imposibles; sólo es posible la historia de la época actual (psicología del adulto), y la historia del pasado se puede estudiar [311](#) únicamente como ciencia de las huellas del pasado, de los documentos como tales, y no del pasado como tal (lo que equivale a los procedimientos de estudio de los reflejos sin la menor interpretación de los mismos).

En esencia, es ese dogma de la experiencia directa como única fuente y límite natural del conocimiento científico el que mantiene y precipita al vacío toda la teoría sobre el método de los reflexólogos. Vvedenski y Bétterev proceden de una raíz común: uno y otro suponen que la ciencia sólo puede estudiar lo que ofrece la introspección; es decir, la percepción directa de lo psicológico. nos, al confiar el alma a ese ojo de la introspección, construyen toda la ciencia con arreglo a sus propiedades y a los límites de sus posibilidades; otros, al no confiar en él, quieren estudiar únicamente lo que se puede captar con el ojo verdadero. Por eso digo que la reflexología se organiza metodológicamente con arreglo al mismo principio según el cual la historia debería definirse como la ciencia de los documentos del pasado. La reflexología, gracias a muchos principios fructíferos de las ciencias naturales, se ha convertido en una corriente profundamente progresiva en psicología, pero como teoría del método es profundamente reaccionaria, porque retrocede al prejuicio sensualista ingenuo de que sólo es posible estudiar aquello que percibimos y en la medida en que lo percibimos.

Exactamente igual que la física se libera de los elementos antropomórficos, es decir, de las percepciones sensoriales específicas y trabaja sin necesidad de que los ojos vean directamente los objetos que estudia, así debe tratar la psicología el concepto de lo psíquico: con independencia de que se ofrezca o no a la observación directa, lo mismo que la mecánica actúa con independencia de la sensación muscular y la óptica de la visual. Los subjetivistas suponen que han refutado el método objetivo al demostrar que las nociones sobre el comportamiento encierran genéticamente gérmenes de introspección —G. I. Chelpanov (1925), S. V. Kravsov (1922), Yu. V. Portugálov (1925). Pero el origen genético del concepto no nos dice nada de su naturaleza lógica: también el concepto de fuerza en mecánica se remonta genéticamente a la sensación muscular.

La introspección plantea un problema técnico y no de principio: es un instrumento entre otros, como el ojo para los físicos. Ha de emplearse en la medida en que resulte útil. No existen cuestiones de principio sobre la naturaleza y veracidad del saber o los límites del conocimiento que nos obliguen a aceptar o rechazar ese instrumento. Engels demostró que los límites del conocimiento de los fenómenos luminosos no están determinados por la estructura natural del ojo; Planck dice lo mismo en nombre de la física actual. Separar el concepto psicológico fundamental de la percepción concreta constituye la tarea inmediata de la psicología. La propia introspección debe explicarse en términos de los postulados, métodos y principios universales de la psicología. Debe transformarse en un problema específico de la psicología.

Si eso es así, se plantea la cuestión de la naturaleza de la interpretación, es decir, del método indirecto. Muchos dicen: «la historia interpreta las huellas del pasado, pero la física observa lo invisible con ayuda de instrumentos [312](#) tan directamente como si lo viera con los ojos. Los instrumentos son la prolongación de los órganos sensoriales del científico: el microscopio, el telescopio, el teléfono, etc., convierten lo invisible en visible y en objeto de la experiencia directa; la física no interpreta lo invisible, lo ve».

Pero esa opinión es falsa. El análisis metodológico de la significación de los aparatos científicos ha puesto de manifiesto hace tiempo que éstos juegan un papel nuevo y fundamental y que no se limitan a prolongar los órganos sensoriales. El propio termómetro puede servir de ejemplo de ese componente nuevo que introducen los instrumentos en los métodos científicos: en el termómetro leemos la temperatura; este aparato no refuerza ni prolonga la sensación de calor a la manera como el microscopio continúa al ojo, sino que nos emancipa plenamente de la sensación en el estudio del calor: el termómetro puede utilizarlo quien carezca de esa sensación, mientras que un ciego no puede hacer uso del microscopio. La termometría constituye un modelo puro del método indirecto: porque, a diferencia de lo que sucede con el microscopio, no estudiamos aquello que hemos visto —la elevación del mercurio, la dilatación del alcohol—, sino el calor y sus cambios, indicados por el mercurio o el alcohol; interpretamos las indicaciones del termómetro, reconstruimos el fenómeno a estudiar por sus huellas, por su influencia en la dilatación del cuerpo. Así están hechos también todos los instrumentos a que se refiere Planck como medios para estudiar lo invisible. Por consiguiente, interpretar significa reconstruir el fenómeno según sus huellas e influencias, basándose en regularidades establecidas anteriormente (en este caso, en la ley de la dilatación de los cuerpos como consecuencia del calor). No existe ninguna diferencia esencial entre el empleo del termómetro y la interpretación que se da en la historia o en la psicología. Lo mismo puede decirse de todas las ciencias: son independientes de las percepciones sensoriales específicas.

K. Stumpf habla de un matemático ciego, Sourderson, que escribió un manual de geometría; A. M. Schérbina cuenta que su ceguera no le impedía explicar óptica a los videntes (1908). Y es que todos los instrumentos que recuerda Planck pueden adaptarse a los ciegos, lo mismo que existen ya relojes, termómetros y libros para ciegos. De modo que un invidente también podría dedicarse a la óptica: es una cuestión de técnica y no de esencia.

K. N. Kornilov (1922) ha demostrado muy bien que: 1) El hecho de que existan divergencias de criterio respecto a cuestiones metodológicas en los planteamientos experimentales facilita mucho la aparición de conflictos. Estos conflictos dan lugar al desarrollo de diversas corrientes en psicología. Por ejemplo, las diferentes formas de concebir la utilización del cronoscopio a propósito de su colocación en uno u otro lugar en los experimentos han dado origen a diferentes maneras de plantear el método y el sistema teórico psicológico en su conjunto, planteamientos que han separado a la escuela de W. Wundt de la de O. Külpe; 2) El método experimental no ha aportado nada nuevo a la psicología: para Wundt es un correctivo de la introspección; para N. Ach, los datos de esta última sólo pueden controlarse mediante 313 otros datos introspectivos, como si la sensación de calor sólo pudiera controlarse mediante otras sensaciones; para Deichler, las valoraciones numéricas nos proporcionan una medida de hasta qué punto es correcta la introspección. En una palabra, el experimento no amplía el conocimiento, sino que lo controla. La psicología no tiene todavía una metodología de sus aparatos ni se ha planteado en ella una manera de concebir los aparatos que nos libere de la introspección (como el termómetro libera de la sensación de calor), en vez de limitarse a controlarla y reforzarla. La filosofía del cronoscopio plantea problemas más difíciles que su técnica. Pero tendremos ocasión de hablar más de una vez acerca del método indirecto en psicología.

G. P. Zeligony señala acertadamente que entre nosotros la palabra «método» incluye dos cosas distintas: 1) la metodología de la investigación, el procedimiento técnico y 2) el método de conocimiento, que determina el objetivo de la investigación, el carácter y la naturaleza de una ciencia. En psicología, el método es subjetivo, aunque la metodología puede ser parcialmente objetiva. En fisiología, el método es objetivo, aunque la metodología puede ser parcialmente subjetiva (por ejemplo, en la fisiología de los órganos de los sentidos sucede esto). El experimento ha reformado la metodología, pero no el método. De ahí que sólo atribuya un valor en las ciencias naturales al procedimiento de diagnóstico y no al método psicológico.

En esta cuestión es donde está el «quid» de todos los problemas metodológicos propios de la psicología. La necesidad de salirse decididamente de los límites de la experiencia directa es un asunto de vida o muerte para ella. Separar, liberar a los conceptos científicos de la percepción específica sólo es posible con el método indirecto. Científicamente, la objeción de que el método indirecto es inferior al directo es profundamente errónea. Precisamente porque no ilustra la totalidad de la sensación, sino tan sólo un aspecto de ella es por lo que es capaz de desempeñar la tarea científica: aísla, analiza, destaca, abstrae rasgos; también en la observación directa destacamos la parte a observar. A quien le torture el hecho de no compartir con las hormigas la percepción directa de los rayos químicos no vemos qué remedio podemos ofrecerle, dice Engels; sin embargo, conocemos mejor que las hormigas la naturaleza de esos rayos. La tarea de la ciencia no consiste en hacer que se perciban las sensaciones: si fuera así, en lugar de hacer ciencia bastaría con que registráramos nuestras percepciones. En realidad, también a la psicología se le plantea el problema de la limitación de nuestra experiencia directa, porque toda la psique responde a las características de un instrumento que selecciona, aísla rasgos de los fenómenos. Un ojo que todo lo viera, precisamente por eso no vería nada; una conciencia que se diera cuenta de todo, no se daría cuenta de nada; si la introspección tuviera conciencia de todo, no tendría conciencia de nada. Nuestra conciencia se halla encerrada entre dos umbrales, sólo vemos un pequeño fragmento del mundo; nuestros sentidos nos ofrecen un mundo compendiado en extractos que son importantes para nosotros. Y en el interior de esos umbrales absolutos, tampoco se capta toda la diversidad de cambios y matices, sino que la percepción de los 314 cambios depende de unos nuevos umbrales. Es como si la conciencia siguiera a la naturaleza a saltos, con omisiones, con lagunas. La psique selecciona unos puntos estables de realidad de entre el flujo general. Se crean islas de seguridad en el flujo de Heráclito. Es un órgano selector, un tamiz que filtra el mundo y lo modifica de forma que resulte posible actuar. Ahí radica su papel positivo, no en el reflejo (también lo no psíquico es capaz de reflejar; el termómetro es más exacto que la sensación), sino en el hecho de que no siempre resulta exacto reflejar, es decir, deformar subjetivamente la realidad en beneficio del organismo.

Si viésemos todo (sin umbrales absolutos), si percibiésemos todos los cambios, sin un solo minuto de interrupción (sin umbrales relativos), tendríamos ante nosotros un caos (recordemos la cantidad de objetos que nos descubre el microscopio en una gota de agua). ¿Qué sería entonces un vaso de agua? ¿Y un río? Una presa lo refleja todo, una piedra reacciona, en esencia, a todo. Pero su reacción es igual a la excitación: causa aliqua effectum. La reacción del organismo es «más cara»: no es igual al efecto. Gasta fuerzas potenciales, selecciona los estímulos. La psique es una forma superior de selección: lo rojo, lo azul, lo fuerte, lo ácido. Nos presenta un mundo cortado en porciones. La tarea de la psicología consiste precisamente en esclarecer cuál es el provecho de que el ojo no vea todo aquello que según la óptica podría verse. Hay como un embudo que se estrecha y que lleva de las reacciones inferiores a las superiores.

Sería erróneo pensar que no vemos aquello que resulta para nosotros biológicamente inútil. ¿Es que sería inútil para nosotros ver los microbios? Los órganos de los sentidos llevan claramente huellas de que son, ante todo, órganos de selección. El gusto es evidentemente un órgano selector de la digestión. El olfato, una parte del proceso respiratorio: son como puntos aduaneros fronterizos que sirven para comprobar las excitaciones procedentes del exterior. Cada órgano toma el mundo cum grano salis, con el coeficiente de especificación a que se refería Hegel, y como un «índice de relación», igual que la cualidad de un objeto determina la intensidad y el carácter de la influencia cualitativa de otra cualidad. Por eso existe una analogía completa entre la selección del ojo y la selección ulterior del instrumento: uno y otro son órganos de selección (lo que hacemos en el experimento). De forma que la propia naturaleza psíquica del conocimiento constituye la raíz de esa necesidad que tiene el conocimiento científico de liberarse de la percepción directa.

Por eso, la evidencia directa presenta una identidad fundamental con la analogía utilizada como criterio de verdad científica: una y otra deben someterse a un análisis crítico; ambas pueden tanto engañar como decir la verdad. La evidencia de la rotación del Sol alrededor de la Tierra nos engaña; la analogía en que se basa el análisis espectral conduce a la verdad. Esa es la razón de que algunos propongan la legitimidad de la analogía como el método básico de la psicología animal. La analogía es completamente

admisible sólo cuando se especifican aquellas condiciones que la hacen 315 exacta; lo que ha sucedido hasta ahora ha sido que la analogía no ha pasado de proporcionar anécdotas y curiosidades; porque se recurría a ella allí donde no era adecuada por la propia esencia de los hechos. Pero la analogía puede proporcionar resultados tan útiles como los del análisis espectral. Por eso, la situación en física y en psicología es esencialmente la misma; metodológicamente, sólo se diferencian en el grado.

La secuencia psíquica se nos ofrece como un fragmento: pero ¿hacia dónde desaparecen y desde dónde aparecen todos los elementos de la vida psíquica? Nos vemos obligados a continuar la secuencia conocida de supuestos. Precisamente en ese sentido introduce H. Höfding este concepto, que corresponde al de energía potencial en física; por eso, Leibniz introduce los elementos infinitamente pequeños de la conciencia. «Nos vemos obligados a continuar la vida de la conciencia en el inconsciente para no cometer un disparate» (H. Höfding, 1980, pág. 87). Sin embargo, para Höfding el «inconsciente es el concepto límite de la conciencia», y en ese límite podemos «sopesar la posibilidad» mediante hipótesis, pero «ampliar notablemente los conocimientos reales resulta imposible... En comparación con el mundo físico, el mundo espiritual es para nosotros un fragmento; sólo podemos complementarlo a través de hipótesis» (Ibidem).

Pero incluso este respeto hacia los límites de la ciencia les parece insuficiente a otros autores. Del inconsciente sólo podemos afirmar que existe; por su propia definición no es objeto de la experiencia; demostrarlo con hechos de la observación, como intenta Höfding, es ilícito. La palabra inconsciente tiene dos significados, hay dos clases de inconsciente que no deben confundirse. De ahí que la discusión gire alrededor de un objeto doble: por una parte sobre las hipótesis y por otra serie los hechos observables.

Pero si damos un solo paso más en esa dirección, volveremos al punto de partida: a la dificultad que nos ha obligado a suponer el inconsciente.

La psicología se halla aquí en una situación tragicómica: quiero y no puedo. Se ve obligada a aceptar el inconsciente para no cometer un disparate; pero al aceptarlo comete un disparate todavía mayor y retrocede atemorizada. Como quien huye de una fiera y al tropezar con un peligro todavía mayor, retrocede hacia el menor. Pero ¿no da igual morir por una u otra causa? Wundt ve en esta teoría el eco de la filosofía naturalista mística de comienzos del siglo XIX. Tras él, N. N. Langué acepta que la psique inconsciente es un concepto interiormente contradictorio, el inconsciente debe explicarse física y químicamente, pero no psicológicamente, de lo contrario abrimos las puertas de la ciencia a «agentes místicos», a «estructuras arbitrarias, que nunca podemos comprobar» (1914, pág. 251).

Es decir, que hemos retornado a Höfding: existe la serie físico-química, a la que en algunos puntos fragmentarios acompaña de pronto ex nihilo la secuencia psíquica; intenten comprender e interpretar científicamente ese «fragmento. ¿Qué significa esa discusión para el metodólogo? Es necesario salir psicológicamente de los límites de la conciencia percibida directamente 316 de modo que deslindemos el concepto de la sensación. La psicología como ciencia de la conciencia es por principio imposible; y es doblemente imposible como ciencia de la psique inconsciente. Parece que no hay salida, que no existe solución para esta cuadratura del círculo. Pero la física se encuentra exactamente en la misma situación; efectivamente, la secuencia física se extiende incluso más que la psicológica, pero tampoco ella es infinita y es también la ciencia la que ha continuado esa experiencia, desconectando el ojo. Esa es precisamente la tarea de la psicología.

Así es que para la psicología, la interpretación no es sólo una amarga necesidad, sino un modo de conocimiento liberador, esencialmente fecundo, salto vital, que para los malos saltadores se convierte en salto mortale. La psicología ha de confeccionar su filosofía de los aparatos, lo mismo que los físicos tienen su filosofía del termómetro. De hecho, en psicología ambas partes en este debate recurren a la interpretación: el subjetivista dispone, en fin de cuentas, de la palabra de la persona sometida a prueba, es decir, que el comportamiento y su psique es un comportamiento interpretado. El objetivista también interpreta indefectiblemente. El propio concepto de reacción incluye la necesidad de interpretación, de significado, conexión, relaciones. De hecho: acto y reacción son conceptos inicialmente mecánicos de modo que hay que observar una y otra y formular la ley. Pero en psicología y fisiología la reacción no es igual al estímulo, tiene un significado, un fin, es decir, desempeña una función determinada dentro de un gran conjunto, está relacionada cualitativamente con su excitante; y ese significado de la reacción como función del conjunto, esa calidad de las reacciones mutuas no las proporciona el experimento sino que las encontramos a través de la deducción. Dicho llanamente y con una formulación general: al estudiar la conducta como sistema de reacciones, no estudiamos los actos de conducta en sí mismos (como órganos), sino en sus relaciones con otros actos —estímulos. Y la reacción y la cualidad que esta reacción posee, su significación, no son nunca objeto de nuestra percepción directa. Sobre todo si consideramos que se trata de la relación de dos series heterogéneas — los estímulos y las reacciones. Eso es muy importante: la reacción es una respuesta; la respuesta sólo puede ser estudiada por la calidad de sus relaciones con la pregunta, y ése es el significado de la respuesta, que no se halla en la percepción, sino en la interpretación.

De hecho esa es la interpretación de todos los autores.

V. M. Bétjerev distingue el reflejo creativo. El problema está en el excitante: la creación o reflejo simbólico es la reacción para responder a dicho excitante. Pero el concepto de creatividad y de símbolo son conceptos semánticos y no experimentales: el reflejo es creativo si se halla con el estímulo en una reacción que crea algo nuevo; es simbólico si sustituye a otro reflejo, pero no es posible ver directamente el carácter simbólico o creativo del reflejo.

I. P. Pavlov distingue distintos tipos de reflejo: el de libertad, el de objetivo, el de alimentación, el defensivo. Pero la libertad o el objetivo no se 317 pueden ver, no tienen un órgano, como, por ejemplo, los órganos de nutrición; tampoco son funciones; están integrados por los mismos movimientos que los demás; la defensa, la libertad, el objetivo son el significado de estos reflejos.

K. N. Kornilov distingue las reacciones emocionales, las de elección, la asociativa, la de reconocimiento, etc. Nuevamente, una clasificación según el significado, es decir, según la interpretación, sobre la base de la relación estímulo-respuesta entre ellos.

J. Watson, aunque admite iguales distinciones según el significado, dice francamente que en la actualidad el psicólogo de la conducta llega a la conclusión de la existencia de un proceso oculto de pensamiento, utilizando únicamente la lógica. Con ello, tiene conciencia de su método y refuta brillantemente a E. Titchener, quien plantea la tesis de que el psicólogo de la conducta no puede, precisamente por serlo, admitir el proceso del pensamiento si carece de los medios para observarlo directamente y por ello adopta la vía introspectiva para estudiarlo. Pero Watson diferencia radicalmente el concepto de pensamiento del de percepción del pensamiento en la introspección: lo mismo que el termómetro nos emancipa de la sensación cuando creamos el concepto de calor. Por eso subraya: «Si alguna vez logramos estudiar científicamente la naturaleza íntima del pensamiento... eso se lo debemos en gran medida a los aparatos científicos» (1926, pág. 301). Por eso, a fin de cuentas «la situación del psicólogo no es tan lamentable: también los fisiólogos se contentan con observar los resultados finales y utilizan la lógica». «El partidario de la psicología de la conducta siente que debe mantener firmemente esa posición ante el problema del pensamiento» (Ibidem, pág. 302). Y el significado es para Watson un problema experimental. Que podemos resolver, partiendo de lo que nos ha sido dado, y por medio del pensamiento.

E. Thorndike distingue las reacciones de sentimiento, deducción, talento, destreza (1925). De nuevo, interpretación.

Todo consiste en cómo interpretar: por analogía con la introspección propia, por analogía con las funciones biológicas, etc. Por eso tiene razón Koffka, cuando afirma: no hay un criterio objetivo sobre la conciencia, no sabemos si en realidad existe o no la conciencia, pero eso no nos aflige en absoluto. No obstante, el comportamiento es tal, que la conciencia que le pertenece, si existe, deberá tener una estructura determinada; por eso, el comportamiento debe ser explicado justamente en cuanto consciente. O por expresarlo de otra manera más paradójica: si cada cual tuviese solo las reacciones que pueden ser observadas por todos, nadie podría observar nada. Es decir, que la base de la observación científica consiste en salirse de los límites de lo visible y buscar su significado, que no puede ser observado.

Koffka tiene razón. Tenía razón cuando afirmaba que el behaviorismo está condenado a la esterilidad si se limita a estudiar lo que observa, si su ideal consiste en conocer el sentido y la velocidad de movimiento de cada miembro, la secreción de cada glándula como resultado de cada estímulo. Su 318 campo lo constituirán únicamente hechos de la fisiología de los músculos y las glándulas. La descripción «este animal huye de cierto peligro, por insuficiente que sea, caracteriza, sin embargo, cien veces más el comportamiento del animal que la fórmula que nos da el movimiento de todas sus patas, con sus velocidades variables, las curvas de la respiración, del pulso, etc.» (K. Koffka, 1926).

W. Köhler ha mostrado con los hechos cómo se puede demostrar sin introspección alguna la existencia de pensamiento en los monos e incluso estudiar a través del método introspectivo reacciones objetivas que desvelan la marcha y la estructura de ese proceso (1917). Kornilov ha puesto de manifiesto cómo es posible medir con el método indirecto el balance energético de diferentes operaciones del pensamiento utilizando el dinamos-copio de manera análoga al termómetro (1922). El error de Wundt consiste precisamente en el empleo mecánico de aparatos y del método matemático no para ampliar, sino para controlar y corregir, no para liberarse de la introspección, sino para ligarse a ella. En esencia, en la mayoría de las investigaciones de Wundt, la introspección sobra: sirve únicamente para destacar los experimentos que han fracasado. Pero es radical y absolutamente innecesaria en la doctrina de Kornilov. No obstante, la psicología tiene aún que crear su termómetro; la investigación de Kornilov abre el camino para ello.

Podemos resumir nuestras conclusiones sobre la investigación del dogma estrictamente sensualista, remitiéndonos a las palabras de Engels sobre la actividad del ojo al que se le añade el pensamiento, que nos permite descubrir que las hormigas ven lo que para nosotros es invisible.

La psicología ha tratado durante mucho tiempo de alcanzar, no el conocimiento, sino la sensación. Por seguir con nuestro ejemplo, buscaba más compartir con las hormigas su percepción visual de la sensación de los rayos químicos que conocer científicamente su visión.

Existen dos tipos de sistemas científicos según el armazón metodológico que los sujeta. La metodología vendría siempre a ser la osamenta, como el esqueleto en el organismo del animal. Los animales más simples, como el caracol y la tortuga, llevan su esqueleto en la parte exterior y, al igual que las ostras, se los puede separar de la osamenta, siendo; lo que queda una masa blanduzca, poco diferenciada; los animales superiores tienen el esqueleto en el interior y lo convierten en su apoyo interno, en el hueso de cada uno de sus movimientos. En psicología hay que diferenciar también los tipos inferiores y superiores de la organización metodológica.

He aquí la mejor refutación del ilusorio empirismo de las ciencias naturales. Resulta que no podemos trasladar nada de una materia a otra. Aunque nos parezca que un hecho siempre es un hecho, que un mismo objeto —el niño y un mismo método —la observación objetiva— nos permiten, aunque los objetivos finales y las premisas iniciales sean distintos, trasladar, por ejemplo, los hechos de la psicología a la reflexología. Y que la diferencia surgiría únicamente en la interpretación de unos mismos hechos. 319

Sin embargo, los sistemas de Ptolomeo y Copérnico también se basaban, al fin y al cabo, en los mismos hechos, pero resulta que los hechos conseguidos con ayuda de diferentes principios cognoscitivos son justamente hechos distintos.

Por tanto, la discusión sobre la aplicación del principio biogenético en psicología no es simplemente una discusión sobre los hechos. Los hechos son indudables y hay dos grupos de ellos: por una parte, la recapitulación de los estudios realizados hasta ahora sobre el desarrollo de la estructura del organismo y, por otra parte, los indudables rasgos de semejanza que se dan entre la filogénesis y la ontogénesis de la psique. Y deseamos subrayar que tampoco respecto a esa semejanza cabe discusión alguna. Koffka, que impugna esta teoría y nos ofrece un análisis metodológico de ella, afirma sin embargo con rotundidad que las analogías de que parte esta teoría —aún siendo falsa—, existen realmente y sin la menor duda. La discusión tiene más bien que ver con el valor de esas analogías, que no puede establecerse sin analizar a fondo los principios de la psicología infantil y sin tener una idea general de la infancia, una concepción de su importancia y de su sentido biológico, y sin disponer de una teoría determinada sobre el desarrollo del niño (K. Koffka, 1925). Encontrar analogías por doquier es muy fácil; la cuestión es cómo las hemos buscado. (De pasada, parecidas analogías pueden también encontrarse en el comportamiento del adulto.) En esos hallazgos pueden darse dos errores típicos: uno es, por ejemplo, el que comete S. Hall, como han evidenciado Thorndike y Gross en un excelente análisis crítico. El último de estos autores considera con razón que la tarea de la ciencia y el sentido de toda comparación se hallan, no sólo en destacar los rasgos coincidentes, sino sobre todo en la búsqueda de las diferencias que se dan dentro de esa semejanza (1906). Por consiguiente, la psicología comparativa no sólo debe comprender al hombre como animal, sino aún más, cómo no animal.

La aplicación simplista del principio psicogenético dio así lugar a la búsqueda de afinidades por doquier, de modo que un método correcto y unos hechos establecidos con exactitud, pero no críticamente aplicados, condujeron a monstruosos amaños y a afirmaciones falsas. Por ejemplo, puesto que en el juego infantil se han mantenido por tradición muchas influencias del pasado ancestral (tiro con arco, juego al corro). Hall ve en ello la repetición y al mismo tiempo la gradual eliminación bajo una forma más inofensiva, de lo propio de los animales y de los estadios prehistóricos de desarrollo; lo que para Gross demuestra una sorprendente carencia de sentido crítico. El miedo a los gatos y a los perros sería así una reminiscencia de los tiempos en que estos animales eran aún salvajes; el agua atrae a los niños porque procedemos de animales acuáticos; el movimiento automático, de las manos de los niños pequeños es una reminiscencia de nuestros antepasados, que nadaban en el agua, etc.

El error consiste, por consiguiente, en interpretar todo comportamiento del niño como una recapitulación y en renunciar a cualquier principio de comprobación y de selección de las analogías que permita diferenciar los hechos que deben ser objeto de esa interpretación, de los que no deben serlo. Y, justamente, el juego en los animales no puede ser objeto de esa explicación. «¿Se puede explicar el juego del tigre joven con su víctima?» —pregunta K. Gross (1906). Está claro que es imposible comprender el juego como una recapitulación de la evolución filogenética pasada. Es, por el contrario, una anticipación de la futura actividad del tigre y no una repetición de su desarrollo pasado; debe ser explicada y comprendida partiendo de la relación con el futuro tigre, a la luz de la cual el juego adquiere un significado y no a la luz del pasado de su especie. El pasado de la especie se manifiesta aquí en un sentido totalmente distinto: a través del futuro del individuo, que este pasado predetermina aunque no directamente, ni en el sentido de la mera repetición.

¿A dónde nos lleva este razonamiento? Justamente a ver que a nivel biológico y precisamente en la serie de fenómenos que son homogéneos a otros niveles de evolución y donde planteamos una comparación con su análogo homogéneo, esta teoría cuasibiológica resulta inconsistente. Si comparamos el juego del niño con el del tigre, es decir, con el de los mamíferos superiores, y no sólo tenemos en cuenta las semejanzas sino también las diferencias, descubriremos el significado biológico común, que está contenido precisamente en sus diferencias (el tigre juega a la caza del tigre; el niño juega a ser persona mayor; ambos ejercitan para la vida futura las funciones necesarias —teoría de K. Gross). Pero al comparar fenómenos heterogéneos (el juego del hombre con el agua— la vida de los anfibios en el agua) y a pesar de la gran analogía externa y aparente, la teoría carece biológicamente de sentido.

A tan contundente argumento añade Thorndike su observación sobre el distinto orden en que los mismos principios biológicos aparecen en la ontogénesis y en filogénesis. Así, la conciencia surge muy pronto en la ontogénesis y muy tarde en la filogénesis; por el contrario, la atracción sexual lo hace muy pronto en la filogénesis y muy tarde en la ontogénesis (E. Thorndike, 1925). W. Stern, utilizando consideraciones análogas, critica esa misma teoría en su aplicación al juego.

Un error de distinto tipo es el que comete P. P. Blonski cuando defiende —legítimamente— la validez de esta ley para el desarrollo embrionario desde el punto de vista de la biomecánica, haciendo ver que sería un milagro si no existiera. Blonski señala la naturaleza hipotética de tales consideraciones («no muy demostrables») para llegar finalmente a afirmarlas («puede ser así»). Es decir, tras fundamentar la posibilidad metodológica de la hipótesis de trabajo, el autor, en lugar de pasar al análisis y a la comprobación de la hipótesis, adopta el camino de Hall y explica ya el comportamiento del niño partiendo de analogías muy comprensibles: en el gusto del niño por trepar a los árboles ve la recapitulación, no de la vida de los monos, sino de los hombres primitivos, que sin embargo vivían entre rocas y hielos; en el acto de arrancar el empapelado de las paredes, ve el atavismo de arrancar la corteza de los árboles, etc. (P. P. Blonski, 1921). Lo más curioso de todo es 321 que este error conduce a Blonski a lo mismo que a S. Hall: a la negación del juego. Como señalan pues Gross y W. Stern, allí donde más analogías entre la ontogénesis y la filogénesis pueden extraerse es precisamente donde este paralelismo es más inconsistente. Afortunadamente, Blonski, como si diera un ejemplo de la ineludible presión de las leyes metodológicas del conocimiento científico, no recurre siquiera a términos nuevos; no ve la necesidad de denominar a la actividad del niño mediante un «término nuevo» (juego). Lo que nos hace ver que en su proceso metodológico ha

perdido primero el significado del juego y luego, consecuentemente (lo cual le honra) renuncia también al término que expresa ese significado. Porque en realidad, si la actividad o el comportamiento del niño son atavismos, son sólo una recapitulación del pasado, entonces el término «juego» es impropio. Esa actividad no tiene nada en común con el juego del tigre, como ha mostrado Gross. Y la declaración de Blonski «No me gusta ese término» habría que traducirla metodológicamente así: «He perdido la comprensión y el sentido de ese concepto» (1921).

Sólo así, siguiendo cada principio hasta sus últimas conclusiones llevando cada concepto hasta el límite hacia el que tiende, analizando hasta el fin cada etapa de pensamiento, pensándola a veces desde la posición del autor, se puede determinar la naturaleza metodológica del fenómeno a analizar. Por eso, sólo en aquella ciencia en que el concepto ha sido originariamente acuñado y donde el concepto se ha desarrollado y ha sido llevado hasta el límite de su expresión, se le utiliza de forma consciente y no ciega. Cuando lo trasladamos a otra ciencia resulta ciego y no nos lleva a ninguna parte. Este tipo de ciega traslación del principio biogenético, del experimento o del método matemático, propios de las ciencias naturales, ha dado a la psicología la apariencia de algo científico, pero debajo de esta apariencia se oculta, de hecho, una total impotencia ante los fenómenos a estudiar.

Para acabar de cerrar definitivamente el círculo que describe el significado de este principio psicogenético, en la ciencia, veamos aún su último destino. Porque no se trata sólo de descubrir la esterilidad de un principio y de realizar su crítica, indicando los casos más curiosos y los amaños que hasta los escolares señalan con el dedo. Dicho de otro modo, la historia de un principio no finaliza con su simple eliminación fuera de las áreas que no le pertenecen, con la simple reprobación del mismo. Recordemos que ese principio extraño penetró en la ciencia a través del puente de los hechos, de analogías que en realidad existen y que nadie niega. Pero al tiempo que ese principio se afianzaba y hacia fuerte, ha ido aumentando el número de hechos, en parte falsos, en parte verdaderos, en que se apoya su imaginaria potencia. A la vez y, por su parte, la crítica de esos hechos y la del propio principio, atrae al área de análisis de la ciencia otros nuevos hechos. Y el problema no se limita a los hechos: la crítica debe hallar una explicación de hechos enfrentados, de modo que al final ambas teorías lleguen a, asimilarse y se llega, sobre esa base, a una degeneración del principio. 322

Bajo la presión de los hechos y de las teorías extrañas, el nuevo advenedizo (el principio psicogenético) modifica su faz. Con el principio biogenético sucedió lo mismo: degeneró, y hoy se presenta en psicología bajo dos distintas formas (señal de que el proceso de degeneración aún no ha terminado): 1) la teoría de lo útil, defendida por el neodarwinismo y por la escuela de Thorndike, que considera que el individuo y la especie están subordinados en su desarrollo a las mismas leyes; de ahí una serie de coincidencias pero también de no coincidencias: no todo lo que es útil para la especie en la etapa temprana lo es también para el individuo; 2) la teoría de la concordancia, defendida en psicología por Koffka y por J. Dewey, y en la filosofía de la historia por O. Spengler. Esta teoría supone que cualquier proceso de desarrollo tiene indispensablemente algunas etapas comunes y determinadas formas sucesivas; de lo más sencillo a lo más complicado y de los niveles inferiores a los superiores.

Queda aquí muy lejos de nuestra intención dictaminar acerca de la verdad de cualquiera de estas posturas, o entrar en el terreno de los hechos. Lo que nos interesa es seguir la dinámica de la reacción espontánea y ciega del cuerpo científico ante un objeto extraño, importado; seguir las formas de esa inflamación científica en función del tipo de infección, para pasar desde la patología a la norma: esclarecer las actividades y funciones normales de las diferentes partes integrantes: de los «órganos» de la ciencia. En eso consiste el objetivo y el significado de nuestro análisis, que aunque a veces parezca desviarse desarrolla la comparación, sugierida por Spinoza, de la psicología de nuestros días con un enfermo grave. Si situamos en el marco de esa metáfora el significado de nuestra última disgresión, podríamos resumir así nuestro análisis y conclusiones:

A partir del análisis del inconsciente, estudiamos al comienzo la naturaleza, la acción y el procedimiento de difusión de la infección, la penetración a partir de los hechos de una idea ajena, su conquista del organismo y la alteración de las funciones de éste. Al pasar luego al análisis de la biogénesis hemos podido estudiar la reacción del organismo, la lucha contra la infección, la tendencia dinámica a absorber, a expulsar, neutralizar y asimilar el cuerpo extraño y a regenerarse y movilizar fuerzas contra el contagio: hablando en términos médicos, a producir anticuerpos y producir inmunidad. Queda la última y tercera etapa: separar los fenómenos de la enfermedad y las reacciones, lo sano y lo enfermo, los procesos de infección y de recuperación. Abordaremos esto, con el análisis de la terminología científica, en la tercera y última disgresión, para pasar de ahí directamente a formular el diagnóstico y el pronóstico de nuestro enfermo: la naturaleza, el sentido y la salida de la crisis que se está desarrollando.

Apartado 9

Si alguien quisiera hacerse una idea objetiva y clara de la situación que vive ahora la psicología y de las dimensiones de la crisis, le bastaría con 323 estudiar el lenguaje psicológico, su nomenclatura y su terminología, el vocabulario y la sintaxis del psicólogo. El lenguaje, el científico en particular es el instrumento del pensamiento, el instrumento de análisis, y basta con mirar el instrumento que utiliza la ciencia para comprender el carácter de las operaciones a que se dedica. Los lenguajes altamente desarrollados y exactos de la física moderna, de la química, de la fisiología (sin hablar ya de las matemáticas donde desempeña un papel esencial), se han ido formando y perfeccionando a la vez que se desarrollaban cada una de esas ciencias, y esto no ha ocurrido en modo alguno espontáneamente, sino que se ha producido conscientemente: bajo la influencia de la tradición, de la crítica, de la creatividad terminológica acuñada por las propias sociedades y los congresos científicos.

El lenguaje psicológico actual es, ante todo, insuficientemente terminológico: eso significa que la psicología no posee aún su lenguaje. En su vocabulario encontramos un conglomerado de tres clases de palabras:

1) Palabras del lenguaje cotidiano, vagas, polisemánticas y adaptadas a la vida práctica. A. F. Lazurski culpaba de ello a la psicología de las aptitudes; yo he logrado mostrar que eso es también aplicable al lenguaje de la psicología empírica e incluso, en parte, al del propio Lazurski (L. S. Vygotski, 1925). Como prueba basta recordar las dificultades con que topan los traductores en psicología —tomemos por ejemplo el sentido de la vista (sentido en el significado de sensación)— para apreciar el metaforsismo, la inexactitud del lenguaje cotidiano;

2) También ensucian el lenguaje de los psicólogos las palabras del lenguaje filosófico que han perdido ya su conexión con el significado original, asimismo polisemánticas, como consecuencia de la lucha entre las distintas escuelas filosóficas, y enormemente abstractas. A. Lalande ve en ellas la principal fuente de imprecisión en psicología: los tropos de este lenguaje favorecen un pensamiento indeterminado; las metáforas, valiosas como ilustración, son peligrosas como fórmulas; llevan a la personificación de los hechos y las funciones psicológicas; los, sistemas o teorías se interpretan a través de -ismos, entre los cuales se inventan o imaginan pequeños dramas mitológicos (L. Lalande, 1929);

3) Finalmente, los vocablos y formas del lenguaje tomados de las ciencias naturales y empleados en sentido figurado, sirven directamente para engañar. Cuando un psicólogo razona sobre la energía y la fuerza, incluso sobre la intensidad, o cuando se refiere a la excitación, etc., encubre siempre tras una palabra científica un concepto no científico bien engañando directamente o bien resaltando, una vez más, la absoluta vaguedad del concepto, al que denomina con un término exacto pero ajeno.

La oscuridad de este lenguaje psicológico, señala con acierto Lalande, proviene tanto de la sintaxis como del vocabulario: en la propia construcción de la frase psicológica no encontramos menos dramas mitológicos que en el vocabulario. Y a ello añadiría yo que el estilo, la manera de expresarse de la ciencia desempeña no menor papel. En una palabra, todos los elementos, ³²⁴ todas las funciones del lenguaje llevan las huellas de la edad de la ciencia que los utiliza, y determinan así el carácter de su labor.

Sería erróneo pensar que los psicólogos no se han dado cuenta de la mezcolanza, la inexactitud y el carácter mitológico de su lenguaje. Apenas encontramos un solo autor que no se haya detenido de una forma u otra en el problema de la terminología. En realidad, los psicólogos pretendían describir, analizar y estudiar cosas especialmente delicadas y llenas de matices, y trataban de transmitir las incomparables particularidades de las ciencias espirituales, hechos sui generis, aquéllos donde por primera vez la ciencia trataba de transmitir la propia sensación, es decir, cuando planteaba a su lenguaje tareas de las que habitualmente se ha ocupado la expresión literaria. De ahí que los psicólogos aconsejaran aprender psicología en los grandes novelistas, pues ellos mismos hablaban el idioma de la literatura impresionista, e incluso los mejores, los psicólogos de estilo más brillante, se veían impotentes para crear una lengua exacta y escribían de forma metafóricamente expresiva: inculcaban, dibujaban, representaban, pero no protocolizaban. Así son James, Lipps, Binet.

El VI Congreso Internacional de psicólogos celebrado en Ginebra (1909) planteaba esta cuestión en el orden del día y publicó dos comunicaciones —de J. Baldwin y E. Claparède—, pero no se pasó allí de establecer las reglas de las posibilidades lingüísticas, a pesar de que Claparède trató de definir 40 términos de laboratorio. El diccionario de Baldwin en Inglaterra, el diccionario técnico y crítico de filosofía en Francia, han hecho mucho, pero a pesar de ellos la situación empeora de año en año y resulta imposible leer un libro nuevo sirviéndose de estos diccionarios. La enciclopedia de donde he extraído estos datos plantea como una de sus tareas introducir rigidez y estabilidad en la terminología, pero da pie a una nueva inestabilidad, al introducir un nuevo sistema de signos (J. Dumas, 1924).

El lenguaje no es sino una evidente muestra de los cambios moleculares que vive la ciencia; refleja procesos internos y no formalizados —tendencias de desarrollo, reforma y crecimiento. Admitamos por tanto el principio de que el confuso estado del lenguaje de la psicología refleja el confuso estado de nuestra ciencia. No entraremos más a fondo en la esencia de esta relación: la tomaremos como punto de partida para analizar los actuales cambios moleculares o terminológicos en psicología. Quizá podamos leer en ellos el des-tino presente y futuro de la ciencia.

Comencemos, ante todo, por quienes frontalmente son partidarios de negar una significación esencial al lenguaje de la ciencia y consideran esta discusión una logomaquia escolástica. Así, Chelpanov ve en la intención de sustituir la terminología subjetiva por otra objetiva una pretensión ridícula, el colmo del absurdo. Cita para respaldar su tesis a los zoopsicólogos (Th. Beer, A. Bethe, Ya. I. Ikskiul) que decían «fotorreceptor» en lugar de «ojo», «estiborreceptor» en lugar de «nariz», «receptor» en lugar de «órgano de los sentidos», etc. (G. I. Chelpanov, 1925). ³²⁵

En esa misma vena, G. I. Chelpanov, se inclina a reducir a un mero juego de términos la reforma llevada a cabo por los behavioristas; piensa que en las obras de J. Watson la palabra «sensación» o «representación» ha sido sustituida por «reacción». Para mostrar al lector la diferencia entre la psicología corriente y la de un behaviorista, Chelpanov cita ejemplos del nuevo modo de expresión: «En la psicología actual se dice: «Si un nervio óptico cualquiera se excita con una mezcla de ondas de colores complementarias surgirá en él la conciencia del color blanco». Según Watson, en este caso hay que decir: Reacciona a ella como a color blanco» (1926). Deducción triunfante del autor: el problema no varía con la palabra empleada; la única diferencia consiste en las palabras. Pero ¿es así realmente? Para un psicólogo como Chelpanov lo es indudablemente. Quien no investiga ni descubre algo nuevo no puede comprender por qué los investigadores introducen nuevas palabras para los nuevos fenómenos. Para quien no tiene un punto de vista propio sobre las cosas y acepta lo mismo a Spinoza y a Husserl, a Marx y a Platón, considerar la sustitución de un término como algo esencial es una pretensión vana. Quien asimila eclécticamente —por orden de aparición— todas las escuelas, corrientes y tendencias existentes en Europa Occidental necesita un lenguaje confuso, indeterminado, nivelador, cotidiano, por ej.: «como se dice en la psicología tradicional». Para quien piensa la psicología únicamente en forma de manual defender el lenguaje cotidiano pasa a ser una

cuestión vital y, puesto que toda una muchedumbre de psicólogos empíricos pertenece a ese tipo, esa psicología habla esa mezcla de jerga abigarrada, en la que la conciencia del color blanco es un simple hecho, sin ulterior crítica.

Para Chelpanov, estas distinciones son un capricho, una excentricidad. Sin embargo, ¿por qué esa excentricidad es tan regular? ¿No hay en ella algo necesario? Watson y Pavlov, Békterev y Kornilov, Bethe y Ikskiul (el informe de Chelpanov puede ser ampliado ad libitum en cualquier esfera de la ciencia), Köhler y Koffka, y otros y otros, dan pruebas de esa excentricidad. Es decir, que la tendencia a introducir una nueva terminología encierra cierta necesidad objetiva.

Podemos decir de antemano que la palabra, al nombrar un hecho, proporciona al mismo tiempo la filosofía del hecho, su teoría, su sistema. Cuando digo: «conciencia del color», poseo unas asociaciones científicas, el hecho se incorpora a una serie de fenómenos, doy un significado al hecho; sin embargo cuando digo «reacción a lo blanco», todo es completamente distinto.

Pero Chelpanov sólo finge cuando afirma que es únicamente una cuestión de palabras. Porque su propia tesis («las reformas en la terminología no son necesarias»), es la conclusión de otra tesis: no son necesarias reformas en la psicología. No hay necesidad de explicar que Chelpanov se ha enredado en una serie de contradicciones: afirma por un lado que Watson cambia únicamente las palabras y sostiene por otro que el behaviorismo desfigura la psicología. Pero una de dos: o Watson juega con las palabras, en cuyo caso el behaviorismo es la cosa más-inocente, una alegre anécdota, como le gusta 326 imaginar a Chelpanov para tranquilizarse o, tras el cambio de las palabras, se oculta el cambio de los problemas, y entonces el cambio de palabras no es algo tan cómico. La revolución arranca siempre a las cosas los nombres viejos tanto en política como en ciencia.

Pero pasemos a ocuparnos de aquellos autores que sí son conscientes de la significación que se oculta tras palabras nuevas: para ellos está claro que los nuevos hechos y el nuevo punto de vista hacia ellos obliga a nuevas palabras. Esos psicólogos se dividen en dos grupos: unos, los eclécticos puros, que mezclan alegremente los viejos y los nuevos vocablos y ven en ello una ley eterna; otros, sin embargo, hablan en ese lenguaje mixto por necesidad, no coinciden con ninguna de las partes en litigio y tratan de llegar a un idioma único creando el suyo propio.

Hemos visto que eclécticos tan manifiestos como Thorndike utilizan el término «reacción» tanto para el carácter, la destreza, la acción, para lo objetivo y lo subjetivo. Al no saber resolver el problema de la naturaleza de los fenómenos a estudiar y de los principios de análisis, despoja simplemente de significado tanto a los términos subjetivos como a los objetivos y las unidades «estímulo-reacción» son simplemente para él una forma cómoda de describir los fenómenos.

Otros, como V. P. Pillsburi, hacen del eclecticismo un principio: las discusiones sobre el método general y sobre las perspectivas pueden interesar quizá al psicólogo técnico. Las sensaciones y las percepciones las formula en términos de los estructuralistas, mientras que los actos, de cualquier género que sean, en los de los behavioristas; en lo que a él respecta se inclinan hacia el funcionalismo. La diferencia de términos conduce a una discordancia; pero él prefiere ese empleo de términos de muchas escuelas a los de una sola (V. B. Pillsberi, 1917). Y siendo consecuente con esa postura, nos muestra con ejemplos de la vida cotidiana y con palabras aproximadas, a qué se dedica la psicología, en lugar de ofrecer una definición formal; al exponer tres definiciones de la psicología como ciencia del alma, de la conciencia y del comportamiento, llega a la conclusión de que estas diferencias pueden no tenerse en cuenta al describir la vida espiritual. Es evidente que también la terminología es indiferente para nuestro autor.

Koffka (1925) y otros han tratado de ofrecer una síntesis al nivel de principios de la vieja y nueva terminologías. Estos autores comprenden perfectamente que la palabra es la teoría del hecho designado, y por eso, tras dos sistemas distintos de términos ven dos sistemas distintos de conceptos: el comportamiento tiene dos aspectos (el que está al alcance de la observación científico-natural y el que está al alcance de la sensación), a los que responden los conceptos funcional y descriptivo. Los conceptos y los términos funcionales-objetivos pertenecen a la categoría de lo científico natural, mientras que los conceptos y términos fenoménico-descriptivos le resultan (al comportamiento) absolutamente extraños. Con frecuencia, este hecho aparece velado por la lengua, que no siempre dispone de términos 327 concretos para uno y otro género de conceptos, ya que el lenguaje cotidiano no es el lenguaje científico.

El mérito de los norteamericanos consiste en que han combatido el anecdotismo subjetivo en la psicología animal, pero nosotros no tendremos miedo a emplear conceptos descriptivos al explicar el comportamiento de los animales. Los norteamericanos han ido demasiado lejos, son demasiado objetivos.

Y de nuevo, nos encontramos con algo realmente curioso: la teoría de la Gestalt, profundamente doble en su interior (que refleja y en su seno dos tendencias contrapuestas que, como mostraremos más adelante, determinan de hecho todo el problema de la crisis y su destino) quiere conservar por principio y para siempre un lenguaje doble, ya que parte de la doble naturaleza del comportamiento. No obstante, las ciencias no estudian lo que se encuentra en estrecha vecindad en la naturaleza, sino lo que es próximo y homogéneo conceptualmente. ¿Cómo puede existir una ciencia sobre dos géneros, sobre clases de fenómenos totalmente distintas, que exigen evidentemente dos métodos diferentes, dos principios explicativos, etc.? Porque es la unidad del punto de vista sobre el objeto lo que asegura la unidad de la ciencia. ¿Cómo cabe estructurar una ciencia desde dos puntos de vista? De nuevo, la contradicción en los términos responde exactamente a la contradicción en los principios.

La cuestión es algo distinta en el otro grupo (fundamentalmente entre los psicólogos rusos), el de quienes utilizan tanto unos términos como los otros, pero que ven en ello una concesión a la época de transición. Este entretanto, según expresión de un psicólogo, exige ropa que combine la pella y el traje de verano, algo de más abrigo y algo más ligero. Así, Blonski sostiene que la cuestión no

consiste en cómo denominar los fenómenos a estudiar, sino en cómo interpretarlos. Utilizamos el vocabulario habitual de nuestra lengua, pero en esas palabras corrientes introducimos el contenido correspondiente a la ciencia del siglo XIX. No se trata de evitar la expresión: «El perro se enfada». De lo que se trata es que, esa frase no sea una explicación, sino un problema (P. P. Blonski, 1925). De hecho, aquí se encierra una condena total de la vieja terminología: porque utilizando esa terminología esta frase pretendía ser precisamente una explicación. Sin embargo lo importante es que para convertirse en un problema científico esa frase deberá formularse de una manera apropiada y no mediante términos populares. Aquellos a quienes Blonski llama pedantes de la terminología perciben mejor que él, de hecho, que tras esa frase se oculta un contenido, condensado en ella por la historia de la ciencia. Siguiendo a Blonski, muchos emplean dos lenguajes, sin considerar sin embargo que ello implique una cuestión de principio. Así lo, hace K. N. Kornilov, así lo hago yo, repitiendo la reflexión de Pavlov: ¿que importancia tiene cómo llamarlos: psíquicos o nerviosos compuestos?

Pero, a pesar de todo, los ejemplos que hemos puesto muestran ya límites de un bilingüismo de este tipo. Y aquí, los límites demuestran aun con mayor claridad lo mismo que nos ha indicado nuestro análisis previo de 328 los elementos anteriores: el bilingüismo es el signo externo de una dualidad del pensamiento. Se puede hablar empleando dos idiomas siempre que se expongan contenidos distintos o dos aspectos distintos de ese contenido y entonces qué importancia tiene realmente cómo se les llame.

Recapitulemos pues: los psicólogos empíricos necesitan un lenguaje cotidiano indeterminado, confuso, plurisemántico, vago, un lenguaje tal, que lo dicho en él se pueda hacer concordar con cualquier cosa —hoy con los padres de la Iglesia, mañana con Marx—; necesitan términos que no ofrezcan una calificación filosófica clara de la naturaleza del fenómeno y ni siquiera una descripción clara del mismo, porque los psicólogos empíricos no comprenden con claridad y no ven con claridad su objeto. Los eclécticos necesitan de manera provisional dos lenguajes mientras se mantienen dentro del punto de vista ecléctico, pero en cuanto abandonan ese terreno y tratan de designar y describir de nuevo el hecho descubierto, dejan de ser indiferentes al lenguaje, a la palabra.

Así, K. N. Kornilov, al descubrir un nuevo fenómeno, está dispuesto a reconvertir toda el área a la que atribuye este fenómeno, todo un capítulo de la psicología en una nueva ciencia —la reactología (K. N. Kornilov, 1922) y en otro lugar contraponen el reflejo a la reacción y aprecia una diferencia esencial entre uno y otro término. Las bases de uno y otro término suponen dos filosofías y dos metodologías totalmente distintas. Para él, la reacción es un concepto biológico, mientras que el reflejo es un concepto fisiológico estricto; el reflejo sólo es objetivo, la reacción subjetivo-objetiva. De modo que parece claro que el fenómeno adquiere un significado si lo denominamos reflejo y otros si lo denominamos reacción.

Llamar a las cosas de una u otra forma no es pues algo indiferente, y la pedantería está justificada cuando está respaldada por la investigación o la filosofía, porque es consciente de que un error en las palabras implica un error en la comprensión. No en balde ve Blonski una coincidencia entre su trabajo y el ensayo de psicología de L. Jemson —un espécimen característico de la mentalidad pequeño burguesa y del eclecticismo de la ciencia (L. Jemson, 1925)—. En la frase «el perro se enfada» no cabe ver un problema, porque como ha mostrado acertadamente Schelovánov, la elección del término responde al punto final y no al inicial de la investigación: en cuanto se designa tal o cual complejo de reacciones con un término psicológico cualquiera, pueda darse por descartado cualquier intento ulterior de análisis (N. M. Schelovánov, 1929). Si Blonski hubiera abandonado el terreno del eclecticismo como Kornilov, y hubiera elegido el campo de la investigación o de los principios se habría enterado de esto. Ni a un solo psicólogo hubiera dejado de ocurrírsele.

Y un observador tan irónico habitualmente respecto a las «revoluciones terminológicas» como Chelpánov, adopta de repente una sorprendente Pedantería y protesta contra la denominación de «reactología». Como si fuera un pedante maestro de escuela chejoviano proclama que ese término Provoca perplejidad, en primer lugar, etimológicamente y en segundo lugar, 329 teóricamente. La formación etimológica de la palabra es totalmente errónea, declara con aplomo el autor —habría que haber dicho «reaciología». Naturalmente, eso es el colmo del analfabetismo lingüístico y supone la más completa infracción de todos los principios terminológicos del VI Congreso, que trabaja sobre la base internacional (greco-latina) de construcción de los términos, puesto que, por lo que parece, Kornilov ha construido su término, no partiendo de la palabra «reacción», de Nizhni Nóvgorod, sino de ob reactio, y por tanto de forma totalmente correcta. Y hubiera tenido entonces su interés ver cómo habría traducido Chelpánov «reaciología» al francés, alemán, etc. Pero en realidad no se trata de eso, sino de otra cosa: según declara Chelpánov, en el sistema de las concepciones psicológicas de Kornilov, ese término no tiene, aparentemente, cabida. Pero pensemos con propiedad. Lo importante es reconocer el valor del término dentro del sistema conceptual. Resulta que dentro de una cierta interpretación, incluso la reflexología tiene su *raison d'être*.

Que no se piense que estas pequeñeces carecen de importancia por el hecho de ser excesivamente enrevesadas, contradictorias, equivocadas, etc. Ahí está justamente la diferencia entre un punto de vista científico y uno práctico. H. Münsterberg ha aclarado que al jardinero le gustan sus tulipanes y le disgusta la maleza, mientras que al botánico, que describe y explica, no le gusta ni le disgusta nada, y desde su punto de vista no puede ni gustarle ni disgustarle nada. Para la ciencia del hombre, dice, la estupidez humana ofrece no menos interés que la sabiduría humana: es un material indiferente, cuya única pretensión sería su existencia como eslabón de una cadena de fenómenos (H. Münsterberg, 1922). Para el psicólogo ecléctico —a quien le es indiferente la terminología— un hecho, en cuanto eslabón de una cadena de fenómenos, adquiere repentinamente, y en relación con la posición que ocupa, una importancia primordial, y pasa a revestir entonces un gran valor metodológico. Y también tiene un gran valor que otros autores eclécticos lleguen por igual camino a lo mismo a que ha llegado también Kornilov: ni el reflejo condicionado, ni el concatenado les parecen lo suficientemente claros ni comprensibles: la base de la nueva psicología la constituyen las reacciones, y toda la psicología desarrollada por Pavlov, Béhjterev y J. Watson no se denomina reflexología ni behaviorismo, sino *psychologie de la reaction*, es decir, reactología. Aunque los eclécticos lleguen a conclusiones opuestas sobre algo, hay algo que les aproxima: el procedimiento, el proceso, en el que ellos encuentran, en general, sus conclusiones.

Esa misma regularidad la hallamos en todos los reflexólogos —ya sean investigadores o teóricos. Watson está convencido de que podemos escribir un curso de psicología y no emplear las palabras «conciencia», «contenido», «introspección comprobada», «imaginación», etc. (1926). Y para él, esa opción no es simplemente una cuestión terminológica, sino sustancial: lo mismo que el químico no puede hablar en el idioma de la alquimia y el astrónomo en el del horóscopo. Y pone un magnífico ejemplo: la diferencia entre la reacción óptica y la imagen óptica tiene para él una gran importancia teórica, 330 ya que en ella se encierra la diferencia entre el monismo consecuente y el dualismo consecuente (Ibidem). Para él, la palabra es un tentáculo, con el que la filosofía abarca el hecho. Son innumerables los volúmenes que se han escrito desde la terminología de la conciencia, pero por mucho valor que ofrezcan, la conciencia sólo puede ser definida y expresada traduciéndola al idioma objetivo. Porque la conciencia y lo demás, según el pensamiento de Watson, son sólo expresiones indeterminadas. Y la nueva línea rompe a la vez con las teorías y con las terminologías habituales. Watson condena la «psicología del comportamiento de medias tintas» (que perjudica a toda esta corriente) y afirma que si los principios de la nueva psicología no son capaces de conservar toda su claridad, sus límites se verán deformados y oscurecidos y este enfoque perderá su valor. A consecuencia de esa vaguedad, se hundió la psicología funcional. Si el behaviorismo tiene futuro deberá romper por completo con el concepto de conciencia.

No obstante, Watson no ha decidido si convertirse en el sistema dominante en psicología o mantenerse simplemente como una concepción metodológica. De ahí que tome con excesiva frecuencia la metodología del sentido común como base de la investigación, pues en su intento de liberarse de la filosofía se desliza hacia el punto de vista del «individuo corriente», entendiendo por individuo corriente, no las principales características de la praxis de la persona, sino el sentido común del negociante norteamericano medio. En su opinión, el hombre corriente debe aplaudir el behaviorismo, pues la vida cotidiana le ha enseñado a actuar y, por tanto, al tomar contacto con la ciencia de la conducta no sufre ningún cambio en el método ni variación alguna en el objeto (Ibidem).

Pero justamente ahí recibe el behaviorismo su veredicto: el estudio científico exige irremisiblemente cambios en el objeto (es decir, exige elaborar este objeto en conceptos) y en el método. Sin embargo, los psicólogos behavioristas interpretan el comportamiento de manera cotidiana, y en sus razonamientos y descripciones hay mucho de la forma pequeño burguesa de opinar. Por eso, tanto el behaviorismo radical como el de compromiso no logran establecer —ni en su estilo y lenguaje ni en sus principios y método— una frontera entre la interpretación de la vida habitual y la de lo vulgar. Liberando de la «alquimia» al lenguaje, los behavioristas lo han vuelto a ensuciar con un lenguaje vulgar y no terminológico. Eso les acerca a Chelpanov: la única diferencia debe atribuirse a las distintas costumbres del pequeño burgués norteamericano y del ruso. De ahí que el reproche que se hace a la nueva psicología de que es una psicología pequeño burguesa es, en parte, cierto.

Pavlov relaciona esa vaguedad del idioma, que Blonski considera sólo falta de pedantería, con el fracaso de los norteamericanos. Ve en ello un «error patente», que frena el éxito del enfoque y que sin duda será corregido tarde o temprano. Se trata del empleo en la investigación del comportamiento de los animales —en esencia objetiva—, de conceptos y clasificaciones psicológicas. Ahí tienen su origen, la mayoría de las veces, el carácter casual y complicado 331 de sus procedimientos metodológicos, y siempre, la incoherencia y la falta de sistema de un material, que carece de fundamento planificado (1950, pág. 237). No cabe expresar con mayor claridad el papel y la función del lenguaje en la investigación científica. Y Pavlov debe su éxito a su enorme coherencia metodológica, ante todo en el lenguaje. Sus investigaciones sobre la actividad de las glándulas salivales en los perros ha pasado a convertirse en la doctrina de la actividad del sistema nervioso superior de los animales --exclusivamente-- y de su comportamiento, porque él ha elevado el estudio de la secreción salival a una enorme altura teórica y ha creado un sistema diáfano de conceptos, que ha servido de base a la ciencia.

La intransigencia de Pavlov en las cuestiones metodológicas es digna de admiración. Su libro nos introduce en el laboratorio de sus investigaciones y nos enseña a crear el idioma científico. Para empezar, ¿qué importancia tiene cómo denominar un fenómeno? Sin embargo, paulatinamente, cada paso que damos, se refuerza con una palabra nueva, cada nueva regularidad exige un término y aclara el significado y el valor de uso de los términos nuevos. La elección de los términos y de los conceptos predetermina el resultado de la investigación: «¿cómo habría sido posible superponer el sistema de conceptos carentes de espacio de la psicología moderna a la construcción material del cerebro?» (Ibidem, pág. 254).

Cuando E. Thorndike habla de la reacción del humor y la estudia, crea conceptos y leyes que nos desvían del cerebro. Para Pavlov, recurrir a este método es una cobardía. Thorndike recurre con frecuencia a explicaciones psicológicas, en parte por costumbre y en parte debido a cierto alejamiento mental. «Pero pronto comprendí en qué consistía su flaco servicio. Me encontraba en dificultades cada vez que no vela la conexión entre los fenómenos. Sus aportaciones a la psicología estaban encerradas en las palabras: «el animal recordó», «el animal quiso», «el animal acertó», es decir, se trataba tan sólo de un procedimiento adeterminista de pensar, que prescindía de una causa real» (la cursiva es mía. —L. V.) (Ibidem, págs. 273-274). En el modo de expresión de los psicólogos Pavlov ve una ofensa al pensamiento serio.

Y cuando Pavlov implanta en el laboratorio una multa por emplear términos psicológicos ese hecho no tiene menos importancia ni es menos significativo para la historia de la teoría de la ciencia que la discusión sobre el símbolo de la fe para la historia de la religión. Sólo Chelpanov puede reírse de eso: como científico, Pavlov no multa por utilizar un término inadecuado en un manual, ni en la exposición de la asignatura, sino en el laboratorio —durante el proceso de investigación—. Por supuesto, que lo que la multa castigaba era el pensamiento no causal, carente de espacio, indefinido y mitológico, que a través de esa palabra se inoculaba en el proceso de la investigación y que amenazaba con hacer saltar toda la indagación (como ocurre en el caso de los psicólogos norteamericanos) con introducir la incoherencia, la falta de sistema, con arrebatar el fundamento.

Pero Chelpanov no llega ni a sospechar que los nuevos vocablos pueden ser necesarios en el laboratorio y en la investigación y que el 332 significado y el sentido de ésta están determinados por las palabras empleadas. Critica a Pavlov, diciendo que «inhibición» es una expresión confusa e hipotética, y que lo mismo cabe decir respecto al término «desinhibición» (G. I. Chelpanov, 1925). Es verdad que no sabemos la que sucede en el cerebro durante la inhibición. A pesar de ello es un concepto magnífico, diáfano: ante todo, está terminologizado, es decir, exactamente determinado en su significado y límites. En segundo lugar, es honrado, es decir, que dice todo y únicamente lo que sabe. Y aunque aún no tengamos hoy completamente claros los procesos de inhibición en el cerebro, la palabra y el concepto de «inhibición» están sin embargo completamente claros. En tercer lugar, es un concepto situado al nivel de los principios y es un concepto científico: es decir, introduce el hecho en el sistema, lo sitúa en un fundamento, lo explica hipotéticamente, pero a la vez causalmente. Naturalmente, nos representamos con más claridad el ojo que el analizador; es precisamente por eso por lo que la palabra «ojo» no dice nada en ciencia y el término «analizador óptico» dice menos y más que la palabra «ojo», comparándola con la de otros órganos y ha conectado gracias a ese término (el analizador óptico) toda la vía sensorial que va desde el ojo hasta la corteza cerebral, y ha señalado su papel en el sistema de comportamiento: todo eso es lo que expresa el nuevo término. Que esas palabras nos deben, hacer pensar en las sensaciones visuales es verdad, pero el origen genético de la palabra y su significado terminológico son dos cosas absolutamente distintas. La palabra elegida no encierra en sí nada relativo a la sensación; puede utilizarla plenamente un ciego. Por eso, quienes tras Chelpanov tratan de descubrir en Pavlov un lapsus o ver fragmentos del lenguaje psicológico y de tacharle de inconsecuente no comprenden el significado de la cuestión: si Pavlov habla de la alegría, la atención, del idiota (del perro), eso significa tan sólo que el mecanismo de la alegría, la atención, etc., aún no ha sido estudiado, que se trata todavía de puntos oscuros del sistema y que no es una cuestión de principio o una contradicción.

Pero todo esto puede parecer erróneo si no se completa el razonamiento con la cara opuesta. Naturalmente, la coherencia terminológica puede convertirse en una pedantería, en pura «palabrería», en un cerco a la izquierda (como en la escuela de Békterev). ¿Cuándo sucede eso? Cuando la palabra se adosa como una etiqueta a un mercancía ya preparada y no nace durante el proceso de investigación. Entonces, no terminologiza, no delimita, sino que introduce confusión en el sistema de conceptos, convirtiéndolo en una mezcolanza.

Se trata en ese caso de una labor de nuevo etiquetado que no aclara absolutamente nada porque, naturalmente, no es difícil inventar todo un catálogo de denominaciones: reflejo de finalidad, reflejo de Dios, reflejo de derecho, reflejo de libertad, etc. A todo se le puede hallar su reflejo. Lo malo es que eso no es más que hacernos perder el tiempo: Y por consiguiente, no desmiente nada, sino que de acuerdo con el método del contrario confirma la regla general: las nuevas alabanzas van al paso de las nuevas investigaciones. 333

Resumamos. Hemos visto que en cualquier campo la palabra, lo mismo que el sol en una gota de agua, refleja íntegramente los procesos y tendencias en el desarrollo de la ciencia. En la ciencia se despliega una cierta unidad en los principios del conocimiento, que va desde los principios más elevados hasta la elección de la palabra. ¿Qué nos proporciona esa unidad de todo el sistema científico? Un esqueleto metodológico de principios. El investigador, en la medida que no sea sólo un técnico, un registrador y un ejecutor, es siempre un filósofo, que durante la investigación y la descripción piensa en el fenómeno, y su forma de pensar se refleja en las palabras que utiliza. La multa pavloviana constituye la base de una extraordinaria disciplina de pensamiento: es la propia disciplina de la mente el fundamento de la interpretación científica del mundo, como la religión en el sistema monástico. Quien vaya al laboratorio con su palabra se verá obligado a repetir el ejemplo de Pavlov. La palabra es la filosofía del hecho, puede ser su mitología y su teoría científica. Cuando G. K. Lichtenberg decía: «Es denkt sollte man sagen, so wie man sagt: es blitz», combatía la mitología en el lenguaje. Decir cogito significa mucho, ya que ha de traducirse en: «Pienso». ¿Es que un fisiólogo estaría de acuerdo con decir: «Llevo a cabo una excitación en el nervio»? Decir «Pienso» y «Me parece» implica ofrecer dos teorías opuestas del pensamiento: así, toda la teoría de las actitudes mentales de Binet exige lo primero, la teoría de Freud lo segundo y la de Külpe unas veces la primera expresión y otras la segunda. Höfding cita con simpatía al fisiólogo Foster, quien afirma que a las impresiones del animal que carece de hemisferios cerebrales debemos denominarlas sensaciones... o habremos de crear para ellas una palabra totalmente nueva (H. Höfding, 1908, pág. 80), porque hemos tropezado con una categoría nueva de hechos y tenemos que elegir la forma en que hemos de pensarla: relacionándola con la vieja categoría o de una manera nueva.

Un autor ruso, N. N. Langué, comprendía el valor de la terminología. Al señalar que la psicología carece de sistema general, que la crisis ha quebrantado toda la ciencia psicológica, señala: «Se puede decir sin temor a exagerar que la descripción de cualquier proceso psíquico adopta un aspecto u otro según lo caractericemos y estudiemos en las categorías de distintos sistemas psicológicos, como los de: Ebbinghaus o Wundt, Stumpf o Avenarius, Meinong o Binet, James o G. E. Miller. Naturalmente, el aspecto puramente real deberá en este caso seguir siendo el mismo: no obstante, en la ciencia, por lo menos en psicología, separar el hecho a describir de su teoría, es decir, de las categorías científicas con ayuda de las cuales se lleva a cabo su descripción, resulta con frecuencia muy difícil, y a veces hasta imposible, porque en psicología (como, por cierto, también en física, en opinión de Duhem) toda descripción es siempre ya una cierta teoría... Al observador superficial las investigaciones reales, sobre todo las de carácter experimental, le parecen independientes de estas divergencias en las categorías científicas fundamentales que separan diferentes escuelas psicológicas» (N. N. Langué 1914, pág. 43). Pero el propio planteamiento de la cuestión, el diferente 334 empleo de los términos psicológicos, encierran siempre una u otra interpretación de los mismos, que corresponde a una u otra teoría, y por consiguiente la totalidad del resultado real de la investigación se mantiene o desaparece a la par con la veracidad o la falsedad del sistema psicológico. Las investigaciones, observaciones y mediciones más exactas pueden, por tanto, resultar falsas o por lo menos perder su importancia si cambia el sentido de las principales teorías psicológicas.

Crisis de este tipo han destruido o desvalorizado conjuntos completos de hechos y han tenido lugar más de una vez en la ciencia. Langue (1914) las compara con los terremotos, que surgen debido a deformaciones profundas en las entrañas de la Tierra; así se produjo el hundimiento de la alquimia. El subalternismo, que tanto desarrollo ha alcanzado ahora en la ciencia, es decir, la separación entre la ejecución de la función técnica de la investigación (fundamentalmente el mantenimiento de los aparatos, de acuerdo con un patrón prefijado), por una parte y el pensamiento científico por otra, se refleja ante todo en la degradación del lenguaje científico. De hecho, eso es algo que conocen perfectamente todos los psicólogos que piensan que en las investigaciones metodológicas, el problema terminológico, que exige un complicadísimo análisis, en lugar de un simple informe, acapara la parte del león (L. Binsvanger, 1922). Para H. Rickert, la creación de una terminología monosemántica constituye la tarea principal de la psicología, anterior a toda investigación, porque en las descripciones primitivas hay que elegir los significados de las palabras, que «al generalizar, simplifiquen» la enorme diversidad y pluralidad de los fenómenos psíquicos (L. Binsvanger, 1922). De hecho, ya Engels expresó esa misma idea poniendo como ejemplo la química: «En química orgánica, la significación de un cuerpo, y también por tanto, de su nombre, no depende ya solamente de su composición, sino más bien del lugar de ese cuerpo en la serie a la que pertenece. Por consiguiente, si resulta que un cuerpo forma parte de tal o cual serie, nos encontraremos con que su antiguo nombre se convertirá en un obstáculo para su comprensión, y será necesario sustituirlo por un nombre de la serie (parafinas, etc.)», (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 20, pág. 609). Lo que aquí ha alcanzado la rigidez de una regla química existe en forma de principio general en todo el campo del lenguaje científico.

«Paralelismo, —dice Langue—, es a primera vista una palabra inocente, que encubre, no obstante, un terrible pensamiento, el del carácter colateral y casual de la técnica en el mundo de los fenómenos físicos» (1914, pág. 96). Esta inocente palabra tiene una aleccionadora historia. Introducida por Leibniz, empezó a ser utilizada en la resolución del problema psicológico, que se remonta a Spinoza, cambiando muchas veces de nombre: Höfding la denomina hipótesis del subtexto, considerando que ésta es la «única denominación precisa y oportuna». Con frecuencia, el nombre de monismo, empleado corrientemente, es etimológicamente correcto, pero resulta inconveniente. Porque ha recurrido a él «la ideología imprecisa e inconsecuente». Las denominaciones de paralelismo y dualidad no valen, porque «exageran la idea 335 de que hay que pensar en lo espiritual y en lo material como en dos series de desarrollo totalmente independientes (casi como un par de rieles en la vía ferroviaria); y esa hipótesis es precisamente la que no reconoce». Hay que dar el nombre de dualidad no a la hipótesis de Spinoza, sino a la de C. Wolff (H. Höfding, 1908, pág. 91).

Por tanto, a una hipótesis le llaman, bien 1) monismo, bien 2) dualismo, bien 3) paralelismo, bien 4) identidad. Añadamos que el círculo de marxistas que resucitan esta hipótesis (como mostraremos más adelante): Plejánov y tras él Sarabiyánov, Frankfurt y otros, ven en ella precisamente la teoría de la unidad, pero no la identidad de lo psíquico y lo físico. ¿Cómo ha podido ocurrir eso? Evidentemente, esa misma hipótesis puede ser desarrollada sobre la base de distintas concepciones generales y puede llegar a tener tal o cual significado en función de ellas: unos subrayan en ella la dualidad, otros el monismo, etc. Höfding señala que no excluye una hipótesis metafísica más profunda, particularmente el idealismo (1908). Para entrar a formar parte de la concepción filosófica del mundo, las hipótesis exigen un nuevo tratamiento, que consiste en resaltar tal o cual aspecto. Es muy importante la aclaración de Langue: «El paralelismo psicofísico lo encontramos en los representantes de las más diversas corrientes filosóficas: en los dualistas (adeptos a Descartes) y en los monistas (Spinoza), en Leibniz (idealismo metafísico), en los positivistas-agnósticos (Bain, Spencer), en la metafísica voluntarista (Wundt y Paulsen)» (1914, pág. 76).

H. Höfding habla del inconsciente en cuanto, conclusión de una hipótesis de identidad «Actuamos en este caso de forma análoga al filólogo que completa un fragmento de un escritor antiguo por medio de un análisis contextual. El mundo espiritual es también, y en comparación con el mundo físico, un fragmento: sólo podemos completarlo con ayuda de una hipótesis...» (1908, pág. 87). Esa es la inevitable conclusión del paralelismo.

Por eso no le falta razón a Chelpánov cuando dice que hasta 1922 denominaba a esta doctrina paralelismo, y a partir de 1922, materialismo. Tendría toda la razón si su filosofía no se acomodara a las circunstancias de un modo mecánico. Lo mismo sucede con la palabra «función» (me refiero a función en el sentido matemático). En la fórmula: «la conciencia es una función del cerebro» nos hallamos ante la teoría del paralelismo, en la de «sentido fisiológico» estamos en presencia del materialismo. Por eso, cuando Kornilov introduce el concepto y el término de relación funcional entre la psique y el cuerpo y a pesar de reconocer el paralelismo de la hipótesis dualista, introduce sin darse cuenta esta teoría, porque, al rechazar el concepto de función en el sentido fisiológico, queda por tanto el segundo sentido (K. N. Kornilov, 1925).

Vemos, por consiguiente, que ya sea comenzando la descripción de un experimento desde hipótesis muy generales, o terminando con comentarios sobre detalles como los que hemos visto, la palabra refleja la dolencia de la ciencia. Lo específicamente nuevo que aprendemos del análisis de las palabras es la idea del carácter molecular de los procesos en la ciencia. Cada 336 célula del organismo científico descubre procesos de infección y de lucha. Y aquí encontramos una de las ideas centrales sobre el carácter del conocimiento científico: el conocimiento se nos manifiesta como un profundísimo proceso único. Finalmente, también verificamos la metáfora de lo sano y lo enfermo en los procesos de la ciencia y lo que es verdad acerca de la palabra lo es también acerca de la teoría. La palabra hace avanzar la ciencia en tanto en, cuanto que 1) entra en el lugar conquistado por la investigación, es decir, en tanto en cuanto responde al estado objetivo de las cosas, y 2) se suma a principios iniciales ciertos, es decir, a las fórmulas más generalizadas de este mundo objetivo.

Vemos, por tanto, que el estudio científico es a la vez, tanto el estudio del hecho como el del procedimiento de cognición de ese hecho. Con otras palabras, es el trabajo metodológico sobre la propia ciencia, en la medida en que ésta avanza o toma conciencia de sus conclusiones. La elección de la palabra implica ya un proceso metodológico. Es fácil ver el proceso simultáneo de la metodología

y el experimento en Pavlov. Por tanto, la ciencia es filosófica hasta sus últimos elementos, hasta las palabras, está penetrada, por decirlo así, de metodología. Eso coincide con la concepción marxista de la filosofía como «ciencia de las ciencias», como la síntesis que penetra en la ciencia. En este sentido, dice Engels: «Cualquiera que sea la actitud que adoptan los naturalistas, la filosofía los domina siempre... Solamente cuando la ciencia de la naturaleza y de la historia hayan asimilado la dialéctica, sobrarán y desaparecerán, absorbida por la ciencia positiva, toda la quincalla filosófica...» (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 20, pág. 525).

Los naturalistas se figuran que se liberan de la filosofía cuando la ignoran, pero no son más que esclavos, prisioneros de la más detestable filosofía consistente en una mezcolanza de concepciones fragmentarias y carentes de sistema; puesto que los investigadores no pueden dar un paso sin pensar, y el pensamiento exige definiciones lógicas. La cuestión de cómo interpretar los problemas metodológicos: «separadamente de las propias ciencias» o introduciendo el análisis metodológico en la propia ciencia (en la formación, en la investigación) es un problema de conveniencia pedagógica. Tiene razón S. L. Frank cuando dice que todos los libros de psicología tratan problemas de psicología filosófica en los prólogos y las conclusiones (1917). Una cosa es, sin embargo, exponer la metodología —«introducir en la comprensión de la metodología»—, lo cual, repetimos, es cuestión de la técnica pedagógica; otra cosa, llevar a cabo la investigación metodológica. Eso exige un análisis especial.

La palabra científica tiende al signo matemático, es decir, al término puro. Porque la fórmula matemática está también constituida por una serie de palabras, pero palabras terminologizadas hasta el fondo y por eso convencionales en alto grado. Por eso, todo significado es científico, en tanto sea matemático (Kant). Pero el idioma de la psicología empírica es el antípoda directo del idioma matemático. Como han mostrado Locke, Leibniz y toda [337](#) la lingüística, todas las palabras de la psicología son metáforas tomadas de los espacios del universo.

Apartado 10

Pasemos a formulaciones positivas. A través de análisis fragmentarios de algunos elementos concretos de la ciencia, hemos aprendido a ver en ella un conjunto complejo, dinámico y que se desarrolla con regularidad. ¿Qué etapa de desarrollo está viviendo ahora nuestra ciencia, cuál es el significado y cuál es la naturaleza de la crisis que está padeciendo y cuál será su resultado? Pasemos a dar respuesta a estas preguntas. Cuando se conoce algo la metodología (y la historia) de las ciencias, la ciencia comienza a representarse a uno no como un conjunto muerto, acabado, inmóvil, integrado por principios preparados de antemano, sino como un sistema vivo, en constante evolución y avance, de hechos demostrados, leyes, suposiciones, estructuras y conclusiones, que se completan ininterrumpidamente, son criticados, comprobados, rechazados parcialmente, interpretados y organizados de nuevo, etc. La ciencia comienza a ser comprendida dialécticamente en su movimiento, desde la perspectiva de su dinámica, su crecimiento, desarrollo, evolución. Desde este punto de vista es como se debe valorar y comprender cada etapa de desarrollo. Por tanto, nuestro primer punto de vista es el reconocimiento de la crisis. En cuanto a su significado, es comprendido de modo muy diferente. He aquí las principales interpretaciones.

En primer lugar, hay psicólogos que niegan de plano la existencia de la crisis. Ese es el caso de Chelpanov y en general de la mayoría de los psicólogos rusos de la vieja escuela (sólo Langue y puede decirse que Frank se han dado cuenta de lo que sucede en nuestra ciencia). En opinión de esa mayoría de psicólogos, en nuestra ciencia todo marcha bien, igual que en mineralogía. La crisis ha llegado de fuera: algunas personas han emprendido la reforma de la ciencia, porque desde alguna ideología se ha exigido su revisión. Pero no contamos en nuestra ciencia con base objetiva que permita sostener ni lo uno ni lo otro. Es verdad que en el proceso de la discusión ha habido necesidad de reconocer que también en América han comenzado a reformar la ciencia, pero a los lectores se les ha ocultado cuidadosamente, puede que incluso sinceramente, que ninguno de los psicólogos que han dejado huella en la ciencia ha escapado de la crisis.

La primera interpretación —la negación de la crisis— es tan ciega, que no ofrece interés para nosotros. Basta para explicarla el que ese tipo psicólogos, de hecho eclécticos y popularizadores de ideas ajenas, no sólo no se han dedicado nunca a la investigación y a la filosofía de su ciencia, sino que ni siquiera han valorado críticamente cada nueva escuela. Lo han aceptado todo: la escuela de Wurtzburgo y la fenomenología de Husserl, el experimentalismo de Wundt-Titchener y el marxismo, Spencer y Platón. Estos individuos no sólo están teóricamente fuera de la ciencia respecto a los [338](#) grandes movimientos que se producen en ella, sino que tampoco juegan ningún papel en la práctica: los empíricos han traicionado la psicología empírica en su defensa de ella; los eclécticos han asimilado cuanto han sido capaces de las ideas contrarias a ellos; los popularizadores no pueden ser enemigos de nadie, popularizarán únicamente la psicología que triunfe. Ya ahora Chelpanov se preocupa mucho del marxismo; pronto estudiará la reflexología, y el primer manual del behaviorismo triunfante lo escribirá precisamente él o un discípulo suyo. En su conjunto son profesores y examinadores, mercaderes y portadores de cultura, pero de sus escuelas no ha surgido una sola investigación de cierta importancia.

Otros ven la crisis, pero para ellos todo tiene un valor subjetivo. La crisis ha dividido la psicología en dos campos. Los límites entre ambos se establecen siempre entre el autor del punto de vista en cuestión y todo el resto del mundo. Pero, según expresión de Lotze, hasta el gusano medio aplastado contrapone su imagen a todo el universo. Ese es el punto de vista oficial del behaviorismo militante. Así, Watson cree que hay dos psicologías: la verdadera —la suya— y la falsa; la vieja muere a consecuencia de su carácter de compromiso: como mucho llega a ver la existencia de los psicólogos que buscan un compromiso; la tradición medieval, con la que no ha querido romper Wundt, ha arruinado la psicología sin alma U. Watson, 1926). Como puede observar el lector, Watson simplifica hasta el límite y no encuentra especial dificultad para transformar la psicología en ciencia natural. Eso coincide para Watson con el punto de vista del hombre consciente, es decir, con la metodología del sentido común. Y así valora también y en general, Békterev las épocas de la psicología: todo lo anterior a él es erróneo, todo lo posterior, verdad. Así valoran la crisis muchos de los psicólogos: ése

es, en calidad de subjetivo, el punto de vista más sencillo y más ingenuo. Los psicólogos de que nos hemos ocupado en el capítulo del inconsciente razonan también así: existe la psicología empírica, impregnada de idealismo metafísico, lo cual constituye una reminiscencia; y existe la verdadera metodología de la época, que coincide con el marxismo. Todo lo que no pertenece a lo primero es ya de por sí lo segundo, pues no hay un tercero. Y puesto que el psicoanálisis se contrapone frontalmente a la psicología empírica, ¿eso basta para reconocerlo como un sistema marxista! para esos psicólogos la crisis coincide con la lucha que están llevando. Hay aliados y enemigos, otras diferencias no existen.

No son mejores los diagnósticos objetivo-empíricos de la crisis: se calcula el número de escuelas y se establece la puntuación de la crisis. Allport, al enunciar las corrientes de la psicología norteamericana, adopta este punto de vista —el cómputo de escuelas—, la escuela de James y la de Titchener, el behaviorismo y el psicoanálisis. Enumera además toda una serie de unidades, que participan en el estudio de la ciencia, pero no realiza el menor intento por penetrar el significado objetivo de lo que defiende cada escuela, por comprender la dinámica de las relaciones entre cada una de ellas. 339

El error se hace aún más profundo entre aquellos que comienzan a percibir los aspectos esenciales de la crisis. Se borra entonces el límite entre esta crisis y cualquier otra, entre la crisis en la psicología y en cualquier otra ciencia, entre cualquier divergencia y discusión particular y la crisis, en una palabra, se admite un enfoque antihistórico y antimetodológico, que conduce por lo común al absurdo.

Yu. V. Portugalov, en su intento de demostrar el carácter provisional y relativo de la reflexología, no sólo se desliza hacia el más puro agnosticismo y relativismo, sino que llega incluso al absurdo. «En la química la mecánica, la electrofísica y la electrofisiología del cerebro, se está produciendo un cambio total, y hasta el momento no se ha demostrado nada de forma clara y determinada» (Yu. V. Portugalov, 1925, pág. 12). Las personas crédulas tienen puesta su confianza en las ciencias naturales, pero «por limitarnos a nuestro propio ambiente médico, ¿creemos, poniéndonos la mano en el pecho, creemos en la firmeza y estabilidad de las ciencias naturales... y creen ellas mismas... en su firmeza, estabilidad y veracidad?» (Ibidem). A continuación enumera todos los cambios teóricos en las ciencias de la naturaleza, mezclándolo todo en un montón; entre la falta de firmeza o la inestabilidad de una determinada teoría y todas las ciencias naturales se pone el signo de igualdad, lo que le sirve de base para dudar de la veracidad de estas últimas. Presenta así el proceso de cambio de teorías y de perspectivas en las ciencias como una demostración de su impotencia. Que esto es agnosticismo parece completamente claro, pero merece la pena que entresaquemos dos de sus puntos para comentarlos a continuación: 1) dentro del caos de concepciones con que se pintan las ciencias naturales, que no disponen ni de un solo punto de estabilidad, lo único firme resulta... la psicología infantil subjetiva, basada, en la introspección; 2) de entre todas las ciencias en que se demuestra la inconsistencia de las ciencias naturales, entre la óptica y la bacteriología, se incluye la geometría. Resulta que: Euclides dijo que la suma de los ángulos de un triángulo equivale a dos rectos; Lobachevski destrona a Euclides y demuestra que la citada suma es menos de dos rectos y Riemann destrona a Lobachevski y demuestra que es más de dos rectos» (Ibidem, pág. 13).

Tropezaremos más de una vez con la analogía entre la psicología y la geometría, por lo que merece la pena recordar esta muestra de a-metodología: 1) la geometría es una ciencia natural, 2) y así, Linneo, Cuvier, Darwin se «destronaron» también uno a otro, 3) del mismo modo que a Euclides, Lobachevski, y a éste G. F. B. Riemann; si finalmente Lobachevski destrona a Euclides y demuestra... Pero incluso la más elemental instrucción incluye la noción de que no se trata del conocimiento de triángulos reales, sino de figuras ideales en los sistemas matemáticos —sistemas deductivos, donde estos tres principios se desprenden de tres premisas distintas y no se contradicen, lo mismo que diferentes sistemas aritméticos de cómputo no se contradicen el sistema decimal. Todos ellos coexisten, y de ahí radica su sentido y su naturaleza metodológica. Pero ¿qué valor puede tener para diagnosticar la crisis en la ciencia inductiva un punto de vista que considera 340 crisis dos nombres cualesquiera en orden consecutivo, y toma como refutación de la verdad cualquier opinión nueva?

El más cercano a la realidad es el diagnóstico de K. N. Kornilov (1925), que ve la lucha de dos corrientes —la reflexología y la psicología empírica— y su síntesis: la psicología marxista.

Ya Yu. V. Frankfurt (1926) expone la opinión de que la reflexología no se puede encerrar en un simple paréntesis, que en ella existen tendencias y corrientes contradictorias. Eso es aún más cierto respecto a la psicología empírica. En absoluto existe una sólo psicología empírica. Pero este acercamiento simplificado al problema responde a que había sido hecho como programa de acción, más bien con fines de orientación crítica y de delimitación de la crisis que de análisis de ésta. Para esto último le falta indicar las causas, la tendencia, la dinámica, la prognosis de la crisis; es tan sólo la agrupación lógica de los puntos de vista existentes en la URSS.

Por tanto, en todo lo que hemos visto hasta aquí, no figura una teoría de la crisis, sino una relación subjetiva de los estados mayores, desde el punto de vista de las partes en litigio. Lo importante aquí es vencer al enemigo, nadie quiere perder el tiempo en estudiarlo.

Más próximo a la teoría de la crisis está N. N. Langue, quien aporta ya un embrión de descripción de la misma. Sin embargo, siente más que comprende la crisis. No le podemos creer, ni siquiera en sus aclaraciones históricas. Para él, la crisis comienza con la caída del asociacionismo, con lo que toma así el motivo más cercano por la causa. Después de establecer que en psicología «tiene lugar actualmente cierta crisis general», continúa: «Consiste en la sustitución del antiguo asociacionismo por una nueva teoría psicológica» (N. N. Langue, 1914, pág. 43). Pero incluso eso es ya falso, aunque sólo sea porque nunca se ha reconocido que el asociacionismo sea un sistema psicológico reconocido universalmente o que constituya el alma de la ciencia, sino que ha sido y continúa siendo una de las corrientes en litigio, que se han visto reforzadas últimamente y que renacen en la reflexología y el behaviorismo. La psicología

de J. S. Mill, Bain y Spencer nunca ha sido más que lo que es hoy. Ha venido luchando contra la psicología de las facultades U. Herbart), igual que sigue luchando hoy. Es una apreciación muy subjetiva ver en el asociacionismo la raíz de la crisis (Langue considera que la raíz de la crisis es la negación de la doctrina sensualista): pero en nuestros propios días, la teoría de la Gestalt formula el asociacionismo como el principal vicio de toda la psicología —incluida la novísima.

En realidad, no es una característica general la que agrupa a los partidarios de este principio. Existen fundamentos mucho más profundos para definir sus distintas agrupaciones. Tampoco es totalmente correcto limitar el problema a una lucha entre las concepciones de psicólogos individualizados: lo importante es descubrir lo que tienen de común y de contradictorio las opiniones individualizadas. La orientación equivocada de Langue en la crisis ha arruinado su propia labor: en su defensa del principio de la psicología realista, biológica, arremete contra Ribot y se apoya en 341 Husserl y otros idealistas extremos, que niegan la posibilidad de la psicología como ciencia natural. Pero hay algo, y no poco importante, que ha establecido acertadamente. He aquí aquéllas de sus tesis que consideramos correctas:

1. Ausencia de un sistema de ciencia universalmente reconocida. Cada una de las exposiciones sobre psicología de los más destacados autores está pensada según un sistema completamente distinto. Todos los conceptos y categorías principales se interpretan de diferente modo. La crisis abarca los propios fundamentos de la ciencia.

2. La crisis es destructora, pero benéfica: en ella se oculta el auge de la ciencia, su enriquecimiento, su fuerza, y no la impotencia y la quiebra. La seriedad de la crisis se debe al carácter intermedio del territorio de la psicología, entre la sociología y la biología, entre las cuales quería Kant dividir la psicología.

3. No es posible ningún trabajo psicológico sin establecer los principios fundamentales de esta ciencia. Antes de iniciar la construcción hay que poner los cimientos.

4. Finalmente, la tarea general —la creación de una nueva teoría— es un «sistema de ciencia renovado». No obstante, Langue concibe esta tarea de manera equivocada: consiste para él en la «valoración crítica de todas las corrientes psicológicas actuales y en el intento de concordarlas» (N. N. Langue, 1924, pág. 43). E igualmente trata de poner de acuerdo lo irreconciliable: Husserl y la psicología biológica; arremete, junto con James, contra Spencer y renuncia a la biología, junto con Dilthey. La idea de la posibilidad de un acuerdo va en él hasta dar por hecho que «el cambio ya se ha producido» «contra el asociacionismo y la psicología fisiológica» (Ibidem, pág. 47) y que todas las nuevas tendencias tienen en común el punto de partida y el objetivo. A eso se debe que caracterice de un modo globalista la crisis: terremoto, ciénaga, etc. Para Langue «ha llegado el período del caos» y la tarea a realizar es simplemente la «crítica y el análisis lógico» de diferentes opiniones, que tienen su origen en una causa común. Es exactamente el mismo cuadro de la crisis que pintaban durante la séptima década del siglo XIX los científicos que entonces participaban en esta lucha. El caso individual de Langue es el mejor testimonio de lucha de las fuerzas reales que actúan en la crisis y la determinan: en lugar de ver en la psicología la discusión y los problemas provocados por la crisis, considera que el postulado que necesariamente se desprende de la crisis es la unión de la psicología objetiva y subjetiva. Tras ello, desarrolla esta dualidad a través de todo el sistema. Y al oponer su interpretación realista o biológica de la psique a la concepción idealista de P. Natorp (1909), acepta de hecho la existencia de dos psicologías, como veremos más adelante.

Pero lo más curioso es que Ebbinghaus, a quien Langue considera asociacionista, es decir, psicólogo precrítico, define la crisis con mayor exactitud: en su opinión, la relativa imperfección de la psicología se manifiesta en que casi todos los problemas más generales del debate no han 342 dejado de estar en la palestra hasta hoy: En otras ciencias se da unanimidad en la totalidad de los principios últimos y de las concepciones fundamentales que han de servir de base a la investigación y cuando hay cambios no adquieren éstos el carácter de una crisis: el consenso se restablece pronto. Muy distinto es, en opinión de H. Ebbinghaus (1912), lo que sucede en psicología. Aquí, las concepciones básicas son objeto permanente de serias dudas, de constante discusión.

La falta de consenso constituye para Ebbinghaus un fenómeno crónico: la ausencia en la psicología de fundamentos claros y fidedignos. Ya Brentano, con cuyo nombre inicia Langue su cronología de la crisis, planteó en 1874 la exigencia de que en lugar de muchas psicologías se creara una sola. Evidentemente, entonces no sólo había muchas corrientes en lugar de un sistema, sino muchas psicologías. Ese es también ahora el más acertado diagnóstico de la crisis. También ahora los metodólogos afirman que nos hallamos en el mismo punto que señaló Brentano (L. Binsvanger, 1922). Eso significa que en psicología no se da simplemente una lucha de criterios, entre los que se puede conseguir llegar a un consenso y a los que une ya una comunidad de enemigo y de objetivo; ni siquiera se trata de una lucha de corrientes o de tendencias dentro de una misma ciencia, sino de una lucha entre ciencias distintas. Decir que hay muchas psicologías significa decir que luchan diferentes tipos reales de ciencia, que se excluyen mutuamente. El psicoanálisis, la psicología intencional, la reflexología, son todas ellas distintos tipos de ciencia, disciplinas independientes que tienden a transformarse en una psicología general: es decir, a subordinar y excluir a otras disciplinas. Ya hemos visto el significado y los rasgos objetivos de esta tendencia hacia una ciencia común. No existe mayor error que tomar esta lucha por una lucha de criterios. Binsvanger comienza recordando las exigencias de Brentano y la observación que hace Windelband de que para cada representante de la psicología, ésta comienza de nuevo. Y la causa de esto no consiste, según él, en la carencia de material real, que hay acumulado en exceso, como tampoco en la carencia de principios filosófico-metodológicos, que también son suficientes, sino en la carencia de una labor conjunta en psicología entre los filósofos y los empíricos: «No hay una sola ciencia en que la teoría y la práctica sigan caminos tan distintos» (L. Binsvanger, 1922, pág. 6). A la psicología le falta metodología, es la conclusión de este autor, y lo importante es que ahora no se puede crear la metodología. No cabe decir que la psicología general haya cumplido ya sus tareas como rama de la metodología. Por el contrario, se mire donde se mire, siempre reina la imperfección, la inseguridad, la duda, la

contradicción. Tan sólo podemos hablar del problema de la psicología general e incluso ni siquiera hablar de él, sino sólo de una introducción al mismo (Ibidem, pág. 5). Binsvanger ve en los psicólogos «audacia y voluntad hacia la [creación de una nueva] psicología». Para eso tienen que romper con prejuicios, seculares, lo cual muestra un cosa: que hasta hoy no se ha creado la psicología general. No debemos preguntarnos, como hace Bergson, qué habría sucedido si Kepler, Galileo, o Newton 343 hubieran sido psicólogos, sino qué es lo que todavía puede suceder, a pesar de que estos tres ilustres científicos hayan sido matemáticos (Ibidem).

Puede parecer, por consiguiente, que el caos existente en la psicología es completamente natural y que el sentido de la crisis (tal como ésta ha sido comprendida en nuestra ciencia), es: existen muchas psicologías que, al tratar de definir una psicología general, tienden a crear una sola psicología. A la psicología le falta un Galileo, es decir, un genio que cree las bases fundamentales de la ciencia. Esa era la opinión general de la metodología europea, tal y como ésta tomó cuerpo a finales del siglo XIX. Algunos autores, principalmente franceses, siguen manteniendo esa opinión hoy día. En Rusia la ha defendido siempre Vágner (1923), que es casi el único psicólogo que se ha ocupado de cuestiones metodológicas y que llega a esa misma opinión sobre la base del análisis que realiza de «L'Année Psychologique», es decir, del resumen de la literatura universal. Su conclusión es: contamos, por consiguiente, con una serie de escuelas psicológicas, pero no tenemos una psicología global como área psicológica independiente. Pero que no la haya no significa que no pueda haberla (Ibidem). Únicamente la historia de la ciencia dará respuesta a la pregunta de dónde encontrarla.

Así fue de hecho como se desarrolló la biología. En el siglo XVII dos naturalistas establecieron el comienzo de dos sectores de la zoología: Buffon, el dedicado a la descripción de los animales y de su modo de vida, y Linneo a su clasificación. Paulatinamente fueron haciendo acto de presencia una serie de nuevos problemas, surgió la morfología, la anatomía, etc. Esas investigaciones se desarrollaban de forma aislada y eran como ciencias separadas, que no guardaban una con otra la menor relación, aparte de que todas ellas estudiaban los animales. Las distintas ciencias se enfrentaban entre sí, trataban de ocupar una posición predominante, ya que el contacto entre ellas crecía y no podían seguir manteniéndose apartadas. El genial Lamarck logró integrar esos conocimientos aislados en un libro, que denominó «Filosofía de la zoología». Unió sus investigaciones personales con las ajenas, entre ellas, con las de Buffon y Linneo, hizo el resumen de ellas, las coordinó entre sí y creó esa rama de la ciencia que Trevinarius denominó biología general. A partir de disciplinas dispersas se crea una ciencia única y abstracta, que se pone en pie gracias a los trabajos de Darwin. Lo que sucedió con las disciplinas de la biología antes de fundirse en la biología general o en la zoología abstracta a comienzos del siglo XIX es lo que sucede ahora con la psicología, en opinión de Vágner, a comienzos del siglo XX. Esa tardía síntesis en forma de psicología general debe repetir la síntesis de Lamarck, es decir, basarse en un principio análogo. Y Vágner ve en ello algo más que una simple analogía. Para él, la psicología deberá recorrer un camino, que aunque no semejante, sea el mismo. La biopsicología es una parte de la biología. Es la abstracción y síntesis de escuelas psicológicas concretas y su contenido lo constituyen los logros de todas esas escuelas y, al igual que ocurre con la biología general, no puede tener un método de investigación propio, utilizando para cada ocasión aquél de la ciencia-que-forma parte de ella. Tiene en 344 cuenta los logros, comprobándolos desde el punto de vista de la teoría evolucionista, y les señala el lugar correspondiente en el sistema general (V. A. Vágner, 1923). Es ésta la expresión de una opinión más o menos común.

Pero las reflexiones que hace Vágner plantean algunas dudas: 1) según su interpretación, o bien la psicología general es una parte de la biología y se funda en la doctrina de la evolución, que constituye sus fundamentos y, por tanto, no necesita su Lamarck y su Darwin y los descubrimientos de éstos, y puede realizar sus síntesis sobre la base de principios ya existentes; 2) o bien la psicología general está aún por surgir, siguiendo el mismo camino que la biología general, y no forma parte de la ciencia biológica como un elemento de ésta, sino que existe junto a ella; sólo así cabe interpretar esta analogía, como una posible analogía entre dos conjuntos independientes semejantes, pero no entre el destino de un conjunto (la biología) y una parte (la psicología). Otra afirmación de Vágner que provoca nuestra perplejidad es la de que la biopsicología proporciona «precisamente lo mismo que exige Marx de la psicología» (Ibidem, pág. 53). Pero en general, así como el análisis formal que realiza Vágner es, al parecer, irrefutablemente exacto, su intento de resolver materialmente el problema y definir el contenido de la psicología general es metodológicamente inconsistente. Podríamos decir que ni siquiera lo ha desarrollado.

Pero no deseamos ocuparnos ahora de este extremo. Volvamos al análisis formal. ¿Es verdad que la psicología de nuestros días está viviendo la misma situación que la biología anterior a Lamarck y va hacia una conclusión igual?

Decir eso es silenciar el aspecto más importante y determinante de la crisis y presentar la totalidad de la situación de forma tergiversada. Que la psicología tienda hacia el acuerdo o la ruptura, que surja la psicología general de la unión o desunión de las disciplinas psicológicas, dependerá de:

— Lo que incluyan estas disciplinas: o bien partes del conjunto futuro, como la sistemática, la morfología y la anatomía, o bien principios de conocimiento, que se excluyen mutuamente; y de:

—Cuál es la naturaleza de la confrontación entre las disciplinas, es decir, de si son resolubles o irreconciliables las contradicciones que minan la psicología.

Y ese análisis de las condiciones específicas desde las que la psicología se encamina hacia la creación de una ciencia general es el que les falta a Vágner, Langue y otros. Mientras tanto, la metodología europea se ha dado ya cuenta de hasta qué punto ha llegado la crisis y ha puesto en claro qué psicologías existen, cuántas son, y cuáles son las posibles salidas. Pero para adoptar esa posible vía

de solución hay que acabar por completo con el equivoco de que la psicología sigue, al parecer, el camino recorrido ya por la biología y de que, al final de él, se incorporará simplemente a ella como parte suya. Pensar así significa no ver que entre la psicología del hombre y de los animales se ha interpuesto la sociología y que ésta ha dividido la psicología en dos partes. Por eso Kant la ha catalogado (a la psicología) en dos sectores. 345

Será preciso construir de tal forma la teoría de la crisis que resulte posible responder también a esa pregunta.

Apartado 11

Algo que oculta a todos los investigadores la verdadera situación de la psicología es el carácter empírico de sus estructuras. Es necesario desprender de estas estructuras ese carácter empírico, como una película, como la cáscara de una fruta, para verlas tal y como son en realidad. Porque generalmente, se cree a pie juntillas en el empirismo y partiendo de él se renuncia a cualquier análisis ulterior, interpretando así la enorme diversidad de la psicología como una unidad científica establecida por decreto y sobre una base común, y tomando todas las divergencias como algo secundario dentro de esa unidad. Pero es ésta una idea falsa, una ilusión. En realidad, la psicología empírica, entendida como ciencia que posee al menos un principio común, no existe, y los intentos de crearla han conducido al fracaso y a la bancarrota en la medida en que trataban de crear únicamente la psicología empírica. Los numerosos psicólogos que engloban en un paréntesis general muchas psicologías a partir de un rasgo común cualquiera contrapuesto al suyo, como el psicoanálisis, la reflexología, el behaviorismo (conciencia inconsciente, subjetivismo-objetivismo, espiritualismo-materialismo), no ven que dentro de esa psicología empírica tienen lugar los mismos procesos que se dan entre ella y la rama de que se ha desgajado, y que incluso el desarrollo de esas mismas ramas está sometido a tendencias más generales cuya actuación —y su acertada interpretación— sólo puede darse dentro del plano general de la totalidad de la ciencia; dentro del paréntesis se halla toda la psicología. ¿En qué se queda pues, el empirismo de la psicología actual? Ante todo, en un concepto puramente negativo, tanto por su origen histórico como por su significado metodológico. Y sólo con eso no puede unir nada. Empírica significa en primer lugar: «psicología sin alma» (Langue), psicología sin metafísica alguna (Vvedenski), psicología basada en la experiencia (Höfding). No hay necesidad de aclarar que estamos en realidad ante definiciones de carácter negativo, que nada nos dicen acerca de lo que trata la psicología, de cuál es su significado positivo.

Sin embargo, el significado objetivo de esta definición negativa ha ido cambiando desde hace un tiempo hasta ahora. Al principio, no enmascaraba término nada, pues la tarea de la ciencia consistía en liberarse de algo, y el término constituía una consigna para ello. Hoy sin embargo se ha disfrazado como definición positiva (que cada autor introduce en su ciencia y en los procesos de realidad que tienen lugar en la ciencia). En realidad lo correcto habría sido tomarla sólo como una consigna temporal. Sin embargo, aplicar hoy el término «empírica» a la psicología implica que renunciamos a optar por un principio filosófico determinado, significa la renuncia a poner en claro sus premisas finales, a reconocer su auténtica naturaleza científica. La propia 346 renuncia tiene también un significado histórico y una causa —de la que nos ocuparemos más adelante—, pero no nos dice nada sobre la naturaleza de la ciencia, sino que enmascara tal naturaleza. En quien mi claramente se aprecia esto es en el kantiano Vvedenski, aunque todos los empíricos se adhieren a su formulación. Por ejemplo Höfding dice lo mismo. Y aunque todos se inclinan en mayor o menor grado hacia uno u otro lado, Vvedenski ofrece el equilibrio ideal: «La psicología está obligada a formular todas sus conclusiones de forma que sean igualmente aceptables y obligatorias, tanto para el materialismo como para el espiritualismo, junto con el monismo psicofísico» (A. I. Vvedenski, 1917, pág. 3).

Ya en esta formulación se ve que el empirismo enuncia sus objetivos de una forma tal que descubre al mismo tiempo su imposibilidad. En realidad, sobre la base del empirismo, es decir, de la renuncia total a unas premisas fundamentales, resultaba lógica e históricamente imposible cualquier conocimiento científico. La ciencia natural, a la que con esta definición quiere parecerse la psicología, es por su propia naturaleza y gracias a su no falseada esencia siempre y espontáneamente materialista. Todos los psicólogos están conformes con que las ciencias de la naturaleza, lo mismo que toda la praxis humana, no resuelven naturalmente la cuestión relativa a la esencia de la materia y el espíritu, pero aceptan partir de un determinado supuesto: concretamente, de la premisa de la realidad, de que ésta existe objetiva y regularmente fuera de nosotros y es cognoscible. Y eso es, como ha señalado repetidas veces V. I. Lenin, la propia esencia del materialismo (Obras completas, t. 18, págs. 149). La existencia, en cuanto ciencias, de las ciencias naturales se debe a la facultad de discriminar en nuestra experiencia aquello que existe objetiva e independientemente de lo subjetivo, y esto es algo en lo que no discrepa ninguna interpretación filosófica y ni siquiera aquellas de las escuelas que, en el seno de las ciencias naturales, siguen un razonamiento idealista. Las ciencias naturales, independientemente de sus representantes, son de por sí materialistas. Pues bien: de forma igualmente espontánea e independientemente de las diversas ideas de sus representantes, la psicología ha partido de concepciones idealistas.

De hecho, no existe ni un solo sistema empírico en psicología: todos van más allá de los límites del empirismo. Lo que en realidad es comprensible, pues de una idea totalmente negativa no se puede deducir nada; de la «abstención», según expresión de Vvedenski, no puede nacer nada. De hecho, todos los sistemas se han ido enredando en sus conclusiones y han ido a parar de lleno a la metafísica: el primero, el propio Vvedenski, con su teoría del solipsismo, una manifestación extrema del idealismo.

Si el psicoanálisis habla abiertamente de metapsicología, de una forma encubierta cualquier otra psicología sin alma tiene también, aunque no recurra a metafísica alguna, su propia metafísica. Aunque basada en la experiencia, la psicología ha incluido en su seno lo que no estaba basado en esta experiencia. Por decirlo brevemente: toda psicología ha tenido su metapsicología. Puede que no lo haya reconocido, pero eso no cambia las 347 cosas. Chelpanov, que es quien en esta discusión se esconde más tras la palabra «empírica» y quiere segregar la palabra ciencia del campo de la filosofía, concluye, sin embargo que ésta (la ciencia) debe tener una «superestructura» y una «infraestructura» filosóficas. Chelpanov denomina infraestructura a la investigación previa y a los conceptos

filosóficos que hay que tener en cuenta antes de proceder al estudio de la psicología: sólo con esta infraestructura se puede construir la psicología empírica (G. I. Chelpanov, 1924). Eso no le impide afirmar en páginas sucesivas que la psicología ha de ser libre de cualquier filosofía; sin embargo, en la conclusión vuelve a reconocer que son precisamente los problemas metodológicos, los problemas inmediatos de la psicología actual.

Sería erróneo pensar que del concepto de psicología empírica no podemos extraer sino aspectos negativos. Este concepto contiene también indicaciones sobre procesos positivos en la ciencia, que se encubren bajo ese nombre. Con la palabra «empírica», la psicología desea situarse en el grupo de las ciencias naturales. En eso todos están de acuerdo. Pero se trata de ver qué significa ese concepto de «empírica» aplicado a la psicología. En el prólogo a la Enciclopedia, T. Ribot (que trata heroicamente de poner en práctica el consenso y la unidad a que se refieren Langue y Vágner demostrando, al hacerlo, la imposibilidad de ello) dice que la psicología es una parte de la biología, que no es ni materialista ni espiritualista, pues de lo contrario perdería el derecho al nombre de ciencia. ¿En qué se diferencia de otras partes de la biología? Sólo en que se ocupa de fenómenos «spirituels», y no físicos (1923).

¡Menuda solución! La psicología desearía ser una ciencia natural, pero ocupándose de cosas de naturaleza completamente distinta a aquéllas de que se ocupan las ciencias naturales. Pero ¿no condiciona la naturaleza de los fenómenos a estudiar el carácter de la ciencia? ¿Es que son posibles en calidad de naturales la historia, la lógica, la geometría, la historia del teatro? Al insistir Chelpanov en que la psicología sea una ciencia empírica, como la física o la mineralogía, no se adhiere en eso a Pavlov, como sería natural, y comienza a vociferar en cuanto se trata de plantear la psicología como ciencia natural. ¿Qué oculta Chelpanov tras esa asimilación?: quiere que la psicología sea la ciencia natural 1) de fenómenos de naturaleza absolutamente distinta a fenómenos físicos; 2) que éstos se conozcan a través de un procedimiento totalmente distinto que los que son objeto las ciencias de la naturaleza. Pero ¿qué, nos preguntamos, pueden tener en común, las ciencias naturales y la psicología con un objeto distinto y un método distinto de cognición? Y Vvedenski, al explicar la significación del carácter empírico de la psicología, dice: «Por eso la significación del carácter empírico de la psicología actual como la ciencia natural de los fenómenos espirituales o como la historia natural de los fenómenos espirituales» (A. I. Vvedenski, 1917, pág. 3). Pero eso significa que la psicología quiere ser una ciencia natural de fenómenos no naturales y que lo que la aproxima a las ciencias naturales es 348 un rasgo puramente negativo —la renuncia a la metafísica— y ninguno positivo.

W. James ha aclarado con gran brillantez el fondo del asunto. la psicología debe formular, al igual que hacen las ciencias naturales, su tesis principal. Y nadie ha hecho tanto como James para demostrar la naturaleza «no científico-natural» de lo psíquico. James muestra que todas las ciencias aceptan como dogma las premisas conocidas. Así, las ciencias naturales parten de una premisa materialista, aunque un análisis más profundo lleva al idealismo. Y así se comporta la psicología: adopta otra premisa y por consiguiente se asemeja a las ciencias naturales sólo en que acepta como dogma, sin espíritu crítico, premisas conocidas, que son intrínsecamente opuestas.

Según Ribot, esta tendencia es el rasgo principal de la psicología del siglo XIX; junto a él menciona también la tendencia de la psicología a presentar unos principios y un método propios (algo que le niega a la psicología A. Comte) y a colocarse en la misma relación respecto a la biología de lo que lo está ésta respecto a la física. No obstante, Ribot reconoce que lo que se denomina psicología incluye varias categorías de investigación, muy distintas por su objetivo y método. Y cuando, a pesar de estas diferencias los autores de la Enciclopedia han intentado parir el sistema de la psicología e incluir en ella a Pavlov y Bergson, se ha evidenciado que la tarea era irrealizable, por lo que Dumas concluye: la unidad de veinticinco autores consiste en su renuncia a las especulaciones ontológicas (1924).

Es fácil de adivinar a qué conduce este planteamiento: la renuncia a especulaciones ontológicas (el empirismo) si es consecuente, lleva a renunciar a los principios metodológico-constructivos en la estructuración del sistema, desemboca en el eclecticismo. Y, en cuanto que es inconsecuente, conduce a una metodología oculta, no crítica, confusa. En la Enciclopedia los autores franceses han hecho una brillante demostración de ambas cosas: la psicología de las reacciones de Pavlov es tan aceptable como la introspectiva, pero en distintos capítulos del libro. En la manera de discutir los hechos y plantear los problemas, incluso en el vocabulario, estos autores muestran tendencias al asociacionismo, al racionalismo, al bergsonismo, al sintetismo... y explican más adelante que en unos capítulos se sirven de la concepción bergsoniana, en otros recurren al lenguaje del asociacionismo y del atomismo, y aun en otros del behaviorismo, etc. El «Traité» quiere ser apartidista, objetivo y completo; si no siempre lo consigue, resume Dumas, la diferencia de opiniones testimonia una actividad intelectual y, al fin y al cabo, en eso representa a su época y a su país (Ibidem). Eso sí que es verdad.

La diferencia de opiniones —y hemos visto lo lejos que llega— nos convence tan sólo de la imposibilidad de mantener hoy una psicología apartidista, aun dejando de lado la fatídica dualidad del «Traité de Psychologie», para el cual la psicología es, o bien una parte de la biología, o guarda con ella la misma relación que esta última respecto a la física. 349

Por consiguiente, el concepto de psicología empírica encierra una contradicción metodológica irresoluble: es la ciencia natural de cosas no naturales, un proyecto para desarrollar con el método de las ciencias de la naturaleza sistemas de saber totalmente opuestos a ella, es decir, que parten de premisas completamente opuestas. Esta contradicción se ha reflejado con efectos desastrosos en las construcciones metodológicas de la psicología empírica: la ha desjarretado.

La tesis de que existen dos psicologías (la científico-natural, materialista, y la espiritualista) expresa con mayor exactitud el significado de la crisis que la tesis de la existencia de muchas psicologías. Psicologías, hablando con precisión, existen dos: dos tipos distintos,

irreconciliables de ciencia; dos construcciones del sistema de saber radicalmente diferentes. Lo demás son sólo diferencias en las perspectivas, escuelas, hipótesis; combinaciones parciales, tan completas, tan confusas y entremezcladas, ciegas y caóticas, que con frecuencia es muy difícil orientarse. Pero en realidad, la lucha tiene lugar sólo entre dos tendencias que subyacen y actúan en todas las corrientes en litigio.

Que esto es así, que el significado de la crisis lo expresan dos y no muchas psicologías; que todo lo demás es una lucha dentro de cada una de estas dos psicologías, un campo de acción diferente y con un significado totalmente distinto; que la creación de la psicología general no es cuestión de acuerdo, sino de ruptura; de todo eso hace mucho que se ha dado cuenta la metodología, y ya nadie lo discute. Todo este volumen del significado de la crisis se centra en la diferencia entre esta tesis y los tres tópicos de K. N. Kornilov: 1) para Kornilov no coinciden los conceptos de psicología materia-lista y reflexología; 2) tampoco en él coinciden los conceptos de empírica e idealista; 3) nuestra apreciación del papel de la psicología marxista diverge del suyo. En último término tratamos aquí de dos tendencias que han ido aflorando en las luchas que tenían lugar entre muchas de las corrientes de la psicología e incluso en el seno de alguna de ellas. Y parece en general fuera de discusión que la creación de la psicología general no culminará en una tercera psicología, además de las dos en litigio, sino que se hará sobre una de éstas.

Münsterberg, que nos ha hecho a todos tomar conciencia de que el concepto de empirismo encierra un conflicto metodológico que una teoría lúcida deberá resolver si quiere hacer posible -la investigación, afirma en su capital- obra sobre la metodología: «este libro no oculta que quiere ser combativo, que defiende el idealismo contra el naturalismo. Quiero garantizar de manera definitiva el derecho del idealismo en la psicología» (H. Münsterberg, 1922). Al pasar revista a las bases teórico-cognoscitivas de la psicología empírica, Münsterberg declara que eso es lo más importante que le falta a la psicología de nuestros días, en la que los principales conceptos aparecen unidos por pura casualidad y en la que los procesos cognoscitivos lógicos están abandonados al instinto. La propuesta de Münsterberg es la síntesis del idealismo ético de I. G. Fichte con la psicología fisiológica de nuestro tiempo, porque el triunfo del idealismo no consiste en apartarse de la 350 investigación empírica, sino en hacer a ésta un lugar en su terreno. Münsterberg ha mostrado que el naturalismo y el idealismo son irreconciliables, por eso es por lo que dice que se trata de un libro sobre el idealismo militante. Y afirma, al referirse a la construcción de una psicología general, que es una temeridad y un peligro, y que no deben aceptarse pactos ni uniones. Y Münsterberg plantea abiertamente la existencia de dos ciencias, afirmando que la psicología ocupa una posición singular y que sabemos incomparablemente más sobre los hechos psicológicos como jamás hasta ahora pero que, sin embargo, sabemos mucho menos sobre lo qué es, en realidad, la psicología.

La unidad que externamente se aprecia en los métodos no debe ocultarnos el hecho de que diferentes psicólogos se refieren a psicologías totalmente distintas. Esas confrontaciones en el seno de la psicología sólo se pueden comprender y superar de la siguiente manera según este autor: «La psicología de nuestros días lucha contra el prejuicio de que, al parecer, existe sólo un tipo de psicología... El concepto de psicología encierra dos tareas científicas totalmente distintas, que hay que distinguir radicalmente, y para las que lo mejor sería utilizar términos especiales. En efecto, existen dos clases de psicología» (Ibidem, pág. 7). En la ciencia actual hallamos todas las formas y tipos posibles de mezcla de dos ciencias en una imaginaria unidad. Lo que las ciencias tienen en común es su objeto, pero eso no nos dice nada sobre ellas mismas: la geología, la geografía y la agronomía estudian igualmente la tierra y sin embargo la construcción y el principio de cognición científica son en cada una diferentes. Mediante la descripción podemos transformar la psique en una cadena de causas y acciones y podemos representárnosla como una combinación de elementos, y eso podemos hacerlo tanto objetiva como subjetivamente. Si llevamos ambas interpretaciones hasta sus últimas consecuencias y les damos forma científica, obtendremos dos «disciplinas teóricas radicalmente distintas». «Una es la psicología causal y otra la teleológica e intencional» (Ibidem, pág. 9).

La existencia de dos psicologías es tan evidente que todos la han aceptado. Las divergencias se manifiestan únicamente en la definición exacta de cada una de ellas; unos subrayan unos matices, otros, otros. Sería muy interesante analizar todas estas oscilaciones, porque cada una de ellas testimonia determinada tendencia objetiva que halla salida por uno u otro polo, y la organización y amplitud de las divergencias muestra que ambos tipos de ciencia, igual que dos mariposas en un mismo capullo, existen, aunque todavía en forma de tendencias que no se han llegado a diferenciar.

Pero por el momento no nos interesan sus divergencias, sino lo que tienen en común y se nos plantean a este respecto dos preguntas: ¿cuál es la naturaleza general de ambas ciencias y cuáles son las causas que han dado lugar a que el empirismo se divida en naturalismo e idealismo?

Todos están de acuerdo en que son precisamente esos dos elementos los que constituyen la base de ambas ciencias y que, por consiguiente, una es una psicología científico-natural y la otra idealista, cualquiera que sea el 351 nombre que les den los diferentes autores. De acuerdo con Münsterberg, todos están conformes en atribuir la diferencia, no al material o al objeto, sino al modo fundamental de conocimiento: bien la interpretación de los fenómenos según el principio de la causalidad, manteniendo básicamente el mismo tipo de conexión y la misma línea de sentido para todos los fenómenos; bien la interpretación intencional de los fenómenos, considerándolos actividades espirituales y orientadas hacia un objetivo, exentas de toda conexión material. Dilthey, que denomina a estas dos ciencias psicología explicativa y psicología descriptiva, atribuye esta subdivisión a C. Wolff, que dividía la psicología en racional y empírica y, por tanto, localiza esta bifurcación en la aparición misma de la psicología empírica. Dilthey señala que este desdoblamiento se ha mantenido ininterrumpidamente a lo largo de todo el desarrollo de nuestra ciencia y vuelve a manifestarse explícitamente en la escuela de J. Herbart (1849) y en los trabajos de T. Waitz (W. Dilthey, 1924). El método de la psicología explicativa es idéntico al de las ciencias naturales y su postulado (que no existe ni un solo fenómeno psíquico sin un fenómeno físico correspondiente) la conduce a la bancarrota como ciencia independiente, pasando sus problemas a manos de la fisiología (Ibidem).

También según Binsvanger (1922) la psicología descriptiva y la explicativa no tienen la misma significación que se ha dado en las ciencias naturales a la sistemática y a la explicación —sus dos partes fundamentales—.

La psicología actual —doctrina del alma sin alma— interiormente contradictoria, se descompone en dos partes. La psicología descriptiva por un lado, que no tiende a la explicación, sino a la descripción y a la comprensión; lo que los poetas, especialmente Shakespeare, ofrecen en imágenes, ella lo convierte en objeto de análisis en conceptos. Por otro lado, la psicología explicativa, científico-natural, que no puede servir de base a las ciencias del espíritu y sobre la que se construye el derecho penal determinista, que no deja lugar a la libertad ni al problema de la cultura. Por el contrario, la psicología descriptiva «constituirá la base de las ciencias del espíritu, de forma análoga a cómo las matemáticas son la base de las ciencias naturales» (W. Dilthey, 1924, pág. 66).

G. Stout renuncia categóricamente a considerar la psicología analítica como ciencia natural: es una ciencia positiva, en el sentido de que en su campo lo que existe, lo real, son los hechos y no la norma, lo que debe ser. Está alineada junto con las matemáticas, las ciencias de la naturaleza o la gnoseología. Pero no es una ciencia física. Entre la psicología y lo físico existe tal abismo, que resulta imposible captar sus relaciones mutuas. Ninguna de las actuales ciencias sobre la materia guarda un relación con la psicología que podamos equiparar a la de la química y la física con la biología: es decir, una relación que vaya desde las reglas más generales a las más particulares, pero esencialmente homogéneas (G. Stout, 1923).

L. Binsvanger considera que la división principal en todos los problemas de metodología es la que se da entre las concepciones científico-natural, y no científico-natural, de los hechos psicológicos. Binsvanger explica franca y [352](#) claramente que existen dos psicologías radicalmente distintas y, apoyándose en Zigvart, considera como origen de la escisión la lucha contra la psicología científico-natural, que nos conduciría a la fenomenología de las sensaciones, a la base de la lógica pura de Husserl y a una psicología empírica aunque no científico-natural (A. Pfender, K. Jaspers).

La posición contraria la ocupa Bleuler. Rechaza la opinión de Wundt de que la psicología no es una ciencia natural y de acuerdo con Rickert la denomina generalizadora, refiriéndose a aquella psicología que Dilthey denomina explicativa o constructiva.

No entraremos ahora a analizar el fondo de la cuestión: la posibilidad de concebir la psicología como ciencia natural y los conceptos clave con los que podría así construirse. Esa es ya una discusión a desarrollar dentro de una psicología y constituye el objeto de nuestra exposición en el siguiente capítulo de esta obra. Dejamos también abierta otra cuestión: la de si la psicología es en realidad y en sentido exacto una ciencia natural (y, de acuerdo con los autores europeos, emplearnos esta palabra para señalar más claramente el carácter materialista de este género de conocimientos: como la psicología de Europa Occidental desconoce o casi desconoce los problemas de la psicología social, los conocimientos psicológicos coinciden para ella con las ciencias naturales). Pero incluso ese problema sigue teniendo un carácter especial y muy profundo: el de mostrar que es posible la psicología como ciencia materialista y que este hecho no forma parte del problema del significado de la crisis psicológica como un todo.

Casi todos los autores rusos que han escrito algo serio sobre psicología aceptan esta segregación —naturalmente a partir de palabras ajenas—, lo que muestra hasta qué punto esas ideas de la psicología europea han alcanzado reconocimiento general. Langue, al mencionar las divergencias existentes entre Windelband y Rickert por una parte (quienes incluyen la psicología en las ciencias naturales), y Wundt y Dilthey por otra, toma partido por estos últimos, por considerar ambas opciones como dos ciencias distintas (N. N. Langue, 1914). Y lo curioso es que al hacerlo critique a P. Natorp, en cuanto portavoz de la interpretación idealista de la psicología, y le contraponga la interpretación realista o biológica. Y, sin embargo, Natorp, como señala Münsterberg, exigía desde el principio lo mismo que él: una ciencia que subjetivizara y otra que objetivizara el espíritu, es decir, dos ciencias.

Reuniendo ambos puntos de vista en un único postulado, N. N. Langue refleja en su libro esas dos irreconciliables tendencias, al considerar que el significado de la crisis está en lucha contra el asociacionismo. Expone con verdadera simpatía las ideas de Dilthey y Münsterberg y formula: «han resultado diferentes psicologías», los psicólogos han descubierto dos caras, lo mismo que Jano: una dirigida hacia la fisiología y las ciencias naturales, y otra hacia las ciencias del espíritu, hacia la historia, la sociología: una es la ciencia de las causas, la otra, la de los valores (Ibidem, pág. 63). Parece que habría que elegir una de las dos, y Langue las une. [353](#)

Y lo mismo hace Chelpanov, quien nos invita a creer que la psicología es una ciencia materialista, para sostener lo cual nos pone como testigo a James, evitando mencionar que es a él a quien pertenece la idea de las dos psicologías en la literatura rusa. En esta idea de las dos psicologías sí que merece la pena que nos detengamos.

Chelpanov expone, de acuerdo con Dilthey, Stout, Meinong, Husserl, la idea del método analítico, que conduce al conocimiento de ideas apriorísticas. La psicología analítica es la psicología básica. Como tal debe anteponerse a la construcción de la psicología infantil, la psicología animal y la psicología experimental-objetiva y servir de base a las diferentes clases de investigación psicológica. Parece por tanto que la psicología analítica está lejos de la mineralogía y de la física o de aceptar la separación radical entre la psicología por una parte y la filosofía y el idealismo por otra.

Quien quiera mostrar qué salto ha dado a partir de 1922 G. I. Chelpanov en sus planteamientos psicológicos no debe detenerse en sus fórmulas filosóficas de carácter general o en determinadas frases, sino en su doctrina sobre el método analítico. Chelpanov protesta contra la confusión que se da entre las tareas de la psicología explicativa y las de la descriptiva, y explica que una se halla en decidida contradicción con la otra. Para no dar lugar a dudas sobre cuál es la psicología a la que confiere importancia primordial, la relaciona con la fenomenología de Husserl y con su doctrina sobre las esencias ideales y explica que el «eidos» o esencia de Husserl

son las ideas de Platón, con ciertas correcciones. Para Husserl, la fenomenología pertenece a la psicología descriptiva, lo mismo que las matemáticas a la física. Y esas ciencias, al igual que la geometría, constituyen la ciencia de las esencias, de las posibilidades ideales, mientras que las segundas (como la física o la psicología explicativa —LE.) lo son de los hechos. La fenomenología posibilita así tanto la psicología explicativa como la descriptiva.

Chelpanov, en contra de la opinión de Husserl, piensa que la psicología analítica abarca parcialmente a la fenomenología y que el método de ésta es suficientemente idéntico al analítico. Chelpanov explica así su desacuerdo con Husserl, desacuerdo en el qué identifica la psicología eidética con la fenomenología: la psicología actual es sólo empírica, es decir, inductiva, a pesar de que existen también en ella verdades fenomenológicas. Por ello piensa que no hay que separar la fenomenología de la psicología. La base de los métodos experimentales-objetivos, que tan tímidamente defiende Chelpanov contra Husserl, debe ser fenomenológica. Así ha sido y será, termina este autor.

¿Cómo cabe comparar con ésta las afirmaciones de que la psicología sólo es empírica, que excluye por su propia naturaleza el idealismo y que es independiente de la filosofía?

Podemos resumir: independientemente de los nombres asignados a estas subdivisiones, por muy diversos que sean los matices de significado que se apliquen a cada término, el fondo de la cuestión sigue siendo el mismo en todos los casos y se reduce a dos principios. [354](#)

1. En psicología el empirismo ha surgido de hecho tan espontáneamente de premisas idealistas como lo han hecho las ciencias naturales de premisas materialistas; es decir, la psicología empírica ha tenido por base el idealismo.

2. En la época de la crisis, el empirismo se ha dividido, debido a ciertas causas, en psicología idealista y materialista (de ellas hablaremos más adelante). Esta diferencia en las palabras la explica también Münsterberg con una unidad de significado: podemos hablar de psicología causal a la vez que de psicología intencional, o de psicología del espíritu a la vez que de psicología de la conciencia, o de psicología de la comprensión a la vez que de psicología explicativa. Lo único que tiene importancia esencial es el hecho de que reconocemos dos géneros de psicología (H. Münsterberg, 1922, pág. 10). En otro lugar, Münsterberg contrapone la psicología del contenido de la conciencia y la del espíritu, o la del contenido y la de los actos, o la de las sensaciones y la intencional.

En esencia, lo que hemos hecho es poner de manifiesto la tesis, hace tiempo establecida en nuestra ciencia, de su profundo dualismo, que impregna todo su desarrollo, y, por tanto, nos hemos adherido a un indudable principio histórico. Nuestra tarea no incluye la historia de la ciencia y podemos dejar de lado la cuestión de las raíces históricas de este dualismo, limitándonos a constatar simplemente el hecho y a explicar las causas próximas que han conducido a la agudización y escisión de este dualismo en la crisis. Es, esencialmente, el mismo hecho que el que se señala con la inclinación de la psicología hacia dos polos, como por ej. la existencia en ella de la «psicoteología» y la «psicobiología»; lo que Dessoir ha denominado canto a dos voces de la psicología actual que, en su opinión, nunca dejará de oírse.

Apartado 12

Detengámonos ahora brevemente en las causas más próximas de la crisis, en sus fuerzas motrices.

¿Cuáles de entre sus factores empujan la crisis a una ruptura; y cuáles, por el contrario, la sufren de forma pasiva y sólo como un mal inevitable? Por supuesto que sólo nos vamos a ocupar aquí de las fuerzas motrices que se hallan dentro de nuestra ciencia, dejando a un lado todas las demás. Y es legítimo actuar así, puesto que las causas y fenómenos externos —sociales e ideológicos— están a fin de cuentas, de un modo u otro, representados a su vez por fuerzas que existen y actúan dentro de nuestra ciencia. Por eso nos ocuparemos de analizar únicamente las causas más próximas localizadas en nuestra propia ciencia, renunciando a ulteriores análisis.

Y comencemos partiendo de una sola afirmación: el desarrollo de la psicología aplicada, en toda su amplitud, es la principal fuerza motriz de la crisis en su última fase. [355](#)

La actitud de la psicología académica hacia la aplicada sigue siendo medio despectiva, como hacia una ciencia semiexacta. No cabe discutir que no todo marcha bien en ese sector de la psicología, pero para un observador que se sitúe por encima de tales problemas, es decir, para el metodólogo, no cabe la menor duda de que la psicología aplicada desempeña hoy el papel protagonista en el desarrollo de nuestra ciencia: en ella está representado todo lo que hay en psicología de progresivo, de sano, todo lo que encierra el germen del futuro; es ella la que ofrece mejores trabajos metodológicos. Sólo estudiando este área podemos hacernos una idea de la significación de lo que está sucediendo y de las posibilidades de la psicología real.

En la historia de la ciencia se ha desplazado el centro: lo que se hallaba en la periferia ha venido a convertirse en el centro del círculo. Y lo mismo que de la filosofía, repudiada por el empirismo, cabe decir de la psicología aplicada: la piedra que rechazaron los constructores, ésa vino a ser piedra angular.

Tres hechos sustentan esta afirmación nuestra. El primero, la práctica. Ahí (a través de la psicotecnia, la psiquiatría, la psicología infantil, la psicología criminal) se ha enfrentado por primera vez la psicología con la praxis altamente organizada: industrial, educativa, política, militar. Ese contacto obliga a la psicología a reestructurar sus principios de forma que puedan superar la prueba suprema de la práctica. La psicología se ha visto obligada a asimilar e introducir en la ciencia gran cantidad de reservas de experiencia, de

psicología práctica y de hábitos, acumulados a lo largo de siglos, porque, tanto la Iglesia como el arte militar, la política o la industria, en la medida en que han regularizado y organizado de forma consciente la psique, se apoyan en una enorme experiencia psicológica, aunque científicamente desordenada. (Todo psicólogo ha experimentado personalmente esta influencia de la ciencia aplicada, hoy en período de reorganización.) Para el desarrollo de la psicología, la aplicación desempeña el mismo papel que ha desempeñado la medicina para la anatomía y la fisiología y la técnica para las ciencias físicas. No es posible exagerar la importancia de la nueva psicología para toda la ciencia: el psicólogo podría componerle un himno.

Esta psicología, que está llamada por la práctica a confirmar la veracidad del pensamiento y que no trata tanto de explicar la psique como de comprenderla y dominarla, establece entre las disciplinas prácticas y en el mismo seno de la estructura de la ciencia una relación total y esencialmente distinta a la que se daba en la psicología anterior. En ésta, la práctica era una colonia de la teoría, que dependía en todo de su metrópoli; la práctica era una conclusión, un anexo, una salida, en último término, fuera de los límites de la ciencia; una operación que se hallaba al otro lado de la ciencia, que estaba tras ella, que comenzaba donde se consideraba que la tarea científica había terminado. El éxito o fracaso de la práctica no se reflejaba en absoluto en el destino de la teoría. Ahora la situación es inversa; la práctica plantea las tareas y es el juez supremo de la teoría, el criterio de verdad; dicta cómo construir los conceptos y cómo formular las leyes. 356

Eso nos lleva directamente al segundo hecho: a la metodología. Por extraño y paradójico que parezca a primera vista, es precisamente la práctica, como principio constructivo de la ciencia, la que exige una filosofía, es decir, una metodología de la ciencia. Lo que no está en absoluto en contradicción con la irreflexiva y «despreocupada» actitud, según el término empleado por Münsterberg, que tiene la psicotecnia hacia sus principios; en realidad, tanto la práctica como la metodología de la psicotecnia son, con frecuencia, sorprendentemente impotentes, débiles, superficiales, incluso ridículas. Los diagnósticos de la psicotecnia no dicen nada y recuerdan las reflexiones sobre medicina de los matasanos de Moliere; su metodología se inventa cada vez ad hoc, y carece de talante crítico; con frecuencia ha sido denominada psicología de verano, es decir, ligera, efímera, medio sería. Todo ello es cierto. Pero no modifica en absoluto el hecho esencial: es justamente esa psicología la que genera una metodología férrea. Como dice Münsterberg, es no sólo cuando afrontamos los problemas generales, sino también cada vez que examinamos cuestiones concretas, cuando nos vemos obligados a volver a analizar los principios de la psicotecnia (1922, pág. 6).

Por eso afirmo, a pesar de que más de una vez se haya visto comprometida, a pesar de que su valor práctico sea casi nulo y sus teorías con frecuencia ridículas, que su importancia metodológica es enorme. El principio de la práctica y su filosofía se impone una vez más: la piedra que rechazaron los constructores, ésa vino a ser piedra angular. Ahí se halla el significado completo de la crisis.

L. Binsvanger dice que no es de la lógica, la gnoseología o la metafísica, sino de la metodología (de la doctrina del método científico para Binsvanger) de donde esperamos la resolución de la cuestión más general, la «cuestión de cuestiones» de toda la psicología, el problema que abarca los demás problemas de la psicología: el de la psicología subjetiva y objetiva. Pero nosotros concretaríamos: de la metodología de la psicotecnia, es decir, de la filosofía de la práctica. Por muy insignificante que sea el valor práctico y teórico de la escala de medición de Binet o de otras pruebas psicotécnicas, por malo que sea en sí el test, sin embargo su valor como idea, como principio metodológico, como tarea, como perspectiva, es enorme. Las más complejas contradicciones de la metodología psicológica se llevan al terreno de la práctica, porque sólo allí pueden hallar solución. En este terreno la discusión dejan de ser estériles y se llega a resultados. El método, es decir, el camino seguido, se contempla como un medio de cognición: pero el método viene determinado en todos sus puntos por el objetivo al que conduce. Por eso, la práctica reestructura toda la metodología de la ciencia.

El tercer hecho, que viene a redefinir el papel de la psicotecnia, puede comprenderse partiendo de los dos primeros. Consiste en que la psicotecnia es una psicología unilateral, incita a la ruptura y formaliza la psicología real. También la psiquiatría rebasa los límites de la psicología idealista; para tratar a los enfermos no podemos basarnos en la introspección; no hay nada más absurdo que aplicar ese enfoque a la psiquiatría. La psicotecnia, 357 como ha señalado I. N. Shpil'rein, también se ha dado cuenta de que no puede separar las funciones psicológicas de las fisiológicas y busca un concepto integral. Escribiendo sobre los grandes maestros (de quienes la psicología espera inspiración), he dicho alguna vez que probablemente ninguno de ellos confiaría el mando de un barco a la inspiración del capitán o la dirección de un fábrica a la inspiración de un ingeniero; cada uno de ellos elegiría un marino competente y un técnico experimentado. Y ese mayor rigor que, en general, sólo puede exigírsele a la ciencia, pasará, gracias a la extrema seriedad de la práctica, a revitalizar la psicología. La industria y el ejército, la educación y el tratamiento de los enfermos, resucitarán y reformarán la ciencia. Para seleccionar conductores de tranvías no vale la psicología eidética de Husserl, a la que no preocupaba la veracidad de sus afirmaciones, para eso tampoco vale la contemplación de entes y ni siquiera los valores interesan. Pero esta opción no asegura sin embargo, en absoluto, a la psicología contra la catástrofe. El objetivo de esa psicología orientada a la práctica no es hacer la psicología de Shakespeare en versión conceptual, como lo es para Dilthey, sino la psicotecnia. En una palabra: una teoría científica que lleve a la subordinación y al dominio de la psique, al manejo artificial del comportamiento.

Y es Münsterberg, ese idealista militante, quien establece las bases de la psicotecnia, es decir, de una psicología materialista en el más alto sentido. Stern, no menos entusiasta del idealismo, elabora la metodología de la psicología diferencial y pone en evidencia con demoledora claridad la inconsistencia de la psicología idealista.

¿Cómo ha podido suceder que idealistas extremistas actúen en favor del materialismo? Eso muestra cuán profunda y objetivamente han penetrado en el desarrollo de la psicología las dos tendencias en litigio, y qué poco coinciden con lo que el psicólogo habla de sí mismo, es decir, con las convicciones filosóficas subjetivas. Evidencia también lo indeciblemente complejo que es el cuadro de la crisis y de que modo tan inextricable aparecen mezcladas ambas tendencias; qué zigzaguees tan quebrados, tan inesperados y paradójicos

sigue la línea del frente en esta batalla que se libra en la psicología; el frente se sitúa con frecuencia dentro de un mismo sistema, a menudo incluso dentro de un término. Estos hechos muestran, finalmente, como esta lucha de dos psicologías, aunque no coincide con la de muchas concepciones y escuelas psicológicas, está tras ellas y las determina; que engañosas son, en fin, las formas externas de la crisis y cómo hay que comprobar el verdadero significado que se oculta en su interior.

Recurramos a Münsterberg. La cuestión sobre la legitimidad de la psicología causal tiene importancia decisiva para la psicotecnia. Porque esa psicología causal de carácter unilateral, sólo mediante la psicotecnia entra realmente en vigor. Por sí misma, la psicología causal es sólo una respuesta a preguntas planteadas artificialmente: porque la vida espiritual no exige explicación, sino comprensión. Sólo la psicotecnia puede trabajar con ese «artificial» planteamiento de la cuestión, con lo que demuestra así que ese **358** planteamiento es legítimo y necesario. «Por tanto, sólo en la psicotecnia se manifiesta el verdadero significado de la psicología explicativa y, por consiguiente, es en ella donde culmina el sistema de las ciencias psicológicas» (H. Münsterberg, 1922, págs. 8-9). Es difícil mostrar con mayor claridad las fuerzas objetivas de las tendencias existentes y las no coincidencias entre las convicciones del filósofo y el significado objetivo de su labor: la psicología materialista no es natural, dice el idealista, pero estoy obligado a trabajar precisamente con esa psicología.

La psicotecnia está orientada hacia la acción, hacia la práctica, y en este caso lo está por principio y no por otras causas, como sucede con las interpretaciones y explicaciones puramente teóricas. Por eso, la psicotecnia no puede vacilar en la elección de la psicología que necesita (ni siquiera cuando la elaboran idealistas convencidos), sólo se ocupa de la psicología causal, objetiva; la psicología no causal no desempeña papel alguno en la psicotecnia.

Ese principio de orientación a la acción tiene por tanto una importancia decisiva en todas las ciencias psicotécnicas. Es conscientemente unilateral. Solamente la psicotecnia es una ciencia empírica en el amplio sentido de la palabra. Y es inevitablemente una ciencia comparativa. Justamente por ser una psicología fisiológica es tan importante para esta ciencia su relación con los procesos físicos. Se trata de una ciencia experimental. Y la fórmula general es: «Hemos partido de que la única psicología que necesita la psicotecnia deberá ser una ciencia descriptivo-explicativa. Ahora podemos añadir que esta psicología es además una ciencia empírica, comparativa, que utiliza los datos de la fisiología y, finalmente, una ciencia experimental» (Ibidem, pág. 13). Eso significa que la psicotecnia representa un viraje en la ciencia y marca una época en su evolución. Desde este punto de vista, Münsterberg dice que es difícil que la psicología empírica haya surgido antes de mediados del siglo XIX. Incluso en aquellas escuelas que renegaban de la metafísica y analizaban los hechos, otros eran los intereses que regían la investigación. Mientras la psicología no se convirtió en ciencia natural fue imposible recurrir [al experimento. R. R.]. Pero la introducción del experimento dio lugar a una situación paradójica, inconcebible en las ciencias de la naturaleza: se utilizaban aparatos psicológicos equivalentes a lo que pudieran ser la primera máquina o el telégrafo en los laboratorios, pero esos aparatos no se empleaban en la práctica. Ese movimiento experimental no alcanzaba a la educación ni al derecho, o al comercio o la industria, la vida social o la medicina. Incluso en nuestros días se considera una profanación de la investigación su contacto con la práctica, y se recomienda esperar a que la psicología culmine su sistema teórico. Pero la experiencia de las ciencias naturales dice otra cosa: la medicina y la técnica no esperaron a que la anatomía y la física celebrasen sus últimos triunfos. La vida necesita de la psicología y de su práctica y a consecuencia de este contacto con la vida es de esperar un auge en la psicología. **359**

Evidentemente, Münsterberg no habría sido idealista si no hubiese admitido su principio tal y como es y no hubiera reservado un poder especial a los ilimitados derechos del idealismo. Pero se ve precisado a trasladar la discusión a otra área al reconocer la inconsistencia del idealismo en el campo de lo causal, que es el que alimenta la práctica de la psicología. Explica la «tolerancia gnoseológica», deduciéndola de la interpretación idealista de la esencia de la ciencia, que no buscaría diferenciar conceptos verdaderos y falsos, sino útiles e inútiles para representar lo objetivo. Y cree que podrá establecerse cierta tregua temporal entre los psicólogos tan pronto abandonen éstos el campo de batalla de las teorías psicológicas (Ibidem).

La obra entera de Münsterberg es un ejemplo sorprendente del desacuerdo interno entre la metodología, que determina la ciencia, y la filosofía, que determina la ideología, precisamente porque se trata de un metodólogo y un filósofo consecuente hasta el fin, es decir, de un pensador contradictorio hasta el fin. Comprende que, siendo materialista en lo relativo a la psicología causal, e idealista respecto a la teleológica, se encuentra con una especie de doble contabilidad que forzosamente tiene que ser poco escrupulosa, porque los asientos en una página no coinciden con los de la otra: porque, a fin de cuentas y a pesar de todo, sólo es posible una verdad. Para él, sin embargo, no es la propia vida, sino la elaboración lógica de la vida lo que constituye la verdad, y esta última elaboración puede ser diferente y estar determinada por muchos puntos de vista (Ibidem, pág. 30). Münsterberg comprende que lo que exige la ciencia empírica no es la renuncia al punto de vista gnoseológico, sino una teoría determinada, pues en diferentes ciencias se utilizan diferentes puntos de vista gnoseológicos. En interés de la práctica, expresamos la verdad en un lenguaje, en interés del espíritu en otro.

Si entre los naturalistas existen divergencias en sus opiniones, éstas no se refieren a las premisas fundamentales de la ciencia. Para un botánico no ofrece la menor dificultad ponerse de acuerdo con otro investigador sobre el carácter del material en el cual trabaja. Ni un solo botánico se detiene en la cuestión relativa a lo que significa en realidad que las plantas existan en el espacio y el tiempo, que en ellas ejercen su dominio las leyes de la causalidad. Pero la naturaleza del material psicológico no permite separar los principios psicológicos de las teorías filosóficas, de la misma manera que se consigue en otras ciencias empíricas. El psicólogo se engaña a sí mismo totalmente si cree que el trabajo de laboratorio puede llevarle a resolver las cuestiones fundamentales de su ciencia: estas cuestiones pertenecen a la filosofía. Quien no quiera ponerse a discutir cuestiones de principio tendrá que aceptar la limitación de establecer implícitamente como base de sus investigaciones concretas una u otra teoría gnoseológica (Ibidem). Es precisamente la

tolerancia gnoseológica y la no renuncia a la gnoseología lo que ha llevado a Münsterberg a la idea de dos psicologías, una de las cuales niega la otra, pero ambas pueden ser aceptadas por un filósofo. Porque tolerancia no significa ateísmo; en la mezquita es mahometano, en la catedral cristiano. 360

Pero esto puede llevar a un grave error, el de pensar que una psicología doble conduce al reconocimiento parcial de los derechos de la psicología, causal o al de suponer que esa dualidad se traslada a la propia psicología, que queda dividida en dos campos; o al error de creer que también dentro de la psicología causal Münsterberg declara la tolerancia, aunque no sea así en absoluto. He aquí lo que dice: .Puede existir junto a la psicología causal otra que piense teleológicamente, podemos y debemos tratar en la psicología científica la apercepción o la creación de tareas, o los afectos y la voluntad, o el pensamiento? ¿O estas cuestiones fundamentales no interesan al psicotécnico, ya que éste sabe que en cualquier caso podemos dominar todos los procesos y funciones psíquicas empleando el idioma de la psicología causal y que de esa interpretación causal sólo puede ocuparse la psicotecnia? (Ibidem, pág. 11).

Por tanto, ambas psicologías nunca se cruzan entre sí, nunca se complementan, sirven a dos verdades, una en interés de la práctica, otra en interés del espíritu. Pero la doble contabilidad está en la ideología de Münsterberg, no en la psicología. Un materialista aceptará totalmente de Münsterberg la psicología causal y rechazará sin embargo la dualidad de las ciencias; el idealista por el contrario, rechazará la dualidad y aceptará totalmente la concepción teleológica de la psicología; el propio Münsterberg declara la tolerancia gnoseológica y acepta ambas ciencias, pero a una la trata en calidad de materialista y a la otra en calidad de idealista. Por tanto, las discusiones sobre la dualidad se desarrollan fuera de la psicología causal; no se alinea con nada y no es personalmente miembro de ninguna ciencia.

Este aleccionador ejemplo de cómo en la ciencia se ve obligado el idealismo a situarse en el terreno del materialismo podemos confirmarlo en todos sus puntos tomando cualquier otro pensador.

Por ejemplo W. Stern (que ha llegado a la psicología objetiva desde la investigación de las diferencias, que a su vez constituye también uno de los problemas generadores de la nueva psicología) ha recorrido el mismo camino.

Pero nosotros no estudiamos a los pensadores, sino su destino, es decir, los procesos objetivos que están tras ellos y los conducen. Y éstos procesos no se descubren a través de la inducción, sino del análisis. Según expresión de Engels, una máquina de vapor prueba las leyes de la transformación de la energía de forma no menos concluyente que 100.000 máquinas (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 20, pág. 543). Como hecho curioso sólo hay que añadir: los psicólogos rusos idealistas que hacen el prólogo a la traducción al ruso de Münsterberg señalan, entre otros méritos del autor, que responde a las aspiraciones de la psicología del comportamiento y a las exigencias del enfoque integral del individuo que evita la atomización de su organización psicofísica. Lo que hacen los grandes idealistas lo repiten los pequeños como una farsa.

Podemos resumir. Consideramos que la causa de la crisis es a la vez su fuerza motriz, que por eso ofrece no sólo interés histórico, sino que desempeña también un papel rector —metodológico—, ya que no sólo ha dado 361 lugar a la crisis, sino que continúa determinando su curso y destino ulteriores. Y esa causa radica en el desarrollo de la psicología aplicada, que ha dado lugar a la reestructuración de toda la metodología de la ciencia sobre la base del principio de la práctica, es decir, de su transformación en ciencia natural. Este principio ejerce su presión en la psicología y la empuja a descomponerse en dos ciencias, lo que asegurará en el futuro el desarrollo correcto de la psicología materialista. La práctica y la filosofía pasan a ocupar el lugar más importante.

Para numerosos psicólogos la introducción del experimento ha constituido una reforma básica de la psicología, e incluso han llegado a identificar psicología experimental con psicología científica. Han pronosticado que el futuro le pertenece tan sólo a la psicología experimental y han visto en ese calificativo un importantísimo principio metodológico. Pero el experimento se ha mantenido en psicología sólo a nivel de un simple procedimiento técnico, no ha sido utilizado basándose en principios rigurosos y ha dado lugar, como en el caso de N, Ach, a su propia negación. Actualmente, muchos psicólogos ven la salida en la metodología, en la acertada estructuración de los principios y esperan que venga la salvación de la parte contraria. Pero también esta vía es estéril. Sólo la renuncia radical al empirismo ciego, que persigue las sensaciones introspectivas directas, y está escindido interiormente en dos; sólo la emancipación de la introspección, su exclusión de un modo parecido a como se han ignorado los ojos en la física; sólo la ruptura en dos psicologías y la elección entre ambas de una sola ofrecen la salida de la crisis. La unidad dialéctica de la metodología y de la práctica con la psicología, constituyen el destino y la suerte de un de estas psicologías; la completa renuncia a la práctica y la contemplación de las esencias ideales son la suerte y el destino de la otra; la ruptura total y la separación de una y otra son la suerte y destino común que espera a ambas. Esta ruptura se ha iniciado, se está produciendo y culminará en el marco impuesto por la práctica.

Apartado 13

Por muy claramente que hayamos podido presentar nuestro análisis la tesis histórica y metodológica de la creciente ruptura de las dos psicologías como fórmula de la dinámica de la crisis, esta tesis sigue siendo discutible para muchos. No es algo que nos preocupe: consideramos que las tendencias que hemos encontrado expresan la realidad porque su existencia es objetiva y no depende de la concepción de tal o cual autor, sino que, por el contrario, es la realidad la que determina esas concepciones, ya que se convierten en concepciones psicológicas y se incorporan al proceso de desarrollo de la ciencia.

Por eso no debe extrañarnos que existan dos posiciones en el problema: desde el primer momento, hemos considerado que nuestro objetivo no era tanto investigar las posiciones como investigar hacia donde iban dirigidas. 362

Eso es lo que diferencia al análisis crítico sobre las concepciones de tal o cual autor, del análisis metodológico del problema en sí. Ante una cosa sin embargo no nos debemos mantener indiferentes: ante las propias posiciones, pues somos precisamente nosotros quienes debemos ser capaces de explicarlas, de descubrir su lógica interna y objetiva, de presentar claramente toda lucha entre posiciones como expresión compleja de la lucha de dos psicologías. Es ésta en su conjunto una tarea crítica basada en un análisis real de los hechos, y hay que demostrar, sobre la casuística de las más importantes corrientes de la psicología, lo que puede ofrecer, como vía de interpretación, la tesis que proponemos. Demostrar esa posibilidad, establecer el desarrollo esencial de ese análisis, es parte de la tarea que nos hemos marcado aquí.

Parece que lo más sencillo es analizar los sistemas que se ponen abiertamente de parte de una de las dos tendencias o incluso estudiar aquellos sistemas que las confunden. Pero resulta mucho más difícil, y por tanto más atractiva, otra tarea: mostrar sobre los casos concretos de esos sistemas cuáles de ellos se sitúan desde un principio fuera de la lucha, fuera de esas dos tendencias y buscan la salida en una tercera vía, negando así, aparentemente, nuestra tesis de la existencia de dos únicas vías en psicología. Existe aún una tercera vía, dicen: es posible fundir las dos tendencias en litigio, o subordinar una a otra, o suprimirlas y crear una nueva, o subordinar las dos a una tercera, etc. Para confirmar nuestra tesis es pues esencial y enormemente importante mostrar adónde conduce esa tercera vía, porque el verlo, hace que esta vía se derrumbe.

De acuerdo con el procedimiento que hemos adoptado en esta obra, veremos cómo actúan las dos tendencias objetivas en los sistemas conceptuales de los partidarios de la tercera vía: ¿aparecen estas dos tendencias en tales sistemas ya dominadas o continúan siendo las dueñas de la situación?, resumiendo, ¿quién conduce a quién, el caballo o el jinete?

Ante todo, delimitaremos con exactitud las concepciones y las tendencias. Una concepción se puede identificar a sí misma como determinada tendencia, y a pesar de eso no coincidir con ella. Por ejemplo, el behaviorismo tiene razón cuando afirma que la psicología científica es posible únicamente como ciencia natural; sin embargo, eso no quiere decir que la realice como tal, que no comprometa esa idea. Para toda concepción, la tendencia es una tarea y no un hecho; tener conciencia de la tarea no significa saber resolverla. Dentro de una tendencia puede haber diferentes concepciones, y en una concepción pueden estar representadas en distinto grado ambas tendencias.

Partiendo de estas claras limitaciones, podemos pasar a los sistemas de la tercera vía. Aunque son numerosos, la mayoría se deben bien a ciegos, que confunden inconscientemente los dos caminos, bien a eclécticos conscientes, que saltan de un sendero a otro. Pasémoslos por alto; nos interesan los principios y no sus deformaciones. Los principios son básicamente tres: la teoría de la Gestalt, el personalismo y la psicología marxista. Analicemos pues estos tres principios al nivel que nos interesa. A las tres escuelas las une el común convencimiento de que la psicología como ciencia no es posible ni **363** sobre la base de la psicología empírica, ni sobre la base del behaviorismo, y que existe un tercer camino que está por encima de esos dos caminos y que permite llevar a cabo la psicología científica sin renunciar a ninguno de los dos planteamientos, sino uniéndolos en un todo. Cada sistema resuelve esta tarea a su manera y cada uno cumple una alternativa, y todos juntos agotan todas las posibilidades lógicas de la tercera vía, si los situamos en el marco de un experimento metodológico que hemos montado para llevar adelante nuestro análisis.

La teoría de la Gestalt resuelve el problema introduciendo el concepto fundamental de estructura (Gestalt), que engloba los aspectos funcional y descriptivo del comportamiento, lo que equivale a decir que es un concepto psicofísico. Unir estos dos aspectos en el objeto de una ciencia es únicamente posible si se halla en ambos algo verdaderamente común y si es precisamente ese algo común lo que se convierte en objeto de estudio. Porque si se considera la psique y el cuerpo como dos cosas separadas por un abismo, que no coinciden en ninguna propiedad, resultará materialmente imposible una ciencia sobre dos cosas distintas. Ese es el eje de la metodología de esta nueva teoría. El principio de la Gestalt es aplicable por igual a toda la naturaleza, no es una propiedad privativa de la psique: el principio tiene pues carácter psicofísico y es aplicable a la fisiología, la física y, en general, a todas las ciencias reales. La psique es tan sólo parte del comportamiento, los procesos conscientes son procesos parciales de grandes conjuntos (K. Koffka, 1925). M. Wertheimer precisa aún más. La teoría de la Gestalt se reduce a lo siguiente: todo lo que tiene lugar en una parte de un conjunto cualquiera está determinado por las leyes internas de la estructura de ese conjunto. «La teoría de la Gestalt es eso, ni más ni menos» (M. Wertheimer, 1925, pág. 7). El psicólogo W. Köhler (1924) ha mostrado que también en física tienen lugar básicamente esos mismos procesos. Es éste un hecho notable desde el punto de vista metodológico y un argumento decisivo para la teoría de la Gestalt. El principio de estudio es igual para lo físico, lo orgánico y lo inorgánico, lo que significa que la psicología se introduce en el contexto de las ciencias naturales y que la investigación psicológica es posible dentro de principios físicos. En lugar de la absurda unión de lo psíquico y lo físico como elementos absolutamente heterogéneos, la teoría de la Gestalt afirma su conexión: son parte de un todo. Sólo un europeo de cultura sofisticada puede separar lo psíquico y lo físico, como hacemos nosotros. Cuando una persona baila, ¿es que a un lado se halla la suma de los movimientos musculares y al otro la alegría y el entusiasmo? Lo uno y lo otro están estructuralmente próximos. La conciencia no aporta nada básicamente nuevo que exija otras formas de estudio. ¿Dónde están los límites entre el materialismo y el idealismo? Existen teorías psicológicas e incluso numerosos manuales, que a pesar de que hablan sólo de elementos de la conciencia son más insensibles, más absurdos, más inexpresivos, más materialistas que un árbol que crece.

364

¿Cuál es el significado de estos planteamientos de la Gestalt? Sólo que la teoría de la Gestalt realiza una psicología materialista, ya que básica y metodológicamente construye de forma sistemática su sistema. Aparentemente, eso está en contradicción con la teoría de la Gestalt sobre las reacciones fenoménicas, sobre la introspección, pero sólo aparentemente, porque para los psicólogos de esta

escuela la psique es parte fenoménica del comportamiento. En resumen, la escuela de la Gestalt elige desde el principio uno de los dos caminos, y no el tercero.

Podemos plantear otras preguntas: ¿desarrolla su enfoque conscientemente la teoría de la Gestalt?, ¿no tropieza con contradicciones en sus criterios?, ¿ha elegido con acierto los métodos para desarrollar esa alternativa? Pero no es eso lo que nos interesa aquí, sino el sistema metodológico de los principios. Y en esa línea podemos llegar a decir que todo lo que en la teoría de la Gestalt no coincide con esa tendencia es la manifestación de otra tendencia. Si se describe la psique empleando los mismos conceptos que la física, estamos en la vía de la psicología científico-natural.

Es fácil ver que en la teoría del personalismo W. Stern (1924) desarrolla la alternativa contraria. En su deseo de evitar ambas vías y elegir una tercera, se sitúa de hecho en una de las dos, en la de la psicología idealista. Stern parte de que carecemos de Psicología, pero tenemos muchas psicologías. En su deseo de mantener el objeto de la psicología en la mira de una y otra tendencia, introduce el concepto de actos y funciones psicofísicamente neutrales y llega a admitir que lo psíquico y lo físico recorren las mismas fases de desarrollo y que esa división es un hecho secundario, que aparece según se le presente al sujeto lo uno o lo otro: el hecho principal es la existencia de una persona psicofísicamente neutral y de sus actos, unos actos psicofísicamente neutrales. Por tanto, la unidad se consigue introduciendo el concepto del acto neutral psicofísico.

Pero ¿qué es lo que se oculta en realidad tras esa fórmula? Stern recorre el camino inverso, que ya conocemos, de la teoría de la Gestalt. Para él, el organismo e incluso los sistemas inorgánicos son también individualidades psicofísicas neutrales; las plantas, el sistema solar y el hombre deben ser interpretados básicamente igual, pero mediante la extensión del principio teleológico al mundo no psíquico. Tenemos ante nosotros una psicología teleológica. La tercera vía ha resultado de nuevo una de las dos vías conocidas. Una vez más tropezamos aquí con la metodología del personalismo: y la psicología del personalismo es la construcción que idealmente cabe esperar de acuerdo con estos principios metodológicos. Si lo es en realidad, es otra cuestión. De hecho, Stern, igual que Münsterberg, se ve obligado a mostrarse partidario de la psicología causal en el área de la psicología diferencial, es decir, ofrece de hecho una concepción materialista de la conciencia. De nuevo tiene lugar dentro de su sistema la lucha que ya conocemos y más allá de la cual había querido situarse sin éxito.

El tercer sistema que trata de situarse en la tercera vía es el de la psicología marxista, que se está hoy formando ante nuestra vista. Su análisis 365 resulta difícil, porque no dispone aún de su metodología y trata de hallarla ya terminada buscándola en expresiones casuales de los fundadores del marxismo. Pero querer encontrar en obras ajenas una fórmula terminada de la psique vendría a significar exigir «la ciencia antes que la propia ciencia». Podemos decir sobre esos intentos que la heterogeneidad del material, su incoherencia, la variación que sufre el significado de la frase fuera del contexto, el carácter polémico de la mayoría de las opiniones — exactas sólo en la negación de los pensamientos falsos, pero vacías y generales en el sentido de la definición positiva de las tareas— no permiten en modo alguno esperar de ese trabajo otra cosa que un montón de citas más o menos casuales y su interpretación escolástica.

Otro defecto formal de ese intento es que mezcla dos objetivos en sus investigaciones: porque una cosa es estudiar la doctrina marxista desde el punto de vista histórico-filosófico y otra muy distinta analizar directamente los problemas planteados por esos pensadores. Si se juntan ambas tareas resulta una doble desventaja: para resolver el problema se utiliza un autor, pero el problema se plantea únicamente dentro de las medidas y del plano en que el autor lo trata de pasada y por otro motivo completamente distinto: ese tratamiento casual lleva a plantear los problemas desvirtuadamente, sin abordar sus problemas centrales y sin desarrollarlos como su propia esencia exigiría. Por añadidura, el temor a la contradicción verbal lleva a que se confundan la perspectiva gnoseológica y la metodológica y así sucesivamente.

Pero el segundo objetivo —el estudio del autor— tampoco se consigue por ese camino, porque el autor se moderniza sin querer, se ve arrastrado en la discusión de hoy, y lo que es más importante, se deforma burdamente con la sistematización arbitraria de citas arrancadas de diferentes lugares. Podríamos decir así que: en primer lugar, no se busca donde procede; en segundo lugar, no lo que hace falta, y en tercer lugar, no como hace falta. No donde procede, porque ni en Plejánov ni en ningún otro marxista hay lo que se busca en ellos, no disponen, no sólo de una metodología acabada, sino ni siquiera del germen de ella; a estos autores no se les había planteado ese problema y sus manifestaciones sobre el tema tienen ante todo un carácter no psicológico: carecen incluso de una doctrina gnoseológica sobre el modo para conocer lo psíquico. ¡Porque no es tan fácil crear aunque no sea más que la hipótesis de la relación psicofísica! Plejánov habría inscrito su nombre en la historia de la filosofía junto con Spinoza si hubiese creado una doctrina psicofísica cualquiera. No podía hacerlo, porque Plejánov nunca se ocupó de la psicofisiología, y la ciencia aún no podía dar motivos para construir semejante hipótesis.

De hecho, tras la hipótesis de Spinoza se encuentra toda la física de Galileo: se manifiesta en ella, traducida a lenguaje filosófico, toda la experiencia acumulada (fundamentalmente a partir de las ciencias naturales, que fueron las primeras en conocerla unidad y la regularidad del mundo). ¿Y qué es lo que podía engendrar en psicología esa doctrina? A Plejánov y a otros les interesó siempre el objetivo local: el objetivo polémico, explicativo 366 en general del contexto, pero no el pensamiento independiente, generalizado, elevado al rango de doctrina.

No lo que hace falta, porque, mientras lo que se necesita es un sistema metodológico de principios que permitan iniciar la investigación, lo que se busca realmente es la respuesta a la cuestión de qué se encuentra en un hipotético punto científico final de las investigaciones colectivas de muchos años. Pero si ya existiera la respuesta no habría necesidad de construir la psicología marxista.

El criterio externo de la fórmula que se busca debe ser su utilidad metodológica; en lugar de eso, se busca una fórmula de importancia ontológica, que diga lo menos posible, que sea prudente, que se abstenga de toda resolución. Cuando lo que nos hace falta es una fórmula que nos preste servicio en las investigaciones se busca una a la que, en cambio, hemos de servir nosotros, una fórmula que nos vemos en la obligación de demostrar. De ésta búsqueda no resultan sino fórmulas que paralizan metodológicamente la investigación, como los conceptos negativos, etc. De modo que es imposible ver cómo podemos desarrollar nuestra ciencia a partir de esas expresiones casuales.

No como hace falta, porque el pensamiento lo constriñe un principio de autoridad; no se estudian métodos, sino dogmas. Además, la superposición de dos fórmulas (frases o expresiones, N. R. E.) ni representa la liberación del método lógico, ni supone la aceptación del enfoque crítico y de la investigación libre del problema.

Los tres vicios se deben a una sola causa: a la incompreensión de la tarea histórica de la psicología y del significado de la crisis. A ese tema dedicamos específicamente el siguiente capítulo. En éste trataremos de delimitar mejor la separación entre las concepciones y el sistema, para descargar de éste la responsabilidad de los pecados de las concepciones. Para ello debemos señalar que estamos ante una interpretación errónea del sistema, una interpretación que no sabe adonde va.

Para el tercer sistema, que estamos comentando (la psicología marxista) la base de esa tercera vía en psicología radica en el concepto de reacción que, a diferencia del concepto de reflejo y del de fenómeno psíquico, incluye tanto el aspecto objetivo como el subjetivo en el acto integral de la reacción. No obstante, a diferencia de la teoría de la Gestalt y de la de Stern, la nueva teoría renuncia a la premisa metodológica que une en un solo concepto ambas vertientes de la reacción. Pues, ni el supuesto de la existencia en la psique de las mismas estructuras que en física, ni el de la existencia en la naturaleza inorgánica de una entelequia o persona, es decir, ni la vía de la teoría de la Gestalt, ni la de Stern, nos permiten alcanzar el objetivo.

La nueva teoría acepta, de acuerdo con Plejánov, la doctrina del paralelismo psicofísico y la completa irreductibilidad de lo psíquico a lo físico, reducción en la que ve un materialismo burdo y vulgar. Pero ¿cómo es posible una ciencia sobre dos categorías de realidad, radical y cualitativamente heterogéneas e irreductibles? ¿Cómo cabe fundirlas en un acto de reacción integral? Podemos responder de dos maneras a estas preguntas. Kornilov ³⁶⁷ aboga por una relación funcional entre ambas categorías, aunque con ello hace añicos cualquier posible integridad porque en la relación funcional pueden estar incluidas magnitudes diferentes de hecho. No puede pues investigarse en psicología partiendo del concepto de reacción, porque en este concepto están incluidos dos elementos funcionalmente dependientes que no pueden ser reducidos a una unidad. Con ello no resuelve Kornilov el problema psicológico, sino que lo traslada al interior de cada elemento, y con ello hace imposible el avanzar un solo paso en la investigación, puesto que ha extendido su interpretación a la totalidad de la psicología. Si en las anteriores propuestas no estaba clara la relación entre los campos de la psique y de la fisiología a nivel global, aquí, la confusión y por tanto la insolubilidad del problema se halla en cada reacción, una a una. ¿Qué nos aporta entonces, metodológicamente, la solución de Kornilov al problema? El hecho de resolverlo experimentalmente, empíricamente, en cada caso aislado, en lugar de hacerlo problemáticamente (hipotéticamente) al comienzo de la investigación. Lamentablemente eso no es posible, como no lo es una ciencia con dos métodos distintos de cognición o que se sirva de medios de investigación esencialmente distintos. A eso se debe que K. N. Kornilov no vea en la introspección un simple procedimiento técnico, sino el único medio adecuado para conocer lo psíquico. Está claro que la integridad metodológica de la reacción no pasa del nivel de los deseos, sigue siendo pia desideria, y que, de hecho, la concepción de este autor nos conduce a dos distintas ciencias con dos distintos métodos, que estudian dos aspectos diferentes de la existencia.

Debemos comentar también la respuesta al problema que da Yu. V. Frankfurt (1926). Siguiendo las huellas de G. V. Plejánov, este autor se enreda en una irremediable e- insoluble contradicción, al querer demostrar la materialidad de la psique inmaterial y al querer vincular en la psicología dos caminos no vinculables en la ciencia. La línea de su razonamiento es la siguiente: los idealistas ven en la materia la otra esencia del espíritu; los materialistas mecanicistas ven en el espíritu la otra esencia de la materia. El materialista dialéctico conserva los dos términos de la antinomia. Para el la psique es, entre otras muchas propiedades: 1) una propiedad especial que no se puede reducir al movimiento; 2) un estado interno de la materia en movimiento; 3) el lado subjetivo del proceso material. Intentaré poner en evidencia a lo largo de esta exposición sistemática de las concepciones psicológicas el carácter contradictorio y heterogéneo de estas fórmulas y confío mostrar cómo deforman el significado este tipo de comparaciones de pensamientos arrancados de contextos totalmente distintos.

Lo que aquí nos interesa es única y exclusivamente el aspecto metodológico del problema: cómo puede ser posible construir una ciencia sobre dos tipos de esencia radicalmente diferentes. No tienen nada en común, no pueden ser unificados, pero quizás existe entre ellos una relación de igual valor, que permita unirlos. No, Plejánov lo dice claramente: el marxismo no reconoce «la posibilidad de explicar o descubrir una clase de fenómenos sirviéndose de ³⁶⁸ representaciones o de conceptos, «desarrollados» para explicar o describir una clase distinta» (cito de Yu. V. Frankfurt, 1926, pág. 51). «La psique —dice Frankfurt— es una propiedad especial, descrita o explicada con ayuda de sus conceptos o representaciones especiales» (Ibidem). Otra vez lo mismo (págs. 52-53), diferentes conceptos. Pero eso significa que hay dos ciencias, una sobre el comportamiento como forma peculiar del movimiento del individuo, la otra sobre la psique como inmovilidad. Frankfurt se refiere justamente a la fisiología tanto en sentido estricto como amplio, es decir, incluyendo también en éste la psique. Pero, ¿sería eso fisiología? ¿Es suficiente desearlo para que la ciencia surja, de acuerdo con nuestro fiat? Que se nos muestre un solo ejemplo de una ciencia realizada sobre dos tipos diferentes de realidad, explicados y descritos con ayuda de distintos conceptos, o muéstranos al menos la posibilidad de tal tipo de ciencia.

El razonamiento que exponemos a continuación recoge dos puntos que muestran categóricamente la imposibilidad de una ciencia así.

1. La psique es una cualidad o propiedad especial de la materia, pero la cualidad no es una parte de la cosa, sino una facultad especial.

La materia posee muchas cualidades de la cosa, una de ellas la psique. Plejánov compara la relación entre la psique y el movimiento con las relaciones entre la propiedad de crecer y de arder con facilidad, de la dureza y del brillo del hielo. Pero en este caso, ¿por qué sólo hay dos miembros de la antinomia? Debería haber tantos como propiedades, o sea, muchos, infinitamente muchos. Evidentemente y en contra de lo que sostiene Chernyshevski, existe algo en común a todas las cualidades, hay un concepto común que puede agrupar todas las cualidades de la materia: el brillo y la dureza del hielo y la facilidad de arder y el crecimiento del árbol. De lo contrario, existirían tantas ciencias como propiedades: una sobre el brillo del hielo, otra sobre su dureza. Lo que dice N. G. Chernyshevski es simplemente absurdo como principio metodológico. También dentro de la psique existen diferentes cualidades; el dolor se parece tanto al dulzor como el brillo a la dureza (otra propiedad de nuevo).

Lo que ocurre es que Plejánov opera con el concepto general de psique, que incluye gran número de la más diversas cualidades, y ese concepto general, que incluye a todas las demás cualidades es el movimiento. Evidentemente, la relación entre psique y movimiento es, esencialmente, diferente de la que existe entre las diversas cualidades: el brillo y la dureza son, al fin y al cabo, movimiento; y el dolor y el dulzor son, a fin de cuentas, psique. La psique no es una de muchas propiedades, sino una de dos. Por tanto y en último término, hay dos principios y no uno ni muchos. Metodológicamente, eso significa que se mantiene íntegramente el dualismo de la ciencia. Esto queda especialmente claro si pasamos a nuestro segundo punto.

2. Según Plejánov (1922), la psique no influye en lo físico. Mientras Frankfurt (1926) aclara que influye en sí misma de forma mediata, a través de lo fisiológico, que posee una eficacia específica. Si unimos dos triángulos rectángulos, su forma dará lugar a una nueva, a un cuadrado y no son las 369 formas en sí las que lo causan «como un segundo aspecto «formal» de la unión de nuestros dos triángulos». Señalemos que existe una formulación exacta de la famosa Schattentheorie teoría de las sombras: cuando dos personas se dan la mano, sus sombras hacen lo mismo. Según Frankfurt, las sombras «influyen» una en otra a través de los cuerpos.

Pero no está ahí el problema metodológico. ¿Es Frankfurt consciente de que ha llegado a una formulación monstruosa para un materialista sobre la naturaleza de nuestra ciencia? Porque en realidad, ¿qué es esa ciencia de las sombras, las formas, las imágenes especulares? Frankfurt comprende a medias adónde ha llegado, pero no se da cuenta de lo que eso significa. ¿Es acaso posible una ciencia natural sólo de las formas, una auténtica ciencia que emplee la inducción, el concepto de causalidad? Sólo en geometría estudiamos formas abstractas. Se ha dicho así la última palabra: la psicología es posible en geometría. Pero ésa es precisamente la expresión suprema de la psicología eidética de Husserl y así es también la psicología descriptiva de Dilthey, definida como matemática del espíritu, como así es también la fenomenología de Chelpanov, la psicología analítica de Stout, Meinong, Schmidt-Kowazik. Todas ellas comparten con Frankfurt su estructura fundamental: todas utilizan la misma analogía, que podemos comentar en dos puntos.

1. Hay que estudiar la psique, igual que las formas geométricas, fuera de la causalidad; dos triángulos no engendran un cuadrado, el círculo no sabe nada de la pirámide; ninguna de las relaciones del mundo real puede ser trasladada al mundo ideal de las formas y de las esencias psíquicas: sólo se las puede describir, analizar y clasificar, pero no explicar. Dilthey considera que la propiedad principal de la psique consiste en que sus componentes no están ligados por la ley de la causalidad: «Las representaciones no encierran los fundamentos necesarios para transformarlas en sentimientos; cabe imaginarse un ser que posea únicamente la facultad de representación, que en el fragor del combate fuera un espectador indiferente y abúlico de su propia destrucción. Los sentimientos no encierran los fundamentos necesarios para transformarlos en procesos volitivos; puede uno imaginarse a ese mismo individuo, mirando el combate que se desarrolla a su alrededor con sentimiento de temor y espanto, aunque estos sentimientos no se manifiestan como movimientos defensivos» (1924, pág. 99).

Precisamente porque estas concepciones son indeterministas, inmotivadas y carecen de espacio, precisamente porque están construidas según el tipo de las abstracciones geométricas, Pavlov rechaza su utilidad para la ciencia: no guardan relación con la construcción material del cerebro. Precisamente por ser geométricos, decimos de acuerdo con Pavlov que no son útiles para la ciencia real.

Pero ¿cómo es posible una ciencia que una el método geométrico con el científico-inductivo? Dilthey comprendía perfectamente que el materialismo y la psicología explicativa se presuponen una a otra. «El último lo constituye en todos sus matices la psicología explicativa. Toda teoría que se fundamente 370 en las relaciones de los procesos físicos y que sólo en ellos incluya los hechos psíquicos es materialismo» (Ibidem, pág. 30):

Es precisamente el deseo de defender la independencia del espíritu y de todas las ciencias del espíritu, el miedo a trasladar a este mundo espiritual la regularidad y la necesidad que reina en la naturaleza, lo que hace que se le tenga miedo a la psicología descriptiva. «Ninguna... de las psicologías explicativas puede servir de base a las ciencias del espíritu» (Ibidem, pág. 64). Eso significa que la ciencia del espíritu no puede ser estudiada de forma materialista. Si Frankfurt comprendiera lo que significa de hecho su exigencia de una psicología concebida como geometría o su postulado de que la conexión específica —la «eficacia»— no es la causalidad física de la psique, comprendería a la vez que su renuncia a la psicología explicativa no implica ni más ni menos que la renuncia a los conceptos de organización en todo el campo del espíritu, y que eso es lo que se discute. Los idealistas rusos lo

comprenden perfectamente: la tesis de Dilthey acerca de la psicología es para ellos una tesis que se opone a la interpretación mecanicista del proceso histórico.

2. El segundo rasgo de la psicología a que ha llegado Frankfurt consiste en el método, en la naturaleza del conocimiento de esta ciencia. Si no se establece una relación entre la psique y los procesos de la naturaleza, si la psique está al margen de la causalidad, si no se la puede estudiar de forma inductiva, observando hechos reales y generalizándolos, habrá que estudiarla según el método especulativo: captando directamente la verdad en esas ideas platónicas o esencias psíquicas. En geometría no cabe la inducción; lo que se ha demostrado para un triángulo ha sido demostrado para todos. En ella no estudiamos triángulos reales, sino abstracciones ideales -sus propiedades particulares aisladas de las cosas, llevadas al límite y tomadas en forma completamente ideal. Para Husserl, la fenomenología guarda la misma relación con la psicología que las matemáticas con las ciencias naturales. Pero sería imposible realizar la geometría y la psicología, según Frankfurt, como ciencias naturales. Las separa de —lo natural— el método. La inducción se basa en la repetida observación de los hechos y en la generalización obtenida experimentalmente; el método analítico (fenomenológico) se basa en la percepción de la verdad de forma directa y de una sola vez. Y conviene que recapitemos sobre ello: tenemos que saber con exactitud cuál es la ciencia con la que queremos romper por completo. Plantear esta disyuntiva entre la doctrina de la inducción y la del análisis supone una enorme incompreensión que es preciso desenmascarar.

También en la psicología causal y en las ciencias naturales se emplea el análisis de forma completamente planificada y también en ellas es frecuente deducir, a partir de una única observación una regularidad general. De hecho, el predominio de la inducción y de la elaboración matemática junto a la falta de desarrollo del análisis arruinaron en gran parte la obra de Wundt y de toda la psicología experimental. 371

¿En qué se diferencian un análisis de otro o, para no caer en error, el método analítico del fenomenológico? Si llegamos a saber eso, trazaremos en nuestro mapa la última línea de separación entre las dos psicologías.

El método de análisis en las ciencias naturales y en la psicología causal consiste en estudiar un fenómeno, representante típico de toda una serie y en deducir desde él principios aplicables a toda la serie. Chelpanov aclara esta tesis con el ejemplo del estudio de las propiedades de diferentes gases. Por ejemplo, afirmamos algo sobre las propiedades de todos los gases, tras haber realizado el experimento con un gas cualquiera. Y llegamos a tal conclusión porque sobrentendemos que el gas que nos ha servido para el experimento posee las propiedades de todos los gases restantes. En un razonamiento de este tipo intervienen a la vez, según Chelpanov, el método inductivo y el analítico.

¿Es esto cierto?, es decir, ¿es realmente posible mezclar, unir el método geométrico con el científico-natural o sólo se da aquí una mezcla de términos, y Chelpanov emplea la palabra análisis en dos sentidos completamente diferentes? La pregunta es demasiado importante para pasarla por alto: junto a la necesidad de diferenciar las dos psicologías, está también la necesidad de deslindar lo más profundamente y lo más separadamente posible sus métodos, ya que no pueden tener métodos comunes. Y aparte del hecho de que nos interesa explicitar el método que tras ese deslinde corresponderá a la psicología descriptiva (porque deseamos conocerla a fondo) no queremos ceder en ese reparto ni un ápice del territorio que nos pertenece; el método analítico es demasiado importante en la construcción de la psicología social, como veremos más adelante, para que lo entreguemos sin lucha.

Al explicar el principio hegeliano en la metodología marxista, nuestros marxistas afirman con acierto que cada cosa puede ser considerada como un microcosmos, como un modelo global, en que se refleja todo el gran mundo. Basándose en ello, dicen que investigar hasta el fondo, agotar una cosa cualquiera, un objeto, un fenómeno, significa conocer el mundo entero en todas sus conexiones. En este sentido, podemos decir que cada persona es en mayor o menor grado el modelo de la sociedad o más bien de la clase a que pertenece, ya que en él se reflejan la totalidad de las relaciones sociales.

Podemos ver que en este planteamiento el conocimiento de lo singular es la clave de toda la psicología social; de modo que hemos de conquistar para la psicología el derecho de considerar lo singular, es decir al individuo, como un microcosmos, como un tipo, como ejemplo o modelo de la sociedad. Dejemos sin embargo por el momento este punto y esperemos a que nos quedemos solos y cara a cara con la psicología causal para poder hablar de él, pues antes debemos proseguir y agotar esta tarea previa de disección.

A partir del ejemplo que pone Chelpanov sobre los gases podemos dar como cierto que el análisis no niega, en física, la inducción, y que precisamente gracias a él resulta posible realizar una observación sin repetirla, observación que nos proporciona una conclusión general. Pero ¿tenemos en realidad derecho a ampliar nuestra conclusión desde uno a todos los gases. 372

Evidentemente, pero sólo porque a través de observaciones inductivas precedentes hemos elaborado un concepto general de gas y establecido el volumen y contenido de ese concepto. Tenemos derecho además porque estudiamos el gas en cuestión, concreto, no como tal, sino desde un punto de vista distinto, estudiando las propiedades generales del gas que se realizan en él. Y precisamente esa posibilidad —es decir, ese punto de vista que nos permite separar en este caso concreto aquello que le es propio de lo que es general— se lo debemos al análisis.

Por tanto, el análisis no se contraponen básicamente a la inducción, sino que está cerca de ella: es su forma superior, que desmiente su sentido (la iteración). Se apoya en la inducción y la guía. El análisis es el que plantea las cuestiones; el que constituye la base de todo experimento: todo experimento es un análisis en acción, lo mismo que todo análisis es un experimento que se lleva a cabo en la mente. Por eso, lo correcto sería denominar el análisis método experimental. En realidad, cuando realizo un experimento, estudio A, B,

C..., es decir, una serie de fenómenos concretos, y distribuyo las conclusiones adjudicándolas a distintos grupos: a todas las personas, a los niños de edad escolar, a la actividad, etc. El análisis es el que ofrece el volumen de propagación de las conclusiones, es decir, el hecho de destacar en A, B, C los rasgos comunes al grupo en cuestión. Pero aún más: en el experimento observo siempre un síntoma del fenómeno y ésta es de nuevo labor del análisis.

Pasemos al método inductivo para explicar el análisis: examinemos una serie de aplicaciones de este método.

I. P. Pavlov estudia la actividad real de la glándula salival en los perros. ¿Qué le permite denominar su experimento estudio de la actividad nerviosa superior de los animales? ¿No debería haber comprobado sus experimentos en el caballo, el cuervo, etc., en todos los animales o por lo menos en la mayoría de ellos para tener derecho a sacar conclusiones? ¿O quizá debería haber denominado su experimento así: estudio de la salivación de los perros? Pero es que Pavlov no ha estudiado específicamente la salivación de los perros como tal, y su experimento no ha aumentado en un ápice nuestros conocimientos sobre el propio perro, ni sobre la salivación en sí. En el perro no ha estudiado al perro, sino al animal en general, y en la salivación ha estudiado el reflejo en general, es decir, en y a partir de ese animal y de ese fenómeno ha destacado lo que hay de común con todos los fenómenos homogéneos. Por eso, sus conclusiones se refieren no sólo a todos - los animales, sino también a toda la biología: el hecho establecido de la segregación de la saliva en los perros pavlovianos en respuesta a las señales dadas por Pavlov se convierte directamente en un principio biológico general: la transformación de la experiencia hereditaria en individual. Y eso ha sido posible porque Pavlov ha abstraído al máximo el fenómeno que estudiaba de sus condiciones específicas, ha captado genialmente lo común en lo individual. 373

¿En qué se ha apoyado para poder ampliar sus conclusiones? Naturalmente, en lo siguiente: aquello a lo que extendemos nuestras conclusiones debe referirse a los mismos elementos, de modo que nos apoyamos en la semejanza previamente establecida (la clase de reflejos hereditarios en todos los animales, el sistema nervioso, etc.). Pavlov ha descubierto una ley biológica general, al estudiar los perros. Ha estudiado en el perro lo que constituye la base del animal.

Ese es el camino metodológico de cualquier principio explicativo. Propia-mente, Pavlov no ha extendido sus conclusiones, puesto que el grado de su extensión estaba dado de antemano en el propio planteamiento del experimento. Y el mismo caso se da con A. A. Ujtomski. Ujtomski ha estudiado diversos preparados de ranas: si hubiese extendido sus conclusiones a todas las ranas, se trataría de una inducción; pero él habla del dominante como principio de la psicología de los héroes de «Guerra y paz», y eso se lo debe al análisis. Sherrington ha estudiado en numerosos perros y gatos los reflejos de rascarse y de flexión de las patas traseras y ha establecido el principio de la competencia por el campo motor, como constituyente básico de la personalidad. Pero ni Ujtomski ni Sherrington han añadido nada al estudio de las ranas y de los gatos como tales.

Claro está que no deja de ser una tarea absolutamente concreta el definir a nivel práctico los límites exactos del principio general y con ellos el grado de aplicabilidad a las diferentes especies de un género dado: puede que el reflejo condicionado tenga su límite superior en el comportamiento de la criatura humana y el inferior en el de los invertebrados, y por debajo y por encima se presente en una forma absolutamente distinta. Dentro de esos límites es más aplicable al perro que a la gallina, y se puede establecer con exactitud en qué medida es aplicable a cada uno de ellos. Pero todo eso es ya y justamente inducción: el estudio de lo específicamente individual respecto a un principio sobre la base del análisis. Ese proceso es fraccionable hasta el infinito: podemos estudiar la aplicabilidad del principio a diferentes razas, edades y sexos de perros; aún más, a un perro individual e incluso en día y hora determinados, etc. Y lo mismo podemos hacer respecto a un dominio o área más general.

He tratado de introducir la aplicación de este método personalmente en la psicología consciente, intentando deducir las leyes de la psicología del arte mediante el análisis de una fábula, una novela y una tragedia. He partido para ello de la idea de que las formas más desarrolladas del arte son la clave de las formas atrasadas, como la anatomía del hombre lo es respecto a la de los monos; que la tragedia de Shakespeare nos explica los enigmas del arte primitivo y no al revés. Hago afirmaciones además sobre todo el arte y no compruebo sin embargo mis conclusiones en la música, la pintura, etc. Aún más: no las compruebo siquiera en todas o la mayoría de las variedades de literatura; tomo sólo una novela, una tragedia. ¿Con qué derecho? No he estudiado las fábulas ni las tragedias y menos aún una fábula dada y una tragedia dada. He estudiado en ellas lo que constituye la base de todo el arte: la naturaleza y el mecanismo de la reacción estética. Me he apoyado en los elementos generales de la forma y del material inherentes a todo arte. He elegido para el análisis la fábula, novela y tragedia más difíciles, precisamente aquéllas en las que son especialmente patentes las leyes generales: he seleccionado los monstruos dentro de las tragedias, etc. Este análisis presupone hacer abstracción de los rasgos concretos de la fábula como un género determinado para concentrar el esfuerzo en la esencia de la reacción estética. Por eso no digo nada de la fábula como tal. Y el propio subtítulo «Análisis de la reacción estética» indica que la finalidad de la investigación no consiste en la exposición sistemática de la doctrina psicológica del arte en todo su volumen y amplitud (todas las variedades del arte, todos los problemas, etc.) ni siquiera la investigación inductiva de una serie determinada de hechos, sino justamente el análisis de los procesos en su esencia.

Por consiguiente, el método analítico-objetivo está muy cercano al experimento: su importancia va más allá de lo que cubre su campo de observación. Evidentemente, también los principios que explican el arte nos hablan de una reacción que de hecho nunca ha tenido lugar de forma pura, que siempre se ha producido con su «coeficiente de especificación».

Descubrir los límites, el grado y las formas de aplicación de un principio, es el objeto de la auténtica investigación. Que la historia muestre qué artes y en qué épocas y qué formas han caído en desuso en el arte: mi tarea es mostrar cómo se produce el hecho en general. Y esa es la aproximación metodológica general en todas las teorías del arte actual: estudian la esencia de las reacciones,

sabiendo que éstas nunca se dan de forma pura, aunque los diversos tipos, normas o, límites forman siempre parte de toda reacción concreta y determinan el carácter específico de ésta. Por eso nunca tiene lugar en el arte la reacción estética pura: y de hecho, siempre aparece combinada con las más difíciles y variadas formas de ideología (moral, política, etc.). Incluso muchos piensan que las manifestaciones estéticas no son más importantes en el arte de lo que lo es la coquetería en la multiplicación de las especies: sólo constituiría la fachada, el Vorlust, el cebo, mientras que el significado del acto es otro (S. Freud y su escuela); otros suponen que histórica y psicológicamente el arte y la estética son dos círculos secantes, son una parte común y otra diferenciada (Ullmer). Todo eso es verdad, pero el hecho de que el principio haya sido abstraído a través de todo ello no altera en nada su veracidad. Sólo significa que la reacción estética es así; pero cosa distinta es encontrar los límites y el significado de la propia reacción estética dentro del arte.

Esto es justamente lo que se logra mediante la abstracción y el análisis. Aunque su parecido con el experimento se limita a que también en éste se da una combinación artificial de fenómenos en la que la acción de una ley determinada debe llevarse a cabo en la forma más pura: es como un cepo para la naturaleza, es el análisis en acción. La que realizamos en el análisis es también una combinación artificial de fenómenos muy parecida, aunque llevada a cabo mediante la abstracción mental. Podemos verla con especial claridad cuando aplicamos el análisis a estructuras artificiales. Puesto que éstas están orientadas, no a objetivos científicos, sino prácticos, están calculadas para que actúe una determinada ley psicológica o física. Y eso ocurre igualmente en los casos de la máquina, la anécdota, la lírica, la mnemotécnica o un destacamento militar. En todos estos casos estamos ante experimentos prácticos. De ahí que el análisis de estos casos equivalga a un experimento sobre fenómenos ya terminados. Por su significado el análisis está muy próximo a la patología —ese experimento montado por la propia naturaleza—. La única diferencia consiste en que la enfermedad proporciona la eliminación, la separación de los rasgos individuales, mientras que aquí por el contrario tiene lugar la presencia, la elección de los rasgos necesarios. Pero el resultado es el mismo. Toda poesía lírica es un experimento parecido.

La tarea del análisis consiste en descubrir la ley que sirve de base al experimento natural. Pero incluso cuando el análisis no opera con máquinas, es decir, cuando no realizamos un experimento práctico, sino que operamos con un fenómeno cualquiera, el análisis es esencialmente similar al experimento. Podríamos alegar lo mucho que complican y afinan nuestra investigación los aparatos y hasta qué punto nos hacen más razonables, más fuertes o más agudos. Pero todo ello se da también en el experimento.

Podría pensarse que, igual que el experimento, el análisis deforma la realidad, es decir, crea condiciones artificiales para la observación, y de ahí la exigencia de que el experimento tenga vitalidad y naturalidad. Pero si sobre este requisito priman las exigencias técnicas el experimento puede verse abocado al absurdo: no debemos asustar la pieza que buscamos. Por otra parte, la fuerza del análisis está en la abstracción, lo mismo que la del experimento en la artificialidad. El experimento de Pavlov es la mejor muestra: para el perro constituye un experimento natural =es alimentado, etc.—, pero para el científico es el colmo de la artificialidad: conseguimos recoger una secreción de saliva al actuar sobre una zona determinada: se da una combinación no natural. Del mismo modo, para analizar una máquina es preciso destruirla, necesitamos provocar el deterioro bien a nivel mental o real, del mecanismo para lograr, como una forma estética, su deformación.

Si recordamos lo que hemos dicho más arriba sobre el método indirecto, podremos darnos cuenta fácilmente de que el análisis y el experimento presuponen el estudio indirecto: a través del análisis de los estímulos llegamos a desvelar finalmente el mecanismo de la reacción; mediante el análisis del destacamento a interpretar el movimiento de los soldados; desde la forma de la fábula a comprender las reacciones que ésta causa.

Eso mismo dice en esencia Marx, cuando compara la fuerza de la abstracción con el microscopio y con los reactivos químicos en las ciencias naturales. Todo «El capital» está escrito siguiendo este método: Marx analiza la «célula» de la sociedad burguesa —la forma del valor de la mercancía— Y muestra que es más fácil estudiar el organismo desarrollado que la célula. En ésta lee la estructura de toda la construcción y de todas las formas económicas. Al profano, dice, puede parecerle que su análisis se pierde en un laberinto de sutilezas. Y son en efecto sutilezas; del mismo tipo que nos depara, por ejemplo, la anatomía microscópica (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 23, pág. 6). Si alguien pudiera descubrir esa célula en psicología —el mecanismo de una reacción— habría encontrado la clave de toda la psicología.

Por eso, metodológicamente, el análisis es un arma potentísima. Engels explica a los «omniinducionistas» que «ni con toda la inducción del mundo habríamos podido llegar jamás a ver claro el proceso de la inducción. Para ello, no habría otro camino que analizar este proceso» (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 20, pág. 542). Y señala más adelante los errores —que podemos encontrar a cada paso— de la inducción. En otro lugar compara Engels ambos métodos y toma de la termodinámica un ejemplo de cómo la inducción no puede pretender ser la forma única ni siquiera la predominante de los descubrimientos científicos. «La máquina de vapor ha probado del modo más concluyente cómo se puede, mediante el calor, obtener movimiento mecánico: 100.000 máquinas de vapor no lo prueban más que una sola...» (Ibidem, pág. 543). «El primero que se lo propuso seriamente fue Sadi Carnot. Pero no por inducción. Estudió la máquina de vapor, la analizó y vio que el proceso causante no se presentaba en ella de un modo puro, sino encubierto por diversos procesos accesorios, descartó estas circunstancias concomitantes irrelevantes para el proceso esencial y construyó una máquina de vapor ideal...; en rigor imposible de construir, como no pueden construirse, por ejemplo, una línea o una superficie geométrica, pero que, a su modo, presta el mismo servicio que estas abstracciones matemáticas, al presentar ante nosotros el proceso en su forma pura, como un proceso independiente y sin falsear» (Ibidem, págs. 543-544).

Podríamos demostrar cómo y dónde es aplicable este análisis como método de investigación en psicología aplicada, pero podemos decir, aún limitándonos a una formulación general, que el análisis es la aplicación de la metodología al conocimiento del hecho, es

decir, implica la valoración del método empleado y evaluar el significado de los fenómenos obtenidos. En este sentido, cabe decir que el análisis siempre es propio de la investigación, de lo contrario, la inducción se transformaría en un registro.

¿En qué se diferencia este análisis del de Chelpanov? En cuatro rasgos: 1) el método analítico está orientado al conocimiento de realidades ;y persigue el mismo objetivo que la inducción, mientras que el método fenomenológico no presupone en absoluto la existencia de la esencia hacia la que va dirigido: su objeto puede ser una pura fantasía, desprovista de toda existencia; 2) el método analítico estudia los hechos y conduce a un conocimiento que comparte la autenticidad de tales hechos, mientras que el método fenomenológico consigue verdades apodícticas, cuya autenticidad tiene carácter absoluto y obligatorio; 3) el método analítico es un caso particular del conocimiento experimental —es decir, del conocimiento real, según Hume—, mientras que el método fenomenológico es apriorístico, no es una variedad de experimento o de conocimiento real; 4) el método analítico, a partir de hechos estudiados y generalizados anteriormente y a través del estudio de nuevos hechos ³⁷⁷ individuales conduce, en último término, a nuevas generalizaciones relativas reales, que tienen sus fronteras, su grado de aplicación, sus limitaciones e incluso sus excepciones, mientras que el método fenomenológico lleva al conocimiento, no de lo general, sino de las ideas, de las esencias. Lo general se conoce por inducción, la esencia por intuición. Las esencias están al margen del tiempo y de la realidad y no se refieren a cosas temporales ni reales.

Como puede verse, la diferencia entre los dos métodos es tan grande como puede serlo. Mientras un método —lo denominaremos analítico— es el de las ciencias reales, naturales, el otro —el fenomenológico o apriorístico— es el de las ciencias matemáticas y de la ciencia pura del espíritu.

¿Por qué Chelpanov denomina a su método analítico, afirmando su identidad con el fenomenológico? En primer lugar, se trata de un evidente error metodológico que el propio autor trata repetidas veces de aclarar. Señala así que el método analítico no es idéntico al análisis habitual que aplica la psicología, pues nos proporciona conocimientos de naturaleza distinta a la inducción —recordemos cuáles eran en concreto esas diferencias, establecidas todas ellas por Chelpanov—. Por tanto, estamos hablando de dos variedades de análisis, que no tienen en común nada más que el término. El empleo de un término común induce a confusión y es preciso por tanto diferenciar en él esos dos significados.

Está claro además, que el análisis aplicado en el caso del gas, que invoca Chelpanov como posible réplica a la teoría que defiende el criterio individual como principal signo del método «analítico», es un análisis científico-natural y no fenomenológico. Lo que ocurre sencillamente es que el autor se equivoca cuando ve ahí una combinación del análisis y la inducción: es sólo un análisis, pero no del tipo que él piensa. Ninguno de los cuatro puntos diferenciadores de ambos métodos deja lugar a dudas en este sentido: 1) está orientado a hechos reales y no a «posibilidades ideales»; 2) posee tan sólo veracidad real, y no apodíctica; 3) es aposteriorístico; 4) conduce a generalizaciones que tienen límites y grado, pero no a la contemplación de la esencia. En general, surge de la experiencia, de la inducción, y no de la intuición.

Esta absurda unión en un mismo experimento de los métodos fenomenológico e inductivo, deja totalmente claro que estamos ante un manifiesto error y confusión de términos; un error que Chelpanov muestra en detalle con su ejemplo de los gases: es lo mismo que si hubiésemos demostrado en parte el teorema de Pitágoras y en parte hubiésemos complementado su estudio con triángulos reales. Un absurdo. Aunque tras ese error se oculta un significado: los psicoanalistas nos han enseñado a ser sensibles y a desconfiar de los errores. Chelpanov pertenece a los conformistas: ve la dualidad de la psicología, pero no comparte, junto con Husserl, la separación total de la psicología y la fenomenología; para él, la psicología es en parte fenomenología; dentro de ella existen variedades fenomenológicas, que constituyen su eje como ciencia; pero al mismo tiempo, a Chelpanov le da pena la psicología experimental, de la que se burla despectivamente Husserl; ³⁷⁸ Chelpanov quiere unir lo que no se puede unir, y en su historia de los gases figura por única vez el método analítico (fenomenológico) junto con la inducción en física cuando estudia los gases reales. Y esa confusión la oculta con el término general de «analítica».

La división del doble método analítico en fenomenológico y analítico-inductivo nos permite visualizar los dos puntos extremos sobre los que gravita la discrepancia entre las dos psicologías, sus puntos de partida gnoseológicos. Esa diferenciación entre ambos extremos tiene para mí enorme importancia y veo en ella la cima y el centro de todo este análisis, y me parece ahora tan clara como un simple arpegio. La fenomenología (psicología descriptiva) parte de la diferencia radical entre la naturaleza física y la existencia psíquica. Mientras en la naturaleza distinguimos fenómenos y existencias, «En la esfera psíquica no existe diferencia alguna entre fenómeno y existencia» (E. Husserl, 1911, pág. 25). Aunque la naturaleza sea una existencia que se manifiesta a través de fenómenos, no podemos en absoluto afirmar lo mismo respecto a la existencia psíquica. Aquí, el fenómeno y la existencia coinciden uno con otro. Resulta difícil ofrecer una fórmula más precisa del idealismo psicológico. Y ésta es la fórmula gnoseológica del materialismo psicológico: «La diferencia entre pensamiento y realidad no ha sido borrada en psicología. Incluso en el seno del pensamiento puede uno distinguir entre el pensamiento y el pensamiento sobre el propio pensamiento» (L. Feuerbach, 1955, pág. 216). En estas dos fórmulas se resume la esencia de esta discusión.

Hay que saber plantear asimismo el problema gnoseológico sobre la psique y desvelar también en él la diferencia entre existencia y pensamiento, como nos enseña a hacer el materialismo en su teoría del conocimiento del mundo exterior. El reconocimiento de la diferencia radical entre psique y naturaleza física, oculta la identificación en psicología del fenómeno con la existencia, el espíritu con la materia, es decir, oculta la resolución de la antinomia mediante la eliminación en el conocimiento psicológico de un miembro —la materia— en el conocer psicológico: es la quintaesencia del idealismo de Husserl. Por el otro lado, en la distinción en psicología entre

el fenómeno y la existencia y en el reconocimiento de la existencia como objeto real de estudio, se manifiesta el materialismo de Feuerbach.

Me comprometo a demostrar ante todos los filósofos que ustedes quieran —tanto idealistas como materialistas— que en eso consiste la esencia de las divergencias entre el idealismo y el materialismo en psicología, y que sólo las fórmulas de Husserl y Feuerbach constituyen la solución consecuente del problema en los dos sentidos posibles; que la primera es la fórmula de la fenomenología y la segunda la de la psicología materialista. Y me comprometo, partiendo de esta comparación, a cortar la psicología en vivo, seccionándola exactamente en dos cuerpos extraños unidos por error; eso es lo único que responde a la situación objetiva de las cosas, y todas las discrepancias, todas las divergencias, toda la confusión, se deben únicamente al erróneo y poco claro planteamiento del problema gnoseológico. [379](#)

De aquí se desprende que Frankfurt, al tomar de la psicología empírica únicamente el reconocimiento formal de la psique, toma con él su gnoseología y sus conclusiones y se ve obligado a caer en la fenomenología; y que al reclamar para estudiar la psique un método que corresponda a su cualidad, exige sin darse cuenta el método fenomenológico. Su concepción es ese materialismo que Höfding define con mucho acierto como «espiritualismo dualista en miniatura» (1908, pág. 64). Precisamente en miniatura, por su intento de reducir, de disminuir cuantitativamente la eficacia de la psique inmaterial, de dejarle un 0,001 de influencia. Pero una solución radical no puede surgir en absoluto del planteamiento cuantitativo de la cuestión. Una de dos: o Dios existe o no existe; o las almas de los muertos aparecen o no aparecen; o los fenómenos espirituales (espiritualistas para J. Watson) son inmateriales o materiales. Las respuestas de que Dios existe, pero es muy pequeño; o de que las almas de los muertos no aparecen, pero que pequeñísimas partículas de ellas visitan, aunque de tarde en tarde, los espíritus; o que la psique es material, pero distinta del resto de la materia, son anecdóticas. V. I. Lenin escribía a los constructores de Dios que los diferenciaba poco de los buscadores de Dios: en general, lo que importa es aceptar o rechazar lo diabólico, porque entre aceptar un diablo azul o amarillo hay muy poca diferencia.

La confusión entre el problema gnoseológico y el ontológico que resulta de trasladar a la psicología conclusiones ya establecidas, en lugar de realizar desde ella todo el proceso de razonamiento, provoca la deformación de uno y otro problema. Cuando esto se hace, es habitual identificar lo subjetivo con lo psíquico, y desde ahí se concluye que lo psíquico no puede ser objetivo; también se confunde la conciencia gnoseológica (como uno de los términos de la antinomia sujeto-objeto) con la conciencia empírica, psicológica, y desde ahí se dice que la conciencia no puede ser material y que suponer tal cosa es «machismo». Como resultado de este planteamiento se llega al neoplatonismo, dentro del espíritu de las esencias infalibles, en las que la existencia coincide con el fenómeno. Es una huida del idealismo que lleva a sumergirse en él de cabeza. Puesto que se teme más que al fuego identificar la existencia con la conciencia, se llega así en psicología a identificarlas totalmente, en una línea husserliana. Pero como nos aclara muy bien Höfding, no hay que confundir la relación entre el sujeto y el objeto con la relación entre el alma y el cuerpo. La diferencia entre el espíritu y la materia es una diferencia que se establece al nivel del contenido de nuestro conocimiento, mientras que la diferencia entre sujeto y objeto puede establecerse independientemente del contenido de este último. Tanto el alma como el cuerpo son para nosotros objetivos, pero mientras que los objetos espirituales son por su propia esencia afines al sujeto cognoscitivo, el cuerpo es para nosotros únicamente objeto.

La relación entre el sujeto y el objeto constituye «un problema de la conciencia, la relación entre espíritu y materia es un problema de la realidad» (H. Höfding, 1908, pág. 214). [380](#)

Distinguir y fundamentar exactamente ambos problemas en el marco de la psicología materialista no es una tarea que debamos abordar en este lugar, aunque sí debemos indicar aquí la posibilidad de dos soluciones, señalar los límites existentes entre idealismo y materialismo y apuntar la existencia de una fórmula materialista. Porque la distinción —distinción hasta el fin— es la tarea de la psicología actual. Y si muchos «marxistas» se muestran incapaces de señalar la diferencia entre su teoría del conocimiento psicológico y la teoría idealista es porque tal diferencia no existe. Utilizando una metáfora de Spinoza, hemos comparado nuestra conciencia con el enfermo de muerte que busca una medicina que no ofrece ninguna esperanza: ahora vemos que sólo el bisturí del cirujano puede salvar la situación. Nos espera una sangrienta operación: muchos manuales habrán de ser hechos añicos, lo mismo que el velo en el templo; muchas frases perderán la cabeza o los pies, mientras algunas teorías serán mutiladas justamente por el tronco. Sólo nos queda ya precisar el límite, la línea de separación, el trazo que describirá el futuro bisturí.

Y lo que afirmamos es que esa línea pasa entre la fórmula de Husserl y la de Feuerbach. Tenemos sin embargo el problema de que en el marxismo nunca se ha planteado la cuestión de la gnoseología en el terreno de la psicología y no se ha presentado por tanto la tarea de distinguir los dos problemas a que se refiere Höfding, mientras que los idealistas sí que han logrado iluminar al máximo ese problema. Afirmamos también que el punto de vista de nuestros «marxistas» no es otro que una concepción «machista» en psicología: la identificación de la realidad y la conciencia. Pero una de dos: o bien la psique nos la ofrece directamente la introspección, en cuyo caso tomamos postura del lado de Husserl; o es necesario distinguir en ella sujeto y objeto, realidad y pensamiento, y en ese caso estamos del lado de Feuerbach. Pero ¿qué significa eso? Significa que mi alegría y mi consecución introspectiva de esa alegría son cosas distintas.

Está muy en boga entre nosotros la cita de Feuerbach: lo que para mí es un acto espiritual, inmaterial, suprasensible, es en sí un acto material, sensible (L. Feuerbach, 1955, pág. 214). Se suele recurrir a esta frase para confirmar la psicología subjetiva y sin embargo esta cita habla en contra suya. Porque: ¿qué debemos estudiar: el propio acto tal y como es, o el acto tal como yo me lo represento? Un materialista, reaccionando igual que ante la pregunta sobre la objetividad del mundo, dirá sin pensar: el acto objetivo en sí; mientras que el idealista dirá: mi percepción. Pero entonces un mismo acto en distintas situaciones —ebrio y cuerdo, joven y adulto,

hoy y ayer— resultará para mí y para los demás, distinto en la introspección. Es más, resultará que en la introspección es imposible captar el pensamiento o la comparación, porque se trata de actos inconscientes y nuestra comprensión introspectiva de ellos no es un concepto funcional, es decir, no ha sido deducido a partir de la experiencia objetiva. ¿Qué hay que estudiar, qué se puede estudiar: el propio pensamiento o el pensamiento del pensamiento? No debe quedar lugar a la menor duda en la respuesta a esta pregunta. Pero 381 existe una dificultad que impide una contestación clara. Con esta dificultad han tropezado todos los filósofos que han intentado llevar a cabo la división de la psicología. K. Stumpf, que ha separado las funciones psíquicas de los fenómenos, pregunta: ¿quién, qué ciencia va a estudiar los fenómenos a los que renuncian la física y la psicología? Y admite la aparición de una ciencia especial, que no es ni psicología ni física. Otro psicólogo (A. Pfender) renuncia a reconocer las sensaciones como objeto de la psicología, basándose únicamente en que la física renuncia a reconocerlas como suyas. ¿Dónde deben estar? La fenomenología de Husserl es la respuesta a esta pregunta.

Entre nosotros también hay quien pregunta: si se va a estudiar el propio pensamiento y no el pensamiento sobre el pensamiento, el acto propio y no el acto que yo me represento, lo objetivo y no lo subjetivo, ¿quién va entonces a estudiar lo verdaderamente subjetivo, la deformación subjetiva de los objetos. En física, tratamos de eliminar lo subjetivo de aquello que percibimos como objeto; en psicología, al estudiar la percepción, volvemos a exigir, una vez más, separar la percepción en sí, tal y como es, de lo que a uno le parece. ¿Quién va a estudiar eso dos veces eliminado, eso que a uno le parece?

Pero e problema de lo que «parecen» las cosas es también algo que «pa-rece» un problema. Porque en la ciencia se trata de conocer la verdad y no lo que parece ser la causa de algo que parece ser, es decir, se han de tomar los hechos tal y como existen, independientemente de uno. Ese parecido es en sí una ilusión (en el ejemplo más relevante de Titchener, las líneas müllerlyerianas son físicamente iguales, mientras que psicológicamente una es más larga). Parece que aquí nos encontramos con dos diferentes puntos de vista de la física y la psicología, aunque tal diferencia no existe en realidad: surge de la falta de coincidencia entre dos procesos que existen realmente. Si se conoce la naturaleza física de dos líneas y las leyes objetivas del ojo obtendremos a partir de ellas y como conclusión la explicación de eso que parece ocurrir: una ilusión. El estudio del conocimiento subjetivo es cosa de la lógica y de la teoría histórica del conocimiento: como existencia, lo subjetivo es el resultado de dos procesos en sí objetivos. El alma no siempre es sujeto: en la introspección se divide en objeto y sujeto. Y podemos preguntarnos ¿coinciden en la introspección el fenómeno y la existencia? Basta con que apliquemos al sujeto-objeto psicológico la fórmula gnoseológica materialista que ofrece V. I. Lenin (análoga en G. V. Plejánov) para que podamos ver lo que ocurre: «... la única «propiedad» de la materia, con cuyo reconocimiento esta relacionado filosóficamente el materialismo es la propiedad de ser una realidad objetiva, de existir fuera de nuestra conciencia» (V. I. Lenin. Obras completas, t. 18, pág. 275). «... El concepto de materia... no significa gnoseológicamente nada más que: una realidad objetiva que existe independientemente de la conciencia humana y está reflejada por ella» (Ibidem, pág. 2/6)). En otro lugar, V. I. Lenin dice que eso es, en esencia, el principio del realismo, aunque prefiere evitar esta palabra, porque «ha sido manoseada por pensadores inconsecuentes». 382

Por consiguiente, esta fórmula habla, al parecer, en contra de nuestro punto de vista: la conciencia no puede existir fuera de nuestra conciencia. Pero como ha señalado con razón Plejánov, la autoconciencia es la conciencia de la conciencia. Y la conciencia puede existir sin autoconciencia: podemos convencernos si consideramos lo inconsciente respecto a lo consciente: puedo ver sin saber que veo. Por eso tiene razón Pavlov cuando dice que se puede vivir con fenómenos subjetivos, pero que es imposible estudiarlos.

Ninguna ciencia es posible más que separando directamente la sensación del conocimiento: el hecho sorprendente es que sólo el psicólogo introspectivista piensa que la sensación y el conocimiento coinciden. Si la esencia y la forma de manifestación de las cosas coincidiesen, dice Marx, sobraría toda ciencia (K. Marx, F. Engels, Obras, t. 25, parte II, pág. 384). Si en psicología el fenómeno y la existencia fueran lo mismo, cada hombre sería psicólogo-científico y resultaría imposible la ciencia, sólo sería posible el registro. Pero, evidentemente, una cosa es vivir, sentir, y otra estudiar, como dice Pavlov.

Podemos citar a este respecto un curiosísimo ejemplo ofrecido por E. Titchener. Titchener, consecuente introspectivista y paralelista, llega a la conclusión de que los fenómenos espirituales sólo pueden ser descritos, pero no explicados. «Pero si intentáramos limitarnos a una psicología descriptiva pura», afirma, «nos convenceríamos .de que en tal caso no existe la menor esperanza de alcanzar una ciencia real del espíritu. La psicología descriptiva sería respecto a la psicología científica lo mismo.., que lo es la ideología que se crea un niño en su laboratorio infantil respecto a la ideología de un naturalista experimentado... En ella no habría unidad ni conexión algunas... Para conseguir que la psicología sea científica no sólo debemos describir el alma, sino también explicarla. Debemos responder a la pregunta «¿por qué?». Y aquí tropezamos con una dificultad. No podemos estudiar un proceso espiritual en cuanto causa de otro proceso espiritual. Y por otro lado, tampoco podemos estudiar los procesos nerviosos en cuanto causa de los procesos espirituales. Una parte no puede ser la causa de otra» (1924, págs. 32-33).

Esa es ni más ni menos la situación a que va a parar la psicología descriptiva. Y el autor cree encontrar la salida en un puro juego de palabras: sólo cabe explicar los fenómenos espirituales con respecto al cuerpo. El sistema nervioso, dice Titchener, no condiciona al alma, sino que la explica. La explica lo mismo que el mapa de un país explica aspectos fragmentarios de las montañas, los ríos y las ciudades, que vemos de manera fugaz cuando pasamos junto a ellos en un vehículo. La actitud respecto al cuerpo no añade un ápice a los hechos de la psicología, lo único que hace es poner en nuestras manos el principio para explicar esta última.

Si renunciamos a eso, sólo existen dos caminos para superar la vida psíquica fragmentaria: el puramente descriptivo, es decir, renunciar a la explicación; o admitir la existencia de lo inconsciente. Ambos caminos han sido experimentados. Pero el primero jamás nos conducirá a la psicología científica y el segundo nos llevará voluntariamente del campo de los hechos al de las 383 ficciones. Esas

son las alternativas de la ciencia. Eso está perfectamente claro. Pero ¿es posible una ciencia con el principio explicativo elegido por este autor? ¿Es posible una ciencia sobre aspectos fragmentarios de las montañas, los ríos y las ciudades, a que en el ejemplo de Titchener se compara la psique? Además, ¿cómo, por qué explica el mapa esos aspectos?, ¿por qué podríamos explicar las partes del país con ayuda del mapa de este? El mapa es una copia del país, explica en la medida en que en él está reflejado el país, es decir, que lo homogéneo explica lo homogéneo. La ciencia es imposible sobre tal principio. De hecho, el autor lo reduce todo a una explicación causal, ya que para él, tanto la explicación causal como la paralelística están determinadas como indicación de las circunstancias o condiciones cercanas en que tiene lugar el fenómeno descrito. Pero tampoco ese camino conduce a la ciencia: unas «condiciones próximas» buenas son, en geología, el período glacial, en física la desintegración del átomo, en astronomía la formación de los planetas, en biología la evolución. Porque a las «condiciones próximas» le siguen en física otras «condiciones próximas», y la serie causal es infinita por principio, y en las indicaciones paralelísticas, la cuestión se limita irremediamente tan sólo a causas próximas. No en vano el autor se limita a comparar su explicación con la de la aparición del rocío en física. Buena estaría la física si no fuese más allá de indicar las condiciones próximas y las explicaciones análogas: simplemente dejaría de existir como ciencia.

Por tanto, vemos que la psicología como conocimiento tiene dos caminos: o el de la ciencia, en cuyo caso deberá saber explicar; o el conocimiento de visiones fragmentarias, en cuyo caso es imposible como ciencia. Porque operar con la analogía geométrica nos conduce a error. La psicología geométrica es absolutamente imposible, porque carece del rasgo fundamental: la abstracción perfecta, aunque opere con objetos reales. Recordemos a este respecto el intento de Spinoza de analizar geoméricamente los vicios y las tonterías humanas y estudiar los actos y pasiones humanas exactamente igual que si se tratase de líneas, superficies y cuerpos. Pero ese camino no le sirve a ninguna otra ciencia más que a la psicología descriptiva: porque de la geometría no hay en él más que el estilo verbal y la apariencia de lo irrefutable. de las demostraciones, y todo lo demás —incluida la esencia— procede de un modo no científico de pensar.

E. Husserl formula sin rodeos la diferencia entre la fenomenología y las matemáticas: mientras éstas son una ciencia exacta, aquella es descriptiva. ¡Ni más ni menos: para ser apodíctica, a la fenomenología no le falta más que una pequeñez, la exactitud! Imaginense unas matemáticas inexactas y obtendrán una psicología geométrica.

Al fin y al cabo, la cuestión se reduce, como ya hemos dicho, a delimitar el problema ontológico, y gnoseológico. En gnoseología, aquello que parece, existe, pero afirmar que aquello es realmente la existencia, es falso. En ontología, lo que parece no existe en absoluto. O bien los fenómenos psíquicos existen, en cuyo caso son materiales y objetivos, o no existen y no pueden ser estudiados. Es imposible toda ciencia sólo sobre lo subjetivo, sobre lo que 384 parece, sobre fantasmas, sobre lo que no existe. Lo que no existe no existe en absoluto, y no vale el medio no y el medio sí. Debemos afrontar esto. No cabe decir: en el mundo existen cosas reales e irreales —lo irreal no existe. Lo irreal debe ser explicado como la no coincidencia, como la relación entre dos cosas reales; lo subjetivo como la consecuencia de dos procesos objetivos. Lo subjetivo es lo aparente, y por eso no existe.

Comentando la diferencia entre lo subjetivo y lo objetivo en psicología, L. Feuerbach hace una observación: «Del mismo modo que para mí, mi cuerpo pertenece a la categoría de lo imponderable, carece de peso, aunque intrínsecamente y para los demás es un cuerpo pesado» (1955, pág. 214).

Queda claro en esa frase qué realidad atribuía Feuerbach a lo subjetivo. Afirma llanamente este autor: «En psicología van a parar a nuestra boca pichones fritos; a nuestra conciencia y nuestra sensación van a parar sólo conclusiones, sólo resultados, no premisas, ni procesos del organismo» (Ibidem, pág. 213). Pero, ¿es posible una ciencia sobre resultados sin premisas?

Stern ha expresado muy bien este aspecto al afirmar, siguiendo a G. T. Fechner, que lo psíquico y lo físico es lo convexo y lo cóncavo: una línea se nos figura a veces de una manera, otras de otra. Pero intrínsecamente no es ni cóncava ni convexa, sino redondeada, y es así precisamente cómo queremos conocerla, independiente de cómo pueda parecerse.

H. Höfding lo compara también con un mismo contenido, expresado en dos idiomas y que no logramos reducir a una protolengua común. Pero queremos saber el contenido y no el idioma en que está expresado. En física nos liberamos del idioma para estudiar el contenido. Lo mismo hemos de hacer en psicología.

Compararemos la conciencia, como se hace con frecuencia, con el reflejo especular. El objeto A aparece reflejado en el espejo como A^a. Naturalmente, sería falso decir que a es tan real como A, aunque es intrínsecamente real siquiera sea de otro modo. La mesa y su reflejo en el espejo no son igual de reales, sino que lo son de diferente manera. El reflejo, en cuanto reflejo y como imagen de la mesa, como una segunda mesa en el espejo, es irreal, es un espectro. Pero ¿es que el reflejo de la mesa como refracción de los rayos luminosos en el plano del espejo no es un objeto tan material y real como la mesa? Lo otro sería un milagro. Entonces diríamos: existen cosas (la mesa) y su espectro (el reflejo). Pero existen sólo cosas (la mesa) y el reflejo de la luz en el plano, y los espectros son las relaciones aparentes entre las cosas. Por eso, es imposible toda ciencia sobre espectros especulares, pero ello no quiere decir que no seamos jamás capaces de explicar el reflejo, el espectro: si conocemos la cosa y las leyes de la refracción de la luz, siempre explicaremos, predicaremos e invocaremos a voluntad y modificaremos el espectro. Eso es lo que hacen las personas que dominan los espejos: no estudian los reflejos especulares, sino el movimiento de los rayos luminosos y explican el reflejo. Es imposible una ciencia sobre espectros especulares, pero la teoría de la luz Y de las cosas que rechaza y refleja explica totalmente los «espectros».

385

Lo mismo sucede en psicología: lo subjetivo, el espectro en sí, debe ser comprendido como la consecuencia, como el resultado, como el pichón frito de dos procesos objetivos. El enigma de la psique se resolverá como el del espejo, no estudiando espectros, sino estudiando dos series de procesos objetivos, de cuya interacción surgen los espectros como reflejos aparentes de uno en otro. En sí, la apariencia no existe.

Volvamos de nuevo al espejo. Identificar A y a, la mesa y su reflejo especular sería idealismo: a es en general inmaterial, sólo A es material, y su materialidad es sinónimo de su existencia independiente de a. Pero sería igualmente idealismo identificar a con X (—con procesos que tienen lugar intrínsecamente en el espejo—). Sería erróneo decir: la existencia y el pensamiento no coinciden fuera del espejo, en la naturaleza, allí A no es a, A es una cosa, a un espectro; pero la existencia y el pensamiento coinciden en el espejo, aquí a es X, a es un espectro y X también lo es. No se puede decir: el reflejo de la mesa es la mesa, pero tampoco se puede decir que el reflejo de la mesa es la refracción de los rayos luminosos; a no es ni A ni X. A y X son procesos reales, mientras que a es un resultado aparente, es decir, irreal, que surge de ellos (de A y X). La mesa reflejada no existe, pero tanto la mesa como la luz sí existen. El reflejo de la mesa no coincide con los procesos reales de la luz en el espejo, como tampoco con la propia mesa.

De otro modo, habríamos de admitir la existencia en el mundo, tanto de materia como de espectros. Recordemos que el propio espejo es una parte de esa misma naturaleza de la que forma parte el objeto existente fuera del espejo y que está sometido a todas sus leyes. Porque la piedra angular del materialismo es la tesis de que la conciencia y el cerebro son producto y parte de la naturaleza y reflejan al resto de la naturaleza. Es decir, que la existencia objetiva de X y A, independientemente de a, es un axioma de la psicología materialista.

Aquí podemos terminar nuestro dilatado razonamiento. Vemos que el tercer camino, el de la psicología de la Gestalt y el personalismo, ha sido esencialmente en ambos casos uno de los que ya conocíamos. Ahora veremos que el tercer camino, el de la denominada «psicología marxista», es un intento de unir ambos. Este intento conduce a una nueva separación dentro del mismo sistema científico: quien realice esa unión se verá obligado a seguir, como Münsterberg, dos sendas distintas.

Del mismo modo que, en la leyenda, dos árboles unidos por las cúpulas desgarraron en dos el cuerpo del viejo príncipe, todo sistema científico se verá desgarrado en dos si se une a dos troncos distintos. La psicología marxista tan sólo puede ser una ciencia natural, pero la vía de Frankfurt la conduce a la fenomenología. Es verdad que en cierto lugar el propio Frankfurt se manifiesta conscientemente en contra de que la psicología pueda ser una ciencia natural (1926). Pero, en primer lugar, confunde erróneamente las ciencias naturales con las biológicas: la psicología puede ser una ciencia natural, sin ser biológica; y, en segundo lugar, utiliza el concepto «natural» en su sentido más directo y real, como indicación sobre la naturaleza 386 orgánica e inorgánica del objeto, y no en su sentido metodológico fundamental.

En la literatura rusa V. N. Ivanovski ha introducido el mismo uso de este término, aceptado hace mucho en la ciencia occidental. Dice que hay que diferenciar rigurosamente de las matemáticas y de las ciencias auténticamente matemáticas, aquéllas otras ciencias que se ocupan de cosas, de objetos y de procesos «reales», de lo que «realmente» existe, es. Por eso, a estas últimas ciencias se les puede llamar reales o naturales (en el amplio sentido de esta palabra). Entre nosotros, el término «ciencias naturales» suele emplearse en un sentido más estricto, para denominar únicamente las disciplinas que, aunque estudian la naturaleza orgánica e inorgánica, no abarcan la naturaleza social y consciente, que con frecuencia resulta distinta de la «natura»; algo así como «innatural» o «supernatural», si no «antinatural» (V. N. Ivanovski, 1923). Estoy convencido por mi parte que ampliar el término «natural» a todo lo que existe en la realidad es completamente racional.

La posibilidad de la psicología como ciencia es, ante todo, un problema metodológico. En ninguna ciencia hay tantas dificultades, controversias irresolubles, uniones de cuestiones diversas, como en psicología. El objeto de la psicología es lo más difícil que existe en el mundo, lo que menos se deja estudiar; su manera de conocer ha de estar llena de subterfugios y precauciones especiales para proporcionar lo que de ella se espera.

En todo mi discurso me estoy refiriendo, justamente, a esto último: a los principios de la ciencia acerca de lo real. En este sentido, Marx, según sus palabras, estudia el proceso de desarrollo de las formaciones económicas como un proceso histórico-natural.

Ninguna ciencia ofrece tanta diversidad y amplitud de problemas metodológicos, tan serias dificultades, tan irresolubles contradicciones como la nuestra. Por eso, no se puede dar en ella un solo paso sin realizar miles de cálculos previos ni adoptar las debidas precauciones.

Con ello se reconoce de un modo u otro que la crisis tiende a crear una metodología, que se lucha por una psicología general. Quien intente evitar este problema y saltarse la metodología para construir de golpe tal o cual ciencia psicológica particular, caerá inevitablemente del caballo al querer montarse en él. Así ha sucedido con la psicología de la Gestalt, con Stern. Partiendo de principios universales, aplicables igualmente a la física y a la psicología, no se puede llegar directamente a una investigación psicológica particular: por eso es por lo que a esos psicólogos les reprochan que conocen un predicado aplicable por igual a todo el universo. Con un concepto que abarque por igual el sistema solar, un árbol y el hombre no se puede, como hace Stern, estudiar las diferencias psicológicas de las personas: para ello hace falta otra escala, otra medida. El problema de la psicología general y particular por un lado, y de la metodología y la filosofía por otro, es un problema de escala: no se puede medir la estatura de un hombre en kilómetros, para ello son necesarios los centímetros. Y si hemos visto que las ciencias particulares tienden a salirse fuera de sus

límites, a luchar por una medida común, para una escala mayor, la filosofía vive, en cambio, la 387 tendencia opuesta: para aproximarse a la ciencia, ha de estrechar, reducir la escala, concretar sus tesis.

Las dos tendencias —la filosofía y la ciencia particular— conducen igualmente a la metodología, a la ciencia general. Precisamente esta idea de la escala, la idea de la ciencia general, es ajena hasta ahora a la «psicología marxista», y ese es su punto débil. Intenta hallar la medida directa de los elementos psicológicos —las reacciones— en principios universales: la ley de la transición de la cantidad en calidad, y la del «olvido de los matices de color gris», según A. Lehman, y del paso del ahorro a la avaricia; la -tríada de Hegel y el psicoanálisis de Freud. Aquí se nota claramente la falta de medida, de escala, de eslabón intermedio entre lo uno y lo otro. Por eso, el método dialéctico va a parar con inevitable fatalidad a la misma serie que el experimento, el método comparativo, el de los tests y las encuestas. No existe en él un sentimiento de jerarquía que establezca diferencias entre el procedimiento técnico de investigación y el método de conocimiento de la «naturaleza de la historia y del pensamiento». Se da así un choque directo de las verdades reales parciales con los principios universales, como el intento de dirimir la discusión práctica de Vágner y Pavlov sobre el instinto recurriendo a la cantidad - calidad; como el paso desde la dialéctica a la encuesta; como la crítica de la irradiación desde el punto de vista gnoseológico; como operar con kilómetros donde hacen falta centímetros; como los veredictos sobre Bójterev y Pavlov desde la altura de Hegel. Este gasto de pólvora en salvas ha conducido a la falsa idea de una tercera vía. Pero el método dialéctico no es único en absoluto: lo tenemos en biografía, en historia, en psicología. Es pues necesaria una metodología, es decir, un sistema de conceptos intermedios, concretos, adaptados a la escala de conceptos de la ciencia en cuestión.

L. Binsvanger (1922) recuerda las palabras de Brentano sobre el sorprendente arte de la lógica, uno solo de cuyos pasos adelante tiene consecuencias equiparables a otros 1.000 pasos adelante en la ciencia. Esa fuerza de la lógica es la que no se quiere reconocer. Según una expresión afortunada, la metodología es la palanca mediante la cual la filosofía dirige la ciencia. Los intentos de ejercer esa dirección sin metodología, de aplicar directamente la fuerza sin palanca en el punto de aplicación —desde Hegel hasta E. Meumann— da lugar a que la ciencia resulte imposible.

Propongo pues esta tesis: el análisis de la crisis y de la estructura de la psicología testimonian indiscutiblemente que ningún sistema filosófico puede dominar directamente la psicología como ciencia sin la ayuda de la metodología, es decir, sin crear una ciencia general; que la única aplicación legítima del marxismo en psicología sería la creación de una psicología general cuyos conceptos se formulen en dependencia directa de la dialéctica general, porque esta psicología no sería otra cosa que la dialéctica de la psicología; toda aplicación del marxismo a la psicología por otras vías, o desde otros presupuestos, fuera de este planteamiento, conducirá inevitablemente a construcciones escolásticas o verbalistas y a disolver la dialéctica en encuestas y tests; a razonar sobre las cosas basándose en sus rasgos externos, casuales y 388 secundarios; a la pérdida total de todo criterio objetivo y a intentar negar todas las tendencias históricas en el desarrollo de la psicología; a una revolución simplemente terminológica. En resumen, a una burda deformación del marxismo y de la psicología. Ese es el camino de Chelpánov.

La fórmula de Engels de no imponer a la naturaleza los principios dialécticos, sino derivarlos de ella (K. Marx, F. Engels. Obras, t. 20, pág. 387) es aquí sustituida por la fórmula contraria: los principios de la dialéctica se introducen en la psicología desde fuera. Pero el camino a seguir por los marxistas debe ser distinto. La aplicación directa de la teoría del materialismo dialéctico a las cuestiones de las ciencias naturales, y en particular al grupo de las ciencias biológicas o a la psicología es imposible, como lo es aplicarla directamente a la historia y a la sociología. Hay entre nosotros quien piensa que el problema de «la psicología y el marxismo» se limita a crear una psicología que responda al marxismo, pero el problema es, de hecho, mucho más complejo. De igual manera que la historia, la sociología necesita una teoría especial intermedia del materialismo histórico, que esclarezca el valor concreto de las leyes abstractas del materialismo dialéctico para el grupo de fenómenos de que se ocupa. Y exactamente igual de necesaria es la aún no creada, pero inevitable, teoría del marxismo biológico y del materialismo psicológico, como ciencia intermedia, que explique la aplicación concreta de los principios abstractos del materialismo dialéctico al grupo de fenómenos que trabaja.

La dialéctica abarca la naturaleza, el pensamiento, la historia: es la ciencia más general, universal hasta el máximo. Esa teoría del materialismo psicológico o dialéctica de la psicología es a lo que yo considero psicología general.

Para crear estas teorías intermedias —o metodologías, o ciencias generales— será necesario desvelar la esencia del grupo de fenómenos correspondientes, las leyes sobre sus variaciones, sus características cualitativas y cuantitativas, su causalidad, crear las categorías y conceptos que les son propios, crear su «El capital». Basta imaginarse que Marx hubiera operado con los principios y categorías generales de la dialéctica, como cantidad, calidad, triadas, conexión universal, nudo, salto, etc., sin las categorías abstractas e históricas de costo, clase, mercancía, capital, renta, fuerza productiva, base, superestructura, etc., para ver lo monstruoso, lo absurdo de suponer que fuera posible crear directamente cualquier ciencia marxista prescindiendo de «El capital». La psicología necesita su «El capital» —sus conceptos de clase, base, valor, etc.—, en los que pueda expresar, describir y estudiar su objeto. Descubrir en los datos estadísticos sobre el olvido de los matices de color gris, en Lehmann, la confirmación de la ley de los saltos, significa no modificar un ápice ni la dialéctica, ni la psicología. La idea de la necesidad de una teoría intermedia, sin la cual es imposible estudiar a la luz del marxismo hechos particulares aislados, es conocida hace tiempo, y a mí sólo me resta señalar la coincidencia de conclusiones de nuestro análisis con esta idea. 389

Que es la misma que manifiesta V. A. Vishnievski en su discusión con I. I. Stepánov (para todos está claro que el materialismo histórico no es el materialismo dialéctico, sino su aplicación a la historia. Por eso, hablando en rigor, sólo a las ciencias sociales, que disponen de su ciencia general en la historia del materialismo, se las puede llamar marxistas: otras ciencias marxistas no existen aún). «Lo mismo que el materialismo histórico no es idéntico al materialismo dialéctico, tampoco este último lo es a la teoría científico-

natural específica, que, por cierto, está apenas naciendo» (V. A. Vishnievski, 1925, pág. 262). Stepánov por su parte; que identifica la interpretación dialéctico-materialista de la naturaleza con la mecánica, considera que esta teoría ya está dada, y se halla contenida en la concepción mecanicista de las ciencias naturales. El autor cita como ejemplo la discusión en psicología sobre el problema de la introspección (1924).

El materialismo dialéctico es la ciencia más abstracta y su aplicación directa a las ciencias biológicas y a la psicología, como ahora se hace, no es más que un amontonamiento de estructuraciones lógico-formales, escolásticas, verbales, sobre categorías generales, abstractas, universales, de fenómenos concretos, cuyo sentido interno y cuya correlación se desconoce. En el mejor de los casos esa aplicación puede conducir a acumular ejemplos e ilustraciones. Pero a nada más. Desde el punto de vista del materialismo dialéctico, da igual que tratemos el agua, el vapor, el hielo o la economía natural, el feudalismo o el capitalismo: estamos ante el mismo proceso. Pero para el materialismo histórico, ¡qué riqueza cualitativa se pierde con semejante generalización!

K. Marx denominó a su obra «El capital» Crítica de la economía política. Esa crítica de la economía política es lo que se trata ahora de pasar por alto. Un «manual de psicología escrito desde el punto de vista del materialismo dialéctico» vendría esencialmente a ser igual que un «manual de mineralogía escrito desde el punto de vista de la lógica formal». Porque resulta evidente que razonar lógicamente no es algo distintivo del manual en cuestión o de toda la mineralogía. Porque la dialéctica no es la lógica ni siquiera algo más amplio. O un «manual de sociología desde el punto - vista del materialismo dialéctico», en lugar del «materialismo histórico que crear antes la teoría del materialismo psicológico, y mientras **t. t.** o pueden escribirse todavía manuales de psicología dialéctica.

Pero en nuestro caso, también al nivel de razonamiento crítico carecemos de criterio fundamental. La forma en que hoy se establece, como si se tratara de la oficina de patentes y marcas, si determinada doctrina concuerda con el marxismo no va más allá del método de la «superposición lógica», es decir, de contrastar la coincidencia de formas, de rasgos lógicos (monismo, etc.). Pero hay que saber lo que se puede y lo que se debe buscar en el marxismo. No se trata de adaptar el individuo al sábado, sino el sábado al individuo; lo que necesitamos encontrar en nuestros autores es una teoría que ayude a conocer la psique, pero en modo alguno la solución del problema de la psique, la fórmula que encierre y resuma la totalidad de la verdad científica. Eso no se puede hallar en las citas de Plejánov por la sencilla razón de que **390** no figura en ellas. Es verdad a la que no habían llegado ni Marx, ni Engels, ni Plejánov. D-ahí que muchas.. fórmulas tengan un carácter fragmentario, compendiado, preliminar, cuyo valor se limita estrictamente al contexto. De una manera general, podemos decir que una fórmula así no puede establecerse de antemano, antes de haber estudiado científicamente la psique, sino que se obtendrá como resultado de una labor científica secular. Lo que se puede buscar previamente en los maestros del marxismo no es la solución de la cuestión, y ni siquiera una hipótesis de trabajo (porque éstas se obtienen sobre la base de la propia ciencia), sino el método de construcción (de la .hipótesis. R. R.) No quiero saber de momio, entresacando un par de citas, qué es la psique, lo que deseo es aprender en la globalidad del método de Marx, cómo se construye la ciencia, cómo enfocar el análisis de la psique.

Por eso, no sólo se aplica el marxismo donde no hace falta (en manuales, en lugar de en la psicología general), sino que no se extrae de él lo que hace falta. Lo que hace falta no son opiniones puntuales, sino un método: y no el materialismo dialéctico, sino el materialismo histórico. «El capital» debe enseñarnos mucho, porque la verdadera psicología social comienza después de «El capital» y sin embargo la psicología es hoy una psicología anterior a «El capital». V. Ya. Struminski tiene toda la razón cuando llama estructura escolástica a la propia idea de una psicología marxista como síntesis de la tesis —el empirismo— con la antítesis —la reflexología— Una vez hallado el camino real, se pueden señalar en él para mayor claridad estos tres puntos, pero buscar con ayuda de semejante esquema los caminos reales significa elegir el camino de las combinaciones especulativas y ocuparse de la dialéctica de las ideas y no de la dialéctica de los hechos, de la realidad. La psicología no cuenta con vías de desarrollo independientes: es pues preciso buscar tras estas vías los procesos históricos reales que las condicionan. En lo único que no tiene razón Struminski es cuando afirma que, en general, partiendo de las condiciones actuales no se puede fijar de forma marxista el camino de la psicología (V. Ya. Struminski, 1926).

El razonamiento es correcto, pero tiene que ver con el análisis histórico de la evolución de la ciencia y no con el análisis metodológico. Al metodólogo no le interesa qué es lo que en realidad se producirá mañana en el proceso de desarrollo de la psicología, por eso tampoco recurre a los hechos que están fuera de ella. En cambio, sí que le interesa la dolencia que padece la psicología, lo que le falta para convertirse en ciencia, etc. Porque también los factores externos impulsan a la psicología en ese camino de su desarrollo, pero no pueden dispensarla de su labor secular ni saltarse un siglo. Existe un determinado crecimiento orgánico de la estructura lógica del saber.

También tiene razón Struminski cuando señala que la nueva psicología ha llegado, de hecho, a reconocer con franqueza las posiciones de la vieja psicología subjetiva. Aunque aquí la desgracia no procede de que no se tengan en cuenta los factores externos, reales, de desarrollo de la ciencia, que el autor trata de tomar en consideración, sino de olvidar la naturaleza metodológica **391** de la crisis. En el desarrollo de cada ciencia existe una secuencia rígida, propia: los factores externos pueden acelerar o retardar ese proceso, pueden desviarlo, pueden incluso determinar el carácter cualitativo de cada etapa, pero cambiar la secuencia de las etapas es imposible. Cabe explicar mediante factores externos el carácter idealista o materialista, religioso o positivo, individual o social, pesimista u optimista de la etapa, pero ningún factor externo puede conseguir que una ciencia que se halle en un estadio de reunión de materiales en bruto pase de golpe a ofrecer disciplinas técnicas, aplicadas, o que una ciencia que cuente con teorías e hipótesis desarrolladas, con una técnica avanzada y con experimentos, se dedique a reunir y describir materiales primarios.

La crisis ha puesto en el orden del día la división de las dos psicologías a través de la metodología. A que abocará esta división, dependerá de facto-res externos. Titchener y Watson resuelven una misma tarea a la norteamericana, pero lo hacen socialmente de diferente modo; Koffka y Stern a la alemana y también socialmente de diferente modo; Békterev y Kornilov a la rusa y de nuevo de modo distinto. No sabemos cuál será esa metodología ni si surgirá pronto, pero lo indudable es que la psicología no avanzará hasta que no se cree esta metodología y que éste será el primer paso adelante.

Esencialmente las piedras fundamentales han sido bien colocadas e igualmente ha sido trazada con acierto la vía principal, pavimentada durante muchas décadas. Son también adecuados el objetivo y el plan general, e incluso es correcta, aunque incompleta, la orientación práctica que se aprecia en las corrientes actuales. Pero la vía próxima, los pasos inmediatos, el plan de trabajo, adolecen de defectos: se echa en ellos en falta el análisis de la crisis y una correcta orientación de la metodología. Los trabajos de Kornilov son el comienzo de esta metodología, y todo el que desee desarrollar las ideas de la psicología y del marxismo está obligado a repetirlo y continuar luego su camino. Y como tal camino, no se encuentra ninguna idea con una fuerza comparable en la metodología europea. Si no se desvía hacia la crítica y la polémica; si no cae en una batalla panfletaria, sino que se eleva hacia la metodología; si no se dedica a buscar respuestas preparadas; si sabe captar las tareas de la psicología actual, conducirá a la creación de la teoría del materialismo psicológico.

Apartado 15

Aquí termina nuestro análisis. ¿Hemos encontrado todo lo que buscábamos? En cualquier caso, hemos llegado a sus orillas. Hemos preparado el terreno para la investigación en el campo de la psicología, y ahora, para justificar nuestro razonamiento, debemos probar nuestras conclusiones en la realidad y construir el esquema de la psicología general. Pero antes de eso, quisiéramos aún detenernos en un punto, que ciertamente tiene más valor estilístico que de principios, aunque la culminación estilística de cualquier idea no es del todo indiferente para conseguir expresarla en su totalidad. [392](#)

Hemos separado las tareas del método, y el campo de nuestro análisis de los principios de nuestra ciencia. Debemos aún extender la disección al propio nombre de la psicología. Porque los procesos de división que se han ido perfilando en la crisis se han acabado reflejando también en el destino de la denominación de nuestra ciencia. Diversos sistemas han roto a medias con la vieja denominación y han utilizado la suya propia para designar la totalidad del área de investigación. Es frecuente, por ejemplo, referirse al behaviorismo como ciencia del comportamiento, como sinónimo de toda la psicología y no de una de sus corrientes. De la misma manera suele hablarse del psicoanálisis o de la reactología. Otros sistemas, en cambio, rompen definitivamente con el viejo nombre, en el que ven huellas de origen mitológico. Ese es el caso de la reflexología, que subraya su renuncia a las tradiciones y se pone a construir en un terreno nuevo y vacío. No cabe discutir que tal punto de vista encierra algo de verdad, aunque hay que considerar la ciencia de forma excesivamente mecánica y antihistórica para no comprender el papel de la herencia y la tradición, incluso en los cambios. Pese a todo, cuando Watson exige romper radicalmente con la vieja psicología, citando la astrología y la alquimia como ejemplo del peligro que acecha a la psicología de medias tintas, lleva parte de razón.

Otros sistemas permanecen todavía sin nombre, como el de Pavlov, quien, aunque denomine a veces a su campo fisiología, al intitular su experimento «estudio del comportamiento y de la actividad nerviosa superior deja abierta la cuestión del nombre. Por su parte, Békterev, desde sus trabajos más tempranos, se desmarca sin rodeos de la fisiología: para él, la reflexología no es fisiología. Los discípulos de Pavlov exponen su doctrina bajo el nombre de «ciencia del comportamiento». Y, en efecto, dos ciencias tan distintas deben tener nombres diferentes. Es ésta una idea que ya hace mucho exponía Münsterberg: «Evidentemente, es aún cuestión sujeta a debate si debe llamarse psicología a la interpretación intencional de la vida interna. Pero realmente es mucho lo que habla en favor de conservar el nombre de psicología para la ciencia descriptiva y explicativa, excluyendo de la psicología la ciencia de la interpretación de las sensaciones espirituales y de las relaciones internas» (1922, pág. 9).

Sin embargo, y aunque raramente se explicita, este último significado sigue amparándose bajo el nombre de psicología. La mayoría de las veces se hace presente a través de una u otra influencia externa a la psicología, asociada a algunos elementos de la psicología causal (Ibidem). Pero puesto que ya conocemos la opinión de este mismo autor de que la confusión actual en psicología se debe a la mixtificación existente, la única conclusión posible es elegir otro nombre para la psicología intencional. Y en parte, eso es lo que sucede. Abiertamente, la fenomenología excluye de su campo a la psicología, «necesaria para determinados fines lógicos» (Ibidem, pág. 10), y en lugar de hacer una división en dos ciencias recurriendo a adjetivos, que inducen a enorme confusión (...), comienza a introducir diferentes sustantivos. Chelpanov sostiene que «analítico» y «fenomenológico» son dos nombres distintos para [393](#) un mismo método y que la psicología analítica encubre en cierto grado a la fenomenología, por lo que la discusión sobre si la fenomenología es o no psicología es en último término una cuestión terminológica. Si añadimos a esto que el autor considera que ese método analítico y esa parte de la psicología (la fenomenología) son los principales, lo lógico sería llamar fenomenología a la psicología analítica. El propio Husserl prefiere limitarse a los adjetivos para conservar la pureza de su ciencia, y habla de «psicología eidética». Pero Binsvanger escribe sin ambages: hay que diferenciar entre fenomenología pura y fenomenología empírica («psicología descriptiva») (1922, pág. 135) y ve fundamento para ello en la introducción por el propio Husserl del adjetivo «pura». El signo de igualdad ha sido establecido de la forma más matemática. Si recordamos que Lotze consideraba a la psicología como matemática aplicada, que en su definición Bergson casi comparaba la metafísica experimental con la psicología y que Husserl quiere ver en la fenomenología pura la doctrina metafísica de las esencias (Binsvanger, 1922), comprenderemos también que la propia psicología idealista tiene la tradición y la tendencia a abandonar un nombre comprometido y caduco. W. Dilthey manifiesta que la psicología explicativa se remonta a la psicología racional de Wolff, y la descriptiva a la empírica (1924).

Es verdad que algunos idealistas son contrarios a atribuirle este nombre a la psicología científico-natural. Por ejemplo, S. L. Frank, al señalar rotundamente que bajo un mismo nombre viven dos ciencias distintas, escribe: «En general, el problema no estriba en el carácter más o menos científico de dos diferentes métodos de una misma ciencia, sino simplemente en la sustitución de una ciencia por otra totalmente diferente, que, aunque conservando débiles rasgos de afinidad con la primera, se ocupa, en esencia, de un objeto completamente distinto... La psicología actual se reconoce a sí misma como ciencia natural. Eso significa que la así denominada psicología actual no es en absoluto psico----logía, sino fisio----logía... La magnífica denominación de «psicología» -ciencia del espíritu— le ha sido sustraída ilegalmente y es utilizada sin más como título de otro campo científico totalmente distinto. Y la sustracción ha sido tan absoluta, que cuando (en psicología) se piensa hoy en la naturaleza del alma... es ocupándose de una cuestión destinada a permanecer innominada o para la que hay que idear una denominación totalmente nueva» (1917, pág. 3). Pero incluso a pesar de esta deformación, el nombre de «psicología» todavía no responde en tres cuartas partes a su esencia: se ocupa fundamentalmente de psicofísica y de psicofisiología. Y S. L. Frank propone denominar a la nueva ciencia psicología filosófica para «restablecer», aunque sea indirectamente, el auténtico significado de la palabra «psicología» y devolvérselo a su dueño legal después de esa sustracción, ya directamente irreparable» (Ibidem, pág. 19).

Nos hallamos ante un hecho curioso: tanto la reflexología, que trata de romper con la «alquimia», como la filosofía, que quiere coadyuvar a restablecer los derechos de la psicología en el primitivo, literal y exacto sentido de la palabra, permanecen innominadas y ambas buscan una nueva denominación. [394](#)

Más curioso aún es que los motivos de las dos partes son iguales: una teme perder, utilizando ese nombre, las señas de su origen materialista, la otra teme que haya perdido su antiguo, literal y exacto significado. ¿Cabe —estilísticamente— encontrar mejor expresión de la dualidad de la psicología actual? No obstante, incluso Frank sostiene que el nombre sustraído a la psicología científico-natural es término fundamental e imposible de mejorar. Lo que nosotros suponemos es que es precisamente a la rama materialista a la que deberá denominarse psicología. En favor de ello y contra el radicalismo de los reflexólogos hablan dos importantes consideraciones. En primer lugar es precisamente esta rama la culminación de todas las tendencias verdaderamente científicas de las épocas, corrientes y autores que se han visto representados en la historia de nuestra ciencia, y por tanto esta rama es de hecho y por su propia esencia la psicología. En segundo lugar, el adoptar este nombre, la nueva psicología no «sustrae» de él lo más mínimo, no lo deforma, no se vincula a las huellas mitológicas que se han conservado en ella, sino que guarda, por el contrario, el recuerdo histórico de todo su camino, de su punto de partida.

Comencemos por la segunda consideración.

La psicología, entendida en la acepción de Frank, es decir, como ciencia del espíritu, siguiendo la vieja y exacta acepción de esta palabra, no existe. Y el propio Frank se ve obligado a aceptarlo, cuando se convence, con sorpresa y casi con desesperación, que es casi imposible encontrar literatura de esta orientación. Pero hay más, la psicología empírica, en cuanto ciencia terminada no existe tampoco. Y en realidad, lo que ahora tiene lugar no es un cambio, ni siquiera una reforma de la ciencia ni la culminación o la síntesis de una reforma ajena, sino la auténtica realización de la psicología y la liberación en esta ciencia de todo lo que en ella es capaz de crecer frente a lo que no es capaz de hacerlo. La propia psicología empírica (por cierto, que pronto se cumplirán 50 años durante los cuales el nombre de esta ciencia no se ha utilizado en absoluto, ya que cada escuela añade su adjetivo) está tan muerto como el capullo abandonado por una mariposa o como el huevo dejado por el polluelo. «Al llamar a la psicología ciencia natural, queremos significar —dice James— que en la actualidad representa simplemente un conjunto de datos empíricos fragmentarios; que sus límites los invade incontinentemente por doquier el criticismo filosófico y que las raíces de esa psicología, sus datos primarios, deben ser analizados desde un punto de vista más amplio y presentados bajo distinto aspecto... Ni siquiera han sido establecidos con la necesaria exactitud los principales elementos y factores en el campo de los fenómenos espirituales. ¿Qué es la psicología en el momento actual? Un montón de materiales recogidos sobre la realidad en bruto, una considerable divergencia de opiniones, una serie de débiles intentos de clasificación y de generalizaciones empíricas de carácter puramente descriptivo, un prejuicio profundamente enraizado que nos lleva a suponer que poseemos conciencia en abundancia, cuya existencia condiciona nuestros cerebros. Pero no existe en Psicología ni una sola ley, en el sentido en que utilizamos esta palabra en el [395](#) campo de los fenómenos físicos, ni un solo principio del que se pueden extraer consecuencias por vía deductiva. Desconocemos incluso los factores entre los que sería posible establecer relaciones en forma de actos psíquicos elementales. Resumiendo, la psicología no es aún una ciencia, sino algo que promete ser ciencia en el futuro» (1911, pág. 407).

James ofrece un brillante inventario de lo que recibimos de la psicología como herencia, la descripción de sus bienes y posesiones. Recibimos de ella un montón de materiales en bruto y la promesa: de convertirse en ciencia en el futuro.

¿Qué nos vincula a la mitología a través de este nombre? La psicología, al igual que la física antes de Galileo o la química antes de Lavoisier, no es aún una ciencia que pueda hacerle la menor sombra a la futura ciencia. ¿Pero no habrán cambiado quizá las circunstancias de manera sustancial desde el tiempo en que James escribía esto? En 1923, en el VIII Congreso de psicología experimental, Spearman repite la definición de James y sostiene que tampoco ahora es la psicología una ciencia, sino tan sólo una esperanza de ciencia. Hace falta poner una gran dosis de provincianismo de Nizhni Nóvgorod para presentar la cuestión como lo hacía Chelpanov partiendo de la existencia de verdades inmutables y probadas, secularmente reconocidas por todos, que algunos intentan destruir sin más ni más.

La otra consideración es más seria, porque debemos en último término afirmar rotundamente que la psicología no tiene dos herederos, sino uno, y que situar la discusión sólo a nivel del nombre no es un planteamiento serio: la segunda psicología es imposible como ciencia. Pero junto con Pavlov no podemos sino declarar que consideramos desesperada la posición de esa ciencia desde el

punto de vista científico. Como verdadero científico, Pavlov no plantea el problema de la existencia de un nivel psíquico, sino el de cómo estudiarlo. Dice: «Qué debe hacer el fisiólogo con los fenómenos psíquicos? No puede dejar de prestarles atención, puesto que al determinar el trabajo de conjunto del órgano están estrechísimamente ligados a los fenómenos fisiológicos. Y si el fisiólogo decide estudiarlos, se le plantea la pregunta: ¿Cómo?» (1950, pág. 59). Por consiguiente, al desarrollar nuestro análisis de disección conceptual no renunciamos a ningún fenómeno en beneficio de una de las partes diseccionadas. En nuestro camino estudiaremos todo lo que existe y explicaremos cómo se nos manifiesta. «A pesar de los miles de años que lleva estudiando la humanidad los hechos psicológicos... de los millones de páginas dedicadas a representar el mundo interno del hombre, carecemos hasta ahora, de resultados de esa labor: de las leyes de la vida espiritual del hombre» (Ibidem, pág. 105).

Lo que quede tras esa disección irá a parar al campo del arte: autores de novelas es como sigue llamando Frank a los profesores de psicología. Para Dilthey, la tarea de la psicología consiste en cazar en las redes de sus descripciones científicas lo que se oculta en Lear, Hamlet y Macbeth, ya que ve en ellos «más psicología que en todos los manuales de psicología juntos» (1924, pág. 19). Pero Stern se reía con sorna de la psicología obtenida de las 396 novelas; decía que es imposible ordeñar una vaca pintada. Y sin embargo desmintiendo su pensamiento y como dando la razón a Dilthey, la psicología descriptiva se interna de hecho cada vez más en el mundo de la novela. En el primer congreso de psicología individual, como se autodenomina esta segunda psicología, se presentaba un informe de Oppenheim en que pescaba en las redes de los conceptos lo que Shakespeare había ofrecido en imágenes: exactamente lo que deseaba Dilthey. Pero la segunda psicología acabará en metafísica, se llame como se llame. Es precisamente esta certeza en la imposibilidad que tiene de ser ciencia ese tipo de saber, lo que condiciona nuestra elección.

El nombre de nuestra ciencia tiene por tanto un solo heredero. ¿Pero es acaso posible que renuncie a su herencia? En absoluto. Somos dialécticos y no pensamos, en modo alguno, que el camino de desarrollo de la ciencia vaya en línea recta. Y si hay en él zigzags, retrocesos o recodos comprendemos su significado histórico y los consideramos, (de igual modo que el capitalismo es una etapa inevitable hacia el socialismo), como eslabones necesarios de nuestra cadena, etapas inevitables de nuestra senda. Hemos valorado hasta aquí cada uno de los pasos hacia la verdad que ha podido dar nuestra ciencia, pues no pensamos que ésta haya comenzado en nosotros; no hemos renunciado ni cedido a nadie la idea de asociación de Aristóteles, ni la doctrina de las ilusiones subjetivas de las sensaciones, también de él y de los escépticos, ni la idea de la causalidad de J. Mill, ni la idea de la química psicológica de J. Mill, ni el «materialismo refinado» de H. Spencer, en el que Dilthey veía «no una simple base, sino un peligro» (W. Dilthey, 1924). En una palabra, la totalidad de la línea materialista en psicología, que tan cuidadosamente rechazan los idealistas. Sabemos que tienen razón en una cosa: «El oculto materialismo de la psicología descriptiva... ha influido de forma corruptora en la economía política, en el derecho penal, en la doctrina del Estado» (Ibidem, pág. 30).

La idea de la psicología dinámica y matemática de Herbart, de los trabajos de Fechner y Helmholtz, la concepción de H. Taine sobre la naturaleza motriz de la psique, así como también la doctrina de Binet sobre el psiquismo postural o la mímica interna, la teoría motriz de Ribot, la teoría periférica de las emociones de James-Lange, incluso la doctrina de la escuela de Wurtzburgo sobre el pensamiento, o sobre la atención como actividad. En una palabra, cada paso hacia la verdad en nuestra ciencia nos pertenece. Porque de dos caminos hemos elegido uno no porque nos guste, sino porque lo consideramos el verdadero.

Por consiguiente, en esa vía se recoge en su totalidad lo que la psicología encerraba como ciencia: desde el intento de enfocar científicamente el alma hasta el intento del pensamiento libre por dominar la psique, por mucho que ésta (la psique) se vea oscurecida y paralizada por la mitología, es decir, hasta la concepción misma de la estructura científica del alma, esta vía abarca por completo el camino futuro de la psicología, porque la ciencia es el camino de la verdad aunque discurra a través de errores. Porque ahí encontramos 397 justamente la senda que nos conduce hacia nuestra ciencia: en la propia lucha, en la superación de los errores, en las dificultades increíbles, en el enfrentamiento sobrehumano con prejuicios milenarios. No queremos ser simplones sin padre ni madre; no padecemos manía de grandeza, pensando que la historia comienza en nosotros ni queremos recibir de ésta un nombre limpio y trivial; queremos un nombre en el que se haya asentado el polvo de los siglos. En eso precisamente encontramos nuestro derecho histórico, la señal de nuestro papel histórico, la pretensión, de realizar la psicología como ciencia. Debemos considerarnos unidos y relacionados con lo que es anterior a nosotros, porque incluso cuando estamos negándolo nos apoyamos en ello.

Pueden decir ustedes: en sentido estricto ese nombre no puede aplicarse hoy a nuestra ciencia, pues cambia de significado en cada época. Pero dígnanos un nombre, una palabra tan sólo, que no haya modificado su significado. ¿Es que cometemos un error lógico cuando hablamos de tinta azul o de arte de verano? Más bien, somos fieles a otra lógica, a la del lenguaje. Si el geómetra continúa denominando hoy a su ciencia con un nombre que significa «agrimensura», el psicólogo puede denominar la suya con un nombre que en otros tiempos significó «doctrina del alma». Si hoy el concepto de agrimensura es demasiado reducido, para la geometría, en tiempos significó un avance decisivo, al que toda la geometría debe su existencia; y si hoy la idea del alma nos resulta reaccionaria, en un tiempo fue la primera hipótesis científica del hombre antiguo, una enorme conquista del pensamiento, a la que hoy debemos la existencia de nuestra ciencia. Los animales no poseen seguramente la idea de alma y carecen de psicología. Históricamente se comprende que la psicología como ciencia debía comenzar por la idea de alma y no podemos considerarlo fruto de la ignorancia y el error, de igual manera que no consideramos la esclavitud resultado del mal carácter. Sabemos que la ciencia como camino de la verdad incluye obligatoriamente y en calidad de momentos necesarios, equivocaciones, fallos, prejuicios. Lo esencial para la ciencia no es que se produzcan sino que, aún tratándose de errores, conducen a la verdad, que son superables. Por eso aceptamos el nombre de nuestra ciencia con todas las huellas que han dejado en ella los errores seculares, como señal viva de superación, como cicatrices de heridas recibidas en la lucha, como testigo vivo de la verdad, que se abre camino a través del increíble enfrentamiento con la falsedad.

En esencia, así es como proceden todas las ciencias. ¿Es que los constructores del futuro comienzan todo desde sus cimientos, es que no son los rematadores y herederos de todo lo que hay de verdadero en la experiencia humana, es que carecen de aliados y antecesores en el pasado? Que nos indiquen una sola palabra, un solo nombre científico que pueda ser aplicado en sentido literal. ¿Es que las matemáticas, la filosofía, la dialéctica, la metafísica, significan lo mismo que en otros tiempos? Que no nos digan que dos ramas de conocimientos sobre un mismo objeto deben tener obligatoriamente el mismo nombre. Que recuerden la lógica y la psicología del pensamiento. Las ciencias no se dosifican y denominan por el objeto de estudio, 398 sino por los principios y fines del mismo. ¿Acaso se niega en filosofía el marxismo a conocer a sus antecesores? Sólo las mentes antihistóricas y carentes de espíritu creador se dedican a inventar nuevos nombres y ciencias, pero al marxismo no le va esa actitud. Chelpanov alega ante este problema que en la época de la Revolución Francesa el término «psicología» fue sustituido por el de «ideología», puesto que en aquella época la psicología era la ciencia del alma; la ideología, en cambio, se consideraba una parte de la zoología y se dividía en fisiológica y racional. Eso es verdad, pero el daño tan incalculable que ha ocasionado este empleo antihistórico de esta palabra puede confirmarlo el ver lo difícil que resulta descifrar, incluso hoy, determinados pasajes sobre la ideología en los textos de Marx, qué ambigüedad encierra ese término, que da pie a «investigadores» como Chelpanov a afirmar que para Marx ideología significa psicología. En esa reforma terminológica está en parte la causa de que el papel y la importancia de la vieja psicología hayan sido subestimados en la historia de nuestra ciencia. Y, finalmente, se aprecia una auténtica ruptura con sus verdaderos antecesores, una ruptura con la línea viva de la unidad: Chelpanov, que había declarado que la psicología no tenía nada en común con la fisiología, jura ahora por la Gran Revolución que la psicología siempre ha sido fisiológica y que «la psicología científica actual es obra de la psicología de la Revolución Francesa» (G. I Chelpanov, 1924, pág. 27). Sólo una ignorancia ilimitada o el contar calculadoramente con la ignorancia ajena han podido dictar esas líneas. ¿Qué psicología actual? ¿La de Mill o la de Spencer, la de Bain y Ribot? Entonces es verdad. Pero ¿y la de Dilthey y Husserl, Bergson y James, Münsterberg y Stout, Meinong y Lipps, Frank y Chelpanov? ¿Puede haber mayor falsedad? Porque todos estos constructores de la nueva psicología han establecido como base de la ciencia otro sistema, contrario al de Mill y Spencer, Bain y Ribot, y se han mofado de esos mismos nombres con que se encubre Chelpanov como de «un perro muerto». Pero Chelpanov se encubre con nombres ajenos y contrarios a él, aprovechándose de la ambigüedad del término «psicología actual». Sí, en la psicología actual hay una rama que puede considerarse obra de la psicología revolucionaria, pero Chelpanov se ha limitado toda la vida (y ahora también) a tratar de arrinconar esa rama en la parte más oscura de la ciencia y separarla de la psicología.

Repitémoslo una vez más: ¡qué peligroso es un nombre general y qué antihistóricamente se comportaban los psicólogos de Francia que lo traicionaron!

Este nombre lo introdujo inicialmente Goclenius, profesor de Marburgo en 1550, y lo adoptó su discípulo Kasmann en 1594, y no C. Wolff, a mediados del siglo XVIII, ni tampoco lo empleó por primera vez Melanchton, como se suele pensar erróneamente. Ivanovski lo utilizó como nombre para denominar la parte de la antropología, que, junto con la somatología, constituyen una ciencia. La atribución de este término a Melanchton se basa en el prólogo del editor al tomo XIII de sus obras, en el que se le señala erróneamente como el primer autor de una psicología. Ha conservado el 399 nombre con todo derecho Langue, autor de la psicología sin alma. Pero ¿es que la psicología no se llama doctrina del alma? —pregunta. ¿Cómo cabe imaginar una ciencia que pone en duda si dispone o no de un objeto que estudiar? Pero Langue consideraba pedante y poco práctico renunciar a la de-nominación tradicional por el hecho de haber variado el objeto de la ciencia e invitaba a aceptar sin vacilar la psicología sin alma.

Es precisamente a partir de la reforma de Langue cuando comienza la interminable confusión con el nombre de psicología. El nombre en sí ha dejado de significar algo y ha sido necesario añadirle cada vez: «sin alma», «sin metafísica alguna», «basada en la experiencia», desde el «punto de vista empírico» y así indefinidamente. Simplemente, la psicología ha dejado de existir como expresión de una sola palabra. Ahí está el error de Langue: al adoptar el nombre viejo, no lo ha dominado del todo, no lo ha delimitado, no lo ha separado de la tradición. Ya que la psicología carece de alma, lo que la tiene ya no es psicología, sino otra cosa. Pero aquí, naturalmente, le han faltado no buena voluntad, sino fuerzas y tiempo; el suyo fue un análisis al que le faltó maduración.

Esta cuestión terminológica sigue aún en pie y forma parte del problema de la división de las dos ciencias.

¿Cómo denominaremos a la psicología científico-natural? Con frecuencia la llaman ahora objetiva, nueva, marxista, científica, ciencia del comportamiento. Naturalmente, mantendremos para ella el nombre - de psicología. Pero ¿cuál? ¿Cómo vamos a diferenciarla de otro sistema de conocimientos que utilice ese mismo nombre? Es suficiente enumerar una pequeña parte de las definiciones que se aplican actualmente a la psicología para ver que carecen de unidad lógica en su fundamento: unas veces, el término significa la escuela del behaviorismo, otras la psicología de la Gestalt, otras el método (de la psicología experimental, del psicoanálisis); otras el principio de construcción (eidética, analítica, descriptiva, empírica); otras el objeto de la ciencia (funcional, estructural, actual, intencional); otras el campo de la investigación («Individual psychologia»); otras la ideología (personalismo, marxismo, espiritualismo, materialismo); otras, muchas cosas más (subjetiva - objetiva, constructiva - reconstructiva, fisiológica, biológica, asociativa, dialéctica y aún más y más). Se habla frecuentemente de histórica y comprensiva, explicativa e intuitiva, científica (Blonski) y «científica» (en sentido de científico-natural entre los idealistas).

¿Qué significa después de eso la palabra «psicología»? «Pronto llegará el tiempo 7 -dice Stout—, en que a nadie se le ocurra escribir un libro sobre psicología en general, como no se le ocurre escribir sobre matemática en general» (1923, pág. 3). Todos los términos son inestables, no se excluyen lógicamente unos a otros, no están terminologizados, son confusos y oscuros, polisémicos, casuales, y señalan rasgos secundarios, lo que no sólo no ayuda a orientarse, sino que nos confunde aún más. Wundt llamo a su psicología fisiológica y luego se arrepintió, considerándolo un error, y pasando a opinar que a esa su misma obra debería denominársela experimental. 400

Esta es la mejor ilustración de lo poco que significan todos estos términos. Para unos, «experimental» es sinónimo de «científica», para otros, es tan sólo la denominación del método. Señalaremos únicamente los calificativos que se aplican más frecuentemente a la psicología estudiada desde la perspectiva marxista.

No creo conveniente por ejemplo llamarle objetiva. Chelpanov señala con razón que este término lo utiliza en psicología la ciencia extranjera de las más diversas acepciones, y también entre nosotros ha conseguido dar lugar a numerosas ambigüedades y ha coadyuvado a confundir el problema gnoseológico y metodológico del espíritu y la materia. Este calificativo ha servido para confundir el método como procedimiento técnico y como modo de cognición, lo que ha tenido como consecuencia que el método dialéctico se interprete al mismo nivel que el de las encuestas, como igualmente objetivos. Ha permitido también que se de por hecho que en las ciencias naturales se ha suprimido toda utilización de índices y de distinciones subjetivos, de conceptos que en su génesis han sido subjetivos. Con frecuencia, el término objetivo ha sido vulgarizado y equiparado a verdadero y el subjetivo a falso, bajo la influencia de la utilización vulgar de la palabra. Es más, el calificativo «objetiva» no expresa en general el quid de la cuestión: sólo refleja la esencia de la reforma en sentido condicional y en parte. Finalmente, una psicología que pretende constituirse en doctrina de lo subjetivo o quiera a través de determinadas vías explicar también lo subjetivo, no debe denominarse erróneamente objetiva.

Sería también erróneo denominar a nuestra ciencia psicología del comportamiento, porque este nuevo término, lo mismo que el anterior, no consigue separarnos de toda una serie de corrientes y, por tanto, no consigue su objetivo. Es además falso, porque también la nueva psicología quiere conocer la psique. El calificativo_ «del comportamiento» tiene un matiz casero, pequeño-burgués, que le ha hecho atractivo a los norteamericanos. Por ejemplo, cuando se plantea la tarea de crear una ciencia J. Watson dice: «la idea de la personalidad en la ciencia del comportamiento y en el sentido común» (1926, pág. 355) identificando así una y otra, para que el «hombre corriente», al «tratar de la ciencia del comportamiento no note cambio en el método o cualquier variación en el objeto» (Ibidem, Cáp. IX; Para una ciencia así, una ciencia, que entre sus problemas se ocupe también del siguiente: «Por qué Jorge Smith ha abandonado a su mujer» (Ibidem, pág. 5): una ciencia que comience por describir los métodos de la vida corriente, que haga imposible el establecer distinciones entre ellos y los científicos, y para la cual la única diferencia consista en que la ciencia del comportamiento estudie también casos que son irrelevantes a la vida cotidiana, que no interesan al sentido común, para esa ciencia, el término «comportamiento» es el más adecuado. Pero si llegamos al convencimiento, como mostraremos más adelante, de que tal planteamiento es lógicamente inconsistente y que no ofrece un criterio que por ejemplo permita establecer por qué el peristaltismo de los intestinos, la secreción de la orina o las inflamaciones deben ser excluidos de la ciencia; 401 si nos damos cuenta de que es un término polisemántico y no está terminologizado y que para Blonski y Pavlov, para Watson y Koffka significa cosas totalmente distintas, lo desecharemos sin dudar.

Además, yo también consideraría errónea la definición de psicología como marxista. He dicho ya que no es admisible escribir manuales desde el punto de vista del materialismo dialéctico (V. Y. Struminski, 1923; K. N. Kornilov, 1925); pero también considero que el título de «ensayo de psicología marxista» dado por Réisner a la traducción del librito de Jemson constituye un empleo equivocado de la palabra; o incluso concepto como erróneas y aventuradas combinaciones del tipo «reflexología y marxismo- para referirse a determinadas corrientes de trabajo dentro de la fisiología, y no porque dude acerca de la posibilidad de este enfoque, sino porque se toman magnitudes inconmensurables, porque desaparecen miembros intermedios, que son los únicos que posibilitan tal enfoque: se pierde y se deforma. la escala. Porque el autor no juzga toda la reflexología desde el punto de vista de todo el marxismo, sino sólo manifestaciones aisladas de grupos de marxistas-psicólogos. Sería erróneo por ejemplo plantear un tema así: «el soviét rural y el marxismo», aunque no cabe duda de que la teoría del marxismo cuenta con no menos recursos para ilustrar la cuestión relativa al soviét rural, que la relativa a la reflexología; aunque el soviét de Volga es una idea directamente marxista, está vinculada lógicamente a todo un conjunto. Y, sin embargo, recurrimos a otras escalas, utilizamos conceptos intermedios, más concretos y menos universales: hablamos del poder soviético y del soviét rural, de la lucha de clases y del soviét rural. No a todo lo relacionado con el marxismo se le debe llamar marxista y de hecho en la mayoría de los casos así se entiende, sin más explicaciones. Si a eso añadimos que los psicólogos suelen apelar en el marxismo al materialismo dialéctico, es decir, a su aspecto más universal y generalizado, la falta de correspondencia de escala resulta aún más patente.

Además y finalmente, hay que señalar una dificultad especial en la aplicación del marxismo a nuevas áreas: precisamente por la especial situación que atraviesa hoy esta teoría; por la enorme responsabilidad que representa el empleo de este término; por la especulación política e ideológica de que es objeto; por todo ello, no parece hoy muy oportuno hablar de «psicología marxista». Más conviene que otros digan de nuestra psicología que es marxista, que no que nosotros la denominemos así; apliquémosla en los hechos y esperemos en lo que a las palabras se refiere. Al fin y al cabo, la psicología marxista todavía no existe, hay que comprenderla como una tarea histórica, pero no como algo dado. Partiendo de este estado es difícil sustraerse a la impresión de falta de seriedad científica y de irresponsabilidad que implica emplear este nombre.

Por añadidura, la síntesis de la psicología y el marxismo no la lleva a cabo una sola escuela y emplear en Europa ese término da lugar con facilidad a confusión. Por ejemplo quizá sean pocos los que sepan que incluso la psicología individual de Adler se considera vinculada al marxismo. Y 402 conviene recordar siempre los fundamentos metodológicos de una psicología _ concreta para comprender de qué psicología hablamos. Cuando demostraba su derecho a considerar científica a esta psicología individual, Adler se remitía a Rickert, para quien la palabra «psicólogo», al ser aplicada a un naturalista y a un historiador, tiene dos significados distintos, y por eso distingue la psicología científico-natural y la histórica; si no se hace eso, entonces a la psicología del historiador y a la del poeta no se le puede llamar psicología, porque no tiene nada que ver con la psicología. Y los teóricos de la nueva escuela han admitido que la psicología histórica de Rickert y la psicología individual son lo mismo (L. Binsvanger, 1922).

«La psicología se ha dividido en dos, y la discusión gira únicamente acerca del nombre y de la posibilidad teórica de la nueva rama independiente. Como ciencia natural la psicología es imposible, y al nivel de lo individual no se puede establecer ley alguna: pero no pretende explicar, sino comprender» (Ibídem). Ha sido K. Jaspers quien ha introducido esta división en la psicología, aunque para 41 esa psicología «comprensiva» es la fenomenología de Husserl. Como base de toda psicología es muy importante e incluso insustituible, pero no es ni quiere ser una psicología individual. La psicología comprensiva puede partir únicamente de la teleología y ha sido Stern quien siente las bases de esta psicología: el personalismo no es más que otro nombre de la psicología comprensiva. Pero el personalismo trata de estudiar la personalidad con los medios de la psicología experimental, aplicando los medios de las ciencias naturales a la psicología diferencial, aunque de esa manera la explicación y la comprensión quedan igual de insatisfechas: sólo la intuición- y no el pensamiento discursivo-causal puede conducir al objetivo. Esta psicología considera pues el título de «filosofía del yo» como honorífico, porque no es en absoluto psicología, sino filosofía, y eso es lo que quiere decir. Pues bien, esa psicología, respecto a cuya naturaleza no puede haber la menor duda, es la que se remite en sus métodos, (y un buen ejemplo es su teoría de la psicología de masas), al marxismo, a la teoría de la base y la superestructura, como a su fundamento natural (W. Stern, 1924). Es la que ha ofrecido a la psicología social el mejor y hasta ahora más interesante proyecto de síntesis del marxismo y de la psicología individual en la teoría de la lucha de clases: el marxismo y la psicología individual deben y están llamados a profundizarse y fecundarse mutuamente. - La tríada hegeliana es aplicable a la vida espiritual, lo mismo que a la economía (igual que entre nosotros). Este proyecto ha despertado una interesante polémica, en la que tanto la pertinencia de las ideas que se defienden, como las cuestiones que se abordan, podemos apreciar un enfoque crítico plenamente marxista. Si Marx nos enseñó a comprender los fundamentos de la lucha de clases, Adler ha hecho lo mismo para sus fundamentos psicológicos.

Esto no sólo ilustra la enorme complejidad de la actual situación de la psicología en la que caben las combinaciones más inesperadas y paradójicas, sino también el peligro de este término (por cierto, aún otra de las paradojas: esta misma psicología disputa a la reflexología rusa el derecho a la teoría de 403 la relatividad). Si a la psicología marxista le llaman ecléctica y sin principios, teoría superficial y medio científica de Jemson, si la mayoría de los influyentes psicólogos de la Gestalt se consideran también marxistas en su labor científica, el término marxista pierde precisión al ser aplicado a escuelas psicológicas incipientes, que aún no han conquistado el derecho al «marxismo». Recuerdo mi enorme extrañeza cuando me di cuenta de ello en una inocente conversación. Mantenía, con uno de los psicólogos más cultos, la siguiente charla: «¿De qué psicología se ocupan ustedes en Rusia? El que sean marxistas aún no dice nada acerca de qué tipo de psicólogos son. Conociendo la popularidad de Freud en Rusia, pensé al principio en los adleristas: porque ellos también son marxistas, pero lo que ustedes tienen ¿no es una psicología completamente distinta? Nosotros también somos socialdemócratas, pero también somos darwinistas y además copernicanos». Que tenía razón no lo confirma un razonamiento decisivo, según mi punto de vista. En realidad, nosotros no llamaremos «darwinista» a nuestra biología. Eso es algo que se incluye en el propio concepto de ciencia, porque forma parte de la ciencia el reconocimiento de las más importantes concepciones. Un marxista-historiador nunca diría: «historia marxista de Rusia» Consideraría que eso se desprende de los propios hechos. «Marxista» es para él sinónimo de «verdadera, científica»; no reconoce otra historia que la marxista. Y para nosotros, la cuestión debe plantearse así: nuestra ciencia se convertirá en marxista en la medida en que se convierta en verdadera, científica; y es precisamente a su transformación en verdadera y no a coordinarla con la teoría de Marx a lo que nos vamos a dedicar. Tanto para preservar el legítimo significado de la palabra, como por responder a la esencia del problema no podemos decir: «psicología marxista», en el sentido en que se dice: psicología asociativa, experimental, empírica, eidética. La psicología marxista no es una escuela entre otras, sino la única psicología verdadera como ciencia; otra psicología, aparte de ella, no puede existir. Y por el contrario: todo lo que ha habido y hay verdaderamente de científico en la psicología forma parte de la psicología marxista: este concepto es más amplio que el de escuela e incluso de corriente. Coincide con el concepto de psicología científica en general, donde quiera que se estudie y quienquiera que lo haga.

En este sentido emplea Blonski (1921) el término de «psicología científica». Y tiene toda la razón. Todo: lo que deseáramos hacer, el significado de nuestra reforma, nuestra discrepancia con los empíricos, el carácter fundamental de nuestra ciencia, nuestro objetivo y el volumen de nuestra tarea, su contenido y el método de ejecución, todo ello, se expresa en ese término. Un término que me satisfaría por completo si no fuera innecesario. Dicho de manera más exacta: el significado es ya claramente evidente: no puede añadir absolutamente nada respecto a lo que ya dice la palabra a la que determina. Porque «psicología» es el nombre de una ciencia, y no de una obra de teatro o de un film cinematográfico: sólo puede ser científica. A nadie se le ocurrirá llamar astronomía a la descripción del cielo en una novela; igual de mal le va el nombre de «psicología» a la descripción de los pensamientos de 404 Raskólnikov y de los desvarios de lady Macbeth. Todo lo que no describe científicamente la psique no es psicología, sino algo distinto, cualquier cosa: publicidad, reseña, crónica, literatura, lírica, filosofía, mentalidad pequeño-burguesa, murmuración y otras mil cosas distintas. Porque el término «científico» no sólo es aplicable al ensayo de Blonski, sino también a las investigaciones de Müller sobre la memoria y a los experimentos de Köhler con los monos, y a la doctrina de los umbrales de Weber-Fechner, y a la teoría del juego de Gross, y a la doctrina del entrenamiento de Thorndike, y a la teoría de la asociación de Aristóteles, es decir, a todo lo que en la historia y en la actualidad pertenece a la ciencia. E incluso me atrevería a discutir para decidir qué teorías, hipótesis y argumentos, a ciencia cierta falsos, refutados o dudosos, pueden ser también científicos. Porque lo científico no coincide con lo auténtico. Una entrada de teatro puede ser absolutamente auténtica y no ser científica. La teoría de Herbart de los sentimientos concebidos como relaciones entre representaciones es indudablemente errónea, pero igual de indudablemente científica; sólo el fin y los medios determinan el carácter científico de cualquier teoría. Por eso, decir «psicología científica» es lo mismo que no decir nada. Vale más decir, sencillamente, «psicología».

No nos queda más que aceptar este nombre. El enfatiza perfectamente lo que buscamos: las dimensiones y el contenido de nuestra tarea. Porque ésta no consiste en crear una escuela junto a otras escuelas. Ni delimita una parte o faceta determinada, ni un

problema, ni un procedimiento de interpretación de la psicología, junto con otras partes, escuelas, etcétera, análogas. Se trata de toda la psicología en toda su dimensión: de una psicología única, que no admite ninguna otra. Se trata de realizar la psicología como ciencia.

Por eso, diremos simplemente: psicología. Lo que haremos será explicar con otros términos otras corrientes y escuelas y separar de ellas lo científico de lo no científico, la psicología del empirismo, de la teología, del idealismo y de todo lo demás que se ha adherido a nuestra ciencia a lo largo de los siglos de su existencia, como al casco de un trasatlántico.

Necesitaremos términos distintos para otra cosa: para la división sistemática, moderadamente lógica, metodológica, de las disciplinas dentro de la psicología: hablaremos así de la psicología general e infantil, de la psicología animal y de la psicopatología, de la psicología diferencial y comparada. Psicología será el nombre común de toda una familia de ciencias. Porque nuestra tarea no consiste en absoluto en diferenciar nuestro trabajo de todo el trabajo psicológico del pasado, sino en unirlo en un solo conjunto sobre una base nueva con todo lo que ha sido estudiado científicamente por la psicología. No queremos diferenciar nuestra escuela de la ciencia, sino ésta de lo no científico, la psicología de la no psicología. Esa psicología de que hablamos no existe aún; ha de ser creada y no por una sola escuela. Muchas generaciones de psicólogos trabajan en ello, como decía James: la psicología tendrá sus genios y sus investigadores modestos, pero lo que surja de esta labor conjunta de generaciones de genios y de simples maestros de la ciencia 405 será, precisamente, psicología. Con este nombre entrará nuestra ciencia en la nueva sociedad, en el umbral de la cual comienza a estructurarse. Nuestra ciencia no podía ni puede desarrollarse en la vieja sociedad. Ser dueños de la verdad sobre la persona y de la propia persona es imposible mientras la humanidad no sea dueña de la verdad sobre la sociedad y de la propia sociedad. Por el contrario, en la nueva sociedad, nuestra ciencia se hallará en el centro de la vida. «El salto del reino de la necesidad al reino de la libertad» planteará inevitablemente la cuestión del dominio de nuestro propio ser, de subordinarlo a nosotros mismos. En este sentido, tenía razón Pavlov, al denominar nuestra ciencia la última ciencia del hombre en cuanto tal. Será en efecto la última ciencia del período histórico de la humanidad o la ciencia de la prehistoria de esta humanidad. Porque la nueva sociedad creará al hombre nuevo. Se habla de la re-fundición del hombre como de un rasgo distintivo de la nueva humanidad y de la creación artificial de una nueva ciencia biológica, porque esa nueva humanidad será la única y primera especie nueva en la biología que se cree a sí misma...

En la futura sociedad, la psicología será en realidad la ciencia del hombre nuevo. Sin ella, la perspectiva del marxismo y de la historia de la ciencia sería incompleta. Pero, sin embargo, esa ciencia del hombre nuevo será también psicología. Por eso ya hoy mantenemos sus riendas en nuestras manos. No hay necesidad de decir que esa psicología se parecerá tan poco a la actual, como, según palabras de Spinoza, la constelación del Can se parece al perro, animal ladrador (Ética, teorema 17, Escolio). 406

Nota de presentación de la edición original en ruso

Con este volumen iniciamos la colección en seis tomos de las obras de Liev Semiónovich Vygotski, que constituye la primera exposición sistemática de sus ideas fundamentales.

A pesar de la indudable actualidad de los trabajos fundamentales del eminente científico y del creciente interés hacia su figura tanto en la URSS como en el extranjero, casi quince años nos separan de la última edición de sus trabajos («Psicología del arte»). Ello se debe a una serie de circunstancias. La edición de las obras de L. S. Vygotski constituye un trabajo extraordinariamente laborioso y difícil, debido fundamentalmente a ciertas peculiaridades de la actividad creadora de Vygotski y al estado de su archivo particular.

Como es lógico, en un primer momento del trabajo se planteó el problema de qué obras seleccionar y con qué criterios se haría la selección, problema que hizo surgir otros en cadena. El primero concernía a la identificación de las obras de L. S. Vygotski, parte de las cuales existía sólo en forma manuscrita. El problema se delegó en una comisión especial de peritos, creada por el consejo de redacción y ad junta al mismo, presidida por el miembro correspondiente de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la URSS profesor D. B. Elkonin, discípulo y compañero de trabajo de L. S. Vygotski. La comisión estudió toda la herencia manuscrita de Vygotski, identificó sus obras y estableció el texto definitivo de los manuscritos que fueron reconocidos como pertenecientes a su pluma. A continuación, cuando se lograron establecer con precisión los límites de la herencia científica del autor (lo que terminó con las numerosas conjeturas que circulaban sobre la creación de Vygotski, con la tergiversación y la utilización descuidada de sus materiales manuscritos), se pudo iniciar la selección de las obras para la presente edición y la confección de los volúmenes.

Abordar este problema no resultó tarea fácil. En primer lugar, en los trabajos de Vygotski abundan las repeticiones casi textuales, pese a lo cual no consideramos conveniente reducirlos ni, en general, redactarlos. En segundo lugar, en su obra dedicada a la psicología científica, que abarca un período de casi diez años (1924-34), resulta bastante difícil destacar períodos suficientemente definidos cronológicamente. Partiendo de estas limitaciones, abordamos la confección de los volúmenes eligiendo el material de forma que se ofreciera, dentro de lo posible, una idea completa de la obra de Vygotski, aunque no hayan sido incluidos todos sus trabajos. En la organización de cada tomo hemos seguido un doble principio: el cronológico y el del contenido, mientras que en la estructuración de la obra de Vygotski en los 417 seis tomos resultantes no hemos partido del principio cronológico (resaltar períodos de tiempo acabados), sino del de contenido (destacar determinadas líneas de contenido lógico). Cada volumen responde pues a una línea semántica concreta, pero dentro de él el material ha sido organizado, por lo general, según el principio cronológico.

En el primer tomo han sido incluidos trabajos metodológicos, crítico-científicos e histórico-psicológicos de Vygotski. En el segundo, sus trabajos teóricos en el campo de la psicología. El tercer tomo ofrece una idea de su obra creadora en el ámbito de la teoría de la psicología infantil. En el cuarto tomo se han agrupado también trabajos de psicología infantil, pero de carácter más concreto y experimental. El quinto tomo incluye trabajos sobre defectología. Finalmente, el sexto da a conocer a los lectores los materiales más importantes del archivo científico de Vygotski.

Los trabajos de L. S. Vygotski (tanto los publicados anteriormente como los que lo son ahora por primera vez) que integran la presente colección de obras se editan de acuerdo con el texto original, sin alteraciones. Todos los volúmenes incluyen los siguientes materiales: un epílogo del redactor, así como un breve ensayo histórico-crítico sobre el papel que han desempeñado en el desarrollo de la ciencia psicológica las obras de Vygotski publicadas; comentarios al texto con la información pertinente y la relación de obras citadas. Respecto al último punto conviene decir unas palabras. Vygotski citaba de una forma muy particular. Casi todas las citas las daba de memoria, por lo que tergiversaba muchas de ellas. Por regla general, o no mencionaba las fuentes o las indicaba de forma inexacta. Eso ha hecho necesario llevar a cabo una complicada labor bibliográfica de búsqueda de las fuentes literarias auténticas mencionadas por el autor. En una serie de casos, cuando no ha sido posible hallar la correspondiente fuente, el consejo de redacción ha optado por no entrecomillar las citas. En el último tomo de la colección de obras se incluye la relación más completa de los trabajos de Vygotski, las ediciones extranjeras de los mismos, así como las publicaciones, tanto nacionales como extranjeras sobre él. Además, en el último volumen figura un índice alfabético por tomos de los trabajos incluidos en la presente edición.

El consejo de redacción agradece a los familiares de L. S. Vygotski —a su esposa R. N. Vygódskaia, ya fallecida, y a su hija G. L. Vygódskaia— habernos proporcionado de su archivo los materiales manuscritos de L. S. Vygotski que obran en su poder. 418

Artículo de introducción Sobre la labor creadora de L. S. Vygotski

En la presente colección de obras se ofrecen al lector por primera vez en una forma sistemática los principales trabajos del eminente psicólogo soviético Liev Semiónovich Vygotski (1896-1934). Su fecundidad fue extraordinaria: en menos de 10 años de actividad como psicólogo profesional escribe cerca de 180 trabajos, de los que 135 han sido publicados y 45 no han visto todavía la luz. Muchas de las ediciones de Vygotski se han convertido en rarezas bibliográficas.

La necesidad de una nueva edición de sus trabajos venía siendo señalada no sólo por los psicólogos, sino también por los representantes de todo el espectro de las ciencias humanas: filósofos, lingüistas, etc. Para estos científicos las obras de Vygotski no son historia. Todos recurren a ellas hoy día, incluso ahora más que antes. Sus ideas han echado tan profundas raíces en la psicología científica que se las ha llegado a considerar del acervo común sin necesidad de citar el origen o incluso de recordar el nombre del autor.

Y esa situación no sólo atañe a la psicología soviética, sino también a la psicología mundial. Durante los últimos años una serie de trabajos de Vygotski ha sido traducida al inglés, español, francés, alemán, italiano, japonés y otros idiomas. Y en el extranjero se le considera no como una figura histórica, sino como un investigador vivo, actual.

Cabe constatar que el destino científico de Vygotski se ha desarrollado felizmente y de una manera insólita para el siglo XX, que se caracteriza por el rapidísimo ritmo de desarrollo de la ciencia, cuando muchas ideas son ya anticuadas al día siguiente de haber sido expuestas. Naturalmente, la psicología no constituye una excepción. Por eso, es difícil encontrar en la psicología universal del siglo XX investigaciones concretas que hayan conservado su actualidad a los 45-50 años de haber sido publicadas por primera vez.

Para comprender el «fenómeno» de Vygotski, el carácter excepcional de su destino científico, es necesario destacar dos aspectos de sus obras. Por un lado, existen hechos concretos, metodologías concretas e hipótesis suyas y de sus colaboradores. Muchas de ellas se han visto confirmadas brillantemente y han sido objeto de ulterior desarrollo en trabajos de los psicólogos actuales. Las metodologías elaboradas por Vygotski y los hechos encontrados por él se consideran clásicos. Han pasado a formar una importantísima parte integrante de los fundamentos de la ciencia psicológica. Y en este caso, la psicología actual, al confirmar las ideas de Vygotski y basándose en ellas, ha avanzado en el plano de los hechos, las metodologías, las hipótesis, etc. Pero por otro lado, en su obra existe además un aspecto importantísimo: el teórico-metodológico. Como uno de los psicólogos más destacados del siglo XX, se anticipa de hecho a su tiempo en decenas de años. Es precisamente en el plano teórico-metodológico donde radica hoy día la actualidad de los trabajos de Vygotski. Por eso no se puede hablar de sus concepciones como algo terminado. Sus investigaciones concretas han constituido tan sólo la primera etapa de la realización de su propio programa teórico y metodológico.

Apartado 01

La obra de Vygotski viene determinada en primer lugar por el tiempo en que vivió y trabajó, la época de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

El profundo y decisivo cambio introducido por la revolución en la ciencia psicológica no se produce de repente. Como es sabido, a pesar de las potentes tendencias materialistas y revolucionario-democráticas que existían en la filosofía y psicología rusas, la ciencia psicológica oficial que se cultivaba en las universidades y los liceos de antes de la revolución estaba impregnada de un espíritu idealista. Además, en el aspecto científico se hallaba muy a la zaga del nivel que había alcanzado en los países europeos más avanzados (Alemania, Francia) y en los Estados Unidos. Es verdad que a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX aparecieron en Rusia varios laboratorios experimentales, y que en 1912, por iniciativa de G. I. Chelpanov, se creó en Moscú el primer Instituto de Psicología del país, adjunto a la Universidad de Moscú. Pero la producción científica de estos centros era insignificante en cuanto a su volumen y en muchos casos poco original en lo que respecta a su contenido.

De hecho, a comienzos del siglo XX surgen en Europa nuevas escuelas psicológicas como el freudismo, el gestaltismo, la escuela de Wurtzburgo, etcétera. La psicología de la conciencia subjetivo-empírica desaparece claramente en su formulación clásica. En los Estados Unidos aparece una corriente radical para la psicología de entonces: el behaviorismo. La ciencia psicológica mundial vive un período febril, tormentoso y pleno de tensión. Durante esos mismos años Chelpanov y sus colaboradores se dedican a repetir los experimentos realizados en la escuela de Wundt; para ellos la última novedad son los trabajos de W. James. Es decir, que se hallaban en la periferia de la psicología mundial, no sentían la agudeza de la crisis que se había adueñado de ella, habían quedado a la zaga de los importantísimos problemas de la teoría psicológica. La psicología existía en Rusia como una ciencia académica restringida, puramente universitaria, de cuyas aplicaciones prácticas no cabía ni hablar. Y eso cuando en Europa y en Estados Unidos se desarrollaba vertiginosamente la psicología aplicada —la psicotecnia—, daba sus primeros pasos la psicología médica, etcétera.

La revolución introdujo cambios radicales en la ciencia psicológica; La psicología necesitaba de una completa transformación en todos los sentidos: básicamente se trataba de desarrollar en el plazo más breve posible una nueva ciencia que sustituyese a la vieja psicología.

La primera exigencia que la propia vida del país, destruido y arruinado por la guerra, planteó a la ciencia psicológica fue la de dedicarse a analizar problemas de aplicación práctica. Inmediatamente después de la revolución comienza a desarrollarse en Rusia una nueva rama de la psicología: la psicología del trabajo —la psicotecnia. Esta exigencia de la vida era tan indiscutible que incluso en la ciudadela de la psicología académica introspectiva, en el Instituto de Psicología, dirigido por Chelpanov, surgió un nuevo departamento, el de los problemas aplicados.

Pero para los psicólogos, la tarea de aquellos años consistía en elaborar una nueva teoría en lugar de la psicología introspectiva de la conciencia individual basada en el idealismo filosófico que se cultivaba durante el período precedente a la revolución. La nueva psicología debía partir de la filosofía del materialismo dialéctico e histórico, había de convertirse en una psicología marxista.

La necesidad de tal reconstrucción no fue comprendida de inmediato por los psicólogos, muchos de los cuales eran discípulos de Chelpanov. No obstante, ya en 1920, y más concretamente en 1921, este problema comienza a plantearlo P. P. Blonski (en los libros «Reforma de la ciencia» y «Ensayo de una psicología científica»). Pero el acontecimiento decisivo de aquellos años, cuando fue formulada con toda claridad la línea de estructuración de una psicología marxista, lo constituye el conocido informe de K. N. Kornilov «La psicología y el marxismo» en el I Congreso Nacional de Psiconeurología, celebrado en Moscú en enero de 1923. En dicho informe fueron expuestas algunas tesis de principio del marxismo directamente relacionadas con la psicología (sobre el carácter primario de la materia con respecto a la conciencia, sobre la psique como propiedad de la materia altamente organizada, sobre el carácter social de la psique del hombre, etc.). Para numerosos psicólogos de entonces, educados según el espíritu idealista, estas concepciones no sólo no eran evidentes, sino que resultaban francamente paradójicas.

Después del congreso se desencadenó, con toda la pasión propia de los revolucionarios años veinte, una polémica, o mejor dicho, una verdadera lucha entre los psicólogos marxistas, encabezados por Kornilov, y los idealistas, representados por Chelpanov. La gran mayoría de los científicos reconoció muy pronto la razón de Kornilov en su lucha por crear una psicología marxista. La expresión externa del triunfo de la corriente materialista la constituye la resolución adoptada en noviembre de 1923 por el Consejo científico estatal de destituir a Chelpanov del cargo de director del Instituto de Psicología y nombrar en su lugar a Kornilov.

A partir de los comienzos de 1924 se desarrolla con plena fuerza la reorganización del Instituto, al que se incorporan nuevos colaboradores. Algunos de los partidarios de Chelpanov abandonan la institución. Se crean 421 nuevos departamentos, etcétera. En un breve plazo el Instituto de Psicología se modifica sustancialmente. El cuadro que ofrecía era muy heterogéneo. El propio Kornilov y sus colaboradores más próximos se dedican a elaborar la teoría reactivológica, corriente que no es objeto del reconocimiento general ni se convierte en dominante para los psicólogos soviéticos de aquellos años. Muchos de ellos sólo utilizaban exteriormente la terminología reactivológica, envolviendo en ella los resultados de sus búsquedas, muy distantes de las ideas de Kornilov. Estas búsquedas estaban orientadas en las direcciones más dispares y no se reducían a investigar la velocidad, la forma y la fuerza de las reacciones, que es lo que interesaba al propio Kornilov. Así, N. A. Bernshtéin, que en aquel entonces trabajaba en el Instituto, inició el análisis clásico de la «estructura del movimiento». En el campo de la psicología del trabajo (psicotecnia) comenzaron a trabajar S. G. Guellershtéin e I. N. Shpilréin junto con sus colaboradores. Los jovencísimos científicos A. R. Luria y A. N. Leontiev se ocupaban de investigar el método motor combinado. V. M. Borovski, que por aquel entonces adoptaba posiciones behavioristas, se dedicaba a trabajos de psicología animal. B. D. Fridman trataba de desarrollar el psicoanálisis y M. A. Riéiner, que trabajaba en el campo de la psicología social, conjuntaba caprichosamente la reflexología, el freudismo y el marxismo.

No obstante, numerosos psicólogos que trabajaban en diferentes campos y que adoptaban posiciones distintas coincidían en lo fundamental: el intento de edificar una psicología marxista, en su convencimiento de que ésa era la tarea principal de la ciencia psicológica. Pero los caminos concretos de estructuración de la psicología marxista no estaban todavía claros en aquel período. Esa tarea, totalmente nueva, no tenía análogos en la historia de la psicología mundial. Además, la mayoría de los psicólogos soviéticos de aquellos años no eran de formación marxista: simultaneaban el estudio del abecé del marxismo y trataban de aplicarlo a la ciencia psicológica. No es extraño que a veces su actividad se redujese a ilustrar las leyes de la dialéctica con materiales psicológicos.

Se planteaban diversos y muy complejos problemas: ¿qué papel habría que otorgar en la futura psicología marxista a tales o cuales corrientes psicológicas concretas existentes durante los años 20 (la reflexología, la reactivología, el freudismo, el behaviorismo, etcétera)? ¿Debe estudiar la psicología marxista el problema de la conciencia? ¿Puede utilizar la psicología marxista los métodos de la introspección? ¿La psicología marxista debe ser en realidad la síntesis de la psicología empírico-subjetiva («tesis») y la psicología del comportamiento, de la psicología objetiva («antítesis»)? ¿Cómo resolver la cuestión del condicionamiento social de la psique del individuo y qué lugar le corresponde a la psicología social dentro del sistema de la psicología marxista?

Surgieron diversos problemas de no menor importancia y trascendencia teórica, sin cuya resolución era imposible avanzar. La situación se complicaba por la necesidad de luchar en dos frentes: contra el idealismo (en cuyo frente 422 seguía militando Chelpanov, combatiendo las ideas de la psicología marxista) y contra el materialismo vulgar (el mecanicismo y energetismo de Bétjerev, el reduccionismo fisiológico y la biologización de la psique, etc.).

Sin embargo, el paso fundamental y decisivo se dio precisamente entonces: los psicólogos soviéticos fueron los primeros en el mundo que iniciaron de forma consciente la construcción de una psicología nueva, marxista. Y es en ese momento, en 1924, cuando llega a la ciencia psicológica Liev Semiónovich Vygotski.

Apartado 02

En enero de 1924 Vygotski participa en el II Congreso Nacional de Psiconeurología, que se celebra en Leningrado. Interviene con algunas comunicaciones. Su informe «El método de investigación reflexológica y psicológica» (posteriormente escribió un artículo con el mismo título) causó gran impresión a K. N. Kornílov, que le invita a trabajar en el Instituto de Psicología. La invitación es aceptada y ese mismo año Liev Semiónovich se traslada de Gómel, donde vivía entonces, a Moscú y comienza su labor en el centro. A partir de este momento se lleva el cómputo de la creación propiamente psicológica de Vygotski (1924-34).

Pero aunque en 1924 Vygotski, que tenía 28 años, era sólo un psicólogo principiante, se había formado como un pensador que había recorrido un largo camino de evolución intelectual, cuya lógica interna le llevaría a la necesidad de trabajar precisamente en el campo de la psicología científica. Este hecho es esencial para entender el éxito de las investigaciones psicológicas de Vygotski.

Inició su actividad científica cuando aún era estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Moscú (estudiaba simultáneamente en la Facultad de Historia y Filología de la Universidad A. L. Shaniavski). Durante este período (1913-17) sus intereses tenían un marcado carácter humanístico. Gracias a sus extraordinarias facultades y a su seria formación, Vygotski pudo trabajar al mismo tiempo y con parecido éxito en varios campos: en el de la crítica teatral (escribía brillantes reseñas teatrales), de la historia (dirigió en Gómel, su ciudad natal, un círculo de historia para los alumnos de las clases superiores de la escuela), en el campo de la economía política (interventía magníficamente en los seminarios de esta disciplina que se celebraban en la Universidad de Moscú), etcétera. En el conjunto de su obra tiene especial importancia su profundo estudio de la filosofía, que inicia por aquel entonces, especializándose en la filosofía clásica alemana.

De sus años estudiantiles data su conocimiento de la filosofía marxista, que asimila principalmente a través de ediciones ilegales. Es entonces cuando nace en él el interés hacia la filosofía de Spinoza, que fue durante toda su vida su pensador preferido. [423](#)

Dentro de la diversidad de intereses humanísticos del joven Vygotski; la crítica literaria ocuparía un lugar preferencial (que se perfila definitivamente en 1915). Desde su infancia le había apasionado la literatura y muy pronto comenzó a dedicarse a ella como un verdadero profesional. Sus primeros trabajos de crítica literaria (por desgracia se han perdido sus manuscritos) —el análisis de «Anna Karenina», el de la obra de Dostoievski, etc. — son fruto directo de sus intereses como lector. Es por eso por lo que Vygotski denominaba sus trabajos «crítica de un lector». La cumbre de esta línea de su labor creadora la constituye el famoso análisis de «Hamlet» (existen dos variantes de este trabajo, escritas en 1915 y 1916; la segunda ha sido publicada en 1968 en el libro de Vygotski «Psicología del arte»).

Es característica de todos estos trabajos su orientación psicológica. Las obras de arte pueden ser tratadas desde diferentes aspectos. Cabe definir el problema de la personalidad del autor, tratar de comprender su idea, estudiar la orientación objetiva de la obra (por ejemplo, su significado moral o socio-político), etcétera. A Vygotski le interesaba otra cosa: cómo percibe el lector la obra literaria, qué partes del texto provocan tal o cual emoción en el lector. En suma, le interesaba el problema del análisis de la psicología del lector, el problema de la influencia psicológica del arte. Desde un primer momento, Vygotski trató de enfocar objetivamente tan complejo problema psicológico, ofrecer determinados métodos de análisis del hecho objetivo —el texto de la obra artística— para desembocar en su percepción por parte del espectador.

Este período de la obra de Liev Semiónovich culmina con su gran trabajo, terminado y defendido en calidad de tesis en Moscú, en 1925, sobre el tema «Psicología del arte». Las ideas que en él se expresan «a media voz» en 1916, en el análisis de «Hamlet», se nos manifiestan ya como un requerimiento de estructuración de la psicología materialista del arte.

L. S. Vygotski resolvía dos tareas: ofrecer tanto un análisis objetivo de la obra literaria como un análisis objetivo-materialista de las emociones humanas que surgen al leer la obra. Como momento central de esta última, el autor destaca legítimamente la contradicción interna de su estructura. Pero el intento de analizar objetivamente las emociones provocadas por tal contradicción no tiene éxito (y no podía tenerlo dado el nivel de desarrollo alcanzado entonces por la ciencia psicológica). Eso predetermina el carácter relativamente inacabado y unilateral de la «Psicología del arte» (reflexión que al parecer también se habría hecho el propio autor porque, pese a tener la posibilidad de publicar el libro en vida, no lo hizo).

Los problemas que se le plantean en su labor en el campo de la psicología del arte y la imposibilidad de resolverlos, dado el nivel de la ciencia psicológica de los años 20, hacen inevitable que Vygotski pase a dedicarse a la psicología propiamente científica. Esta transición se produce de forma paulatina, a lo largo de los años 1922-24. A finales del mencionado período, aunque continúa trabajando en Gómel en la «Psicología del arte», inicia ya [424](#) sus investigaciones en el campo de la psicología científica. Como hemos dicho, esta transición culmina con su traslado a Moscú en 1924.

III

Nada más llegar a la psicología, L. S. Vygotski se encontró en una situación especial con respecto a la mayoría de los psicólogos soviéticos. Por un lado, se daba perfecta cuenta de la necesidad de crear una psicología nueva, objetiva, idea a la que había llegado por su cuenta cuando trabajaba en la psicología del arte. Por otro lado, precisamente a él, con su permanente interés hacia las elevadas emociones humanas, producidas por la percepción de las obras de arte, le resultaban intolerables los defectos de las corrientes objetivas reales que existían en la psicología mundial y soviética de los años 20 (behaviorismo, reactología, reflexología). El mayor de los mencionados defectos consistía en el simplismo con que eran tratados los fenómenos psicológicos, en la tendencia al reduccionismo fisiológico, en la incapacidad de describir adecuadamente la manifestación superior de la psique: La conciencia del hombre.

Vygotski necesitaba descubrir con exactitud los síntomas de la enfermedad que padecían las corrientes objetivas en psicología para buscar a continuación las formas de curarlas. A semejantes tareas están dedicados sus trabajos teóricos tempranos: el informe «Metodología de la investigación reflexológica y psicológica», con el que interviene en el II Congreso de Psiconeurología (1924), el artículo «La conciencia como problema de la psicología del comportamiento» (1925) y el gran trabajo histórico-teórico «El significado histórico de la crisis de la psicología» (1926-27), que se publica por primera vez en el primer tomo de la presente colección. Ideas aisladas, acordes con estos trabajos, aparecen también en otros, incluso posteriores. Muchas de las ideas de Vygotski, contenidas de forma implícita en sus trabajos o manifestadas oralmente por él, son esenciales, tanto para sus obras como en gran medida para toda la psicología soviética.

El defecto de las corrientes objetivas en psicología —su incapacidad de estudiar adecuadamente los fenómenos de la conciencia— había sido detectado por numerosos psicólogos. Vygotski interviene tan sólo como uno de los luchadores activos, aunque en modo alguno el único, en favor de la nueva interpretación de la conciencia en la psicología soviética de los años 20.

Hay que señalar el carácter específico de las posiciones de Vygotski. El fue el primero que planteó, ya en 1925, en su artículo «La conciencia como problema de la psicología del comportamiento», la cuestión relativa a la necesidad de realizar el estudio psicológico concreto de la conciencia como realidad psicológica concreta. Hizo, por aquel entonces, la audaz declaración de que no solamente la «nueva» psicología —el behaviorismo— ignoraba el problema de la conciencia, sino que también la «vieja», la psicología empírico-subjetiva, que se había declarado a sí misma ciencia de la conciencia, ⁴²⁵ no la estudiaba en realidad. Semejante planteamiento parecía paradójico. Por ejemplo, para K. N. Kornílov estudiar la conciencia significaba retornar de un modo más o menos suave a la psicología empírico-subjetiva. Más adelante se plantearía la tarea concreta de cómo conjugar los métodos introspectivos de la «vieja» psicología con los objetivos de la «nueva», denominándolos con la palabra «síntesis».

La «nueva» psicología no podía, de hecho, añadir nada nuevo al análisis de la conciencia practicado por la «vieja» psicología. La diferencia era puramente valorativa. La «vieja» psicología consideraba que lo más importante era estudiar la conciencia, y creía que lo estaba haciendo. La «nueva» psicología, al no plantear métodos nuevos para el estudio de la conciencia, dejó el problema en manos de aquella. Sus representantes podían valorar el problema de la conciencia bien como algo carente de importancia e ignorarlo, bien como algo a considerar, aunque estableciendo en su resolución un compromiso con la «vieja» psicología (posición de Kornílov).

Para Vygotski, el problema ofrecía un cariz totalmente distinto. No cabía en absoluto retornar a la «vieja» psicología. Debía estudiarse la conciencia de una forma totalmente distinta a como lo hacían (o, mejor dicho, declaraban que hacían) los representantes de la psicología de la conciencia. La conciencia debía ser enfocada no como un «escenario» en el que intervienen las funciones psíquicas, no como el «dueño absoluto de las funciones psíquicas» (punto de vista de la psicología tradicional), sino como una realidad psicológica de enorme importancia en toda la actividad vital del hombre y merecedora de un estudio específico. A diferencia de otros psicólogos de los años 20, Vygotski supo ver en la cuestión de la conciencia no sólo el problema del método concreto a aplicar, sino, ante todo, un problema filosófico-metodológico de colosal trascendencia, la piedra angular del futuro edificio de la ciencia psicológica.

La psicología objetiva, capaz de desvelar los complejíssimos fenómenos de la vida psíquica del hombre, incluida la conciencia, sólo podía surgir a partir del marxismo. Ese planteamiento abría perspectivas a la interpretación materialista de la conciencia y planteaba tareas concretas y no puramente declarativas a la psicología marxista.

Al hablar de la estructuración de la psicología marxista, Vygotski supo ver el error fundamental de los psicólogos de los años 20 que se estaban planteando esa misma tarea. De hecho, ellos lo hacían únicamente desde el punto de vista metodológico, partiendo de una teoría psicológica determinada cualquiera, a la que trataban de unir con ayuda de la conjunción «y» las tareas fundamentales del materialismo dialéctico. Vygotski habla claramente del error básico de esos planteamientos en su trabajo «El significado histórico de la crisis de la Psicología». La psicología, decía, es por naturaleza una ciencia concreta. Todas las teorías psicológicas tienen una base filosófica, manifiesta unas veces, oculta otras. En cualquiera de los casos, la teoría viene determinada por ella. Por eso, sin reestructurar los fundamentos de la psicología no se pueden aceptar sus resultados como algo definitivo e ⁴²⁶ incorporarlos a las tesis del materialismo dialéctico. Y lo que justamente hace falta es construir la psicología marxista, es decir, comenzar por su base psicológica.

¿Cómo se puede construir la psicología marxista partiendo de las tesis generales del materialismo dialéctico? Para responder a esta pregunta Vygotski proponía tomar el ejemplo clásico de la economía política marxista, expuesta en «El capital», en el que se muestra cómo sobre la base de los principios generales del materialismo dialéctico se puede desarrollar la metodología de una ciencia concreta. Tan sólo después de haber sido elaborada la base metodológica de la ciencia cabe estudiar los hechos concretos obtenidos por investigadores que mantengan diferentes posiciones teóricas. Entonces será posible asimilar orgánicamente esos hechos y no ir a la zaga de los mismos, no caer en sus redes ni transformar la teoría en un conglomerado ecléctico de distintos hechos, hipótesis y metodologías.

Con esto, Vygotski fue el primero de los psicólogos soviéticos que hizo ver la importancia que para la creación de la psicología marxista tenía el desarrollo de su teoría filosófico-metodológica de «nivel intermedio».

En esos mismos trabajos de 1925-27, Vygotski intenta determinar el camino concreto de estructuración de la base teórico-metodológica de la psicología marxista. Por ejemplo, a su trabajo «El significado histórico de la crisis de la Psicología» le sirven de epígrafe las conocidas palabras del Evangelio: «La piedra que despreciaron los constructores se convirtió en la más importante». A continuación explica que se trata de los constructores de la ciencia psicológica. La «piedra» tiene un doble significado: por un lado, se refiere a la teoría filosófico-metodológica de «nivel intermedio» y, por otro, a la actividad práctica del hombre.

La tesis sobre la extraordinaria importancia de la actividad práctica del hombre para la psicología resultaba paradójica en la psicología universal y soviética de los años 20. En aquel momento, la corriente que predominaba era el estudio de la actividad motriz externa del hombre, mediante su fraccionamiento en actos elementales aislados de conducta (behaviorismo), en reacciones motrices (reactología) o en reflejos (reflexología), etc. Nadie se ocupaba de analizar la actividad práctica en toda su complejidad, a excepción de los especialistas en psicología del trabajo. Pero incluso para ellos y para otros psicólogos ése era un dominio puramente aplicado y consideraban que las leyes fundamentales de la vida psíquica del hombre no podían surgir mediante el análisis de su actividad laboral práctica.

Vygotski opinaba justamente lo contrario, ya que él atribuía precisamente a la psicología del trabajo, a la psicotecnia, un papel rector para el desarrollo de la ciencia psicológica. Bien es verdad que a continuación precisaba que no se refería a los métodos, resultados y tareas concretas de la psicotecnia, como tampoco a sus planteamientos generales, sino al hecho de que había sido la primera en analizar desde un punto de vista psicológico la actividad práctica laboral del hombre, aún no comprendiendo en toda su magnitud la importancia crucial de este problema para la ciencia psicológica. [427](#)

La idea de Vygotski era clara: los fundamentos teórico-metodológicos de la psicología marxista deberían comenzar a elaborarse a partir del análisis psicológico de la actividad práctica, laboral del hombre, a partir de posiciones marxistas. Ahí es precisamente donde yacen las leyes fundamentales y las unidades iniciales de la vida psíquica del hombre.

Apartado 04

Poner en práctica las ideas que Vygotski había formulado en un nivel general era una cuestión extraordinariamente difícil. Pero ese proyecto de reestructuración de la psicología estaba totalmente acorde con la época revolucionaria de los años 20 y tales ideas no podían por menos de atraer hacia Liev Semiónovich a la juventud talentosa. Es precisamente a lo largo de aquellos años cuando se crea la escuela psicológica de Vygotski, que desempeñó un gran papel en la historia de la psicología soviética. Sus primeros colaboradores en 1924 fueron A. N. Leontiev y A. R. Luria. Algo más tarde se unieron L. I. Bozhovich, A. V. Zaporózhets, R. Ye. Liévina, N. G. Morózova y L. S. Slávina. Aquellos mismos años, L. V. Zánkov, Yu. V. Kotiéleva, Ye. I. Pashkovskaia, L. S. Sájarov, I. M. Soloviov y otros participaron activamente en las investigaciones realizadas bajo la dirección de Vygotski. Después, comenzaron a trabajar con Liev Semiónovich sus discípulos leningradenses D. B. Elkonin, Zh. I. Shif y otros.

El Instituto de Psicología adjunto a la Universidad de Moscú primero, la Academia de Educación Comunista N. K. Krúpskaia después, así como el Instituto Experimental de Defectología fundado por el propio Vygotski, fueron la base de operaciones para los trabajos de Vygotski y sus colaboradores. Para Liev Semiónovich revistieron gran importancia sus contactos científicos con la clínica de enfermedades nerviosas del primer Instituto de Medicina de Moscú (oficialmente comenzó a trabajar en ella en 1929).

El período de la actividad científica de Vygotski y sus colaboradores comprendido entre 1927-1931 es excepcional por su intensidad y sus repercusiones en la historia ulterior de la psicología soviética. Es precisamente entonces cuando se desarrollaron las bases de la teoría histórico-cultural de la evolución de la psique. Sus principios fundamentales aparecen formulados en los trabajos de Vygotski «El método instrumental en pedagogía» (1928), «El problema del desarrollo cultural del niño» (1928), «Raíces genéticas del pensamiento y el lenguaje» (1929), «Apuntes sobre el desarrollo cultural del niño normal» (1929, manuscrito), «El método instrumental en psicología» (1930), «El instrumento y el signo en el desarrollo del niño» (se publica por primera vez en la presente edición), «Estudios sobre la historia del comportamiento» (1930, conjuntamente con A. R. Luria), «Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores» (1930-31, la primera parte se publicó en 1960, en edición rusa con el mismo título; la segunda se publica por vez primera en la presente edición) y algunos otros. Muchos de los conceptos [428](#) clave sobre la teoría histórico-cultural se exponen en el conocidísimo libro de Vygotski «Pensamiento y lenguaje» (1933-34). Además, para comprender la teoría histórico-cultural son importantes los trabajos de los colaboradores de Vygotski tales como «Sobre los métodos de investigación de los conceptos» de L. S.

Sájarov (1927), «El desarrollo de la memoria» de A. N. Leontiev (1931), «El desarrollo de los conceptos cotidianos y científicos» de Zh. I. Shif (1931) y otros.

Fiel a sus presupuestos teóricos, Vygotski no se ocupó de estudiar los fenómenos psíquicos en sí, sino de analizar la actividad práctica. Como es sabido, los clásicos del marxismo destacaron de esta actividad, en primer lugar, su condición instrumental, el carácter mediado del proceso laboral por medio de herramientas. Vygotski decidió comenzar mediante una analogía el análisis de los procesos psíquicos. En su mente surgió una hipótesis: ¿no sería posible hallar un elemento de mediación en los procesos psíquicos del hombre en forma de instrumentos psíquicos? Las conocidas palabras de F. Bacon: «Ni la simple mano, ni la razón entregada a sí misma disponen de gran fuerza. Las cosas se resuelven a base de herramientas y medios auxiliares» (Obras, 1978, t. 2, pág. 12) confirmaban indirectamente su proposición. Naturalmente, el pensamiento de F. Bacon encierra más de un significado y cabe interpretarlo de diferentes maneras. Pero su importancia para Vygotski radicaba tan sólo en que servía de confirmación a su propia hipótesis, basada en la teoría de K. Marx sobre la actividad laboral.

Según las ideas de Liev Semiónovich, en los procesos psíquicos del hombre hay que distinguir dos niveles: el primero es la razón entregada a sí misma; el segundo es la razón (proceso psíquico) armada de instrumentos y medios auxiliares. E igualmente hay que distinguir dos niveles de actividad práctica: el primero, la «simple mano», el segundo, la mano armada de herramientas y elementos auxiliares. En este sentido, tanto en la esfera práctica del hombre como en la psíquica la importancia decisiva estaba precisamente en el segundo nivel, el de los instrumentos. En el campo de los fenómenos psíquicos Vygotski dio al primer nivel el nombre de procesos psíquicos «naturales» y al segundo el de procesos psíquicos «culturales». El proceso «cultural» es el natural convertido en mediato a través de instrumentos y medios auxiliares psíquicos específicos.

No es difícil darse cuenta de que la analogía entre los procesos de trabajo y la psique realizada por Vygotski era bastante aproximada. Como habían demostrado los clásicos del marxismo, la mano del hombre constituye el órgano y el producto del trabajo. Por consiguiente, la contraposición tan brusca entre la «simple mano» y la mano armada de herramientas carece de justificación. Tampoco se justifica tan rigurosa contraposición entre los procesos psíquicos «naturales» y «culturales». La terminología elegida por Vygotski daba pie a confusiones, ya que surgía la pregunta: ¿es que no son culturales todos los procesos psíquicos del hombre actual? Semejante inconsistencia en las ideas de Liev Semiónovich dio lugar a una crítica justificada, tanto en vida del psicólogo como después de su muerte. [429](#)

Al mismo tiempo, hay que señalar que Vygotski necesitaba en la primera etapa de su trabajo contraponer ambos niveles para matizar la tesis principal de su teoría sobre el valor decisivo de los instrumentos psicológicos en la evolución de los procesos psíquicos.

Es verdad que durante los años 20, W. Köhler abordó el papel de los instrumentos en la vida psíquica desde otra perspectiva. Por aquel entonces fueron publicados los resultados de sus experimentos sobre los antropoideos. En ellos, el autor muestra concretamente que los objetos materiales externos —palos, cajas, etc.— pueden no limitarse a desempeñar un papel ejecutivo pasivo en la resolución de las tareas por parte de los monos, sino incorporarse activamente a la estructura de sus procesos psíquicos (la inclusión de palos en la situación daba lugar a la reestructuración del campo visual del animal, lo que para el gestaltista Köhler significaba un cambio en la estructura del proceso psíquico).

Los experimentos de Köhler produjeron un gran impacto entre los psicólogos, y durante los años 20 algunos hombres de ciencia intentaron trasladarlos a la psicología infantil. Los mencionados experimentos sintonizaban con las ideas de Vygotski. El fue quien inició la traducción al ruso de la monografía de Köhler «Experimentos sobre la inteligencia de los chimpancés» y escribió la introducción a la misma. Posteriormente, Liev Semiónovich se refirió con frecuencia («Pensamiento y lenguaje», «Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores», etc.) a los resultados de las investigaciones de Köhler y de los científicos que trataban de realizar los experimentos equivalentes en el campo de la psicología infantil (K. Bühler, K. Koffka y otros). Vygotski, que se orientaba hacia el estudio de la actividad práctica con ayuda de objetos, veía en los experimentos de Köhler (que demostraban el papel activo de los instrumentos externos en la reestructuración de las funciones psíquicas) una vía para enfocar el estudio de una de las derivaciones de esa actividad.

W. Köhler se acercó al problema exclusivamente en un plano metodológico-experimental. Como destacado gestaltista, partía de posiciones teórico-metodológicas opuestas a las de Vygotski. Estando como estaba muy lejos de comprender el trascendental papel de la actividad laboral, Köhler no podía, evidentemente, destacar el instrumento como elemento central de mediación de las funciones psíquicas. Aunque resulte paradójico, él, que fue el primero en describir la reestructuración del proceso psíquico a través de un instrumento externo, no vio el carácter específico del instrumento, considerándolo únicamente como uno de los elementos del campo visual. Así, el problema de la actividad, que para Vygotski era central, estaba cerrado para él. El propio Liev Semiónovich destacaba justamente el carácter específico que adquiere la acción mediada por instrumentos en los procesos psíquicos, sobre todo en su determinación histórico-social en el hombre.

A la hora de valorar el significado de la analogía entre el trabajo y los procesos psíquicos y la contraposición entre los dos niveles de procesos psíquicos que propone Vygotski, hemos de considerar actualmente estas [430](#) concepciones suyas no por sí mismas, sino en el contexto de las Premisas y del desarrollo ulterior de toda su teoría, en función de las consecuencias a que han dado lugar.

¿Cuál era la aportación concreta de la hipótesis de los «instrumentos psicológicos» y de los dos niveles de funciones psíquicas? La respuesta a esta pregunta, destinada en gran medida a confrontar la legitimidad de esa hipótesis y a determinar la analogía real entre procesos psíquicos «naturales» y «culturales», demostrará el grado de legitimidad y fecundidad de la hipótesis de Vygotski para la ciencia psicológica. Es sabido que psicólogos que partían de parámetros totalmente distintos (comprensión, voluntariedad, etc.) dividían todas las funciones psíquicas en superiores (pensamiento conceptual, memoria lógica, atención voluntaria, etc.) e inferiores (pensamiento en imágenes, memoria mecánica, atención involuntaria, etc.). Haber establecido esa distinción constituía de por sí un importante avance para la ciencia psicológica. Sin embargo, en seguida se plantearon una serie de preguntas acerca de la relación existente entre las funciones superiores e inferiores o acerca del origen de cualidades tan específicas de las funciones psíquicas superiores como son la voluntariedad, la comprensión, etc.

Las principales teorías deberían dar respuesta a tales preguntas. Pero unas corrientes (la teoría asociacionista, el behaviorismo) perdían de hecho la diferencia cualitativa entre las funciones superiores y las elementales al tratar de traducirlas a su idioma, es decir, al descomponer unas y otras en determinados componentes elementales (Vygotski lo denominaba atomismo). [3] Sin embargo, la propia evidencia de la diferencia cualitativa entre las funciones psíquicas inferiores y superiores era muestra patente de la fragilidad de tales planteamientos.

Por el contrario, las corrientes opuestas (la «psicología comprensiva») consideraban la diferencia cualitativa entre las funciones superiores y las elementales como un hecho fundamental. Aducían, en primer lugar, la integridad de la estructura y el carácter racional de los procesos psíquicos, manifestándose categóricamente en contra del «enfoque atomístico». Pero los psicólogos de esa orientación, que en el plano filosófico mantenían posiciones idealistas, y que «tiraban al niño con el agua de la bañera», negaban en general la posibilidad de una explicación causal de los fenómenos psíquicos y negaban la validez de los métodos naturales científicos en psicología. Para ellos, el límite al que la psicología podía aspirar era el de comprender los nexos existentes entre los fenómenos psíquicos, sin tratar de incorporarlos a la red de relaciones de causa-efecto que cubre los acontecimientos del mundo físico real. Como resultado de ello, los psicólogos de esta orientación no podían hallar un nexo entre las funciones psíquicas superiores y las inferiores.

La hipótesis planteada por Vygotski ofrecía una nueva solución al problema de la relación entre las funciones psíquicas superiores y las elementales. Las funciones psíquicas inferiores, elementales, estaban para él relacionadas con la fase de los procesos psíquicos naturales, y las superiores, con la de los mediados, «culturales». Ese enfoque explicaba, de manera 431 novedosa, tanto la diferencia cualitativa entre las funciones psíquicas superiores y las elementales (que estriba en el carácter mediado de las superiores a través de «instrumentos») como el nexo entre ambas (las funciones superiores surgen sobre la base de las inferiores). Finalmente, las peculiaridades de las funciones psíquicas superiores (por ejemplo, su carácter arbitrario) tenían su explicación en la existencia de «instrumentos psicológicos».

A través de la hipótesis del carácter mediado de los procesos psíquicos mediante «instrumentos» peculiares, Vygotski trataba de introducir en la ciencia psicológica las directrices de la metodología dialéctica marxista, no de un modo declarativo, sino materializado en un método. Esa es la principal característica de toda la obra de L. S. Vygotski y en ella precisamente radica su éxito.

Apartado 05

Puede decirse que el problema de la metodología es central en la obra de L. S. Vygotski. La dialéctica interna constituyó siempre un rasgo característico de su forma de pensar. Basta recordar sus trabajos tempranos (por ejemplo, «Psicología del arte»). Semiónovich no tenía destacar como rasgo principal, determinante, de nuestra percepción de las obras de arte precisamente la contradicción inherente a la propia obra. Esa toma de postura aparece claramente en su forma de analizar un fenómeno, destacando los factores contrapuestos que luchan entre sí y viendo en esta lucha la fuerza motriz del desarrollo.

Es propio del pensamiento de Vygotski el historicismo en el análisis de los fenómenos (es importante recordar a este respecto las raíces humanísticas de su obra y en particular la gran influencia que ejerció en él la escuela de A. A. Potevniá, con el método histórico desarrollado por este último en la crítica literaria). Todas estas premisas le ayudaron a alcanzar la dialéctica marxista, a dominar el método histórico marxista. La consecución de los fundamentos de la dialéctica marxista elevaron el modo de pensar de Vygotski a una fase cualitativamente nueva.

La hipótesis del carácter mediado de las funciones psíquicas incluía implícitamente los elementos de un enfoque histórico global. El propio Vygotski los expuso con precisión y les hizo alcanzar un final lógico en trabajos como «Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores» y «Pensamiento y lenguaje».

La idea básica de Vygotski de que en las funciones psíquicas actúan como mediadores determinados «instrumentos psicológicos» tenía sentido tan sólo porque las propias funciones psíquicas eran contempladas como formaciones integrales con una complicada estructura interna. Ese planteamiento suprimía de inmediato el «análisis atomístico», que constituía un defecto intolerable de las corrientes materialistas en la psicología de los años 20 (el behaviorismo, la reflexología, etc.). Al mismo tiempo, se abría con ello la perspectiva de un 432 enfoque materialista global y objetivo en el análisis de lo psíquico, que era interpretado como un sistema no cerrado, estructurado de forma compleja, abierto al mundo exterior (en el carácter .cerrado de lo psíquico veía Vygotski el defecto principal de los conceptos integrales idealistas que desarrollo, por ejemplo, la «psicología de la comprensión».

Naturalmente, en los años 20-30 no era sólo Vygotski quien trataba de ver las funciones psíquicas como formaciones estructurales complejas, abiertas al mundo exterior. También los gestaltistas mantenían puntos de vista similares. Sus trabajos, particularmente los experimentos de W. Köhler dedicados a analizar el intelecto de los antropoideos causaron una fuerte impresión en Vygotski (véanse las referencias en páginas anteriores). Pero para apreciar la diferencia interna entre su metodología y las posiciones de los psicólogos gestaltistas es importante tener en cuenta otro momento de la teoría de la integridad, desarrollado por él: su historicismo.

El concepto de historicismo era en general ajeno a los psicólogos gestaltistas, que trataban de estudiar la situación «aquí y ahora». Para Vygotski, su idea inicial del carácter mediado de las funciones psíquicas naturales por «instrumentos psicológicos» específicos encerraba ya la necesidad de considerar las funciones psíquicas culturales, superiores, como formaciones históricas, es decir, de recurrir al método histórico para su estudio. Veía en principio tres caminos posibles para el análisis histórico de la formación de las funciones psíquicas superiores: el filogenético, el ontogenético y el patológico (observando en pacientes el proceso de deterioro de estas funciones). Las investigaciones ontogenéticas («Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores», «Pensamiento y lenguaje») juegan un papel protagonista en su obra.

Es importante señalar que la globalidad y el historicismo son por principio inseparables en Vygotski. Estas dos proyecciones de una misma idea —la del carácter mediado de los procesos psíquicos— es comprensible desde posiciones dialécticas.

Al hablar del historicismo de Vygotski es necesario distinguirlo de los enfoques históricos que tuvieron lugar durante los años 20-30 entre otros psicólogos. Es sabido que uno de los rasgos característicos de la psicología del siglo XX es su reconocimiento como ciencia histórica, una ciencia que se ocupa de la evolución. Muchas de las escuelas psicológicas de entonces, que trataban de abarcar todo el conjunto de los fenómenos psíquicos (la psicología profunda, la escuela francesa, etc.) consideraban que la psique estaba organizada según el principio de un sistema de niveles. Pero la cuestión consistía en establecer cuáles eran los determinantes del desarrollo filio y ontogénico de la psique en las diferentes teorías.

La idea del desarrollo (en el plano ontogenético) era central para la psicología infantil que surgió a finales del siglo XIX (C. Darwin, W. Preyer y otros) y desde el principio se estructuró bajo la influencia determinante de la teoría evolucionista: el desarrollo de la psique del niño se enfocaba desde el punto de vista de su valor de adaptación (en este mismo plano se [433](#) llevaba a cabo la comparación entre el desarrollo onto y filogenético —véase la ley de la recapitulación de S. Hall, muy próxima en esencia a la ley biogenética). Las ideas del desarrollo, desde una interpretación en el plano biológico-evolutivo, eran también cardinales para la psicología animal, en trance de formación en aquel periodo.

W. Dilthey, fundador de la psicología descriptiva, y sus continuadores trataron de introducir el principio del historicismo en psicología. Como es sabido, Dilthey mantenía posiciones idealistas e interpretaba la vida psíquica como puramente espiritual. Al referirse a la historia, lo que estaba considerando fundamentalmente era la historia de la cultura, y lo hacía también desde posiciones idealistas, esto es, contemplándola sólo como manifestación de la actividad espiritual del hombre. Por eso, al criticar al continuador de Dilthey, E. Spranger, en su «Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores», Vygotski escribía que cuando aquél intentaba aproximar la historia y la psicología lo que de hecho estaba haciendo era acercar lo espiritual a lo espiritual (y esto es aplicable al propio Dilthey).

Los psicólogos franceses interpretaban a su manera el principio del historicismo, relacionándolo estrechamente con el problema de la condicionalidad social de la psique. Así, E. Durkheim, uno de los fundadores de la escuela francesa, consideraba la sociedad como el conjunto de representaciones colectivas. L. Levy-Bruhl, en sus conocidos trabajos sobre la psicología de los pueblos primitivos, expresaba la idea de que no sólo el contenido, sino también las formas de pensar del hombre (la lógica del hombre o, más exactamente, la relación entre los momentos lógicos y paradójicos en su forma de pensar) es un concepto histórico, en desarrollo.

Hacia los años 20, el liderazgo en la escuela francesa lo ocupaba un científico tan notable como P. Janet, que trataba de combinar el historicismo con el planteamiento de la actividad. Eso le permitió llegar a una serie de profundos pensamientos sobre la naturaleza y la evolución de la psique, que influyeron notablemente en el ulterior desarrollo de la ciencia psicológica. Lanzó concretamente la hipótesis de que, durante el proceso de su evolución, el niño interioriza las formas sociales de comportamiento que los adultos utilizan con él desde el comienzo de su vida. El investigador trató de seguir detalladamente el proceso de la interiorización en los casos de la memoria y el pensamiento. Pero en ese caso, Janet, lo mismo que toda la escuela francesa de ese momento, partía de que originalmente el hombre es asocial, que la socialización le es implantada desde fuera. En su análisis de la actividad del hombre y de la vida social, Janet se hallaba muy lejos del marxismo: consideraba la cooperación como la principal relación social, como cabe esperar en un hombre de ciencia que veía el medio exterior de los nexos sociales, pero que no consideraba trascendentales las relaciones económicas que les sirven de fundamento.

En comparación con los planteamientos anteriores, el historicismo de Vygotski tiene otro carácter. El suyo es un intento de aplicar en psicología el método de Marx. Así, para él, los determinantes en la evolución psíquica [434](#) del hombre no son la maduración biológica en la ontogénesis, ni la adaptación biológica a lo largo de la lucha por la existencia en la filogénesis (la psicología infantil y la psicología animal de la corriente evolucionista), ni la asimilación por parte del hombre de las ideas del espíritu universal, encarnadas en las creaciones de la cultura («psicología de la comprensión» de W. Dilthey), ni tampoco las relaciones de cooperación social (teoría

de P. Janet), sino la actividad laboral del hombre con ayuda de instrumentos. Ese planteamiento mantiene una estrecha relación orgánica con la hipótesis del carácter mediado de los procesos psíquicos a través de los instrumentos.

Puede decirse que antes de Vygotski el análisis ontogenético seguía un método de cortes transversales: se procedía a medir el nivel de desarrollo y comportamiento del niño, el estado de las diferentes funciones psíquicas en diferentes edades y después, de acuerdo con los resultados de las mediciones aisladas, que proporcionaban puntos discretos en el eje de la edad, se trataba de establecer el cuadro general del desarrollo.

Para Vygotski, los defectos de tal método eran evidentes. El consideraba que la hipótesis del carácter mediado abría vías a otro método de analizar el desarrollo psíquico en la ontogénesis, y que, estriba en la posibilidad de modelar (expresándonos en términos de los años 60) el mismo proceso. Y en efecto, en numerosos casos el método histórico-genético de Vygotski proporcionó resultados inaccesibles al de los cortes transversales.

El estudio de la historia de la formación de las funciones psíquicas superiores en la ontogénesis y de la filogénesis como formaciones constituidas sobre la base de funciones psíquicas elementales, que actúan de forma mediada a través de instrumentos psicológicos, se convirtió en el tema central de las investigaciones de Vygotski y sus colaboradores.

Apartado 06

En esa perspectiva, la primera pregunta se refiere a los instrumentos psicológicos: ¿qué son y cuál es el mecanismo de su acción mediada?

Para ilustrar el origen de la idea del carácter mediado, L. S. Vygotski recurre al ejemplo de un enfermo de parkinsonismo, internado en la Clínica G. I. Rossolimo. Cuando le decían al paciente que anduviese, éste sólo era capaz de responder intensificando el temblor, pero no lograba andar. Cuando colocaban en el suelo ante él unos papeles blancos alineados y le volvían a decir que anduviese, el temblor disminuía y el paciente comenzaba a desplazarse, pisando un papel tras otro.

Vygotski justificaba estos resultados diciendo que el enfermo se encuentra ante dos series de estímulos. La primera serie son las órdenes verbales, incapaces de despertar en él el comportamiento adecuado. Entonces surge en su ayuda la segunda serie, los trozos de papel blanco que actúan de forma mediada en la reacción inicial del enfermo: es precisamente la segunda serie de estímulos la que actúa como medio rector del comportamiento, de ahí 435 que Vygotski la denomine estímulos-medios [4]. En esta descripción, la idea de Vygotski parece estar cercana a la psicología del comportamiento, aunque pronto queda patente que semejante proximidad es puramente terminológica. Los behavioristas se limitarían en este caso a analizar la conducta observable, mientras que Vygotski lo considera solamente un ejemplo, cuya importancia estibaría en el estudio del proceso de carácter mediado de las funciones psíquicas a través de los estímulos-medios y en modo alguno en las meras reacciones comportamentales. En cuanto a los estímulos-medios, su círculo se iba ensanchando infinitamente. Así, en la tesis de su informe «El método instrumental en psicología» (1930) Vygotski cita como ejemplo de estímulos-medios (instrumentos psicológicos), la lengua, las diferentes formas de numeración y cálculo, los mecanismos mnemotécnicos, los simbolismos algebraicos, las obras de arte, la escritura, los esquemas, los diagramas, los mapas, los dibujos, toda clase de signos convencionales, etc. Aquí hay que volver a reconocer el mérito de la audacia científica de Vygotski, al decidir englobar en una misma serie objetos claramente incomparables externamente. En aquel entonces, la concepción general hacía que el psicólogo estudiara por un lado los dispositivos secundarios, que desempeñaban un papel ejecutivo («hacer un nudo en la memoria», etc.), y por otro, las formaciones psicológicas básicas (por ejemplo, el lenguaje).

Pero, ¿qué tienen en común objetos tan heterogéneos, desde la palabra hasta el nudo en la memoria? En primer lugar, que todos son creaciones artificiales de la humanidad y que constituyen elementos de la cultura (de ahí la denominación de histórico-cultural que tiene la teoría de Vygotski). Además, todos esos estímulos-medios o instrumentos psicológicos estaban dirigidos hacia el exterior, hacia los iguales. Sólo después los instrumentos psicológicos se dirigen hacia uno mismo, es decir, se convierten en un medio rector de los procesos psíquicos propios en el plano individual para después desarrollarse internamente. La función psíquica actúa de forma mediatizada desde dentro y decae la necesidad de un estímulo-medio externo (con respecto al individuo en cuestión). Vygotski denominará a todo este proceso, de principio a fin, «círculo completo de desarrollo histórico-cultural de la función psíquica».

En el artículo «El problema del desarrollo cultural del niño» (1928) describe detalladamente este proceso con motivo de los experimentos sobre recordación de palabras, llevados a cabo con niños por él y sus colaboradores. En esos experimentos los dibujos desempeñaban el papel de estímulos-medios. Si en una primera etapa el experimentador tenía que mostrar los dibujos al niño, en una segunda era éste quien los elegía (giro del instrumento hacia uno mismo) y en la tercera se producía el desarrollo interno, es decir, desaparecía la necesidad del dibujo. En el mismo artículo, Vygotski señala varios tipos posibles de desarrollo interno: el que consistiría en una simple sustitución de los estímulos externos por otros internos, el de «sutura», que uniría en un mismo acto las partes del proceso que antes eran relativamente independientes y, por último, el de asimilación del carácter mediado que 436 tiene la propia estructura y que constituye el tipo más perfecto de desarrollo.

Por consiguiente, la lógica interna de la evolución de su teoría, conduce de lleno a Vygotski a los problemas de interiorización, que durante aquellos años estudiaba minuciosamente la escuela francesa. Pero existía una diferencia básica en la manera de entender la

interiorización por ambas partes. Para la primera, a la conciencia individual asocial originaria se le implantan desde fuera ciertas formas de conciencia social (E. Durkheim) o se le aportan elementos de una actividad social externa, de colaboración social (P. Janet). Para Vygotski, en cambio, la conciencia se forma únicamente en el proceso de interiorización y no existe conciencia asocial filogenética u ontogénica alguna.

En estas pruebas se vio confirmada experimentalmente la tesis fundamental de Liev Semiónovich. Gracias al carácter mediado del proceso psíquico a través de instrumentos psicológicos el propio proceso se modifica y se reorganiza su estructura (por ejemplo, la memoria lógica se forma sobre la base de la memoria sensorial). Aquí aparece en embrión otra idea más de Vygotski: la de que en el proceso de la ejecución lógica se incorpora indefectiblemente a la memoria. Ello se habría de convertir más tarde en el punto de partida del concepto de sistemas psicológicos que Vygotsky desarrolla (véase más adelante).

En las investigaciones sobre el proceso de ejecución mediada, el método - histórico-genético de Vygotski tiene una importancia básica. Ahí, en los hechos empíricos, es donde se manifiesta la gran fuerza heurística de este método, aunque fueran hechos que la ciencia psicológica conocía en parte con anterioridad. El mismo Vygotski, en su artículo «El problema del desarrollo cultural del niño» recuerda, por ejemplo, los experimentos de A. Binet sobre la recordación, en los que pone en claro que el sujeto recurre a diferentes procedimientos para aumentar la cantidad de cifras a recordar. Sin embargo, ni Binet ni otros psicólogos, que conocían perfectamente hechos análogos (existía el conocido término de «mnemotécnica»), fueron capaces de interpretarlos como correspondía. Veían en ellos tan sólo un cómodo procedimiento técnico de recordación, que en el mejor de los casos tenía un valor aplicado o que simplemente constituía un caso curioso, un truco (Binet escribió sobre la simulación de la memoria con ayuda de la mnemotécnica).

Nadie fue capaz de ver en ello la clave para el descubrimiento de las regularidades fundamentales de la vida psíquica. Hay que tener además en cuenta que las investigaciones se llevaban a cabo con adultos, y los experimentadores, al estudiar, por ejemplo, la amplitud de la atención, no se planteaban la cuestión del desarrollo ontogénico y filogénico de la correspondiente función psíquica. El significado fundamental de los hechos en cuestión sólo se podía descubrir siguiendo, como hizo Vygotski, el camino del análisis histórico-genético (precisamente el histórico-genético, que permitía obtener la formación de una u otra función y no simplemente un análisis mediante cortes transversales). 437

La hipótesis del carácter mediado de las funciones psíquicas en combinación con el método histórico-genético descubría ante Vygotski nuevas perspectivas de investigación. Este planteamiento le permitía destacar la unidad principal de la vida psíquica, como puede verse en los artículos «El método instrumental en psicología» y «El problema del desarrollo cultural del niño», donde analiza el caso de los procesos de recordación. En el primero de ellos escribe: «En la recordación natural se establece un nexo (reflejo condicionado) asociativo directo A — B entre los estímulos A y B; en la recordación mnemotécnica de la misma impresión con ayuda del instrumento psicológico X (nudo en el pañuelo, esquema mnemotécnico), en lugar del nexo directo A — B se establecen dos nuevos: A — X y X — B; cada uno de ellos es un proceso reflejo condicionado igual de natural... que el nexo A — B; el hecho nuevo, artificial, instrumental viene dado por la sustitución del nexo A — B por dos: A X y X — B, que conducen al mismo resultado, pero por otro camino (véase el esquema de la pág. 66 del presente volumen).

Para comprender correctamente esta idea de Liev Semiónovich hay que tener en cuenta que para él los procesos de recordación actuaban únicamente como modelos. En cuanto a los de carácter mediado tienen, según su hipótesis, importancia primordial para cualquier función psíquica. Por eso, el esquema que ofrece Vygotski tiene valor universal. Se trata en este caso de la sustitución del esquema binomial de análisis, aceptado por toda la psicología de los años 20, por otro nuevo, trinómico, en el que entre el estímulo y la reacción se intercala un tercer miembro, intermedio, de carácter mediado; el estímulo-medio o instrumento psicológico. El pathos de la idea de Vygotski consiste en que la unidad de análisis que conserva las propiedades fundamentales de las funciones psíquicas estribaría únicamente en ese esquema trinómico, que no podría dividirse más.

Surgía, por tanto, una pregunta decisiva: ¿es verdad que la hipótesis de carácter mediado, planteada por Vygotski, permite establecer una unidad universal nueva y adecuada para la estructuración de las funciones psíquicas? Si es así, Vygotski podía comenzar a resolver el problema de la conciencia desde las posiciones del método histórico-genético. Al principio, las vías de verificación fueron primero la memoria y después la atención («Desarrollo de las formas superiores de la atención en la edad infantil», 1925). En el curso de los experimentos sobre la atención, la hipótesis del carácter mediado obtuvo una nueva confirmación: la estructura de los procesos de atención también se reorganiza gracias a instrumentos psicológicos.

El siguiente paso en el programa de investigación de Vygotski y sus colaboradores consistió en la verificación de la hipótesis del carácter mediado en una función psíquica tan fundamental como el pensamiento. No obstante, estas investigaciones produjeron muy pronto nuevos e inesperados resultados. 438

Apartado 07

Es sabido que el pensamiento se entrelaza estrechamente con el lenguaje. Algunos psicólogos (por ejemplo, J. Watson) habían llegado a la conclusión de que el pensamiento se reduce al lenguaje interno. En este sentido, para Watson la ontogénesis del pensamiento seguía la secuencia: lenguaje en voz alta — murmullo — lenguaje interior. Sin embargo, las investigaciones llevadas a

cabo a principios de siglo por la escuela de Wurtzburgo pusieron de manifiesto que el pensamiento y el lenguaje están muy lejos de coincidir.

Había por tanto dos puntos de vista sobre el particular: el que sostenía la total identificación entre el pensamiento y el lenguaje y el que sostenía la total diferenciación. El carácter unilateral de estas posiciones dio lugar a la aparición de numerosísimas tendencias intermedias y de compromiso. Desde el principio, L. S. Vygotski estuvo en desacuerdo con un método cuya lógica se basaba en estudiar los procesos del pensamiento a través del lenguaje en personas adultas y mediante la disociación de esos procesos en los elementos de que se componen. El pensamiento era considerado independiente del lenguaje y éste, independiente del pensamiento. Después, los psicólogos intentaron, según palabras de Vygotski, imaginarse la relación entre uno y otro como una dependencia puramente mecánica entre dos procesos distintos («Pensamiento y lenguaje», capítulo primero). Aquí encontró claramente los dos principales defectos de los psicólogos: el análisis por elementos y el antihistoricismo.

De ahí que la verdadera respuesta a la pregunta sobre la relación entre el pensamiento y el lenguaje pudiera únicamente salir de las investigaciones histórico-genéticas. La psicología había acumulado ya algún material empírico. Así, en los años 20, las investigaciones de W. Köhler arrojaron nueva luz a estas preguntas. Por un lado, descubrió en los monos lo que él denominó inteligencia instrumental, y parecía plausible un nexo entre éste y el pensamiento humano (en particular el verbal). Podía considerársele como uno de los niveles filogenéticamente antecesores del pensamiento humano. Por otro lado, en los chimpancés se descubrieron algunas analogías con el lenguaje antropoide. Pero lo más interesante era que el propio Köhler y otros investigadores que replicaron su experimento coincidían en la opinión de la ausencia de nexo entre la inteligencia instrumental y los rudimentos de lenguaje en los monos. Resultaba, por consiguiente, que las raíces genéticas del pensamiento y el lenguaje humanos eran distintas y sólo se cruzaban en determinada etapa.

A la luz de estos hechos y de acuerdo con la lógica general de su concepción, Vygotski llegó a la conclusión de que el lenguaje es un instrumento psicológico que actúa de forma mediada en un estadio temprano del pensamiento (por estadio temprano del pensamiento sobreentendía la actividad práctica). Como resultado de ese carácter mediado se forma el pensamiento verbal. Liev Semiónovich expresaba aforísticamente esta idea, parafraseando la locución proverbial de «Fausto». En lugar de la expresión 439 bíblica «En el principio fue la palabra» Goethe escribe: «Primero fueron los actos». Para Vygotski, en el problema de la génesis del pensamiento, el centro lógico se desplaza a la palabra «primero». Por tanto, primero fueron los actos (la actividad práctica), que actuaron de forma mediada a través de la palabra. En eso suponía Vygotski que consistía el problema en el plano filogenético.

En principio, algo parecido debía producirse también en la ontogénesis. J. Piaget llevó a cabo durante los años 20 una investigación ontogénica sobre el pensamiento y el lenguaje, que causó gran impresión a Liev Semiónovich. En realidad, el libro «Pensamiento y lenguaje» fue concebido en gran medida como una polémica con Piaget, aunque, naturalmente no fue ése el principal contenido del trabajo. (Es interesante señalar que el propio Piaget lo leyó tan sólo a finales de los años 50 y estuvo de acuerdo en muchos aspectos con las observaciones críticas de Vygotski.) Piaget llegó a destacar y a describir el fenómeno del lenguaje como una manifestación de la asociabilidad original inherente al niño. Posteriormente, a medida que se socializa va desapareciendo su lenguaje egocéntrico.

En el transcurso de su experimentación, Vygotski demostró de forma convincente que se produce todo lo contrario. El lenguaje egocéntrico es social desde los mismos orígenes. No desaparece, sino que se convierte en lenguaje interior, se interioriza. Al mismo tiempo, constituye un importante instrumento del pensamiento, que nace de la actividad del niño a través del empleo de objetos. El pensamiento verbal se va estructurando a medida que la actividad se interioriza. Aquí se confirma una vez más la hipótesis de Vygotski: en el pensamiento, que tiene su origen en la actividad práctica, actúa de forma mediada el lenguaje, la palabra.

Pero esta hipótesis es aún más verificable en aquellas investigaciones sobre la formación en los niños de un producto del pensamiento verbal como es la generalización. La tarea consiste en verificar si es verdad que la palabra es el medio, el instrumento psicológico que actúa de forma mediada en el proceso de generalización y formación de conceptos en los niños.

Las investigaciones a que nos referimos fueron iniciadas en 1927 por Vygotski junto con su colaborador L. S. Sájarov, y después de la muerte de este último (1928) continuadas en 1928-30 conjuntamente con Yu. V. Kotiólova y Ye. I. Pashkovskaia (la exposición detallada de los métodos y resultados de estas investigaciones figura en el trabajo de Vygotski «Pensamiento y lenguaje» y en el artículo de Sájarov «Sobre los métodos de investigación de los conceptos»).

Para analizar los procesos de generalización, Vygotski y Sájarov elaboraron el nuevo procedimiento metodológico de la doble estimulación, que consiste en la conocida modificación del método de las palabras artificiales, propuesta a comienzos de siglo por N. Ach para estudiar los conceptos. La investigación se basaba en el mismo esquema básico que el aplicado en otras funciones psíquicas. Al sujeto se le planteaba la tarea de llevar a cabo según grupos de rasgos la generalización de una serie de figuras geométricas tridimensionales, 440 que se distinguían unas de otras por su tamaño, forma y color. El papel de la segunda serie de estímulos, los estímulos-medios, lo debían desempeñar palabras artificiales carentes de significado incluidas en el experimento.

En el curso de los experimentos se obtuvo un resultado imprevisto, que dio un giro total a la investigación. Resultó que el sujeto transformaba la tarea de generalizar las figuras con ayuda de estímulos-medios en otra: la de descubrir el valor de los mencionados estímulos mediante la elección de las propias figuras geométricas. Por consiguiente, los instrumentos psicológicos, los estímulos-

medios se manifestaban bajo otra apariencia: se convertían en portadores de determinados significados. Estos datos permitieron modificar la terminología de la investigación: se comenzó a dar a los instrumentos psicológicos o estímulos-medios el nombre de signos. Vygotski empezó a utilizar la palabra signo en el sentido de «que tiene significado».

Hay que decir que Liev Semiónovich se había interesado por el papel de los signos en la vida psíquica del hombre antes de dedicarse a la psicología científica. El tema se le había planteado por primera vez cuando trabajaba en la psicología del arte. Ya en el libro «Psicología del arte» escribe que las emociones humanas son producto de determinados signos y que, basándose en el análisis de los mismos, el trabajo debe centrarse en el análisis de las emociones. En este caso, el signo representa para él un símbolo que tiene determinado significado.

Ese punto de vista, tradicional para la crítica literaria y el estudio del arte, era insólito para la psicología o la fisiología (un reflexólogo podría haber dicho también que el signo produce una emoción, pero lo consideraría como un excitante condicionado en el mismo sistema de reflejos condicionados). Fue precisamente la cultura humanística (especialmente la semántica y la semiótica), que Vygotski había logrado dominar durante los años de su trabajo en la «Psicología del arte», la que le ayudó a no dejarse influenciar por los esquemas reflexológicos en la interpretación de sus experimentos sobre la generalización, sino a ver en ellos la salida del problema del significado.

Es interesante señalar a este respecto que, ya a finales de los años 20 y comienzos de los 30, Liev Semiónovich reanudó su investigación sobre el papel de los signos en la psicología del arte, es decir, expresándonos en el lenguaje actual, sus investigaciones semióticas (entonces no existía aún la semiótica como ciencia). Inició, junto con S. M. Eisenshtéin, sus trabajos sobre la teoría del lenguaje del cine (que interrumpió la muerte de Vygotski; algunos materiales se conservan en el archivo de Eisenshtéin).

Apartado 08

Por consiguiente, para L. S. Vygotski el estudio del problema de la generalización, del desarrollo de los conceptos, de los problemas del significado de la palabra constituía el modo de analizar la ontogénesis del pensamiento, y se convertiría en el centro neurálgico de toda su teoría. [441](#)

Los experimentos llevados a cabo según el método de la doble estimulación pusieron de manifiesto que los conceptos (y junto con ellos el significado de las palabras) atraviesan varias etapas en su desarrollo.

Primera etapa (edad preescolar). Es la edad del sincretismo. En esta etapa la palabra no tiene gran importancia para el niño. Este agrupa las figuras de acuerdo con un rasgo casual (por ejemplo, por su proximidad en el espacio o por un rasgo exteriormente llamativo, etc.). Esa agrupación, basada en impresiones casuales, sería de naturaleza inestable.

Segunda etapa. Los complejos. La generalización-complejo adopta formas diversas, pero tienen en común el que, aunque el niño agrupa los objetos basándose en su experiencia sensorial directa, lo hace de acuerdo con nexos objetivos. Por cierto, que cualquier nexo puede servir de base para la inclusión del objeto en el complejo, lo único que hace falta es que esté presente. Durante el proceso de aparición de los complejos, estos nexos, como base que son de la agrupación, varían constantemente, parece que se deslizan, que pierden su configuración, conservando en común entre sí tan sólo el que se manifiestan a través de una única operación práctica cualquiera. En esta fase, los niños no pueden percibir un atributo cualquiera o una dependencia entre los objetos fuera de una situación concreta, presente, visible, en la que estos objetos manifiestan una abundancia de atributos que se entrecruzan; por eso, los niños pasan de una característica a otra, a una tercera, etcétera.

En el aspecto funcional todos los atributos son iguales, no existen jerarquías entre ellos. Un objeto concreto forma parte del complejo en tanto que unidad presente, con todos sus inalienables atributos reales. El signo verbal desempeña un papel primordial en la formación de esa generalización, interviniendo a modo de «apellido» de aquellos objetos unidos por cualquier atributo real del objeto.

Entre los complejos ocupa un lugar especial una de las formas —el pseudoconcepto—, que constituye, según palabras de Vygotski, «la forma más difundida de pensamiento complejo del niño en la edad preescolar, que predomina sobre todas las restantes y que con frecuencia es casi la única» («Investigaciones psicológicas escogidas», 1956, pág. 177). Por el modo en que el niño lleva a cabo la generalización basándose en los rasgos externos, se trataría de un concepto, pero por el tipo de proceso que conduce a la generalización es un complejo. Así, el niño puede elegir libremente y reunir en un grupo todos los triángulos, independientemente de su color, tamaño, etcétera. No obstante, un análisis detenido revela que el niño efectúa esa agrupación basándose en la captación visual del rasgo más característico de los «triángulos» (que son cerrados, que las líneas se cortan de una forma específica, etc.) sin fijarse en absoluto en las propiedades esenciales de esa figura en tanto que geométrica, es decir, sin recurrir a la idea del triángulo. Dado que ese tipo de agrupación sólo puede conseguirla alguien que domine ya ese concepto, el pseudoconcepto y el concepto coinciden en cuanto al [442](#) producto implican diferentes formas de trabajo, diferentes operaciones intelectuales.

Tercera etapa. Es el concepto propiamente dicho. Se forma mediante la abstracción de un rasgo común a una serie de rasgos seleccionados. Cuando se han establecido los rasgos abstractos y se han aislado ciertos elementos de la situación concreta, estamos en el primer estadio de la formación del concepto. El concepto propiamente dicho surge cuando una serie de rasgos abstraídos

vuelven a sintetizarse. La palabra desempeña un papel decisivo en la creación del concepto, como una forma de centrar la atención en el rasgo correspondiente. El papel de la palabra (el valor del signo verbal) es aquí completamente distinto al que juega en el nivel de los complejos.

Esta investigación proporcionó una serie de importantes resultados y planteó numerosos problemas. En el contexto de la teoría general de Vygotski es trascendental el descubrimiento del hecho de que a lo largo de la ontogénesis varían, tanto el significado de las palabras-signos, como su función, que va desde la denominación «por el apellido» hasta los medios de abstracción. También es importante que el método de la doble estimulación se viera confirmado de nuevo y mostrara que también en los procesos de generalización el signo actúa como procedimiento de carácter mediado (variando su papel en las distintas etapas).

No obstante, lo que respecta al problema mismo de la formación de los conceptos y de la generalización, la investigación de Vygotski planteó más preguntas nuevas que respuestas dio a las viejas. Su logro más importante fue el descubrimiento del nivel de los complejos y sobre todo de los pseudoconceptos. Y una pregunta surge en este punto: ¿por qué la psicología tradicional anterior a Vygotski no tenía en cuenta los pseudoconceptos? Sin duda era debido a que los consideraba conceptos y no tenía modo alguno de diferenciarlos. Para ella, el único rasgo de los conceptos era la generalización, el establecimiento de una determinada comunidad. Ese modo de plantear el problema hacía que tanto los pseudoconceptos como los verdaderos conceptos fueran indistinguibles.

Es importante tener en cuenta que esa caracterización de los conceptos no era psicológica, sino formalmente lógica. Su trasposición acrítica desde la lógica formal, donde realmente tenía una función, a la psicología, donde carecía de contenido, constituía para ésta un perjuicio del que no se daban cuenta ni los propios psicólogos. El primer golpe a esa interpretación de los conceptos lo infligió la investigación realizada por E. Jaensch durante los años 20, y el trabajo de Vygotski puso punto final a la cuestión. El método de análisis histórico-genético de Vygotski, profundamente psicológico, permitió descubrir la falta de consistencia psicológica de la definición lógico-formal del concepto, que agrupaba fenómenos psicológicos heterogéneos: el concepto auténtico y el pseudoconcepto.

Pero la paradoja del descubrimiento de Vygotski estribaba en que él mismo estaba siguiendo en su trabajo sobre los conceptos la línea evolutiva de las generalizaciones que se generan en una situación concreta, camino que [443](#) resultaría inadecuado desde un punto de vista psicológico, como su propia investigación mediante el método histórico-genético demostraría. Naturalmente, el hecho de relacionar el concepto con los objetos continúa siendo un paso indiscutible para su explicación materialista, pero no hay que confundirlo con la evidencia situacional. Incluso el nivel superior de generalización de la situación concreta no es, sin embargo, como intuía Vygotski, el nivel superior de desarrollo del propio concepto. El concepto así surgido estaría, aún en su máximo grado de abstracción, más cerca del pseudoconcepto y del complejo, con los que constituiría una continuidad: su nexa sería el contenido de la generalización que habría tras ellos. Para penetrar el nivel superior del concepto había que partir de otro principio de generalización, abordar el concepto desde otro lado.

En este sentido se dirigieron las búsquedas ulteriores de Vygotski. En ese campo le quedó mucho sin resolver, pero lo que logró conseguir (Zh. Shif trabajaría en el problema bajo su dirección en los años 1930-31) ha dejado una sensible huella en la psicología y ha conseguido posteriormente amplia aplicación práctica.

L. S. Vygotski desarrolló dos clases de conceptos: los cotidianos y los científicos. Los cotidianos son los conceptos que surgen en los experimentos anteriormente descritos. Son el nivel superior que puede alcanzar la generalización que parte de una situación evidente, la abstracción a partir de un rasgo evidente conocido. Estos conceptos son representaciones genéricas que van de lo concreto a lo abstracto. Son conceptos espontáneos. Como dijo metafóricamente el propio Lev Semiónovich en su trabajo «Pensamiento y lenguaje», se trata de «generalizaciones de cosas».

Los conceptos científicos, tal y como se demuestra en la investigación de Shif, se forman en el niño de otra manera. Son «generalizaciones de pensamientos». Se establece una dependencia entre conceptos, llevándose a cabo la formación de un sistema. A continuación tiene lugar el reconocimiento por parte del niño de su propia actividad mental, gracias a lo cual se forma en él una actitud especial hacia el objeto, que le permite reflejar en este último lo que no está al alcance de los conceptos empíricos (la penetración en la esencia del objeto). Como mostró Vygotski, el camino de la formación del concepto científico es opuesto al de la formación del concepto cotidiano, espontáneo. Es el camino de lo abstracto a lo concreto, cuando el niño reconoce mejor desde el primer momento el propio concepto que el objeto que lo representa.

Vygotski no pudo llegar al fin en la investigación de este proceso, pero su gran logro científico consistió en haber conseguido mostrar experimentalmente la diferencia psicológica entre los procesos de formación de los conceptos cotidianos y de los conceptos científicos.

¿Cómo cabe coordinar el desarrollo de los conceptos cotidianos y científicos en el niño? Vygotski ligaba este problema al más amplio de la instrucción y del desarrollo. En el curso de la investigación tropezó con el hecho de que los conceptos científicos evolucionaban con más rapidez que [444](#) los espontáneos («Pensamiento y lenguaje», capítulo sexto). El análisis de este hecho le llevó a la conclusión de que el grado de asimilación de los conceptos cotidianos muestra el nivel de desarrollo actual del niño, mientras que el

de asimilación de los conceptos científicos corresponde a su zona de desarrollo próximo. La introducción del concepto «zona de desarrollo próximo» constituye una enorme aportación de Liev Semiónovich a la psicología y la pedagogía.

Los conceptos cotidianos se desarrollan en realidad espontáneamente. Los científicos son aportados a la conciencia del niño durante su instrucción. «Pero si los conceptos científicos... hacen evolucionar alguna de las parcelas de desarrollo que no han sido tratadas en el curso de la instrucción... entonces comenzamos a darnos cuenta de que la enseñanza puede en efecto desempeñar un enorme y decisivo papel en el progreso intelectual del niño» (ibídem). «La enseñanza únicamente es válida cuando precede al desarrollo». Entonces «engendra toda una serie de funciones que se hallaban en fase de maduración y permanecían en la zona de desarrollo próximo» (ibídem).

Por consiguiente, la zona de desarrollo próximo caracteriza la diferencia entre lo que el niño es capaz de alcanzar por su cuenta y lo que es capaz de conseguir con ayuda del instructor.

En aquel momento, ese enfoque resultaba revolucionario. Es sabido que en aquella época predominaba la idea según la cual la instrucción debía ir siempre a la zaga del desarrollo y servir para reforzar lo conseguido por él. Parecía imposible que la instrucción precediese al desarrollo del niño, porque no se podía enseñar aquello para lo cual aún no había bases madurativas en el propio niño. Precisamente lo habitual era determinar su nivel de evolución según lo que fuera capaz de realizar por sí mismo. Sólo un análisis del desarrollo efectuado mediante cortes transversales podía conducir a semejante conclusión. Pero la cuestión cambió radicalmente después de la aplicación del método histórico-genético de Vygotski, que permitió descubrir el nivel potencial del progreso intelectual del niño: la zona de desarrollo próximo.

El empleo de este concepto tuvo aplicaciones prácticas directas para el diagnóstico del desarrollo intelectual de los niños, que desde ese momento se podía efectuar tanto a partir del nivel actual como del potencial.

Tras verificar la hipótesis del carácter mediado de los procesos psíquicos en la formación de diferentes funciones psíquicas (pensamiento, memoria, atención, etc.) y de poner a punto nuevos métodos de investigación psicológica adecuados al problema, Vygotski retornó al problema inicial, capital: el problema de la conciencia, cuyo ascenso venía dado precisamente por la teoría histórico-cultural. Había llegado el momento en que se podían dar las primeras respuestas a las preguntas planteadas al principio y trazar los caminos para resolver nuevos problemas. Liev Semiónovich no logró culminar esta labor: su muerte la interrumpió. Por eso, su teoría psicológica no puede considerarse terminada. Sin embargo, algunas de las líneas generales de la teoría de la conciencia que logró perfilar ofrecen gran interés. Para comprender su enfoque del problema hay que recurrir a trabajos tan importantes como 445 «Pensamiento y lenguaje» (sobre todo el último capítulo), el informe «Problemas' del desarrollo y la desintegración de las funciones psíquicas superiores» (1934), la conferencia «El juego y su papel en el desarrollo psíquico del niño» (1933), el manuscrito inacabado «La doctrina de Spinoza y Descartes sobre las pasiones a la luz de la psiconeurología actual» (1934), las tesis «La psicología y la doctrina sobre la localización de las funciones psíquicas» (1934). Muchas de las ideas que se refieren a este problema están contenidas también en trabajos más tempranos de Vygotski, especialmente en «Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores» y en el informe «Sobre los sistemas psicológicos» (1930).

¿Cuáles fueron las principales conclusiones a que llegó Vygotski? Las funciones psíquicas se desarrollan en el curso de la evolución histórica de la humanidad. Los signos constituyen un determinado momento de esa evolución. «En la estructura superior —escribía Liev Semiónovich—, la unidad funcional determinante o el eje de todo el proceso lo constituye el signo y la forma de utilizarlo». El signo es cualquier símbolo convencional que tenga un significado determinado. El signo universal es la palabra. La función psíquica superior se constituye de forma mediada sobre la base de la elemental mediante signos en el proceso de interiorización. Esta es la ley fundamental de desarrollo de las funciones psíquicas superiores en la onto- y filogénesis: «Cualquier función en el desarrollo cultural... aparece en escena dos veces, en dos planos, primero en el social, después en el psicológico, primero entre las personas, como categoría intersíquica, seguidamente... como categoría intrapsíquica» («Historia del desarrollo de las funciones psíquicas superiores», 1960, págs. 197-198). En el proceso de interiorización se forma la conciencia humana.

A comienzos de los años 30 se produjo un profundo cambio en la interpretación de Vygotski del proceso de interiorización. El mismo hablaba de ello así: «En el proceso de desarrollo... cambian, no tanto las funciones, tal como las estábamos estudiando anteriormente (ése fue nuestro error), ni tanto su estructura..., como cambian y se modifican las relaciones, los nexos de las funciones entre sí, surgen nuevas agrupaciones, desconocidas en el nivel precedente» («Sobre los sistemas psicológicos», pág. 110). Aquí, Liev Semiónovich, deseando centrar la atención de los oyentes en la diferencia entre estos dos aspectos del problema, es injusto consigo mismo. De no haber partido de semejante «error» al comenzar a estudiar cómo bajo la influencia del carácter mediato varía la estructura de una función aislada, no habría podido llegar a una nueva conclusión, la del cambio de los nexos entre las funciones en el curso del desarrollo.

Al tratar de los problemas de las relaciones interfuncionales, Vygotski recurría a los trabajos del notable evolucionista y psicólogo ruso V. A. Vágner, en quien halló el concepto, muy importante para él, de la evolución según líneas puras y mixtas. Es característica del reino animal la evolución según líneas puras, es decir, la «aparición de un nuevo instinto, de una variedad de instinto, que deja... invariable todo el sistema de funciones 446 establecido con anterioridad». («El problema y la alteración de las funciones psíquicas superiores» 1960, pág. 368). Por el contrario, en la evolución de la conciencia humana, «el primer plano... en el desarrollo de las

funciones psíquicas superiores le corresponde, no tanto al de cada función psíquica... como a la variación de la relación interfuncional (ibidem).

Con motivo de este viraje en la investigación de las relaciones interfuncionales, Vygotski recurre al nuevo concepto de sistema psicológico. En psicología se utilizaba con diversos significados imprecisos, incluso antes de Vygotski, pero para él se trataba de nexos interfuncionales, de una estructura interfuncional responsable de un determinado proceso psíquico (la percepción, la memoria, el pensamiento, etc.). En «Conferencias de psicología» (1932) escribe: «El valor central de la estructura global de la conciencia y de toda la actividad de las funciones psíquicas le corresponde al desarrollo de la primera» (ibidem, pág. 300).

El concepto de sistema psicológico resultó muy fecundo en la teoría de Vygotski [5]. En efecto, los psicólogos sabían hacia mucho que, por ejemplo, en los procesos de la memoria lógica participa no sólo la memoria, sino también el pensamiento. El mérito de Liev Semiónovich consistió en lograr demostrar a partir del método histórico-genético que los sistemas psicológicos se forman a través de los signos debido al carácter mediado de las funciones psíquicas. Este hecho ya surgió en el curso de los experimentos sobre el desarrollo de la memoria mediada («El problema del desarrollo cultural del niño»), pero la gran importancia que se le atribuyó estaba en el contexto de la hipótesis de lo mediado. En cambio, ahora, al investigar los sistemas psicológicos, Vygotski se encuentra ante una serie de nuevos e interesantes problemas psicológicos que ese hecho plantea.

El problema de la localización de las funciones psíquicas superiores 6 recibe también un nuevo tratamiento. Es sabido que en el siglo XIX la teoría de la localización tuvo un desarrollo en línea con el más estricto localizacionismo. Los investigadores (por ejemplo, P. Broca y otros) consideraban que la tarea fundamental consistía en descubrir a qué parte concreta del cerebro compete tal o cual proceso psicológico. En el siglo XX esta idea había dejado de tener vigor, debido a la influencia de los nuevos éxitos de la neurología y de la fisiología. Y aunque científicos como K. Goldstein, Ch. Sherrington y otros siguieron apoyando la idea de la localización estricta, no lograron dar con una salida positiva.

La idea de los sistemas psicológicos permite a Vygotski perfilar una solución a la crisis localizacionista. El hecho de considerar el problema de la localización a la luz del enfoque dinámico e histórico-genético le hace fijarse en la génesis de los sistemas psicológicos. Pero para investigarlo no se basó en la vía ontogénica o filogenética, sino en el análisis de casos patológicos: la desintegración de los sistemas psicológicos (por ejemplo, en el caso de lesiones cerebrales locales). Vygotski consigue descubrir una constante: la lesión de una determinada zona de la corteza cerebral en la infancia afecta al desarrollo de zonas superpuestas a ella, mientras que la lesión de esa misma 447 región en la edad afecta, por el contrario, a zonas más internas del cerebro («La psicología y la doctrina sobre la localización de las funciones psíquicas»). Esta tesis, y fundamentalmente la aplicación del método histórico-genético a los casos de lesiones cerebrales locales, se convierten en el punto de partida para el desarrollo de una nueva rama de la ciencia: la neuropsicología. .

Gracias al concepto de los sistemas psicológicos surge una nueva concepción del problema de la conciencia. Resulta evidente que para analizar la estructura de la conciencia no hay que comenzar por el estudio de funciones aisladas, sino por el estudio de los sistemas psicológicos. Pero Vygotski no tuvo tiempo de llevar a cabo ese análisis. Existen fundamentos para suponer que, de acuerdo con la lógica de su teoría, debería haber situado el significado en el centro de la conciencia, problema sobre el que trabajó intensamente durante los últimos años de su vida.

El planteamiento de este problema por parte de Liev Semiónovich exige un análisis específico. Naturalmente, parecería que al situar la conciencia en el mundo de productos de la cultura tan depurados como son el signo y el significado, Vygotski estaría renunciando al programa psicológico dirigido inicialmente al estudio de la actividad práctica con ayuda de objetos, laboral del hombre, estudio al que estaban orientados todos los esfuerzos de Vygotski.

L. S. Vygotski se daba perfecta cuenta de ello al ocuparse del problema fundamental de la conciencia y la actividad, cuando escribía que «tras la conciencia surge la vida». Pero, ¿cómo abrirse paso hacia esa vida o, con otras palabras, hacia la actividad práctica?

Hay que decir que ya algunos psicólogos de los años 30 (por ejemplo, A. A. Talankin, P. I. Razmislov y otros) captaban y señalaban el punto débil que existía en la interpretación de la relación entre la conciencia y la vida real, y que en la teoría histórico-cultural se haría patente. El problema era muy complejo en la psicología y sigue siéndolo.

L. S. Vygotski, que durante los años 20 había intentado aplicar a la psicología al concepto de actividad práctica, inicia en los años 30 un nuevo camino en la trayectoria de sus investigaciones para pasar a considerar como tarea central el análisis del ámbito motivacional y emocional, porque mediante él la actividad estaría determinando los procesos psíquicos, la conciencia. Al final del libro «Pensamiento y lenguaje» escribe: «El pensamiento no es aún la última instancia... El propio pensamiento no nace de otro pensamiento, sino de la esfera motivadora de nuestra conciencia... Tras el pensamiento se halla la tendencia afectiva y volitiva. Sólo ella puede dar respuesta al último «por qué» en el análisis del pensamiento (1956, pág. 357). El trabajo «La doctrina de Spinoza y Descartes sobre las emociones a la luz de la psiconeurología actual», iniciado por él en esta línea, no se vio culminado. Vygotski sólo tuvo tiempo de analizar en lo fundamental la obra de Descartes (el manuscrito se publica por vez primera en el tomo sexto de presente edición). 448

En sus últimos trabajos (por ejemplo, en la conferencia «El juego y su papel en el desarrollo psíquico del niño», leída en 1933) Vygotski perfiló otra línea para articular la actividad y la conciencia. Si antes había mostrado que la actividad del niño determina la formación de su modo de pensar en la infancia temprana, aquí Vygotski intenta mostrar cómo la actividad externa (el juego) determina el desarrollo psíquico («crea la zona de desarrollo próximo») y constituye la actividad rectora, haciendo hincapié en el aspecto afectivo-emocional del juego, de acuerdo con sus intereses teóricos del momento.

Resulta casi imposible repasar en un artículo, siquiera brevemente, todos los problemas de que se ocupó y que estudió L. S. Vygotski, uno de los últimos enciclopedistas de la ciencia psicológica. Por eso han quedado fuera de nuestro análisis, entre otros, sus trabajos defectológicos y pedagógicos. Estas cuestiones serán tratadas en los correspondientes volúmenes de la presente edición. Creemos que nuestra tarea debía consistir en mostrar la evolución de la teoría psicológica general de Vygotski, que es lo principal de su multifacética obra. Su objetivo fue construir los fundamentos de la psicología marxista, concretamente la psicología de la conciencia. Supo ver que la tarea central de la psicología marxista debería ser la actividad del hombre con ayuda de objetos. Y aunque el término «actividad con ayuda de objetos» no figura en sus trabajos, éstos eran sus proyectos subjetivos. La teoría histórico-cultural de Vygotski, con sus ideas sobre el carácter mediado de los procesos psíquicos con ayuda de instrumentos psicológicos (por analogía con la forma en que los instrumentos materiales del trabajo intervienen de forma mediada en la actividad práctica del hombre) fue la primera formalización psicológica de ese modelo. Vygotski introdujo con esta idea el método dialéctico en la ciencia psicológica y gracias a ella elaboró su método histórico-genético.

Estas ideas de Vygotski le permitieron alcanzar notables avances científicos, al tiempo que centraba su atención en otra perspectiva de la actividad, entrando en el área de lo emocional y afectivo, aunque no tuvo tiempo de llevar a cabo el nuevo programa de investigaciones que se derivaba de ello.

Cincuenta años nos separan de las ideas expuestas por Vygotski. Pero los problemas centrales a cuya solución entregó su vida Lev Semiónovich continúan siendo centrales para la psicología soviética actual, que sigue trabajando según los principios teórico-metodológicos por él elaborados. Ese es el mejor resumen y la mejor valoración que puede hacerse de la obra del gran psicólogo del siglo XX Lev Semiónovich Vygotski.

A. N. Leontiev

449

Notas

[1] L. S. Vygotski no cita con exactitud. El texto del Evangelio dice: «La piedra que desecharon los constructores, ésta vino a ser piedra angular... (Evangelio de San Mateo, Cap. 21, estrofa 42). (N.R.R.).

[2] Hay que señalar que ya en 1920, en el libro «La reforma de la ciencia» P. P. Blonski manifestó la idea de la importancia de la actividad laboral para analizar la psicología del hombre. Algo después de Vygotski, M. Ya. Basov expresó la profunda idea del significado de la actividad externa y laboral para la psicología en su obra «Fundamentos generales de psicología» (1927). No obstante, Basov y Vygotski seguían líneas diferentes en el análisis concreto de la actividad. Es importante señalar que ambos relacionaban directamente la importancia de las investigaciones sobre la actividad práctica, laboral, del hombre con las tareas de la estructuración de la psicología marxista. Entre los psicólogos extranjeros, el eminente científico francés P. Janet expuso durante los años 20 ideas de interés para la psicología sobre la importancia del trabajo y de la actividad laboral. (N.R.R.).

[3] L. S. Vygotski escribió repetidas veces sobre los dos métodos de análisis: por elementos (análisis atomístico) y por unidades. El primero consiste en descomponer el conjunto en los componentes más simples que lo integran, pero que pierden las propiedades de los mismos (por ejemplo la descomposición del agua en átomos de hidrógeno y oxígeno). El análisis por unidades implica una descomposición en las unidades mínimas que mantienen las propiedades del conjunto (por ejemplo, la descomposición del agua en moléculas). Aplicando esta división a la psicología, Vygotski incluía en el análisis por elementos la descomposición de los procesos psíquicos en reflejos, así como el sistema binomial de los behavioristas (N.R.R.).

[4] Hay que comprender lo insólito de esa acepción de la palabra estímulo... Basta compararla con la interpretación de estímulo dada por los behavioristas, los reflexólogos, etc. Esa «negligencia» terminológica de Vygotski, que constituye una de las dificultades para la correcta comprensión de sus trabajos, se explica, en primer lugar, por el carácter inacabado de sus concepciones. Tenía mucha prisa, prisa en realizar sus ideas, en culminar (aunque sólo fuera en rasgos generales) su teoría. En semejantes circunstancias, la inexactitud terminológica parecía ser algo secundario. (N.R.R.).

[5] Aproximadamente en aquellos años, N. A. Bernshtéin llega a un concepto análogo siguiendo un camino distinto. Se trataba del concepto de los sistemas motores (diferentes organizaciones fisiológicas intercambiables pueden dar lugar a un mismo movimiento). (N.R.R.).

Epílogo

Apartado 01

L. S. Vygotski es un eminente teórico de la psicología soviética. Su nombre está asociado fundamentalmente a la teoría histórico-cultural del desarrollo de las funciones psíquicas superiores. Pero la aportación ideológica de Vygotski al tejido conceptual del organismo de la ciencia psicológica no se limita en modo alguno a esta teoría. Para comprender de forma adecuada sus concepciones sobre la psique es necesario contemplarlas a la luz de su dinámica y evolución, a la luz de una incansable búsqueda de nuevas soluciones. Su teoría histórico-cultural ha sido tan sólo una de esas soluciones. La fuerza de las concepciones desarrolladas por Vygotski procede de su base y orientación metodológicas. Vygotski ha dominado, como ninguno de los psicólogos soviéticos de su época, los principios metodológicos del marxismo en su aplicación a los problemas de una de las ciencias concretas. La psicología — subraya— requiere su *El Capital*... Su objetivo no consiste en acumular ilustraciones psicológicas alrededor de conocidos principios de la dialéctica materialista, sino en aplicar estos principios como instrumentos que permitan transformar desde dentro el proceso de investigación, descubrir en la realidad psíquica unas facetas ante las cuales son impotentes otros procedimientos de obtención y organización de los conocimientos.

Esta labor teórico-metodológica de Vygotski es inseparable de la histórico-científica. Y ello no se debe sólo a su convicción en la vivencia del historicismo, que nunca le ha abandonado, cualquiera que sea el objeto que la haya ocupado. Vygotski nos ha dejado brillantísimos modelos de análisis de la historia del pensamiento psicológico —desde el siglo XVII (desde el análisis de las teorías de Descartes y Spinoza) hasta el periodo contemporáneo, donde es imposible delimitar entre lo que pertenece al pasado y lo que forma parte de lo que se considera el acervo actual de la ciencia. A esta última categoría de trabajo de Vygotski se refieren sus prólogos a las versiones rusas de los libros de los más eminentes investigadores occidentales. Cuando estudia las corrientes psicológicas de su tiempo, adopta posiciones que constituyen un nuevo nivel en el desarrollo de la metodología de la cognición científica, frente a las concepciones previas de quienes son objeto de su análisis crítico.

Cuando el lector accede al amplísimo abanico de los trabajos de Vygotski, en los que analiza las principales corrientes psicológicas de Occidente del primer tercio de nuestro siglo (behaviorismo, gestaltismo, psicoanálisis, etc.) y que apuntan al estado de crisis en esta ciencia, se da cuenta —especialmente después de leer el *Significado histórico de la crisis de la psicología*— de hasta qué punto centró su trabajo en cuestiones cruciales para la metodología del conocimiento científico actual: la regularidad del desarrollo de la ciencia, sus periodos críticos y revolucionarios, sus 451 determinantes sociales, sus transformaciones estructurales, las relaciones entre los conceptos científicos y los hechos, los procedimientos metodológicos y operaciones intelectuales, etc. Vygotski analizó todo lo que se refiere a la ciencia como sistema y como forma de actividad específica en desarrollo a la luz de su naturaleza dentro del contexto histórico. El conocimiento de la ciencia se ha ido forjando a través del análisis del mundo de las realidades históricas, y ese mismo mundo se ha manifestado como un conjunto dinámico internamente unido y no como un catálogo de acontecimientos que se han ido sustituyendo en el curso del tiempo. A pesar de la dificultad que entraña separar entre sí estas dos líneas en la investigación de Vygotski —ya que su terminología teórica ha estado vinculada permanentemente a la histórica— debemos señalar que cada una de ellas ha contado con características propias, lo que nos ha servido de base para agrupar en dos partes los diferentes trabajos que representan ambas líneas.

La observancia de la cronología en la configuración de los tomos permite comprender mejor el curso del pensamiento de Vygotski, la dirección y los puntos cruciales en el camino de su búsqueda científica. Sólo en un caso nos hemos desviado del orden cronológico: hemos hecho una excepción con su trabajo *Significado histórico de la crisis de la psicología*, no publicado anteriormente. A pesar de haber sido escrito antes que algunos otros estudios críticos, en él se ofrece un cuadro general de los caminos de desarrollo de la ciencia psicológica, se perfilan los principios de orientación de sus principales corrientes y de las tendencias en gestación. Gracias a ello, el mencionado trabajo puede ser considerado como la síntesis de las ideas fundamentales de Vygotski relativas a la metodología específica (particular y derivada de la filosofía, aunque no idéntica a ella) del conocimiento psicológico, que es la instancia organizadora suprema respecto a toda la diversidad de manifestaciones y formas de este tipo de conocimientos.

En la labor de investigación de L. S. Vygotski se pueden destacar varios periodos. Y aunque entre ellos no existen límites definidos, cada uno se distingue por sus particularidades características. La comparación de los periodos no sólo permite poner de manifiesto una determinada lógica en el desarrollo de las ideas de Vygotski. Su significado es más amplio, ya que arroja luz sobre el camino de evolución de nuestra psicología en su conjunto.

Como es sabido, sus intereses se centraron inicialmente en la psicología del arte. Los años dedicados a ella están reflejados en la obra *Psicología del arte*, terminada en 1925. Este trabajo no fue publicado en vida del autor. Vio la luz 40 años después de haber sido escrito. Cabe suponer que Vygotski no se decidió a publicarlo porque se daba cuenta de lo inacabado de su análisis de los mecanismos de la creación artística y de las funciones específicas del arte y de lo que no había terminado de decir en ese análisis (véase el prólogo de A. N. Leontiev al libro de L. S. Vygotski *Psicología del arte*, Moscú, 1968).

Este trabajo, cuyo objetivo era resolver tareas de psicología, era a la vez un estudio literario. En él se lleva a cabo una interpretación original de una serie de obras literarias, tanto en el plano de su estructura como desde el punto de vista de su percepción, para cuya explicación Vygotski parte de que el arte es la «técnica social del sentimiento» («Psicología del arte», pág. 17). Vygotski consideraba que su principal tarea consistía en descubrir los mecanismos psicológicos de la reacción estética. En su opinión, este objetivo no puede conseguirse cuando el papel de los principios explicativos de los procesos de elaboración y percepción de los productos de la creación artística es desempeñado por el sujeto (autor, lector) con el mundo 452 exterior específico que vive directamente. Según el proyecto de Vygotski, el mundo interno del sujeto, con las imágenes, los motivos, las aspiraciones, etc. no segregados de él, debe ser dejado de lado, de un modo análogo a como «elimina el psicólogo la reacción pura, sensorial o motora, selectora o diferenciadora, y la estudia como indiferente» (ibídem, pág. 18).

Por consiguiente, la idea de Vygotski de unir el estudio del arte con la psicología presuponia, de acuerdo con su concepción inicial, la reforma radical de la psicología; su transformación de subjetiva en objetiva, de individual en social. Son dignos de atención los intentos de Vygotski de enfocar de un modo nuevo el problema de la «personalidad y la cultura», superar las concepciones de quienes calculaban resolverlo manteniéndose en el terreno de la interpretación idealista de la inclusión del individuo en el mundo de sus creaciones.

Sin embargo, la reforma no tuvo lugar.

Vygotski no logró crear la psicología objetiva del arte. Es precisamente esa circunstancia, suponemos, la que le indujo a renunciar a la publicación del trabajo, que incluye una serie de principios que son también objeto de atención en nuestro tiempo (ante todo, en relación con el desarrollo de la semiótica).

La idea de la psicología como la única corriente que corresponde a los criterios de los conocimientos científicos (su exactitud, su independencia de interpretaciones arbitrarias, etc.) continuaba viviendo en la conciencia de Vygotski, pero adquirió un significado totalmente nuevo cuando pasó de los objetos de la cultura al comportamiento real de los seres vivos, que se convirtió en aquella época en el objeto de investigación de las nuevas corrientes de 1, psicología: el behaviorismo norteamericano y la reflexología rusa.

El segundo periodo en la obra de Vygotski se perfila cuando su esfuerzo se orienta a investigar la dependencia entre los fenómenos de la psique y los mecanismos biológicos del comportamiento. Cuando trabajaba en los problemas de la psicología del arte, Vygotski vio que el peligro principal para la comprensión científica de la psique radicaba en los propios conceptos y principios explicativos de la psicología empírica tradicional, que no constituía una formación homogénea única. En ella convivían elementos y tendencias de diferentes sistemas, tanto materialistas como idealistas. Pero dentro de las discrepancias entre sus partidarios los unía el hecho de que el objeto de la psicología, la esfera donde ha de buscar los nexos entre sus fenómenos, es en el campo de la conciencia, accesible al sujeto directamente mediante la introspección.

Y tanto Wundt (con sus ideas de la psicología como ciencia que estudia la experiencia directa del sujeto) como Brentano (que en contraposición a Wundt afirmaba que el campo de la psicología, a diferencia de todas las demás ciencias, está constituido por los actos intencionales de la conciencia) como los partidarios de la psicología de las facultades (cuya doctrina sostiene que las facultades son las fuerzas primarias del alma), todos ellos coincidían en que por su naturaleza y por su cognoscibilidad los hechos de la vida psíquica se diferencian esencialmente de otros fenómenos de la realidad. Vygotski intentó en un principio superar esta presunción por la vía de la psicología objetiva del arte, sirviéndose de los datos directos psíquicos del sujeto y después a través de la psicología científico-natural.

Junto a las orientaciones metodológicas señaladas existía en la psicología empírica una fuerte corriente materialista espontánea que hipotecaba la acumulación de datos concretos sobre la singularidad del mundo psíquico, así como sobre las diferencias individuales entre las personas. 453

Uno de los mejores representantes de la tendencia materialista espontánea fue el psicólogo ruso A. F. Lazurski. Suya es la idea de transformar el experimento de laboratorio en un experimento natural, que acerque la psicología científica a la vida, así como la idea de crear la psicología diferencial, que él interpretaba como caracterología científica, de gran importancia práctica.

En la comunidad internacional nadie consideraba —aparte de Lazurski— que el estudio de los rasgos individuales de las personas permitiría la transformación de la psicología de descriptiva en explicativa, a través de su conexión con los «diferentes aspectos de la actividad de tales o cuales centros nerviosos» (A. F. Lazurski, 1908, pág. 73). Lazurski llega a la conclusión de la necesidad de explicar neurodinámicamente las propiedades de la personalidad, bajo la influencia de su colaboración con V. M. Bójterev, creador del Instituto de Psiconeurología, en el que Lazurski realizaría investigaciones experimentales.

En 1912, Lazurski publica el curso de conferencias «Psicología general y experimental». Este libro se distinguió por su orientación progresista, que se halla claramente manifiesta en comparación con los cursos de conferencias de psicólogos idealistas, como, por ejemplo, G. I. Chelpánov. El curso de conferencias de Lazurski fue reeditado como manual durante los primeros años del poder soviético. ¿Cómo explicar esta circunstancia? ¿Por qué, entre gran número de diferentes cursos y manuales, los colaboradores del

Instituto de Psicología de Moscú, que se habían planteado la tarea de «revisar los fundamentos y los principios a la luz del materialismo dialéctico» (pág. 63) se detuvieron en el libro de Lazurski? La respuesta a esta pregunta se encuentra en el prólogo de Vygotski al libro, en el que se subraya que las ventajas del manual de Lazurski vienen determinadas por la defensa que se hace del principio biológico general de la psique, por el estudio de todas las cuestiones de la psicología como problemas de orden biológico.

Parece que un enfoque de esas características debería servir de base a la unión entre la rama de la psicología empírica que ofrece Lazurski y los logros de la reflexología -rusa, que también mantenía de forma igualmente consecuente una orientación biológica. Vygotski contraponen «el naturalista y realista», Lazurski a los representantes de la psicología objetiva de diferentes tendencias, Pávlov y Bétjerev en primer lugar. La psicología de la conciencia es opuesta a la del comportamiento. Sin embargo, tampoco la psicología objetiva de Bétjerev y de Pávlov puede optar, como suponía Vygotski, al nombre de psicología científica, que «no surge ni de las ruinas de la psicología empírica ni en los laboratorios de la reflexología» (pág. 76). Considera que «llegará como una amplia síntesis biosocial de la doctrina del comportamiento del animal y del hombre social» (ibidem). Las reflexiones acerca de la nueva psicología caracterizan la creación de Vygotski durante este período.

Por tanto, lo que caracteriza el segundo período es el reconocimiento de las ventajas de la psicología objetiva de tipo reflexológico ante la psicología tradicional, empírica; el convencimiento de que la simple suma de los logros de estas dos tendencias no permitirá obtener una doctrina integral sobre la psique humana, y también que la «nueva psicología» será una rama de la biología general y al mismo tiempo la principal de todas las ciencias sociológicas (ibidem).

Lo contradictorio de la posición de Vygotski consiste en que, por una parte, sus puntos de vista son cercanos a los bejterevianos y, por otro, en que ve claramente su limitación. Aún no ha encontrado una solución positiva propia. La palabra «conciencia» no ha sido pronunciada todavía. 454

Una etapa importante en esta búsqueda por parte de Vygotski de la singularidad de la regulación psíquica de la actividad vital del hombre, que se diferenciada de los actos reflejos de los animales, viene marcada por su trabajo «La conciencia como problema de la psicología del comportamiento» (1925). Considera que el error de la reflexología (tanto de la variante bejteroviana como pavloviana) es ignorar la cuestión de la naturaleza psicológica de la conciencia. Para interpretar el carácter específico de la conciencia parte del conocido principio de Marx de que en el proceso del trabajo, el hombre, antes de obtener un producto terminado, dispone ya de una imagen de ese producto, domina una imagen que determina como objetivo el procedimiento y carácter de los actos corporales con la materia de la naturaleza. Este rasgo genérico del trabajo orientaba al psicólogo hacia la búsqueda de los mecanismos a través de los cuales el objetivo consciente otorga al comportamiento humano su carácter excepcional. Vygotski, al tiempo que criticaba una serie de tesis de la reflexología (como testimonia su primer intento de explicar la naturaleza psicológica de la conciencia) se mantenía dentro de los límites de las categorías reflexológicas. Suponía que a la conciencia «se le debe encontrar un lugar... en la misma fila... que todas las reacciones del organismo... La conciencia es un problema de la estructura del comportamiento» (pág. 83). Si el sujeto dispone ya del resultado obtenido en el proceso del trabajo antes de haber comenzado este proceso, significa que el sujeto debe extraer de algún sitio el esquema de los actos futuros con la materia de la naturaleza, un esquema o «modelo» —como él lo denominaba. Según supone Vygotski, tal esquema o modelo nace dentro del sistema de reflejos que actúan recíprocamente unos con otros: se produce la transmisión de un reflejo a otro sin la obligatoria intervención de un nuevo excitante externo.

En el organismo del hombre tiene lugar, imperceptiblemente para un observador objetivo, la sustitución de un reflejo por otro. Cuando estos reflejos se provocan entre sí, no sólo son imperceptibles las señales externas que los desencadenan, sino también los eslabones ejecutivos finales, ya que estos últimos están inhibidos.

Sin mencionarle, Vygotski utiliza la célebre formulación de I. M. Séchenov sobre el pensamiento como reflejo «roto en dos terceras partes». El pensamiento es inseparable del lenguaje, de la reacción verbomotora ligada a él. El estudio de esas reacciones inhibidas con ayuda de métodos objetivos era considerado por Vygotski en aquel período como el camino principal para descubrir los secretos de la regulación consciente del comportamiento humano.

Sin haber conseguido desprenderse por aquel entonces de la base reflexológica, Vygotski da, no obstante, una serie de pasos hacia el camino que le conduciría a la postre a revisar radicalmente sus posiciones anteriores sobre el papel de la conciencia en la organización y dirección del comportamiento. Los más importantes de esos pasos estaban relacionados con la interpretación de la palabra como un fenómeno reflejo de orden especial, que se diferencia de otros actos, tanto por el tipo del estímulo que lo provoca como por el de la influencia de la parte efectora, ejecutiva, de ese acto en la actividad ulterior del hombre.

Según la caracterización que ofrece Vygotski, la palabra es un «reflejo excitante reversible». Primero se dirige a otros y sólo después a quien la genera. Como la palabra es un mecanismo de la conciencia, se desprende la conclusión de la identidad de ese mecanismo con el contacto social. Por eso, Vygotski define la conciencia como un «contacto social consigo mismo». El hecho de destacar la palabra como un excitante especial, que desempeña el papel de regulador del comportamiento humano, significa para Vygotski que a la señal verbal se le incorpora la dimensión intelectual y lógica en el acto de dirigir con ella el comportamiento. Eso introduce importantes correcciones no sólo en la interpretación tradicional de las conexiones reflejas condicionadas a nivel del comportamiento del hombre, sino también en la explicación que se daba en aquella época a las asociaciones del lenguaje, según el principio de la frecuencia de las repeticiones.

Las palabras, señala Vygotski, pueden combinarse según la ley de la asociación, pero en aquellos casos en que entre ellas se establece una conexión lógica el resultado de la combinación palabra-reflejos será decididamente otro. Vemos, por tanto, que dentro de su orientación reflexológica general, Vygotski, al acentuar el papel de la palabra en sus características comunicativas y substanciales, va consiguiendo avanzar en su idea de explicar la conciencia del hombre como un componente integral de su comportamiento.

El primer paso lo da cuando, al separar la palabra de la reacción refleja directa del aparato articulario producida por el organismo, comienza a considerarla como un fenómeno especial de la cultura. Con ello incorpora el comportamiento humano al contexto de la determinación histórico-cultural.

El principio general de la dependencia del comportamiento de factores sociales se concreta en la teoría de las funciones psíquicas superiores (Vygotski las denomina con frecuencia psicológicas), teoría a la que se suele asignar el lugar central en la herencia dejada por Vygotski. De ello se habla más detalladamente en el artículo de introducción de A. N. Leontiev, al que remitimos al lector. Aquí señalaremos que la investigación en la teoría histórico-cultural se basaba en la introducción en el aparato categorial de la psicología del concepto del «signo cultural», que desempeña un papel decisivo en la transición de las formas prehumanas de comportamiento a las específicamente humanas. Vygotski incluye dentro de las categorías de signos culturales no sólo las formas lingüísticas, sino también diferentes portadores de la función significativa —esquemas, mapas, fórmulas, obras de arte, etc. Estos signos constituyen instrumentos psicológicos especiales, mediante los cuales el individuo organiza su comportamiento, aprende a manejarlo a voluntad. A semejanza de los instrumentos de trabajo, actúan como elemento intermedio entre la actividad del hombre y el objeto exterior, sirven de intermediarios en las relaciones entre ellos. Sin embargo, mientras que los instrumentos de trabajo están dirigidos hacia el objeto, transformándolo de acuerdo con un fin planteado conscientemente, los signos no modifican nada en el objeto, sino que sirven como medio de influencia del sujeto en sí mismo, en su propia psique. Gracias a los signos, la estructura psicológica de la personalidad se transforma radicalmente, adquiere cualitativamente un carácter nuevo. Lo que durante el período de regulación del comportamiento anterior a los signos era involuntario (percepción, atención, memoria) se convierte, mediante el proceso de utilización de los signos, en cada vez más voluntario.

Así se constituyen dos niveles de organización de las funciones psíquicas. Por encima de las naturales, inferiores, involuntarias (comunes a los animales y al hombre), se sitúan las culturales, las superiores, las voluntarias. La aparición del segundo nivel lo interpretaba Vygotski como un producto del desarrollo histórico-social, como una creación del medio social particular, bajo la influencia del cual se halla el ser humano a partir de su nacimiento.

La educación, como forma específica de la influencia social, determina el proceso de dominio por parte del niño de los instrumentos —signos psicológicos: siendo 456 inicialmente externos, independientes de la conciencia individual (pero indispensablemente social), estos signos son asimilados por el sujeto, se transforman de externos en internos (se interiorizan), asegurando con ello la propia regulación o autorregulación, empleando el lenguaje de Vygotski, del comportamiento.

L. S. Vygotski se daba perfecta cuenta de la importancia que revestía para la psicología y su futuro el peligro de desintegración de los fenómenos pertenecientes a dos ámbitos, subordinados por su naturaleza a dos estructuras básicamente distintas: las científico-naturales y las histórico-naturales. Ante sus ojos discurría el cuadro de la crisis de la psicología, debida, como escribe repetidas veces, a la confrontación de las corrientes «biotrópica» (orientada hacia la ciencia de la naturaleza) y «sociotrópica» (orientada hacia el mundo de la cultura). De sus ojos no se borraba nunca el problema de la síntesis de ambas corrientes.

Concentrado en el estudio del carácter específico de las formas y funciones instrumentales del comportamiento (es decir, aquellas en que el principio organizador lo constituye el instrumento psicológico o el signo), en el trabajo «El método instrumental en psicología» se manifiesta decididamente contrario a separarlas de las naturales. «Los actos artificiales (instrumentales) no deben ser considerados como sobrenaturales o supernaturales, contruidos según leyes nuevas, especiales. Los actos artificiales no son más que los naturales, pueden ser descompuestos hasta el fin y reducidos a estos últimos, lo mismo que cualquier máquina (o instrumento técnico) puede descomponerse por completo en un sistema de fuerzas y procesos naturales» (pág. 104).

Al insistir en que lo artificial está originado por las mismas fuerzas y procesos que lo natural, Vygotski trataba de evitar el dualismo. Y, aunque sus comparaciones no siempre resultan convincentes, no hay que olvidar el vector principal de su búsqueda. Vela el peligro que representaba contraponer los niveles superiores e inferiores de organización del comportamiento y al mismo tiempo sentía la necesidad de explicar las diferencias cualitativas entre esos niveles. Consideraba que la tarea fundamental en ese caso consistía en penetrar en el mecanismo del origen de las nuevas formaciones psicológicas.

Al principio buscaba ese mecanismo dentro de los límites de la reestructuración de funciones aisladas, por ejemplo, de la transformación de la memoria involuntaria en voluntaria, de la memoria mecánica en lógica, etc. Posteriormente considera este enfoque insuficiente para explicar las regularidades del desarrollo de la psique y expone la tesis de que es precisamente gracias a los instrumentos psicológicos y en el transcurso de la formación histórica del comportamiento humano, como varían las conexiones y relaciones interfuncionales y como se forman los sistemas interfuncionales.

La explicación de cómo se forman y transforman esos sistemas representa una nueva tarea de la investigación psicológica, que Vygotski trataba de resolver en primer lugar a través del problema, más cercano a él, de las relaciones mutuas entre el pensamiento y el lenguaje. Pero aquí se deja ver un viraje en su perspectiva psicológica, en el sentido de que el lenguaje pasa a ser un factor que no sólo regula el proceso mental, sino la actividad de la conciencia en su conjunto, como forma específica humana de la psique.

Se presenta así bajo una nueva luz la cuestión de la relación entre la conciencia y la conducta, cuestión que constituía el centro de los intereses de Vygotski desde que, al buscar los caminos para construir la psicología objetiva había pasado del estudio de las reacciones estéticas a la investigación de las posibilidades abiertas por la corriente reflexológica en el campo del conocimiento científico de la psique. ⁴⁵⁷

Destaca de partida el papel especial del reflejo verbal (distinto, como recordará el lector, de las restantes reacciones reflejas, tanto en cuanto al estímulo como respecto al eslabón ejecutivo, motor). Después, la palabra, interpretada como una de las principales variedades de los signos culturales, adquiere un valor de instrumento psicológico, cuya intervención transforma (junto con otros signos) el proceso psíquico natural, involuntario en otro dirigido voluntariamente o, más exactamente, autodirigido. El intento de comprender el carácter de la interacción de diferentes procesos psíquicos impulsa a Vygotski a reflexionar sobre el papel instrumental de la palabra en la formación de los sistemas funcionales. Pero continúa siendo enigmática la cuestión del portador, el «dueño» de estos sistemas, el «substrato», psíquico único, en el que radican la percepción y la memoria, los sentimientos y la voluntad. Se presupone que a nivel del hombre ese «substrato» es la conciencia.

El siguiente periodo en las búsquedas científicas de Vygotski está relacionado con el nacimiento en él de un programa de estudio de la conciencia como formación sistémica y significativa. Ahora define su campo de estudio como «psicología de cumbres», que se contraponen a otras dos: a la de «superficie» y de «lo profundo». Por la de «superficie» sobrentiende toda la diversidad de escuelas y comentarios que parten del postulado de la dación directa de los fenómenos psíquicos al sujeto que los vive. Con ello, la psicología intervenía como ciencia descriptiva o, según dice Vygotski, «opinativa», que limita su objeto a un círculo de fenómenos descubiertos a través de la mirada interna («criterio») del sujeto, cuando desliza esa mirada por la superficie de la conciencia como una especie de calidoscopio de las imágenes, los actos, las Gestalten, etc. Con semejante enfoque, el fenómeno se identifica con la esencia. Con otras palabras, la posición de la psicología es opuesta a las orientaciones de otras ciencias, que consideran su tarea descubrir bajo la superficie de los fenómenos las regularidades a que obedecen.

A diferencia de esa psicología de «superficie», la denominada de «lo profundo» (psicoanálisis) trataba de introducirse tras la pantalla de la conciencia en la esfera de acción de las latentes fuerzas irracionales. Asignaba el papel esencial al inconsciente. En lo que respecta a la interpretación de la conciencia como tal, su posición no se diferencia en nada de la psicología de la «superficie». La conciencia se identificaba como una «escena interior», en la que se suceden distintos fenómenos. Por eso carecía de una característica cualitativa propia y actuaba como algo invariable, que no evolucionaba.

En contraposición a la psicología de «superficie», la nueva concepción de la conciencia, cuyo desarrollo constituía para Vygotski la tarea fundamental, suponía salirse de los límites de lo dado directamente, pero no hacia la esfera de la psique inconsciente, sino hacia un mecanismo psíquico esencialmente nuevo, que es el que determina lo que se presenta ante la «visión interna» del sujeto, Vygotski denomina este mecanismo sistema funcional.

Este concepto, que aparece posteriormente en la psicología soviética en relación con nuevos planteamientos fisiológicos, hacía mucho que había sido definido por Vygotski como especialmente psicológico. Suponía la revisión radical de la idea tradicional de la función, la interpretación de la cual se remonta, como subraya acertadamente Vygotski, a la antigua psicología de las facultades. Al «organismo» psíquico se le consideraba de tipo corporal. Y las facultades de alma —percepción, memoria, pensamiento, etc.— eran consideradas análogas a las funciones corporales. Para Vygotski, la debilidad del funcionalismo consistía en que no podía explicar el ⁴⁵⁸ carácter de las relaciones entre las funciones (problema de sistema), así como la relación entre éstas y el fenómeno externo (problema de intencionalidad, de inadecuación entre la conciencia y el objeto) y la imagen de este fenómeno, tal y como lo percibe el sujeto (problema de significado).

Vygotski apunta varios caminos para superar las debilidades del funcionalismo. En lugar de las funciones de la conciencia, propone hablar de sus actividades. Estas actividades no se realizan aisladas, sino correlativamente, formando un sistema funcional como conjunto dinámico. Dinámico significa lo que varía, se desarrolla. El desarrollo del sistema, su historia es otro de los importantísimos principios que plantea Vygotski¹. Su unidad estructural específica, a la que Vygotski denomina con el término de «significado», actúa como principio organizador del desarrollo de la conciencia. Tal principio no es pues la imagen, la sensación, ni el acto (como en las anteriores concepciones de la conciencia), sino el significado. La idea del significado como componente orgánico de la conciencia individual dio lugar a consecuencias muy serias. Nos hallamos ante uno de los momentos que representan un viraje en la obra de Vygotski y separan el periodo anterior del que ahora nos ocupa. «En los antiguos trabajos —señala—, ignorábamos que el significado es inherente al signo... Hemos partido del principio de constancia del significado, lo hemos sacado del paréntesis... Si antes nuestra

¹ El concepto de desarrollo del sistema era totalmente nuevo. Su novedad es fácil de captar si lo comparamos con la interpretación de sistema en la psicología de la Gestalt, a la que el principio de desarrollo era ajeno. Las ventajas del planteamiento de Vygotski se ven claramente si lo comparamos con ciertas variantes actuales del enfoque sistémico, incapaz de conseguir una conexión entre el sistematicismo y el historicismo. Es interesante señalar que en aquella misma época y en la ciencia fisiológica, A. A. Ujtomski estaba estudiando estos mismos conceptos de sistema funcional y de historia del sistema. No hay datos de que Vygotski conociese esos estudios.

tarea consistía en mostrar lo que había en común entre el «nudo» y la memoria lógica, ahora consiste en mostrar la diferencia existente entre ellos («El problema de la conciencia», pág. 158).

El «nudo» es un signo, aunque «signo cultural», y en calidad de tal se diferencia — de 164980 la señal-excitante como regulador del comportamiento en el nivel prehumano. Pero la función del signo en tanto que portador del significado propio del objeto, se sacó del paréntesis, según reconoce el propio autor de la teoría. Eso dificultaba, naturalmente, desvelar la característica cualitativa específica de la conciencia, que no pudieron obtener los investigadores anteriores y, por tanto, explicar la conciencia desde posiciones de la sistematización y el historicismo.

Esa perspectiva daba paso a la idea de que el tejido de la conciencia está estructurado por los significados y de que es precisamente en la esfera de éstos y no en la de los signos, donde actúan los factores que modifican las relaciones interfuncionales.

La tesis de que los significados (a diferencia de los signos por un lado y de los conceptos en calidad de formas lógicas por otro) se transforman durante el proceso de desarrollo individual del sujeto introducía en la interpretación psicológica de la conciencia una idea de extraordinaria importancia. Apuntaba nuevas perspectivas de investigación de la conciencia, de acuerdo con la idea de la construcción de la psicología de «cumbres».

Lo mismo que en la psicología de «lo profundo» (freudismo, etc.), en los fenómenos que actúan directamente ante el sujeto (en el campo o flujo de la conciencia), lo que se tenía en cuenta no era la dación primaria, sino lo derivado de mecanismos 459 en los que se podía penetrar tan sólo de forma maniata descubriendo las capas las capas inalcanzables a introspección. Pero si la psicología de «de lo profundo» buscaba esas capas en el substrato cuasibiológico, Vygotski parda de que su nuevo planteamiento pone al desnudo no «lo profundo», sino la «cumbre» de la personalidad, sus nexos íntimos con el mundo supraindividual de la cultura humana en evolución. Porque e significado es inseparable de la palabra (aunque no idéntico a ella), y ésta, como componente de la lengua, concentra en sí misma las riquezas del desarrollo social de su creador —el pueblo. La palabra vive en la comunicación y gracias a ella —subraya Vygotski en su nuevo programa, al responder a la pregunta sobre «qué es lo que mueve los significados, qué es lo que determina su desarrollo»— resulta posible con la «colaboración de la conciencia».

Aquí se interrumpe el último período de búsquedas de Vygotski en el campo de la psicología teórica. Medio siglo después percibimos con especial claridad, puede incluso que más vividamente que en el momento de su gestación, las enormes repercusiones de sus ideas, aún inmaduras, inconclusas en la mente de quien la: generó.

Cuando la psicología se dio a conocer como ciencia independiente, pretendía ser la ciencia de la conciencia. Pero, como mostró Vygotski, a la vez que se estaba definiendo como ciencia de la conciencia, la psicología no sabía casi nada de esta última. ¿Podrían acaso considerarse científicamente relevantes sus conclusiones sobre la identidad, continuidad y claridad de la conciencia? Pese a que a estas conclusiones se les otorgaba el rango de leyes, era evidente su carácter formal. A la psicología se le planteaba la tarea de explicar como sistema funcional los mecanismos objetivos de estructuración y desarrollo de la conciencia ocultos a la introspección y cuyos componentes esenciales son unas unidades especiales —los significados—, que relacionan el sujeto con el mundo de la cultura y con las gentes que crean este mundo mediante el proceso de la comunicación.

Apartado 02

No hay ni un solo trabajo teórico de Vygotski en el que éste no relacione sus reflexiones sobre los problemas de la psicología con la situación de la ciencia universal. Estos trabajos son un ininterrumpido diálogo con representantes de diferentes corrientes, tendencias, escuelas. En algunos casos, el análisis crítico de las corrientes se convertía para Vygotski en una tarea especial, en cuyo caso los énfasis se desplazaban. Hacía especial hincapié en observar las raíces históricas de tal o cual concepción, así como de las funciones desempeñadas por ella en la compleja correlación de las fuerzas ideológico-científicas en determinado período de desarrollo del conocimiento psicológico. Parece como si las búsquedas teóricas de Vygotski en esos estudios se desviarán hacia el subtexto, pero influían indefectiblemente en el desarrollo general del análisis crítico de la tendencia en cuestión.

Los mencionados estudios críticos solían ser prólogos a trabajos de psicólogos de Occidente. La mayoría de ellos los ha podido conocer el lector en la segunda parte del presente volumen. Vygotski los escribió en diferentes años, y cada uno de ellos lleva, como es natural, la huella de las correspondientes fases de su creación (muy dinámica, como ya sabe el lector). Por eso, se puede establecer cierta correspondencia entre, por una parte, las ideas que han determinado el carácter de las intervenciones teóricas especiales y las publicaciones propias de Vygotski y por otra parte aquéllos 460 de sus artículos que contienen el análisis y la valoración de los trabajos de los psicólogos de Occidente. Posteriormente, muchos de ellos fueron revisados, reconsiderados. La distribución cronológica de sus estudios críticos permitirá al lector convencerse de ello.

Teniendo en cuenta que el nuevo sistema del conocimiento psicológico no puede basarse más que en el análisis objetivo del comportamiento, Vygotski valora en alto grado la concepción del primer líder del behaviorismo norteamericano E. Thorndike (en el prólogo al libro de este último «Principios de la enseñanza basados en la psicología»). En esta concepción, la psique ya no se contrapone a los restantes fenómenos de la existencia ni en cuanto a su esencia ni en cuanto a su cognoscibilidad. Thorndike la caracteriza como un sistema de reacciones corporales del organismo, establecidas en situaciones relativas a determinados

problemas, que pueden ser observadas, dirigidas y controladas objetivamente. De acuerdo con su estilo francamente reduccionista del pensamiento, Thorndike no establece ninguna diferencia de principio entre las reacciones de los animales y las del hombre. Pero por aquel entonces, Vygotski no concedía importancia a este aspecto de la cuestión. Para él; la ventaja decisiva de la teoría thordikeana consistía en que destruía los dogmas de la vieja psicología, paralizada por las ideas de que el único «testigo» de los fenómenos psíquicos lo constituye el sujeto, a quien le han sido dados directamente, en su concepción interna. Con ello, la formación de la psique infantil, acerca de cuya particularidad la voz de la introspección no puede decir nada, resulta excluida del análisis científico. Desde el punto de vista de la doctrina de las reacciones, que surgen ante los ojos del observador objetivo, capaz de construir estas reacciones según un programa adoptado, el cuadro cambia totalmente. Se ponían al descubierto los mecanismos de desarrollo del comportamiento infantil y se perfilaba la perspectiva de dirigir los procesos de este desarrollo desde las posiciones del educador, del pedagogo.

Posteriormente, Vygotski rechaza la teoría de Thorndike como mecanicista (que reduce el proceso de adquisición por parte del hombre de nuevas formas de comportamiento al ensayo-y-error ciego), «atomística» (que parte de elementos aislados y no de estructuras integrales) que ignora la importancia de la maduración biológica del organismo como factor de desarrollo psíquico y de avances cualitativos («grados») en ese desarrollo. Pero ese cambio de apreciación por parte de Vygotski de las concepciones de Thorndike se produce posteriormente bajo la influencia de las discusiones entre diferentes escuelas psicológicas, especialmente, de la crítica del behaviorismo por parte de los partidarios de la teoría de la Gestalt.

Al analizar las concepciones thordikeanas de la psicología educacional, Vygotski separa su parte pedagógica de la psicológica. Subraya la nueva interpretación de principio por parte de Thorndike de los factores del comportamiento y de las leyes por las que se rige, adaptándolas a la práctica y a las necesidades del sistema escolar norteamericano con sus fundamentos individualistas, completamente ajenos a los objetivos y normas de la pedagogía soviética. Pese a rechazar esta doctrina pedagógica, Vygotski consideraba progresista la interpretación de Thorndike del mecanismo de formación de las reacciones que no existían en la experiencia anterior del individuo. Sin embargo, el propio Vygotski explica este mecanismo, no tanto según Thorndike como según I. P. Pávlov. Interpreta la educación como un proceso de acumulación y elaboración de reacciones condicionadas, como el cierre de nuevas conexiones entre el organismo y el medio. Reconoce el papel decisivo de este último, que considera no es el 461 conjunto de excitantes biológicamente significativos (como en el sistema de Pávlov), sino el medio social. Como social que es, es histórico, variable de una época a otra.

Es decir, que aunque Vygotski se mantenía al principio dentro de los límites de la aproximación conductista (reflexológica), ya entonces trataba de dar al concepto de los excitantes del medio un contenido distinto que el behaviorismo y la reflexología. En estos excitantes, que desempeñan un papel decisivo en la formación de las reacciones de respuesta del organismo, veía determinantes especiales, concretamente determinantes de orden histórico-social.

Otra rectificación importante introducida por Vygotski en el esquema de los reflejos condicionados en su aplicación al desarrollo del comportamiento, es la acentuación de la dinámica interna de los reflejos. En contraposición a la idea de la simple determinación de la reacción de respuestas del organismo a las influencias directas de los excitantes del medio, se hace recaer el acento en la «ininterrumpida lucha entre el mundo y el hombre», en la dialéctica de los procesos internos. Para Vygotski, el organismo no se parece en nada a un panel donde se efectúa la conexión automática de las señales externas de unos canales a otros y el establecimiento debido a la estructura (compárense las leyes de la asociación) de conexiones estables entre los impulsos y las reacciones de respuesta a ellos.

Resulta extraordinariamente actual la tesis de Vygotski sobre la «complejísima estrategia del organismo» en la lucha contra las influencias directas del medio. A ello se le unen las ideas sobre la actividad del niño, que introducen entre las características del comportamiento de éste, condiciones ignoradas por la concepción tradicional de los reflejos condicionados. Es legítimo ver aquí los gérmenes (e las ideas que permitieron posteriormente a Vygotski enfocar desde un nuevo punto de vista, tanto la posición behaviorista de Thorndike como la doctrina pavloviana de la actividad nerviosa superior.

Tanto el behaviorismo como la reflexología, aunque se apoyaban en bases biológicas y no socio-culturales, consideraban decisivo el papel de la influencia formativa del medio. Como hemos visto, el propio Vygotski no se limitaba a interpretar el medio como forma abstracta y trataba de evaluarlo de nuevo, rigiéndose por la directriz metodológica general que presuponia una diferencia cualitativa entre las condiciones y las determinantes del comportamiento del hombre y el medio que habitan otros seres vivos. Pero no se reduce a eso la peculiaridad de sus intentos de explicar la regulación específicamente humana del comportamiento. Buscaba con firmeza las regularidades propias internas del desarrollo, es decir, la solución del problema que no se habían planteado ni los behavioristas ni los reflexólogos rusos. En la interpretación de este problema que se daba en Occidente, llevaban la voz cantante los partidarios de la idea según la cual los factores principales del desarrollo de las formas de comportamiento no pueden ser más que biológicas. Este punto de vista se extendía no sólo a las formas elementales, sino también a las funciones psíquicas superiores. Esa era concretamente la posición del conocido psicólogo austriaco K. Bühler, cuya doctrina del desarrollo psíquico critica Vygotski en el prólogo a la versión rusa del trabajo del mencionado autor «Ensayo sobre el desarrollo espiritual del niño».

Al mismo tiempo que reconoce como importante mérito de Bühler el haber revelado los fundamentos biológicos de la psique infantil y su planteamiento de que las funciones biológicas deben ser comprendidas como un conjunto dentro del programa común de su

desarrollo, Vygotski considera un fallo de este psicólogo el excluir del campo de la atención del investigador las funciones sociales y el devenir ⁴⁶² social. Con ello se esfumaba la diferencia entre lo natural y lo cultural debido a lo cual el concepto de desarrollo de la psique humana perdía contenido y resultaba tan abstracto que absorbía cualquier forma de cambio. No se distinguía lo superior y lo inferior, lo elemental y lo organizado de forma compleja, y en calidad de causa final de todas estas formas figuraba la maduración biológica, —expresándonos en lenguaje actual, el desarrollo—, según el programa genético. Esta concepción del desarrollo psíquico iba ligada, como subraya Vygotski, a conclusiones sociales reaccionarias sobre la primacía que tienen sobre la conducta del individuo, genes determinantes ocultos en ella.

Se puede decir sin exagerar que el problema del desarrollo y ante todo el «drama del desarrollo espiritual del niño» se desplaza hacia el centro de las reflexiones de Vygotski durante toda una década de su más intensa creación, desgraciadamente la última, de su obra. Y realizaría su análisis crítico de las dos corrientes que habían alcanzado la máxima influencia en la escena de la psicología: la psicología de la Gestalt y la doctrina de J. Piaget justamente desde la perspectiva de este problema.

Naturalmente, la psicología de la Gestalt, al igual que el behaviorismo y el psicoanálisis (del cual Vygotski era gran conocedor), era una concepción y una corriente biológica de carácter general y no una doctrina específica sobre el desarrollo de la psique, sobre todo de la edad temprana o escolar. Pero cada una de estas corrientes había tomado con generosidad material empírico de la esfera de la psicología infantil y le había dado una interpretación destinada a reforzar y confirmar la razón de la «gran» teoría, que pretendía explicar científicamente los mecanismos de la actividad humana en su conjunto. Vygotski, por su parte, veía en los problemas del desarrollo de la psique infantil un nudo cardinal: deshaciéndolo, se había de lograr apreciar hasta qué punto eran fuertes los hilos ideológicos que componían el tejido metodológico de las nuevas corrientes de la psicología occidental.

Al trabajar Vygotski sobre este tejido, relacionaba su análisis con las ideas procedentes de la concepción marxista del hombre, que para él constituían el principal punto de apoyo. Era, al mismo tiempo, importante adoptar la orientación teórica adecuada en aquellas investigaciones empíricas cuyos datos podrían contraponerse, por un lado, a los hechos de los psicólogos occidentales, y, por otro, venir a reforzar sobre nuevas bases la unión entre la investigación científica del mecanismo de desarrollo de las funciones psíquicas y la práctica de la educación y la enseñanza.

En el artículo «El problema del desarrollo de la psicología estructural», Vygotski se detiene ante todo en la crítica que hace uno de los principales representantes de la Gestalt, K. Koffka, de las dos concepciones del desarrollo de la psique, de que ya hemos hablado: las concepciones de Thorndike y de K. Bühler. Para Thorndike, la enseñanza representa la selección y el fortalecimiento de las reacciones de ensayo-y-error o éxito casual. Para Koffka, consiste en la elaboración de nuevas estructuras. En lo que respecta a Bühler, su esquema suponía tres grados de desarrollo: el instinto, el adiestramiento (el comportamiento tipo hábito) y el intelecto. La debilidad de este planteamiento consistía en su incapacidad para abarcar las diferentes formas de desarrollo de la psique mediante un principio único, que es, según Koffka, la estructura. La concepción mecanicista «unitaria» thordikeana, que ignora la dialéctica del proceso de desarrollo, los cambios cualitativos y las transformaciones en este proceso, se contraponía, a la idea «pluralista» de los tres diferentes aparatos psicológicos de Bühler, que se superponen unos a otros, pero que carecen, no obstante, de conexión interna.

⁴⁶³

Comienza LSV TOMO 01_06

K. Koffka afirmaba por su parte que el principio de la estructuralidad permite superar la limitación de tales enfoques, impotentes en igual escala ante la singularidad de desarrollo de la psique. La estructuralidad era interpretada como la integridad y la comprensión del comportamiento. Podemos descubrir el significado de estas características de la concepción explicativa fundamental de la psicología de la Gestalt a través de su orientación metodológica general, opuesta a dos formas de interpretar la conducta: la mecanicista (ejemplificada por la concepción del ensayo-y-error de Thorndike) y la vitalista (ejemplificada por la concepción de los tres grados de Bühler).

El principio de ensayo-y-error atribuye la aparición de nuevos actos (y con ello también del desarrollo) a la selección mecánica de numerosas reacciones aisladas, entre las cuales figuran, casualmente, las correctas. La doctrina de los tres grados transforma el grado más elevado —el intelecto— (reducido por los behavioristas a la concatenación casual de movimientos aislados) en una forma psíquica encerrada en sí misma, carente de conexión con los niveles precedentes de desarrollo. Puede denominarse a este enfoque psicovitalismo, ya que lo específico de lo psíquico (el intelecto) se explica a través de su propia fuerza immanente, desprovista de base alguna en nada exterior a sí mismo, ni biológico, ni social. Pero al adoptar Vygotski la crítica que hace Koffka de estas dos corrientes descubrirá la inestabilidad de las posiciones del propio Koffka y de la teoría de la Gestalt en su conjunto.

La universalización del concepto de estructura conduce a la pérdida de la posibilidad de explicar cualitativamente las diferentes fases de desarrollo y a la desaparición de los límites entre ellas.

Al abordar la evolución de la psique en la filogénesis y ontogénesis, los representantes de la Gestalt dejan de diferenciar las características específicas de la psique humana y las identifican con los atisbos de regulación intelectual de la conducta que se da en los antropoides. Sitúan en el mismo plano la especificidad psicológica de los animales y del niño y la reducen a un denominador común. La estructura es para ellos como el fenómeno y el principio primario, y en tanto este principio se extiende a todo el desarrollo psíquico del hombre, se rechaza a priori la suposición de que en este proceso pueden surgir cualesquiera elementos cualitativos

nuevos. Al aceptar como credo propio el concepto de estructura, el gestaltismo ha sido incapaz de explicar cómo unas estructuras se transforman en otras. Con ello ha resultado tan impotente ante el problema del desarrollo como las doctrinas objeto de su crítica.

Muy diferente es la crítica de la teoría de la Gestalt por el propio Vygotski. Vygotski lleva a cabo esta crítica construyendo a partir de las ideas sobre las funciones psíquicas superiores a las que ya había llegado y que, como sabe el lector, se habían formado bajo la influencia de sus nuevas orientaciones dialéctico-materialistas. La búsqueda de las características propias de estas funciones, surgidas como resultado de la transformación radical (gracias a instrumentos psicológicos especiales) de procedimientos «habituales» de interacción del individuo con el mundo, habían agudizado la sensibilidad de Vygotski hacia los profundos defectos metodológicos de las escuelas psicológicas de Occidente. Y esto se refiere también al análisis que lleva a cabo Vygotski de las innovadoras investigaciones de Piaget, que habían atraído inmediatamente la atención del mundo psicológico. Al subrayar las ventajas de la concepción de Piaget, basada en un material empírico enorme y meticulosamente comprobado a través de entrevistas clínicas con los niños sometidos a prueba, Vygotski muestra que, aún descubriendo en una serie de puntos importantes la especificidad cualitativa de la organización mental del niño, la concepción de Piaget, 464 considerada en su totalidad, no era capaz de reflejar un cuadro adecuado del desarrollo de esta organización.

Las causas de esa inadecuación, al igual que en el caso de Thorndike, Bühler y Koffka, estribaban en la dificultad de estudiar el problema de la determinación de lo psíquico y su dependencia de la interacción de los factores naturales y sociales.

El principio de la práctica pasa a formar parte del pensamiento de Vygotski procedente de la teoría leninista del reflejo, expuesta en los «Cuadernos filosóficos» de V. I. Lenin, donde se subraya que la práctica del hombre construye las «fórmulas», que «al repetirse miles de millones de veces fijan las figuras de la lógica en la conciencia del hombre» (Obras completas, t. 29, pág. 198). Es precisamente esta tesis leninista la que aduce Vygotski como argumento decisivo en su análisis crítico de la concepción de Piaget.

Al examinar el camino seguido por Vygotski en el estudio de los problemas del desarrollo psíquico, podemos destacar en él varios puntos cruciales que permiten correlacionar su búsqueda en el campo de la teoría con la interpretación crítica de los sistemas que determinaban en aquella época el aspecto general de la ciencia psicológica. Supone al principio que la psicología podrá transformarse de tradicional-subjetiva en objetiva, de empírico-descriptiva en explicativa y realmente determinativa, cuando establezca como fundamento de su teoría la nueva doctrina del comportamiento. Considera entonces Vygotski la reflexología rusa (ante todo las investigaciones de Pávlov) y el behaviorismo norteamericano del tipo thordikeano como las orientaciones de esta corriente que más perspectivas ofrecían. Este carácter más prometedor lo atribuía a su orientación científica —natural, que había terminado con la idea de la psique como una esencia autosuficiente especial, accesible al sujeto mediante su introspección.

Vygotski resolvía la principal tarea en que estaba empeñado —interpretar la psique como un proceso en desarrollo— partiendo inicialmente del principio de la interacción del organismo con el medio, de la elaboración en el curso de esta interacción de nuevas formas de reacción. El «atomicismo» (mecanicismo) en las ideas behavioristas y reflexológicas sobre el desarrollo del comportamiento fue objeto de duras críticas por parte de los representantes de la Gestalt, cuya concepción es estudiada por Vygotski con detalle y analizada a su vez críticamente. Vygotski atribuye gran importancia a la idea de la estructuralidad, que defendían los representantes de la Gestalt y existen fundamentos para suponer que estaba en consonancia con ella (en tanto que característica especial que permitiría distinguir el tipo de pensamiento «sistemizado») en su periodo temprano —filológico— de trabajos científicos.

Aún viendo sus ventajas, Vygotski muestra al mismo tiempo la incapacidad de tal enfoque para superar el problema de los cambios cualitativos en el desarrollo psicológico, tanto en el plano de la transición de la inteligencia de los animales superiores hacia la conciencia humana como en el plano de las transformaciones que experimenta esa misma conciencia (en primer lugar, el pensamiento y el lenguaje) en diferentes periodos de edad. El concepto de Gestalt no sólo confirmaba la integridad de las estructuras psíquicas (y de las físicas isomorfas de ellas) en contraposición a la idea de los «átomos» psíquicos, sino que incluía la idea de la saturación del «campo de conducta» con un contenido semántico (metafórico), en contraposición a la idea de que la conducta se construye mediante la relación ciega de las reacciones.

Tras el concepto de Gestalt estaba la categoría de la imagen como reguladora indispensable de la actividad psíquica. Al transformar este concepto en un principio 465 explicativo universal, la teoría gestaltista, como muestra Vygotski, no ha podido enfocar de forma productiva el mecanismo del desarrollo psíquico. Por muy grande que fuera la instancia con que se subraya la estructuración y la integridad del contenido semántico (metafórico) de los actos psíquicos, para comprender su génesis, desarrollo, reestructuración era a su vez necesario salirse de los límites de las gestalten para abordar el estudio de la organización mental de las fuerzas determinantes del hombre, ante todo sociales.

El recurso a lo social, adoptado por J. Piaget, introdujo un nuevo flujo en el análisis del pensamiento y el lenguaje. No obstante, la interpretación de lo social como la «comunicación de las conciencias» separaba el sujeto de la actividad cognoscitiva de los actos reales, prácticos, gracias a los cuales esta actividad adquiere orientación y contenido. «Práctica social» será el término que, tomado por Vygotski de Lenin, responde a la última de las búsquedas de los factores de desarrollo de la psique efectuadas por el notable psicólogo soviético.

Apartado 03

Un lugar particular entre los trabajos teóricos históricos de Vygotski le corresponde a la investigación de la situación de crisis por la que atravesó la ciencia psicológica durante el primer cuarto del siglo XX. Sobre esta crisis se dejaban oír tanto en Rusia como en el extranjero voces alarmantes. En la literatura rusa escribieron sobre ello N. N. Langue, V. A. Vágner y otros. Un año después que Vygotski terminara el manuscrito de su obra «Significado histórico de la crisis en psicología», el conocido psicólogo austriaco K. Bühler publicó el libro «Crisis de la psicología». Pero el primer intento de investigación y explicación de este fenómeno desde posiciones marxistas le corresponde a Vygotski.

La expresión externa de esta crisis fue la aparición de nuevas escuelas y corrientes. El concepto de escuela tiene diversos significados. En este caso, se trata de la división de la ciencia en corrientes o sistemas, cuyos partidarios operaban con distintos hechos e ideas que no se aceptaban entre sí.

Cada uno de estos sistemas —freudismo, behaviorismo, gestaltismo, personalismo— exigía terminar con las ideas precedentes sobre la conciencia y los métodos de su estudio. Cada uno pretendía llevar a cabo un cambio, descubrir una nueva era en la ciencia psicológica. A la joven psicología soviética se le planteaba la pregunta: ¿con quién ir y qué camino seguir en la resolución del problema de la psicología?

Habiendo adoptado el camino del marxismo, Vygotski tenía inevitablemente que deslindarse radicalmente en su análisis científico-reflexivo de quienes seguían la línea metodológica idealista. Sus divergencias son importantes y aleccionadoras para la teoría de la ciencia, es decir, para resolver la cuestión de cómo construir esta última.

En este plano ofrece especial interés su polémica con el psicólogo suizo L. Binsvanger, que jugó su papel en el terreno de la «crítica de la psicología» y que se planteaba el análisis de los conceptos fundamentales de la ciencia, su lógica y sus procedimientos de organización interna. La idea de éste consistía en crear una ciencia especial o partir de los fundamentos últimos y principios generales del conocimiento psicológico. En la atmósfera de la crisis esta idea se asociaba con la esperanza de superar las escuelas y sistemas contradictorios y confirmar la unidad de la ciencia mediante generalizaciones metodológicas. El enfoque idealista dio a la tendencia a la unidad de la psicología un sentido equivocado. 466

Para Binsvanger, la ciencia general era, expresándolo en el lenguaje actual, como una metateoría que estudia la estructura y la conexión de los propios conceptos, independientemente de la realidad que éstos reproducen. La separación entre la estructura lógica de la ciencia, sus estructuras intelectuales y la realidad objetiva significaba su separación también del proceso histórico. Porque sólo penetrando en él, sólo gracias a él, se une la ciencia humana con el mundo. Por tanto, el idealismo se combina con un antihistoricismo de principio. Sobre estas bases se creaba una versión de la metodología de la ciencia como campo espacial, que no se basaba más que en sí mismo, y que dictaba las reglas de construcción de la teoría, estableciendo un orden en las disciplinas concretas.

L. S. Vygotski, en cambio, consideraba que para la psicología la creación de la «ciencia general» era la tarea más importante del siglo. Contrariamente al método idealista, perfila el esquema de esta ciencia partiendo de la interpretación marxista del conocimiento teórico, de los principios del reflejo y el historicismo. Por muy alta que sea la abstracción, encierra siempre una concentración de la realidad concreta, «aunque sólo sea una concentración muy débil», escribe. Por eso, también la «ciencia general», al sintetizar el saber científico, al destacar sus fundamentos y sus principios regulativos, no se ocupa de «conceptos puros», sino de conceptos que reflejan esos aspectos de la realidad psíquica, para cuya consecución el aparato conceptual de las disciplinas psicológicas particulares es insuficiente.

La ciencia general nace, como muestra la experiencia, de disciplinas altamente desarrolladas como la física y la biología en su estadio de madurez. La psicología ha alcanzado su propio momento histórico desde el momento en que su movimiento ulterior sin la ciencia general resulta imposible². Esta demanda de una ciencia general refleja no las necesidades de la lógica en cuanto a la formación del propio conocimiento, sino, ante todo, las necesidades de la práctica. La psicología será impotente para superar las tareas prácticas que se le presentan por todos los lados, en la medida en que no disponga de una infraestructura lógico-metodológica propia.

Se puede definir la ciencia general como aquella que obtiene su material de una serie de disciplinas científicas particulares y se ocupa de elaborar y generalizar posteriormente este material, cosa imposible de realizar dentro de cada disciplina por separado. Al operar con conceptos fundamentales (categorías) y principios explicativos, la ciencia general desempeña el papel de metodología con respecto a la investigación empírica concreta. La ciencia general, aunque superior, continúa siendo un apartado inseparable del conocimiento científico concreto. Es crítica, pero en un sentido diferente del que suponían los partidarios del apriorismo.

² En opinión de Vygotski, el concepto de psicología general no coincide con el de psicología teórica. Esta última:

«—en esencia, la psicología del hombre adulto normal—, junto con la psicología animal y la psicopatología, debería ser considerada como una de las disciplinas especiales. El que hasta ahora haya desempeñado, y continúe haciéndolo en parte, el papel de un cierto factor generalizador, encargado de conformar hasta cierto punto la estructura y el sistema de las disciplinas especiales, proporcionándoles los conceptos fundamentales y conformándolas con su propia estructura, tiene su explicación en la historia del desarrollo de la ciencia, pero no se corresponde con una necesidad lógica. Eso es lo que se ha dado —y sigue aún dándose en parte—, pero no tiene por qué ocurrir forzosamente y de hecho no continuara haciéndolo, porque tal orden de cosas no se desprende de la propia naturaleza de la ciencia, sino que viene condicionado por circunstancias ajenas y externas: bastará que varíen para que la psicología del hombre normal pierda su papel rector»

En contraposición a Binsvanger, para quien la crítica de los conceptos debe constituir una corriente lógico-metodológica especial, Vygotski mantiene que los 467 conceptos son objeto de continua crítica a través de la práctica, en la labor diaria del científico, mediante su correlación con los hechos reales, con los datos empíricos. Cada paso presupone, tanto la crítica del concepto, desde el punto de vista del hecho, como la crítica de éste desde el punto de vista de aquél. Vygotski suponía que cualquier descubrimiento en la ciencia es también, siempre y al mismo tiempo, un acto de crítica del concepto.

Esa interacción entre el concepto y el hecho, entre los componentes teóricos y empíricos del saber, tiene lugar ininterrumpidamente en la ciencia. A un nivel más elevado, -donde los conceptos, hechos de disciplinas particulares, se convierten en material de la crítica y de la elaboración ulterior, gracias a lo cual y debido a ello se «condena» en ellos la realidad, se crean las abstracciones de mayor contenido— esta interacción constituye el objeto de la ciencia general. Se la puede denominar también metodología, en el sentido de que constituye un corpus doctrinal de los modos, caminos, procedimientos del conocimiento científico concreto, pero teniendo en cuenta de nuevo que la «instrumentación» (procedimiento de elaboración del material empírico) es inherente incluso al concepto más elemental.

La ciencia general «adapta», eleva a un rango más elevado esta forma de operar con los conceptos, ahora ya —de acuerdo con su objeto— con los conceptos y el método de cualesquiera formas de investigación científico-psicológica, independientemente de los objetos a los que se extiende.

La metodología de una ciencia concreta se forma bajo la influencia de la filosofía, pero tiene su estatuto propio, determinado por la naturaleza del objeto de esta ciencia, del desarrollo histórico de sus estructuras categoriales. Por eso, la investigación metodológica de los conceptos psicológicos, los métodos, los principios explicativos no es, por tanto, una «buhardilla» filosófica añadida a la ciencia. Surge de acuerdo con las exigencias de una ciencia concreta y constituye una parte integral suya.

La idea de la inseparabilidad de los dos procedimientos de análisis de la ciencia —el lógico y el histórico— se convierte en la piedra angular de toda la construcción teórica de Vygotski.

Una metodología científica de base histórica deviene posible porque la regularidad, la reiteración, la precisión son inherentes al propio proceso de cognición, a su existencia histórica. De la lógica objetiva del desarrollo del proceso, de la lógica oculta tras el carácter extraordinario de los acontecimientos grabados en la memoria de la ciencia, se extraen las fórmulas generales de las que se deducen y según las cuales se predicen estos acontecimientos. «La regularidad en el cambio y el desarrollo de las ideas —señala Vygotski—, la aparición y muerte de los conceptos, incluso el cambio de clasificaciones, etc., todo ello puede ser explicado científicamente basándose en los nexos concretos de la ciencia en cuestión 1) con el substrato sociocultural de la época, 2) con las condiciones y leyes generales del conocimiento científico, 3) con las exigencias objetivas que plantea al conocimiento científico la naturaleza de los fenómenos objeto de estudio en el estadio actual de su investigación, es decir, en fin de cuentas, con las exigencias de la realidad objetiva que estudia la ciencia en cuestión»

El hecho de que la psicología haya reconocido ya la necesidad de una ciencia general (la metodología) y de que se encuentre al mismo tiempo incapaz de generarla es considerado por Vygotski como una prueba de la crisis de la psicología. La aguda necesidad de una metodología impulsa a eslabones estructurales aislados de la ciencia a llevar a cabo «actos sustitutivos». El papel que por derecho propio le corresponde a la psicología general, y sólo a ella, tratan de apropiárselo disciplinas particulares 468 —la psicología infantil, la psicopatología, la psicología animal y otras-, que elevan sus conceptos-hechos, válidos sólo para un círculo limitado de fenómenos, al rango de categorías psicológicas generales.

Se observa una asombrosa analogía en la evolución de las más diferentes concepciones psicológicas: del descubrimiento parcial en una disciplina especial a la sucesiva difusión de sus ideas a toda la psicología y después al conocimiento humano en su conjunto. Así ha sucedido con el freudismo, la reflexología, el gestaltismo y el personalismo. Todas estas orientaciones han recorrido ese camino con sorprendente uniformidad, manifestando con ello, aunque en forma inadecuada, que ha madurado la necesidad de una ciencia general que proporcione, gracias a abstracciones funcionales, unidad y conexión interna a los conceptos y hechos de la psicología y que determine su objeto en calidad de ciencia única y no como un desordenado conglomerado de fenómenos.

En contraposición a quienes veían en la crisis tan sólo descomposición, hundimiento de todos los pilares, a quienes se sentían, según palabras del conocido psicólogo ruso N. N. Langue, «en la situación de Príamo ante las ruinas de Troya», Vygotski consideraba que en la crisis actúa un principio no sólo destructor, sino creador.

Quienes están relacionados directamente con la práctica de los conocimientos y la transformaciones conseguidos por el hombre sienten más agudamente que nadie la necesidad de analizar críticamente los hechos aislados, las hipótesis, las generalizaciones empíricas, «aunar los conocimientos».

La dificultad para resolver esta tarea viene agravada por el hecho de que en el organismo de la ciencia han aparecido componentes heterogéneos adheridos —psicología causal, científico-natural y psicología indeterminista, teleológica. La crisis ha mostrado que esa coexistencia es intolerable, que es necesario «extirparlos», que el estudio productivo de la regulación psíquica del comportamiento

sólo es posible en su calidad de causal. La historia ha dictado su sentencia —ha mostrado la miseria y carencia de perspectivas del indeterminismo. Había que estar dotado de una gran perspicacia para, tras la superabundancia de escuelas grandes y pequeñas que se amontonaban en la escena psicológica, ver dos corrientes principales: la causal y la indeterminista y constatar la pérdida de la segunda.

La crisis ha mostrado que ninguna otra psicología, aparte de la determinista, es posible como psicología científica. En eso consiste su profundo significado histórico. La limitación del antiguo determinismo se debe a que le faltaban recursos para alcanzar el nivel de la interpretación científico-natural de la conciencia humana, histórico-social por naturaleza. Eso daba pie a que florecieran las concepciones teleológicas, que actuaban bajo el nombre de diferentes psicologías: descriptiva (W. Dilthey), intencional (F. Brentano), fenomenológica (E. Husserl, A. Pfender), axiológica (H. Münsterberg), personalista (W. Stern) y otras.

El historicismo era también extraño a las concepciones en que existía una corriente científico-natural: behaviorismo, psicología de la Gestalt, funcionalismo. Su orientación filosófica obstaculizaba la salida de la situación de crisis, que exigía, como ya hemos señalado, la creación de una ciencia general en calidad de metodología de la investigación psicológica. Una metodología científico-concreta de este tipo, única continuadora legítima de una de las dos tendencias determinantes en la andadura de la psicología durante todos los siglos anteriores —concretamente de la científico-natural—, podía desarrollarse, en opinión de Vygotski, tan sólo sobre la base que «despreciaron» los constructores precedentes, la del materialismo dialéctico. 469

Vygotski consideraba a la psicología marxista no como una de las escuelas (como se decía, por ejemplo, de las escuelas asociacionista, experimental, eidética y otras), sino como la (míca) psicología científica. A diferencia de los autores que, habiendo perdido el sentido del historicismo, exigían de la psicología «terminar con el pasado» y «comenzar de nuevo», Vygotski suponía que la transformación de la psicología sobre la base del marxismo no significaba en modo alguno prescindir de toda su labor anterior. Cada uno de los esfuerzos del pensamiento libre por dominar la psique, cada uno de los intentos de investigación del determinismo, preparaban la futura psicología, y por eso entrarían obligatoriamente a formar parte de ella, transformados.

La corriente científico-natural en psicología, que se había desarrollado espontáneamente bajo la presión de la praxis social, se detuvo en el umbral de la explicación determinista de la psique humana, puesto que esa determinación tiene carácter histórico-social. De acuerdo con ello, los conceptos explicativos de las ciencias naturales son insuficientes para construir la nueva psicología, en la medida a que esa tarea requiere el descubrimiento de leyes válidas para todos los niveles de la psique, incluidas sus formas superiores, determinadas por la interrelación de la personalidad humana con el mundo de la cultura que se desarrolla históricamente. Al mismo tiempo, al ser sucesora directa de los logros de la psicología científico-natural precedente, la psicología basada en el marxismo podía, según Vygotski, ser enfocada como una ciencia natural, en el amplio sentido de la palabra. Es evidente que en este contexto Vygotski consideraba fenómenos naturales no sólo los que estudiaban las ciencias de la naturaleza (inorgánica y orgánica). Al igual que el desarrollo de las formaciones económico-sociales en la doctrina de Marx, el de la psique debe ser considerada como un proceso histórico-natural. Tal planteamiento permitía, manteniendo una conexión orgánica entre la psicología y la ciencia natural, trasladar a un nuevo nivel la investigación de la determinación de los fenómenos de la psique. La creación posterior de Vygotski mostró la fecundidad de ese enfoque metodológico para la elaboración de conceptos científicos concretos sobre la determinación de los actos psíquicos genuinamente humanos: Atención, memoria, imaginación, pensamiento. Hay que señalar que en el trabajo a que nos estamos refiriendo, Vygotski se limitaba a plantear la necesidad de reorientar a la psicología hacia nuevos caminos, por los que han avanzado posteriormente numerosos psicólogos soviéticos.

Vygotski interpreta la filosofía del marxismo como adecuada a las necesidades propias de la ciencia psicológica, que busca una salida de la crisis, y no como algo aportado desde fuera por la voluntad de individuos que habían proyectado reformar la psicología partiendo de consideraciones políticas o ideológicas (esa era concretamente la opinión de G. I. Chelpanov). La explicación por parte de Vygotski de la crisis de la psicología se basa en la influencia del análisis leninista de la situación de crisis, que había madurado a finales del siglo pasado en las ciencias naturales, cuyo desarrollo exigía nuevas soluciones metodológicas, esencialmente dialéctico-materialistas. En los trabajos de los clásicos del marxismo vio Vygotski una muestra de cómo aplicar su doctrina filosófica a una ciencia concreta que reflejase en sus conceptos, que se desarrollaban históricamente, determinados aspectos de la existencia natural y (o) social.

Esta tarea es imposible de resolver mediante la traslación directa de las categorías y leyes universales de la dialéctica materialista al campo de un conocimiento científico concreto. También era estéril el otro camino, el de intentar encontrar en manifestaciones aisladas de los clásicos del marxismo una psicología ya preparada, es 470 decir, una solución del problema de la especificidad y estructura de la psique. Para aplicar el marxismo a una u otra ciencia hay que elaborar una metodología —un sistema de procedimientos mediadores concretos de organización de los conocimientos que pueden ser aplicados precisamente a la escala de esa ciencia.

La dialéctica (metodología) del conocimiento psicológico —que es el alma de la ciencia general respecto a numerosas disciplinas psicológicas particulares— está llamada a reproducir a nivel cognitivo la dialéctica objetiva de lo psíquico. Con ello surge una jerarquía de niveles de investigación: el nivel superior lo representa la filosofía, tras él va la metodología de la psicología general. De sus recursos se nutren en el siguiente nivel de la jerarquía las disciplinas psicológicas particulares. Estas últimas, a su vez, se unen directamente con la influencia práctica en el hombre y con su transformación mediante formas de educación e instrucción, de creación

de hábitos laborales, de organización de las actividades, tratamientos médicos, etc. En este proceso se perfila un movimiento no sólo de «arriba abajo» —de la filosofía a través de la ciencia general y de las disciplinas particulares a la práctica—, sino también en sentido contrario, «de abajo arriba» —de la práctica, generalizada, integrada en disciplinas particulares, a la psicología general, cuyo aparato categorial englobaría todo su «reino».

En este torbellino, el factor decisivo, el principio y fin de todo el proceso lo constituye la práctica. La práctica forma parte directa del conocimiento psicológico y no se limita a intervenir como medio de control del mismo. Por cierto, Vygotski interpreta la propia investigación científica como una forma especial de actividad práctica, secundaria con respecto a otros procedimientos de influencia del hombre en la naturaleza y en otros hombres, pero capaz al mismo tiempo de proporcionar a esta influencia «enseñada» una eficacia incomparablemente mayor que en el nivel precientífico.

Apartado 04

La ciencia es, según Vygotski, un sistema internamente cohesionado. Cada uno de sus componentes (el hecho, el término, el procedimiento metodológico, la construcción teórica) obtiene el significado del conjunto, que atraviesa una serie de fases que se sustituyen inevitablemente entre sí, análogamente a como unas formaciones socioeconómicas se transforman en otras.

En opinión de Vygotski, en las investigaciones metodológicas tiene gran importancia el problema del lenguaje de la ciencia, el problema de las palabras, de la terminología. «El lenguaje —escribe— desvela una especie de cambios moleculares que vive la ciencia; refleja procesos internos y no formalizados: tendencias de desarrollo, reforma y crecimiento». El idioma de la ciencia es un instrumento de análisis, un instrumento del pensamiento. Puede desarrollarlo únicamente quien se ocupe de la investigación y descubra lo nuevo en la ciencia. El descubrimiento de nuevos hechos y la aparición de nuevos puntos de vista en los hechos exigen nuevos términos. Por consiguiente, no basta con la creación de palabras que se da cuando se inventan nuevos vocablos para denominar fenómenos ya conocidos, a semejanza del etiquetado en una mercancía terminada, sino que se trata justamente de las palabras que nacen en el proceso de la creación científica.

Puesto que la psicología es una ciencia experimental, utiliza para resolver sus tareas diferentes aparatos, mecanismos, dispositivos, que desempeñan la función de 471 instrumentos. Sin embargo, el desarrollo de la técnica experimental encierra el peligro de su fetichización y puede dar lugar a la esperanza de que el empleo de esta técnica sea capaz por sí mismo de descubrir nuevos hechos científicos. Semejante entusiasmo por la técnica de los aparatos, sin premisas teóricas, sin comprender que desempeñan tan sólo un papel auxiliar, perjudica la creación científica y crea, según expresión de Vygotski, «el subalternismo en la ciencia». Vygotski dice que el subalternismo en la ciencia supone escindir la función técnica de la investigación (el mantenimiento de los aparatos, de acuerdo con un patrón prefijado) del pensamiento científico. Esta escisión se refleja también negativamente en el propio pensamiento, ya que todo el peso de la labor de investigación se traslada del hecho de operar con palabras-conceptos al de operar irreflexivamente con aparatos. Como resultado de ello, las palabras, carentes de nuevo contenido, comienzan a empobrecerse y dejan de cumplir su papel específico de instrumento —importantísimo— del pensamiento.

Vemos que para Vygotski la base del análisis de los problemas metodológicos de la investigación científica no la constituyen las construcciones especulativas, sino la labor «molecular» con la palabra, el concepto, el aparato, el hecho científico, que se realiza a diario en el proceso de la investigación en el laboratorio.

Unas décadas antes de que se confirmase el enfoque sistémico actual, Vygotski lo practicaba ya en su análisis de la ciencia, siguiendo el principio marxista según el cual la sistematización y el historicismo son inseparables. Vygotski une la idea de la sistematización de la ciencia, que permite descubrir las particularidades de su estructura, con el principio de su condicionamiento social.

La teoría de la crisis de la ciencia, desarrollada por Vygotski, no ofrece sólo un interés histórico. Hoy día mantiene su actualidad en el plano de la elaboración de la doctrina marxista que considera el conocimiento como socialmente determinado, como un proceso dialécticamente contradictorio, con sus altibajos, crisis y situaciones revolucionarias.

La cuestión relativa a la naturaleza de las situaciones de crisis y de los caminos para resolverlas atrae también hoy día a los metodólogos de los países capitalistas. Es ampliamente conocida, por ejemplo, la interpretación que da a los fenómenos de crisis en la ciencia el historiador norteamericano de la ciencia T. Kuhn. Según él, la crisis eclosiona cuando se acumulan hechos anómalos, incompatibles con el paradigma dominante. Y al disgregar éste, preparan la revolución en la ciencia. Al final, el viejo paradigma se viene abajo y la comunidad científica se agrupa sobre la base de un nuevo paradigma.

En su análisis del desarrollo de la psicología, Vygotski descubre otros determinantes de los fenómenos de crisis. Rechaza la idea positivista de los hechos «puros» (tras la cual latía el supuesto de que la fuente del conocimiento la constituían datos sensoriales y no la realidad objetiva reflejada en la experiencia sensorial y obtenida a través de la conciencia). Porque toda la investigación científica puede operar tan sólo con hechos que hayan sido elaborados conceptualmente. Ya al denominar el objeto lo clasificamos, lo destacamos con ayuda de la palabra-instrumento de entre la infinita diversidad de datos importantes en relación con un tema determinado.

Por cuanto la «fuerza elaboradora» parte del pensamiento, inmerso en un objeto independiente de él, la elaboración conceptual del hecho no es más que una reconstrucción cognoscitiva más adecuada, más sustancial (que a nivel preconceptual) de ese objeto.

Según Vygotski, la crisis no nace del choque de nuevos hechos con la estructura dominante del saber, sino cuando madura, engendrada y estimulada por la práctica, 472 la necesidad de pasar de esquemas teóricos parciales a otros más generales, que introducen los primeros en el contexto en que sus conceptos —hechos descubren un sentido categorial de profundidad. En el periodo en que, habiendo llegado el momento, el esquema general aún no se ha constituido, las concepciones particulares tratan, como hemos visto, de ocupar su lugar. El marco exterior de la crisis señala el momento de su enfrentamiento y esto es lo que salta en primer lugar a la vista.

Según Kuhn, entre el paradigma de lo viejo y lo nuevo no existe ni comunidad ni conexión. Entre ellos no puede haber relación de incorporación. Uno excluye al otro.

El enfoque de Vygotski permite comprender la dialéctica de los momentos evolutivos (acumulativos) y revolucionarios en el desarrollo del saber positivo. Para comprender la naturaleza y el significado de la crisis en la ciencia es necesario, según Vygotski, salirse de los límites de las relaciones mutuas entre las teorías y los hechos en el movimiento del saber científico. La falta de coordinación entre lo teórico y lo empírico no estimula y orienta de por sí este movimiento. Las fuerzas actúan dentro de la propia ciencia, actúan a nivel de investigaciones aplicadas, relacionadas directamente con la práctica —educativa, industrial, médica, etc. Es precisamente la práctica la que exige construir semejante metodología, sin la cual la propia influencia científico-práctica en el hombre no puede ser eficaz.

La crítica por parte de Vygotski de las escuelas científicas que defendían un carácter estrictamente empírico de las estructuras —al parecer totalmente independientes de cualesquiera premisas ideológicas, filosóficas— no era una mera declaración. Después de haber analizado profunda y detalladamente la experiencia del desarrollo de otras escuelas y de su destino histórico, Vygotski muestra convincentemente que, tras el supuesto empirismo y carencia de premisas de estas escuelas, actuaban determinadas fuerzas socio-filosóficas, que condujeron a dichas escuelas, desde las constataciones empíricas y pasando por las relaciones que se establecían entre la psicología y otras disciplinas particulares, hasta la pretensión o pretensiones de ideologías universales.

El trabajo que estamos analizando reproduce el movimiento del pensamiento de Vygotski antes de que desarrollase el programa científico concreto de sus investigaciones, que se basa en su concepción histórico-cultural o instrumental. Según esta concepción, el psicólogo está llamado a estudiar los instrumentos (utensilios, signos), mediante los cuales los procesos psíquicos «naturales» se transforman en culturales, las operaciones externas «penetran en el interior, se interiorizan, dando lugar a un dispositivo, que será por lo general considerado por el sujeto como algo dado originariamente, algo que el mundo subjetivo no extraña. Es a partir de estas ideas de donde suele arrancar la «genealogía psicológica» de Vygotski y es tradicional que se las incluya en la primera página de los anales de su escuela.

El recurso a un trabajo anteriormente no publicado sobre la crisis en la psicología cambia decididamente la retrospectiva, arroja luz sobre la enorme labor metodológica que precede a los logros científicos específicos con que se ha asociado ulteriormente el nombre de Vygotski. El Vygotski filósofo, metodólogo, teórico de la ciencia ya tomó la palabra antes de que apareciera el Vygotski investigador de las funciones psíquicas superiores, autor de la concepción histórico-cultural en psicología, líder de una de las principales escuelas psicológicas soviéticas. ¿Ha sido oída esta palabra? El manuscrito ha permanecido sin ser publicado. No obstante, no cabe duda de que sus ideas no han estado «paradas». La historia sabe de precedentes, cuando pensamientos que se habían anticipado a su siglo, expuestos en el papel, no 473 fueron puestos en la circulación científica. Los libros de notas no publicados de Leonardo de Vinci y las notas de Diderot refutatorias del tratado de Helvetius «Acerca del hombre» ofrecen interés en calidad de documentos de gran valor pronóstico. No obstante, no influyeron en la atmósfera ideológica de su época. Semejante conclusión no parece legítima respecto al manuscrito de Vygotski. Al autor le rodeaban compañeros en su lucha por la nueva psicología y numerosos discípulos. No cabe duda de que en contacto con ellos desarrolló sus tesis, a cuyo conocimiento hemos llegado ahora. Les enseñaba su modo de percepción y de análisis de la naturaleza del conocimiento científico, y eso se convirtió en el substrato metodológico de la actividad ulterior de ellos.

La experiencia de Vygotski constituye un ejemplo de reflexión científico-crítica, como diríamos ahora, anticipo de la construcción del sistema positivo. Se trata de una «crítica de la razón psicológica» muy particular, pero una crítica basada en el «esclarecimiento» de sus destinos históricos, en el análisis de factores reales. Es evidente que hablamos aquí de hechos en un sentido totalmente distinto que cuando nos referimos al empirismo científico corriente.

En este contexto intervienen como hechos las concepciones teóricas, el auge y la caída de verdades y sistemas científicos completos, situaciones de crisis, etc. Tales «metafactores» exigen teorías propias, distintas de las teorías científicas concretas. Eso lo comprendió bien Vygotski cuando escribía sobre la investigación científica de la propia ciencia. Sin temor a exagerar diríamos que la reflexión científico-crítica, el análisis históricamente orientado de los problemas de la lógica y la metodología del conocimiento se convierten en la presencia necesaria de toda la creación ulterior de Vygotski.

No partía de las concepciones apriorísticas de cómo es posible en general la psicología científica, sino de la penetrante investigación de formas históricamente fidedignas de realización de esta posibilidad. La historia era para él un enorme laboratorio, un gigantesco dispositivo experimental, donde se llevan a cabo las pruebas de hipótesis, teorías, escuelas.

Antes de dedicarse a la psicología experimental, profundizó en la experiencia del trabajo de ese laboratorio de la historia. Antes de convertir en objeto suyo el pensamiento y el lenguaje del niño, estudió los frutos de la actividad mental de los hombres en su máxima expresión, como es la construcción del saber científico. Parece como si le guiase la conocida tesis marxista de que las formas altamente desarrolladas son la clave para descubrir los secretos de las elementales. Dice Vygotski, por ejemplo, que la palabra constituye el «embrión de la ciencia». No estudia esa forma embrionaria, sino la función del término científico —la palabra portadora del mayor peso semántico. Así, discute la cuestión relativa a la «circulación de los conceptos y los hechos con beneficio para los primeros» aplicándola a la evolución de la ciencia. Posteriormente, varían las escalas. Lo que había sido explicado a nivel macrosocial conduce a la explicación del desarrollo de los conceptos en el niño.

A la interpretación del razonamiento científico colectivo como sistema le sigue la teoría de la estructura de la conciencia individual como sistema. A la comparación de los conceptos científicos con los instrumentos de trabajo, que se desgastan con el uso, le sigue la psicología instrumental con su postulado sobre los instrumentos medios de asimilación del mundo y de construcción de su imagen interna.

Todas las cuestiones fundamentales de la actividad cognoscitiva del hombre —la relación entre lo teórico y lo empírico, entre la palabra y el concepto, las cuestiones 474 relativas a los procedimientos de operar con el concepto como instrumento especial y gracias a ello de modificación de su contenido como objeto, a su acción práctica real y su correlato intelectual— los analiza en un principio a través de materiales del conocimiento científico en desarrollo. Sólo después de haberlos comprobado en esa cultura especial, pasa Vygotski del experimento histórico al psicológico. Veía en el niño un pequeño investigador que actúa según las mismas reglas que el investigador adulto.

Como hemos visto, Vygotski capta la dialéctica del conocimiento —los principios del historicismo y del reflejo— no especulativamente, sino a través de un empirismo histórico especial, que se convierte en una plaza de armas para la ofensiva metodológica contra la fortaleza que no había sido capaz de tomar la psicología determinista, científico-natural precedente.

Desde los tiempos de Vygotski, los psicólogos soviéticos han realizado una enorme labor de reconstrucción teórica del conocimiento psicológico sobre los principios de la filosofía marxista-leninista. No obstante, no se ha satisfecho de forma totalmente favorable la necesidad de una psicología general, en la interpretación que defendía Vygotski, es decir, de la metodología especial de las investigaciones psicológicas concretas. Inseparablemente unida a la filosofía, esa metodología especial debería disponer de principios, tareas y estructuras propios y servir de centro integrante de toda la diversidad del saber psicológico y de palanca principal de su estructura.

V

Para terminar, sólo unas palabras de conclusión sobre las circunstancias que han determinado los logros de Vygotski.

Para quienes se relacionaron con él, resultaba evidente de inmediato el enorme talento de su personalidad. Pero ninguna cualidad personal puede expresar por sí misma la aparición de un líder científico. Para Vygotski, la idea central en el análisis de la ciencia y de cualquiera de sus fenómenos era la de que tras figuras aisladas del proceso histórico actúan «con la fuerza de un muelle de acero» leyes objetivas. Por orden suya, y no por el capricho de los héroes del proceso histórico, nacen y mueren, se elevan y se sustituyen unas a otras las concepciones, las escuelas y las corrientes.

Este enfoque, puesto en práctica por Vygotski en su reconstrucción de la dinámica de las ideas científicas, es conveniente extenderlo también a la valoración de la propia creación que él lleva a cabo y que toma forma bajo la influencia de nuevas condiciones sociales y de una nueva concepción del mundo. Son precisamente esos factores los que le indujeron a darse cuenta de la limitación histórica de las escuelas psicológicas, nacidas en una atmósfera ideológico-social distinta y a impulsar la corriente que le permitió buscar nuevas respuestas a las demandas de la lógica del desarrollo del conocimiento científico.

«Nuestra ciencia —escribía Vygotski— no podía ni puede desarrollarse en la vieja sociedad. Ser dueños de la verdad sobre la persona humana y de la propia persona es imposible mientras la humanidad no sea dueña de la verdad sobre la sociedad y de la propia sociedad»

Según expresión de Vygotski, la verdad sobre la sociedad la ha dicho el marxismo. Los principios explicativos de esta filosofía —el historicismo y el 475 sistematismo, la unidad de la teoría y la práctica, con el papel determinante de esta última, la primacía de la existencia con respecto a su imagen psíquica— encaminaron a Vygotski, junto con el colectivo de psicólogos soviéticos, a transformar los fundamentos del estudio del hombre. Y el hecho de que Vygotski se convirtiera, como testimonia la experiencia histórica, en la figura de vanguardia de ese colectivo, viene explicado por una serie de circunstancias.

Ante todo, por la elevada cultura filosófica de sus investigaciones. Comprendió la veracidad del marxismo en el contexto del desarrollo del pensamiento filosófico universal. Descartes y Spinoza, Hegel y Feuerbach, toda la gran tradición filosófica está representada en el subtexto (y a veces en el texto) de sus investigaciones de la psique humana desde posiciones dialéctico-materialistas. Nada era tan extraño para él como la ingenua fe positivista en la ciencia «pura», carente de premisas, en la capacidad de los procedimientos experimentales o matemáticos para asimilar por sí mismos, independientemente del trabajo creador del pensamiento teórico, la realidad psíquica.

Al mismo tiempo, el vuelo del pensamiento de Vygotski habría sido imposible sin apoyarse en las tradiciones que se habían creado como resultado del estudio científico concreto de los fenómenos psíquicos. Estas tradiciones sólo podía transformarlas quien las hubiera comprendido orgánicamente, quien hubiera asimilado la dura experiencia de las búsquedas precedentes.

Ante el lector de los trabajos de Vygotski desfila el amplio panorama del desarrollo de la psicología universal, sus corrientes principales. La toma de postura ante estas corrientes se convirtió en la premisa de una nueva síntesis teórica. Pero la atenta y penetrante mirada de Vygotski no sólo abarcaba los acontecimientos en el sector del frente donde se estaban elaborando los fenómenos psíquicos. Sus facultades abarcaban también los procesos y las tendencias de desarrollo de las ciencias afines a la psicología: las ciencias naturales y las ciencias humanas. Esa facultad de pensar en el campo de diferentes disciplinas influyó favorablemente en su análisis específicamente psicológico, ya que los objetos de ese análisis están incluidos por su propia naturaleza en el sistema de relaciones con objetos del conocimiento biológico y social.

Entre las particularidades importantes de la creación de Vygotski hay que mencionar también su constante tendencia a ligar los avances en los problemas psicológicos a las imperiosas exigencias de la práctica. Eso se basaba en el credo metodológico que había asimilado: la práctica no sólo controla los resultados del proceso de cognición, sino que es ella misma la que constituye ese proceso.

No se puede comprender la concepción psicológica de L. S. Vygotski sin tener en cuenta su proceso de evolución.

En las publicaciones sobre Vygotski se tropieza frecuentemente con una valoración inadecuada de sus posiciones teóricas, que en el fondo revela una ignorancia de la evolución de Vygotski acerca de la naturaleza de la psique y una confusión entre ideas suyas correspondientes a distintos periodos de su creación.

Como es sabido, la metodología marxista exige, al analizar la labor creadora de cualquier científico, seguir un procedimiento de reconstrucción histórica de su aportación al fondo principal de los conocimientos científicos que no permite su enfoque apoloético ni nihilista. Lamentablemente, manifestaciones de este tipo de enfoques se dejan notar a lo largo de toda la historia de la psicología soviética e incluso persisten hoy día en la valoración de algunos autores contemporáneos. En 476 estos casos, en lugar de referirse al verdadero Vygotski, se llevan a cabo interpretaciones arbitrarias, que confunden inevitablemente la perspectiva histórica.

La obra de Vygotski debe ser analizada y valorada dentro del contexto sociocultural en que fue desarrollada. Su teoría se forma en los años que siguen a la revolución, en la época de transformación del viejo mundo, de radical reestructuración de las ideas sobre la personalidad humana y sobre las perspectivas del desarrollo social. En esta atmósfera, las concepciones psicológicas de Vygotski, lo mismo que las de otros psicólogos soviéticos de vanguardia, se orientaron hacia la metodología propia del conocimiento científico dialéctico-materialista. A través del prisma de esta metodología se desarrollaron sobre una nueva base metodológica las mejores tradiciones del pensamiento psicológico ruso: la tradición científico-natural, que se remonta a I. M. Séchenov y la histórico-cultural, que se remonta a Potébnia.

Vygotski no ha creado un sistema psicológico más o menos acabado. Durante sus intensas búsquedas, generaba ininterrumpidamente nuevas y nuevas ideas, abandonaba sin compasión unas, planteando otras, cambiando incluso a veces la trayectoria de su pensamiento. Cabría considerarle como la figura más inquieta de la psicología soviética. Y todavía hoy sentimos la fructífera influencia de su inquietud.

Muchas de sus preocupaciones han perdido actualidad, pero muchas otras continúan conservando su potencial ideológico. Al buscar en el pasado y reconstruir los problemas que absorbieron a Vygotski, la encendida polémica alrededor de los mismos, las complicadas peripecias de la lucha por la nueva psicología, percibimos vivamente la conexión temporal que existe, la dependencia entre las búsquedas actuales y lo que fue creado en aquella época.

M. F. Yaroshevski G. S. Gurguenidze